

# LA HIJA BASTARDA DE DIOS



MÓNICA MARTÍN MANSO

2<sup>a</sup>  
EDICIÓN

1  
DAURO

# ÍNDICE

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Epílogo](#)

[Menciones y agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Dedicado a mi familia,  
contrafuerte en el que se apuntalan  
los muros que me contienen.

A las palabras,  
terapia en tiempos de tristeza  
y remedio al agravio de las lágrimas.

# INTRODUCCIÓN

Empecé a escribir este libro el 9 de noviembre de 2010, siguiendo el sinuoso camino que me iba marcando uno de los mayores secretos de tantos como posee el cristianismo. Hace unos meses salió a la luz una Biblia descubierta en Turquía, de más de 1500 años de antigüedad. Este supuesto texto sagrado es motivo de preocupación para el Vaticano, que ha pedido a las autoridades turcas que permitan a los peritos de la Iglesia evaluar su contenido, pues ya hay quienes aseguran que es original, y eso pondría su enorme imperio en un grave apuro, un jaque mate desestabilizador y terminante. El hilo argumental de esta novela, ajena a tan revelador hallazgo cuando dio sus primeros pasos, roza la esencia más pura dogmatizada en este canon bíblico, descubierto en el año 2000 y mantenido hasta el día de hoy en la más absoluta clandestinidad en el Museo Etnográfico de la ciudad de Ankara.

Desde aquí insto a los lectores a hacerse algunas preguntas: ¿Qué ocurriría si una creencia religiosa con más de dos mil millones de devotos en el mundo estuviera cimentada en una mentira? ¿Qué sucedería si se demostrara

que la mayor profecía del mundo no se ha cumplido? ¿Y si la mentira estuviera más arraigada que Dios mismo?

En el ambiente parecía flotar una curiosa sensación de misterio y enigma, en cuya profundidad no se nos permitía aún ahondar, pero que lentamente se fue apoderando de nosotros como si de un hechizo se tratara. En aquel arcano enclave, allí mismo, en la tierra que estaba bajo nuestros pies, amasijo de siglos de historia y sumatorio de toda suerte de incógnitas, se escondía el secreto más codiciado de la cristiandad.

Toda leyenda comienza con una sencilla verdad...



# CAPÍTULO I

El despertador, estricto, sonó con escrupulosa puntualidad a las siete. La estridencia de su sonido anunciaba esa ineludible cita que tenía lugar cada mañana, para lanzarme de bruces a la cruda realidad. Una realidad que había sido menos despiadada conmigo aquella noche al permitirme dormir de un tirón, sin la presencia de esa molesta jaqueca que parecía haberse instalado en mi cabeza los últimos días.

Abrí los ojos, sobresaltada. Mientras me incorporaba en la cama observé como el amanecer se colaba perezoso a través de un sol carmesí y rebelde que se mecía en la infinidad de partículas de polvo suspendidas en el aire, al bies de las rendijas de la persiana del dormitorio. Seguidamente me levanté, entreabrí la ventana al alba e irrumpió un haz de intensa luz amarillenta que atravesó la habitación. Era un día radiante, con un cielo limpio y desenfadado.

Aquella imprecisa mañana de primeros de agosto esperábamos la visita de un pintor novel, un aficionado a las artes plásticas de padre neoyorquino y madre catalana cuyo nombre comenzaba a despuntar con persistencia en los

círculos artísticos nacionales. Presentaba oficialmente su obra en Madrid por medio de nuestra galería. Se llamaba Alexander Vanderbilt, y por la fama que lo precedía desde la Ciudad Condal, de donde nos había llegado noticia de su elocuente existencia, el mundo del arte tenía en él una de sus futuras celebridades, ya que sus obras contaban con un aclamado mérito artístico.

Una última vez, antes de salir de casa para enfrentarme al mundo, en una especie de cómplice confabulación conmigo misma, me detuve frente al espejo del recibidor cuando el reflejo de mi silueta tomó forma en él y examiné rápidamente mi aspecto. Aquella falda de tubo negra, conjuntada formalmente con la blusita blanca que con tanta sinceridad se ajustaba a mis formas, realzaba mi figura femenina como ninguna otra prenda. Sin duda, a partir de ese momento convertiría aquel conjunto en uno de mis fetiches, incluidos los elegantes zapatos *peep toe* de altísimo tacón negro con los que había calzado mis pies. De forma inconsciente, mis labios delinearon una sonrisa desnuda al contemplar la imagen en el espejo veneciano. Fue un gesto parsimonioso, tan escaso en el movimiento como significativo en la intención. Me miré a los ojos; vibraban. Independientemente de los nervios que me invadían siempre que se inauguraba una exposición en la galería, aquella mañana dominaba mi interior una sensación extraña. Insólita.

Peregrina, tal vez; inexplicable, cuanto menos.

Me había levantado con el ánimo exaltado y la impresión de que algo especial estaba a punto de suceder. Aunque en esos momentos no tenía apenas cabeza para prestar atención a aquella excepcional sensación, todo mi ser estaba poseído por un extraordinario e inusitado entusiasmo. Sin embargo, me resultaba absurdo dar vueltas a algo tan subjetivo y personal como una corazonada, así que me deshice de esa ristra de ambiguas percepciones, cogí el maletín y el bolso, y salí de casa sin más preocupaciones en la cabeza que las que me deparaba la rutina diaria.

Era temprano aún, y quise aventurarme a pensar que, quizá, si la suerte no me era esquivia y el resto del mundo no tenía la misma idea que yo, no me vería inmersa en uno de esos solemnes atascos de coches y peatones, amenizados con conciertos de claxon en re mayor, que tienen lugar en las principales calles de la capital en horas matutinas. El reloj marcaba las ocho y veinte cuando el termómetro de la plaza de España punteó inmisericorde los veintisiete grados. El sol reinaba implacable, elevando su majestuosidad en la que ya se presentaba como una calurosa jornada de verano, y Madrid se le entregaba irremisiblemente. La canícula hacía acto de presencia en el agosto más asfixiante y árido de varias décadas, y el rezagado ámbar crepuscular mudaba a un azul casi turquesa que despedía el alba con roídos jirones púrpuras que se descosían perezosamente de las nubes.

Todavía acompañada por la buena fortuna que había decidido saludarme aquella mañana de calor inmensurable, estacioné el coche al lado de la galería. Mi llegada estuvo envuelta por la casi docena y media de elogios que Charlie, uno de mis jefes y socio de Art Gallery, regaló a mi oído y a mi ego al verme aparecer. Creo que había conectado con él desde el momento en que nos conocimos, unos meses atrás, cuando me hizo la entrevista de trabajo a raíz de la cual me incorporé al formidable equipo que llegaríamos a establecer. La corriente de simpatía que surgió entre nosotros nos permitió entablar amistad de inmediato, y pronto nos entregamos al intercambio de confidencias. Charlie era tan bromista en su faceta personal como serio en la profesional. Enfocaba la vida con un peculiar desenfado y adoraba el arte en cualquiera de las expresiones en que se revelara. Para él, arte era sinónimo de talento, habilidad, genio y capacidad, y tenía bien afinado el sexto sentido para descubrir nuevos artistas; su capacidad para detectar virtuosos solo se podía definir como extraordinaria.

Se acercó a mí en el preciso instante en que mis pies cruzaban las enormes puertas de la galería.

—*Mon Dieu*, Loane, estás preciosa —me alabó con espontánea naturalidad mientras me cogía de la mano y me hacía girar sobre mí misma.

—Tú, que me miras con buenos ojos.

—Vas a dejar muy impresionado a Alexander Vanderbilt —afirmó con un gesto teatral.

—No me interesa impresionarlo físicamente —señalé mordaz—, aunque sabes que voy a intentarlo profesionalmente —añadí con rotundidad.

—¡Y vas a conseguirlo! No te quepa la menor duda.

Un breve silencio se instauró en el ambiente mientras se asentaba la ironía del trivial diálogo.

—¿Estás bien? —me preguntó Charlie, cambiando de tema.

—Sí, claro —respondí revistiendo mis palabras de tanta normalidad como pude.

—Loane, te conozco hace tiempo y sé que algo ronda por esa cabecita.

—Pse... —murmuré a modo de respuesta.

—¿Ahora me vienes con monosílabos ininteligibles? Y eso, ¿desde cuándo?

Agaché la cabeza entre los hombros y dejé escapar un resuello impregnado de resignación.

—Me he levantado con una sensación... extraña.

—¿Una de tus intuiciones?

—No creo en esas cosas.

—Lo cual es un error en tu caso, porque siempre aciertas. Tus intuiciones son prodigiosas. Eres puro instinto de supervivencia.

—Yo solo creo en lo que veo y oigo —interrumpí—. Y a veces, ni a eso soy capaz de darle crédito.

—Soy consciente de que, para ti, todo aquello que no siga un camino estrictamente racional o lógico, que no se pueda formular o verbalizar, no tiene validez ni credibilidad alguna.

—¡Exacto! —exclamé, alzando las cejas—. Si no interviene la razón ni la deducción, es mejor no hacer caso. Hay quien afirma que las intuiciones son manifestaciones de una capacidad extrasensorial que poseen algunas personas, pero a mí me suena a charlatanería.

—¡Nadie está llamándote bruja! —exclamó con gesto histriónico—. Vegetamos en un siglo en el que no deberías temer que te devoren las fauces de fuego y ascuas de una hoguera levantada en la plaza mayor de un pueblo maldito, mientras una muchedumbre enardecida por la sed de herejes y renegados corea tu nombre y exige que se imparta justicia. En nuestros tiempos, los seguidores del *Malleus maleficarum* cuentan con menos algarabía y más estilo.

—Ya sé que las cazas de brujas están pasadas de moda —apunté cortante.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que tus intuiciones derivan únicamente de tu extremada sensibilidad? Son reacciones emotivas fruto de vivencias o conocimientos previos, esos datos que tanto te gusta analizar. Deberías

aprovechar mucho más esa percepción crítica que te permite discernir impresiones que a los demás nos resultan confusas.

Suspiré resignada, masticando mis últimas palabras. No quería dar pábulo a una absurda disputa verbal que desencadenase una discusión que probablemente acabaría como el rosario de la aurora.

—¿Tienes idea de a qué puede deberse esa intuición que has tenido? —indagó.

—Al estrés de trabajar en esta galería —dije con burla. Lancé una mirada más allá de Charlie—. Necesito comprobar...

—... por trigésima octava vez... —cortó Charlie en tono jocoso.

—Necesito comprobar —repetí con énfasis— que todo está donde debe estar y no en otro sitio.

—Todo está perfecto, Loane.

—Estará perfecto cuando le haya echado un último vistazo. Ya conoces de sobra la disciplina que me he impuesto.

Me adelanté unos pasos y observé de refilón el gesto escénico de Charlie, acompañado de uno de esos característicos suspiros ahogados que salían de su boca. Para él, el melodrama y la exageración eran artes que se debían practicar asiduamente. Giré la cabeza para encontrarme con su mirada y, simplemente, le sonreí sarcástica.

Recorrí con solemnidad los cincuenta metros de pasillo que separaban la entrada de la galería de mi despacho. Una vez allí, dejé el maletín en la mesa, colgué el bolso del perchero y me encaminé a la sala de exposiciones dispuesta a dar comienzo a mi ritualizada labor. Una a una, en un acto protocolario, fui examinando las obras que se iban a mostrar y repasé el itinerario que habíamos elegido para la exposición. Presté especial atención a que cada nombre, fecha y explicación estuviera en la obra correspondiente.

—¿Todo correcto? —susurró una voz.

Reconocí al instante ese acento pausado y danzarín. Me giré hacia el lugar del que provenía el sonido y descubrí a Arthur, detrás de mí.

Había estado contemplándome escrupulosamente y en completo silencio desde el otro lado de la sala, por encima del borde de sus lentes obsoletos. Arthur Blake era el accionista mayoritario de la galería, escéptico y disidente en un mundo que solamente descubría ante él las vergüenzas; precavido y metódico, amante del rigor y poseedor de una sólida sensatez y un denso sentido común; un prodigio de reflexión y paciencia. Sus comportamientos, propios de un sabio despistado, lo revelaban como un genio que vivía atormentado en una época que, sin duda, no era la que le correspondía. Como buen británico, y haciendo honor a la fama de los oriundos de la capital, Arthur era flemático, frío en determinadas circunstancias o con determinadas personas.



Raramente demostraba alguna emoción que no fuera indiferencia o hastío. Hacía de la calma, el silencio y la introversión sus armas de supervivencia frente a una sociedad falta de moral higienizada, cuyos habitantes se veían prácticamente obligados a ventilar sus vicios para evitar el rechazo. Se enfrentaba a sus obligaciones con distancia y responsabilidad; era uno de esos eruditos a la vieja usanza que no dicen una palabra más de las necesarias. Sus soberbios conocimientos sobre arte sobrepasaban los de cualquier catedrático, docto o leído del que hubiera constancia hasta la fecha. Era de esas personas que siempre buscan y casi siempre acaban por encontrar la línea recta que guía su conducta. Su religión era el arte, y su único dios, al que profesaba una fe vehemente, Dalí, con quien las lenguas viperinas de los círculos sociales lo comparaban satíricamente por su excelsa imaginación, su notable megalomanía y su manifiesto narcisismo. Sin embargo, aunque esas características eran las públicamente insignes, no eran las más laudables ni las que lo hacían acreedor de sobrados méritos de singularidad. Arthur era extremadamente sensible a todo cuanto lo rodeaba; su animadversión por el ser humano había ido creciendo a medida que la vida lo despechaba, hasta que acabó por hundirlo en un insalvable escepticismo por el universo, tal como habría apuntado Ramón y Cajal. Como suele ocurrir, el genio recibía el injusto trato de un loco al que era mejor

ignorar. Pero las personas que tuvieron la fortuna de conocerlo no podrían haber estado más erradas. Para algunos ayunos en letras, desprovistos de picos en el encefalograma pero abastecidos de una mordacidad tóxica, el supuesto trastorno mental de Arthur inspiraba una piedad pecaminosa que hería su orgullo. Sus ideas, a semejanza de las pinturas dalinianas, navegaban entre la locura y la genialidad, donde sus pequeñas o grandes excentricidades contribuían únicamente a hacerlo más eminente.

—Creo que está perfecto —contesté.

—¿Crees?

—Creo...

—Para ti nada acaba de estar perfecto nunca, ¿verdad?

Silencié mi respuesta y sonreí.

—Tienes una voluntad férrea, decisión y valor —continuó Arthur—. Esas cualidades te llevarán al éxito.

—¿Tú crees? —le pregunté con suave ironía.

Liberó una risa indulgente y se acomodó en la nariz los viejos lentes.

—Básicamente, el éxito está compuesto por un noventa por ciento de esfuerzo, un cinco por ciento de originalidad y otro cinco por ciento de talento. Superas con creces todos los porcentajes.

—¿Y la falta de confianza en uno mismo? —Presté especial atención a su respuesta.

—En tu caso, la falta de confianza se suple en mayor o menor medida con otras cualidades que también posees y que también resultan idóneas para alcanzar el éxito.

Fruncí el ceño, intrigada. Arthur me miró por encima de los lentes, como un abuelo que aleccionara a su nieta predilecta, y sonrió comprensivo.

—Eres metódica, perseverante y extremadamente perfeccionista en todo lo que haces.

—¿Y qué me dices de la suerte? —apunté—. Gran parte del éxito está ligada íntimamente a la buena estrella. De hecho, creo que si la fortuna se niega a acompañarnos, si no nos escolta en nuestros propósitos, si nos da la espalda, poco o nada tenemos que hacer. La suerte no va siempre unida al talento.

—La constancia, la tenacidad y el conocimiento proporcionan lo que no concede la suerte. Es perfectamente reemplazable, Loane —concluyó.

Lo miré meditabunda mientras una solución me asomaba a los ojos. Arthur tenía un escuchar ceremonioso y un hablar solemne y pausado, y no repartía halagos que no fueran merecidos. Su conversación rara vez me dejaba indiferente. Como ocurre con las matrioskas rusas, que cuando se abre una muñeca se encuentra otra en su interior, y otra y otra más, el inglés conseguía dar respuesta a muchas de mis cuestiones, pero a la vez abría nuevos interrogantes a los que buscar argumentos.

Sin apreciar la presteza con que se deslizaba la relatividad del tiempo cuando conversaba con Arthur, las manecillas afiligranadas de mi reloj de pulsera se habían desplazado hasta acariciar con sigilo las diez de la mañana. Faltaba apenas un par de minutos para que se precisara la perfección de la hora dentro de su esfera ocre.

La galería debía abrir sus puertas al público.

Cuando emergí de mi fugaz abandono, Charlie ya se estaba ocupando de ello, aunque eso no me ahorraría la tradicional sucesión de saludos a los visitantes. El tenue murmullo de la gente que comenzó a entrar siseaba en el interior de la sala como un enjambre, despertándome del ligero letargo en que me habían sumido las palabras de Arthur. Decenas de caras conocidas iniciaron un súbito deambular por la estancia; cuerpos informes se extendían por ella como una negra mancha de petróleo por la superficie tranquila del mar, llenándolo todo, anegando el recinto al son asonante de la novedad y la expectación. Me enderecé y miré satisfecha al que minutos antes había sido mi interlocutor. Sus ojos sonreían. Tras un vistazo sumario a la afluencia de público reparé en Charlie, que iba de grupo en grupo repartiendo bienvenidas y estrechando manos calurosamente. Poco después se dirigía con pasos afanosos hacia mí.

—Alexander Vanderbilt quiere conocerte —soltó sin más al alcanzarme. Asentí conforme—. Ahí tienes el extraordinario motivo de tu intuición —afirmó mordaz,

mientras una sonrisa de picardía asomaba a la línea de sus labios.

Hizo un gesto con la cabeza para indicarme la posición exacta de Alexander Vanderbilt en la sala. Hasta aquel día, como de costumbre, Arthur era quien se había encargado de tratar con él las condiciones de la exposición, y Charlie, quien lo había telefoneado en un par de ocasiones para ultimar detalles. Yo, en cambio, lo único que conocía de él era su obra, su colección de cuadros. El trabajo era la única carta de presentación que poseía de Alexander Vanderbilt.

Siguiendo las indicaciones de Charlie, dirigí la mirada hacia el lugar que me había señalado, no sé si con suficiente disimulo. Al fondo de la sala vi a un hombre alto bien adentrado en la treintena, de aspecto distinguido y complexión atlética, con hechuras y corte de galán de cine, rasgos rotundamente masculinos y sorprendentemente apuesto, que me miraba con insistencia mientras departía amable y sonriente con los invitados que tenía alrededor. La amplia sonrisa que se extendía por su atractivo rostro dejaba ver la perfección de una dentadura fuerte y blanca que confería cierto carácter autónomo a su buena fortuna. La arrogancia de su porte parecía corroborar su éxito.

Durante unos segundos, sus ojos, extrañamente fríos, lograron impactarme de manera asombrosa. De un azul celestial, casi transparente, combinaban armoniosamente con un cabello negro azabache, unos labios definidos y perversos

y una tez color canela, dando a su fisonomía un aspecto hermético. Ataviado con un traje de tres piezas gris marengo, la ceñida camisa negra satinada, de cuello impecablemente almidonado, aderezada con una fina corbata anudada metódicamente, dejaba adivinar un torso delineado con perfección. Era la elegancia en persona, un Beau Brummell del siglo XXI. El árbitro de la moda de la corte victoriana parecía haber legado su sofisticado garbo a Alexander Vanderbilt.

En mi retina se quedó grabada a fuego su estampa, al tiempo que me preguntaba si era posible que la naturaleza hubiera decidido reunir en un solo hombre todas aquellas virtudes y si le habría dado conciencia de su perfección.

—Alexander Vanderbilt te espera, querida —me susurró Charlie al oído, espoleando la expectación que había creado aquel hombre en mí.

En silencio, me abrí camino en su dirección mientras él me examinaba a distancia. Durante los segundos que tardé en recorrer los escasos veinte metros que nos separaban, y que se me antojaron de una envergadura dilatada hasta el infinito, pude percatarme de la proporción aritmética de su figura, de la cadencia rítmica de sus medidas, y comprobar con mejor juicio la simetría perfecta de sus músculos. La altura, la fortaleza y una imagen de conjunto asombrosa le conferían cierto aire de espíritu indómito. Las mujeres poseemos un instinto atávico que nos lleva a admirar en los hombres la

fuerza física que les atribuimos. Desde luego, esta característica formaba parte del enorme atractivo que exhalaba Alexander Vanderbilt por cada poro de su piel.

Instantes antes de alcanzarlo respiré profundamente y carraspeé para dar una entonación correcta a mi voz. Cuestión de perfeccionamiento, de retoques. Él esperaba mi llegada, presumí, cuando lo vi abrirse paso augusto y disculparse ante el grupo de contertulios con los que se encontraba conversando animadamente.

—Discúlpenme —me excusé con voz clara y tono decidido—. Les robo unos minutos al señor Vanderbilt —añadí, dibujando una ligera y cordial sonrisa en mi boca.

Los invitados asintieron con una leve inclinación de cabeza y acabaron de ceder un espacio del que el propio Alexander Vanderbilt se había encargado de adueñarse. Hice gala de todo el aplomo de que fui capaz en un momento en que la imperturbabilidad de sus ojos pronunciaba un veredicto, quizá exacto y tajante, sobre los míos. La firmeza de su mirada intimidaba. Sin duda, era el hombre de éxito que parecía ser. Tragué saliva y alargué el brazo hacia él para tenderle la mano con amabilidad. La estrechó solemne y calurosamente, con la gentileza que impone tal tratamiento de respeto. Su apretón añadió a la cordialidad del gesto seguridad, confianza, atrevimiento e irreverencia, pero por encima de todo, eso: autoridad. Parecía querer dominarme.

—Loane Darey, comisaria de la exposición —me presenté mientras analizaba su rostro.

—Alexander Vanderbilt, pintor en ciernes —contestó en tono jovial.

Intercambiamos una sonrisa distendida.

Su voz era grave, masculina e imperativa, con un leve rastro de acento catalán. Hablaba con calma y fluidez, aunque se adivinaba un peculiar humor negro, y me pareció advertir en sus ojos el destello de una alegre burla, como si en secreto parodiase el mundo que lo rodeaba o incluso a sí mismo. Su barbilla, orgullosa e impulsiva, se enmarcaba en una poderosa mandíbula realzada por unos pómulos suficientemente definidos para desafiar los convencionalismos. La suya era la belleza angulosa de un animal de pura raza, salvaje y peligroso.

—Encantada de conocerlo, señor Vanderbilt. Es un placer.

—El placer es mío, señora Darey.

Sus ojos se llenaron de picardía cuando pronunció mi apellido. Supuraban una extraña sensualidad que parecía hacer efervescente el negro abismal de sus pupilas. Aunque fingí indiferencia hacia su porte seductor y desenvuelto, experimenté un escalofrío que me caló hasta los huesos, y una súbita inquietud a la que no supe dar explicación se instaló a lo largo de mi cuerpo. Ese hombre tenía algo indescriptible que me intimidaba.



—Puedes llamarme Álex —señaló al tiempo que se ajustaba el nudo Windsor de la corbata.

—Y usted a mí, señorita Darey —le aclaré en tono irónico, adornado con el regalo envenenado de una sonrisa rápida—. Es un honor para Art Gallery que haya expuesto aquí su obra. En nombre de los directores de la galería y, por supuesto, en el mío propio, le doy la bienvenida y le agradezco la confianza depositada en nosotros.

Sonrió con sus ojos cristalinos.

—Gracias por la acogida que me habéis brindado. Me gustaría mencionar que me siento enormemente halagado de que haya sido Art Gallery la que ha tenido la deferencia de exponer mi obra.

—Uno de nuestros principales cometidos, adoptado como obligación por todos los miembros del equipo, consiste en promocionar y apoyar a los artistas emergentes y, sobre todo, promocionar y apoyar sus creaciones —le expliqué con atenta cordialidad—. Si es tan amable de acompañarme, señor Vanderbilt... —hice una pausa—, Álex —corregí—, le presentaré a los directores de la galería.

—Por favor. —Respondió a mi sugerencia cediéndome la prioridad—. Usted primero, señorita Darey.

Observé que Alexander Vanderbilt era además un hombre perceptivo y carismático. Contaba entre sus virtudes una pericia de palabra y una gracia en la expresión dignas del mejor sofista griego. Un peligroso predicador de ojos

ardientes y sonrisa irresistible, dispuesto a catequizar almas extraviadas para devolverlas al camino de la salvación. Su elocuencia, estudiada y sutilmente comedida, y esa verbosidad que presumí persuasiva e insinuante, se advertían como armas capaces de engatusar a más de uno y, cómo no, a más de una. La palabrería abundante, bien organizada, y el verbo administrado con pulcritud hacen siempre las delicias de los oídos necios de alguna mujer, sobre todo si para seducirla basta con la estulticia de la palabra. Pero Alexander Vanderbilt no destilaba solo verbo; irradiaba una prepotencia genuina aparentemente congénita. Era de esas personas a las que el mundo parece pertenecer, simple y llanamente porque no aceptan fronteras ni límites. Establecen sus propias reglas, libres de conciencia ética, e imponen su voluntad al resto. Uno de esos hombres que navegan o intentan navegar al margen de cualquier directriz que pueda marcarles el destino, con una confianza ciega en la vida, y a quienes la gente perdona su osadía por ser tan asquerosamente afortunados.

Tras la presentación oficial del señor Vanderbilt a Arthur y Charlie, que le transmitieron la preceptiva bienvenida entre expresiones de respeto mutuo, el siguiente paso fue mostrarle el itinerario de la exposición. Durante el trayecto, nuestro diálogo se convirtió en un tira y afloja rebotante de ingenio. En alguna ocasión sorprendí a Alexander Vanderbilt escrutando furtivamente la línea infinita que perfilaban mis

piernas, diagnosticándome las medidas fehacientemente y contemplando de forma deliberada y casi enfermiza los zapatos de tacón alto con que conjuntaba la ropa. Era irreverente, contrario a todo respeto debido, arrogante hasta límites inenarrables, prepotente y, por añadidura, déspota. Ostentaba la soberbia insolente de quien cree saberlo todo. Descarado, provocativo, embaucador y desvergonzadamente guapo, más de lo que ningún hombre tendría derecho a ser. Con la misma facilidad con que un niño paladea la dulzura de un caramelo, yo lograba perderme en el azul celeste de sus ojos incendiarios.

Se percibía que Alexander Vanderbilt estaba acostumbrado a obtener cuanto deseaba. Era de los que persiguen sus metas de manera obstinada y caprichosa sin reparar en medios ni escrúpulos. Había algo hipnótico en su mirada, tentador en su belleza y misterioso en su persona. Algo que iba más allá de una explicación precisada con palabras y que podía doblegar las más sólidas virtudes. Creo que no exageraba al pensar que ninguna mujer habría osado eludir sus caricias.

Los tres días que duró la exposición transcurrieron de forma rápida y resuelta. La colección tuvo una acogida excelente, rubricada en todo momento con halagos. Se vendieron nueve de la veintena de lienzos expuestos, además

de recibirse varios encargos personales de algunos de los clientes más sustanciales con que contaba asiduamente la galería. A ninguno nos sorprendió tan buena aceptación; se trataba de una pintura muy cuidada, sobria, con trazos, líneas y colores muy depurados, sin rebuscamientos ni artificios, condiciones que hacían las delicias de los más puristas y contribuían a consolidar su fama. El realismo que plasmaban los cuadros de Alexander Vanderbilt, en una recreación única y sublime, era asombroso, con una minuciosa visión para las medidas correctas. Se podían pasar horas y horas observando sus obras sin correr el riesgo de agotar los detalles.

La belleza que reflejaba a través de la paleta era la que le proporcionaba esa realidad que tan fielmente reproducía en sus obras, sin idealismos ni ardides ornamentales. Sus pinturas carecían de subjetividad. La única fuente de inspiración con que contaba era sencillamente el entorno, y la belleza que descubriera en él. Todo lo que era capaz de contemplar lo convertía inmediatamente en un conjunto de líneas y color que cobraba vida sobre el lienzo. Su ojo era como el de un fotógrafo, y su mano, una cámara en la conquista de una realidad que, en la diversidad temática que abarcaba su colección, ganaba excelencia por estar contenida en unos cuadros que desde un principio captaron poderosamente mi atención y la de buena parte de la concurrencia. Eran unas obras densas, misteriosas, cerradas

al espectador. En ellas aparecían exuberantes mujeres sensualmente azotadas, castigadas con una única arma: el erotismo en su máxima expresión. Unos cuerpos que autografiaban en renglones de placer una poesía de carnalidad exacerbada e insultante, inmovilizados en posiciones tan hermosas como imposibles. Pero entre todos había uno que seducía el ojo por encima de los demás: el cuerpo esbozado de una muchacha de no más de dieciocho años se retorció glorioso sobre sí mismo mientras las formas precisas, viriles y arrolladoramente autoritarias de dos hombres la sometían y sodomizaban al capricho que dictaba su imperioso deseo, al tiempo que una aglomeración de devoradores de morbo, en derredor, deglutía una lascivia que traspasaba las líneas coloristas de la obra hasta alcanzar la mismísima alma del espectador. Sin duda, era uno de los cuadros más evocadores e intensos que había visto en mi vida.

Aquellos lienzos nacidos de la mano de Alexander Vanderbilt hacían insigne honor a una sexualidad alternativa, desconocida para la mayoría de los mortales pero, según reflejaba la conjunción perfecta y armonizada de trazos y colores sobre la virginidad de la tela, llena de matices y visos por descubrir.

Todos los artistas plasman parte de su universo personal en cada una de sus creaciones. «Analiza una obra y conocerás al autor». No sin cierto miedo, me preguntaba qué

parte de la mente de Alexander Vanderbilt se encargaba de expresar las imágenes que componían aquellos cuadros. La lascivia y la perversidad que se reflejaban en ellos acariciaban mi imaginación como una mano con guante de seda, de modo coqueto y tentador.

A lo largo de aquellas jornadas en las que Alexander y yo cruzamos charlas y pareceres, debatimos opiniones y rompí con el respeto debido a la diferencia generacional y me acostumbré a llamarlo Álex, lejos de apaciguarse la inquietud que provocaba en mí su presencia, se acrecentó de una forma insinuante y peligrosa. En algún momento de las horas que pasamos juntos, en mi cabeza se instaló con una insistencia rayana en la obsesión la idea de que ocultaba algo. Algo callaba. Comenzó a martillearme la mente el pensamiento apremiante de que no había ido a Madrid solamente con motivo de la presentación de su obra en nuestra galería. Tenía el pleno convencimiento de que otro asunto, de una envergadura seguramente muy distinta, lo había llevado a la capital e incluso a mí. Con esa desazón que me rondaba, se dio por clausurada la exposición.

Mi reloj marcaba las nueve y media de la tarde, el día en que finalizaba la muestra, cuando Alexander Vanderbilt se abrió paso decidido entre los asistentes con intención de llegar hasta mí, para felicitar me por el óptimo trabajo realizado con su colección. Cuando me alcanzó, me asió con suavidad por el brazo y me condujo cortésmente a un rincón

de la sala, lejos de la multitud. Me detuvo frente a sí, en la leve intimidad que había conseguido, y en apenas una fracción de segundo mi mirada se amoldó a la suya de manera concisa.

—Enhorabuena por el excelente y arduo trabajo que has hecho con mi obra, Loane —me dijo mientras clavaba sus ojos en los míos.

—Es mi cometido —respondí satisfecha—. Aunque no es solo mérito mío. Charlie y Arthur tienen mucho que ver en la tarea de exponer cada objeto de la forma más adecuada.

—Soy consciente de ello. Tanto Charlie como Arthur han recibido ya mis felicitaciones y, por supuesto, les he hecho llegar mis agradecimientos, al igual que quiero hacer contigo aplaudiendo la labor que desarrollas en la galería. —Sonrió cortésmente. De inmediato supe que había algo más detrás de esa simple sonrisa.

—Muchas gracias, Álex.

Recibí sus halagos complacida y perceptiblemente azorada; suponían un pequeño azote a mi timidez, sobre todo porque se presumía que Alexander Vanderbilt no era de esos hombres dados a las lisonjas fáciles. Sin embargo, sus palabras se me antojaron huecas, carentes del efecto encomiástico que pretendía darles.

—Me gustaría, si no tienes comprometida la noche —prosiguió—, invitarte a cenar después de que acabe tu jornada para agradecerte personalmente la esmerada

atención con que has tratado mi obra. —Su mirada se tornó en un segundo aguileña.

Durante los instantes siguientes a su invitación y previos a mi contestación, el ambiente se tiñó de un recelo procedente de mi persona ante aquel inesperado y sorprendente brote de interés por verme después. Como buenamente pude, hice un primer y único intento de declinar su invitación, pero me fue imposible.

—No sé a qué hora podré salir. Cada vez que cerramos una exposición tenemos que tramitar un montón de papeleo —le expliqué, convincente.

—Hay restaurantes que sirven cenas hasta muy tarde —apuntó.

—Aun así, puede que no encontremos nada abierto, excepto algún local de comida basura —bromeé, taimando la negativa.

—Entonces pasaremos de la cena y nos tomaremos una copa —insistió persuasivo—. ¿Te gusta el martini, o prefieres un gin tonic? ¿Mitad y mitad, dos partes de tónica y una de ginebra, tres de tónica y dos de ginebra...?

Para una abstemia convencida como yo, un gin tonic en cualquiera de las proporciones que me proponía sonaba tan apetecible como un vaso de colonia.

—Nunca me ha gustado la tónica —respondí con sarcasmo.



—Entonces, ¿un martini? O una ginebra a palo seco..., si la tónica es lo que no te agrada —matizó, más mordaz aún.

—Gracias por la invitación, Álex, de verdad, pero...

—No tendrás miedo de quedarte a solas conmigo —me cortó con insolencia.

—¿Miedo? ¿Por qué iba a tener miedo?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Señor Vanderbilt, hay pocas cosas en este mundo que consigan darme miedo —afirmé—. Le aseguro que usted no es una de ellas.

—Siempre que te pones nerviosa dejas de tutearme.

Lo miré con una expresión de desconcierto proyectada en el rostro. No me había dado cuenta, aunque era obvio que Álex había reparado en ello. Creo que fue en ese momento cuando decidí rendirme a su perseverancia y a él.

—Me conformo con un té blanco —dije al fin, resignada.

—Eso está mejor —contestó con voz pausada mientras sus pupilas se contraían.

—Han abierto a dos manzanas una cafetería en la que sirven unos tés de vicio.

—¿Té blanco? —repitió—. El de la belleza. ¿Ese es tu truco?

Fruncí el ceño durante un segundo.

En más de una ocasión, las locuacidades de Álex me pillaban con la guardia baja y sin saber bien qué responder para no quedar en evidencia. Ante mi extrañeza, se limitó a

brindarme una ligera sonrisa, seguro de la infalibilidad de sus palabras, certero en la eficacia de sus hechos, firme en el juicio de sí mismo y de los demás.

—Está bien; iremos a probar esos tés de vicio —accedió con una risilla indulgente—. Tengo que concretar unas cosas con algunos de los osados clientes que han adquirido mis obras. Cuando termines, te estaré esperando en la salida.

Sin más sonido entre nosotros que el suspiro condescendiente manifestado por mi garganta ante la coacción de su labia, orienté hacia el despacho la sombra que se desgajaba de mis pasos. La fluorescencia proveniente de una luna lechosa ingresaba desvergonzadamente por la ventana, creando formas trapezoidales en el suelo y la pared contigua. Rodeada de aquella claridad casi mágica, me introduje en la estancia y encendí la luz. Todavía tenía que completar la documentación necesaria para el día siguiente, una formalidad obligatoria. En el par de horas que pasé rellenando con más o menos tino el papeleo gubernativo, la imagen de Alexander Vanderbilt vagaba esporádica e inexplicablemente a sus anchas. Aparecía y desaparecía en mi mente como un fantasma que merodease por un castillo. Al margen de los agradecimientos protocolarios que deseaba hacerme llegar, su invitación resultaba, cuando menos, sospechosa. Su conducta de los días anteriores dejaba entrever fugazmente una doble intención. Pensé, de todos modos, que sin duda me haría saber en el transcurso de

nuestra disimulada cita aquello de lo que quería hacerme partícipe.

Seguramente, lo que Alexander Vanderbilt se trajera entre manos no podía esperar más tiempo que el prestado en la entrevista. Tenía la certeza de que lo que fuera se hablaría con ocasión de ese encuentro.

Intenté concentrarme para acabar con la ineludible vorágine de documentos que tenía sobre la mesa. Del sopor burocrático me sacó Arthur, que se presentó en el despacho con semblante serio y algo gruñón. Supuse entonces que se encontraba inmerso en alguna de sus particulares disputas con el mundo.

—¿Tienes toda la documentación? —me preguntó mientras dejaba caer los lentes al pecho—. Las llamadas telefónicas de los impacientes apremian.

—Sí, aquí está todo —respondí, entregándole la pila de papeles.

—¡Malditos trámites! —farfulló malhumorado—. Consiguen hacer añicos la esencia del arte. Quebrantan su sustancia y hacen que su dulce sabor amargue como la peor de las hieles. El arte debería ser una maravilla de dominio público y, por supuesto, gratuito.

Arthur era poco amigo del papeleo y de todo aquello que supusiera una cortapisa para la expansión autónoma de la creatividad. Pero los trámites y documentos no solo conseguían «hacer añicos la esencia del arte», sino también

su afamada imperturbabilidad. Él, que nunca se exasperaba, era incapaz de echar mano de algún vestigio de resignación para aplacar su antipatía hacia las tediosas obligaciones burocráticas, de modo que lo consumían hasta evaporar por completo su paciencia.

Con los papeles en la mano y malhumorado, enfiló el camino hacia la puerta. Antes de abrirla, se dirigió de nuevo a mí.

—Creo que Alexander Vanderbilt te espera en la entrada. Se lo ve impaciente.

—Hemos quedado para vernos ahora.

Arthur me lanzó una mirada perspicaz. Leí su pensamiento como si fuera un libro abierto.

—No hemos quedado para salir juntos —me adelanté a decir.

—¿No? Entonces, ¿para qué?

—No vamos a salir juntos en ese sentido —aclaré, sutil—. Quiere agradecerme la labor que hemos hecho con su obra antes de regresar a Barcelona —argumenté.

—Es todo un detalle por su parte que, siendo una labor conjunta, la invitación recaiga exclusivamente en las piernas más bonitas de la galería. Imagino que habría sido una crueldad por tu parte rechazar su invitación.

Ahogué en el fondo de la garganta la réplica que provocaron en mí aquellas palabras. No habíamos quedado para salir juntos. No en ese sentido.

Acto seguido, ordené rápidamente la documentación que tenía en la mesa, revisé el bolso para comprobar que llevaba todo lo necesario, incluso para el hipotético caso de una huida inminente del país, y puse rumbo con resolución a mi encuentro con Álex.

## CAPÍTULO II

De inmediato distinguí su airosa silueta a la luz plateada de la luna. Eran casi las once y media cuando, al otro lado de las enormes puertas acristaladas de la galería, advertí la figura de Álex.

Eché un vistazo al cielo antes de salir. A esas horas, la luna llena vertía su claridad sobre la noche madrileña de un modo tan descarado como fascinante, insinuando contornos por los que derramaba reminiscencias acuosas.

Miré de nuevo al frente. A través de la cristalera se perfilaba una imagen estática, solemne y ciertamente, como bien había percibido Arthur, expectante. Observé que había cambiado los trajes de los días anteriores por un atuendo mucho más informal: unos vaqueros lavados a la piedra y una camisa blanca con toques ibicencos que resaltaba su piel canela y le confería un aire despreocupado y amplificadamente seductor. Los botones estudiadamente desabrochados ofrecían la promesa eterna de un torso preciso en las formas. Su contundente mirada parecía imperturbable, así resonara el eco furibundo de las siete

trompetas del Apocalipsis. Ese hombre tenía algo indefinible en los gestos, en el porte, en la actitud.

El galimatías que se formulaba en su mirada me arrastraba irremisiblemente hasta los mismísimos confines del abismo que horadaba la claridad de sus ojos.

—Siento haberte hecho esperar —me disculpé mientras lo alcanzaba.

Me examinó sin el menor decoro con una mirada intensa e intimidatoria que traspasaba cualquier límite impuesto por la educación.

—No tienes por qué disculparte, Loane. Ya me lo habías advertido. Con gusto te esperaría todo el tiempo que fuera necesario.

—No se puede eludir a la burocracia —señalé.

Álex asintió cordialmente.

Caminamos juntos por la concurrida Gran Vía madrileña hasta llegar a la cafetería Aromas, situada coquetamente en la esquina de la colosal arteria con la calle San Bernardo, dos manzanas por encima de Art Gallery. Durante el breve trayecto alargamos los pasos por diálogos sin relevancia ninguna. Al alcanzar la puerta del café, Álex, tan caballeroso como era de esperar, se adelantó para abrírmela. El amplio local se distribuía en mesitas que abrazaban ordenadamente la barra, situada en el eje central. La media luz ambarina que se desprendía de las decenas de originales lamparillas suspendidas del techo lo volvía sugerente y acogedor;

evocaba el expirar de un sol que agota sus últimos minutos de vida frente a la línea inevitable del horizonte.

Había grupos dispersos que conversaban afablemente frente a sus vasos medio vacíos. Las coloridas paredes, de diversas tonalidades de violeta, se engalanaban con grandes carteles de películas antiguas y fotografías en blanco y negro de los años dorados del glamuroso Hollywood. Las curvas sensuales de Marilyn Monroe, la mirada hipnótica de Elizabeth Taylor, la inocencia turbadora de Audrey Hepburn y el misterio de Greta Garbo formaban parte del plantel estelar de féminas que alegraban el local con su pródiga belleza. Entre el elenco masculino destacaban el varonil Rod Hudson, la mirada angelical de Paul Newman y el rebelde sin causa James Dean. Al fondo, emergida de un tiempo pretérito, olvidada por una tecnología que irrumpe de forma apabullante en la modernidad, una vieja gramola pincelada de mil colores reproducía canciones de la discografía embrionaria de los Beatles, poniendo el toque romántico a un espacio que invitaba a la reflexión y a quién sabe qué más.

Aunque estaba casi vacío, nos acomodamos en un rincón apartado del resto de las mesitas, al resguardo de oídos indiscretos. Ese aislamiento premeditado era favorable al intercambio de confidencias.

—¿Un té blanco? —me preguntó Álex alzando las cejas.

—Sí —respondí.



Hizo una seña al camarero, que se acercó de inmediato.

—Un té blanco para la señorita y un gin tonic para mí, por favor —pidió.

—Enseguida —contestó amablemente.

—Buena elección —señaló Álex con una mirada rápida en derredor.

—¿Te gusta?

—No está mal. Es acogedor y elegante; la música es exquisita, y parece cómodo.

—Veo que te gustan los Beatles...

—Soy de esos incondicionales que piensan que es el mejor grupo de la historia. Aunque nada se puede comparar con la ópera.

—¿Te gusta la ópera? —pregunté sin poder ocultar mi sorpresa.

Álex no parecía propenso al sentimentalismo teatral de la ópera; no daba la impresión de ser de los que se emocionan sumergidos entre tempos y adagios.

—¿A ti no?

—No se encuentra entre mis géneros musicales preferidos.

—Eso es porque no has tenido la fortuna de presenciar obras tan grandiosas y de una intensidad dramática tan extraordinaria como *Madame Butterfly* o *La bohème*, ni la trama de pasión, intriga y violencia que se vive a través de los actos de *Tosca*, del gran Puccini —recitó como un profesor—. Recuérdame que vayamos a ver *La Traviata* de

Verdi. —Sonrió—. Cuando hayas escuchado su *bel canto* encarnado en la trágica Violetta Valery, me dices si te gusta la ópera o no.

—Será un placer conceder a *La Traviata* mi más caluroso y apoteósico aplauso final.

El camarero se acercó y depositó en la mesa nuestras consumiciones. Álex me observó atentamente las manos mientras exprimía la bolsita en la tetera y vertía el contenido en la taza.

—¿Eres como el té blanco? —soltó de pronto, sin dejar de observarme.

Levanté la mirada, confundida. La suya me escrutaba.

—¿Me explicas esa apreciación, por favor? A estas horas, mis neuronas no procesan la información con tanta rapidez como en circunstancias normales —argumenté irónica.

—El té blanco es suave, aromático, evocador, insinuante...

—Somos lo que comemos, no lo que bebemos —le aclaré. Hice una pausa para sacar la bolsita de té del agua humeante y echar el azucarillo a la taza. Inconscientemente, dejé que una amplia sonrisa se extendiera por mis labios y esperé impaciente su réplica, que tardó en llegar exactamente lo mismo que el azucarillo en diluirse.

—Te encanta jugar con las palabras —apuntó tras el corto silencio—. Las manejas de una forma fascinante.

—Me encanta jugar con todo —aseveré con una nota de desafío en la voz.

—Entonces te propongo un juego. —Su tono pasó de la provocación a la formalidad en una fracción de segundo.

Lo contemplé largamente por encima de la taza, intentando descifrar su rostro.

—¿Has oído hablar de la Alianza de los Siete Arcángeles? —soltó.

De nuevo lo miré, esta vez con atención inquieta. Parecía regocijarse ante mi incapacidad de dar respuesta a su pregunta, pero debía reconocerme ignorante en materia de ángeles y arcángeles.

—No —respondí escueta y con pesar.

—Es lógico —señaló—, dado que son pocos los privilegiados que saben de su existencia. ¿Sabes qué son los arcángeles?

Mi confusión se intensificó ante aquella absurda pregunta, pero mientras intentaba averiguar si hablaba en serio, eché mano de lo que recordaba de las clases de religión y las numerosas representaciones artísticas de los ángeles. La falta de interés que suscitaban en mí las cuestiones eclesiásticas, ya desde la niñez, me impedía mantener un mínimo de atención ante las tediosas prédicas del maestro de turno, que olvidaba inmediatamente después del examen. Pero a pesar de mi desconocimiento en asuntos teológicos, si a algo no estaba dispuesta era a dejar que Alexander

Vanderbilt quedara por encima de mí, en ese tema o en cualquier otro.

—¿Esto es un juego? —le pregunté, denotando cierto malestar.

—Te gusta jugar, ¿no? —dijo sin dejar de mirarme, sonriendo por encima de la copa.

Noté como se me tensaban los músculos de la mandíbula. Estaba probando el sabor amargo de la propia medicina. Bebí un trago de té para arañar unos segundos, y Álex hizo lo propio con su gin tonic. Carraspeé un par de veces y la voz se me aclaró, sí, pero eso no impidió que apareciera en mi cabeza, orbitando como un satélite, la ridícula sensación de haber lanzado una piedra y haberme descalabrado yo misma.

—Hasta donde sé, los arcángeles son una categoría de ángeles —sentencié. Apoyé la taza en la mesa. Álex me miró de soslayo—. Deduzco que están en un nivel superior por el prefijo *arc*.

—Supones bien —ratificó Álex.

—Si no me falla la memoria, creo que son...

—Siete —se apresuró a decir, sin dejarme acabar.

Sí que me fallaba la memoria, estrepitosamente, y la ausencia de una actualización de mis conocimientos religiosos quedaba patente sin más excusa que el propio desinterés. La conversación había tomado un derrotero que yo encontraba estúpido. Dejé escapar un suspiro de impotencia. De repente, cierta inspiración se apiadó de mí

cuando ya daba la batalla por perdida y recordé una charla miserere que había oído recientemente a un par de testigos de Jehová, con la calle como único y sagrado escenario.

—Según en qué religión —afirmé contundente, para salir del atolladero.

Sin dejarlo hablar, continué exponiendo como buenamente pude mi desatinado argumento y estirando la escasa información con que contaba.

—Unas creencias admiten una cantidad de arcángeles, y otras, otra. Hay variadas interpretaciones respecto a su número. Los testigos de Jehová, por ejemplo, reconocen únicamente a uno.

—Excelente —me felicitó socarrón—. Eras una alumna muy aplicada.

Hice caso omiso de su tono burlón mientras un segundo suspiro emergía de mis pulmones, arrastrando consigo mis buenos modales.

—¿Qué es esto? —inquirí irritada—, ¿un examen de religión?, ¿o es que no has encontrado mejor forma de reírte a mi costa?

—Espera... —Me sujetó la mano con delicadeza—. Lo siento...

Lo miré fijamente a los ojos con intención de buscar en ellos una respuesta que claramente no iba a encontrar. A pesar de las disculpas, seguían inmutables a los míos, fríos

como un bloque de hielo en mitad del Ártico. Bajó la cabeza lentamente, al tiempo que me liberaba de su mano.

—¿Adónde quieres llegar? —le pregunté replegando el genio y tratando de dinamizar la conversación.

—Realmente, en el catolicismo son arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael; sin embargo, las Sagradas Escrituras hablan de siete.

Mi cara adoptó la estúpida expresión de un jugador de póquer mediocre con una mala mano.

—En la mayor parte de las culturas —prosiguió— aparecen siete misteriosos, siete iluminados, siete magníficos, aunque los mencionen cada vez con un nombre.

—Todo eso me parece muy instructivo, pero...

—Espera —me indicó por segunda vez.

Guardé silencio, y un nuevo trago de té me bajó con tibieza por la garganta, creando un cálido sendero para a continuación calentar mi estómago y parte de mi cortesía. Paseé la mirada distraídamente por el local. Se había quedado completamente vacío; solo estábamos Álex y yo, inmersos en el espacio ambarino de su interior, además del camarero que mataba el tiempo haciendo sudokus. La gente, aprovechando el aire fresco que proporciona la noche en esos días en que los termómetros de Madrid se derriten bajo la inclemencia del sol, prefería arreglar el mundo sentada en la terraza. Desde dentro solo se oía el ininteligible murmullo entrelazado de decenas de conversaciones.

Miré de nuevo a Álex, que continuaba con su discurso.

—En casi todas las religiones del Libro se habla de siete arcángeles. Siete exactamente.

—Disculpa mi supina ignorancia en temas angelicales, pero sigo sin entender adónde quieres llegar y qué pinto yo en todo esto.

—Se dice que, hace siglos, siete hombres importantes establecieron una alianza destinada a custodiar y proteger celosamente uno de los secretos más trascendentales de la humanidad; un secreto que ansían descubrir algunas de las religiones más relevantes; un secreto que, de salir a la luz, podría dar un vuelco al curso de la historia.

Me quedé atónita por el alcance de lo que estaba escuchando, encaramada al borde de la silla. La cafetería parecía haberse quedado sin oxígeno de repente, como si todo lo hubieran consumido las palabras de Álex. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me dejó helada a pesar de la canícula.

—¿Se dice? —le pregunté cuando volví en mí—. ¿Me estás hablando de una leyenda?, ¿de una historia de veracidad dudosa?

—No es ninguna leyenda —aseveró muy serio.

—¿No? ¿Qué pruebas hay de que es cierto?

—Tantas como de que no lo es.

Lo miré dubitativa. Una vez más, Alexander Vanderbilt hacía uso de esa capacidad suya tan extraordinaria para

involucrar a otras personas en su forma de pensar, aderezada sutilmente con una ambigüedad que por momentos lograba confundirme.

—Esa respuesta traspasa el límite de la imprecisión — afirmé rotunda—. No me vale.

—La ambigüedad mide el nivel de inteligencia y discernimiento de una persona —expuso, desviando conscientemente el tema.

Apreté los dientes y me limité a mover un poco el cuerpo, conjeturando que se disponía a argumentar la breve premisa. No me equivocaba.

—Cuando algo admite varias interpretaciones o es susceptible de entenderse de distintos modos —continuó—, se deben emplear la inteligencia, el juicio y la deducción para escoger la premisa correcta.

—La ambigüedad lleva a la confusión, a la incertidumbre; conduce a conceptos carentes de exactitud, a la duda — refuté.

—Dudar es de sabios.

—Y errar, de humanos —sentencié, salomónica—. Y persistir en el error, de locos. Todavía no me has aclarado qué pinto en todo esto —dije volviendo al asunto que nos atañía—. Y si no quieres que piense que quedar contigo ha sido un tremendo error, deberías responderme. —Levanté las cejas e hice una pequeña pausa: no estaba dispuesta a caer



en su brumosa retórica—. Sin ambigüedades —señalé a modo de conclusión.

—Necesito que me ayudes a conquistar ese secreto.

Lancé una carcajada lacónica que se perdió entre los añejos carteles y fotografías que protagonizaban las paredes. Álex se recostó ampliamente en el respaldo, cogió la copa y de un solo sorbo se bebió más de la mitad del gin tonic.

—No, Álex —anoté perspicaz—, necesitas que te ayude a conquistar un cuento chino sin base ni fundamento, propagado espontáneamente con más o menos efecto y que goza, por lo que dices, de cierto reconocimiento por parte de un populacho selecto; nada más. Las leyendas son historias que nunca han sucedido pero se relatan como si fueran ciertas.

—No es ninguna leyenda, Loane —insistió en tono serio—, y son pocos, muy pocos, los privilegiados que conocen su existencia. La Alianza de los Siete Arcángeles tiene poco o nada que ver con esos relatos vulgares que circulan de boca en boca.

—¿Ah, no? —lo interrogué, escéptica—. ¿No es comparable a eso de que el famoso secreto de la Coca-Cola es que contiene cocaína y por eso provoca adicción? ¿O a eso de que la canción *Hotel California* es un homenaje a una secta satánica? Todo son leyendas. Estas son de las que provocan simple risa, pero otras no son tan graciosas.

Removí distraídamente el té con la cucharilla.

—Hay que juzgar la bondad de cada una de ellas, Loane.

—¿Sabías que se dijo que Catalina II de Rusia murió al ser penetrada por un caballo? —continuó, prescindiendo de su último comentario. —Álex frunció el ceño y únicamente me ofreció una mirada hermética—. Ese bulo nauseabundo fue lanzado por aquellos que envidiaban que, siendo mujer, concentrara tanto poder y además lo gestionara tan brillantemente.

—Haciendo igualmente gala a tu definición conceptual —dijo mordaz—, las leyendas pueden ser relatos deformados, no lo niego, pero muchas de ellas contienen datos reales; a veces son su mejor fuente. ¿O acaso no sabías que Catalina II de Rusia era conocida por su desmesurado apetito sexual? Todas las leyendas parten de una sencilla verdad.

—Yo, es que soy más prosaica. Soy de los que creen que las leyendas se oponen a los hechos históricos —dije con potestad académica—, e incluso a toda lógica. El argumento está sazonado por el exceso de imaginación de quienes lo transmiten.

—¿No te has parado a pensar que es posible que las leyendas, las verdaderas, las más antiguas, indiquen el camino que se debe seguir para hallar la evidencia?

—No te pongas demagogo —subrayé yo, presa de cierta desesperación.

—No lo hago. Simplemente señalo que hay que saber interpretar el contenido simbólico.

—Por favor, Álex —dije irónica—. Todos conocemos a alguien que a su vez conoce a otro alguien que en alguna ocasión ha visto, oído o vivido algo fantástico. Pero los protagonistas son en realidad arquetipos anónimos, y quienes lo cuentan, narradores de historias invisibles. Están en el inconsciente colectivo. Sin embargo, no tienen la menor relevancia y, por supuesto, carecen de contenido simbólico al que sacar provecho, ¿o crees que tienen moraleja?

Observé a Álex negar con la cabeza repetidamente. No confiaba en poder convencerlo por más argumentos o más ejemplos que le expusiera. No temía la polémica, así estuviera en controversia con el mundo entero.

—No es una leyenda ni una historia fantástica sacada de un libro de cuentos. Lo sé porque hay gente dispuesta a derramar sangre si es necesario con tal de impedir que esa verdad vea la luz. Nadie mata sin motivo, aunque ese motivo sea banal, injusto o cruel. Hasta un demente, en el abismo insalvable de su locura, te dará sobradas razones para haber privado de la vida a un semejante.

Contuvo la voz en la garganta. La boca parecía habersele secado de pronto, y el característico celeste de sus ojos adquirió una expresión sombría. Durante los segundos previos a que retomara la discusión, no supe qué pensar y tampoco tuve claro qué decir; me ceñí a mirarlo detenidamente y esperar. Desde luego, lo que acababa de

afirmar ya no sonaba tanto a leyenda como a novela policiaca.

—No sé de qué se trata. —Arrancó a hablar nuevamente—. No sé qué puede esconderse detrás de ese secreto. Personalmente, tampoco me importa demasiado, pero ha de ser algo gordo a juzgar por quienes parecen estar implicados y por los intereses que hay en juego. No avales esta leyenda al cien por cien si no quieres, Loane, pero tampoco la rechaces con tanta rotundidad. Simplemente, dale la credibilidad justa.

Según avanzaba el diálogo y Álex desgranaba perseverantemente la información, empecé a prestar oídos a sus palabras. Mi escepticismo comenzó de pronto a menguar. Pensamientos de toda índole amenazaban con asediar mi cabeza si no ponía orden de inmediato. Quizá todo resultara un engaño al final, algo propio de una ficción, pero en silencio advertí como la curiosidad que sentía en un principio se iba convirtiendo poco a poco en profundo interés.

—¿Quién está detrás de todo esto? —indagué.

—No tengo conocimiento de quién mueve los hilos desde las altas esferas. Yo soy un simple títere en manos de un ángel caído. En este asunto solo soy la mano del diablo, o su mensajero, como deseas llamarlo.

—¿Un ángel caído?

—Es una metáfora. —Me sonrió compasivo ante el amasijo de información de que me estaba haciendo partícipe —. Los miembros de la Alianza decidieron usar la jerarquía, organización y terminología de los arcángeles; de ahí que sean siete. Un ángel caído es aquel que ha sido expulsado del cielo por rebelarse y desobedecer las órdenes de Dios.

—Como Lucifer.

—Exacto. Podría decirse que la similitud es aplicable a la Alianza. Un ángel caído es alguien que se rebela, que desea destruir el secreto que oculta.

Una duda me asaltó y, como si fuera pólvora en mi boca, no pude evitar planteársela a Álex.

—Hay una cosa que no entiendo. Si me dices que eres un títere en manos de un ángel caído..., que eres el mensajero del diablo, y que personalmente te da igual qué haya detrás de todo esto, ¿por qué estás a las órdenes de alguien así? ¿Por qué has aceptado un encargo del diablo, cuando no es nada conveniente acercarse a sus sucios negocios?

El silencio volvió a instalarse entre nosotros. En el vaso de Álex, los hielos casi deshechos tintineaban contra el vidrio con el balanceo circular que proporcionaba su mano.

—¿Tanto te pagan?

—No lo hago por dinero —dijo envolviendo sus palabras y su mirada en una exigida resignación—. Aunque pueda sonarte extraño, es algo que va mucho más allá...

—¿Cuánto más allá?

—No hallar ese secreto...

Como el corcho de una vieja botella de vino que se resiste obstinadamente a salir, las palabras mostraban una porfiada reticencia a emerger de sus labios. En ese momento no entendí muy bien el porqué. Alexander Vanderbilt hablaba por norma general con suficiencia; era poco amigo de los circunloquios. Se caracterizaba por ser claro e ir al grano, pese a su afición por la ambigüedad como maniobra táctica.

—Hay asuntos tan complicados que nadie es capaz de entenderlos, y desgracias tan sufridas que no tienen ya remedio. —Clavó sus ojos en los míos. Le sostuve la mirada tanto como pude—. No dar con ese secreto supondría mi muerte, y hallarlo supondría...

La frase se apagó. De nuevo, su voz se hizo silencio, un silencio espeso que devoró las palabras que salían de su boca. Una seriedad con cariz de dogma se apropió de sus facciones varoniles, que se tornaron frías e impersonales. De forma inconsciente, cerró la mano derecha lentamente en un puño que apretó con intensidad, guardando en el gesto una rabia difícil de disimular. Tuve la sensación de que los tres últimos vocablos que había pronunciado eran más un pensamiento en alto que una manifestación de posibles consecuencias. Un espasmo de miedo me sacudió el estómago como un martillo de hierro. Había captado muy bien lo que se reservaba, a través de la tensión que vibraba en su voz. Entonces fui consciente de que Álex no bromeaba,

y mucho menos se excedía en la explicación. Realmente, si no lograba dar con ese secreto estaría firmando con sangre su sentencia de muerte. Busqué con ahínco en mi mente palabras que le sirvieran de consuelo ambulatorio, o un gesto adecuado que lo reconfortara en la efímera y lenitiva inmediatez, pero fue un cometido del todo imposible. Se notaba a la legua que Alexander Vanderbilt era poco dado a recibir de buen grado expresiones de afectividad. Lo único que me pareció acertado hacer fue no indagar más.

—¿Por qué me has buscado a mí para que te ayude? — pregunté intrigada.

—Por una cuestión meramente técnica. Tus conocimientos de arte serán vitales. Se dice que la clave para descubrir el secreto que ocultó la Alianza de los Siete Arcángeles se esconde tras la sobriedad y la belleza esbozadas en un cuadro. Un célebre pintor guardó clandestinamente entre las capas de color de una de sus obras la mayor verdad que, de descubrirse, revelará la historia. Sé que eres muy buena en tu trabajo, que te apasiona el arte. Eres capaz de obtener información de la pintura que otros pasarían por alto. Además, he podido comprobar tu perfeccionismo, tu perseverancia y tu inteligencia. Eres la única persona que busco.

—Creo que sabes más de mí de lo que has podido averiguar en estos cuatro días, y también creo que me sobrevaloras.

Sonrió levemente.

—Tu nombre suena con mucha fuerza dentro de este círculo. Tu expediente habla maravillas; la fama que te precede traspasa las fronteras de Madrid. Todos te auguran un futuro brillante, lleno de éxitos y sueños cumplidos; todos hablan de tus extraordinarias cualidades, de ese don que posees para desentrañar el enigma que encierran los trazos de cualquier lienzo y la destreza para ahondar en la amalgama que se codifica en la mente de su autor. Aparte de una curiosidad insaciable por todo lo referente a tu trabajo, te mueve ese impulso profesional que no todo el mundo tiene.

—Nadie debería atreverse a vaticinar el futuro de otra persona —objeté jocosa—. Menos aún con la crisis actual, que engulle entre sus fauces de ruina y decadencia todo lo que encuentra a su paso, y de la que parece que no saldremos nunca. Pero más peligroso todavía es hacer esas suposiciones en un mundo tan incierto como el del arte. Lo que prima es lo imprevisible. Las cosas han dejado de estar bajo nuestro control, incluso en este oficio.

—Ya sabes cómo es la gente —apuntó Álex, más sereno—. Medio mundo murmura del otro medio, porque carece de vida propia de la que ocuparse. Hay gente que sabe más de su prójimo que el propio prójimo.

Asentí en silencio, casi imperceptiblemente. Una débil sonrisa distendía mis labios.



—Como puedes comprobar —manifesté con sinceridad—, no poseo los conocimientos necesarios para hacer frente a un encargo de esa magnitud. Jamás he oído hablar de la existencia de tal alianza, ni de que un cuadro famoso contenga la clave del secreto. Soy una absoluta ignorante en lo que a este asunto se refiere, y creo que poca o nula ayuda puedo ofrecerte. Mucho me temo que todos esos rumores sobre mis extraordinarias habilidades son un tanto exagerados. —Hice una pausa en mi argumentación—. Aunque sería absurdo no reconocer que me has aguijoneado la curiosidad.

—Hace unos minutos me has dicho que te gusta jugar.

—No. He dicho que me encanta jugar con todo.

—Eso es que te gusta jugar —señaló avisado.

—Y por lo que veo —alegué al sospechar por dónde quería llevarme—, a ti también te gusta jugar con las palabras.

—Tenemos más cosas en común de las que crees. Esto será un juego para ti, simplemente. No tienes nada que perder, y quizá mucho que ganar.

Se llevó la mano al bolsillo trasero de los vaqueros desteñidos y sacó un papel, que desdobló cuidadosamente. Sin apartar la mirada, lo apoyó en la mesa y lo arrastró con un dedo hacia mí, para ofrecerme una visión clara. Cuando mis ojos se adaptaron a la escasa luz, apenas pude dar crédito a lo que tenían delante: era un cheque en blanco.

—Pon una cifra —dijo con voz monocorde.

—No me muevo por dinero, Álex —afirmé categórica, sin tocar siquiera el papel.

—Me lo imaginaba —dijo con agrado y cierta admiración—. Estaba convencido de que no aceptarías solo por el vil metal. Tienes principios y una moral estoica, algo en desuso, y sé que les serías fiel en cualquier circunstancia. De lo que no estoy tan seguro es de que esos valores por los que riges tu conducta te lleven lejos. Pero si tu larga lista de principios te permitiera ofrecerme ayuda, recibirás ahora la mitad del importe que escribas, y la otra, una vez cumplido el encargo.

Aparté la vista del cheque y mis ojos, en su periplo por la nada, repararon en el cartel de la mítica película *Camino a la perdición*, de Sam Mendes, situado a la espalda de Álex, quien compartía un parecido más que razonable con Paul Newman, uno de sus protagonistas. Me quedé abstraída un instante, perdida en la enorme imagen. A lo largo de mi vida me he dejado cautivar continuamente por galanes de cine o, en su defecto, de sobremesa. Su clásica forma de seducir hacía las delicias de mis más recónditas fantasías románticas. Alexander Vanderbilt poseía el exquisito perfil de un consumado seductor de los de antaño, de artimañas a la vieja usanza, pero instalado en la época contemporánea. Un hombre de puntos suspensivos.

El título de la película se me antojó profético si permitía a mi corazón el lujo de enamorarse de aquel hombre. De manera inconsciente lo miré a los ojos, y vi en su mirada un profundo océano en el que me perdería si no me andaba con cuidado. Tenía que ser bastante inteligente para mantenerlo a distancia.

Mis cavilaciones se interrumpieron bruscamente cuando el camarero dejó en la mesa una bandejita de metal con la cuenta. Yo hacía ya un buen rato que había dejado de prestar atención a la taza de té blanco que tenía delante.

—Ha pasado un ángel —dijo Álex, curvando sus labios en una amplia sonrisa mientras pagaba.

Su profunda voz acabó de arrancarme de mis extravagantes pensamientos. Pestañeeé un par de veces mientras volvía en mí.

—Lo siento. Tanta información...

—No tienes por qué disculparte ni justificarte. —Se inclinó hacia mí hasta alcanzar una distancia que me pareció casi indecente—. Se te veía preciosa perdida en tus pensamientos —me susurró al oído.

Me dejé acariciar por la suave resonancia de sus palabras y, sin poder ni pretender evitarlo, mi casquivana vanidad sintió el veneno del engañoso halago que me corría por las venas mientras un torrente de rubor me trepaba hasta las mejillas, consecuencia de la deliberada provocación. La cercanía de su cuerpo despertó fugazmente mis sentidos,

insensibles desde hacía tanto tiempo. Solo reaccioné a la realidad para echar un vistazo rápido al reloj. Habíamos pasado más de dos horas charlando en aquella cafetería.

—Piénsatelo —dijo Álex—. Tienes hasta mañana para darme una respuesta, pero hazme saber tu decisión cuanto antes, porque no puedo demorar mucho tiempo mi estancia en Madrid; tengo asuntos pendientes en Barcelona.

—Mañana tendrás una respuesta —prometí, dejando a un lado el desorden mental en que me encontraba sumida. A trompicones restauré una compostura perdida quién sabe en qué momento de la densa conversación—. Entiende que mi contestación, ahora, no sería fiel a lo que realmente quiero o debo hacer. Necesito enfriar las ideas.

—Estás en todo tu deber —declaró conforme— y, por supuesto, en todo tu derecho.

Adelantándome a lo que se percibía como la despedida, descolgué el bolso del respaldo, me lo eché al hombro y me levanté. Álex hizo lo propio al advertir mi intención.

Ya quedaban pocos clientes en la terraza. Una vez en la calle, Álex extrajo una pitillera del bolsillo del pantalón, cogió un Pall Mall, lo encendió y le dio una primera calada. Cientos de virutas incandescentes centellearon en la oscuridad de una noche que invitaba a pasear. Aquello me llamó la atención. En las jornadas en que habíamos compartido tiempo y espacio, nunca lo había visto fumar, aunque Arthur, débil ante la abstinencia y fumador

empedernido, le había ofrecido unirse a él en el vicio en alguna que otra ocasión.

Álex alargó la mano y me brindó uno. Me limité a rechazar con la cabeza.

—¿De dónde nacen tus cuadros, Álex? ¿Cuál es la *raison d'être* de tu arte? —le pregunté de pronto mientras se fumaba el cigarro. Me miró con extrañeza y sonreí levemente.

—¿Su razón de ser?

—Según Alejandro Dumas, hijo, el arte requiere soledad, miseria o pasión. ¿De cuál de esas tres características se alimenta el tuyo?

—Supongo que un poco de cada una —respondió con aire reflexivo.

—No creo que la miseria sea válida en tu caso—dije.

—La del alma, sí, Loane. La miseria del alma, sí.

Ninguno de los dos dijo nada más.

Puesto que se empeñó en escoltarme hasta el amparo del coche, aparcado en una calle paralela al colosal edificio donde se encontraba Art Gallery, recorrimos buena parte del camino en un silencio sepulcral, solo interrumpido por la tímida cacofonía de la ciudad a esas horas. Cada uno iba enfrascado en el hervidero de sus pensamientos mientras andábamos con paso acompasado. Sobre nosotros, la luna iluminaba Madrid con una claridad difusa.

A apenas un par de metros del lugar idóneo para la formalidad de la despedida, el sonido adusto e inoportuno de

su móvil cobró protagonismo. Miró atento la hora en su Rolex Oyster y acto seguido se interesó por la identidad de quien lo requería. Por lo inexpresivo de su rostro, no pareció sorprenderse. Presumí que era una llamada esperada, sin poder desechar la idea de que pudiera tener la forma de mujer de largas piernas.

Tras dar una última y vertiginosa calada al cigarrillo, que acabó consumiéndose entre sus dedos, y soltar una amplia bocanada de humo perfilando con la neblina el contorno impreciso de figuras imposibles, tiró la colilla al suelo, se despidió de mí rápida y sutilmente con un escueto par de besos, y enfiló con aire decidido la calle que lo llevaba directamente al Hotel Petit Aurum, el conglomerado de lujo donde se alojaba desde su llegada a Madrid.

Aún de pie en la acera, una brisa suave me acarició las mejillas, acompañada del aroma tibio de un posible sueño. Me detuve a observar, en la oscuridad franca de la noche y en compañía del silencio que les roba la gran ciudad a esas primeras horas intempestivas, como la silueta de Álex se desvanecía en la media luz de la calle, haciéndose una con las sombras que desprendía la inconsciencia de la penumbra. Esperé hasta que dobló la esquina y lo perdí de vista, hasta que el halo de su rastro desapareció de los adoquines por los que se habían tejido sus pasos. Cuando entré en el coche me pesaba la cabeza. La recliné en el respaldo y me mantuve así unos minutos, pensando en él.

## CAPÍTULO III

**P**asé aquella noche de luna llena en estado de trance. Se me extravió el descanso mientras mis pensamientos trataban de dar algo de sentido, no sé si lógico, a la propuesta de la que habían sido testigos mudos las paredes de aquella cafetería de época. La conversación mantenida con Álex me robaba el sueño, entre resoplidos de impaciencia y suspiros de indecisión. Un rosario de reflexiones difusas se encadenó en un armónico insomnio que se prolongó hasta bien entrada la madrugada. Me era imposible matar las horas con la paciencia intacta en una noche que nunca acababa de morir. Con una sensación de impotencia en el fondo de los ojos, contemplaba las manecillas del reloj de mi dormitorio, inspirado en los relojes blandos de Dalí, que se paseaban discretas y sin prisa por cada uno de los minutos, mientras la poca lucidez que alcanzaba a conservar intentaba inútilmente discernir qué secreto transcendental podía haber subsistido a lo largo de los siglos y ser suficientemente importante para que las creencias religiosas con más devotos tuvieran sumo interés en él.

En algún momento indeterminado de la vigía me di cuenta de que no podía resistirme a la magia de un buen misterio, como parecía serlo aquel. Pronto, la Alianza de los Siete Arcángeles pasó a ocupar todos mis pensamientos, seducidos por su enigma.

Desde que, hace más de dos mil años, la crucifixión de Jesucristo y la muerte de sus apóstoles dieron lugar a una religión nueva, se ha oído hablar de las verdades que esta oculta. La Iglesia se ha encargado de solapar todos aquellos asuntos que puedan tambalear la fe de sus adeptos y precipitarla al fondo del abismo dentro de su ataúd de mentiras. Como buena empresa con hambre de expansión y sed de beneficios, intenta lavar los trapos sucios entre los muros de sus sacrosantos edificios y bajo las sagradas sotanas de sus clérigos. Los infieles intentan derrocar el imperio poniendo en duda la castidad de Jesús con argumentos como que tuvo descendencia con María Magdalena y su linaje se ha perpetuado hasta el sol de nuestros días. Desde los primeros tiempos del cristianismo, la vida y la muerte de Jesús de Nazaret están plasmadas en un total de cincuenta evangelios, aunque solo se aceptaron cuatro en el canon oficial de las Sagradas Escrituras. La Iglesia, en su intolerancia, no ha dado por fidedigno el Evangelio escrito por Judas, ni el legado testimonial de María Magdalena. Quizá, aquella leyenda que según los testimonios escondía una verdad absoluta no era sino más



leña destinada a avivar la hoguera de los enigmas en torno al cristianismo y a su fundador, explotando la ingenuidad de los devotos.

Me sentí tentada de dar una negativa por respuesta. Sin embargo, el juego al que invitaba la propuesta de Alexander Vanderbilt tenía un generoso sabor a hazaña, incluso a proeza si se llegaba a desvelar la verdad.

Al filo de las cuatro de la madrugada, absorbida aún por cada una de las palabras de aquella conversación y sin poder pegar ojo, me levanté, inspiré profundamente, crucé con pasos pesados la habitación en penumbra hasta llegar a la ventana y miré por ella. Erguida como un gigantesco decorado por debajo del horizonte, Madrid dormía ajena a mi vigilia bajo una luna inmaculada que dibujaba un círculo perfecto en el firmamento. La observé unos instantes por encima de la línea que formaban las cúspides de los edificios. Tuve deseos de tocarla, de sentir su suavidad en la yema de los dedos al tiempo que ella espiaba mi rostro asomado tras la tela blanca de las cortinas.

Aparté los ojos de la luna llena y me adentré en el silencio del dormitorio. Me dirigí al equipo de música y pulsé *Play*. «Only time», de Enya, comenzó a expandir sus notas new age por la estancia. Las armonías de sus múltiples capas de voz siempre me resultaban infalibles para relajarme y tomar conciencia de la soledad. Bajo la media luz aterciopelada que supuraba el flexo, me lancé a la tarea de buscar entre los

olvidados apuntes de la facultad algún indicio que revelara que todo aquel misterio contaba con cierto respaldo, pero mi intento fracasó estrepitosamente desde el primer momento. Entonces encendí el portátil. Mi desmedido afán por lograr aunque fuera una simple referencia a la historia relatada por Álex me tuvo más de dos horas y media examinando cada una de las páginas sobre verdades y mentiras del cristianismo que encontraban los buscadores de Internet. Para mi desesperación, me fue del todo imposible hallar nada que no estuviera relacionado con algún libro o documental reciente. Los secretos y leyendas con los que di solo pretendían cautivar las almas de los curiosos en el mejor de los casos, y la de los aburridos en el peor.

Cuanto más avanzaba en la búsqueda de información, más se reforzaba la sensación de que me alejaba de ella, o ella de mí. No conseguía dar punto de partida a unas pesquisas que parecían querer velarse a la propia verdad, si es que existía, ni encontraba el menor indicio que sustentara las afirmaciones hechas por Álex. Y estaba muy lejos de vislumbrar alguna respuesta a la decena de preguntas que me acuciaban. Quizá tuviera que resignarme a aceptar que la Alianza de los Siete Arcángeles no era más que una leyenda. Una profunda decepción me envolvió como una nube malsana en medio de una noche a la que no lograba poner fin.

Medio adormecida y víctima del ofuscamiento derivado de tanta búsqueda infructuosa, me eché de nuevo en la cama. Las horas empezaban a pesarme en los párpados cuando llegó el amanecer apresuradamente. Apenas había abrazado el sueño durante un par de horas cuando el histriónico timbre del despertador, como de costumbre, me devolvió sin contemplaciones al mundo real.

Mientras el agua fría de la ducha descendía por mi piel, despejándome la cabeza abotagada por la falta de sueño y enfriando la sobrecarga de pensamientos y decepción, me asaltó la idea fugaz de formular el interrogante sobre la hipotética Alianza de los Siete Arcángeles a la persona más versada en pintura y pródiga en conocimientos que tenía la fortuna de conocer: Arthur Blake. Salí de la ducha resuelta, desayuné un café doble con un croissant y me vestí rápidamente con un atuendo sobrio pero informal, muy acorde con mi estilo. Me recogí la larga melena negra en un moño apretado y hui despavorida a la calle, como si hubiera visto una familia de fantasmas cabriolear la danza de la lluvia en el salón de mi casa.

Aquella mañana, Arthur pensaba ir temprano a la galería. Según me había comentado él mismo la tarde anterior, como favor a un amigo, iba a tasarle la colección de cuadros impresionistas. Conociéndolo como lo conocía, sabía que dejaría terminado el trabajo del día en el despacho antes de

atender el favor de su amistad. Prefería abordarlo entonces, antes de que se marchase y, a ser posible, a solas.

Cuando llegué a la galería, el sol ya se había abierto desahogado camino en la espesura de la noche, aunque en el cielo se percibían aún esos últimos rayos escarlata que despiden con pereza el alba, deshaciendo tibiamente su forma entre los juegos de dorados y naranjas de la aurora.

Nada más hacer entrada vislumbré a lo lejos la figura encorvada de Arthur, que caminaba por uno de los pasillos contiguos a la recepción. Por la dirección que había tomado se dirigía a su despacho, situado discretamente en la parte oeste del laberinto de corredores de mármol que formaban Art Gallery. Aceleré el paso cuanto pude, pero en mi intento por alcanzarlo antes de que su silueta ingresara en el estudio se interpuso la columna salomónica de estilo neobarroco que el arquitecto había decidido situar en el centro del vestíbulo. Aunque llevaba años allí, en ese momento me pareció que no existía, hasta que choqué contra su colosal estructura vanguardista. El maletín y toda la documentación que llevaba en las manos cayeron al suelo. Lancé un suspiro malhumorado, me agaché de mala gana y recogí como pude los papeles que se habían esparcido formando una alfombra blanca a lo largo y ancho del vestíbulo. Cuando al fin conseguí recogerlo todo, por supuesto sin organización ninguna, enfilé de nuevo mis atropellados pasos hacia el despacho de Arthur.

Cuando llegué vi la puerta entreabierta. Del interior surgía una estrecha línea de resplandor color bronce. La sombra de Arthur trazaba en ella sombras irregulares que danzaban de un lado a otro. Llamé con delicadeza un par de veces.

—Adelante —se oyó su voz desde dentro.

—Soy yo, Loane.

Se adelantó para acabar de abrirme la puerta.

—Pasa —me dijo afablemente—. Buenos días. Vienes un poco... azorada —observó por encima de sus lentes.

Traspasé el umbral con el maletín y la maraña de papeles en equilibrio apuradísimo. La luz del sol se filtraba por el aire cargado de humo. El despacho de Arthur era una estancia austera hasta lo inimaginable, organizada al milímetro, donde todo tenía su lugar preciso, con las paredes desnudas salvo por una reproducción del cuadro *Cisnes que se reflejan como elefantes* de su idolatrado Dalí. Había colgado desde siempre de la pared que quedaba frente a la mesa. Quizá lo tuviera allí para descubrir cuando alzara la mirada los destellos de viejos recuerdos en el sortilegio de sus delirantes trazos.

—Gracias. Buenos días. He chocado con la columna de la entrada —me justifiqué, algo avergonzada.

Mis labios esculpieron una sonrisa apretada, al mismo tiempo que me encogía de hombros. Arthur suspiro con ademán de resignación.

—¿No la habías visto?

—Hasta hoy, no —dije sonriendo.

—Escogimos mal arquitecto para la remodelación de la galería.

—¿Tienes un minuto? —le pregunté con apuro.

—Sí claro, el minuto de oro que me falta para marcharme.

—No me voy a alargar, pero si quieres, puedo volver en otro momento.

—Faltan treinta minutos para que me vaya —dijo mientras miraba el reloj—. Si tu consulta no dura más de media hora, esto es, mil ochocientos segundos, soy todo oídos. —Colocó un libro sobre la pila de cuadernillos que se iba a llevar. —¿En qué puede serte útil este cascarrabias? —me preguntó haciendo gala de un humor raro en él.

—No te robaré mucho tiempo. Únicamente quería hacerte una pregunta.

—Tú dirás

—¿Has oído hablar alguna vez de la Alianza de los Siete Arcángeles?

Frunció el ceño por encima de las gafas con una seriedad que me pilló por sorpresa y murmuró algo ininteligible en un inglés rebuscado. La contorsión del gesto consiguió que sus viejos lentes cayeran y quedaran pendidos por su cordón negro a la altura del pecho. Los pliegues que el peso de los años había tallado en la piel de su rostro se tensaron como las cuerdas de una guitarra, y su tez adquirió una palidez anémica, como si el diablo acabara de presentársele en el

despacho. Carraspeó nervioso y volvió a colocarse los quevedos. Un segundo carraspeo surgió de su garganta en un intento fútil de fingir que la pregunta no iba con él.

—¿La Alianza de los Siete Arcángeles? —repitió al cabo, intentando disimular el destello de inquietud que reflejaban sus ojos—. No sabía que los entes celestiales formaran alianzas —comentó con un deje forzadamente despreocupado.

Si su respuesta, ironía incluida, estaba encaminada a convencerme de que jamás había oído mentar la susodicha alianza, fracasó estrepitosamente.

—No es ninguna alianza entre entes celestiales —le aclaré, aun intuyendo que estaba al tanto.

—¿Ah, no?

Durante un instante, por primera vez desde que había dado comienzo aquella conversación de besugos, nuestras miradas se encontraron. Sus ojos se mostraban intranquilos detrás de las gafas. Esbocé una ligera sonrisa que apenas emergió de mis labios.

—No. Es mucho más terrenal.

Bajó la mirada y, con gesto tranquilo, fingió ordenar la pila de papeles que tenía preparada para llevarse. Creí ver que le temblaban los dedos.

—Te has equivocado de persona a la que lanzar esa pregunta —enunció con una extraña seriedad en la voz—. Nunca había oído hablar de ninguna alianza de arcángeles.

—Ya te he dicho que no tiene nada que ver con asuntos celestiales. Se trata de un pacto entre personas...

Arthur se estiró el cuello de la camisa, como si lo ahogase, y endureció los labios. No me dejó concluir la frase.

—Y yo ya te he dicho que no tengo la menor idea de qué dices, Loane —zanjó, mordiendo la ofuscación de sus palabras.

Después se escudó tras un espeso silencio que se instaló entre nosotros y se llevó por delante el civismo. En ese momento supe que Arthur se hacía el despistado por conveniencia, y también que mentía. De eso estaba segura. Como ocurre con las personas íntegras que tienen por costumbre decir la verdad, su embuste era casi palpable. Solo el hecho de que sabía algo podía justificar el escueto tratamiento que había dado al asunto. Para mi desgracia o mi fortuna, la relación atestada de engaños que había mantenido con Aldo, mi exnovio, me había vuelto experta en esos gestos casi imperceptibles que reflejan fehacientemente lo que se pretende ocultar con las palabras, en esas expresiones cuya misión es contradecir el discurso que se expone. Arthur evitaba cualquier contacto visual; su voz cambió hasta hacerse desagradable, y la única sonrisa que me dedicó fue una escueta mueca involuntaria de aire conciliador, supuse que con el propósito de obligarme a acatar de buen grado y sin alegatos lo que intentaba afirmar. Algo que, por supuesto,



no consiguió. Sus argumentos endebles decían mucho más por lo que ocultaban que por lo que exponían.

—Lo siento —me disculpé, apurada—. Simplemente, sentía cierta curiosidad por este tema. Si mi pregunta te ha molestado, lo siento mucho.

Aparentemente imperturbable y en silencio, recreándose en su carácter ceremonioso, no hizo más movimiento que un ligero asentimiento como admisión de mis disculpas y la oscilación de una mirada si acaso esquiva. Arthur había destacado siempre por su discurso excesivamente preciso, aunque una buena exposición retórica le gustaba tanto como el arte. Está de más decir que no tenía por costumbre explayarse con argumentaciones grandilocuentes si no poseían un trasfondo que le resultara mínimamente interesante. Tampoco era partidario de la cháchara gratuita, pero por lo general hablaba con franqueza y cordialidad, nunca malhumorado, y nuestras conversaciones, lejos de ser insípidas, contaban con un matiz enriquecedor y edificante para ambos, con cierto tono intelectual, sin escamotear palabras ni pareceres.

Me marché decorosamente sin despedirme, acompañada de una maraña de ideas confusas, prefacio de un dolor de cabeza que amenazaba con hacer acto de presencia en breve, y dejé a Arthur embebido en sus tareas con el método que le era tan peculiar. Cuando lo miré por última vez ya había adoptado esa expresión concentrada que lo caracterizaba.

Cerré la puerta tras de mí. Todavía en el umbral, me pasé los dedos por el rostro, intentando arrastrar con ellos la ofuscación y el cansancio. Miré al frente mientras me llenaba los pulmones con una profunda bocanada de aire y, de manera mecánica, recorrí los quince metros que separaban el despacho de Arthur del mío, situado al final de ese mismo pasillo, segura de que me estaba perdiendo algo entre tanto pensamiento desmadejado. Al llegar introduje la llave en la cerradura y, en el sinfín de sorpresas que parecía depararme ese día, no dio las dos vueltas de rigor.

La puerta estaba abierta.

Me extrañó. Aunque la noche anterior había salido precipitadamente para no demorar mi cita con Álex, recordaba haber cerrado, porque con los nervios y la prisa se me habían caído las llaves al suelo. En aquel momento me asaltó una sensación rara. Abrí la puerta con cierta reserva, dispuesta a encontrarme a alguien dentro. Di un par de pasos precavidos y me interné en el despacho con el aliento clavado en la garganta. Eché una ojeada a la estancia. Estaba vacía. Respiré ciertamente aliviada cuando aprecié que todo estaba en su sitio, o al menos eso parecía.

Sintiéndome ridícula por haber albergado en alguna esquina de mi cerebro la absurda posibilidad de encontrarme a alguien en el despacho, me dirigía a la mesa perpetuamente atestada para descansar en ella la pila de documentos cuando distinguí un sobre de color hueso lacrado con un decorativo

sello carmesí, tal como se hacía con la correspondencia en siglos pasados para dar hermetismo al contenido. Aquel detalle dejaba claro que no era una simple carta. Con un brillo de curiosidad en los ojos, me apresuré a dejar la torre de papeles en la mesa, sin orden ni concierto, y sin perder un segundo cogí el sobre. Su textura era gruesa, apergaminada, pero llamativamente suave. No estaba dirigido a nadie; tampoco poseía remite ni membrete alguno que arrojara luz sobre quien lo enviaba. Desilusionada ante la falta de referencias, pensé que solo contendría el reclamo publicitario de uno de esos acontecimientos estandarizados e impersonales en los que a cambio de sufrir un sangrado de oídos durante las dos horas que dura una presentación sobre los beneficios de los colchones de látex fabricados en Constanza o un juego de cuchillos capaz de serrar el tubo de escape de un camión, regalan un exquisito surtido de embutidos de Guijuelo, o dos si se lleva acompañante.

Algo apática por la apresurada conclusión, lo abrí con profunda desgana.

Me bastó un segundo para reconocer la caligrafía clara, espaciada y de rasgos largos de Álex. Su mensaje era escueto pero conciso entre las líneas de aquellas letras admirablemente homogéneas: quería verme a la salida del trabajo. El tono era a la vez autoritario y apremiante. Cuando terminé de leer la tarjeta, la metí de nuevo en el sobre y lo dejé en la mesa, al lado de la habitual montaña de

correspondencia que exigía mi atención todas las mañanas, y me acerqué hasta la ventana, cerrada al calor. Me miré en el reflejo del cristal. Tenía los ojos vidriosos, y en mi rostro se percibía una mueca de inquietud. Algo no iba como debería. Elevé la vista y contemplé la panorámica que brindaba la principal arteria de la ciudad en todo su esplendor. Madrid comenzaba a despertarse, apenas intuida como un susurro, y con ella, el enjambre humano que ya invadía calzadas y aceras.

Las calles, vacías de gente y ruido solo unas horas antes, volvían a cobrar vida sobre el cemento sin alma. Levanté la mirada hacia el cielo. Los rayos de sol rasgaban, con miles de destellos invocados por la mañana, la frondosidad de las nubes que se desvanecían sumisas a su paso. La luz todavía perezosa con que el astro rey honraba al día a esas horas bañaba con generosidad la geometría irregular de los tejados, perfilando su contorno de un rojizo soñoliento. Me pregunté si serían únicamente mis ojos los que percibían ese espectáculo como una realidad onírica, dispuestos a dejarse seducir por aquella imagen de ensueño, o si, por el contrario, los del resto del mundo lo apreciarían de igual manera. Lejana a la ilusión óptica que pudiera proyectarse desde mis pupilas, advertí que el calor iba a tomar protagonismo también aquel día. El bochorno ya era desmesurado para la hora.

Ayudadas sin duda por el calor febril que parecía lamer el aire, las palabras de Arthur siguieron desgranándose una a una para fundirse después, con inevitable desconcierto, en los entresijos de mi cerebro. El mal sabor de boca que me había dejado la conversación extendía sus tentáculos hasta alcanzarme la garganta, a medida que los minutos avanzaban por el insípido reloj que pendía de la pared de mi despacho.

En el silencio que envolvía el lugar, alguien abrió la puerta sin avisar, arrancándome de golpe de mis pensamientos.

—¡Librada! —exclamé—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que llames antes de entrar? Un día me vas a matar de un susto —protesté sin enfado en mis palabras.

Librada entró en el despacho con el rostro dilatado por una amplia sonrisa cargada de cortesías y bendiciones, y hablando incesantemente.

—Lo siento, niña Loane. La próxima vez no se me olvidará.

—¿Eres consciente de que siempre me dices lo mismo? —Sonreí.

—Donde hay confianza da asco. En mi pueblo se ha dicho toda la vida.

—Y en el mío, Librada, y en el mío —dije paciente.

—El señor Vanderbilt me confió un recado para ti. Te dejé el sobre en la mesa.

—Ya lo he visto. Gracias por recogerlo.

Entendí entonces el porqué de la puerta abierta. ¿Cómo no había caído en la cuenta antes? La única persona que poseía la llave maestra y que tenía libertad para entrar y salir de los despachos era Librada. No me sorprendió su despiste; no era la primera vez que ocurría y tampoco sería la última.

Librada era oficialmente la recepcionista de la galería, y de manera servicial y oficiosa, nuestra secretaria. De vivos ojos negros, mejillas redondeadas, carácter humilde y modales descansados, contaba con un acreditado entusiasmo que conquistaba corazones. Su modestia dejaba entrever en ocasiones su procedencia provinciana. La ciudad no había terminado de calar en ella, y a su edad, ya no lo haría. Pasaba de los sesenta años y, aunque la memoria le jugaba malas pasadas y tenía docena y media de despistes al día, Charlie no se veía con fuerza moral para despedirla, ya que, aunque algo distraída en sus quehaceres, trataba por todos los medios de ser útil y agradable.

Era la viuda del que en la década de 1970 había sido uno de los mejores amigos de Charlie. Tras padecer una enfermedad degenerativa que lo tuvo postrado varios meses y agonizando cerca de una semana, a su muerte, diecisiete años atrás, Charlie, en un alarde de generosidad, prometió ofrecer trabajo en la galería a la mujer con la que Damián, como se llamaba su malogrado amigo, había compartido

media vida, para que pudiera procurar alimento y estudios a los dos hijos que habían quedado huérfanos y desamparados. Con independencia de su cadena cotidiana de despistes, era un alma inquieta y una luchadora nata. Durante la adolescencia se pagó los estudios de secretariado a base de limpiar casas en los barrios de clase media de la capital, y ya con el título bajo el brazo, trabajó como secretaria de dirección en una multinacional afincada en las afueras del Madrid de aquel entonces, muy a pesar de su padre, militar obtuso y necio machista, que no veía con buenos ojos que trabajase en algo distinto de los mil quehaceres tradicionales del hogar. No fue hasta años después, por decisión propia y arrastrada por el profundo amor que profesaba a su marido, cuando Librada dejó de ejercer su profesión a raíz de la llegada al mundo del primero de sus dos hijos.

Como resultado de la larga enfermedad de la que fue víctima su marido y de la invalidez laboral que conllevaba, la precariedad comenzó a hacer mella en la unidad familiar. Librada se vio en la necesidad de cuidar de su marido y los dos hijos que tenían en común, mientras el poco dinero que con enorme esfuerzo habían conseguido ahorrar en sus años de matrimonio se les esfumaba entre los dedos como el humo.

La labor que desarrollaba con tesón y entusiasmo en Art Gallery no solo le aportó el dinero necesario para sacar adelante a los pequeños y proporcionarles una educación

digna; también supuso desviar la atención del profundo duelo causado por la reciente muerte de su marido hacia nuevas actividades y estímulos. Un gesto de Charlie que Librada retribuía con esfuerzo y ardua dedicación al trabajo, y que la reincorporó a la batalla por la vida.

—Ese señor Vanderbilt... —sonrió picarona— es muy buen mozo. Algo prepotente, pero amable, y además está de muy buen ver —decía con ojillos brillantes—. Quién tuviera quince años menos... —Lanzó un suspiro de resignación al aire. Me quedé mirándola.

—¿Quince? —repetí cómplice—. Alguno más.

—Uno más, uno menos... Es extraordinariamente apuesto, con esos ojos azules como el cielo y ese aire a lo Paul Newman que se gasta. En mi pueblo se diría que es muy buen partido. Un chico majo. Y además parece un hombre honorable.

—Por lo que veo, para ti, todo en Alexander Vanderbilt es clasificable como muy bueno —observé.

Me miró con sus grandes ojos negros muy abiertos y presos del desconcierto, y a continuación frunció el ceño. Por su rostro cruzó una expresión interrogadora. Me apresuré a darle la explicación correspondiente antes de que la confusión acentuara las arrugas que se abrían paso en su piel.

—Para ti, Alexander Vanderbilt es muy buen mozo, está de muy buen ver y es muy buen partido. Vamos, un chico majo,



que se dice en tu pueblo —repetí con una mueca de ironía—. Es decir, lo encuentras física y químicamente perfecto. Todo un parangón de virtudes caballerescas. Pero el ser agraciado no lo hace honorable, y menos aún lo convierte en alguien a quien rendir honores. La belleza exterior no es ningún mérito; la concede o la deniega sin más el hada madrina de la genética.

—No me podrás negar que es muy guapo. Condenadamente guapo —precisó—. Tan alto y tan moreno... Además, hay algo misterioso en él, algo inexplicable que empuja a perderse en sus ojos. Tiene un aspecto tan excitante y enigmático... Si se dejara, haría auténticas virguerías con él. —Volvió a suspirar, con más fuerza—. Aunque una ya no está para según qué cosas, ni para proporcionarle al cuerpo muchas contorsiones. Pero tú...

Me miró díscola y prosiguió.

—Eres muy guapa, Loane, y buena e inteligente, y posees el divino tesoro de la juventud. A los hombres siempre les gustan las mujeres más jóvenes.

—Y a las mujeres también les gustan jovencitos. La vista no envejece nunca. Pero en algunos casos, lo que les falta a esos hombres y a esas mujeres que teniendo edad de ligar con los padres ligan con los hijos, es sentido del ridículo.

—¿Sentido del ridículo? No entiendo por qué. La edad hace ganar experiencia.

Una carcajada ácida escapó traicionera de mi boca.

—Y perder potencia —respondí satírica—. Es inversamente proporcional. A medida que se adquiere experiencia se pierde vigor, hasta que llega un momento en que ni siquiera se encuentra la manera de recuperarlo. La naturaleza..., que es sabia.

—¿Y qué deberían hacer esas personas que están con jovencitos y jovencitas? —me preguntó curiosa.

—Salir corriendo. Eso es lo que deberían hacer. Salir corriendo.

—Pero no es tu caso —murmuró haciendo un quiebro.

—¿No es mi caso?

—Con el señor Vanderbilt —esclareció—. Él no tiene edad para ser tu padre. Sus treinta y...

—... muchos —interrumpí.

—Sus treinta y muchos están muy bien llevados. Le sigue los pasos de cerca a la momia esa de Tutankamón, en cuanto a estado de conservación, digo. No tiene barriguita, mantiene todo el pelo en su sitio... Pocos treintañeros abocados a la cuarentena pueden alardear de esas virtudes físicas. Bueno, de hecho, pocos hombres con los treinta a sus espaldas conservan esas virtudes. Alexander Vanderbilt es de los que ganan prestancia con los años. Pero si no lo quieres, déjame a mí, ya verás como no le hago ascos.

—Librada... —sonreí.

—Cualquier mujer daría gustosa el ojo derecho por estar con él.

—Y probablemente también el izquierdo.

—Parece una buena persona, mi niña.

—Estaría muy bien que lo fuera además de parecerlo — objeté.

—¿Qué te hace pensar que no lo sea?

Negué con la cabeza en silencio.

—Mi niña —prosiguió Librada—, te conviene enamorarte otra vez, ilusionarte con alguien para olvidar de una vez por todas a Aldo y alejar el dolor que te causó. El diablo pone a las personas en nuestra vida por alguna razón, y Dios las saca de ella por otra aún mejor. Eres muy joven para cerrar tu corazón al amor. Si lo haces, te estarás robando las mejores posibilidades. Que hayas vivido una mala experiencia no significa que siempre vaya a ser así. La historia no tiene por qué repetirse. La última llave es la que puede abrir la puerta; recuérdalo.

—Yo ya no sé qué me conviene. Ni siquiera sé si el amor es conveniente o contraproducente para las personas.

—El amor nunca es contraproducente, Loane.

Alcé los ojos y allí estaba Librada, dispensándome consejos y un velado consuelo a través de sus palabras.

—Sí que lo es cuando la única parte que se ha conocido del él es la que va ligada al sufrimiento. Además, he perdido toda la fe en el amor, que ya era escasa de entrada.

—A veces es necesario olvidar para comenzar de nuevo, morir para volver a nacer. Perderse para encontrarse. No te tortures preguntándote por qué salió mal.

—Eso lo sé. Me torturo preguntándome por qué no salió bien.

—Cuando no entiendas los motivos, deja de razonar y simplemente acepta; de ese modo desentumecerás el corazón.

Me quedé reflexionado unos instantes sobre aquellas palabras. Quizá eso fuera lo único que necesitaba para seguir adelante: aceptar de una vez lo que había pasado.

—Don Alexander Vanderbilt... —insistió Librada, haciéndome salir de mis cavilaciones.

—Don Alexander Vanderbilt —corté de golpe— no es nadie de quien convenga enamorarse. Al margen de la desconfianza que me inspiran los hombres, creo que a él lo tratas con una cortesía que no merece.

—No puedes negar que es un hombre fino, culto, educado, elegantísimo y tremendamente atractivo.

—Yo no niego nada, pero también tiene los visos de ser el típico hombre que se caracteriza por su gusto hacia todo tipo de mujeres, ya sean morenas, rubias, pelirrojas, castañas... Mientras respiren, le vienen bien. Es lo que parece...

—No hay que juzgar a las personas por su apariencia —interrumpió.

—... y es de los que hacen uso solidario y generoso de un encanto —continué sin hacerle caso— que domina a la perfección. Simple y llanamente, obedece los dictados de su aparato genital. Seguro que es de los que se desviven por un festival de carne, y no precisamente de tipo gastronómico.

Librada soltó una escandalosa carcajada cuyo eco debió de oírse en toda la galería. Su risa desmedida, disonante y algo ronca hacía perfecta combinación con su dentadura desacomodada, que habría sido objeto de deseo de los ortodoncistas de medio mundo, y su estrecha figura, estropeada por el paso de los años y los disgustos, se agitaba metódicamente al compás de su estridente y llamativo carcajeo.

—Tú y tu sentido del humor, niña Loane —masculló jocosa.

—Hombre, atractivo y seductor. Lo tengo claro: degustador de carne femenina. No creo que Alexander Vanderbilt constituya la notable excepción que confirme la regla. Te aseguro que las mujeres son un deporte para él. Simplemente un deporte. Revestimos interés solo en la medida en que puede beneficiarse de nosotras durante una noche, dos a lo sumo. No cree en la modestia, ni siquiera como virtud. Te aseguro que albergo serias dudas acerca de su honradez. Además, nuestras diferencias son demasiado grandes para poder salvarlas.

—Algún día llegará tu príncipe azul. Todo pasa y todo llega.

—Ya no se estila morir de amor; el romanticismo no está de moda en el siglo XXI y los príncipes azules escasean, por no decir que no existen, aunque algunos hombres tengan la inexorable capacidad de emularlos en base a su propio interés. Pero es que ni siquiera existen en los cuentos, Librada. Fíjate si no en el príncipe que despertó a Blancanieves, o el que volvió a la vida a la Bella Durmiente... Ahora los tacharían de necrófilos por besar a una muerta.

Librada elevó las cejas en ademán de sorpresa.

—El día de mañana, no vayas a contar a tus nietos esa versión del cuento —dijo con cierto tono de inquietud.

—Tranquila. Si algún día me da por tener nietos, sabrán perfectamente que hacer regresar de la muerte a una persona por medio de un gesto tan simple como un beso es científicamente imposible, y no será necesario que les aclare que se trata de un caso de necrofilia maquillada pomposamente con una especie de resurrección eroticofestiva.

—A veces no puedo con tu humor negro.

—A veces, ni yo misma puedo con él —reafirmé yo con desgana.

—Entonces, ¿qué? —preguntó insistente, cambiando de tema.

—¿Qué, de qué?

—¿Habrás cita con el señor Vanderbilt?

—Habrás cita porque queda un asunto que debemos tratar antes de que se marche a Barcelona.

—Uhhmm... —musitó sin convicción. Hizo una breve pausa—. Tengo que irme a hacer unos recados para Charlie. Parece que son urgentes.

—Muy bien, Librada. Gracias por dejarme el recado del señor Vanderbilt.

—De nada, niña Loane, para eso estamos. A mandar.

La salida de Librada, con las tradicionales bendiciones de las que me llenaba siempre, provocó la entrada en mi cabeza de la conversación que había mantenido con Arthur esa misma mañana. A través de sus gestos inconscientes y sus expresiones involuntarias cobraba palpable evidencia el engaño con que envolvía sus palabras. Él mismo se delataba como mentiroso al ironizar sobre la Alianza de los Siete Arcángeles, fingiendo no saber nada. Me asaltó una cohorte de preguntas cuyas respuestas otorgaban mayor fuerza a los argumentos expuestos por Álex. Si Arthur no tenía idea de la existencia de aquella Alianza, ¿por qué no me había interrogado sobre ella? ¿Por qué no había querido saber, aunque solo fuera por curiosidad, en qué consistía y por qué había conseguido llamar mi atención? ¿Por qué se había mantenido callado?

El rostro se me iluminó con un haz de inspiración casi divina cuando caí en la cuenta de que el silencio de Arthur no era más que una manifestación a gritos, mucho más elocuente que mil palabras; un indicio de que sabía más de lo que intentaba hacerme creer y, aún más importante, daba fe de la existencia de la Alianza de los Siete Arcángeles en algún momento de la historia, lo que hizo surgir de mi interior un brote de esperanza que fue adquiriendo una nitidez cada vez mayor. Fuera la razón que fuese la que obligaba a Arthur a amordazar sus palabras y lo incitaba a hacer uso de la mentira como arma defensiva, estaba íntimamente ligada a continuar salvaguardando el secreto que con sumo celo había custodiado la Alianza. Aquella información extrapolada de las vetas que se entreveían a través de su comportamiento y sus palabras no era mucha, desde luego, pero era mejor que nada.

Mi mañana en la galería transcurrió entre intentos infructuosos por esclarecer el hervidero de interrogantes que se aglutinaban en mi cabeza y la respuesta que tenía que dar a Alexander Vanderbilt. Mientras tanto, en el exterior, la muchedumbre languidecía por las calles de Madrid bajo el calor seco y plomizo de los primeros días de agosto, que ralentizaba el trasiego de la vida urbana. La calima se



condensaba en el asfalto, deformando las líneas perfectas de la ciudad y confiriendo un aspecto daliniano al paisaje.

Faltaba aproximadamente media hora para que concluyera la mañana cuando llamaron insistentemente a la puerta de mi despacho. Como un relámpago me acudió a la cabeza la imagen de Librada y supuse que su regreso tendría como objeto la presentación de una retahíla de disculpas por algún despiste cometido. O quizá fuera Charlie, dispuesto a hacerme partícipe de alguna de sus polivalentes y a veces disparatadas ideas. Sin embargo, mi sorpresa fue mayúscula cuando vi que era el perfil curvilíneo y ajado de Arthur el que atravesaba el umbral. Ni siquiera lo hacía a esas horas en la galería.

Apareció meditabundo, como absorto en el océano de sus pensamientos.

Ligeramente encogido de hombros a causa de una tensión perceptible, su semblante denotaba cierta preocupación y un marcado desasosiego que le era imposible disimular. Sin concederme saludo alguno, se aproximó a la mesa y se dejó caer en la silla de enfrente. Llevó su mirada hasta la mía y la sostuvo durante unos instantes en los que el verde oliva de sus ojos vibraba al son de una impaciencia poco frecuente en él. Presumí que en su repentino malestar tenía algo que ver la charla que habíamos mantenido a primera hora de esa misma mañana, y comprobé que no me equivocaba.

—¿Quién te ha hablado de la Alianza? —soltó, dejando atrás los formalismos y trasladando la conversación a un plano mucho más íntimo.

—Percibo que tienes conocimiento de ella. La nombras familiarmente como «la Alianza»...

Mi observación obtuvo como respuesta el silencio. Arthur se mantuvo expectante al reclamo de mis palabras.

—Alexander Vanderbilt —respondí al fin.

La expresión de su rostro registró mayor inquietud, sopesando lo siguiente que iba a decir.

—Y él, ¿por quién lo sabe? —preguntó en tono tenso.

—Lo ignoro. —Ladeé la cabeza con un movimiento negativo—. Y creo que él tampoco tiene conocimiento de quién es su confidente.

—¿Un ángel caído?

Sonreí con un reflejo de asombro en mis labios al descubrir que Arthur empleaba la misma jerga que Álex la noche anterior. Asentí con una leve inclinación.

—Creo que sí.

Arthur se acarició la barbilla a la vez que su cabeza recibía un cortejo de pensamientos que, dadas las circunstancias, intuí desacertados.

—Entonces, ¿existe la Alianza de los Siete Arcángeles? —le inquirí emocionada—. ¿Es real?

—Lo es —dijo con reservas.

—¿Qué secreto esconde? —pregunté directamente, espoleada por la curiosidad.

—¿Qué te hace pensar que yo pueda saberlo?

—Por lo poco que me ha contado Alexander Vanderbilt, todos los que tienen conocimiento de su existencia están involucrados de una manera u otra. Parece ser algo que no deja indiferente a nadie.

—Cierto —afirmó—. Es imposible que nadie se muestre impasible ante algo así. —Calibró sus palabras—. Ante algo de semejante envergadura.

Un sinfín de preguntas me cruzó la mente.

—¿Quiénes fueron los fundadores? ¿Quiénes la integraban? ¿Cuál es el fin al que concurre? —me apresuré a sondear.

—Cálmate, Loane, o vas a provocarte una úlcera. Únicamente puedo contestar a la última de tus tres preguntas.

Antes de responder silenció sus labios durante unos segundos que me parecieron eternos en medio de tanta expectación.

—Como todo pacto o acuerdo —arrancó a hablar—, su fin es alcanzar un objetivo y asegurar unos intereses comunes. La Alianza de los Siete Arcángeles se creó con el propósito de custodiar uno de los mayores secretos que encierra la historia, organizada en una sociedad disciplinada bajo el silencio, conocedora de que la divulgación de ese secreto cambiaría cierta concepción del mundo.

—Pero ¿de qué se trata? —insistí nerviosa.

—Son varias las conjeturas y presunciones, y múltiples las hipótesis, pero no conozco ninguna teoría certera.

—¿Y hacia dónde señala esa cascada de presunciones e hipótesis?

Antes de responder, Arthur se sumió en una de esas largas pausas reflexivas que lo caracterizaban. Volvió a hacer uso de la palabra un rato después.

—Las cábalas se encuentran dispersas por medio mundo y vagan desde aquellos que conjeturan que podría tratarse de las tablas de piedra que Yavé entregó al profeta Moisés en el monte Sinaí hasta los que aseguran que se trata del evangelio escrito por el propio Jesucristo, pasando por los que opinan que podría tratarse del Apocalipsis de san Juan, o de una Biblia que contiene el evangelio del apóstol Bernabé, el cual mantiene una visión diferente de la del cristianismo y bastante similar a la del judaísmo. Pero ninguna de ellas se deja demostrar.

—Pero todas esas teorías están basadas y fundamentadas en el cristianismo. ¿Qué tienen que ver las otras religiones? —pregunté ignorante.

Arthur sonrió con expresión condescendiente.

—La Biblia es el libro sagrado de judíos y cristianos, pero también es el libro de referencia del Islam —me explicó, mientras yo prestaba a sus palabras la mayor de mis atenciones—. A pesar de las diametrales segmentaciones que

parecen dividir las religiones más importantes del mundo, la mayoría de ellas comparten las bases por las que erigen sus dogmas. Mandamientos, profetas, parábolas... A lo largo de la historia, cristianos y judíos han mantenido una disputa teológica, una lucha por el dominio religioso, aunque veladamente también hay una batalla por hacerse con el poder político y económico. Si algo de lo escrito en la Biblia no fuera como creemos...

—Entiendo —manifesté.

Arthur se puso en pie trabajosamente, como si el secreto le pesara demasiado en las costillas, hundió las manos en los bolsillos del pantalón y se arrastró hasta la ventana con pasos abatidos. En aquel momento parecía haber envejecido diez años. Seguí su rastro con la mirada bajo un ceremonioso silencio, evocando esos ritos en que el protocolo y la reserva son las primeras normas que hay que respetar. Fuera, el abigarrado ajetreo de la Gran Vía continuaba hirviendo con el calor del verano.

De espaldas a mí, su silueta se recortaba escueta contra la espléndida luz que atravesaba el cristal. Contemplando la ciudad tras la ventana, se sumergió de nuevo en una de esas pausas con las que de vez en cuando interrumpía su solemne discurso. Ordenaba sus ideas meticulosamente mientras yo aguardaba con impaciencia que retomara la conversación. Cuando se giró hacia mí, su tez presentaba un matiz

trasnochado en el que ajustaba con precisión las palabras que iba a decirme.

—Incluso hay una minoría que ha llegado a conjeturar que podría tratarse de un texto escrito por un hijo del Buen Ladrón —habló de nuevo.

—¿El Buen Ladrón? —repetí con cierto asombro—. ¿Uno de los que murieron crucificados junto a Jesucristo?

—Ese mismo —apuntó—. Un texto inspirado en la palabra de Cristo, que regiría los preceptos del cristianismo, el judaísmo y el islamismo. Un texto que imposibilitaría la desmembración actual que sufren las creencias.

—¿La Alianza de los Siete Arcángeles es similar al Priorato de Sion? —seguí preguntando.

—No —contestó con solemne rotundidad—. El Priorato de Sion, según los que apoyan su fantasiosa existencia y solo ellos —enfaticó extrañamente—, sería la sociedad secreta más influyente fundada en Europa y también la más conocida, pero no la más antigua, ni la única, ni la verdadera —alegó, meditando su respuesta—. Quienes han oído hablar del Priorato de Sion tienden a confundirlo con más frecuencia de la necesaria con la Orden de Sion. —Intenté no perderme—. La Orden de Sion fue una orden de carácter religioso y militar creada para proteger el monte Sion, por ser el lugar donde se hallaba la abadía Notre Dame du Sion, aparte de enmascarar un más que supuesto brazo secular de la Iglesia católica de aquel entonces, mientras que el Priorato de Sion,

históricamente, es una congregación cuyo registro consta en el Boletín Oficial de la República Francesa, fundada por Pierre Plantard en 1956 con la única pretensión de hacerse pasar por destinatario del legado de la Orden de Sion, que a su vez se confunde frecuentemente con la Orden del Temple, con la que compartió mandos y época.

—¿Los templarios?

Arthur asintió con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

—Pero la supuesta conexión entre la Orden de Sion y el Priorato de Sion fue un vulgar bulo extendido por la desproporcionada imaginación del propio Pierre Plantard. Una especie de sociedad o club creado por nacionalistas de la derecha radical francesa.

—Oí algo en su día —afirmé tirando de memoria—. ¿Cuál era la intención de Pierre Plantard al hacer creer que el Priorato de Sion era el sucesor de la Orden de Sion y, por tanto, si no me equivoco, el legatario del secreto que se dice custodiaba esta orden? —pregunté con la pretensión de poner algo de concordia en la anarquía de pensamientos que deambulaban por mi cabeza.

—Su objetivo era restablecer la monarquía en la Francia republicana. —Entorné los ojos ante lo que acababa de escuchar—. Trataba de demostrar la supervivencia de la dinastía merovingia y, de este modo, atribuirse un linaje real —apostilló Arthur.

—¿Su pretensión era ser rey de Francia? —pregunté atónita.

—Exactamente —contestó él, dejando entrever cierto sarcasmo.

Comencé a vislumbrar un poco de claridad entre tanta información.

—Entonces, Pierre Plantard se inventó una estirpe legendaria surgida de los restos de la Orden de Sion —subrayé animada. Nuevamente, Arthur asintió satisfecho—. Y por tanto —me aventuré a conjeturar—, afirmaba ser descendiente de Jesús de Nazaret...

—... y María Magdalena —concluyó Arthur.

Cruzamos una sonrisa cómplice.

Aunque nunca había logrado simpatizar en exceso con la plomiza asignatura de historia, más allá de lo que concernía al arte y la influencia que las diferentes épocas le habían aportado, recordé que mi profesor del instituto, el longevo y anticuado Bernardo Echegaray, señalaba a modo de curiosidad y con mística devoción que eran muchos los estudiosos que veían en los merovingios la posible continuación del linaje de Jesucristo.

—Arthur, ¿por qué hay tanta gente empeñada en buscar la descendencia de Jesús en la dinastía merovingia? —interrogué intrigada tras recordar aquellas lecciones—. No soy experta en historia; jamás conseguí aprenderme la lista de los reyes godos. Supongo que mi vena republicana



comenzaba ya a modelar mis pensamientos y a hacer de las tuyas en ellos. Pero de algún lugar habrán tenido que sacar ese argumento.

—Créeme que entiendo tu pregunta. —Arthur se solidarizó conmigo—. El largo linaje de los merovingios gobernó Francia, Bélgica y parte de las actuales Alemania y Suiza del 447 al 751 —comenzó a explicar—. El fundador de la legendaria dinastía fue Meroveo, un jefe militar franco. Aunque no hay fundamento que lo corrobore ni dato alguno que dé fe de ello, Sara o santa Sara del Mar, como se la conoce, fruto de la supuesta relación entre Jesús de Nazaret y María Magdalena, podría haberse trasladado desde Judea hasta el sur de Francia y haber incorporado su linaje al de la dinastía merovingia.

Las palabras que salían de los labios de Arthur durante su explicación no denotaban gran confianza respecto a ese argumento. El desdén que sentía frente a esa hipótesis se reflejaba inevitablemente en el tono de su voz.

—No eres de los que apoyan esta teoría —apunté.

Se quitó los lentes de lectura y se frotó los ojos.

—Se han malgastado ríos y ríos de tinta sobre este tema, pero solo es una leyenda —se excusó, sacudiendo la cabeza—, y además, vulgar —espetó molesto, sin guardarse de manifestar su opinión—. Cuenta la leyenda que Sara llegó a costas francesas en una barca desprovista de remos en la que también viajaba María Magdalena. Los faltos de deidades a

las que adorar atribuyen su paternidad a Jesús por el significado de su nombre en hebreo, que es «princesa», por tanto, hija del rey de los judíos, y los dotados de razón y no tanta fantasía la consideran una esclava que meramente acompañaba a María Magdalena en su viaje.

Un breve suspiro que tomó forma de lamento salió de su boca. Me miré disimuladamente el reloj. A escasos diez minutos de mi reencuentro con Alexander Vanderbilt para darle una respuesta definitiva, Arthur apenas había comenzado a desgranar los prolegómenos de una historia que ya se me antojaba extremadamente excitante.

—Hace cinco años, y dada la abrumadora convicción de unos cuantos torpes empeñados en glorificar lo inglorificable, se llevó a cabo un análisis genético de Arnegonda, la quinta esposa de Clotario I, una de las primeras reinas de linaje merovingio. Se concluyó que su ADN era originario de Europa Occidental y no de Oriente Próximo, como se quería hacer pensar. Por tanto, quedó claro que el origen de la dinastía merovingia era únicamente europeo y que no guardaba consanguinidad con ninguna de las poblaciones del sudoeste de Asia, con lo que se descartó, para mal de muchos, que fuera real el mito de que los merovingios descendían del supuesto matrimonio entre Jesús y María Magdalena, cuyo origen era claramente semítico.

—Es decir: de descendencia de Jesús, nada de nada — comenté satíricamente.

—Yo no soy nadie para desmentir ni afirmar que Jesús tuviera descendencia. Antes que Dios, era humano, y como hombre con sentimientos, pudo enamorarse de María Magdalena o de cualquier otra mujer. La carne y sus debilidades... Eso no es lo que le resta divinidad. —Mordió sus últimas palabras.

Arthur vaciló, obstinadamente tenso. La conversación parecía empezar a incomodarlo. Su tono se volvió frío. Decidí, por tanto, aflojar el diálogo, con la única pretensión de proseguir más adelante en un momento más adecuado.

—Tengo que irme —anuncié cortés—. He quedado, y no me gusta hacer esperar a la gente. Ya conoces mi filia a la puntualidad —dije en tono cómplice.

—¿Alexander Vanderbilt? —adivinó.

Confirmé con la cabeza.

—Me gustaría seguir con esta conversación en otro momento, Arthur.

—Cuando la reanudemos seré yo quien haga las preguntas.

Asentí satisfecha, pues veía lógica y justicia en tal petición.

Reorganicé rápidamente la documentación en la que estaba trabajando cuando Arthur se había presentado en mi despacho. Tras ordenarlo todo perfectamente, cogí el bolso y me levanté. Al llegar a la puerta me giré para plantear una última pregunta a mi interlocutor, que aún estaba sentado, impertérrito, delante de la mesa.

—¿Qué es la Orden de Sion?

—Te lo acabo de explicar, Loane —respondió sin volverse, mirando fijamente desde el asiento el paisaje panorámico de la Gran Vía. Esbocé una sonrisa serena.

Arthur entendía el derrotero que tomaba mi pregunta, y que tenía más de empirismo que de teoría. Se hizo un largo silencio en el que estudió al detalle cada una de las palabras que saldrían de sus labios. Esperé paciente.

—Una cortina de humo —señaló al cabo con convicción.

—¿Un disfraz? ¿Un engaño? —pregunté atónita—. Para ocultar, ¿qué?

—Después, Loane, después. ¿Podría pedirte un favor? —añadió dejando entrever una apremiante preocupación.

—Sí, claro —respondí resuelta.

—No comentes nada de lo que hemos hablado con Alexander Vanderbilt. Todo lo que rodea la Alianza de los Siete Arcángeles entraña mucho más peligro de lo que se pueda presuponer a simple vista. No es ningún juego —aseveró con voz grave—. Nunca lo ha sido. No tiene normas a las que adscribirse, y los errores se pagan con tributos de sangre. —Se quedó pensativo unos instantes, rascándose la cabeza—. Nada es lo que parece ni lo que se pretende que sea.

—Puedes estar tranquilo, Arthur —afirmé contundente—. No le diré ni una sola palabra. Mis labios están sellados.

—Gracias —dijo mientras se levantaba de la silla.

Respiré profundamente, satisfecha, y los dos salimos del despacho. Tras asegurarme de cerrar la puerta con llave y despedirme cordialmente de Arthur, enfilé el largo pasillo hasta llegar al recibidor, donde encontré a Librada hablando animadamente con Eufrasia, una de las encargadas de la limpieza del local, cuyo aspecto deslucido no desmerecía su nombre. Tras un saludo breve y jovial a ambas, me apresuré a salir de la galería acompañada de sus palabras de despedida.

## CAPÍTULO IV

En aquella ocasión, Álex no me esperaba fuera como el día anterior. Me pareció extraño, dada su meritoria puntualidad británica, y supuse que algún contratiempo había provocado ese retraso tan poco habitual en él. Releí la nota que había dejado a Librada en mi ausencia, y que yo me había guardado concienzudamente en el bolso antes de salir de la galería.

Mientras hacía tiempo en la pequeña zona de sombra que daban los edificios arañaba unos minutos a la aburrida espera, observando como el caudal humano que transitaba por la Gran Vía madrileña se abría paso con una premura pasmosa. Los transeúntes se cruzaban sin apenas rozarse, ajenos a todo cuanto los rodeaba. El trajín de los oficinistas que salían del metro apresuradamente, el correteo inquieto de las madres con hijos en los semáforos, el pasear maduro de los ancianos y el deambular jovial de los estudiantes se convertían en el engranaje alegórico de la actividad rutinaria y mecánica de la calle más importante de la capital. La ciudad dual y cosmopolita bullía de movimiento.

Me despedí de forma un tanto rígida y protocolaria de un par de clientes que abandonaban la galería. Los miraba perderse calle abajo cuando la figura airosa y arrogante de Alexander Vanderbilt despuntó sobre la marea gris de la multitud, como el espejismo de un oasis de oro azul en mitad del desierto. Nos advertimos con la mirada a través del río de gente.

Incluso a distancia saboreé la extraña sensación que provocaba en mí su presencia, y mientras avanzaba con paso firme alisándose la corbata y comprobando que llevaba bien el cuello de la camisa, me pregunté que tenía de hipnótico aquel hombre alto de pelo negro azabache y ojos clarísimos.

—Mil perdones —se disculpó cuando consiguió alcanzarme, quitándose las gafas de sol—. He tenido que hacer unas gestiones que se han demorado. Aparte, el tráfico de Madrid es mucho peor de lo que imaginaba.

Su justificación sonó más a pretexto que a contratiempo inesperado, pero acepté las disculpas de buena gana.

—No pasa nada —dije mientras se acercaba para darme dos besos—. Me debes exactamente... —Miré el reloj—. Nueve minutos y treinta y tres segundos de tu vida. Estoy segura de que sabrás compensarme.

—No tengas la menor duda. —Su voz era intensa y segura—. ¿Qué tal la mañana?

—Agitada. —Una mentira piadosa—. ¿Y la tuya?

—Tranquila. ¿Hoy sí que me dejas invitarte a comer? —preguntó con un mohín de burla—. Si vamos a hablar de negocios, por lo menos que sea comiendo. Además, todos los restaurantes están abiertos —prosiguió sin cambiar la entonación irónica—. A no ser que en Madrid tengáis una franja horaria distinta del resto de la península.

—Tenemos muchas cosas distintas del resto de la península. Madrid es Madrid —me defendí—. Pero el huso horario no está entre ellas. Soy toda tuya para que me invites a comer.

—Eso suena muy bien.

—¿El qué?

—Que seas toda mía —murmuró con tono seductor.

Un sospechoso calor me subió de repente por el rostro. Me ardían las mejillas. En un intento desesperado por disimular el rubor, bajé la cabeza y me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja mientras sonreía para ocultar la vergüenza. Un gesto del todo infructuoso, pues Alexander Vanderbilt fue plenamente consciente de mi turbación. Percibí de soslayo la sonrisa de éxito que comenzaba a aflorar en el contorno de sus labios. Triunfante, como siempre.

—Me he pasado parte de la mañana buscando un buen restaurante para llevarte a comer —dijo, rompiendo el silencio—. ¿Qué te parece el Pekari?

—¿El Pekari?! —repetí, por si no lo había oído bien.



—¿No te gusta? Se te ha puesto cara de vinagre.

—Es uno de los restaurantes más caros y lujosos de Madrid. Por no decir el más caro y lujoso.

—Ya he reservado —se limitó a decir.

—Álex, la comida del Pekari se caracteriza por la elevada calidad de los ingredientes, el esmero en la elaboración y unos precios considerables, aunque en realidad se coma una hoja de geranio caramelizada.

—¿Y eso tiene de malo...? —preguntó reticente. Echó la cabeza hacia atrás y puso los ojos en blanco de forma teatral.

—Que vamos a salir con más hambre de la que tengamos al entrar y con la cartera más pelada que un pavo —le solté.

Álex no pudo contener una carcajada. Como todo en él, su risa era profunda, fuerte, varonil.

—No te rías —le dije fingiendo seriedad.

—Has dicho que eras toda mía, Loane —se apresuró a decir sin darme tiempo a poner objeciones—. Así que iremos al Pekari.

—Está bien, como quieras —contesté con resignación.

—Supongo que habrás oído eso de que somos esclavos de los que decimos.

Lo miré mordaz. Quise protestar de nuevo ante aquella trampa dialéctica, pero Álex no me escuchó.

—La próxima vez me mantendré callada —dije en un suspiro.

—Vamos, y deja de mirarme así, fierecilla —atajó antes de que pudiera darle una contrarréplica. Fruncí los labios en una mueca de rebeldía.

Pasada la algarabía, Álex me condujo al aparcamiento del hotel donde se alojaba, a pocos metros de la Gran Vía, para recoger su coche. El Pekari se hallaba en el centro del prestigioso barrio de Salamanca, y aunque no estaba a más de treinta minutos andando, la mejor forma de llegar era en coche, donde la pegajosa calima que se alzaba del pavimento se hacía algo más soportable. Álex, como el caballero a la vieja usanza que aparentaba ser, se empeñó en llevar el suyo y, de paso, en un alarde de hedonismo, dejarme claro cuánto dinero le sobraba y cuánta falta le hacía un baño de humildad.

Su recién estrenado BMW Z9 negro metalizado era una bestia en el asfalto, de las que pasan de cero a cien en un abrir y cerrar de ojos. Tenía el volante y los asientos de cuero. Un monstruo con enormes neumáticos negros y tapacubos metálicos convenientemente lustrados. Una máquina de acero sin alma ni conciencia que convertía en certezas las simples suposiciones que tenía acerca de él. El sol se reflejaba en el deslumbrante capó arrancando destellos esmaltados.

Sin lugar a dudas, los caballos de vapor de aquel coche le permitían montar un establo. Su sed de vida parecía saciarse con las bacanales de los triunfos materiales y las

satisfacciones inmediatas, sin retener nada entre las manos. Un ser superficial con tendencia a los excesos, a la caza de placeres, con esa vanidad sobresaliente de las personas acostumbradas al éxito, cuyo enriquecimiento interior, seguramente, tendría la profundidad de un charco.

Tardamos poco más de diez minutos en llegar al Pekari. La afluencia de tráfico y personas, a pesar de ser casi las tres de la tarde, se reducía extraordinariamente durante el mes de agosto aunque en Madrid sea hora punta prácticamente todo el día. Tras entregar el vehículo al aparcacoches, nos dirigimos a la entrada del establecimiento.

Había pisado aquel ostentoso lugar, apto únicamente para seudointelectuales y ricachones, en tan solo una ocasión, cuando uno de los clientes más pudientes de la galería nos invitó en gratitud por la excelente promoción efectuada con una de sus colecciones y los no menos importantes beneficios que había obtenido con ella.

La fachada abarcaba dos plantas revestidas completamente por paneles de cristal oscuro que hacían de paredes y flanqueaban una puerta del mismo material, con el nombre del restaurante forjado en esbeltas letras doradas. Los rayos de sol formaban destellos multicolores en la superficie de vidrio. La entrada estaba cubierta de enormes espejos que multiplicaban la luz y sumergían al cliente en un mundo mágico donde la mirada quedaba atrapada entre las

infinitas figuras que devolvían su reflejo. De aquel sortilegio de imágenes sin fin salió a recibirnos un metre, un hombre orondo de mofletes prominentes y semblante simpático, vestido con un traje sastre color café acorde con el lujo que imponía el establecimiento. Un profesional de esos que están encantadísimos de atender con exquisita cortesía a quien lo pueda pagar. Álex le dijo que teníamos reserva, y al instante nos guio hasta una estratégica mesa del fondo del local. Mis pasos, encaramados a unas sandalias de tacón, resonaban en las baldosas de mármol gris oscuro mientras seguíamos al metre por el enorme salón de vidrio.

Una vez acomodados observé el encanto del lugar. Las líneas cuadriformes que imprimían carácter al comedor se fundían en perfecta armonía con las altas columnas de agua que descendían rectas desde el techo. El suelo relucía como si acabaran de encerarlo. Un excelente y atractivo diseño vanguardista, con estructuras y mobiliario de materiales como el metacrilato, el cristal y el hierro, que revelaba un ambiente agradable y desenfadado en un contexto innovador a la par que cómodo y, por supuesto, lujoso. Muy lujoso. Las mesas estaban separadas por enormes maceteros que albergaban unas extrañas flores azules. Supuse, por su exquisita naturaleza, que procederían de alguna zona muy

remota, si no de más lejos. Un cuarteto de cuerda embelesaba el oído de los comensales.

Para deleite de los paladares más exquisitos, el Pekari contaba con una bodega considerada desde hacía algunas décadas una de las mejores de España. Y aunque en todo Madrid y sus alrededores eran sobradamente conocidos los líos de faldas y pantalones de Aurelio Maestre, su fundador y dueño, el restaurante seguía siendo un lugar carismático y un espacio perfecto para el disfrute de exquisiteces. La primera vez que fui me sentí fuera de lugar en un entorno tan lujoso, y estaba comprobando que seguía sin haber superado ese estadio de humildad.

Tras probar varias delicatessen recomendadas por la casa y degustar un verdejo de Rueda por insistente recomendación de Álex, me pidió uno de los platos más caros de la carta, compuesto por bavarois de trucha y salmón, ensalada Lousiana y canapés de cereza y foie. Todo estaba servido, por supuesto, con muchísima cortesía y atención.

Tal era el entusiasmo y el brillo que traslucían los ojos de Álex al sugerirme el vino que me vi incapaz de declinar su ofrecimiento a pesar de ser abstemia. Después de mostrarme de acuerdo con la excelencia del verdejo, agradecerle la ferviente recomendación y reconocer que era una lástima que el común de los mortales no nos lo pudiéramos permitir, entramos de lleno en el motivo de aquel segundo encuentro.

—¿Has pensado en mi oferta, Loane?

—Sí —dije mientras empujaba un trozo de lechuga de un lado a otro del plato.

—¿Y? —preguntó con cierta incertidumbre, mirándome con perplejidad.

El metre se acercó de improviso para preguntarnos si todo era de nuestro gusto. Álex lo despachó con tono tajante y mirada desdeñosa.

—Voy a intentarlo —dije cuando me aseguré de que nadie más podía oírme—. Es lo único que te puedo prometer. Espero que sea suficiente.

Álex esbozó una sonrisa. Sus ojos brillaban inmóviles en su rostro angular, como si fueran líquidos.

—De momento lo es. Es la mejor promesa posible.

Un destello de alivio cruzó su voz. Se relajó en la silla y me volvió a sonreír.

—No será fácil —advirtió con seriedad—, y la paciencia se valorará aún más como virtud —añadió algo más distendido.

Desde mi punto de vista, la tarea era casi imposible, pero estaba dispuesta a lanzarme a ella con determinación férrea y pertinaz o, por lo menos, a intentarlo. «Ad augusta per angusta», pensé.

—No necesito que sea fácil; solo que sea posible —aseguré con cierta convicción—. Habrá una serie de condiciones.

—Aceptaré las cláusulas que impongas. Te escucho. —  
Asintió mientras sus facciones se relajaban, suavizándose  
ligeramente.

—El pago se realizará al final del cometido, y solamente  
si llega a buen fin.

—Pero eso no es justo —me cortó Álex.

—Quiero saber quién está detrás de todo esto. —Hice  
caso omiso de su queja—. Quiero saber quién maneja los  
hilos, para quién voy a trabajar. Y esto último es más por  
necesidad que por capricho. Necesito tener toda la  
información que puedas facilitarme, hasta el detalle más  
nimio —dije tapizando mis palabras con todo el aplomo que  
pude reunir—. Si en algún momento me ocultas algo, por  
insignificante que sea o parezca, y tienes la mala suerte de  
que me entere, te quedas solo en esto.

—¿Es una amenaza? —preguntó.

—No —respondí con templanza—. Es una advertencia, o  
un consejo. Llámalo como quieras, pero síguelo.

Hice una brevísima pausa para tomar aliento. Supuse que  
Álex no era de los que se dejaban retar por alguien que  
llevara falda y exhalara perfume con aroma a jazmín y rosas.

—Espero que te haya quedado claro —recaqué.

—Cristalino como el agua, señorita.

—No me gusta que me tomen por tonta.

Era plenamente consciente de que Álex encubriría todo  
aquello que no le beneficiara decirme, pero también era

cierto que me necesitaba y eso lo obligaba a proporcionarme la información precisa, forzada o no, que facilitara el hallazgo de ese supuesto secreto tan desconocido por todos y codiciado por algunos. Aun sabiendo algo tan básico, quise recalcar con mi advertencia que no era ni iba a ser un títore en sus manos. Contaba con suficiente voluntad y capacidad de decisión para no obedecer sus pautas ni atender a sus intereses de manera exclusiva.

Aceptada esa condición, y como había hecho la noche anterior en la cafetería, Álex volvió a poner el cheque en blanco sobre la mesa y lo sujetó con firmeza.

—Ahora pon una cantidad. —Sacó un elegantísimo bolígrafo Montblanc y me lo tendió.

Cruzamos una intensa mirada y después clavé la vista en el talón, sin fuerzas suficientes para escribir un número. Me temblaba la mano. Ante mi incapacidad, Álex lo rellenó por mí.

—¿Te parece suficiente? —Giró el papel hacia mí e intensificó aún más su mirada.

La cifra era desorbitada desde cualquier ángulo; un incentivo con demasiados ceros. Tras leer el número me quedó aliento suficiente para no perderme en cálculos. Bien era cierto que en el mundo en el que me movía se manejaban cantidades astronómicas; el valor comercial que puede adquirir una obra tiene poco o nada que ver con el arte en sí y mucho con el valor seguro que constituye, por encima de



otras opciones financieras. La obra de arte resulta ser única y, por tanto, se convierte en una excelente inversión. Al margen de que siempre hay millonarios excéntricos dispuestos a pagar precios altísimos por obras que gozan de inusual rareza, me acudió a la mente la elevada cantidad que había alcanzado un óleo de Dalí en una subasta reciente: casi dieciséis millones de euros habían pagado por *Retrato de Paul Éluard*, obra clave por contener algunos de los elementos del complicado universo daliniano, como la cabeza durmiente, y también por lo que había supuesto para su vida personal. Salvador Dalí se enamoró de Gala, esposa del poeta Éluard, y la transformó en su perpetua inspiración. Gala se convirtió en ese momento y para siempre en la musa de Dalí. Ya que estaba al tanto de tales casos, no debería haberme sorprendido ver una cifra de semejante dilatación en el papel, pero no pude evitar quedarme atónita.

—¿Por qué estás dispuesto a pagarme esa cantidad tan elevada? —inquirí curiosa—. Entiendo que el secreto lo valga, pero yo...

—¿Me dejas que conteste a tu pregunta con una anécdota?

—Por supuesto.

—En una ocasión, las rotativas del *New York Times* se detuvieron en plena impresión sin causa aparente. Nadie sabía qué hacer ni cómo atajar el problema. Pasado el límite de la desesperación, decidieron llamar al ingeniero que había ensamblado la máquina, que se presentó allí de

inmediato y, tras examinar el artefacto durante veinte minutos, pidió una moneda, ajustó un tornillo de la mesa de entrada y pulsó el botón verde de arranque. La maquinaria volvió a funcionar sin problema alguno. Entusiasmado, el director del diario le preguntó por sus honorarios, a lo que el ingeniero respondió: «Treinta mil dólares». El director, escandalizado, gritó: «¿Treinta mil dólares por ajustar un simple tornillo con una moneda?!», a lo que el ingeniero contestó: «No. Por saber qué tornillo había que ajustar». — Álex hizo una pausa para apurar la copa de verdejo de Rueda—. ¿Lo entiendes ahora? —me preguntó.

—Perfectamente. ¿Crees que poseo los conocimientos necesarios para saber qué tornillo hay que ajustar?

—No lo creo. Si solo lo creyera, no estaría aquí. Estoy convencido —alegó contundente.

—Es paradójico —comenté.

—¿Qué es paradójico?

—La confianza que estás depositando en mí... quizá sea excesiva —dije con prudencia—. Si a día de hoy nadie ha logrado levantar el enigmático velo que durante siglos se ha tejido alrededor de esa leyenda, y me imagino que habrán sido muchos los que lo han intentado, ¿qué te hace pensar que yo pueda lograrlo?

—Las muchas personas que lo han intentado, como tú bien dices, utilizaron única y exclusivamente su inteligencia y fracasaron estrepitosamente.

Ladeé la cabeza, desconcertada, y me encogí de hombros.

—Hay que utilizar la inteligencia con inteligencia. Si no, no sirve para nada.

Viendo que mi cara adquiría un contundente tono inexpresivo, y excluyendo la incongruencia que suponía para mí la premisa que acababa de exponer, Álex se limitó a sonreír, condescendiente.

—Sensibilidad, Loane —soltó.

—¿Sensibilidad? —no pude evitar repetir.

—Además de inteligente, serás extremadamente sensible a la más leve pista que ayude a comprender lo que a esas otras mentes se les ha manifestado como un rompecabezas. —Me lanzó una mirada adulatora—. Tienes una intuición prodigiosa. Será la brújula que guíe tus pasos —sentenció.

—Eres muy optimista, muy amable o ambas cosas —dije.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió, sonriendo con la mirada—. Te aseguro que ni lo uno ni lo otro.

Eché un nuevo vistazo al cheque y me perdí en la indecente cantidad de ceros del importe. Un millón de euros. Ciento sesenta y seis millones de las antiguas pesetas. Este era el precio de mi ayuda o, más exactamente, mi precio. Álex se acercó el talón lo suficiente para rubricarlo cómodamente. El sonido de la punta metálica contra el papel se amplificó en el fondo de mi oído, mientras los caracteres curvilíneos de su nombre tomaban forma legible. En el instante en que acabó de firmar noté el peso de la

responsabilidad y el compromiso recaer inexorablemente sobre mi espalda como un yugo.

—¿Quién es tu mecenas, Álex? —le pregunté.

—Si preguntas quién es el diablo, el ángel caído, la mano que maneja la marioneta, siento decirte que no lo sé —respondió—. Si te refieres a quién es la persona que me eligió de intermediario entre el diablo y su mano, te diré que se llama Babilonio y que es un ser a quien es mejor no conocer; alguien a quien debo un favor —dijo contenido.

Su voz sonaba clara y nítida, franca.

—Un favor que te obliga a...

No me dejó terminar la frase.

—Un favor que me obliga a deberle lealtad el resto de mis días. Un favor que me compromete a servirlo como un perro fiel —concluyó desdeñosamente.

Sus ojos languidieron hasta sumergirse en un abismo infinito y vertiginoso cuando sus labios dejaron escapar aquellas últimas palabras que escupían una ponzoña de rabia y náusea, mientras la tenue niebla que comenzaba hacer acto de presencia en mi mente se condensaba como efecto secundario del desconcierto. Me apresuré a quitarme de la cabeza cualquier razón que me cediera la curiosidad para indagar, o efectuar malévolos juicios sobre la causa que lo forzaba tan estrictamente a rendir pleitesía a una persona con la que, por el tono con que la mentaba, parecía no simpatizar demasiado. Debía entender que no era asunto de mi

incumbencia, y deduje que nada tenía que ver con lo concerniente a la Alianza de los Siete Arcángeles.

—Si no doy con ese maldito secreto, si no consigo averiguar qué diablos es, tengo los días contados —aseveró.

—Darás con él —afirmé—. Daremos con él. No te preocupes. —Intentaba animarlo sin saber muy bien cómo—. Si realmente existe ese secreto, descubriremos de qué se trata. No tengas la menor duda.

No hubo más respuesta por su parte que una pesada y resignada inclinación de cabeza.

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser el ángel caído? No sé..., por algo que te haya podido contar ese tal Babilonio —le pregunté, dejando atrás un tema que presumí espinoso.

—Sé que es alguien con mucho poder —respondió—. Capaz de vender su alma al mismísimo Satanás si fuera necesario con tal de conocer el secreto que tan celosamente guardaron los miembros de la Alianza de los Siete Arcángeles. Al igual que yo, Babilonio ignora su identidad. La única vía de comunicación entre ellos es un número de móvil. Nada más. Jamás se han reunido, ni se han visto en persona. Desconoce hasta su aspecto, su edad y su nombre; se limita a llamarlo *Angelus Casus*.

«Ángel caído en latín», dije para mis adentros.

—Claro está que trabajar para alguien de semejante bajeza moral no supone ningún problema para Babilonio —

seguía exponiendo Álex—. El muy crápula sería capaz de vender a sus propios padres si eso le reportara una buena suma —concluyó con expresión sombría.

—¿Y a través del teléfono móvil? —apunté—. Actualmente, incluso los que funcionan por medio de tarjeta prepago deben estar registrados a nombre de alguien.

—En Francia no es necesario, y el número es francés.

Sin llevar la presuposición a un nivel más alto, era evidente que alguien que poseía tanto poder como indicaba Álex contaría también con la inteligencia suficiente para no dejarse identificar infantilmente a través de un miserable contrato telefónico.

—¿Ningún dato más?

—Ninguno. —Enfatizó la negativa con la cabeza.

—Supuestamente, ¿qué hará cuando tenga el secreto en sus manos?

—Lo ignoro. Aunque me aventuro a suponer que chantaje. Me quedé pensando unos segundos.

—¿Para conseguir más poder aún? —sondeé, aunque era más bien una pregunta retórica—. Puede ser —me reafirmé después de reflexionar sobre ello—. El poder es como el dinero: cuanto más se tiene, más se quiere tener. Alimenta la ambición hasta convertirla en un monstruo cuando no se es capaz de controlarla.

—La ambición no tiene por qué ser mala —saltó Álex a modo de justificación.

Lo miré con recelo. Esa observación estaba fuera de lugar; sin embargo, pareció ser un pensamiento en voz alta, imposible de contener.

—Lo sé —señalé, seria—. No lo es cuando se utiliza para prosperar, para mejorar, para superarse o para satisfacer la sana inquietud de todo ser humano por aspirar a un mejor nivel de vida, lo cual, por otro lado, dignifica y ennoblece nuestra condición. Lo es cuando se convierte en una lucha febril y obsesiva por el poder, por el dinero, por las alabanzas, por el encumbramiento personal, por suscitar admiraciones desmedidas...

—¿Tú las distingues con claridad?

—Por supuesto —contesté sin dudar—. ¿Tú no? —Busqué su mirada, que en esos momentos sorteaba la mía—. La ambición negativa está marcada por un egoísmo desmedido y el afán de acaparar riquezas, lujos y poder independientemente de los medios que se utilicen, ya sean engaños, sobornos, injusticias o incluso asesinatos. La ambición sana y legítima es la que viene definida por la generosidad y el bien hacia los demás.

—¿Crees que haces el bien al ayudar a una persona a desvelar un secreto cuyo cometido será, en el mejor de los casos, chantajear a otro u otros que tienen el poder al que aspira? —me cuestionó.

Su pregunta me cayó como un jarro de agua fría, como un bofetón en plena cara. Me molestó soberanamente la nula

indulgencia con que la planteó, como si diera a entender que mis principios habían entrado en marcado declive al aceptar su propuesta.

—La línea entre el bien y el mal es difusa; tanto que una persona puede estar dispuesta a cruzarla por ayudar a otra cuya vida peligra a causa de un juego macabro sin reglas ni normas, donde todo el mundo parece hacer trampas para alzarse con el codiciado premio —aporté como respuesta—. No olvides a quién estoy ofreciendo mi ayuda, Álex —añadí en tono firme e intransigente.

Sostuve el contacto visual y advertí en sus ojos el reflejo de un nuevo respeto, que surgió cuando se vio forzado a concluir aquella desatinada conversación. Bajó la vista, la clavó en los restos de comida que quedaban en su plato y soltó un profundo suspiro.

—Quizá el diablo trabaje para alguien o algo más poderoso aún —comentó, retomando el tema.

—No es descartable. Ninguna posibilidad lo es. El abanico es amplio. Excesivamente, quizá.

—¿Tienes alguna idea, por remota que sea, de cuál puede ser el cuadro que oculta la clave del secreto? —interrogó esperanzado.

—No. Siento tener que decir que ninguna.

—¿Y del pintor a quien pudieron hacer el encargo?

A esa segunda pregunta simplemente negué con la cabeza.



—Los pintores, hasta los más mediocres, invitan al desafío que supone ver mucho más allá de lo que se muestra en el lienzo —le expliqué—. Un cuadro debe leerse como un relato, interpretarse como una composición de señales visibles e invisibles, y no ceñirse al sentido estricto de lo que vemos. Ese es el espíritu de la obra. El arte está plagado de alegorías, de enigmáticos gestos y símbolos que apuntan a un contexto más profundo.

—¿Metáforas?

—Por llamarlas de alguna forma —maticé—. En arte son ideas abstractas, ideas genéricas representadas por medio de figuras o atributos. Por ejemplo, hay quien dice que Salvador Dalí, en los relojes blandos de *La persistencia de la memoria*, esconde una alegoría de la teoría de la relatividad, según la cual el tiempo se adapta flexiblemente al espacio. El famoso tríptico *El Jardín de las Delicias* del Bosco rompe con cualquier esquema iconográfico tradicional, hasta tal punto que a día de hoy sigue sin descifrarse en su totalidad. A simple vista muestra en el primer panel una imagen del paraíso, con Adán y Eva; una lujuria desmedida en el panel central, y el infierno en el tercero. Hay mucha disonancia a la hora de interpretar esta obra, aunque según el relativo consenso, obedece a una intención moralizante de la época en que se pintó. Al Bosco lo han tachado de hereje, de sectario, de visionario e incluso de obseso sexual por esta obra; sin embargo, era un hombre extremadamente culto que

defendió al límite su moral, comprometido éticamente con su causa. Podría ponerte centenares de ejemplos de pintores; Botticelli, Rafael, Goya y, cómo no, Leonardo da Vinci.

—*La última cena, La Gioconda...* —se adelantó Álex.

—No tanto *La Gioconda* como *La última cena*.

—¿Por qué *La Gioconda* no tanto? —indagó, devolviéndome una mirada de profundo interés.

Mis labios dibujaron una esponjosa sonrisa al advertir el destello de curiosidad que brillaba en sus ojos.

—Leonardo da Vinci fue un hombre adelantado a su tiempo. Él sí que era un visionario, un auténtico genio. No había ningún imposible para sus manos en el campo de la pintura. Aunque la fe que tenía en sí mismo lo llevara a soñar con artefactos de guerra superletales —dije con cierto tono de burla—. Pese a todo ello, y a las ilustres obras e inventos con que cuenta en su haber, creo que *La Gioconda* es una de sus obras menos meritorias, aunque reconozco que es un prodigio de maestría técnica y sensibilidad, además del mejor instrumento para proclamar su grandeza como pintor.

—Eso podría tildarse de sacrilegio entre los más puristas.

—Incluso de herejía entre los entusiastas —subrayé entre risas—. Ahora mismo estarían preparando la hoguera.

Álex rio. Me encantaba ver su dentadura perfecta tras su amplia sonrisa.

—Nada más eficaz para impedir que se tome el nombre de Leonardo da Vinci en vano. ¿Y qué diría para defenderse de su condena como hereje, señorita Darey? —siguió la broma.

—Lo que hace que *La Gioconda* sea una obra tan extraordinaria es que no se sabe dar una explicación a su enigmática sonrisa, quizá porque Lisa Gherardini sonreía con los ojos y no con los labios, como la mayoría.

Álex me miraba entusiasmado, con las pupilas asombrosamente dilatadas. De pronto, alargó la mano y me limpió la comisura del labio con una servilleta. Mis mejillas se sonrojaron.

—Tenías un poco de salsa —apuntó.

—Gracias —dije azorada.

—Pero dime —continuó—, ¿tienes una explicación para eso?

Me recompuse como pude e intenté retomar el hilo.

—Leonardo da Vinci atrapó a la Mona Lisa en medio de una de esas sonrisas conquistadoras, coquetas. Lisa Gherardini del Giocondo lo era. Mucho. Si te fijas, el rostro apunta hacia delante, pero los ojos se dirigen a un lado —tanteé la expresión de Álex mientras concluía la argumentación de mi ficticia defensa—... mirando a hurtadillas el objeto de su interés. —Hice una pequeña pausa—. Es una secuencia en que la mirada, en un plano real, apenas se aparta un instante; el instante que Leonardo logra inmovilizar. No le quito mérito a Da Vinci, ¡válgame Dios!;

la capacidad de captar ese momento fugaz es muy loable, pero no creo que vaya más allá.

—¿Has dicho «mirando el objeto de su interés»? —repitió Álex cuando concluí mi explicación. Sonreí.

—Se dice que Leonardo estaba desnudo mientras la pintaba. No hace falta ser poseedor de una gran astucia para percatarse de cuál podía ser el objeto de interés de la Mona Lisa —apunté con tono pícaro.

—¿El objeto de deseo de la Mona Lisa era el pene de Leonardo da Vinci? —exclamó Álex, sorprendido ante mi afirmación.

—He dicho que era el objeto de su interés, no de su deseo. Además, Lisa Gherardini, la retratada, era la esposa de Francesco Bartolomeo del Giocondo, amigo de Leonardo da Vinci.

—Lo único que significa eso es que estaba casada —apuntó Álex, perspicaz—. ¿Y eso de que la pintó desnudo es cierto? —añadió—. O ¿crees que podría serlo?

—Todo puede ser cierto y falso. Es el cuadro más controvertido de cuantos se han pintado en el mundo. Los estudios históricos han determinado también que la modelo podría ser una vecina de Leonardo, que estaba embarazada y en la actualidad podría saberse quiénes son sus descendientes. Se ha dicho que Leonardo contrató una pequeña orquesta que tocaba a su alrededor mientras la retrataba, con el fin de aplacar la inconfundible melancolía

que se solía dar en la época a los retratos. Incluso una minoría ha teorizado con que podría ser María Magdalena embarazada de Jesús de Nazaret.

Álex parecía estar estudiando la expresión que se trazaba en ese momento en mi rostro.

—A ti no te convence ninguno de esos supuestos —señaló.

—Luisana Galdós, una eminencia del departamento de Historia del Arte de mi facultad, conjeturaba que Leonardo da Vinci era homosexual. De hecho, estuvo detenido oficialmente por «actos de sodomía y actividades análogas», según constaba en la denuncia de la brigada antivicio de la Florencia de la época. A raíz de su hipótesis empecé a simpatizar con la idea de que cualquier toque femíneo con que Leonardo impregnara sus obras era producto de ese lado femenino que domina sobre el masculino en algunas personas y no a la pretensión de plasmar un secreto, como pudiera ser el de la posible descendencia de Jesucristo con María Magdalena. Simplemente exteriorizaba en sus obras esa feminidad que se veía obligado a ocultar en una época en que la homosexualidad se consideraba una enfermedad e incluso un delito. Creo que era la manera que tenía de dar salida a su realidad interna.

—No es que te condenaran a morir en la hoguera —continuó bromeando Álex—; es que irías derechita al infierno.

—Soy consciente de que el averno se abrirá para mí —maticé.

—Probablemente no sea una idea tan descabellada. Eso también explicaría el porqué de pintar una supuesta mujer en el cuadro *La última cena*. Ese pronunciado sentido de lo femenino estaba presente en muchos de sus lienzos, pero quizá la razón sea muy distinta de la que se cree.

—Quién puede discernir las ideas que pasan por la cabeza de un genio. Auténticos galimatías de difícil comprensión, incluso para ellos mismos. Es duro aunar inteligencia, conciencia y talento. Como leí alguna vez, los pintores piensan como artistas y a la vez como genios —expuse—. Además, que fuera zurdo confería en la época cierto matiz de brujería a su arte. —Clavé mis ojos en los de Álex—. Leonardo da Vinci tenía algo en común contigo —le dije, alimentando su atención.

Me miró expectante. Sus ojos cristalinos adquirieron un aire de extrañeza.

—Ambos sois partidarios de jugar con la ambigüedad —solté con voz risueña.

Álex enarcó las cejas, con un mohín divertido en la boca.

—Supongo que compartía contigo la teoría de que la ambigüedad sirve para determinar el grado de inteligencia de una persona. Quizá por eso todas sus obras están llenas de contenidos confusos.

Sonrió complacido esperando la exposición argumentativa de mi extravagante comparación, más que nada para cuestionármela.

—La Gioconda no tiene cejas ni pestañas. Según algunos expertos, quizá sea debido a una restauración demasiado agresiva realizada en algún siglo pasado. Otros, como Giorgio Vasari...

—¿Quién es ese? —interrumpió Álex.

—¿No has oído hablar de él? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Es el primer historiador del arte italiano. Fue pintor, arquitecto y escritor. Son famosas sus biografías de artistas de su país. Te recomiendo *Vida de los mejores arquitectos, pintores y escultores italianos*. Recoge leyendas, rumores y multitud de anécdotas sobre ellos. Si te gusta el arte en general y sientes algo de devoción por el italiano en particular, este libro es fundamental en la historia del arte de Italia.

Aclarado, Álex me hizo continuar con un gesto de la mano.

—Según palabras textuales de Vasari —proseguí—, «en las cejas se apreciaba el modo en que los pelos surgen de la carne, más o menos abundantes y girados según los poros de la piel; no podrían ser más realistas». Es decir, Vasari veía cejas y pestañas en *La Gioconda*. Otros sostienen que Leonardo no llegó a acabar la obra. Su leyenda negra ha apuntado siempre que sufría una incapacidad psicótica para

terminar lo que comenzaba. Yo simplemente creo que nunca las pintó, y que fue a propósito. De esta manera, la expresión de la cara gana ambigüedad, para que cada uno le dé el sentido que crea adecuado. De mentes inteligentes es discernir lo que quiso dar a entender Leonardo da Vinci con esta pintura.

Hice una pausa en mi elocución y tomé un poco de aire.

—En alguna ocasión se ha llegado a decir que *La Gioconda* era un hombre disfrazado de mujer —apuntó Álex.

—Sí, un adolescente —ratifiqué—. Y en alguna ocasión se ha llegado a decir que era un autorretrato. Estoy convencida de que al genio toscano se le pasó por la cabeza la idea de hacernos pensar algo así.

—¿En serio?

—Totalmente —le aseguré—. En 1987 se realizó toda suerte de estudios para evaluar la veracidad de esta teoría. Para ello se superpuso un autorretrato de Leonardo al cuadro de la Mona Lisa. —Álex me escuchaba con suma curiosidad—. Para sorpresa de algunos escépticos, el resultado fue una asombrosa similitud entre los rasgos físicos y las dimensiones de ambos. Claro que enseguida se encargaron de rebatirlo, alegando que la similitud de los trazos se debía a que las dos obras comparten autor. Es decir, si pintas un retrato tuyo y otro mío, nuestros rasgos serán similares aunque no tengamos un solo punto facial en común —satiricé.



—¿Absurdos?

—La mayoría. Confunden la técnica y el estilo de un autor con... —lo dejé en el aire—. Sigmund Freud dijo del célebre cuadro que reflejaba «una preocupante masculinidad». No es por llevar la contraria al señor Freud, pero yo creo que refleja una preocupante feminidad, aunque no tan preocupante.

—¿Crees que el retrato de la Gioconda puede ser del propio Da Vinci? —me interrogó Álex. Me encogí de hombros—. En cualquier caso, a pesar del paso de los siglos sigue siendo la obra que más curiosidad suscita dentro y fuera del arte.

—Así es. Es el cuadro más famoso del mundo, y sigue siendo objeto de estudio. Ayer mismo leí en una revista de arte que le han practicado un análisis por medio de un espectrómetro especial y han llegado a la conclusión de que la clave de la famosa técnica del *sfumato* es, nada más y nada menos, que aplicaba hasta treinta capas para lograr el magistral efecto. ¡Treinta capas! —exclamé—. Por cierto, ¿a que no sabías que John Fitzgerald Kennedy tenía un lejano parentesco con la Mona Lisa?

—¿En serio?

—Por mis niños —bromeé—. Al parecer, su familia materna desciende de los Gherardini, naturales de Venecia. Aunque el presidente de los Estados Unidos tenía una ligera idea de su ascendencia, dudo que sospechara de su vínculo

sanguíneo con la Gioconda. Otra cosa que muy pocos saben es que Mona Lisa guardaba, según el propio Leonardo, un misterioso parecido con su madrastra Albiera. No solo físicamente; su personalidad también era similar.

Noté los ojos de Álex clavados fijamente en mí, como si reivindicaran algo. Aquel lenguaje visual atrevido y descarado que tan bien dominaba y que, en mi opinión, no usaba con responsabilidad suficiente, lograba ponerme nerviosa y perturbar cualquier acceso de lucidez que rondara mi cabeza. El enigma de su mirada azul, hermética como un sortilegio, me provocaba una necrosis instantánea de los sentidos. Me paralizaba. Era tan inevitable como estúpido, pero era así. Aunque me esforcé por fingir que no me sentía intimidada, no pude evitar preguntarle.

—¿Por qué me miras así? —dije con inocencia, sin levantar apenas la mirada de la mesa.

—Así, ¿cómo?

—Como me estás mirando.

—¿Te pongo nerviosa? —me preguntó con fría serenidad al tiempo que aproximaba su rostro al mío.

Para menoscabo de mi ya inestable tranquilidad, su cercanía me hizo estremecer y el corazón me golpeó las costillas de forma escandalosa. Me agité nerviosa bajo su intenso escrutinio y, aunque logré mantenerme erguida, advertí que mi intento no dejaba de levantar sospechas sobre mi verdadero estado. Mi respiración se volvió entrecortada

e indiscreta cuando reparé en la atención que Álex prestaba a mis labios.

—Tengo que irme —dije con voz temblorosa, y desvié la cara para apartarme de su boca, situada ya a escasos centímetros de la mía. Miré el reloj, casi sin atinar a ver la hora—. Van a ser las cinco y tengo que ir al trabajo.

Álex no se inmutó; no alteró un ápice su pose intrusiva ni su mirada intimidatoria. Solo esbozó una de sus genuinas sonrisas, sin despegar los labios, con un gesto de innegable sabor a poder y triunfo muy característico en él. En sus ojos se leía la suficiencia de quien se sabe deseado. Era detestable en tales circunstancias; la viva imagen de la inmodestia. Su ego, preñado de orgullo, saboreaba con deleite el dominio que comenzaba a tener sobre mí cuando su presencia se hacía cercana. Segundos después, dueño de una templanza extraordinaria, se reclinó y pidió la cuenta al metre que nos había atendido con empalagosa cortesía. Tras abonar el abultado importe, salimos del restaurante.

Con semblante inexpresivo nos acercamos al coche. Durante el camino de regreso a Art Gallery permanecemos en un silencio tenso y cauteloso, casi opresivo. Nos calibrábamos mutuamente.

—No has contestado a mi pregunta —me atreví a decir cuando pude reunir el valor suficiente, mientras mi mirada se perdía entre las sombras asimétricas que las cúspides de los edificios dibujaban en el asfalto.

—Tú tampoco has respondido a la mía —me reprochó.

—Tus miradas... —comencé a decir—. A veces... no sé... —balbuceé.

—¿Te asusta no poder adivinar qué me pasa por la cabeza cuando te miro? —tanteó audaz.

—Sigues sin contestar a mi pregunta —respondí ignorando la suya—, y ya vas por la segunda.

—Sé que te pongo nerviosa —aseguró rotundo, haciendo caso omiso de mi solicitud.

—No me pones nerviosa —protesté molesta, fingiendo una seguridad que resultó poco convincente

—¿No?

—No —volví a negar tan categóricamente como pude.

Miró por el retrovisor para asegurarse que no tenía ningún coche detrás y desvió el BMW negro hacia el bordillo. Sin apagar el motor, echó el freno, puso el vehículo en punto muerto y giró el rostro hacia mí con una lentitud extraña y una firmeza que me provocó un inesperado escalofrío. Su mirada azul me observaba intensamente.

—Mírame —me dijo serio.

—¿Por qué quieres que te mire? —interrogué, esquivando como pude sus penetrantes ojos.

—Mírame —demandó serio y tajante una vez más.

Álex era una persona muy intensa, segura de sí misma, de un temperamento audaz y dominante. Era impaciente y absolutamente impropio. Parecía uno de esos hombres

acostumbrados a mandar y ser obedecidos sin lugar a réplicas, a conseguir cualquier cosa que quieran con solo chasquear los dedos. Lo miré con una timidez inquieta que despuntaba con insistencia en mi mirada. Sus ojos, a la luz del día, irradiaban una claridad extrema, casi traslúcida, que se diluyó en el fondo de mis pupilas cuando su rostro comenzó a acercarse sigilosamente al mío.

—¿Te pongo nerviosa, Loane? —preguntó con arrogancia.

—No —contesté retraída.

Despacio, siguió aproximándose a mí. Me quedé absorta en su mirada azul.

—¿Te pongo nerviosa?

—No —respondí con la voz entrecortada. Sus ojos bajaron hasta mis labios buscando el relieve de su carnosidad, exigiéndolo.

Como un súbito clamor, la sangre de mi cuerpo comenzó a bombear con brusquedad, recorriendo las venas vertiginosamente. Su extrema cercanía despertó mis sentidos de golpe. Apenas cinco centímetros me separaban de la exquisitez de su boca. Toda mi sensibilidad estaba alerta a la posibilidad de un ataque inminente. Con una sensualidad aprendida me acercó aún más el rostro. Su aliento tibio rozaba mi boca y la atraía hacia la suya como la esencia imantada de un dulce veneno. Su respiración, al contrario que la mía, era pausada y regular. Cerré los ojos a su encantamiento y mis labios se entreabrieron de forma

inconsciente, esperando la caída de los suyos. De repente, la realidad se inmiscuyó entre nosotros como el golpe seco de un martillo. Una mujer joven de expresión poco cordial avisaba con un bocinazo del entorpecimiento que provocaba el coche de Álex. Aproveché la oportuna interrupción para echarme hacia atrás.

—No pienses ni un momento que me voy a enamorar de ti, Alexander Vanderbilt —le dije irritada—. Jamás, y eso es más que nunca, seré una de tus conquistas.

—Nada más lejos de mi intención —afirmó sarcástico, recostándose lentamente en el asiento—. Nuestra relación es de negocios, no de placer, señorita Darey. Quizá en otro momento y en otras circunstancias...

—Ni siquiera en otro momento ni en otras circunstancias —afirmé.

La mujer, con rostro menos cordial aún, volvió a dar una escala rápida de pitidos más intensa que la anterior. Álex le dedicó de soslayo una mirada desdeñosa y, sin decir nada, se reincorporó a la procesión infinita de coches que circulaban por la calle.

—Gracias por acercarme —dije cuando paró en la puerta de la galería.

—Ha sido un placer —respondió—. En un par de horas me marcho a Barcelona; tengo asuntos pendientes allí. Regresaré el viernes con toda la información que pueda recabar acerca de la Alianza de los Siete Arcángeles.

Asentí en silencio. Álex abrió la guantera, sacó un papel y un bolígrafo, y anotó un número.

—Este es mi móvil —me dijo—. Llámame si encuentras algo, o si necesitas cualquier cosa. —Hizo una pequeña pausa—. Por favor —concluyó en tono de disculpa.

Me contempló durante un rato, callado. Cogí el papel de entre sus dedos y, sin despedirme, salí del vehículo. Ya fuera, me volví para mirarlo. El reducido espacio del coche parecía contener una frase suspendida en el aire, junto con un deseo irreprimible, animal, que creí ver en su mirada.

Me giré. Un soplo de aire caliente sacudió mi rostro como una lengua de fuego a la entrada de un túnel. Me introduje en la galería apresuradamente, para huir de la asfixiante calima que desprendía el asfalto a esas horas y de Alexander Vanderbilt. Mientras cruzaba el umbral eché un rápido vistazo al reloj: las manecillas pasaban de las cinco y cuarto. Llegaba ostensiblemente tarde. Cuando alcancé el vestíbulo no había nadie; ni tan siquiera Librada presidía el mostrador de recepción para recibirnos con una de sus efusivas sonrisas. Volví la vista y me quedé observando el perfil curvilíneo del coche de Álex a través de la cristalera. Cuando se aseguró de que había entrado, aceleró y se alejó calle abajo.

—¿Ha ido bien la comida? —me sorprendió una voz a mis espaldas.

Era Librada, que, como un paparazzi, montaba guardia en busca del mejor cotilleo.

—Traes cara de pocos amigos —observó cuando me di la vuelta—. ¿Alexander Vanderbilt no ha resultado ser buena compañía? —intentaba sonsacar, vivaracha.

La miré sin saber qué responder.

—Todo va bien, Librada.

—Pues podrías poner otra cara —señaló divertida.

—¿Otra cara?

—Sí, por ejemplo, cara de que estás viva.

—¡Alexander Vanderbilt es detestable! —estallé con rabia contenida—. Es insufrible y pretencioso. Es...

—Mi niña, ¿te ha hecho algo...? —interrogó asustada.

—¡Se cree el ombligo del mundo! —señalé, haciendo caso omiso de su pregunta—. ¡Se piensa que todas las mujeres tenemos que bailarle el agua! ¡Que todas tenemos que enamorarnos de él! ¡Que nos han puesto en la tierra para complacerlo! ¡Que caeremos, como tontas, rendidas a sus pies! ¡Maldito prepotente!

—Pero ¿qué ha pasado, criatura? —insistió, muerta de la curiosidad.

—Nada —dije intentando serenarme—. Nada. Es tarde.

—Volví a consultar el reloj—. Y tengo trabajo acumulado en la mesa.

Era mejor no llevar la conversación más lejos; no me encontraba en disposición de hacer frente a una de las



chácharas de carácter filosófico y sentimental que suministraba Librada como primeros auxilios en esos casos, ni estaba dispuesta a rendirme a su capacidad interrogatoria. No disponía de mucho tiempo, y cuando Librada se ponía a hablar, no paraba hasta que el interlocutor perdía el conocimiento.

—¿Ha llegado Arthur? —pregunté para cambiar de tema.

—No, aún no. Me ha dejado dicho antes de irse que si no te ve un rato durante la tarde, mañana por la mañana quiere hablar contigo sin falta. Creo que me ha dicho eso... —añadió dubitativa—. A veces no logro entenderlo, con ese acento inglés que no consigue sacudirse por más años que lleve en España.

—Gracias por el recado.

Dejé en la recepción a Librada, con sus dudas y su aparente problema con el acento ininteligible de Arthur, y puse rumbo a mi despacho. Me adentré en el largo pasillo y lo recorrí con el firme pensamiento de que si Arthur, extraordinariamente previsor como era, me había dejado aquel mensaje, de seguro no aparecería en toda la tarde. Tendría que esperar hasta el día siguiente para hablar con él.

Apenas sin darme tiempo a situarme, y casi pisándome la sombra con los pies, Charlie entró en el despacho como una exhalación, previo llamamiento expeditivo a la puerta.

—Los acuerdos con la National Gallery y el Louvre —pronunció en un perfecto inglés estudiado en Estados Unidos

y un francés impecable cultivado en París —progresan adecuadamente —dijo exaltado, y se dejó caer en la silla.

—Buenas tardes, Charlie. Al final lo vas a conseguir —lo animé.

—Perdón, Loane. Buenas tardes. Creo que un par de conversaciones más... —sonrió pícaro— y llegaremos a firmar con ambos museos.

Asentí, le sonreí ampliamente y lo miré con gesto benévolo. El entusiasmo que destilaba era contagioso.

La National Gallery, fundada en 1824 y situada en la londinense Trafalgar Square, sin ser una enorme pinacoteca como el Louvre o el Prado, cuenta con unas dos mil trescientas obras, que la convierten en el principal museo de arte de la ciudad del Támesis. Entre los cuadros que posee se incluyen famosos lienzos como el *Matrimonio Arnolfini* de Jan Van Eyck, *Los girasoles* de Van Gogh, *La Venus del espejo* de Velázquez, *La adoración de los Reyes* de Jan Gossaert y *La Virgen de las rocas* de Da Vinci. Tiene muestras de las principales escuelas de la pintura europea occidental y gratifica al público con una de las colecciones de arte más completas del mundo. Del Louvre solo cabe apuntar que Charlie era el más ferviente admirador de cuanto se hallaba entre sus muros. Fetichista de la colosal pinacoteca de este museo, era innumerable la cantidad de veces que lo había visitado, pero infinitamente menor que la de veces que le quedaban por visitarlo aún. Como un

extravagante mantra repetía de memoria el itinerario, mejor incluso que los propios guías del museo. «Esto es el paraíso», decía siempre que hacía su entrada triunfal, como un César. No desaprovechaba ocasión para vanagloriarse de ser de los pocos afortunados que habían admirado alguna obra exclusiva de los fondos del museo, más allá de las treinta y cinco mil que se exponen oficialmente.

La pinacoteca atesora unas trescientas mil piezas entre las colecciones de pintura, arquitectura y escultura que acaudala; «¡*La Venus de Milo, La Gioconda, Betsabé en el baño, Los pastores de la Arcadia!*!», repetía entusiasmado hasta que la lengua se le quedaba pegada al paladar. Abiertamente manifestaba el malestar que le suponía que *Los girasoles*, el cuadro entre los cuadros, la más suprema obra de arte jamás realizada, el mejor lienzo de cuantos pintara su reverenciado e idolatrado Vincent van Gogh, estuviera en posesión de la National Gallery y no del Louvre, donde le correspondía por ser el museo entre los museos. Ideas peculiares y únicas que solo Charlie podía concebir. Nadie mejor que él, como versado en arte y experto en museos, para saber que el Louvre únicamente muestra obras anteriores a 1848, es decir, hasta el impresionismo, y que si ningún Van Gogh se expone en sus salas es porque este autor es posterior. Así y todo, no había forma humana de evaporar aquella fantasía de su cabeza.

Desde hacía aproximadamente un año, Charlie luchaba de manera tenaz y más o menos fructífera para cerrar un acuerdo con el Louvre y la National Gallery que beneficiaría notablemente a la galería. Pretendía conseguir la cesión, durante unas cuatro semanas, de algunas de las principales y más relevantes obras expuestas en sus salas. Aunque ambos museos mostraron una reticencia acérrima en el planteamiento inicial y las primeras fases del diálogo, el buen hacer negociador de Charlie, su perseverancia por vertebrar aquella ilusión y no pocas concesiones que decidió ofrecer la Comunidad de Madrid a las respectivas pinacotecas de hacerse efectivo el contrato, parecieron forjar un inteligente cambio de opinión en las juntas directivas de los museos, que comenzaron a ver provecho en el pacto. Después de una estentórea pero necesaria burocracia, con decenas de documentos que acreditaban el buen nombre de Art Gallery y garantizaban la seguridad de las obras que habían de trasladarse hasta Madrid, así como incesantes llamadas telefónicas, reuniones sin fin, citaciones, faxes, burofaxes y no se sabe cuántos más trámites, el acuerdo, lejos de parecer un sueño imposible, estaba más cerca que nunca.

—Será toda una proeza por tu parte conseguir que el Louvre y la National Gallery nos cedan parte de sus colecciones —le dije animada.

—No solo será una proeza; la galería se verá extraordinariamente favorecida. Si firmamos, el número de visitas mientras exponamos parte de la colección del Louvre y la National Gallery se acrecentará en casi un cuatrocientos por ciento. Nos encumbraremos a lo más alto de las galerías de arte europeas. No podríamos contar con una promoción mejor, desde luego. De hecho, ciertos diarios de tirada nacional empiezan a hacerse eco de la noticia. Este acontecimiento hará correr ríos de tinta.

De su carpeta, encuadernada en cuero marrón oscuro, sacó uno de los periódicos más prestigiosos del país, lo abrió y me ofreció la página en la que, a media plana en la sección de cultura y ocio, se hacía mención del posible acuerdo entre ambos museos y la galería, tildándolo de hazaña y ensalzando la ardua labor de Charlie Maldonado. El diario se aventuraba a enumerar las ventajas e incluso a exponer con todo lujo de detalles los dividendos que obtendríamos si tan extraordinaria colaboración llegaba a buen puerto.

Sonreí abiertamente cuando acabé de leer el reportaje.

—Cuando hayamos firmado el acuerdo, nuestro prestigio subirá como la espuma —aseveré—. Habrá un antes y un después.

—Seremos la única galería del mundo que haya conseguido una colaboración tan relevante con dos museos de esa envergadura.

—¿Qué hace que no terminen de decidirse? —pregunté.

—Quieren tener la plena certeza de que no sucederá nada durante el trayecto hasta Madrid ni, evidentemente, mientras las obras permanezcan aquí.

—Es comprensible —ratifiqué—. El robo o deterioro de cualquiera de las obras que vamos a albergar supondría un problema de difícil solución.

—Supondría la ruina de Art Gallery —afirmó Charlie, contundente—. Para evitar cualquier incidente se van a contratar dos empresas de seguridad especializadas en arte. Habrá diferentes turnos, con tres vigilantes en cada uno, durante todo el día, y se reforzará con dos más durante la noche. Aparte, un dispositivo de cámaras digitales permanecerá activo las veinticuatro horas, y una aseguradora dará cobertura a cualquier posible percance.

—Nada es demasiado, dado el caso —subrayé—. Estoy convencida de que ese despliegue será más que suficiente para impedir cualquier intento de robo.

—Las obras se trasladarán en furgones blindados hasta los aviones de carga contratados exclusivamente para tal fin, y partirán del aeropuerto Charles de Gaulle en el caso de París y el de Heathrow en el de Londres. Mañana a primera hora mandaré los documentos de contratación de los aviones, y en un par de días me darán la confirmación.

—No creo que a estas alturas se vayan a echar atrás.

—Yo tampoco quiero creerlo —dijo Charlie—. Aunque nunca se sabe.

—Las concesiones de la Comunidad de Madrid son muy ventajosas para sus ciudades y museos, tanto o más de lo que será para Art Gallery la cesión de parte de sus obras —afirmé.

—Así es. La verdad es que le tenemos que estar agradecidos. Sin su ayuda y colaboración, nada de esto sería posible.

Charlie se entregó a un profundo silencio que sumergía todos sus pensamientos en un constante flujo de preocupaciones incipientes e inevitables.

—Estate tranquilo. Todo va a salir bien —lo animé—. No habrá ningún problema. El despliegue de medios que vas a contratar garantizará la seguridad de las obras al cien por cien.

—No es solo por la seguridad —repuso Charlie—. Es por la conservación de las pinturas. Hemos de tener especial cuidado con *La Gioconda*. El Louvre tiene extraordinaria reticencia a cedérnosla —decía con cierta desesperación—. Para mantenerla en condiciones óptimas, puse sobre la mesa la idea de exhibirla en nuestra sala en la urna en la que se conserva en el museo.

—Es una excelente propuesta —apunté convencida—. Una vez leí en Internet que esa urna cuenta con características muy especiales: evita los reflejos y está diseñada para mantener una temperatura constante de veinte

grados y una humedad del cincuenta por ciento, y además es a prueba de balas.

—Todo eso es cierto.

—¿Y qué les pareció tu propuesta?

—Simpatizaron con la idea y, de cedérsela, será indiscutiblemente gracias a esas condiciones. Yo prefiero que sea así. De ese modo, el cuadro no sufrirá ningún desperfecto en nuestra sala de exposiciones.

—Este mismo artículo hablaba sobre una grieta de unos doce centímetros, en la mitad... superior, creo recordar.

—De ahí el especial mimo que hay que tener con ella.

—Por supuesto, es *La Gioconda*. Todo cuidado es poco. Aunque, para tranquilidad del mundo, me parece que se ha llegado a la conclusión de que se encuentra estable y no empeora con el tiempo.

—Por eso mismo. No vayamos a ser nosotros quienes hagamos que empeore —expresó Charlie, ocurrente—. No quiero ser el culpable de que lllore la Mona Lisa.

Sonreí.

—Con independencia de los favores que vayan a recibir y de lo ventajosos que resulten, si alguno de los dos museos no estuviera seguro del buen trato que vamos a dar a sus obras, no las dejarían a nuestro cargo ni tan siquiera un par de horas.

—Probablemente, Loane —reafirmó Charlie—. Pero, aun así, hemos de ser extremadamente cuidadosos. Huelga decir



que tendremos en nuestro poder algunas de las mayores reliquias del mundo. Auténticos tesoros.

—Las trataremos muy bien —lo tranquilicé—. La Mona Lisa se sentirá como en su propia casa y sonreirá por fin.

—Bueno... —Tras una pausa, cambió de tono y tema—. ¿Qué tal tus encuentros con Alexander Vanderbilt? —dijo mordaz y curioso.

—¡Vaya! —exclamé sin sorpresa—. Aquí las noticias corren como la pólvora.

—Ya sabes, Radio Macuto —dijo en alusión al apodo que había puesto a Librada por su desmedida afición al cotilleo — tiene todas las noticias perfectamente contrastadas y frescas, siempre dispuesta a servir las como si de un menú de platos exquisitos se tratara.

Lancé un suspiro de resignación al aire.

—¿Y bien? —insistió nuevamente.

—No vayas por ese camino. Entre los planes de Álex y míos...

—¿Álex? —me cortó—. Ya hay confianza —observó de forma elocuente.

—Entre los planes de Alexander Vanderbilt —corregí susceptible— y míos no entra el de enamorarnos. Menos aún, el uno del otro.

—Nadie ha dicho que os tengáis que enamorar, *mon Dieu* —expuso teatralmente como si hablara con una niña—. Hay

cosas prohibidas que saben a gloria y que se pueden hacer sin necesidad de estar enamorado.

—Soy consciente de ello, *mon Dieu* —me burlé—. Sé que se puede pecar sin estar enamorado, pero te aseguro que si es Alexander Vanderbilt el que te ha de proporcionar esa gloria de la que hablas, tendrás más la sensación de estar en el infierno que en el cielo. Ese hombre es un tormento.

Charlie abrió los ojos de par en par.

—Pues no tiene pinta de ser precisamente malo en la cama.

—¡Charlie! —volví a exclamar—. No tiene nada que ver con la destreza entre las sábanas. Alexander Vanderbilt es un prepotente elevado a la máxima potencia, un narcisista, un insolente, un egoísta y un atrevido. Con esos aires de seductor barato que se gasta. Tiene la estúpida convicción de que toda fémmina debe arrastrarse, por acto reflejo, a sus pies... Debería tener cuidado con esa desmedida vanidad.

Charlie estalló en una carcajada hueca.

—¿Te estás escuchando, Loane? —me preguntó ente risas.

—¿Qué?

—Vuestra conexión sexual... ¡es tremenda!

—¿Qué conexión sexual ni qué niño muerto? La única conexión que hay entre nosotros está relacionada con una propuesta de trabajo y una incipiente antipatía por mi parte hacia su persona.

Charlie volvió a carcajear de manera aún más intensa que la vez anterior.

—Pregúntale si eso es lo único que quiere tener contigo... una «propuesta de trabajo». —Siguió riendo—. Por cierto, espero que no nos vayas a abandonar por aceptar esa... «propuesta de trabajo».

—Deja de pronunciar «propuesta de trabajo» —protesté, acallando la incipiente irritación— como ocultara una segunda intención...

—¡Sexual! —espetó.

—¡Charlie!

—Y si no lo quieres para ti, me lo quedo yo —dijo, dejándome con la réplica en la boca—. Es extraordinariamente apuesto, con ese aire a lo...

—... Paul Newman —terminé resignada.

—Sí. ¿Tú también te has dado cuenta?

—Pues ponte a la cola detrás de Librada —dije irónicamente—. Parece que Alexander Vanderbilt os tiene enamorados a todos.

—No es para menos. —Suspiró de forma teatral—. ¿Y en qué consiste? —preguntó después de unos segundos en silencio.

—¿El qué? —dije ausente.

—La «propuesta de trabajo» que te ha hecho Alexander Vanderbilt.

—Nada importante —intenté salir del atolladero—. Quiere que..., que lo oriente sobre ciertas colecciones en las que está interesado y que tiene intención de adquirir en fechas próximas. Únicamente necesita mi experiencia profesional en valoraciones y tasaciones de obras de arte.

—Entonces no ha podido elegir mejor persona para ese cometido —me halagó Charlie—. Tienes un afilado y afinado sentido para esas cosas.

—Gracias. Tú y tu insensatez de verme con buenos ojos.

—De nada, querida. Tú y tu excesiva modestia natural. Hazte mirar esa autoestima, Loane —dijo en tono más serio.

Hice caso omiso de su recomendación. Más que nadie, yo misma era consciente de que mi autoestima estaba bajo mínimos, y todo por gentileza de Aldo y su acusada debilidad por el género femenino. Respiré profundamente ante su comentario, dejando que el aire llenara mis pulmones, y exhalé un suspiro repleto de renuncia.

Tras el intento poco esclarecedor de recabar información sobre la Alianza de los Siete Arcángeles entre mis apuntes o en Internet, y viendo que esa tarde no me reclamaba en la galería ninguna tarea urgente, surgió en mi cabeza la idea de pasarme por la Biblioteca Nacional para ver si allí corría mejor suerte o, simplemente, algún tipo de suerte que me ayudara a encontrar la respuesta a alguna de tantas preguntas.

La Biblioteca Nacional de Madrid cuenta con infinidad de manuscritos, millares de documentos antiquísimos y una colección de prensa nada despreciable, estimada en unos veinte mil ejemplares. Una araña de información que me ayudaría a tejer la tela de mi particular leyenda y dar comienzo a mis discretas averiguaciones. Aparte, mi cargo de coordinadora jefe de Art Gallery me daba acceso a todos sus archivos.

—Apenas hay trabajo esta tarde —tanteé con Charlie—. Tengo que ir a consultar unos libros para ayudar a una amiga a preparar el trabajo de fin de carrera —mentí—. Si no me dispones nada que hacer ni quieres que te ayude en algún asunto, ¿te importa que me tome un par de horas libres?

—No te preocupes —dijo con una sonrisa paternal en los labios—. Agosto es el mes del sopor y el aburrimiento en la siempre inagotable Madrid. Tómate la tarde libre. No hay problema.

—Muchas gracias. —Me puse en pie y le di un apretado beso en la mejilla.

—Haces lo que quieres de mí, *mon Dieu* —murmuró entre alegre y resignado, lanzando al aire un suspiro exagerado y teatral.

Recogí mis cosas y salí con acusada prisa del despacho, dejando dentro a Charlie.

Ya en la calle reparé en que el calor apenas había amainado. Seguía siendo aplastante, como una bola de plomo

en la espalda, para el río interminable de transeúntes que, a esas horas de insufrible solana, arrastrábamos la sombra de nuestros pasos por el asfalto hirviente. Madrid fermentaba bajo la calima del incombustible sol estival.

Poco después de abandonar la galería me encontraba delante de la imponente fachada de la excepcional construcción de estilo neoclásico que acogía a la Biblioteca Nacional, entre la calle Serrano y el paseo de Recoletos, con la misma solemnidad con que siempre ascendía la enorme escalinata que me introduciría en las entrañas de aquel Madrid histórico.

Situada en el primer tramo de escaleras, paseé la mirada por el triunfo de las letras, las ciencias y las artes que representan acertadamente las esculturas de Agustín Querol, iluminadas por el sol de la tarde, y observé con detenimiento las filigranas como si fuera la primera vez que las tenía ante mis ojos.

Entré con la plena convicción, o tal vez la mera ilusión fundada, de encontrar algo de información relevante entre el millar de libros, registros, documentos y manuscritos. En las salas de la Biblioteca Nacional reinaba el silencio solemne e imponente de un lugar de culto, y en el ambiente se respiraba una paz inexplicable y mística, como en un monasterio o una iglesia. En cada lugar de lectura se erigía una lámpara con pantalla de cristal verde que hacía más íntima la estancia. No era la primera vez que iba, pero

siempre prestaba atención a los siglos de antigüedad con que contaba la madera de los muebles, así como a aquel olor a sabiduría milenaria impregnada en los centenarios ejemplares.

Recorrí el laberinto geométrico de los infinitos corredores que cruzaban el enorme lugar maravillada por la variedad de las obras. Mi mirada se deslizó por las hileras de estanterías mientras me sumía en una especie de ensoñación. De vez en cuando acariciaba los lomos de los libros con el índice, y el roce me devolvía a la realidad. Tras una larga búsqueda en el archivo automatizado hasta dar con la estantería relacionada con el tema, y una no menos larga búsqueda para localizar algún texto interesante en aquel museo del libro, reparé en una monografía bastante voluminosa de edición antigua. *Alianzas secretas* era el esclarecedor título de un tomo cuyas tapas se empastaban en una extraña piel, extremadamente suave al tacto y con descoloridas letras plateadas. Lo tomé entre mis manos como si sostuviera una preciada reliquia y me acomodé en una mesa libre del fondo de la enorme sala, justo al lado de un ventanal que permitía disfrutar del soleado día.

Después de hojear aquel libro comprobé decepcionada que nada de lo que contenía conseguía llamar mi atención. El ingente número de historias y leyendas sobre pactos estratégicos de guerra y asociaciones esotéricas que circulaban por ciudades y pueblos no despertaba en mí el

más mínimo interés. Pasé las páginas con impaciencia en los dedos, e iba a descartarlo casi de inmediato cuando una especie de intuición irracional me hizo continuar. Tras varias horas de lectura topé con un artículo muy poco ortodoxo, que databa de finales del siglo XIX, escrito por Jean-Jacques Henri Boudet y un tal Bérenger Saunière, ambos abades franceses, en el que se hacía mención a un juramento sagrado adscrito a un pacto formado por siete hombres acreditados. Mi interés creció por momentos y mi vista se hundió aún más en el cimbrado de párrafos de la obra hasta que descubrí que ese juramento sagrado tenía como único fin preservar un gran secreto que podría cambiar el curso de la historia, abatir las montañas de fe levantadas bajo la infamia de la mayor mentira urdida. Sin embargo, para desaliento de mi ánimo e interrupción de mi investigación inicial, nada más se decía al respecto sobre el juramento, sobre el pacto, sobre la acreditación de quienes lo constituyeron ni sobre el supuesto secreto. Sin más información de provecho que arañar a aquel texto sorprendente, me acerqué a la estantería de la cual lo había sacado, lo coloqué en su sitio y husmeé en el resto de los ejemplares por si alguno pudiera aportarme algún dato más sobre los autores de ese artículo.

Tras un concienzudo repaso de la extensa cifra de títulos antiguos reparé en otra obra, esta vez de origen francés: *Le secret de l'abbé Saunière*, que quedaba a la altura de los ojos. Era un tomo viejo, encuadernado en cuero, de un autor



apellidado Thibaux. Las solapas estaban cuarteadas; los bordes, deshilachados, y apenas se distinguía el ribeteado blanco que había adornado los cantos. En sus páginas se relacionaba a Francois Bérenger Saunière con ciertas sociedades secretas y teorías conspiratorias. Según Thibaux, había amasado una sustancial fortuna gracias a ese supuesto secreto histórico que conocía.

«Quizá exista luz en la oscuridad», dije para mis adentros.

Proseguí la lectura, grosso modo, de lo que me parecía más relevante.

La controversia alrededor del personaje de Saunière fue una sombra que lo persiguió durante gran parte de su vida, igual que a Jean-Jacques Henri Boudet, amigo con el que al parecer tenía mucho en común y con el cual compartía ciertas aficiones poco frecuentes, como falsificar tumbas en los respectivos cementerios de los que eran abades, mover lápidas, desplazar cruces de los panteones o añadir otras con la extraña misión de servir de referencia a quienes, y cito textualmente, «supieran interpretarlo de manera correcta». Pero para interpretar ¿qué, exactamente? Me pregunté si aquellos extraños actos serían la clave para hallar ese supuesto gran secreto que decía conocer Saunière, y si Jean-Jacques Henri Boudet y François Bérenger Saunière pertenecieron a la Alianza de los Siete Arcángeles o tuvieron vinculación alguna con ella. Mi cabeza comenzó a atestarse de nuevo de una avalancha de preguntas que, de

tener respuesta, sería todo menos coherente. Observaba como las palabras que había leído en aquellas páginas y las adensadas dudas que emergían de entre ellas carcomían mi mente como una plaga de termitas. A esas horas de la tarde, dar con el secreto de la Alianza era mucho más que una idea fija.

Poco antes de que cerrara la Biblioteca dejé aquel otro libro en su lugar y puse rumbo a la salida. Habían pasado tres horas largas desde que entré en busca de cualquier información verosímil que me sacara de la ignorancia respecto a la Alianza de los Siete Arcángeles y el enorme misterio que la envolvía. Eran las diez en punto cuando enfilé el paseo de Recoletos. Hacía rato que el sol había iniciado su descenso hacia el horizonte. La oscuridad salía envolvente de cada rincón, se arrastraba por el suelo sumiendo a Madrid en la penumbra y cediendo a la plaza de Cibeles una luna casi llena, engalanada con un hábito blanco inmaculado. La brisa me acariciaba suavemente la piel mientras caminaba con paso ligero, y me lamía las mejillas con la delicadeza de un ángel.

Me pareció que aquel cielo, que aquella luna de papel a intervalos mortecina, que aquella suave brisa con aires barrocos, removía y agitaba las emociones sedimentadas en los repliegues del corazón. Los rincones de la sempiterna Madrid, a esas horas crepusculares, supuraban una nostalgia ronca que se filtraba por cada poro de la piel hasta calar los

huesos, hurgando desatinadamente en los sentimientos para resucitar una nube de antiguas impresiones que creía olvidadas. Sin embargo, los colores del anochecer me lanzaron a un mar de dolorosos recuerdos envueltos en las melancólicas notas de *La vie en rose* de Édith Piaf.

Intenté huir de la tristeza, pero cierta sensibilidad, agravada por el éter que se respiraba y subrayada por los acordes del *Canon* de Pachelbel que emergían en re mayor del violín de un músico callejero, invadió mi ser, haciendo que Álex se inmiscuyera en mis pensamientos. Supuse que estaría llegando a Barcelona. A pesar de ser un insolente y un estúpido, su imagen se imponía en mi mente una y otra vez. Últimamente me sorprendía pensando en él con molesta frecuencia.

Mientras paseaba con ánimo abatido y rostro de sepulturera por las calles de la capital hacia el lugar donde tenía aparcado el coche, en las inmediaciones de la galería, rememoré con regusto a soberbia la situación vivida con él minutos antes de que me dejara en el trabajo. La impertinencia congénita de la que hacía gala rayaba cualquier límite que pudieran establecer la vergüenza o la educación. Álex era un mercenario del amor, un ilusionista de los sentimientos, un verdugo de corazones y un fiel servidor de su instinto carnal, que no escondía su intención de seducir bajo ninguna elemental obligación de cortesía que impusieran los modales o la sociedad.

Noté como mi rostro adquiría una expresión circunspecta. Sabía por qué. Mi corazón no se encontraba en predisposición de enamorarse de una persona como Alexander Vanderbilt, pero el licencioso atrevimiento con que jugaba sin regla alguna me exasperaba tanto como me atraía. Comenzaba a confundirme; de eso no cabía duda, como tampoco de la malsana fascinación que empezaba a cultivar hacia el misterio que envolvía su persona.

## CAPÍTULO V

La frase salió con reserva de los labios de Arthur:

—La Orden de Sion es una cortina de humo.

Así empezó en su despacho la conversación que había quedado pendiente entre nosotros el día anterior. Desde ese momento había estado ansiosa por reanudar nuestras confidencias.

—Corrígeme si me equivoco —comencé a decir—, pero ¿la Orden de Sion no tenía la misión que todos creemos?

Arthur negó concienzudamente con la cabeza.

—La Orden de Sion, confundida frecuentemente con el Priorato de Sion, sí defendía lo que todos hemos oído en algún momento como leyenda: protegía un secreto.

—¿Pero no el mismo secreto que salvaguardaban los miembros de la Alianza de los Siete Arcángeles?

—No —negó tajante de nuevo. Entorné los ojos y presté mucha atención—. La Orden de Sion y su brazo armado, la Orden del Temple, fueron creadas por Godofredo de Bouillón, supuesto nieto de Dagoberto II, el último y más relevante rey de la dinastía merovingia, para proteger de la imponente hegemonía con que contaba la Iglesia en aquella

época el secreto de ese pretendido linaje sagrado que se atribuía a la dinastía —explicó Arthur con aire doctoral—. De esta manera, los devotos templarios se presentan en la Edad Media como los custodios del archifamoso, enigmático y controvertido Santo Grial, entendido como el portador de la sangre de Cristo, pero no en el sentido simbólico de un cáliz que la contuviera, sino de su descendencia, como ya sabemos. Por tanto, la Orden de Sion defendería a los portadores de la sangre de Jesús de Nazaret y María Magdalena.

—¿La única finalidad de la creación de la Orden de Sion y su brazo ejecutor, a largo plazo, era proteger a los supuestos herederos del rey de los judíos para conseguir una especie de dominación a nivel...?

—... mundial —zanjó Arthur en tono cómplice—. Bajo la égida de la estirpe de David y Salomón.

—Ahora entiendo por qué dices lo de la cortina de humo —afirmé sonriente—. Presumo entonces que los templarios ignoraban el verdadero propósito de la orden a la que servían.

—Por completo —subrayó Arthur.

—Pero ¿cómo es posible que toda una orden de caballeros como la de los templarios, abanderados oficiales de Cristo, se fundara artificialmente en base a una mentira de tal magnitud y, lo que es peor, que se mantuviera viva durante casi dos siglos?

—Demagogia, Loane. Y fe. —Mi expresión reveló a Arthur que no entendía lo que acababa de decir—. Las masas siempre están deseosas de héroes a los que entregar su fe. En mi opinión, Godofredo de Bouillón fue el mayor demagogo de la historia: demostró tener unas excelentes dotes de oratoria y un gran talento para idear mentiras verosímiles. Apeló a los deseos del pueblo para ganarse su apoyo por medio del embrujo de su elocuencia, hasta que su voz halló el eco de decenas de gargantas que fueron cayendo poco a poco bajo su influjo. Supongo que contaba con el carisma necesario para atraer hacia los propios intereses el beneplácito de los demás.

—Un azuzador que logró convencer a la multitud.

—A una minoría, más bien —rectificó—. Godofredo de Bouillón necesitaba esta mentira, bien dirigida, todo hay que decirlo, para justificar su infame acción. La masa se sintió seducida por la leyenda que envolvía a los merovingios. — Se le escapó una sonrisa maliciosa; hizo una pausa y continuó en un tono mucho más distendido—. Ellos mismos afirmaban ser descendientes de Yonton, el cuarto hijo de Noé.

—Espera un momento. —Lo miré sorprendida—. ¿El cuarto hijo de Noé? Hasta donde sé, solo tenía tres; Sem, Cam y Jafet.

Arthur asintió sonriente.

—Siempre según el canon bíblico —apuntó.

Sacudí la cabeza con pesadez.

—¿Y no es así?

—Te podría citar algunos pasajes del Corán en los cuales se hace mención a este cuarto hijo de Noé, un pecador para quien la suerte estaba echada, pero no viene al caso alimentar más la leyenda. Nos basta con saber que los merovingios eran conocidos como los reyes brujos por su afición a las ciencias ocultas y el esoterismo. Se les atribuía la capacidad de curar con las manos, adivinar el futuro e incluso comunicarse entre ellos mediante el pensamiento. Se dice que eran fácilmente reconocibles porque poseían a la altura del corazón una especie de mancha que daba fe de su sangre semidivina. Quizá por eso se los consideraba reencarnaciones de dioses, o se los tenía por reyes.

—Pues lo que a mí me parece es que eran unos locos de atar —solté sin contención.

—Como todo fanático que se precie, y bajo tanta virtud, Godofredo de Bouillón creía en sus propias palabras. —Casi sin pausa, continuo—: Los merovingios recibieron su nombre de Meroveo, una figura mítica cuyo apodo evoca las palabras *madre* y *mar*. Cuenta la leyenda que Meroveo fue hijo de dos padres al mismo tiempo. Cuando su madre estaba ya embarazada de su esposo, el rey Clodión, se metió a nadar en el mar, donde la sedujo una criatura marina enviada por Neptuno, que la fecundó por segunda vez. De ella nacería Meroveo, que llevaba en sus venas la mezcla de dos



sangres: la del rey Clodión y la de la misteriosa criatura marina.

—¿No pensaron en algún momento hacerse mirar esos desvaríos? —dije sarcástica. La sonrisa de Arthur se amplió—. Aunque no sé por qué me sorprende. Alimentar leyendas acerca de la genealogía para disfrazar los orígenes familiares no ha sido uso exclusivo de la dinastía merovingia. Los Visconti, una familia noble del norte de Italia, aseguraban ser descendientes directos de Venus y un príncipe troyano...

—... cuya boda había sido oficiada nada más y nada menos que por el mismísimo Júpiter —se adelantó Arthur.

—La gente consume demasiada imaginación.

—Los Visconti eran tan distinguidos como neuróticos, aparte de sádicos.

—Hay una cosa que me extraña en todo esto —señalé al reparar en algo que había dicho anteriormente—. ¿Por qué temía la Iglesia estas afirmaciones de Godofredo de Bouillón? Si eran mentira...

Puse mi duda sobre la mesa a la espera de la respuesta de Arthur, que con actitud salomónica contestaba a todo sin el más mínimo titubeo.

—¿Has oído alguna vez eso de que el hombre puede tragarse cualquier cosa cuando está en rebaño? —me preguntó—. La masa estaba seducida y dispuesta a creerse todo lo que le dijera Godofredo, así fuera una estupidez.

—«Aunque cincuenta millones de personas crean en una tontería, sigue siendo una tontería», decía Anatole France — cité—. Una estupidez no deja de ser una estupidez por muchos seguidores que tenga.

—Sí, pero en la estupidez también se alcanza la excelencia, y la Iglesia siempre ha tenido detractores: herejes, paganos, ateos y escépticos que estarían dispuestos a hacer pasar por verdadera una calumnia con el único objetivo de aplastar la hegemonía y el poder casi dictatorial de que disfrutaba la Iglesia en aquellos momentos. En algunos casos tenían la sola intención de acabar con su imperio; en otros pretendían desenmascarar a un emporio que había proclamado durante más de mil años ser la única vía para alcanzar el paraíso, la gracia divina y el reino de los cielos. Intuyo que Godofredo aprovechó alguna situación histórica concreta para transformarla favorablemente en pos de su propio interés y así ganar apoyos.

—¿Era únicamente una cuestión de poder? —pregunté.

—Básicamente. La verdad se dejó de lado en provecho del interés, como ocurre en más ocasiones de las que permiten el pecado y la ética. En el año 679, Dagoberto II y su familia fueron asesinados, con lo que se extinguió oficialmente la estirpe de los merovingios hasta que unos documentos, supuestamente pertenecientes a la Orden de Sion, dictaminaron que la dinastía merovingia había sobrevivido y continuaba con el infante Sigeberto IV, hijo de

Dagoberto II y Giselle de Razès, que consiguió salvarse de la terrible matanza.

Mientras lo escuchaba atentamente, aprobaba su explicación con ligeros asentimientos.

—La Iglesia vio tambalearse su supremacía —prosiguió—; consideraba un peligro potencial a Godofredo de Bouillón, supuesto nieto de Dagoberto II, y durante la Edad Media intentó reiterada y sistemáticamente anular cualquier crónica que tuviera que ver con los reyes merovingios, ya que estos representaban una seria amenaza para la institución eclesiástica por su defensa a ultranza, compartida con la Orden de Sion, de las teorías según las cuales eran los legítimos descendientes de Jesús de Nazaret. Al negar la existencia de Dagoberto II se negaba también la posibilidad de que hubiera tenido descendencia, es decir, de que Godofredo de Bouillón pudiera ser su nieto y, por consiguiente, heredero directo de la dinastía perdida de los merovingios. ¿Me sigues?

—A la perfección —contesté rápidamente—. Me queda claro que Godofredo de Bouillón puso de manifiesto lo fácil que es convertirse en héroe sin necesidad de hacer méritos. ¿Y cómo intentó Pierre Plantard enlazar con él el linaje de los merovingios?

—Argumentó, y no fue el único, que Sigeberto IV...

—... supuesto hijo de Dagoberto II... —interrumpí para asegurarme de que tenía todos los datos bien organizados en

mi cabeza.

—Eso es —corroboró Arthur—. Argumentó que Sigeberto IV había adoptado el apellido Plantard como traducción del apodo *Rejeton Ardent*, que significa «retoño que florece ardientemente».

—¿Con qué fundamento? Quiero decir, ¿en qué basó esa conclusión?

—En unos documentos que había encontrado el abate Bérenger Saunière cuando arreglaba la iglesia de Rennes-le-Château, la localidad francesa de la que era párroco.

—¿Bérenger Saunière? —repetí.

—Sí.

—¿Y Jean-Jacques Henri Boudet? —me adelanté.

—Vaya, veo que estás haciendo los deberes —alegó Arthur.

—Ayer por la tarde me acerqué a la Biblioteca Nacional —le expliqué—. Después de mucho buscar, de arañar datos a una historia que parece no contar con memoria, localicé un libro...

—¿*Alianzas secretas*?

—¿Lo conoces?

—Sí.

—No saqué ninguna información concluyente. Aunque me pareció que hacía una referencia velada a la Alianza de los Siete Arcángeles —dije satisfecha—. Mencionaba en sus páginas un juramento sagrado adscrito a un pacto formado

por siete hombres acreditados, cuyo fin era preservar un gran secreto histórico. ¿Me equivoco al pensar que se refiere a la Alianza de los Siete Arcángeles?

Los lentes de Arthur se elevaron ligeramente al compás de su sugestiva sonrisa.

—No —respondió—. No te equivocas. Los documentos que encontró el abate Saunière en Rennes-le-Château, efectivamente, versaban sobre la Alianza de los Siete Arcángeles, en parte —matizó—, aunque la mayoría creyó que trataba sobre la Orden del Temple y el famoso Priorato de Sion. Los conocimientos, erróneos o no, que se tienen acerca de la Orden del Temple están muchísimo más extendidos que los relacionados con la Alianza de los Siete Arcángeles.

Durante unos segundos, Arthur se hundió en un silencio reflexivo. Se quitó los lentes de la nariz, se sacó del bolsillo un pañuelo de tela y con un extremo limpió concienzudamente las gafas, como si quisiera quitar de ellas la suciedad acumulada en un año. Con método en el movimiento volvió a ponérselas, mientras yo seguía el hilo de su argumentación a través de las ideas que comenzaban a cobrar forma en mi cabeza. Después se levantó con pesadez y, con cierta sensación de torpeza, se dirigió hacia una de las estanterías que recubrían de conocimiento y vestían de cultura las enormes paredes de su despacho. Del organizado concierto de obras sacó una carpeta de cuero de un

deslucido color café, con cierres de metal dorado y atestada de papeles que sobresalían de las desgastadas solapas. Con ella en las manos se dirigió de nuevo a la mesa y la apoyó lentamente. Se notaba a la legua que estaba envejecida por el paso de los años.

Delante de mí abrió lo que parecía un viejo compendio y buscó entre los numerosos documentos uno en concreto. Cuando lo hubo hallado, lo tomó entre las manos y me lo mostró. Me acerqué al escrito y posé en él la curiosidad de mis pupilas. Era una reproducción de lo que distinguí como un manuscrito antiguo, escrito en su totalidad en latín. Eché un primer vistazo para captar lo esencial del texto y mis ojos se clavaron en el epígrafe inicial: «Iuramentum», rezaba en una caligrafía de trazo fino y menudo. Retuvo mi atención un sello escarlata impreso al final del documento que, como marca de una congregación, hacía las veces de rúbrica mancomunada. Me aproximé el papel a los ojos hasta que distinguí con claridad la filigrana del sello. Con unas hermosísimas y elegantes letras ojivales, una desgastada y corroída a mayúscula se entrelazaba sutilmente, con la delicadeza de una enredadera, con los caracteres que constituían el siete en números romanos. El perfecto sincretismo de estos significativos trazos ocupaba el interior de un triángulo equilátero. Debajo, con grafía igualmente antigua, figuraban las palabras «Septem Archangelum». Hice uso de mi excéntrica afición de adolescencia de estudiar

lenguas muertas y desempolvé mi admirado latín. «Siete Arcángeles», traduje para mis adentros. Llevé mi mirada de nuevo al epígrafe inicial: «Juramento».

Me quedé atónita.

Era el juramento que vinculaba a los miembros de la Alianza de los Siete Arcángeles; estaba claro. Miré a Arthur con incipiente asombro en los ojos. Aquello se convertía en la primera prueba tangible de la existencia de la Alianza.

—¿Es...? —dije dubitativa.

Arthur se limitó a asentir, blandiendo una sonrisa casi imperceptible. Le brillaban los ojos tras los lentes obsoletos.

—El juramento de la Alianza... —murmuré, presa del aturdimiento.

Guardé silencio durante unos instantes para observar con más detenimiento la copia del pergamino.

—¿Este manuscrito es el que encontró Bérenger Saunière en su iglesia?

—Entre otros documentos —indicó Arthur.

—¿Había más cosas?

—Parece ser que sí. Y algo descubrió entre ellas que lo hizo renegar de la fe y desertar de la Iglesia.

—Ayer también leí en un libro titulado *Le secret de l'abbé Saunière*, escrito por Thibaux, que Bérenger Saunière estaba estrechamente relacionado con alguna sociedad secreta y ciertos complotos. Incluso ponía de relieve que su supuesta

fortuna provenía de la venta de los documentos que había encontrado en su iglesia. Ahora me pregunto si tuvo conocimiento del secreto de la Alianza y si logró averiguar de qué se trataba.

—Todavía ignoro si estaba relacionado con la Alianza de los Siete Arcángeles; si fue un ángel caído o un ángel custodio de su secreto. Aunque algo que le revelaron esos documentos lo convirtió en hereje a ojos de su propia iglesia. De hecho, fue acusado de corrupción por desviar fondos de esta para su uso y disfrute. El tribunal eclesiástico de Carcasona, capital del departamento de Aude, al cual pertenecía y pertenece Rennes-le-Château, lo juzgó por esta acción, lo condenó y lo relevó de su cargo.

—No se puede servir a Dios y al dinero —apunté.

—Desde luego, Bérenger Saunière no actuaba como un siervo de Dios.

—¿Crees qué descubrió lo que ocultaba la Alianza? —lancé al aire.

—No lo sé. Quizá diera con el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles, aunque también es posible que encontrara algo relacionado con la Orden de Sion y sus verdaderos objetivos.

—O tal vez —señalé sosteniendo aún la prueba fehaciente de la existencia de aquella insólita alianza—, también cayó en la trampa de proteger el Santo Grial, el linaje del rey de



los judíos que la Orden de Sion defendía y divulgaba como única verdad.

—Quizá... —dejó caer Arthur—. ¿Quieres ver el original? —me preguntó, señalando con la cabeza la reproducción que tenía en mis manos.

—¿Lo tienes en tu poder? —dije estupefacta.

Tras insertar con método la combinación que abría la caja fuerte de su despacho y deleitarse unos instantes con mi ansiosa expectación, sacó un manuscrito revestido escrupulosamente en una funda protectora de plástico transparente bastante gruesa y me lo ofreció. Tomé el documento entre mis manos como si fuera pan de oro a punto de desvanecerse entre la vulgaridad de los dedos.

—Puedes sacarlo si quieres —sugirió Arthur.

—¿No sufrirá ningún daño? —dije emocionada.

—Si tienes cuidado, no. A pesar de su antigüedad, se encuentra en perfecto estado. El paso de los siglos no se ha cebado en él. Está escrito en pergamino, piel de ternera nonata curtida habilidosamente, de mucha mejor calidad que el papiro, lo que lo hace más duradero y resistente a la inexorable huella del tiempo.

Abrí la cubierta de plástico siguiendo las indicaciones de Arthur y lo extraje con sumo mimo. Me temblaban las manos. Me quedé unos segundos mirando atónita aquel manuscrito envejecido por el tiempo. Una pátina amarillenta recubría su contorno. Tenía los bordes ligeramente desgastados y alguna

que otra mancha de humedad. No obstante, los siglos que se habían deslizado con discreción por el enigma de sus líneas no parecían haber causado demasiados estragos, como bien había señalado Arthur. Su estado de conservación casi perfecto era verdaderamente milagroso.

Observé con detenimiento los detalles de la vitela. Para mi asombro, aquel original era bastante más legible que la copia que me había mostrado Arthur anteriormente. Su depurado estilo permitía distinguir en él el sello estampillado, símbolo de la Alianza, ornamentado con filamentos de oro, y la lectura del texto inscrito enteramente en latín resultaba más fácil. Durante unos segundos evoqué el olor de piel y tinta que debió de desprender en otros tiempos.

El escrito versaba sobre el compromiso de guardar silencio, proteger, amparar, defender y custodiar, incluso con la propia vida si fuera necesario, ese secreto del que eran concedores pero del que no se hacía mención. Sin poder controlar el temblor de mis dedos, reparé en algo que no había visto en la copia: el juramento plasmado en aquel pergamino dejaba ver en qué momento había tenido lugar. La extraña datación del manuscrito carecía de día, pero no de mes ni de año «Mayo, año 782 desde la fundación de la Ciudad», traduje. Los últimos caracteres del año estaban borrosos; podían interpretarse como dos íes o una uve, esto es, un dos o un cinco.

—Data de mayo del 782 —observó Arthur, levantando la vista—. Si no me equivoco, hasta bien entrada nuestra era, la numeración de los años se realizaba *ab urbe condita*, en referencia a la fundación de la ciudad de Roma.

—Así es. Ese era el modo, hasta que el papa Juan I encargó a Dionisio el Exiguo un nuevo calendario, que adoptó como año 1 el que consideraba correspondiente al nacimiento de Cristo.

—Aunque el último número no está del todo claro... ¿Ocurrió algo importante esos años?

—Nada de relevancia, excepto la muerte de Jesús de Nazaret, más o menos un año antes —dijo flemático.

—¿La Alianza de los Siete Arcángeles se creó unos doce meses después de la muerte de Jesucristo?

—Aproximadamente. Según Dionisio el Exiguo y el ajuste posterior del calendario gregoriano, Jesucristo habría nacido en el año 753 desde la fundación de la Ciudad Eterna. Si añadimos los treinta y tres que vivió, murió en el año 786 de esa datación. Es evidente que sigue habiendo un desajuste de fechas, que se soluciona si tenemos en cuenta el error de cálculo de unos cinco años cometido por el Exiguo al fechar el reinado de Herodes I el Grande. En la nueva era no incluyó el año cero, es decir, el comprendido entre el 1 antes de Cristo y el 1 después de Cristo.

—Pero eso no es culpa suya —señalé—. El cero no existía en su época como concepto matemático.

—El creador del *Anno Domini* también pasó por alto los cuatro años en los que el emperador César Augusto gobernó bajo el nombre de Octavio —añadió Arthur.

—Entonces, si compensamos el error de cálculo nos situamos en el año 782 —intervine.

—No hay que olvidar que todos son cálculos aproximados. Tanteos que nos acercan...

—... a una fecha clave en la historia. Al nacimiento de Jesucristo y, lo que es más importante para nosotros, a su muerte.

Bajo la mirada de Arthur releí con atención el manuscrito de arriba abajo, intentando localizar su lugar de adscripción. Sin embargo, constaté decepcionada que no figuraba.

—Fue una medida de seguridad —advirtió Arthur, que me leyó la mente como si fuera un libro abierto. Lo miré confusa, aunque sabía a qué se refería—. Que no conste la ciudad en la cual se redactó —aclaró, acompañando su explicación de una ligera sonrisa—. Todo documento jurídico, como sigue la tradición en la actualidad, ha de mencionar, bien al principio o bien al final, el lugar y la fecha en los que se consigna.

—Bien pensado, es muy sensato. No debemos olvidar que se trataba de una sociedad secreta. Pero me atrevería a decir que no se redactó en Jerusalén, por lo que presumo que no es un secreto que concierna a Jesús. Esta vez parece que se ha librado —concluí irónica.

—¿Por qué crees que no se redactó en Jerusalén? —tanteo Arthur.

—No estaría escrito en latín, sino en arameo o tal vez en hebreo. Aunque el latín era el idioma oficial del Imperio romano, era la lengua de los invasores, desconocida por el común de la población. La usaban casi exclusivamente los funcionarios romanos y algunas personas cultas. Nada más.

—No está mal. Pero no te dejes llevar por las apariencias.

—Si un juramento está consensuado por siete personas, las siete han de conocer el idioma del documento que lo respalda.

—No me refiero a esa conclusión, acertada por otro lado. Es cierto que el escrito no se redactó en Jerusalén ni, mucho menos, se juró y rubricó allí.

—¿Entonces? —pregunté con impaciencia.

Arthur sonrió.

—Ya sabrás a qué hacen referencia mis palabras más adelante, Loane.

—No entiendo...

—Hay que hacerse dueño del conocimiento en el momento apropiado; jamás antes y nunca después —dijo con aire filosófico.

—¿Por qué tienes este manuscrito?

—He pasado parte de los últimos años de mi vida estudiando la Alianza de los Siete Arcángeles...

—¿Tienes idea de cuál era el gran secreto que custodiaba?  
—dije sin dejarlo terminar.

Arthur hizo una pausa que duró demasiado tiempo.

—Aunque supieras de qué se trata no me lo dirías, ¿verdad? —afirmé, usurpando la contestación al silencio que mantenía. La respuesta no llegó a sus labios—. Creo que entiendo el porqué —añadí con expresión de indulgencia—. ¿Posees algún otro documento vinculado a la...?

—No —cortó en tono seco—. Ahora seré yo quien haga las preguntas.

Me miró con su acostumbrado aplomo. Solo pude asentir. Era lo justo y, además, se lo debía.

—¿Qué tiene que ver Alexander Vanderbilt con la Alianza de los Siete Arcángeles?

—Le han encargado que desvele el secreto que ocultaba.

Arthur soltó una risilla nerviosa.

—Dar con el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles no es tan fácil como resolver una adivinanza.

Cogió el manuscrito, lo introdujo en la funda, lo depositó en la caja fuerte como el tesoro que era y cerró a cal y canto.

—Ni tan fácil ni tan inofensivo —añadió—. Son muchos los que quieren dar con su naturaleza y su paradero, y otros tantos los que estarían dispuestos a valerse de cualquier artimaña para hacerse con el enigma, incluido el asesinato en caso necesario. Es un secreto que devora vidas, Loane.

Muchos hombres la han perdido arriesgándola por lo que creían correcto.

Mientras hablaba, su rostro había adoptado un gesto serio. Sus palabras me estremecieron como un soplo de aire frío.

—Alexander Vanderbilt me ha advertido de ello —apunté.

—Toda advertencia es insuficiente —señaló en tono severo—. La clandestinidad en que se desarrolló la Alianza durante su vigencia, su tímido avance en la historia, el nunca excesivo silencio que guardaron sus miembros y el poco conocimiento que en la actualidad se tiene sobre ella y sobre lo que con tanta obstinación ocultaba, tenían la única finalidad de no despertar un secreto que sacudiría el mundo religioso hasta sus cimientos, y que ahora provocaría un cisma semejante si saliera a la luz.

Las líneas que surcaban la piel de Arthur se ahondaron histriónicamente en cuestión de segundos, confiriendo a su rostro un aspecto hundido y sombrío. En sus palabras y en su ajada expresión se percibía que la Alianza de los Siete Arcángeles se había convertido en una carga demasiado pesada para su alma. El secreto que guardaba había acompañado durante muchos días su soledad y lo consumía. Conociéndolo como lo conocía, era del todo inútil intentar sonsacarle más información de la que él creyera oportuno proporcionarme, así que tuve muy presente su premisa sobre el momento de adueñarse del conocimiento. Me bastaron unas horas de conversación con Arthur para darme cuenta de

que era más que un simple curioso de la Alianza de los Siete Arcángeles.

—El brazo ejecutor de todo esto es un ángel caído. —Me adelanté a una de sus posibles preguntas—. El intermediario entre ese ángel caído y Alexander Vanderbilt es un tal Babilonio —Arthur frunció el ceño—, con el que Alexander parece haber contraído una deuda moral, y que es a quien se ha encomendado realmente la misión.

—¿Alexander Vanderbilt tiene una deuda con Babilonio?

Mi perplejidad alcanzó cotas inestimables, no sé si por la sorpresa que provocó en Arthur la deuda moral de Álex o por la constatación de que el tal Babilonio no era ningún desconocido para él.

—Sí, eso me dijo —respondí.

—¿De qué tipo?

—No tengo la menor idea. ¿Conoces a ese tal Babilonio?

—Gracias a Dios, o en mi caso a la divina providencia, no tengo el infortunio de conocerlo en persona. —Ante una de mis nuevas expresiones de extrañeza, Arthur acabó de dar argumento a su afirmación—. Babilonio es un sicario. Un famoso sicario.

—¿Mata por encargo? —pregunté presa del horror.

—A cambio de un precio, como todos los sicarios —señaló con total lógica.

Un nuevo escalofrío me recorrió el cuerpo y lo dejó pétreo como una estatua de mármol.



—¿Crees que Alexander Vanderbilt...? —No me atreví a terminar la frase.

—¿... ha contratado sus servicios en alguna ocasión? — Arthur terminó la pregunta por mí.

Asentí con miedo a la posible respuesta mientras un frío enfermizo comenzaba a impregnarme el tuétano.

—No tiene por qué. El código de conducta de los sicarios es similar al de las mafias. Si un individuo contrae una deuda, la heredan las subsiguientes generaciones de su familia hasta que queda saldada definitivamente.

—Entonces, ¿alguien de su familia...?

Arthur se encogió de hombros.

—Los posibles motivos de esa deuda pueden contarse por decenas. Por lo general, los sicarios quieren dinero, y no creo que Alexander Vanderbilt carezca de él.

Ni la explicación de Arthur ni su tono moderado lograron tranquilizarme mínimamente. Alexander Vanderbilt había contraído una deuda de por vida, quién sabía por qué, que lo ataba de pies y manos a un asesino a sueldo, y yo parecía estar obligada a descubrir un secreto que durante más de dos milenios había permanecido oculto bajo un pacto realizado por siete hombres; de lo contrario, la vida de Alex acabaría en las manos homicidas de un ser sin escrúpulos al que yo empezaba a temer sin conocerlo. Las reflexiones que antes se me escapaban, ahora se apresuraban a acosarme en forma de

inquietud. Mi mente recorría el peligroso filo de un profundo abismo que parecía abrirse a mis pies y en el que temía caer.

—¿Tienes idea de quién puede ser el ángel caído que está detrás del encargo que han realizado al señor Vanderbilt? — le pregunté.

—Hay muchos ángeles caídos —dijo Arthur meditabundo, mientras se ajustaba los lentes—. Demasiados, quizá. Son muchos los que codician esa gran verdad con fines poco responsables; los que, teniendo conocimiento de su existencia, optan por ponerse en su contra.

—¿Los ángeles caídos conocen el secreto que ocultó la Alianza?

—No. Los únicos que lo conocían eran los integrantes de la Alianza, es decir, los siete hombres que hicieron el juramento. Nadie más se ganó el derecho de saberlo.

—Pero lo han podido averiguar con el paso del tiempo — objeté.

—En algunos casos es posible; en otros, poco probable. Hasta donde han llegado mis pesquisas, la Alianza de los Siete Arcángeles presencié algo perceptible con la vista.

—¿Quieres decir que el gran secreto es tangible?

—Totalmente —aseveró—. Lo que significa que quienquiera que lo busque tendrá que encontrarlo.

—¿Físicamente?

—Eso es. No basta con descifrar la clave para obtener el secreto.

—Una doble tarea nada fácil —señalé con aire pensativo.

—Nada fácil, te lo aseguro —reafirmó—. Los miembros de la Alianza se encargaron de dejar atados y bien atados todos los posibles cabos sueltos, para que nadie, ni tan siquiera pasados dos mil años, pudiera dar con aquello que ocultaban con tanto interés. El paso del tiempo ha intervenido para dificultar más aún la tarea de juntar todos los datos.

—Saunière sabía de qué se trataba y logró hallarlo, ¿verdad? —teoricé.

—Esa es mi hipótesis.

«¿Qué sería? —me pregunté para mis adentros—. ¿Qué sería lo que ocultaron y por lo que estaban dispuestos a dar la vida? —Y, sobre todo, la duda que me asaltaba en ese momento—: ¿Quiénes fueron esos siete hombres acreditados?».

El camino seguía a oscuras. Muchas preguntas para pocas respuestas.

—¿Por qué arcángeles? —le planteé a Arthur—. ¿Por qué eligieron ese nombre para la Alianza? Supongo que hay algún paralelismo.

—Estás volviendo a someterme a un interrogatorio cuando era yo quién iba a hacer las preguntas —dijo en tono jocoso.

—Lo siento —me disculpe con un leve mohín, cada vez más corroída por la curiosidad.

Arthur esbozó una sonrisa condescendiente. Le correspondí con otra.

—Los arcángeles son los ojos de Dios en la Tierra, sus representantes directos y sus mensajeros. Quizá el nombre contenga algo asociativo —resolvió en tono cómplice.

«Representantes directos de Dios, representantes directos de Dios, representantes directos de Dios...». De forma iterativa y monótona, esa frase golpeaba mi mente como un extraño mantra, indicándome algo que no acababa de identificar.

A lo largo de la historia de la humanidad, la mayoría de los nombres de tratados, alianzas, pactos y guerras guardan un paralelismo con el nombre que se les asigna. Supuse que en este caso no podía ser menos. Se me ocurrieron varios ejemplos que lo corroboraban: el tratado de Versalles debía su nombre al palacio donde fue firmado, poniendo fin oficialmente a la guerra entre Alemania y los Países Aliados al final de la Primera Guerra Mundial. Las guerras Púnicas deben su nombre a que los romanos denominaban *punici* a los cartagineses y a sus ancestros fenicios. El pacto de Varsovia se conoce por la ciudad en la que se suscribió, y la guerra de los Cien Años alude a los ciento dieciséis años que duró el conflicto armado entre Francia e Inglaterra. La propia Orden de Sion se llama así por el monte de Sion.

—¿Qué sabe Alexander Vanderbilt de la Alianza? —me preguntó Arthur, sustrayéndome de mi ensimismamiento.

—Poco —murmuré—. Mejor dicho, nada. Tan solo que existió, que guardaba un gran secreto y que la clave para desvelarlo se oculta en un cuadro de un pintor famoso que, según supone, formaba parte de la Alianza —enuncié, dedicando a mi interlocutor una mirada solemne—. Pero creo que en eso se equivoca.

Las cejas canosas de Arthur se elevaron intrigadas por encima de sus lentes.

—Los arcángeles no fueron siete hombres escogidos por un insigne azar —argumenté—. Presumo que tenían algo en común.

—Un secreto que guardar —expuso Arthur como premisa básica.

—Y creo que algo más...

Preguntarle qué cuadro podría contener la clave para descifrar el galimatías que encerraba la gran verdad protegida por la Alianza de los Siete Arcángeles, o qué artista pintó el lienzo que la guardaba, se me antojó una pérdida de tiempo y energía. Sería dar comienzo a un juego entre gato y ratón que no me conduciría a ninguna parte, excepto a la desesperación, así que decidí ahorrarme el esfuerzo.

—¿No me vas a preguntar qué obra pictórica encierra el secreto de la Alianza? —Las palabras de Arthur me pillaron por sorpresa.

—No —negué categórica—. Sé que no me responderías —afirmé después—. Sé que no puedes. Empiezo a creer que tu relación con la Alianza de los Siete Arcángeles va más allá de la de un escueto aficionado o un investigador curioso.

—Interesante conclusión.

—Creo que el vínculo que te une a ella, a sus fundadores y, sobre todo, a la esencia de la que se ha alimentado su leyenda durante este par de milenios, pasa por un compromiso ineludible de silencio. Intuyo que la Alianza tiene su extensión en grupos paralelos que, al igual que ella, procuran protección al secreto: ángeles custodios—. Soy prudente si afirmo que hay cosas que no me vas a decir, aunque espero que al menos me dejes descubrirlas.

—Nada tiene de malo hacerse conocedor y sabio de lo que se ignora —alegó en tono metafísico.

De repente llamaron a la puerta de Arthur. Por la forma de tocar, ágil, apresurada y danzarina, presumí que se trataba de Charlie. Efectivamente, su vertiginosa entrada sin consentimiento ninguno confirmó mi presunción.

—¿Interrumpo? —preguntó con su omnipresente sonrisa.

—No —dije apresuradamente—. Hablábamos de la oreja de Van Gogh.

—¿El grupo de música? —curioseó.

—No. De la oreja de Van Gogh —le aclaré.

—Seguimos sin saber con exactitud qué oreja fue —bromeó Arthur, siguiéndome la corriente—. Loane y yo

pensamos que fue la derecha, tal como aparece en su autorretrato.

—¡Fue la izquierda! —bufó Charlie, exasperado—. ¡La izquierda! ¿Cuántas veces más os lo tengo que decir? ¡Parece mentira!

—¿El qué? —le pregunté fingiendo ingenuidad y celebrando en silencio su incipiente desesperación.

—Que digáis ser admiradores del arte y de sus autores —afirmó tajante—. No tenéis ni idea. Ninguno de los dos —decía crispado mientras nos señalaba con el dedo—. En su autorretrato aparece vendado el lado derecho, sencillamente, porque esa era la imagen que reflejaba el espejo.

Mencionar al pintor neerlandés, del que Charlie era fanático, era la manera idónea de disimular con un tema que me pareció, por la actitud de Arthur, restringido para unos pocos. El secreto que había protegido la Alianza de los Siete Arcángeles era información peligrosa y confinada a un círculo extremadamente limitado, al que yo me había propuesto pertenecer. Citar la famosa oreja que se cortó el innovador artífice de obras tan fantásticas como *La noche estrellada*, *La habitación de Arles* o el archiconocido *Los girasoles* no solo era idóneo, sino habilidoso, y lo suficientemente inofensivo para mantener los pensamientos de Charlie alejados de conclusiones que en nada le concernían.

—Solo a Van Gogh se le ocurriría cortarse una oreja y dársela a una mujer —dije para más ofensa del irritado Charlie.

—Desde luego, no se le podría discutir que es un regalo de lo más original —señaló Arthur.

—Pero ¿qué clase de blasfemos sois? —decía Charlie mientras su cara se descomponía por momentos—. Sabéis sobradamente que el pintor maldito —así llamaba a Paul Gauguin— fue quien le asestó el navajazo que le mutiló la oreja izquierda.

—Si fue Gauguin quién lo hirió, me parece lógico —aseveré haciendo gala de ironía—. Van Gogh intentó matarlo.

—¡Tu blasfemia roza la herejía, Loane! Deberías volver a la facultad a hacer más cátedra.

Lanzó al aire un suspiro exasperado, dando así rienda suelta a ese gusto tan suyo por el dramatismo. Con una sonrisa pícara y cómplice, miré a Arthur, que observaba como Charlie se iba encolerizando.

—¿Tú no te defenderías si te amenazaran con una navaja en la mano? —le pregunté.

—Que seas partidaria del estilo y la obra del pintor maldito en detrimento de uno de los grandes maestros de la pintura no te otorga ningún derecho a tergiversar los acontecimientos.



—¿Qué acontecimientos? —repetí pausada—. Vincent van Gogh era un paranoico con manía persecutoria. Su vida estuvo marcada por los constantes problemas mentales. En uno de sus arrebatos cogió una navaja y amenazó con matar a Gauguin, que le cortó la oreja al defenderse.

—Lo primero que alcanzó a cortar —alegó Arthur satírico, devolviéndome la mirada cómplice.

—De nuevo, un genio es tratado como un demente.

—Como un excéntrico —apuntó Arthur.

—¿Excéntrico? —farfulló Charlie.

—Van Gogh llevó una vida excéntrica, fruto de una personalidad no menos excéntrica —subrayé.

Se hizo un breve silencio, marcado por el suave rumor que nos regalaba la ciudad a través de la ventana abierta del despacho de Arthur.

—*Mon Dieu*, esto es una confabulación en toda regla. —Charlie suspiró de modo exagerado y sacudió la cabeza con el talento interpretativo de un actor de Hollywood.

—Pues a mí me parece más romántica la idea de pensar que se la cortó como ofrenda para una mujer de la cual estaba enamorado —dije.

—Rachel —señaló rápidamente Charlie, que conocía hasta el más liviano de los sucesos acaecidos en la vida del pintor—. Mujer que quiso levantarle su gran amigo Paul Gauguin —objetó con sorna.

—Al menos fueron amigos mientras convivían en Arles y compartían prostituta.

—Siempre hay problemas cuando andan unas faldas de por medio —murmuró Arthur, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Charlie dio un respingo malhumorado, con el efecto teatral tan suyo. Siempre había tenido un gran sentido dramático, aunque en su rostro se leía ya una resignación casi cómica.

En aquel punto, Arthur y yo comprendimos que era el momento de dejar de buscarle las cosquillas, o no solo lograríamos arruinarle la mañana, sino todo el día. Nadie dudaba que Vincent van Gogh fuera un gran maestro, ni mucho menos tratábamos de poner en tela de juicio la fuerza expresiva de sus cuadros y un encanto pictórico que pocos autores han sabido reflejar. Por contra, a Arthur y a mí nos cautivaba la forma sublime en que contrastaba los colores. Sin embargo, Charlie, al igual que un niño pequeño al que se arrebatara un juguete, tendía a exasperarse graciosamente siempre que se mencionaba a Van Gogh fuera de los límites que él mismo, incondicional obsesivo, había establecido en la vida y obra del autor postimpresionista. De ahí que nos divirtiera mortificarlo con un tema que resultaría trivial a ojos de cualquier otra persona.

—Tengo una montaña de papeles que requieren mi atención —dije—. Os dejo para que habléis tranquilos. No

quiero que te salga una úlcera por mi culpa. —Miré sonriente a Charlie.

Este estiró los labios en una obligada sonrisa de compromiso al caer en la cuenta de que se había vuelto a prestar, como tantas otras veces, al juego inofensivo en que Arthur y yo nos enzarzábamos siempre que veíamos la ocasión. Había vuelto a morder el anzuelo.

—Espera, Loane. Tú también tienes que oír esto.

Arthur y yo lo escuchamos con solicitud.

—La National Gallery ha dado el visto bueno al acuerdo —comenzó a decir con talante distendido—. En un par de días se firmará el contrato que permitirá que varias de las mejores obras que exponen en sus salas se exhiban en nuestra galería durante cuatro semanas. —Observé que Arthur torcía el gesto y su semblante se volvía serio—. Los directores del Louvre me darán respuesta mañana por la tarde —prosiguió con notable entusiasmo—. Tenemos que ir preparándolo todo para dar la bienvenida al mejor arte de todos los tiempos. En menos de una semana, mis queridos *Girasoles*, entre otras obras grandiosas, estarán a nuestra entera disposición.

—¿Vendrá a firmar Henry Wyclif, o irás tú a Londres? —preguntó Arthur con cierto malestar en la voz.

—Seré yo quien vaya a Londres —contestó Charlie—. No quiero que tus desavenencias con el director de la National

Gallery echen por tierra el arduo trabajo que he realizado durante tantos meses.

Arthur pareció respirar aliviado. Aunque apoyaba absoluta e incondicionalmente la iniciativa de Charlie, no podía evitar llevar al plano profesional ciertas divergencias personales que tenía con Henry Wyclif, director de la National Gallery desde hacía un decenio. A pesar de que Arthur obviaba el asunto, Charlie me contó que habían trabajado juntos en la pinacoteca inglesa muchos años atrás. Todo parecía señalar que el sucesor del director de la célebre galería Paul Stone, obligado a dimitir raíz del escándalo por las acusaciones de prevaricación y contrabando de obras de arte, sería Arthur Blake y no Henry Wyclif, como sucedió finalmente. Arthur siempre mantuvo, citando nombres y apellidos, que Wyclif había comprado determinados votos que lo alzaron como director, cargo que ambicionaba Arthur desde hacía años y que se había ganado a pulso, en virtud de unas dudosas elecciones en que la democracia no había significado legitimidad en modo alguno. Nadie estaba en mejores condiciones de comprar unas cuantas conciencias que Henry Wyclif. Huelga decir que Arthur se granjeó más de una poderosa enemistad en el museo, que tachó su postura de envidiosa, y no dudaron en hacer uso de la ley del péndulo para invitarlo amable pero firmemente a abandonar la National Gallery por la puerta trasera. Fue entonces, tras la elección claramente fraudulenta

de Henry Wyclif, cuando Arthur dejó su país y se afincó definitivamente en España. Desde que puso tierra de por medio, nunca más quiso saber nada de la National Gallery ni de su nuevo director.

—Lee bien lo que firmas, Charlie —le recomendó Arthur—. La mezquindad del señor Wyclif es manifiesta. No le vayas a ceder nuestra galería a título gratuito...

—Art Gallery no es ningún bien susceptible de apropiación —respondió Charlie, molesto ante la cáustica advertencia de Arthur—. No creo que al señor Wyclif le resulten de interés determinadas personas que entrarían en el lote —añadió igual de mordaz.

Arthur rio burlón, dándose por aludido.

—La apropiación de un bien es un acto reflexivo, no instintivo. Seguro que el señor Wyclif le tiene destinado ya un fin —dijo con voz pausada—. Ese hombre es cualquier cosa menos legal.

Charlie optó por masticar la réplica que con sumo placer habría dispensado a Arthur; en todo caso, era mejor no revolver el hormiguero.

—Me encargaré personalmente de que no tengas ningún tipo de contacto con Henry Wyclif —le aseguró en tono repentinamente conciliador—. Pero que no se te olvide el extraordinario beneficio publicitario y económico que supone para la galería que las obras pictóricas más importantes del mundo se den cita aquí durante un mes.

—No se me olvida —contestó Arthur—. Lo tengo muy presente. Sabes que he sido el primero en apoyarte y ofrecerte mi ayuda.

—Y ha sido inestimable para llevar a cabo esta arriesgada empresa —le aseguró Charlie—. Por eso no se puede venir abajo ahora.

—Y no se vendrá abajo —irrupí—. De eso nos encargaremos los tres. ¿Ya sabes qué obras nos cederá la National Gallery? —pregunté, sorteando una contienda en la que no quería tomar parte.

—Sí. La lista está cerrada.

Dio un par de pasos adelante, extendió el brazo y me entregó una cuartilla en la que aparecía el inventario de los lienzos que la National Gallery había accedido a prestarnos. La eché un breve vistazo. A lo largo del papel se plasmaba un total de once obras, con sus respectivos autores, donde cabría destacar *La Virgen de las rocas* de Leonardo da Vinci, *La purificación del templo* del Greco, *El juicio de Paris* de Rubens y *La Venus del espejo* de Velázquez.

—¿Al final han claudicado con *La Venus del espejo*? —dije agradablemente sorprendida.

—Pues claro —respondió Charlie, algo sobrado de ego—. ¿Qué te pensabas?, ¿que no iban a cedernos la máxima joya del museo, cuando es de un autor español? Bueno, la máxima joya del museo después de *Los girasoles*, obvio —puntualizó en broma.

—Si la National Gallery ha claudicado con *La Venus del espejo* —señaló Arthur—, no dudo que el Louvre nos cederá *La Gioconda*. Nadie es tan persuasivo como tú.

—Subestimáis mi poder de convicción —alegó Charlie, complacido.

—Y el de insistencia —añadió Arthur sonriendo.

—Eres toda una demostración de perseverancia, Charlie —dije—. Admirable, verdaderamente. —Una sonrisa de satisfacción se apresuró a curvar sus labios—. Cuando tengas el directorio de las obras que nos prestará el Louvre, pásamelo de inmediato y me pondré a trabajar en el itinerario cuanto antes. Hay que organizarlas de manera que resulten todavía más atractivas para el público que va a tener la fortuna de admirarlas.

—Descuida. Te lo haré llegar en cuanto lo tenga.

—Perfecto —dije satisfecha—. Entonces, aquí ya lo tengo todo dicho y hecho. —Miré a Arthur—. Voy a continuar con mis quehaceres. Tengo asuntos importantes que resolver.

## CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, para asombro de todos y adelantándose a lo previsto, la directiva del Louvre notificó su disposición de cedernos algunas obras cumbres pertenecientes a su colección, incluida, cómo no, la fastuosa *Gioconda*.

Aunque el formulismo carecía ya de importancia, dos días después de la buena nueva, Charlie ponía rumbo hacia la ciudad del Támesis para cerrar personalmente el acuerdo con la National Gallery. Ambos acontecimientos ponían un fin satisfactorio a un extenso proceso sin precedentes y con visos de proeza, algo nunca visto en una galería modesta como la nuestra. Aquello nos conduciría, sin duda alguna, a congregarse y dar cita en nuestras humildes salas a las mejores representaciones de la iconografía pictórica de todos los tiempos, a la flor y nata del virtuosismo. Como era de prever, prensa, radio y televisión, a escala nacional e internacional, se hicieron eco de la asombrosa noticia, que corrió como la pólvora entre los medios de comunicación.

Alexander Vanderbilt, que se había enterado por el periódico líder de ventas en España, no quiso desaprovechar



la ocasión para llamar a la galería, único medio del que disponía, por otro lado, para ponerse en contacto conmigo. Aparte de felicitar me por el acontecimiento que tendría lugar en poco más de una semana, como no podría ser de otra forma, aproveché para hacerme partícipe de que llegaría a Madrid a última hora del día siguiente, con nuevos datos que había recabado sobre la Alianza de los Siete Arcángeles. Por más que insistí, y aunque me adelantó que no se trataba de nada excesivamente importante, no quiso darme más información en el breve dialogo que mantuvimos por teléfono.

A solas en el despacho, anegada en el intacto silencio que prestaba la sobriedad del enorme edificio que alojaba Art Gallery a pie de calle, evidencié, no sin cierta alarma, como la idea de volver a encontrarme ante la mirada penetrante e indescifrable de Álex hacía aflorar en la línea de mis labios una sonrisa traviesa, apenas esbozada pero muy reveladora. Aquel hombre me evocaba pensamientos difusos y contradictorios, envueltos en una sensación de absurdo que me descolocaba. Mi cabeza parecía hallarse en constante debate con mi corazón siempre que su imagen se deslizaba de improviso en la maraña que tejían mis pensamientos, alimentando más aún su misterio y, proporcionalmente, mi desasosiego. En no pocas ocasiones me sorprendía delineando mentalmente el contorno de su musculatura bajo los dedos o imaginando los suyos en mi cuerpo. Y es que

aquellas manos enormes y elegantes desataban con facilidad mi imaginación.

Desde luego, si algo podía afirmar era que Alexander Vanderbilt dominaba el arte de inquietar. Su pose, su mirada, su sonrisa, su voz, incluso sus cuadros... Todo parecía contener ese halo decadente y perturbador que desmoronaba quién sabe qué oscura parte de mi cerebro. Pero algo peor que la inquietud me daba dentelladas en el interior con la voracidad de las fauces de una bestia, y era esa extraña atracción hacía lo perverso, hacía lo prohibido, que provocaba en mí la arrolladora personalidad de aquel hombre sibilino. Me parecía imposible ser presa de la patología más común de los seres humanos, a la que ningún gestor de la moral ha encontrado aún solución: el morbo. Imaginaba que esa provocación tentadora se alimentaba de la reiterada pretensión de querer desvelar con el entendimiento, o quizá con la mirada, lo que no me dejaba ver, lo que ocultaba en el fondo de sus ojos clarísimos, pese a que seguramente sería lo menos digno de observación o aplauso. Era tan avaro con sus emociones como desprendido con su misterioso encanto.

Durante el tiempo que nos tratamos, Álex no perdió nunca a mis ojos esa solemne carga de morbo. Me resultaba tanto más atrayente cuanto tomaba conciencia de su peligrosidad. Tuve que aceptar ese efecto como parte de la cascada de sensaciones que me atenazaban cuando mi mente le dedicaba

sus pensamientos. Adopté como compañera de viaje una frase firmada por el pensador francés Georges Bataille, que se encarnaba en Alexander Vanderbilt de manera sublime: «Trasgredir lo establecido es el principio del placer». Esta frase está respaldada por la condición humana de hallar satisfacción en alejarse de los márgenes de lo que se aceptado como normal. Aquello me recordó el proyecto de fin de carrera con el que Fabiola, una de mis mejores amigas, me había pedido ayuda un par de años atrás.

Dentro de las artes plásticas, el morbo siempre ha estado muy en boga. Con el título de doble sentido *Artistas con morbo*, Fabiola teorizaba sobre la imposibilidad de quedarse impávido ante *Saturno devorando a su hijo*, pintado entre 1820 y 1823 por el genial Francisco de Goya. Estaba totalmente de acuerdo con ella cuando aseveraba que, aunque es una obra que puede provocar repulsión en un primer momento, es imposible apartar la vista de ese dios furibundo de ojos desorbitados y fauces abiertas que aprieta la masa amorfa y sanguinolenta de su hijo mientras lo despedaza ferozmente. Se trataba indiscutiblemente de una alegoría del paso del tiempo, perpetuación de las mitologías griega y romana, donde Cronos o Saturno se comía a los hijos que daba a luz su esposa Rea por miedo a que lo destronara alguno de ellos. Sin embargo, desde un punto de vista psicoanalítico, que un padre engulla a su hijo se

interpreta como un símbolo de la impotencia que llega de la mano de la senectud.

Pero Goya no era el único libertino del trazo que había sucumbido a los encantos del seductor morbo; el alemán Franz von Stuck, obsesionado con las leyendas primigenias y lo tortuoso, plasma en su lienzo *El pecado* a una joven Eva de mirada y efigie innegablemente inquietantes que surge de unas sombras en las que se adivina un desproporcionado reptil, arquetipo de la tentación, que la rodea sinuosamente hasta fundirse y confundirse con su apetitosa silueta femenina. Para espolear más aún el morbo que exuda la imagen, el pelo larguísimo que cubre la figura le deja al descubierto los pechos y gran parte del torso. A pesar de la misoginia atribuida al autor, o quizá por su causa, hace de la mujer un ser seductor, dominante, atrayente, diabólico y letal, que sucumbe al pecado e incita a cometerlo. En esta obra se evidencia la igualdad maldita que condenó al hombre y lo desterró del Paraíso para siempre. Se dice de este lienzo que cuando se expuso por primera vez, a través de la Secesión de Múnich, causó un ingente estupor y gran incomodidad en la puritana mentalidad de los asistentes. Yo, algo más indecorosa, deduje que lo único que provocó fue morbo solapado como estupor, despertando la lascivia oculta tras la doble moral.

Incongruencias del ser humano.

Otro ejemplo pictórico en el que nos centramos Fabiola y yo para argumentar su proyecto de fin de carrera fue una de las particulares versiones que el irlandés Francis Bacon, cuyo arte es el resultado de la influencia de Picasso y los horrores de la Segunda Guerra Mundial, hizo del retrato de Inocencio X que pintó Diego Velázquez. Comparando ambas obras y estudiando más en profundidad la versión de Bacon percibimos que muestra, quizá, la verdadera cara del papa. Un ser monstruoso, cruel, inhumano, visto como su «verdadero yo», uno de los problemas más complejos a los que se enfrenta la filosofía moderna y que Descartes convirtió en el siglo XVII en piedra angular. Como esencia estética, en el lienzo se aprecia únicamente un espantoso grito ahogado que desgarrar el espíritu, perdido entre unos cuantos jirones de ropa, carne y piel. La figura distorsionada y casi fantasmal del papa despierta fulgurantemente la tan insana y mencionada emoción, y destapa una miserable condición humana que no deberíamos ver pero que no podemos dejar de mirar. Morbo.

Apuntaba Fabiola que quizá la mayor parte de los adeptos con que cuenta *El grito* de Edvard Munch, convertido en icono cultural, apreciaran en la figura esperpéntica, semejante a una momia, que nos regala el primer plano de la obra, al hombre moderno en un momento de profunda angustia existencial, mediante la plasmación con notas de color de ese espectáculo entre lo visible y lo oculto que no

deberíamos ver y que se convirtió en fuente de inspiración de la atormentada vida del artista. Como era de esperar, la intranquilidad que manifiesta este lienzo, expuesto por vez primera en 1893, no fue muy bien acogida por crítica y público, que tuvieron reacciones discrepantes. Se llegó a clasificar el cuadro de «arte demente» e incluso a recomendar a las mujeres embarazadas que no visitaran la exposición por lo turbadora que resultaba la obra, como si el morbo fuera a provocar abortos.

Pero incluso *La Gioconda* de Leonardo da Vinci, poseedora de una intensa elaboración psicológica, debe al morbo gran parte del misterio que encierra. La disonancia que provoca plantearse y no poder concluir con certeza si es una mujer o un hombre abre de nuevo la puerta a esas imágenes que, según imposta la sociedad, deberían permanecer ocultas al ojo humano.

El morbo es el dios de nuestra época y el profeta de las anteriores, concluía acertadamente Fabiola.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para desterrar la imagen de Álex y su estrecha relación con el morbo, y recluir al fondo de mi cabeza las perversas recompensas que prometía su sonrisa impenitente. Lejos de parecer empático con las mujeres, se me antojaba el arquetipo perfecto de comerciante de ilusiones donjuanescas, un servidor del

deseo carnal, un *lord* fuera de época, un Tenorio deseoso de hallar una Inés a la que enamorar, dispuesto a robarle a Dios una novicia, irrespetuoso de cualquier ley humana o divina. Alexander Vanderbilt era un burlador contemporáneo, un conquistador jamás conquistado, un hombre que seducía simplemente por oficio, que andaba de encuentro en encuentro, y del que enamorarse suponía perderse. Mi cabeza debía rehusar cualquier atisbo de sentimiento que mi corazón intentara entablar con su persona; lo haría callar, así fuera con una mordaza. Debía prevalecer la razón, lo único que me podría salvar de caer en los encantos fatales de Alexander Vanderbilt. Desde que mi relación con Aldo se fue al traste había comprendido que solo yo debía ser la dueña de mi corazón.

Concluido aquel lapsus, mis vínculos con la realidad se ajustaron con precisión para volver a ella. Exhalé un suspiro, y mientras las farolas de la ciudad salpicaban con una luz acaramelada los sombríos rincones, las agujas del reloj vagaban por una hora que insinuaba que yo no debería estar allí. Me levanté y ordené la mesa aligeradamente mientras el aire cálido atravesaba la ventana abierta. Salí del despacho y me cercioré de que lo dejaba cerrado, como era mi costumbre. Recorrí los metros que me separaban de la entrada con la cabeza en cualquier lugar menos aquel, haciendo real esa dicotomía filosófica entre cuerpo y mente. Ya en la recepción, contenida en el silencio cavernoso que

cedía la sobriedad del edificio, oí lo que parecían pasos a mi espalda. No me giré; la idea de que aquel susurro de pisadas era fruto de las muchas horas embebida entre las cuatro paredes de Art Gallery alivió mal que bien la inquietud que sentía, hasta que un golpe seco al otro lado del edificio me hizo dar un respingo.

El miedo se precipitó sobre mí.

Estaba segura de que Arthur y Charlie ya se habían ido; era imposible que alguien estuviera dentro. Siempre que nos quedábamos trabajando fuera del horario de apertura, el último en salir echaba la llave de las dos cerraduras de la puerta blindada y conectaba la alarma.

Me quedé en el centro del recibidor inmóvil como si tuviera plomo en los pies, con los ojos abiertos de par en par. A pesar del calor que desprendían los muros abovedados, un escalofrío me bajó por la columna. Cuando reaccioné me apresuré a alcanzar la puerta, enmarcada en el gran umbral de piedra que coronaba la entrada. Intenté abrirla de un empujón pensando que Librada se había olvidado de cerrarla, pero el irascible sonido que salió del impulso demostró que no era así.

Los ruidos cesaron durante un momento, o eso quise creer. Anhelando algo de calma en un estado de apático aturdimiento, busqué el llavero entre la insólita cantidad de bártulos que tenía en el bolso. Los segundos que duró la búsqueda se me hicieron eternos en medio de la



extraordinaria afonía que imponía la solemnidad del edificio. Rescaté la llave del fondo del bolso y la acerqué a la cerradura. El temblor de las manos me impedía atinar en el minúsculo orificio. Cuando logré introducirla en el hueco tras varios intentos nulos, abrí la puerta, salí vertiginosamente de la galería y sellé de nuevo el lugar a personas ajenas. Una vez fuera, y con la certera sensación de estar más protegida en la calle, observé el interior por las cristalerías. La escasa visión que aportaban las macilentas luces de emergencia no delataba nada extraño. Respiré profundamente y apoyé la frente en el cristal.

No era tarde aún, y la Gran Vía madrileña regalaba una serenidad inusual en una noche inquieta. La circulación era reducida a esas horas, y en la penumbra serpenteante del firmamento, los letreros de los negocios barnizaban con luces multicolores los contornos de coches y viandantes. Eché a andar calle abajo hacia el coche, mirando a mi alrededor sin parar, estudiando las expresiones insustanciales de la gente. Sus rostros reptaban cerca de mí como el cuerpo zigzagueante de una pitón.

En los últimos metros del trayecto, una extraña presencia se hizo percibir en la distancia. La impresión de que alguien vigilaba mis pasos y observaba mis movimientos, también en la calle, comenzó a gravitar sobre mi cabeza como una espesa nube negra, haciéndome recelar con un escepticismo irónico de que aquella presencia fuera mi ángel de la guarda.

Al miedo se sumó una angustia que estrangulaba los latidos del corazón hasta ahogarlos, y que me hizo compañía pertinazmente hasta bien entrada la madrugada, cuando, ya en la cama, al amparo de mi dormitorio, me fui adormeciendo entre las dulces caricias del dios del sueño mientras las sombras se desplomaban sobre Madrid.

## CAPÍTULO VII

El día siguiente fue agotador e interminable; la falta de sueño me pasó factura durante toda la jornada. El involuntario duermevela en que había pasado toda la noche estuvo tutelado por los extraños sucesos que habían tenido lugar en la galería, por la Alianza de los Siete Arcángeles y, cómo no, por la imagen de Álex, que siempre acababa monopolizando mis pensamientos. Abrí Art Gallery a primera hora y escudriñé la zona donde, horas antes, un golpe seco en el silencio de la noche había conseguido sobresaltarme. Miré con detenimiento el lugar de donde supuestamente procedía el estruendo. A la luz clara del sol observé el suelo y las paredes, pensando que algo podía haberse caído o roto, pero no había nada fuera de su sitio, nada raro, al menos detectable a simple vista.

—¿Está todo bien? —me preguntó extrañado Arthur, que llegaba en esos momentos.

—Sí..., creo... —respondí dubitativa.

—¿Crees?

—Anoche, cuando me iba, me pareció oír un golpe por aquí...

—¿Un golpe? —indagó aún más extrañado. Asentí con una leve inclinación—. A veces, los edificios nuevos, y también los remodelados, emiten chasquidos, sonidos semejantes a golpes huecos derivados de la ensambladura y el acoplamiento de los cimientos.

—Te va a parecer una locura y probablemente lo sea, pero, después, la sensación de que alguien seguía mis pasos como una sombra me escoltó hasta el coche.

—Loane —dijo mirándome perplejo—, esto que me estás comentando es muy serio.

—Serán imaginaciones mías —me apuré a alegar—. El estrés crea fantasmas.

—¿Por eso estás comprobando si todo está en su sitio?, ¿por los fantasmas que crea el estrés?

—Solo quería cerciorarme. Pero todo está en orden.

—Aparte de Alexander Vanderbilt, ¿alguien más tiene conocimiento de que andas tras el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles?

—No. —Me quedé pensando—. Excepto tú.

—¿Alguien más? —insistió.

—No. —Negué reiteradamente con la cabeza—. Me he cuidado mucho de no decir nada a nadie. Ni tan siquiera Alexander Vanderbilt está al tanto de que tú posees información. Llevo esto con toda la discreción que exigen el asunto y las circunstancias.

—En algunas de nuestras conversaciones —dijo Arthur serio, bajando el tono— te he advertido de los peligros que entraña sumergirse en las incógnitas de la Alianza.

—Sí, así es.

—Quiero que entiendas que esto no es un juego ni un pasatiempo.

—Soy consciente de ello —señalé apremiante.

—Eres muy joven, Loane. Tu falta de experiencia puede hacer que no aprecies las consecuencias...

—¿Están tras mi pista? —solté sin dejarlo acabar.

—Es probable. Quizá sea una advertencia.

—¿No crees que llega demasiado pronto? Apenas he dado comienzo a mis pesquisas, y además he tomado las debidas precauciones.

—Si están siguiendo la pista a Álex, eso ha podido llevarlos a ti sin mucha complicación —conjeturó—. Son varios los ángeles caídos que pelean por hacerse con el secreto de la Alianza y están dispuestos a impedir a toda costa que nadie lo encuentre primero.

Tragué saliva con cierta dificultad y carraspeé.

—¿Qué peligro corro? —pregunté con frialdad.

—Es difícil delimitarlo, pero en esto hay personas capaces de sucumbir a la bajeza del asesinato si lo consideran necesario.

La seriedad que adoptó la expresión de Arthur me inquietó más aún. Una corriente helada me sacudió el cuerpo como un

latigazo. Era miedo. Otra vez. Me acaricié los brazos para mitigar el frío que me avanzaba por la piel.

—Es imposible que nadie sospeche siquiera que ando tras la pista de la Alianza —afirmé—. Hace apenas unos días que sé de su existencia y, como te he dicho, no he emprendido aún ningún tipo de investigación que me comprometa o me relacione con ella. Puedo suponer que el tal Babilonio tiene conocimiento de mí, o que incluso el propio ángel caído de quien es lacayo sabe que busco el secreto, pero dudo que vayan a tomar medidas contra mí.

Arthur me miró con prudencia, sin decir nada. Continué:

—Más para su desgracia que para su fortuna, soy el nexa, el potencial eslabón de la cadena que los conducirá al secreto. No me harán nada..., por lo menos de momento. Sería una estupidez.

—Fiarse de un ángel caído o, lo que es peor aún en este caso, conceder confianza a Babilonio, puede entrañar grandes riesgos.

—Nadie dice que me fie de ellos. Simplemente señalo que sería una estupidez matar al mensajero antes de que entregue el mensaje. Soy la depositaria de sus esperanzas, de su ambición.

—La estupidez humana no tiene límites, Loane.

—Lo sé —admití—, pero Babilonio, si en algo estima su vida, no se atreverá a hacer nada que no le ordene el ángel caído —conjeturé confiada—. Y seguramente, aunque los

dos posean el mismo grado de estupidez, me atrevería a presumir que quienquiera que esté detrás de todo esto posee la parte de masa encefálica que intuyo le falta a Babilonio.

Arthur se rascó la barbilla.

—Así y todo, debes cuidarte si tu intención es seguir adelante con este asunto. Hay muchos otros ángeles caídos que no quieren que esto salga a la luz.

—Tengo que seguir —objeté—. La vida de una persona está en juego, y ¿qué vale más que una vida?

—La Alianza de los Siete Arcángeles —dijo en tono contundente—. La Alianza de los Siete Arcángeles vale una vida y más de dos mil años de silencio.

Fruncí el ceño. Arthur hablaba con la convicción que solo concede el conocimiento. No era difícil entrever en el peso de aquellas palabras que el secreto que había protegido la Alianza de los Siete Arcángeles había sesgado ya más de una vida y salpicado de sangre los dos milenios durante los cuales había permanecido oculto. No se podía decir que Arthur exagerase al advertirme del riesgo que conllevaba el simple conocimiento de su existencia, y tampoco al aconsejarme que me guardara de aquellas personas carentes de escrúpulos y dispuestas a robar el aliento a cualquiera que supusiera una amenaza para sus propósitos.

—Aún no alcanzo a imaginar cuál es la dimensión del secreto que durante dos mil años se ha podido cobrar algo tanpreciado como la vida de un ser humano, pero debe de

ser algo muy grande para que haya tanta gente dispuesta a matar por ello.

—Lo es —aseveró Arthur—. Confío en que un día puedas saber de qué se trata y, después, juzgar si el silencio y las vidas que se ha cobrado merecían la pena.

—No debería existir nada en el mundo más valioso que una vida.

—Si algo, de ver la luz, pudiera cambiar el rumbo de la historia tal como la hemos conocido hasta el día de hoy y hacer rodar aún más cabezas de las que han rodado en estos dos mil años, ¿crees que no merece la pena el sacrificio?

Aquella pregunta era, sin duda, difícil de contestar.

—El valor del sacrificio reside en realizar un esfuerzo extraordinario para alcanzar un beneficio mayor —respondí—, por encima de los propios intereses. Dos vidas tienen más valor que una —concluí.

—Todo aquello que merece la pena requiere algún sacrificio, así sea la propia vida. Los caminos fáciles existen como ideal solamente en las mentes mediocres —dictaminó Arthur, salomónico—. Lo único que tienes que entender ahora es que debes cuidarte. Solo eso.

—Y eso lo entiendo —confirmé solemne.

—Un último consejo —me dijo en tono ligeramente autoritario—. Nunca dejes de escuchar a tu voz interior. Nunca. Lo que no se ve también existe. ¿Lo tienes claro?



El gesto de mi cara se esponjó ante la extraña recomendación, y mis ojos adquirieron una expresión ciertamente contrariada. Sin embargo, me apresuré a afirmar con la cabeza, aunque no pude ocultar mi desconcierto por completo. Lo siguiente fue ofrecerle una sonrisa conciliadora.

—El Louvre nos acaba de mandar por fax la lista de las obras que ha accedido a prestarnos en virtud del pacto que firmaremos con su director en los próximos días —dijo Arthur, cambiando radicalmente de tema. Alargó el brazo y me ofreció un papel.

—¿Qué te parece La Exposición de Oro? —sondeé antes de echarle un vistazo.

—¿La Exposición de Oro? —repetió para ver cómo sonaba. Alcé las cejas en espera de su respuesta—. Es perfecto —apuntó blandiendo su mejor sonrisa—. Todos y cada uno de los cuadros a los que vamos a dar cabida en la exposición son obras maestras del arte universal de todos los siglos. Son el oro del arte, sin duda alguna.

Vi que se le iluminaba el rostro y sus ojos adquirían un peculiar brillo que no había observado antes en él.

—No dudes que a Charlie le va a fascinar este nombre —dijo concluyente.

—Se lo comentaré cuando vuelva de Londres, aunque también estoy convencida de que será de su agrado.

Desdoblé la lista que me había facilitado Arthur y la ojeé. A las once obras que nos prestaba la National Gallery londinense se unían las siete que amablemente cedía el Louvre parisino. Un total de dieciocho lienzos, reconocibles por casi cualquier persona, colmarían los deseos de cuantos aficionados y entendidos visitaran la exposición. Todos ellos habían sido catalogados en algún momento como iconos universales dentro del arte pictórico, y todos ellos eran susceptibles de ser identificados incluso por los profanos. Que una obra del prestigio de *Los girasoles* de Vincent van Gogh fuera a compartir espacio con la pintura más célebre del toscano Leonardo da Vinci, o que la sensual *Venus del espejo* de Velázquez se viera las caras con las voluptuosas curvas de la *Betsabé en el baño* de Rembrandt, sería un acontecimiento del que se hablaría durante mucho tiempo.

—Tengo mucho trabajo por delante —le anuncié a Arthur.

—Van a ser unas semanas muy duras, pero va a merecer la pena.

Tras una breve despedida hasta la hora del café, que tomaríamos juntos a media mañana, me dirigí al despacho sin más pensamientos en la cabeza que la correcta coordinación de las casi dos decenas de prestigiosos cuadros que llegarían próximamente a Art Gallery. Cogí ambas listas y las desplegué de tal manera que pudiera ver el nombre de las dieciocho obras con solo golpe de vista.

## **OBRAS CEDIDAS POR LA NATIONAL GALLERY**

1. LOS GIRASOLES, Vincent van Gogh, 1888
2. LA VENUS DEL ESPEJO, Diego Velázquez, 1647-1651
3. LA VIRGEN DE LAS ROCAS, Leonardo da Vinci, 1495-1508
4. RETRATO DE GIOVANNI ARNOLFINI Y SU ESPOSA, Jan van Eyck, 1434
5. LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO, Sebastiano del Piombo, 1517-1519
6. SANTO ENTIERRO, Miguel Ángel, 1500-1501
7. LA PURIFICACIÓN DEL TEMPLO, el Greco, 1600
8. RETRATO DE ISABEL PORCEL, Francisco de Goya, 1805
9. BACANAL, Nicolas Poussin, 1632-1633
10. EL JUICIO DE PARIS, Rubens, 1632-1635
11. LAS VÍRGENES DE LOS CLAVELES, Rafael, 1506-1507

## **OBRAS CEDIDAS POR EL LOUVRE**

1. LA GIOCONDA, Leonardo da Vinci, 1503-1506
2. LA LIBERTAD GUIANDO AL PUEBLO, Eugène Delacroix, 1830

3. ET IN ARCADIA EGO, Nicolas Poussin, 1637-1638
4. BETSABÉ EN EL BAÑO, Rembrandt, 1654
5. LA NAVE DE LOS LOCOS, el Bosco, 1490-1500
6. LOS PEREGRINOS DE EMAÚS, Rembrandt, 1648
7. RETRATO DE LA CONDESA DE CARPIO, Francisco de Goya, 1794-1795

Emprendí un dilatado debate interior sobre la disposición de las obras maestras en la sala más extensa y espaciosa de cuantas poseía la galería. Se podían agrupar en base al estilo, a la escuela, a la época, al movimiento o al autor, y quizá divididas con arreglo al museo que había tenido la gentileza de cedérnoslas. Decidí que lo más oportuno, dado lo heterogéneo de las concepciones, era ordenarlas cronológicamente. Disponía de una semana para empaparme del trasfondo histórico, la vida del autor y las posibles anécdotas o leyendas de cada una de las dieciocho obras, para así hacer la ruta guiada más atractiva de lo que ya era por sí misma.

Tenía un arduo trabajo por delante, como bien había advertido Arthur.

Volví a mirar las listas. Las repasé una y otra vez; otra vez y una. De arriba abajo y de abajo arriba. En uno de esos tantos pensamientos, que en los últimos días me visitaban con asiduidad rayana en la obsesión, se me ocurrió que quizá

alguna de esas dieciocho maravillas del arte pudiera contener la clave del secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles. Lo pensé detenidamente unos minutos; era del todo improbable. Había miles de pinturas repartidas por museos, galerías y colecciones privadas de todo el mundo. La estadística se oponía a semejante casualidad. Era equivalente a encontrar la aguja del pajar o acertar el número ganador entre los diez mil que componen la serie de la lotería. Si bien es cierto que el mito de algunos lienzos lleva aparejada la perdurabilidad de secretos que jamás deberían ser despertados, que encierran entre sus capas de color incógnitas codificadas, no es menos cierto que solo el autor y unos cuantos elegidos eran capaces de identificar los enigmas y su significado.

El propio misterio constituía la contrapartida. Solo el artista conocía la solución del jeroglífico y la explicación del misterio que había velado tras el concepto estético de la época. Quien hiciera una lectura completa de la obra de arte sería capaz entonces de descifrar la clave. Quien más, quien menos, todos hemos oído en alguna ocasión que *La Gioconda* esconde un mensaje en algún lugar, aunque diversos estudios demuestran que no es cierto, pero cabría apuntar que, de serlo, no sería el primero ni tampoco el único. Aún recordaba la controversia que suscitaron en clase el cuadro anónimo *Gabriela de Estrées y una de sus hermanas*, pintado a finales del siglo XVI, y su buena docena

de versiones. Muestra a dos damas en el baño; una de ellas alarga el brazo para coger entre los dedos el pezón de la otra. El gesto, enmarcado por lo que parece un telón recién descorrido, aludía al desvergonzado comportamiento de Enrique IV de Francia respecto a sus amantes, a las que hacía absurdas promesas que podían llevar al reino al borde de una crisis. Pero yo buscaba otro lienzo que enmascaraba un mensaje en las exquisitas pinceladas de autor. Me pregunté si sería un cuadro de Da Vinci, muy dado a ocultar secretos que forzaban un complejo desdoblamiento de su ilusorio significado inicial, pero rechacé la idea de inmediato.

Dudaba seriamente que hubiera pugnado por inmortalizar la verdad de la Alianza de los Siete Arcángeles en alguna de sus obras, e incluso que hubiera tenido conocimiento de su discreto y reservado paso por la historia. Entonces, por aplastante lógica, otro virtuoso de los pinceles había plasmado en alguno de sus lienzos la clave para descubrir una realidad prudentemente solapada, pero ¿quién podía ser? Mi cerebro, incansable, comenzó a elucubrar. Era imposible que hubiera pertenecido a la Alianza, ya que esta, en su calidad de pacto cerrado entre sus fundadores, no había tenido continuidad alguna en el tiempo. Pero sin lugar a dudas, algún vínculo indirecto poseía con ella, puesto que en el cuadro misterioso evidenciaba su conocimiento de la Alianza y el secreto que velaba. Me sorprendí pensando de

nuevo en lo que había dicho Arthur al definir los arcángeles: que eran los representantes directos de Dios. A diferencia de los ángeles, que se perciben como mensajeros o protectores de los seres humanos, los arcángeles están en un nivel superior, el que antecede a Dios.

«Son los representantes directos de Dios, son los representantes directos de Dios...». La expresión tintineaba de forma reiterada en mi cabeza. La repetí en voz alta un par de veces:

—Representantes directos de Dios, representantes directos de Dios... ¿Qué falta aquí?

De repente, el final de la frase emergió de mis labios.

—¡Claro! —exclamé—. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes, con lo sencillo que es? Los representantes directos de Dios... ¡en la Tierra! Los arcángeles son los representantes directos de Dios en la Tierra.

Fiel a mi teoría de que existe un considerable paralelismo entre el nombre legado a un hecho y el hecho en sí, estaba convencida que la designación dada a aquel pacto no era fruto del azar.

Hasta donde llegaban mis lacónicas nociones de religión, los representantes de Dios en la tierra eran los sacerdotes y demás cargos eclesiásticos, o eso declaraban ellos. Sin embargo, estos no estaban constituidos jerárquicamente tal como en la actualidad. En los años posteriores a la muerte de Cristo, cuando se instituyó la Alianza de los Siete

Arcángeles, la forma de gobierno era teocrática, es decir, los líderes estatales coincidían con los de la religión imperante. Los gobiernos afirmaban regir en nombre de Dios, por lo que las ideas políticas y las directrices estaban estrechamente influidas por las creencias y guiadas por ellas. El sacerdocio era hereditario y no por vocación, como es supuestamente en nuestros días. Los únicos que podían ser ordenados sacerdotes, tras demostrar la legitimidad de su nacimiento, eran los descendientes de Aarón, hermano de Moisés, con lo cual el círculo era exclusivo y muy cerrado. El jefe de la casta sacerdotal era el sumo sacerdote, jefe del Sanedrín y de todos los judíos.

Cabía la ínfima posibilidad de que siete de esos altos mandatarios hubieran creado e integrado la Alianza, y que fueran los portadores de una verdad que únicamente conocían ellos, pero esa hipótesis no me convencía en absoluto. Desde un principio tuve claro que los siete miembros llamados a proteger el gran secreto carecían de la fastuosidad de los sumos sacerdotes. La reserva con que se había tratado la Alianza de los Siete Arcángeles durante dos milenios otorgaba poco valor a este pensamiento. Aun siendo los intermediarios de Dios en la Tierra, no me parecían promotores de la creación de la Alianza. Las posibilidades de identificar más representantes divinos se agotaban.



Me levanté de la silla como si diera calambre y me dirigí a la ventana.

El cielo estaba cubierto por una red de nubes metalizadas que impedían el paso de los rayos de sol. Descorrí la hoja de la ventana para crear una ligera corriente y ventilar la espesa atmósfera que cargaba el lugar. El olor de humedad que había dejado la tormenta con que se había despertado el día ya daba paso al de la contaminación, y la mezcla se precipitó bruscamente al despacho para inundar mis sentidos como una bofetada. Aquel hedor repulsivo emponzoñaba cada rincón de la estancia y me provocaba una sensación nauseabunda en la boca del estómago. Sin más, cerré de nuevo la ventana y respiré profundamente. Apenas unos segundos después, una llovizna azotaba los cristales, dibujando en ellos filigranas en forma de venas, bajo un cielo con nubes de color estaño.

«Piensa —dije para mis adentros en tono casi autoritario—. Piensa».

Eché una mirada a la ciudad a través de la cristalera. La Gran Vía estaba prácticamente desierta, y las formas de Madrid se desdibujaban entre las tinieblas plomizas que descendían del cielo y la teñían de desánimo, confiriéndole un aspecto de ciudad fantasmagórica bajo un matiz de plata deslucida que maquillaba las calles con cierto aire de abandono.

«¿Profetas? —pensé—. No». Negué con la cabeza en silencio.

Intenté dejar la mente en blanco, vaciarla de la breña de pensamientos que la vapuleaban sin descanso. Durante unos segundos solo oí mi propia respiración, que sonaba como si fuese ajena.

«Dios envió a Cristo. Cristo también fue un representante de Dios en la Tierra, el más importante. No. —Sacudí de nuevo la cabeza—. Jesús era una de las personas de la Santísima Trinidad, junto con Dios Padre. ¿Quiénes fueron los representantes de Jesús en la Tierra?».

La respuesta tomó forma de modo imprevisto en mi cabeza y se me reveló como una convicción absoluta.

—¡Los apóstoles! —exclamé en voz alta.

Su propia etimología lo llevaba implícito. Del latín *apostolus* y este a su vez del griego *apostolos*, su significado es «uno que es enviado». Dios envió a Cristo, y Cristo dejó a los apóstoles para que lo representaran en la Tierra. Aunque a veces mi mente se mostraba algo torpe por la infinidad de pensamientos que pululaban por ella, sí que alcanzaba a deducir que un apóstol se considera también un representante de quien lo envía, es decir, de Jesús o, lo que es lo mismo, de Dios.

Había dado con una de las claves.

## CAPÍTULO VIII

¡Los apóstoles! —exclamé mientras entraba en el despacho de Arthur, interrumpiendo su rutina.

Se encontraba sentado detrás de su enorme mesa, atendiendo un montón de papeles cuidadosamente apilados junto a una taza de café. Despacio, levantó los ojos y me miró de soslayo por encima de sus viejos lentes de lectura. No pareció sorprenderse demasiado ante mi afirmación.

—Estoy segura de que los fundadores de la Alianza fueron siete de los doce apóstoles —expliqué ante su silencio.

—¿Y de qué modo has llegado a ese argumento, tan incuestionable según tú? —me preguntó esbozando una sonrisa juguetona en la comisura de los labios.

Le comenté cómo había alcanzado aquella conclusión y no pareció poner objeciones, lo cual era indicativo de que no andaba desencaminada en mi aventurada presunción. Definitivamente, había dado con un instante eureka.

—Entiendo ahora el porqué de tus palabras —señalé.

Arthur entornó los ojos, enmarcados por sus grandes y despeinadas cejas canosas, indicando que ignoraba a qué

palabras hacía referencia. Con sumo agrado le refresqué la memoria:

—Que no me dejara llevar por las apariencias. Buscamos un secreto que vuelve a estar protagonizado por Jesucristo. Fue lo primero que descarté al ver que el juramento estaba en latín, pero ahora estoy segura de que es una verdad que atañe al Mesías.

—Nunca te abandones a lo que parece lógico —afirmó confiado—. A veces, la conclusión más lógica es la menos evidente.

—Entonces, ¿el secreto que oculta la Alianza de los Siete Arcángeles está relacionado con Jesús? —pregunté al tiempo que tomaba asiento.

—Jesús ha sido el hombre más importante de la historia de la humanidad —dijo Arthur mientras se ponía en pie—, y uno de los más atacados. Su nombre ha servido para provocar guerras, persecuciones, martirios... Para creer y descreer; unir y dividir. Por cada persona que afirma algo de él se puede encontrar otra que atestigua lo contrario. Justo después de su existencia surgió lo que todos conocemos por el nombre de cristianismo, la base de todas las religiones denominadas cristianas. Los actos de Jesús no dejaron impasible a nadie; afectaron a religiosos, gobiernos e instituciones. No aprobaba que los romanos oprimieran al pueblo judío y así lo reivindicó; escuchó el clamor de los marginados más que ninguna otra persona e inclinó, sin

dudarlo, su favor hacia ellos. Actuó como mecanismo contra el desorden moral, la injusticia y los abusos. La figura de Jesús de Nazaret ha ejercido hasta nuestros días una enorme influencia en todos los aspectos de la cultura europea y americana, y en parte también de otros continentes. Pero todo lo demás es fe, Loane. Jesús vive en los millones de almas que creen en su mensaje. —Hizo una pequeña pausa para quitarse los lentes y al cabo de unos segundos retomó la palabra—. Se cuentan por decenas los secretos que giran en torno a él, y son varias las verdades sobre su fascinante vida que se dice están ocultas. Resulta difícil hacerse una idea medianamente realista de cómo fue su existencia; en algunos aspectos es prácticamente imposible. Pero a diferencia de las miles y miles de páginas que se han escrito con la pretensión de arrojar luz sobre determinadas cuestiones, pero que tan solo sirven de tristes ejemplos del absurdo caudal de declaraciones sin fundamento, la Alianza de los Siete Arcángeles es portadora de la única verdad que sobre el Salvador ha existido, existe y existirá, aunque son muy pocos los que están en condiciones de ofrecer una versión coherente y veraz de esta.

—La vida de Jesús sigue causando fascinación —aseguré, docta.

—El misterio que la envuelve sigue ofreciendo un gran atractivo a la población en general y a los estudiosos en

particular, pero sobre todo, lo que ejerce una atracción irresistible es su muerte —alegó Arthur.

—¿Su muerte?

—Lo entenderás más adelante —se limitó a decir con voz pausada.

—¿Por qué únicamente siete apóstoles de los doce? —me interesé.

—Más bien de los setenta y dos.

—¿Setenta y dos? —repetí perpleja, como si mis oídos no hubieran captado bien la cifra—. Según la tradición eran doce.

—Así es —reafirmó Arthur—. Según la tradición, como bien dices. Según ese conjunto de pautas culturales que se transmiten de generación en generación sin apoyo documental ninguno. —Reflexionó durante un instante—. Aunque se desconoce el número exacto, hay teorías que sostienen que fueron en total setenta y dos discípulos los que acompañaron a Jesús de Nazaret durante su vida pública.

—Discípulos quizá, pero no apóstoles.

—Los discípulos reciben ese nombre hasta el momento de la Ascensión; después se denominan apóstoles —me aclaró Arthur—. Así que sí: setenta y dos.

—Mis conocimientos en materia de religión son limitados —subrayé con cierto sonrojo.

—Sabes lo que tienes que saber. No des importancia a los detalles que no la tienen —me animó—. Aunque es cierto

que el número de apóstoles baila alrededor de esa cifra, no lo es menos que fue con doce con quienes Jesús mantuvo un trato más íntimo y amistoso.

—No sé si atreverme a suponer que esos cinco apóstoles que no formaron parte del pacto suscrito por la Alianza tuvieron razones de peso para abstenerse. ¿Quizá había falta de unanimidad en cuanto a la conveniencia de guardar el secreto?

—Puede ser —dijo Arthur—. Las diferencias entre ellos se hicieron patentes aun en vida de Jesús. Después de su crucifixión, tal como ocurre con muchas familias cuando desaparece la figura matriarcal, los lazos se resquebrajaron.

—Es fácil pensar que no todos estaban de acuerdo en encubrir según qué verdades. Quizá lo que los unió cuando Jesús estaba con vida los separó tras su muerte —supuse—. Aunque no nos cabe más que hacer conjeturas.

—Dar con el porqué de la divergencia de opiniones entraña complejidad y no demasiada importancia, dadas las circunstancias.

—Lo que queda patente —dije— es que siete de ellos pactaron velar una verdad que, probablemente, el resto no quería proteger. Quizá la moral, la ética o el miedo desempeñaran un papel importante a la hora de tomar partido.

—O los siete miembros de la Alianza no quisieron compartirlo —alegó Arthur—. Nadie puede asegurarnos que

esos cinco apóstoles que se quedaron al margen tuvieran conocimiento de la existencia de tal verdad. Puede que fueran ignorantes incluso de la creación de un pacto entre sus homólogos.

—Es otra de las posibilidades, desde luego —corroboré.

Mi curiosidad por la Alianza de los Siete Arcángeles y todo cuanto la rodeaba crecía exponencialmente a medida que se iban esclareciendo las incógnitas de algo de una envergadura e importancia imponentes. Tenía ante mí uno de los mayores enigmas de todos los tiempos: un misterio perteneciente a Jesús de Nazaret, el Mesías, Cristo, el Salvador. Cada nuevo dato conquistado al hermetismo suponía estrechar lazos con la Alianza, un paso más en aquel impenetrable pandemónium que me llevaba cada día a concebir nuevas suposiciones. No cejaría en el empeño hasta hacerlo mío.

—Si el secreto que oculta la Alianza tiene relación con Jesús, seguro que la Iglesia está al corriente —alegué—. No creo que ignore un hecho tan trascendental.

—Y no lo ignora —aseveró Arthur con contundencia—. Prueba fehaciente de ello es que algunos ángeles caídos han tenido o tienen altos cargos dentro del clero. Están provistos de una influencia y un poder mayores incluso de lo que podemos imaginar.

—¿Crees que el ángel caído que está ahora tras la pista puede ser un alto mandatario de la Iglesia? —pregunté a



Arthur.

—Es una posibilidad entre otras. Ha ocurrido en diversas ocasiones. La Alianza de los Siete Arcángeles está circunscrita a muchas probabilidades y muy pocas certezas. Pero si es la Iglesia la que anda detrás, estaríamos ante unos de los pesos pesados entre los ángeles caídos, y huelga decir que también uno de los más peligrosos. A la Iglesia no le tiembla el pulso cuando los pilares de la doctrina cristiana se encuentran amenazados. Sus códigos de pensamiento son muy cerrados, y sus directrices, muy claras. Posee sus propias normas y no tiene escrúpulos a la hora de arreglar las cosas a su manera. En ningún caso se abstendría de perseguir sus objetivos por el medio que fuese necesario. Hace mucho que ella misma se alejó del dogma que predica. Actualmente, el cristianismo es la creencia de más de dos mil millones de personas; la Iglesia no puede permitirse la verdad.

Arthur hizo una pausa muy elocuente en su aclaración. Noté como se me erizaba el vello mientras lo miraba con ojos contenidos.

—¿No saben de qué se trata?

—Sí, sí lo saben. Lo que desconocen es el paradero, como tantos otros. En alguna de nuestras conversaciones te he comentado que el secreto de la Alianza abarca un doble enigma: qué es y dónde se encuentra. La Iglesia tiene perfecto conocimiento de qué era lo que esos siete apóstoles

trataron de ocultar; de ahí su singular inquietud cuando intuyen que alguien de fuera de su potestad tiene intención de buscarlo, con el peligro consiguiente.

«¿A qué puede tener tanto miedo la Iglesia, para atentar incluso contra el quinto mandamiento, tantas veces como haga falta, si advierte la desestabilización de su imperio?», me pregunté.

—Loane..., Loane... ¿Todo bien? —preguntó Arthur al notar mi mente perdida. Su voz me sacó de las cavilaciones.

—Sí, claro. Divagaba sobre qué verdad puede temer tanto la Iglesia.

—La Iglesia católica es tremendamente susceptible ante todo cuanto pueda minar su hegemonía o menguar su poder —enunció Arthur—. Durante dos mil años se ha proclamado la única iglesia fundada por Jesucristo y su única representante legítima en la Tierra, heredera de su tradición y, por consiguiente, la única creencia religiosa verdadera frente a las que han ido surgiendo después. Tiene la misión, por encargo de Jesucristo según afirma, de ayudar al hombre a recorrer el camino espiritual que lo lleve hasta Dios, a partir de la palabra revelada por él y transmitida a través de las Sagradas Escrituras. Si te fijas —continuó indubitable—, el pilar esencial en que se asienta el cristianismo y, por tanto, la Iglesia, es la figura de Jesús. —Sin decir nada, confirmé con la cabeza—. Cualquier cosa que perciba como amenaza a la figura de su fundador, por nimia que sea, se

convierte asimismo en una amenaza para su enorme imperio. Si en una construcción se deterioran los cimientos, el edificio se tambaleará e inevitablemente se vendrá abajo. De forma análoga, si se vulnera lo suficiente la figura de Cristo, la Iglesia caerá estrepitosamente.

—¿La verdad que ocultaron los apóstoles bajo su pacto puede hacer que caiga la Iglesia? —sondeé sin muchas expectativas de respuesta.

—Y sin indulgencia —ratificó Arthur para mi asombro.

—¿Estaríamos hablando del fin de la Iglesia? —pregunté atónita. Arthur asintió sombrío.

Mi rostro adoptó una expresión de preocupación. Si insistía en mi idea de continuar con aquellas investigaciones, debería andarme con pies de plomo y hacer de la cautela mi bandera. Jugar con la Iglesia era como jugar con una sigilosa mafia, dispuesta a todo por la salvación de eso a lo que llama cristianismo. Bajé la vista al suelo y me llené de aire la cavidad pulmonar.

—Tu vida está expuesta, Loane —dijo Arthur leyéndome el pensamiento—. ¿Alexander Vanderbilt es merecedor de ello?

Durante unos segundos cedí protagonismo al silencio.

—No lo sé —contesté al fin. Elevé la cabeza y clavé mis ojos temblorosos en los suyos—. No lo sé —repetí, cargando mi respuesta de una infinidad de dudas.

—Si no estás convencida de que sea digno de tu sacrificio, no lo hagas por él. —Hizo una pequeña pausa—. Hazlo por ti. —Su mirada se volvió cómplice.

—¿Me estás animando a continuar?

—Nadie mejor que tú para ser ángel custodio del secreto de la Alianza.

—¿Ángel custodio? —repetí sorprendida.

—Eso mismo he dicho. —Asintió con una leve sonrisa—. Los ángeles custodios han sido durante estos dos milenios los encargados de impedir que la gran verdad de la Alianza se pierda en el más absurdo de los olvidos; de mantenerla viva hasta el día en que su despertar haga abrir los ojos al mundo, y de evitar que caiga en manos incorrectas.

—¿Tú eres ángel custodio, Arthur? —pregunté, obviando que la respuesta era evidente.

—Lo soy —afirmó.

—Pertenece a uno de esos grupos paralelos a la Alianza de los Siete Arcángeles, ¿no es cierto?

—Todos los que conocemos su existencia, y desde el momento en que se nos revela la verdad, quedamos vinculados inexorablemente a su cometido, de un modo o de otro. Mi compromiso en esta misión es seguir velando por el mantenimiento del secreto hasta que llegue el momento en que vea la luz.

—Por eso me estás ayudando, ¿verdad? Necesitas delegar en mí tu compromiso.

—El contenido que encierra el secreto de la Alianza es algo de lo que tienes que hacerte merecedora por ti misma. Yo, como ángel custodio, no tengo potestad para darte pistas; no se me permite, pero sí puedo convalidar a tal efecto las que se te vayan revelando.

—Es complejo —apunté.

—Simplemente nos aseguramos de que no caiga en malas manos —argumentó Arthur.

—Pero yo no estoy llamada a ser un ángel custodio —le dije, mostrando cierto malestar—. Si logro descubrir de qué se trata y dar con su paradero, mi tarea consiste en cedérselo a un ángel caído.

Arthur blandió una ligera sonrisa.

—Llegado el momento en el que el gran secreto de la Alianza se revele ante ti, no tengo ninguna duda de que sabrás actuar en consecuencia, sin influencias ni prejuicios.

—¿Estás seguro? —le pregunté dubitativa.

—Totalmente.

—Pero la vida de Alexander Vanderbilt depende de que yo dé con ese secreto.

—¿Y la tuya? —inquirió Arthur—. ¿Te has preguntado qué pasará con tu vida? —Lo miré con inquietud—. Los ángeles caídos no dejan testigos. No compran el silencio con oro, sino con sangre.

El interrogante que planteó Arthur me dejó sumida en el más profundo desconcierto, y me hizo un nudo en la garganta

que me resultó imposible disolver en toda la mañana. Mis músculos se tensaron como si se prepararan para una batalla, y así era: este asunto comenzaba a cobrar tintes mafiosos, con compromisos internos, leyes de silencio, códigos de honor, sobornos e incluso asesinatos.

No quise pensar en ello. No quise pensar que Álex estaba comprando mi muerte.

—Tengo que irme, Arthur —dije apresuradamente a modo de despedida.

Salí a la calle a respirar. La opresiva atmósfera de la galería empezaba a asfixiarme como una mano alrededor del cuello. Fuera, la brisa se mantenía fresca por la tormenta, pero seguía siendo insuficiente para devolverme el aliento. Durante un largo intervalo que no medí, anduve por las calles céntricas de Madrid sin rumbo fijo, abandonando los pasos al azar. Quería mezclarme con la gente, inmiscuirme en su movimiento y caminar hasta agotarme, hasta olvidar todo aquello. Necesitaba aturdirme, ahogar el miedo, y que fuera el cansancio lo que me hiciera volver a Art Gallery.

La lluvia había amainado después de unas cuantas horas de inclemente tormenta, pero el aire fresco y húmedo que recorría aún el corazón de la ciudad me castigaba el rostro como un látigo y hacía que el pelo me ondeara violentamente, lanzándome mechones contra la cara. El cielo seguía siendo una manta desteñida de nubes negras y grises, y los pocos viandantes que quedaban por la Gran Vía iban

provistos de paraguas y chubasqueros. Me aparté el cabello de los ojos y para protegerme del frío me arrebujé en la chaqueta de punto negro. Un temblor me atravesó la espalda cuando crucé los brazos por delante del pecho para resguardarme de la ventisca, aunque estaba segura de que no era aquella desairada brisa lo que me hacía estremecer. Una telaraña de pensamientos discordantes e incoherentes se agolpaba en mi cabeza mientras me dejaba arrastrar por la escasa corriente de transeúntes. No podía quitarme de la mente las inquietantes insinuaciones de Arthur, y menos aún, dejar a un lado la supuesta amenaza bajo la que me encontraba. Sus afirmaciones habían sembrado en mí una angustia que me estrangulaba. Me pregunté si Álex estaría al corriente de todos esos oscuros entramados que rodeaban la Alianza de los Siete Arcángeles. Durante un instante, la idea de renunciar a la búsqueda de su secreto me resultó tentadora. En algún momento, todo aquello había dejado de ser un juego y se había convertido en algo demasiado serio. Tal vez en aquel caso la ignorancia fuese una bendición y una garantía de vida.

Pugué por renunciar a una tarea que haría aumentar inevitablemente mi consumo de ibuprofeno, pero la pusilanimidad que suponía el incumplimiento de la palabra que había dado a Álex me disuadió de inmediato. Si había albergado dudas, estas se disiparon cuando me vino a la

cabeza el acuerdo sellado con Alexander Vanderbilt en aquel restaurante de lujo.

Cuando regresé a la galería era casi la hora de comer. Arthur ya había salido.

La tarde transcurrió como suministrada con un cuentagotas, al flemático compás de una sobria jornada laboral. Dispuesta a no dejarme pillar por el toro, con mi característico perfeccionismo, empecé a programar el itinerario de La Exposición de Oro, tarea que, por otro lado, ayudó a apartar de mi mente el sabor macabro de las afirmaciones vertidas por Arthur y a mantener mis nervios más o menos serenos frente al inminente regreso de Álex a Madrid. La sola idea de un nuevo encuentro me impacientaba. Ansiaba ver sus clarísimos ojos azules, su sonrisa impenitente, oír el mosaico profundo y sonoro de su voz.

El arduo trabajo que tenía por delante arrastró al fondo de mi despacho las horas de claridad. La noche se desplomó serena, sin que, enclaustrada en la galería como un monje en un monasterio, me percatase siquiera de su sigilosa llegada. Más que nunca, porque así lo requería la ocasión, volvía a ser víctima de mi perfeccionismo, de aquella cualidad casi neurótica que no me permitía condescender con el más mínimo error que pudiera presentarse. Entre fábulas de Leonardo da Vinci, delirios de Vincent van Gogh y deidades desnudas de Diego Velázquez, no imaginé que hubiera nada



que pudiera perturbar el misticismo artístico en que me encontraba sumergida. Sin embargo, igual que la noche anterior, ocurrió una serie de sucesos extraños en la indiscreta penumbra que unge el anochecer. De nuevo me asaltó la sensación de que una presencia deambulaba clandestinamente por las estancias de Art Gallery cuando advertí un sonido apagado de pisadas. Un pestañeo en el haz de luz que se colaba bajo la puerta me hizo pensar que había alguien al otro lado. Me quedé inmóvil, con el corazón en un puño.

Cuando el silencio ocupó nuevamente todos los rincones de la galería, me levanté y, con pasos cautelosos, recorrí los pocos metros que me separaban de la puerta del despacho. Al alcanzarla me detuve, acerqué el rostro y apoyé la oreja en la madera maciza. No se oía nada más que el murmullo que la ciudad me devolvía por la ventana y los dilatados latidos de mi corazón, que repicaba como un tambor contra el pecho. Proseguí con la inconclusa auscultación al tiempo que en mi cabeza resonaban como un eco las advertencias de Arthur. Así seguí hasta que un severo golpe sacudió la puerta. Sentí en mi cuerpo el crujido de la madera e instintivamente me desplacé un par de palmos hacia atrás. Ahogué en la garganta el grito que se apresuraba a salir. Decenas de punzantes escalofríos recorrieron como agujas mis fibras nerviosas. Alargue la mano y apagué la luz del despacho, situada a la derecha de la puerta. La estancia se

sumió entonces en una penumbra mortecina; solo los tenues trazos de claridad que proporcionaban las luces artificiales de la ciudad se introducían por el vano de la ventana, dibujando sombras fantasmagóricas de color anaranjado en la superficie del suelo. Una brisa preñada de angustia reptó hasta mí, adueñándose de cada víscera de mi organismo. Apenas me atrevía a respirar. Contenía el aliento en los pulmones, temerosa de que el menor bisbiseo llamara la atención de quien quisiera que estuviera al otro lado. Instantes después, antes de que mis pupilas se adaptaran a la oscuridad, un segundo golpe aterrizó en la puerta. Se me cortó la respiración. Sentí un doloroso pellizco en el corazón, que extendió rápidamente su dolor por las venas. Me temblaban las piernas y apenas atinaba a pensar sin que se interpusiera el miedo. La alternativa de abrir requería un valor con el que no contaba.

De nuevo se hizo el silencio.

Durante un momento me reconfortó no oír nada más que la violenta resonancia de mis latidos. Tras una breve y agónica espera bajo la penumbra que bañaba el despacho, cogí el bolso y salí. Sin pensarlo. Fuera, la oscuridad impregnaba hasta el último rincón. El alumbrado automático estaba desactivado y los interruptores no respondían; tan solo el resplandor anémico de las luces de emergencia señalaba el camino de la salida. En cuestión de segundos, por instinto y sin mirar atrás, me precipité a zancadas por el oscuro e

inacabable pasillo que conducía a la recepción. Según corría hacia la salida me pareció oír un ruido a mi espalda. Me giré de manera mecánica e intenté distinguir qué había más allá de lo que alcanzaba a ver. Observé que la puerta del despacho de Arthur estaba entreabierta. Una densa oscuridad emergía de su interior y se deslizaba por el largo corredor como una lengua de fuego negro, una espesa sombra serpenteante que parecía querer alcanzarme. Se me nubló la vista durante unos segundos, en los que choqué de lado con un aparador del pasillo. El golpe me hizo caer de bruces sobre el rectángulo de luz que proyectaban las farolas de la calle y que se inmiscuía en el interior por un ventanal. Mi rostro quedó tan cerca del suelo que la humedad del aliento perfiló una figura esférica en las baldosas. Un aire opresivo lo embebía todo en su viscosidad.

En el suelo, aturdida por la caída y por lo extraño de los acontecimientos, noté como un filamento de líquido caliente me resbalaba por el brazo: un hilo de sangre que manaba del hombro se deslizaba lentamente hasta el suelo. Fue entonces, bajo el evidente halo de indefensión que gravitaba sobre mi cabeza, cuando sentí una presencia detrás. Me incorporé como pude y miré a mis espaldas con el terror ancorado en la profundidad de las pupilas, tratando de ver algo, pero era imposible sondear la distancia.

Me temblaba todo el cuerpo.

Una silueta traslúcida atravesó el pasillo hasta fundirse en una con la penumbra. Oí el susurro de una respiración: fuerte, metódica, déspota. Una oleada de pánico se elevó desde mis pies. Con los sentidos paralizados por un miedo inhumano, continué mi lucha por alcanzar la salida. Nuevamente, pero sin detener mis pasos, eché un vistazo atrás; no había ni rastro de aquel vaporoso contorno. De repente, ya a la altura del recibidor, unos brazos pararon mi carrera de golpe. Lancé un grito desesperado que tomó forma de sollozo cuando emergió de mis labios. Volví la cabeza al frente y alcé ligeramente la mirada para ver el rostro de quien fuera que había frenado mi apresurada huida.

—Soy yo —dijo Álex—. La puerta estaba abierta.

El corazón me batía con fuerza. Las palabras apenas salían de mi garganta.

—¿Estás bien? —preguntó, visiblemente preocupado. Dejé escapar un suspiro de alivio.

—Hay alguien en la galería —balbucí.

Álex adoptó una expresión entre inquieta y confusa.

—Cálmate. No va a pasarte nada.

Inconscientemente, aterrorizada como estaba, busqué el cobijo de sus brazos, que se prestaron protectores y reconfortantes ante mi necesidad e hicieron añicos el miedo de los minutos anteriores, desvaneciendo la penumbra en que nos encontrábamos. Me abrazaba con fuerza, apretando los brazos en torno a mi espalda.

—Hay alguien en la galería —insistí.

—La puerta está abierta. Cualquiera ha podido entrar.

—No. —Negué nerviosa con la cabeza—. No es cualquiera.

—Estás sangrando —dijo al palparme el brazo.

—He chocado con un aparador —argumenté casi sin aliento.

Permanecimos así un rato, sintiendo el calor que se desprendía del contacto de los cuerpos y el roce de las pieles. Cuando fui consciente de la extrema cercanía me desenredé apresuradamente. A duras penas, por el temblor de las manos, atiné a sacar del bolso unos pañuelos de papel para enjugar el flujo escarlata que brotaba de la herida, mientras Álex se dirigía al cuadro de luces para iluminar de nuevo las estancias. Después lo vi adentrarse en el pasillo con paso seguro.

—¿Adónde vas? —le pregunté con angustia en la voz.

—Si hay alguien, seguirá dentro —respondió.

Recortando el sonido de sus pasos, Álex se movió silenciosamente hacia el pasillo donde, minutos antes, yo había advertido la presencia de un intruso por la sombra que dibujaba el perfil líquido de su silueta. Lo observé internarse en el estrecho corredor mientras escudriñaba con detalle cada recoveco. Me quedé a la espera, limpiándome la sangre del brazo e intentando recobrar una serenidad que estaba muy lejos de alcanzar.

Al cabo de unos minutos, Álex regresó con una expresión fría en el rostro.

—No he visto a nadie —afirmó.

—Pues te aseguro que alguien ha venido otra vez esta noche —le aseguré nerviosa.

—¿Otra vez?

—Ayer por la noche sentí un fuerte golpe en la parte oeste de la galería cuando me marchaba.

—¿Y hoy te has quedado de nuevo aquí sola? —entonó con reproche.

—Tengo trabajo, Álex —pretexté apresuradamente—. La exposición se inaugura en unos días, y hay mucha labor por delante si queremos que salga perfecta.

Álex guardó un largo silencio y respiró resignado.

—¿Por qué estaba la puerta abierta?

—Librada es muy distraída —le expliqué—, y hoy ha sido la última en salir. Seguramente se ha olvidado de cerrar. —Intenté infundir a mis palabras una certeza que no tenía y que Álex no se creyó.

—La próxima vez, asegúrate por ti misma de que la puerta queda cerrada cuando vayas a estar aquí hasta tarde —me aconsejó—. Aunque, por tu comentario, creo que intuyes quién puede ser el intruso... —Buscó mi mirada. Guardé silencio—. Quien calla otorga. ¿Loane? —inquirió, esperando respuesta.

—Otra persona, aparte de ti, sabe que ando tras el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles, y no parece estar muy de acuerdo con ello.

La cara de Álex no pudo evitar mostrar sorpresa.

—¿Alguien te vigila?

—Eso parece —respondí. Bajé la mirada al suelo.

—Pero ¿quién puede saberlo? Yo no he comentado absolutamente nada a nadie.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —contesté, levantando la cabeza y mirándolo amedrentada—. La Alianza de los Siete Arcángeles ha resultado ser un juego demasiado peligroso.

—Jamás dejaré que te hagan daño, ¿me oyes? Jamás —aseveró contundente.

Traté por todos los medios de esbozar una sonrisa que tranquilizara los ánimos de Álex y los míos, pero mis labios no fueron capaces de articular movimiento. Lo miré fijamente a los ojos. Entre tanta confusión me pareció atisbar una dulzura poco común en su gélida mirada, una tibieza que tan solo duró unos instantes.

—Has de curarte esa herida; puede infectarse —dijo observando mi hombro.

—No te preocupes. Me la limpio en cuanto llegue a casa.

—No creerás que voy a dejarte sola.

—¿Y qué otra cosa puedes hacer? Mañana tengo que volver temprano; tengo...

—Ya sé —cortó en tono irónico—. Tienes mucho trabajo que hacer en la galería para que la exposición salga perfecta. —Fruncí el ceño, molesta por la burla—. ¿Te has visto? —No me dejó contestar—. Estás temblando como un animalillo asustado bajo la tormenta.

—Y tú, ¿qué hacías aquí dentro? —increpé seria.

—¿Está cambiando de tema, señorita Darey?

—No me respondas a una pregunta con otra. Eso es de mala educación —dije con voz fiscal.

—Tenías la luz del despacho encendida —indicó sereno—. La he visto de camino al hotel. Acabo de llegar a Madrid.

—Entiendo... —dije un poco avergonzada por el tono acusador que había utilizado.

—Pasarás la noche conmigo —anunció. Lo miré en silencio, sonrojada—. No me pongas esa cara. —Sonrió—. He reservado en el apartotel del Petit Aurum; yo dormiré en el sofá y tú en la cama.

—No es necesario —decliné amablemente—. Te lo agradezco, pero estoy bien.

—No te voy a morder, si es eso lo que te preocupa. No soy el lobo feroz, Caperucita. Ni tampoco Hannibal Lecter.

—No es eso, Álex. Simplemente, prefiero ir a mi casa.

—¿Osas rechazar una gigantesca cama de dos por dos exclusivamente para tu uso y disfrute mientras un ángel vela tu sueño? —Seguía bromeando.



—Es igual que la que tengo en mi casa, ¿qué te crees? — dije con sarcasmo—. No me irás a decir que el ángel que velará mi sueño eres tú.

—¿Quién mejor?

—Pues no lo sé. Quizá alguien que tenga más de ángel que de demonio, por ejemplo.

Sonrió enigmáticamente, y a continuación recuperó la seriedad para decir:

—Sigo pensando que no debes quedarte sola esta noche.

—Parece que no me has escuchado. Te he dicho que mañana tengo que venir temprano. Necesito ropa limpia — alegué inútilmente.

—Entonces haremos otra cosa —sugirió para mi sorpresa—. Te acompaño a tu casa, coges ropa limpia y lo que creas que vayas a necesitar, y regresamos al hotel.

—No te vas a dar por vencido, ¿verdad?

Ladeó la cabeza reiteradamente en ademán de negación.

Me observé las manos. Álex tenía razón: estaban manchadas de sangre y aún me temblaban, y el corazón parecía no tener intención de apaciguarse, aunque para mi suerte, la herida del hombro había dejado de sangrar hacía rato. En el fondo sentía tanto deseo de aceptar su ofrecimiento como miedo de quedarme a solas con él. Seguramente, compartir un espacio cerrado con Alexander Vanderbilt y mantener las formas sería incluso más difícil de lo que imaginaba.

—Prefiero irme a casa, Álex, de verdad.

—No. —Negó de nuevo con la cabeza—. ¿Te han dicho alguna vez que eres la persona más testaruda, obstinada y pertinaz del mundo?

—No dirías eso si conocieras mejor a Charlie —afirmé.

—¿En tu casa, o en la mía? —preguntó entre risas, sin rendirse.

Lancé al aire un suspiro lleno de condescendencia. Decirle que no a Alexander Vanderbilt era casi imposible.

—Tú ganas. —Decidí hacer caso a mis apetitos y dejar de lado la razón—. Pero la próxima vez no te saldrás con la tuya —apunté rotunda.

Cariñoso, me guiñó un ojo. Sonreí cómplice a su gesto.

Apagué todas las luces y dejé la galería sumida de nuevo en la penumbra. Cerré a cal y canto al salir. Los rayos de la luna acariciaban la noche de modo elegante y distinguido, como los finos dedos de una dama de alta alcurnia; la brisa que había dejado la estrepitosa tormenta agitaba las ramas de los árboles con delicadeza. Durante el camino hasta el apartotel narré a Álex de forma somera los insólitos sucesos que habían tenido lugar aquella noche y los similares acontecidos la anterior, y le hablé de esa extraña presencia que había intuido en la galería y suponía relacionada directa o indirectamente con la Alianza de los Siete Arcángeles. El

miedo que aún espoleaba mi sangre era un buen recordatorio de lo angustiosas que habían sido ambas experiencias.

Los apartoteles del Petit Aurum eran independientes del hotel, por encima del cual, a ambos lados, se elevaban dos atalayas de viviendas de lujo. Las había diseñado uno de los más prestigiosos arquitectos nacionales en colaboración con un ingeniero de la empresa estadounidense Virginia Tech, famoso por sus estudios en torno al diseño de nuevos sistemas estructurales.

Las dos torres constituían una de las edificaciones de alto standing más inauditas en cuanto a diseño y estructura; se consideraban una maravilla arquitectónica de la ciudad. Una y otra se erguían altivas desde el suelo, conjugando materiales como la piedra, el titanio, el acero y el cristal, símbolos reivindicativos de la independencia, la fuerza y la extensa tradición del hotel y la familia a la que pertenecía. Lo inusitado de su bello y grácil perfil, en forma de ligera espiral, proporcionaba un poderoso efecto óptico de movimiento giratorio ascendente. El ingeniero de Virginia Tech había diseñado una innovadora y prodigiosa estructura paralela a las fachadas que, mediante corrientes de agua, dotaba a los bloques de un ilusorio dinamismo que constituía un deleite para la vista. Como era lógico, dada mi doliente economía, nunca había tenido oportunidad de entrar en aquel laberinto de metal y lujo solo apto para bolsillos sin agujeros y voluntades capaces de permitirse los miles de

euros semanales que costaba el alojamiento. Para mis ojos y mi sueldo, aquel hotel pertenecía a otro mundo situado a años luz del mío.

El apartamento de Álex estaba en la cúspide del organizado enjambre de viviendas, a cuarenta plantas del suelo. El ascensor, panorámico y acorde con el diseño del conjunto, combinaba elegancia y precisión de manera natural. Así y todo, aquel ingenio de cristal incitó bruscamente mi vértigo. Cerré los ojos mientras el artefacto se elevaba lentamente hacía un infinito que, como no podía ser de otro modo, se me hizo eterno.

—¿Tienes miedo a las alturas? —curioseó Álex al reparar en mi acción.

—Sufro acrofobia desde que, cuando era niña, la noria del parque de atracciones se paró durante algo más de quince minutos, dejándonos a mi mejor amiga y a mí en lo alto —le expliqué mientras abría los ojos y los fijaba en el techo del ascensor.

—Vaya... Yo que tenía pensado llevarte al Preikestolen la próxima vez que quedáramos... —dijo con ironía—. ¿Qué son seiscientos cuatro metros de nada?

—Qué gracioso. Puedes ahorrarte el viaje a Noruega, a menos que prefieras la compañía de un cadáver. —Hice una inhalación profunda—. La sensación se mitiga ligeramente si cierro los ojos o miro a un punto fijo.

—Entonces, mírame a mí —dijo con un tono reposado y autoritario.

Hice lo que me pidió. Inexplicablemente, siempre acababa por hacer lo que me pedía.

Con timidez deslicé los ojos hasta encontrar los suyos. Su mirada, como siempre impenetrable, acrecentó la fuerte sensación de vértigo, tanto como si estuviera contemplando el suelo desde los cuatrocientos cuarenta y tres metros del Empire State o los ochocientos treinta y dos del Burj Khalifa. Durante esos instantes me miró intensamente, como si pudiera obligarme a contarle todos mis secretos.

—Tienes unos ojos fascinantes, Loane, profundos. Grandes como los de una niña. No logro distinguir dónde termina la pupila y comienza el iris.

—Porque son negros —señalé, visiblemente halagada.

—Negros y radiantes como el azabache..., y almendrados. Ojos de egipcia —alegó sin perder la conexión visual—. Jamás he visto unos ojos como los tuyos. Profundos e insondables.

—¿Ojos de egipcia? —repetí extrañada.

—No has oído hablar del ojo de Horus, por lo que veo.

—Es un amuleto egipcio. En efecto, un ojo almendrado. —Me encogí de hombros.

—Tu ojo encaja a la perfección con la fracción egipcia —indicó con sabiduría matemática ante mi expresión de asombro—. El ojo de Horus contiene los símbolos

jeroglíficos de los primeros números racionales. —Sonrió con aires de maestro de escuela—. La fracción egipcia es una suma de fracciones unitarias que tienen como numerador el uno y como denominadores diversos enteros. Mediante combinaciones de la fracción egipcia se puede representar cualquier número racional positivo.

—Entiendo, entonces, que los egipcios representaban cualquier fracción de numerador distinto de uno con una suma de fracciones unitarias.

—Equilicúa —certificó Álex—. Chica lista.

—Pues esta chica lista sigue sin entender qué similitud existe entre la fracción egipcia y mi ojo —apunté con lengua afilada.

—Después te lo explico con calma.

Rondaba la medianoche cuando el ascensor se detuvo al llegar a su destino, en la cúspide de aquel alarde de la arquitectura y la ingeniería del siglo XXI, interrumpiendo con oportuna sutileza el debate en que había derivado la conversación y que con toda probabilidad habría terminado en discusión. Las puertas metalizadas se abrieron por fin, para alivio de mi vértigo. Cuando puse los pies fuera del artefacto respiré el aire condensado que rezumaba la canícula de la noche.

—¿Más segura ya? —me preguntó Álex.

Tranquila, mientras la sensación de mareo se disipaba poco a poco, asentí levemente y me alisé la falda con las

manos.

Álex se sacó la cartera del bolsillo y extrajo de ella la tarjeta magnética, con la que abrió la puerta. Cuando, con caballerosidad, me hizo pasar delante, vi un espacio diáfano iluminado por un leve resplandor violeta; un esbozo del glamour hecho vivienda. Estéticamente perfecto, las líneas minimalistas que caracterizaban el apartotel despojaban la decoración de elementos sobrantes y la reducían a lo esencial, sin que ello significara pérdida de estilo. Al entrar en el salón, vaso comunicante entre el vestíbulo y el resto de la casa, recorrí con la mirada el mobiliario, original y exclusivo. Tenía las paredes pintadas de gris marengo y se encontraba equipado con dos cómodos sofás de cuero blanco que encaraban en ángulo recto una mesita de cristal negro situada sobre una mullida alfombra roja confeccionada, presumí, de forma artesanal. En la pared, un enorme televisor de plasma se empotraba dúctilmente en ella hasta casi mimetizarse. La flanqueaban hasta la mitad del panel dos espicados helechos que ponían la guinda estética a un lugar ideal para disfrutar del mejor descanso y comodidad que, obviamente, harían de la estancia de quien se alojara allí una experiencia única.

Eché un último vistazo a mi alrededor. Todo estaba ordenado con escrupulosa meticulosidad.

—Veo que tú también eres adicto a la perfección — comenté a la vez que me daba la vuelta para mirarlo.

—Alguien dijo alguna vez que la levedad del ser humano y la inevitabilidad de la muerte nos llevan a buscar el hedonismo en las situaciones que controlamos. El orden me produce sensación de control.

—¿Eres un maniático del control? —le pregunté. Se encogió de hombros.

—No hasta la obsesión, pero sí, me gusta controlar todo lo que me rodea. —Lo miré con curiosidad.

—¿Incluso a las personas?

—Dejemos de hablar de mí; no soy un buen tema de conversación —dijo con un esbozo de sonrisa en los labios—. Ponte cómoda y siéntete como si estuvieras en tu casa —me indicó mientras entraba en el dormitorio.

—Gracias.

Me di cuenta de que tenía la boca seca.

Me senté en un sofá, indecisa, con las manos en el regazo y el corazón encorsetado en el encaje de filigranas que entretejían mis nervios. Replegada en mí misma, intentaba mantener la compostura mientras dejaba resbalar la mirada por la estancia. El cuero crujía escandalosamente al menor movimiento, lo que no contribuía a tranquilizarme.

Hice un esfuerzo para mantenerme erguida sin que Álex apreciara la inquietud que se exhibía de una manera ya demasiado declamatoria en la rigidez de mi espalda. Pese a aquella agitación, reconozco que saboreaba la proximidad



que nos procuraría la noche en el íntimo espacio que creaban las paredes de aquel lugar.

—Hay que curarte esa herida, Loane.

Giré la cabeza al sonido de su voz y sentí una especie de remordimiento cuando lo vi salir de la habitación cargado con una manta y una almohada.

—Lleva un buen rato sin sangrar —apunté.

—Ven —susurró.

Me pareció que su voz sonaba sensual en un contexto que, aun sin serlo, quise considerar romántico. Me levanté del sofá y me dejé guiar por Álex hasta el cuarto de baño. Nada más hacer entrada me fue imposible no reparar en el enorme jacuzzi y la intensa luz que hacía brillar las enceradas baldosas. De nuevo, el lujo llamaba a golpes a la puerta de aquella bacanal de consumismo y derroche. Me abstuve de hacer ningún comentario derivado del prisma que ofrece el mundo miserable en que vivimos el resto de los mortales. Mientras mi vanidad se recreaba ante el despliegue de boato que presenciaban mis ojos, Álex sacaba del botiquín todo lo necesario para curarme el corte del hombro.

—Es conveniente lavar la herida —dijo al tiempo que se aproximaba con el propósito de realizar tal cometido—, no vaya a infectarse.

—Ya me encargo, Álex. Gracias —le dije amablemente, adelantándome a su acción.

Abrí el grifo, del que manó un chorro de agua templada. Acerqué el brazo y me lavé cuidadosamente el corte. El calor del agua me relajó los músculos y me calmó el dolor punzante que atravesaba la herida. Álex me brindó cordialmente una de las toallas que pendían del metal dorado del toallero. Cuando terminé de secarme, consciente de que no le permitiría ayudarme, empapó una gasa en agua oxigenada y me la ofreció. La acepté y agradecí de nuevo su dedicación.

—Debes tener cuidado —indicó.

—Soy un poco torpe. Siempre hay alguna columna o algún mueble dispuesto a cortarme el paso —bromeé.

—Estoy hablando en serio.

Se inclinó hacia mí y fijó sus ojos en los míos. La expresión de su rostro denotaba preocupación.

—Lo tendré —respondí prudente y cabizbaja, aferrando la gasa humedecida en antiséptico yodado que Álex acababa de darme.

—No me gusta lo que me has contado cuando veníamos —señaló sobrio.

Se hizo un repentino silencio. Álex me cogió la mano, le dio la vuelta y la contempló con los ojos entrecerrados, observando detenidamente las líneas de la palma y recorriéndolas con el índice extendido como si estuviera leyendo en mi piel lo siguiente que fuera a decir. Su rostro estaba peligrosamente cerca del mío.

—No me hace ninguna gracia que te vigilen.

—No voy a echarme atrás, si es lo que te preocupa —dije a la defensiva, liberando mi mano del entramado de sus dedos—. Para mí, la palabra dada es una deuda.

La severidad con que me miró hizo darme cuenta de la excesiva suspicacia que había atribuido a mi desatinado comentario.

—¿Por qué no te relajas? —me aconsejó ácidamente. Guardé silencio unos instantes.

—Esto ya está —concluí seca, haciendo caso omiso de lo que se me antojó una de sus impertinencias.

Molesto, y haciendo un esfuerzo consciente para no dar réplica a mi salida de tono, salió del cuarto de baño. Observé su silueta hasta que se desvaneció en la luz violácea del salón. Cubrí celosamente la herida con el vendaje que Álex había preparado para ello y seguí sus pasos.

—¿Qué quieres cenar? —me preguntó con voz sorda cuando me vio en el salón.

—Nada —respondí—. No tengo apetito, pero gracias.

—¿Un vaso de leche calentita? —sugirió amistoso—. Ayuda a deshacer los nudos del estómago. Garantizado. —Asentí a su propuesta con ánimo conciliador. Álex sonrió complacido.

Mientras él hacía el pedido al servicio de habitaciones, me retiré unos minutos a la terraza. Aquella enorme azotea embaldosada era un espacio de rotundo placer y recreo para

la vista, un lugar desde donde se podía tocar el cielo sin apenas levantar los brazos, y que parecía tener el firme propósito de acentuar más si cabía la suntuosidad del inmueble, por si quedaba alguna duda. Desde ella se divisaba la inmensidad de Madrid en todo su esplendor. La capital se desplegaba ante mí en un abanico de edificios, calles y monumentos, como un Lego gigante con sus piezas perfectamente conectadas.

Mis ojos se perdieron en la afluencia y la diversidad de los miles de colores que cedía el resplandor de la ciudad, en medio de las sombras melancólicas de la noche. Recorrí imaginariamente las innumerables líneas de los edificios y monumentos que cubría aquel manto policromado, moteado por la luz de la luna. El aire devolvía un aroma edulcorado por las buganvillas y madreselvas que trepaban dócilmente por las paredes intentando arrancar el aliento al lugar, robarle, quizá, su alma de piedra. Me habría pasado allí toda la noche, sin hablar, sin pensar en nada, solo escuchando el murmullo de Madrid, contemplando el espectacular contorno que las luces multicolores delineaban sobre la silueta urbana, dejando que la brisa me acariciara la piel y me agitara el pelo contra la espalda o, simplemente, inhalando el olor floral que perfumaba el ambiente.

—Te protegeré de cualquier peligro que corras. —Álex, que había salido a mi encuentro, rompió el silencio—. Jamás dejaré que nada malo te suceda.

Tener la necesidad de escuchar esas palabras me hacía sentir demasiado desamparada. Por más que lo intentaba, no podía asfixiar el recuerdo de aquella sombra difusa que cruzaba el pasillo, el sonido de su respiración como una amenaza detrás de mí. Una ráfaga de aire recorrió la cornisa y agitó los largos mechones de pelo que me caían en cascada por los hombros. Un escalofrío me bajó desde la nuca hasta la base de la espalda. Aún tenía el miedo adherido a la piel. Doblé los brazos y me los froté tratando de zafarme de la sensación de frío.

—Muchas gracias por todo —Giré hasta tenerlo frente a mí—. Gracias por dejar que me quede aquí esta noche.

—No tienes que dárme las —dijo mientras me colocaba un mechón suelto detrás de la oreja—. Soy yo quien debe agradecerte la ayuda que me estás prestando. —Silenció sus labios durante unos segundos. Su mandíbula se tensó—. Me siento culpable de esta situación.

—No debes sentirte culpable de nada —me apresuré a decir con voz comprensiva—. No estás obligándome a hacer nada que no quiera. Tomé una decisión, y toda decisión tiene consecuencias.

—Puede que las consecuencias de esta sean demasiado peligrosas —objetó.

—Si es una vida lo que está en juego, cualquier riesgo es necesario —alegué, intentando calmar su malestar.

—Quizá la vida que está en juego no merezca la pena ser salvada.

Lo miré presa de la confusión, sin dejar de advertir la expresión sombría que se había apoderado de su rostro. El resplandor de un viejo dolor asomó de pronto a sus ojos.

—¿Qué me quieres dar a entender? ¿Qué tu vida no merece la pena? —inquirí severa.

En aquel momento sonó el timbre.

—He pedido un gran tazón de leche caliente con muchísimas galletas de chocolate para ti y una ensalada de pasta para mí —indicó, dibujando una sonrisa con la mitad de la boca.

Álex se valió de la inoportuna interrupción del servicio de habitaciones para obviar mi pregunta. No insistí; supe que no debía. Nuevamente, la cruz que cargaba revelaba su enorme peso ante mí. Aunque no me faltó la tentación de volver a plantearle la cuestión, cejé en la intención; no era el momento. Pero pude confirmar que Alexander Vanderbilt portaba un pesado lastre, un ancla del pasado que arrastraba con esfuerzo por el presente.

Detrás de ese hombre de ojos incendiarios, que destilaba seguridad en sí mismo y en su destino, insolente, altanero, tremendamente enigmático, soberbio en ocasiones y cautivador en extremo, se ocultaba una persona que gravaba su vida con un sentimiento de culpa voraz, que excavaba una sima en él y lo atrapaba en un pasado que no lo dejaba

tranquilo. Algún error del que trataba inútilmente de huir lo corroía vivo.

—Tengo datos nuevos sobre la Alianza de los Siete Arcángeles —anunció mientras acercaba la cena a la mesa.

—Yo también —afirmé. Me miró intrigado arqueando una ceja—. Tú primero —invité.

—¿No van primero las damas? —bromeó.

—En este caso no —respondí intransigente.

—Había datos erróneos en la información que te di. Los he podido contrastar estos días que he pasado en Barcelona. —Lo escuché atenta—. No es cierto que un famoso pintor fuera miembro de la Alianza, pero sí que una obra famosa contiene la clave del secreto que ocultaba.

—¿Tienes idea de qué obra es? —sondeé.

—No. Muy a mi pesar, no cuento con esa información.

En una bandeja de madera con ribetes plateados, dispuesto con método y protocolo, mi tazón de leche caliente junto a un montón exagerado de enormes galletas de chocolate me alimentó los ojos y empezó a despertarme el apetito. Álex la situó en la mesa del salón, y en el otro extremo, su ensalada de pasta.

—Tampoco tengo claro quiénes pudieron ser los fundadores de la Alianza —continuó.

—Los apóstoles —aseveré mientras me sentaba, sin dar importancia al dato.

La expresión de Álex se tornó circunspecta ante mi afirmación, y sus ojos me miraron prudentes.

—¿Los apóstoles? —repitió incrédulo.

Afirmé con la cabeza mientras masticaba una de las jugosas galletas de chocolate.

—Exactamente siete de los doce que acompañaron a Jesús durante su vida pública —argumenté, expectante a la reacción de Álex.

—Pero ¿cómo...? —balbuceó sin acabar la pregunta, fascinado por mi descubrimiento.

—Yo también he hecho mis pesquisas —señalé.

—Y son muy buenas. Entonces estamos de acuerdo en que el secreto que custodiaba la Alianza de los Siete Arcángeles versa en torno a Jesucristo.

—Eso parece —corroboré satisfecha.

—Tus averiguaciones son mejores que las mías —afirmó.

—Lo importante es que nos conduzcan correctamente hasta ese secreto tan codiciado. Hasta ese secreto que va a salvarte la vida —solté de manera inconsciente.

—De ello depende, como bien dices, mi vida.

—Lo siento. No quería...

—Sobran las disculpas —me cortó—. Tienes toda la razón: de ello depende mi vida o, mejor dicho, mi muerte.

Deseé que la tierra me engullera en ese mismo momento. Las últimas palabras habían salido de mi boca de forma



espontánea, sin que me percatara de lo desatinado del comentario.

—Confío en que daremos con ello. Las perspectivas son buenas.

Álex asintió resignado.

—¿Se te ocurre qué peculiaridad de la vida de Jesús pudieron ocultar sus apóstoles? —me preguntó—. ¿Algo relacionado nuevamente con su posible descendencia?

—Podría ser —confirmé sin mucha convicción—, pero lo dudo. Tal parece que eso fue una argucia muy bien argumentada con el único propósito de hacerse en su día con el trono de Jerusalén, perteneciente por estirpe a Jesús como rey de los judíos que era. Siglos después, Pierre Plantard adoptó la misma argucia para devolver la monarquía a Francia intentando demostrar la supervivencia de la dinastía merovingia, esa supuesta descendencia del Mesías, y atribuirse de paso un linaje regio.

—Me suena ese nombre —dijo Álex—. Pierre Plantard... —repitió para sí, rebuscando en su memoria—. Si no me equivoco, en la década de 1990, fue Plantard quien argumentó que Roger-Patrice Pelat, amigo de François Mitterrand, entonces era presidente de Francia, había sido gran maestro del Priorato de Sion. El escándalo que provocaron estas declaraciones salpicó también al primer ministro francés.

—No tenía conocimiento de eso —señalé.

—Tienes razón cuando dices que Pierre Plantard intentó reinstaurar el trono en Francia —continuó—. Recuerdo que cuando tuvieron lugar estos sucesos, un tribunal francés ordenó requisar muchos de los documentos guardados por Plantard, y algunos de ellos incluían sus proclamaciones como rey legítimo de Francia. En el juicio, bajo juramento, Plantard confesó que lo había ideado todo para tal fin, incluido el papel de Pelat como gran maestro del Priorato de Sion.

—Definitivamente, hay gente con mucha imaginación —ironicé.

—En ocasiones, la realidad supera la ficción —dijo Álex.

—En la mayoría —maticé.

—¿El Priorato de Sion es un fraude?

—Totalmente —afirmé rotunda—. No así la Orden de Sion, que verdaderamente existió, aunque no con el cometido que le atribuye todo el mundo.

—¿No es lo mismo?

—No. Es una confusión habitual, pero son cosas distintas. La Orden de Sion fue una orden militar y religiosa fundada por Godofredo de Bouillón durante la Primera Cruzada en Jerusalén, para la supuesta defensa de los peregrinos. Su abadía, Notre Dame du Sion, protegía el Monte de Sion, donde cuenta la tradición que se encontraban el lugar donde se celebró la última cena y la tumba de David. La Orden de Sion, además, hacía de brazo secular de la iglesia católica.

La intención de Godofredo de Bouillón, perteneciente a la dinastía merovingia, era proclamarse rey de Jerusalén con la afirmación de que la estirpe de los reyes francos se había mezclado con la de Jesucristo al principio de nuestra era.

—¿A través de...? —quiso saber Álex.

—De Sara del Mar, la supuesta hija de Jesús de Nazaret y María Magdalena. Según la leyenda, una embarcación que transportaba a María Magdalena y a Sara, fruto de su relación con Jesús, tomó tierra en el sur de Francia. Plantard ideó una supuesta conexión entre la Orden de Sion y el Priorato de Sion.

—¿De qué manera? —preguntó interesado.

—Se inventó un linaje regio del Priorato de Sion, supuestamente surgido de los restos de la Orden de Sion. Lo único que pretendía era restaurar la monarquía y la nobleza en Francia mediante los derechos de realeza que supuestamente le correspondían.

—Buen intento —apuntó Álex.

—¿Tú crees? —repliqué suavemente.

—El Priorato de Sion tiene más de un partidario.

—Una estupidez no deja de serlo por tener mil partidarios.

—Excelente respuesta —advirtió—. Pero para todo hay adeptos.

—Muy acertado —afirmé cómplice, devolviéndole el elogio—. La diferencia respecto a otro tipo de estupideces

es que esta está argumentada.

—Tienen argumentos y todo. No está nada mal.

—Sí, argumentos que intentan dar existencia real al Priorato. Sobra decir que carecen por completo de certeza.

—¿Qué argumentos son esos?

Percibí que el interés de Álex se acrecentaba a medida que ahondaba en el asunto. Me alegraba constatar la fascinación que suscitaba en él, aunque no era el único. La Orden de Sion ha sido durante siglos fuente de enigmas y leyendas, y ofrece un atractivo que en escasas ocasiones deja indiferente a quien decide sumergirse en los entresijos de su historia. Desde que Arthur mentó su nombre, junto con el del Priorato de Sion, había pasado varias horas leyendo y contrastando versiones, investigando por mi cuenta, arañando datos al mito, intentando sacar verdad de la mentira por si guardaba una relación estrecha con la Alianza de los Siete Arcángeles, aunque no parecía ser el caso.

—El Priorato —tomé la palabra— juraba proteger la dinastía merovingia por ser descendiente directa de Jesús de Nazaret y María Magdalena. A pesar de que no quedaba un solo sucesor acreditado de los reyes francos, pretendían restablecer dicha dinastía. Además, el Priorato de Sion elaboró una lista de grandes maestros que se remontaba a los caballeros templarios.

—Sandro Botticelli, Leonardo da Vinci, Isaac Newton, Víctor Hugo, Renato de Anjou... —citó Álex.

—Entre otros.

—Algunas de las mentes más celebradas de la historia — señaló mordaz.

—Las celebridades dan mucha credibilidad —alegué—. Únicamente hay que fijarse en las campañas publicitarias, los mítines políticos y los actos solidarios. Una cara conocida garantiza un buen número de partidarios.

—Buena apreciación.

—Gracias. Es lo que tiene ser famoso y gozar, eso sí, de buena reputación —dije en tono sardónico—. Si los grandes maestros del Priorato de Sion hubiesen sido personajes como Nerón, Hitler o Ranavalona I, los seguidores del Priorato de Sion serían de otra índole, y la credibilidad de aquello a lo que dieran protección, dudosa para según qué personas.

—¿Ranavalona I? —repitió Álex, divertido.

—¿No sabes quién es? —le pregunté entre risas. Negó con la cabeza, impaciente—. Fue una reina de Madagascar que se divertía experimentando con sus súbditos. Los obligaba a beber veneno o nadar entre cocodrilos, o los hervía vivos — le relaté—. Por simple diversión exterminó a más de diez mil esclavos en una semana de festejos. Parece mentira que no hayas oído hablar de ella —dije en broma.

—Ni que lo digas —aseguró Álex, sorprendido ante el espeluznante relato—. Me quedé en Daria Nikoláievna.

—¿Daria Nikoláievna? —curioseé extrañada, siguiéndole el juego.

—¿Nunca has oído hablar de Daria Nikoláievna? —enunció mordaz. Ahora era yo quién negaba con la cabeza, aguardando su respuesta—. ¿No conoces a la «Bathory rusa»?

—¡No! —exclamé.

—Parece mentira que no hayas oído hablar de ella —rio.

—¡Esa frase es mía! —dije simulando enfado—. Te voy a cobrar copyright.

—Las palabras son de todos y de nadie —dijo entornando los ojos—. Daria Nikoláievna, conocida como Saltichija, fue una condesa moscovita con un insaciable apetito vampírico, que torturaba hasta la muerte a sus criadas. Mató a más de ciento treinta jóvenes

—Drácula a su lado era un aficionadillo —señalé.

—Casualmente, siempre eran muchachas a punto de contraer matrimonio.

—¿Y esa extraña fijación?

—Saltichija se enamoró perdidamente de Nicolás Tyuchev, un apuesto joven que se casó en secreto con otra. Daria se resarcía del despecho torturando y matando a criadas en las que veía a la joven y hermosa mujer que había conquistado a Nicolás.

Alcé las cejas.

—Se dice que las azotaba salvajemente —prosiguió—. Les echaba agua hirviendo, las arrastraba por el pelo hasta que se lo arrancaba... y cuando sus víctimas aún estaban vivas, bebía la sangre directamente de sus heridas. —La voz de Álex se tornó sugerente.

—Era una sádica con tendencias homoeróticas —apunté.

—Tenía cierta predilección por las prácticas sadomasoquistas más o menos extremas —añadió complacido.

—No acabo de entender la obtención del malsano placer que otorga el tormento de un cuerpo ajeno.

—O del propio. El masoquismo también existe.

El cariz lúbrico que tomaba la conversación, la manera deliciosamente interesante que aportaba Álex a su forma de hablar y la sensualidad que infería a cada palabra empezaron a dar voraces mordiscos a un irresistible morbo al que había sucumbido hacía ya un rato, y que me iba arrastrando lentamente hacia sus oscuras profundidades.

—Creo que nos estamos desviando —objeté con el propósito de encauzarlo de nuevo hacía el Priorato de Sion.

Álex me miró de reojo, advirtiendo mi palpable nerviosismo. Me observó durante unos segundos con sus penetrantes ojos azules y sentí un escalofrío cuando vi que se le marcaban las facciones. Su mirada brilló con determinación y sus labios esbozaron una media sonrisa

confiada al percibir mi estado, una expresión osada que tiñó de tirantez mis siguientes palabras.

—Álex —llamé su atención—, nos estamos desviando totalmente del tema que nos atañe.

—Cierto —No me dio la razón muy convencido—. No es el momento de desarrollar ningún tratado de sadomasoquismo aristocrático.

—Prosigamos —dije intentando mantener la compostura.

—Es una buena estrategia de márketing.

—La mejor de todas —reafirmé—. Un personaje de renombre confiere la dimensión universal de sus éxitos a lo que promocióne.

—Plantard sabía lo que se hacía.

—En teoría no iba mal encaminado. Incluyó en la lista de supuestos grandes maestros a personajes, como bien has señalado, muy ilustres. ¿Quién no ha oído hablar de Botticelli?, ¿de Newton?, ¿de Leonardo da Vinci?

—Es evidente que refuerza la percepción del producto. En este caso, la existencia del Priorato de Sion.

—Una persona célebre, y más si es ilustre, aumenta hasta un veinticinco por ciento la notoriedad de lo publicitado en el grupo al que va dirigido.

Hicimos una breve pausa para comer. Teníamos la cena prácticamente abandonada.

—Está claro que Pierre Plantard —insistió Álex— utilizó como piedra angular de su fraude el enigma que durante



siglos ha planeado sobre los caballeros templarios.

—Así es. Todavía consiguen, a día de hoy, despertar sentimientos opuestos. Tienen defensores acérrimos y detractores encarnizados que se cuentan por decenas.

—Efectivamente, hay posturas divergentes. Para algunos fueron creyentes modélicos con la obstinada idea de defender la cristiandad frente a los musulmanes; para otros, caballeros a los que solo guiaban la avidez por la riqueza y la ambición de poder, y que se comportaban con una vanidad y una soberbia impropias de cristianos. Por no citar a quienes los consideran una secta practicante de ritos cabalísticos y mágicos, poseedora de tesoros ocultos y grandes secretos.

—¿Tú qué piensas que eran? —le pregunté.

—De todo un poco —simplificó—. La defensa acérrima de las creencias llevadas al extremo por una fe agresiva, sin transigencia ni margen para la libertad, tiene la capacidad de provocar comportamientos límites en algunas personas, como pudo suceder con los templarios. ¿Y tú? ¿Qué piensas de ellos?

—Es inútil hacer juicios de valor a estas alturas. Quizá tengas razón. Cualquier idea llevada al extremo suele tener consecuencias nefastas. Fueran lo que fuesen, lo más atractivo del Temple es el modo en que desapareció y su participación en las Cruzadas.

—Aunque el Temple forma parte de la historia, la idea básica que motivó su creación sigue a la orden del día.

Entrecerré los ojos, curiosa por la conclusión del último razonamiento de Álex, que presumía interesante. Continuó:

—La obsesión que persigue a algunos hombres por imponer, caiga quien caiga y por la fuerza, sus creencias religiosas.

—Buena conclusión.

—Gracias. Una inocente manera de hacer historia.

—No tan inocente —subrayé—. En mi humilde opinión, Godofredo de Bouillón utilizó a los templarios en beneficio propio. Su única pretensión era hacerse con el trono de Jerusalén, y para ello envolvió a la orden en una atractiva mentira, tan errónea como conveniente, que llevó hasta sus últimas consecuencias. Tanto es así que en la actualidad hay quienes apuestan por ella.

—La supuesta descendencia de Jesús... —irrumpió Álex.

—En ningún caso niego que Jesús pudiera tener descendencia con María Magdalena, que conste. Son muchos los escritos apócrifos que lo atestiguan; el evangelio de Felipe, el de Tomás, la narración de la propia María Magdalena... —enumeré—. Pero desde luego, la dinastía merovingia no estaba relacionada por lazos de consanguinidad con esa descendencia.

—Una mentira nunca es más grande que una verdad —aseveró Álex.

—Moralmente debería ser así, pero en la práctica depende de cuál sea la mentira y cuál la verdad.

—¿Crees que la Orden del Temple tenía conocimiento de la Alianza de los Siete Arcángeles? —interrogó con cierta sospecha.

—Lo dudo —respondí—. La Alianza se caracterizaba por un extraordinario hermetismo, una reserva infranqueable. Un secreto deja de serlo cuando deja de ocultarse, así que decidieron callar.

—Quizá Godofredo de Bouillón fuera un ángel caído... y quisiera sacar partido del secreto de la Alianza.

—Es una posibilidad. Sin embargo, algo me dice que no —dije sin titubear—. Si en nombre de una mentira consiguió levantar un regimiento, no quiero imaginar qué habría hecho si hubiera tenido una verdad en sus manos. Además, eso significaría que la Orden de Sion y la Alianza de los Siete Arcángeles compartían secreto, pero dudo que el Temple tuviera siquiera conocimiento del pacto realizado por los apóstoles. A Álex no pareció satisfacerlo mi respuesta—. Si había una cualidad que definía la Alianza era la discreción. Más de dos mil años después, apenas se conoce su existencia.

—¿Por qué siete apóstoles, únicamente?

—O los cinco restantes desconocían tal pacto, o no estaban de acuerdo en ocultar lo que se ocultó.

—Jesucristo vuelve al punto de mira —dictaminó Álex, clavando sus ojos en los míos.

—Absolutamente —ratifiqué sin apartarle la mirada.

Durante unos segundos nos mantuvimos en una conexión visual perfecta, creando un extraño vínculo mimético encaminado a engañar de una u otra forma a los sentidos. Una vez más, comprobaba que la mirada de Álex, indescifrable como siempre, poseía un insólito poder que traspasaba cualquier frontera del mundo real. Me contemplaba como si pudiera verme el alma y me desnudara a través de ella. Aunque su mirada directa se me antojaba en ocasiones una desleal intromisión en mi intimidad, me atraía como un imán. Involuntariamente conseguía intimidarme, invadirme psíquica y hasta físicamente. Nunca logré dar con la explicación del poderoso efecto que ejercían sobre mí los ojos clarísimos de Alexander Vanderbilt, pero parecía el retorcido resultado de un encantamiento.

—¿Nunca vas a dejar de sorprenderme? —soltó de repente, pillándome desprevenida.

Vi que estudiaba mi expresión con ojos curiosos.

—Sabía que no me equivocaba cuando te elegí para que me ayudaras a resolver este enigma —continuó—. Eres perfecta para ello.

Su voz parecía franca. Lo era. En aquella ocasión, por primera vez, percibí en sus ojos un respeto que no había visto hasta entonces, una admiración sincera que se mostraba

a través de ellos. Pero mi infundado recelo se hizo con el estrado en ese momento, y el instinto me aconsejó que no me tomara demasiado en serio sus halagos; al fin y al cabo, era Alexander Vanderbilt.

—Dime eso mismo cuando haya descubierto qué se oculta detrás de la Alianza de los Siete Arcángeles —objeté—. Aún no tenemos nada.

—Te lo diré. Tenlo por seguro. Estoy convencido de que darás con ello; tu pasión intelectual se encargará. —Me abstuve de decir nada.

—¿Me explicas ahora con más detalle lo del ojo de Horus? —dije después de unos segundos.

Una sonrisa se abrió paso en los labios de Álex.

—Los egipcios fueron pioneros en la utilización del álgebra; eso es sabido por todos —expuso—. Representaban las fracciones con un antiguo sistema basado en las potencias de un medio. Los símbolos de las fracciones principales se extrajeron de las partes que componían el ojo de Horus.

—Sigo sin entender...

—La paciencia no se encuentra entre tus virtudes, ¿cierto? ¿Tienes un bolígrafo?

Busqué la estilográfica que solía llevar en el bolso. Cuando la encontré perdida en el fondo se la ofrecí, a la vez que él se hacía con un papel arrugado del bolsillo trasero de los tejanos. La tomó de mi mano y dibujó el ojo de Horus

con los componentes separados y, entre ellos, una serie de fracciones.

$$\triangleleft = \frac{1}{2} \circ = \frac{1}{4} \sim = \frac{1}{8} \triangleright = \frac{1}{16} \curvearrowright = \frac{1}{32} \blacktriangleright = \frac{1}{64}$$

—¿Hay algo que te llame la atención en esta sucesión de quebrados? —me preguntó.

La observé con detenimiento mientras me mostraba el papel.

—El denominador de cada uno es el doble que el del anterior.

—Exacto —ratificó.

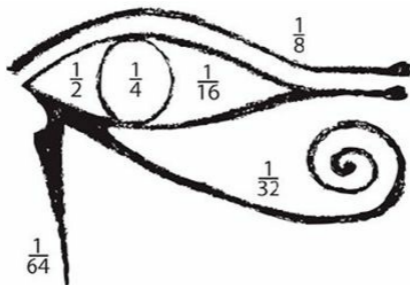
—Y los símbolos, ¿qué representan? —pregunté con incipiente curiosidad.

—Las partes que componen el ojo de Horus. Presta atención.

Comenzó a esbozar en el papel, debajo de aquellas extrañas representaciones simbólicas y de la sucesión fraccionaria, una serie de líneas convergentes que iban tomando la forma de un ojo esquemático. La figura que empezó a adquirir cuerpo a través de sus trazos me resultaba familiar: el contorno del ojo de Horus. Cuando terminó, insertó en él las fracciones y me lo enseñó.

—Ahora lo comprendo —dije al contemplar el diseño—. ¿Te parece que mis ojos poseen esas medidas?

—Creo que de manera exacta —aseguró—. Es inusitado encontrar ojos de estas características fuera de Egipto o de la zona.



—Pues ya ves que en este caso no es así. No soy egipcia.

—¿Y tus antepasados? —preguntó curioso.

—No lo sé. Nunca se sabe de qué clase de individuos se puede descender —dije despectiva.

Álex no quiso profundizar más en el tema. Intuyo que advirtió en el tono de mi respuesta cierto halo espinoso que era mejor no tocar, por lo menos de momento.

—Muchas personas tienen los ojos rasgados, y no creo que todas ellas tengan antecedentes egipcios —alegué, rompiendo el breve silencio que se había instalado entre nosotros.

—No se trata de la forma, sino de las proporciones exactas del ojo de Horus.

—¿Casualidad? —deje caer, restándole importancia.

—No soy partidario de las casualidades.

—¿Eres partidario, entonces, de las causalidades?

—Podría decirse que sí. Todo lo que sucede tiene una causa.

No entré a debatir su teoría.

—Las personas que poseen esa tipología —continuó ante mi silencio— tienen fama de inteligentes, audaces e intuitivas. Se dice que el dios egipcio Horus les dota el alma de estas virtudes para observar el mundo a través de sus ojos.

—No estarás diciéndome que el dios Horus habita en mí.

—Sonreí divertida.

—No —contestó entre risas—. Pero sí que posees determinadas virtudes que quizá... —No acabó la frase.

—Que quizá, ¿qué?

—Que quizá sea él quien te las otorga —dijo sonriendo—. Es curioso...

—¿El qué?

—El ojo de Horus, o Udyat, tiene la finalidad de mantener la justicia y el orden del universo. Quien lo posee es capaz de obtener respuestas de él —teorizó—. Es curioso que tú andes tras la mayor revelación que puede ofrecer el universo.

—Es simplemente eso: curioso.



—Curiosidad es lo que me incitan tus ojos, Loane. Son inescrutables, como los caminos del Señor.

—No sabía que también fueras versado en liturgia.

—Hay muchas cosas que no sabes —dijo con doble intención—, pero que estoy dispuesto a enseñarte.

La voluptuosidad de sus palabras parecía esconder una plegaria a la que encomendar la salvación del alma, con la concupiscencia suficiente para ponerme nerviosa y hacer que me removiera incómoda en el sitio. Carraspeé.

—Aunque te parezcan insondables —hice uso de la palabra para cambiar de tema—, lo que ves es lo que hay.

—Me gustaría ver más allá, pero por mucho que los mire, apenas puedo descubrir nada de ti en ellos.

—¿Para qué? Saberlo todo de una persona, aparte de llevar al aburrimiento, de hacer agonizar ese misterio que nos envuelve, la deja indefensa. Además, cuanto más dejes saber a alguien de tu vida, en mayor derecho se considerará para opinar.

—Puedes estar tranquila. Eres experta en levantar escudos.

Consulté la hora. Las manecillas de mi reloj de pulsera pasaban ya de las dos y media de la mañana, y los sonidos de la ciudad se habían adormecido con el arrullo de la noche. Aunque me pareció un santiamén, habían pasado más de dos horas desde el principio de nuestro diálogo. En

compañía de Álex, el tiempo parecía transcurrir a una velocidad demasiado precipitada.

—Ha sido un día muy largo —indicué—, y mañana tengo que levantarme temprano.

—Me hago cargo —respondió en tono comprensivo.

—Me gustaría darme una ducha. Si no te importa...

—Estás en tu casa, Loane —alegó amablemente.

Con pasos flojos me desplazé hasta el cuarto de baño mientras él recogía los platos de la cena.

Los minutos que pasé en la ducha permanecí inmóvil. Los efectos relajantes del vapor impedían a mi mente olvidar la insignificante distancia que esa noche separaría nuestros cuerpos, así como renunciar a los incesantes y efervescentes pensamientos que evocaba la figura perfectamente cincelada de Álex. Imposible exorcizarlos ante aquella escasez de metros. Bajo el chorro de agua caliente, cerré los ojos y me abandoné a la fantasía de sentir sus manos explorándome, sus labios a ras de piel. Cada poro apreciando su aliento, inhalando su aroma...

Al otro lado de la puerta, desde el salón, el timbre de un teléfono móvil me sacó del letargo en que descuidadamente me había sumido.

—Ahora no —le dijo Álex con voz áspera a su interlocutor. Cerré el grifo para escuchar mejor—. Está aquí, conmigo.

Cogí una toalla, asombrosamente suave, y me sequé por encima sin dejar de escuchar ni un instante aquella extraña conversación. Tras unos segundos de silencio, de nuevo sonó la voz de Álex, con tono seco y cortante.

—Ya sé lo que tengo que hacer después —le oí decir—. Eso corre de mi cuenta.

Acabé de secarme.

Unos minutos después me envolví con esa misma toalla, formando con ella un improvisado vestido palabra de honor que me anudé a un lado, y que dejaba adivinar las curvas de mi cuerpo. Con sumo sigilo me aproximé a la puerta; no se oía nada al otro lado. La conversación había concluido de forma descortés y terminante. Deduje sin ninguna dificultad que, aunque breve, el diálogo había girado en torno a mí, pero en algún instante previo a mi salida del baño decidí obviarlo. Cuando aparecí en el salón, Álex convertía el sofá en un lecho relativamente confortable. Lo observé en silencio. Algo parecía haber cambiado en su semblante tras aquella llamada.

—¿Puedo pedirte un último favor? —le pregunté tímidamente, reclamando su atención.

—Tú dirás —respondió solícito, volviéndose hacia mí.

—¿Puedes prestarme algo para dormir? Alguna camiseta que no utilices...

—Creía que dormías desnuda —me cortó—, como Marilyn Monroe.

Me sujeté la toalla, que impúdicamente comenzaba a resbalarse, y observé como sus ojos reparaban en mi cuerpo y se perdían en su perfil, mirándome de una manera que no me atreví a interpretar.

—¿Y de dónde sacas que no duermo así en mi casa? — alcancé a decir, a la vez que ajustaba en su sitio mi improvisado atuendo.

—De tu puritanismo —respondió sin dudar.

—No soy ninguna purit...

—¿No? —se adelantó a decir sin dejarme acabar.

Me brindó una sonrisa estereotipadamente divertida que traduje como impertinente y, sin más que decir, se dirigió al enorme armario del dormitorio y rebuscó en la ingente cantidad de cajones, hasta que de uno de ellos consiguió una amplia camiseta negra de manga corta, serigrafiada con la portada del disco *The División Bell* de Pink Floyd, que me ofreció con gesto mordaz cuando volvió al salón.

—Toda tuya —dijo.

—Gracias.

La tomé de entre sus manos de un tirón, me fui nuevamente al cuarto de baño, cerré la puerta y me cambié allí. Frente al espejo, la camiseta de Álex parecía en mi cuerpo la sábana de un fantasma. Las dos enormes cabezas metálicas diseñadas por Storm Thorgerson se arrugaban como pasas contra mi torso. Sobraba tela por todos los lados. Me sorprendí a mí misma intentando idear algo moderadamente

vistoso que hiciera de aquel trapo insustancial una prenda sugerente, pero dejé de preocuparme tras dos intentos poco convincentes. Al fin y al cabo, su misión era servirme de pijama. Salí del baño cohibida, tirando de la parte inferior con la inútil intención de taparme en parte los muslos, que se encontraban prácticamente al descubierto. Me sentía minúscula dentro de aquella enorme camiseta.

—Veo que te queda pequeña —señaló cómicamente Álex cuando me vio salir, sin poder refrenar una sonrisa.

—Es difícil ajustarme a tu metro noventa —anoté.

—Noventa y uno —me corrigió. Asentí—. Sé de algunas posiciones en las que mi metro noventa y uno se ajustaría perfectamente a tu... ¿metro setenta y dos? —se le escapó como un pensamiento en alto, mientras me engullía con los ojos.

—Metro setenta y uno, pero no me cabe la menor duda. En horizontal todos somos iguales —solté siguiéndole el juego.

—De eso puedes estar segura.

—Es mejor que sea yo quien duerma en el sofá —sugerí comprensiva—. Mi metro setenta y uno se acoplará mejor que tu metro noventa y uno —alegué para convencerlo.

—No pensarás que voy a dejarte dormir en el sofá.

—No veo por qué no.

—Simplemente porque no pienso dejarte —afirmó categórico—. ¿O tu lado feminista lo ve como una ofensa?

—Te encanta llevarme la contraria, ¿verdad?

—Estar de acuerdo en todo es sumamente aburrido — declaró—. Además, me gusta tocarte las narices y ver cómo te defiendes.

—¿De ti?

—Sí, de mí.

—¿Tendrás misericordia conmigo? —Mi pregunta pareció sorprenderlo. Ahora era mi mirada la que se tornaba impenetrable para él—. Contéstame, Álex, ¿tendrás misericordia conmigo? —repetí con voz pausada, sin perderlo de vista.

—No sé a qué te refieres —respondió extrañado.

—Dices que te gusta ver cómo me defiendo de ti —le aclaré—. Si es necesaria una defensa por mi parte, es porque hay un ataque por la tuya. Son conceptos implícitos y complementarios.

Calibró la respuesta durante unos segundos.

—Más de la que debería —dijo al fin, en un tono limítrofe con la resignación—. Y tú, Loane, ¿la tendrás conmigo?

—Ninguna —contesté firme, con voz grave.

Durante unos instantes guardamos un silencio incómodo. El semblante de Álex se ensombreció.

—Puedes disponer del dormitorio cuando desees. Yo duermo en el sofá.

Asentí levemente. Después, con un escueto «Buenas noches» en mitad de la inestable tregua, nos fuimos a dormir.

## CAPÍTULO IX

Apenas pegué ojo en las horas que faltaban para el amanecer. Empezaba a adueñarse de mí un insomnio que volvía puntualmente noche tras noche y amenazaba con convertirse en crónico. Tan solo conseguí engañar vagamente a la vigilia en un par de ocasiones en las que, soñolienta, oí el deambular de Álex por el salón. Me figuré que para él también transcurría el tiempo con viscosa lentitud aquella madrugada en la que todo había conspirado para hacernos dar vueltas en la cama.

Cuando me levanté al filo del alba, las luces escarlata de la aurora, como fantasmas que descendieran del cielo, se deslizaban apresuradas por el cuadrado que dibujaba el marco de la ventana, desgarrando los últimos retazos de oscuridad. Cuando la abrí, el perímetro de Madrid surgió trasnochado ante mis ojos. Mientras el amanecer bañaba de oro y cobre los edificios más altos, regalando un majestuoso paisaje urbano y un olor a tierra húmeda que embargaba el aire, la capital emprendía una nueva jornada de trabajo. El día se presentaba agradable, ciertamente. El sol de primera hora, visto desde la cúspide del Petit Aurum, era

espectacular. El reloj de la mesilla, una obra de arte con talante cubista, marcaba poco más de las seis y media de la mañana. Me vestí rápidamente y, sin hacer ruido, salí de la habitación pensando que, por lo prematuro de la hora, Álex estaría dormido; sin embargo, me equivocaba. Como un sereno o un guardián de sueños, estaba ya despierto.

—Buenos días, Bella Durmiente —me saludó.

—Buenos días, Álex —correspondí.

—¿Has dormido bien? —Ladeé la cabeza—. Te sangra la herida —observó preocupado.

Instintivamente, me llevé la mano al hombro y reparé en que el corte había supurado hasta empapar el vendaje.

—¿Me dejarás curártela? —preguntó.

—No es necesario que te molestes —respondí—. Ya me la curo yo cuando llegue a casa.

Cuando aparté la mano, la tenía ligeramente manchada de sangre.

—No creía que el corte fuera tan profundo —murmuré.

—Voy a ponerte unos puntos de aproximación —dijo Álex en tono tranquilizador. Asentí con una inclinación de cabeza.

Ya en el cuarto de baño, Alexander Vanderbilt se convertía de nuevo en mi más servicial y complaciente enfermero, y yo me veía obligada irremediabilmente a aceptar las atenciones que me dispensaban sus manos. Mientras me atendía, en su rostro había una expresión



indescifrable. Era imposible adivinar qué pensamientos pasaban por su cabeza.

—Me gusta cuidarte, Loane —dijo mientras preparaba las cosas—. Es extraño, pero me encanta.

—Y yo te lo agradezco, pero no es necesario.

—¿Siempre te haces la fuerte? —Volvía a sorprenderme con una pregunta.

—No me lo hago; lo soy. No es un comportamiento fingido.

—Entonces, ¿siempre eres tan fuerte? —insistió.

—No tengo elección —contesté.

Álex me apretó la gasa contra la herida del brazo. Aquella acción provocó una mueca de dolor que se reflejó en mi rostro. Lo miré aturdida. Tenía los ojos entornados, estudiando la reacción que el dolor producía en mí.

—¿No tienes elección? —dijo mientras retiraba la gasa.

—No —negué tajante—. A la gente débil, la vida la golpea hasta hacerla caer.

—¿Nunca has caído?

—No sabía que cultivaras el arte del interrogatorio, ni que tuvieras la curiosidad tan desarrollada.

Álex no salió al paso de mi comentario.

—Muchas veces. Más de las que se le deberían permitir a un ser humano —respondí al fin.

—Has tenido una vida difícil, ¿verdad, Loane? —preguntó intrigado, con un destello de ternura en los ojos.

—Se podría decir que no ha sido fácil —dije sin más.

—¿Algún día me hablarás de esos momentos difíciles que te ha tocado vivir?

—No —respondí rápida y resuelta—. Las miserias, como los trapos sucios, aunque resulten morbosas al oído, deben quedarse guardadas.

Álex levantó la cabeza y me miró fijamente.

—¿Por qué te muestras tan sarcástica a veces? —me preguntó.

—Soy así —respondí, sosteniéndole la mirada.

—Nunca acierto contigo. —Hizo una pequeña pausa mientras limpiaba el corte—. Eres demasiado orgullosa para dejar percibir tu dolor —me dijo, observándome de nuevo—. Seguro que eres de esas personas que no lloran jamás ante testigos, que se niegan a que las consuelen o, menos aún, las compadezcan.

Guardé silencio. En verdad no me gustaba que la gente me tuviera lástima o se enterneciera con mi historia, y Álex menos que nadie.

—Me gustaría saber cómo eres en realidad —apuntó mientras tapaba cuidadosamente la herida con un apósito nuevo.

—No desesperes; algún día lo conseguirás —lo animé con mordacidad.

Su mirada se volvió astuta y seductora a partes iguales, aunque también contenía algo más oscuro. La intensidad que

transmitían sus ojos a través de los míos con ese empeño de arañar mi alma con su claridad. Cuando terminó de curar la herida, noté que su cuerpo se encontraba a una distancia mínima del mío, tan cerca que podía sentir su aliento. Apenas me atrevía a levantar los ojos del suelo.

—¿Por qué no me miras? —me interrogó.

Una peculiar timidez me abordó de pronto. Aquel hombre me nublaba la mente por completo. Solo era capaz de tomar conciencia de lo frágil e indefensa que me sentía frente a él. Retrocedí instintivamente, con el único propósito de evitar cualquier contacto, cuando noté la frialdad de los azulejos en la espalda. Bajé la mirada más aún. Álex me siguió como una sombra viva, salvó la brecha abierta entre nosotros y me acorraló contra la pared. Se notaba que sentía cierto placer invadiendo mi espacio vital y haciéndome sentir vulnerable. Aquella situación lo galvanizaba. Intentó captar mi mirada, pero me escabullí.

—¿Por qué apartas los ojos cuando te busco con los míos? —dijo con sorprendente calma. Dudé un momento.

—Tus ojos... —dije con voz frágil—. La manera en que me miras... A veces no sé... —Dejé la frase flotando en el aire mientras buscaba unas palabras que no lograba encontrar.

—¿Qué es lo que no sabes? —susurró en tono pausado, acercando lentamente su cuerpo al mío para contemplarme desde su altura.

Las palabras se me ahogaban en la garganta, y me quemaba en los labios un mensaje que se me antojaba absurdo mientras nadaba en su mirada. Mi respiración se agitó a un compás arrítmico ante su contacto.

—Me gusta mirarte, Loane —afirmó con voz suave—. No puedo evitarlo.

Situó los brazos a ambos lados de mi cabeza y, deliberadamente, descansó las palmas de las manos en la pared. Estaba acorralada. Miré de soslayo a mi alrededor, pero mi vista volvió involuntariamente a su torso. La camisa delineaba unos músculos que apenas era capaz de contener. Mientras sus ojos me estudiaban con detenimiento, un escalofrío trazaba mi columna vertebral. Aquella sacudida se me extendió con rapidez por la piel, erizándome el vello. Noté el corazón disparar su latido, desesperado, y sucumbir ante la insistente mirada. Un desafío inmediato parecía flotar en la atmósfera y en el interior de sus pupilas. De pronto sentí un vértigo que me turbó la mente. Bajé la vista. De nuevo, el veneno de su embrujo había empezado a invadir mis venas y se abría paso entre ellas a trompicones. Su hechizo, dominante y sugestivo, me impedía moverme, incluso respirar. Durante un momento tuve ganas de llorar ante la presión que ejercía sobre mí.

—Mírame, Loane —me pidió. Se mantuvo silencioso, esperando.

Alcé los ojos hasta encontrarme con los suyos e intenté a duras penas sostener esa mirada prodigiosamente confiada. Advertí que lo regocijaba tenerme así. De nuevo, aparté la vista.

—Mírame —dijo en tono más severo.

La tensión vibraba en el aire. Con un esfuerzo consciente, reuní un mínimo de valor y lo miré de nuevo. Sus ojos estaban suspendidos en los míos; fijos, impenetrables, expectantes a una reacción, al más mínimo movimiento. En las comisuras de sus labios se había impuesto una sonrisa sesgada que se me antojó siniestra en aquella obstinada mandíbula. Alexander Vanderbilt parecía un ángel negro en busca de una víctima, tan sombrío como glorioso. Tan oscuro como seductor. Tan tentador que me pregunté si no sería una de esas mujeres que encuentran atractivo a cierto tipo de hombre peligroso y amenazador.

—¿Qué deseas, Loane? —me preguntó con voz voluptuosa—. ¿Qué quieres? —Lo miré fijamente, muda e indefensa, omitiendo cualquier respuesta que pudiera ser utilizada en mi contra—. ¿Esto es lo que deseas? —dijo en un tono engañosamente sereno, al tiempo que estrechaba mi cuerpo contra la pared.

El azul de sus ojos se volvió intimidatorio a esos escasos centímetros. Su rostro era cautivador. No pude evitar ruborizarme cuando advertí que dirigía la mirada hacia mi boca, ligeramente entreabierta. Me hallaba en un estado

cercano a la inconsciencia. Volví a la realidad cuando reparé en el dedo índice de Álex, que recorría lentamente el contorno de mi mandíbula. Sonrió e, inclinándose hacia mí, me acarició los labios.

—Hueles tan bien siempre... —musitó entre dientes.

A esas alturas quería besarlo, probar el sabor suntuoso de sus labios contra los míos, aunque supiera que era un enorme error que me rompería el corazón. ¿Qué podía hacer? Todas mis defensas se derrumbaban ante su contacto. Desoyendo la última hebra de sensatez que me quedaba, me precipité contra él. Álex echó sutilmente la cabeza hacia atrás lo justo para que lo rozara con suavidad, obligándome a buscarlo. Seguí su movimiento con la boca, por instinto. Acerqué mis labios a los suyos y, de nuevo, echó la cabeza hacia atrás, mirándome desde sus ciento noventa y un centímetros de altura con un destello travieso en los ojos y un toque de malicia en la curvatura de la sonrisa. Cuando empezaron a temblarme los pies por la tensión, desistí, y fue al recuperar el control de los sentidos cuando me di cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Déjame salir —le pedí agriamente, intentando con esfuerzo recuperar la compostura.

—Loane, no te enfades. Solo jugaba un poco —se excusó.

—¡Déjame salir! —exclamé mientras le daba un empujón y conseguía zafarme por un lado. Salí del baño como alma que lleva el diablo.

—Loane, no te enfades, por favor —insistió Álex.

Me giré hacia él. Mis ojos reflejaban toda la rabia e impotencia que contenía mi ser en ese momento.

—En lo sucesivo, guárdate muy bien de volverte a acercarme a mí —espeté. Álex me asió del brazo con intención de retenerme.

—Espera —me rogó.

—¡No me toques! —le dije, apretando los dientes y arrojándole la exclamación a la cara.

Me solté de un tirón brusco, y el ruido del portazo fue mi única despedida.

Dejé el apartamento de Álex como una exhalación y hecha una furia.

Las lágrimas se abrían camino por mis mejillas, barnizándome el rostro con un brillo cristalino que resplandecía con las primeras luces del alba como un collar de plata. Por mis venas corría la rabia emponzoñándolo todo a su paso, invadiendo cada rincón de mi cuerpo. Cada repliegue de mi alma se contagiaba de un sentimiento de impotencia que amenazaba con dar al traste con mi tranquilidad. Cuando llegué a casa, el primer pensamiento que registró mi mente fue que jamás volvería a dejar que Alexander Vanderbilt se me acercara un centímetro más de lo estrictamente necesario y, menos aún, que me hiciera

descaradas demostraciones de atrevimiento. La desagradable suficiencia que poseía rayaba los límites de lo permisible, y aquella mañana había alcanzado para mí su cota máxima a través de ese juego mezquino al que me había sometido y en el que había caído como una tonta.

Me odiaba por ello. Había sido una insensatez.

Llegué a casa ofuscada y aturdida, y más enfadada conmigo misma, si cabía, que con él. Detestaba que Alexander Vanderbilt tuviera aquel efecto tan devastador sobre mí, otorgarle aunque solo fuera un poco de poder. Me reprochaba una y otra vez el haberle permitido trastocar el equilibrio que tanto me había costado conseguir después de la traumática ruptura con Aldo.

El aturdimiento pareció desvanecerse de pronto cuando la sensación de ridículo se instaló persistentemente en mi cabeza, para después dejar paso a una desazón que se me extendió como un prurito por la piel y me mantuvo irascible prácticamente todo el día. Cuando, con puntualidad londinense, llegué a la galería, apenas intercambié un par de palabras con la alcahueta de Librada, y no me vi siquiera con ánimos de ir a dar los buenos días a Arthur y a Charlie. Me recliné en mi despacho como un ermitaño e, inmersa en la sobriedad de sus cuatro paredes, dejé que las horas se deslizaran etéreas por las agujas del reloj. Solo me asistía el silencio, la única compañía que deseaba y que se convirtió en un amigo comprensivo y reservado. Entonces entendí



hasta qué punto me afectaban Alexander Vanderbilt y el modo en que sus ojos me atravesaban el alma.

Mientras me encomendaba a la tarea diaria y me dejaba engullir por las beldades de las obras concertadas para exhibirse en La Exposición de Oro, dejé que los pensamientos que vagaban por mi mente se distanciaran de la figura altanera de Álex, pero su imagen, como si de una superstición se tratara, siempre acababa volviendo, con un efecto búmeran que comenzaba a detestar.

Tras una jornada en la que con poco acierto logré engañar a esa sensación de arlequín en la pista del circo, a última hora de la tarde y a modo de vaticinio, Álex se personó en la galería.

Unos nudillos golpearon la puerta de mi despacho un par de veces. Por el modo firme y educado de llamar supe que se trataba de Librada, tan correcta algunas veces.

—Adelante —le dije.

—Alexander Vanderbilt quiere verte —dijo con prisa cuando traspasó el umbral. Durante un instante, mi corazón se detuvo.

—Dile que no estoy —alcancé a reaccionar.

—Es tarde para eso. Ya le he dicho que estabas aquí.

Respiré hondo. Por nada del mundo quería ver a Álex.

—Entonces dile... —titubeé un instante—, dile que he salido y no te habías dado cuenta.

—No es necesario que le mandes decirme nada, Loane —  
sonó la voz de Álex detrás de Librada.

—Os dejo para que habléis —señaló ella, presurosa—.  
Por lo que veo, tenéis algún asunto que solucionar.

Cerró despacio la puerta del despacho, dejándonos a Álex y a mí en su interior. No deseaba quedarme a solas con él; su presencia me inquietaba. Durante unos segundos, inmersos en un espeso silencio, nos observamos mutuamente bajo la luz anaranjada de un atardecer que arrancaba suspiros de color cobrizo al manto de ébano que arrojaba la noche sobre el día. Una vez más, Álex se presentaba ante mí como un hombre orgulloso, soberbio, seguro de sí mismo. Desde luego, los pecados adquirirían capitalidad en su persona. Ante la arrogancia de su postura, hice acopio de todo el aplomo que fui capaz de reunir.

—Creo que te ha quedado claro que no quiero verte —  
dije en tono entre desagradable e indiferente.

—Me ha quedado claro —dijo con su insolencia habitual—. He alcanzado a oír la justificación que ibas a darme. Algo cutre, por otro lado.

—Supongo que no te habrá sorprendido —alegué con intención, obviando la última parte de su comentario.

—Esta mañana no me has dejado explicarte...

—Y ahora tampoco te voy a dejar —corté soberbia, levantándome de la silla.

—Entiendo que puedas estar molesta... —comenzó a decir.

—¿Molesta? —repetí en tono de censura—. ¿Eso es lo que te gusta? —Hice una pausa mientras fijaba mis ojos en los suyos—. ¿Jugar con las mujeres a tu antojo?

—¿Eso crees? —me ofreció como respuesta. Dejé escapar una media sonrisa de burla.

—A las pruebas me remito —indicué con dureza.

—¿Por qué no me preguntas qué buscan las mujeres en mí? —me lanzó. Fruncí el ceño por lo extraño que me resultó su interrogante—. Sí, Loane, ¿por qué no, mejor, me haces esa pregunta? —Lo miré inquisitiva, y tomó de nuevo la palabra—. Yo no juego con las mujeres. Les doy lo quieren de mí, nada más.

—¿Y qué quieren de ti?

Álex ladeó la cabeza y rio con aticismo.

—Sexo —apuntó rotundo y serio, convirtiendo su irónica sonrisa en una mueca cargada de malicia. Le lancé una mirada de incredulidad—. ¿Te sorprende? —sondeó, percibiendo mi gesto de asombro ante su afirmación—. ¿Te sorprende que las mujeres tengan el mismo instinto animal que los hombres? Sí, Loane. Buscan noches cargadas de lujuria, de locura, de jadeos —su voz se tiñó de voluptuosidad—, de pasión sin fin, de desenfreno, de sexo.

—Pero...

—¿Crees que alguna de esas mujeres con las que dices que juego se ha preocupado siquiera una sola vez de preguntarme cómo estoy, qué me pasa o cómo me encuentro? Solo les interesa el sexo, y el dinero que tengo en el banco.

—No me creo que ninguna se haya preocupado nunca por ti —alegué.

—En determinados mundos no se practica la caridad; se sacrifica a favor de lo terrenal. Únicamente existe el afán de dinero, poder, posición social y los placeres carnales que ofrece la vida, mucho más humanos que el propio amor. El dinero conlleva tentaciones inalcanzables para los pobres. Brinda oportunidades constantes de cometer excesos y acumular errores. Hay personas para las que el lujo es una necesidad, tanto o más que respirar. A veces, cuando se tienen dinero, éxito y poder, cuesta ser humano.

—Es lógico que en tu caso solo busquen sexo —afirme contundente—. La imagen que proyectas... —Me mordí la lengua.

—Continúa —me pidió Álex.

—Es una declaración de intenciones en toda regla —dije, casi escupiendo las palabras—. Eres altivo, soberbio, tan arrogante como el mismísimo diablo. Tu descaro no conoce límites y tu vanidad está hiperdesarrollada. Eres insolente hasta la saciedad, y exhibes orgulloso la pretensión de navegar al margen de cualquier trayecto que te imponga el

destino, mientras los demás acatamos las leyes de la naturaleza.

—Todos desempeñamos un papel. Todos llevamos una máscara. En este mundo nadie es lo que aparenta ni lo que quiere ser —me interrumpió.

—Parece que te gusta jugar a ser Dios... —continué con voz sorda, ausente, sin tener en cuenta sus argumentos.

—¿Y eso es malo? ¿Es malo desobedecer al destino? ¿Es malo escribir el porvenir en verso libre? Yo soy quien dirige los acontecimientos de mi vida. Yo soy el único responsable de ella.

—No sé si es malo transgredir lo establecido. No sé si es imprudente salirse del renglón —dije indecisa—. Tampoco sé si es malo ser como eres, pero...

—¿Qué?

—A veces... —Inconscientemente conduje la conversación hacia un plano más subjetivo—. Creo... —Mi voz se diluyó.

—¿Qué crees, Loane? —me sonsacaba curioso.

—A veces creo que no eres humano —solté sin rodeos.

—¿Que no soy humano? —Redundó en mi afirmación sin sorprenderse por ella.

Hábil y astuto como un tigre de Bengala que acechara a su presa, dio una par de pasos hacia mí para salvar la distancia que nos separaba.

—No te acerques —le pedí con voz casi suplicante, deteniéndolo a la vez con un gesto de la mano.

—¿Por qué no quieres que me acerque a ti? —Sonrió. Tragué salive y guardé silencio—. Sé que lo deseas —susurró después.

—No tienes ni idea de qué deseo —me defendí.

—Sí lo sé —subrayó con una peligrosa seguridad—. Sé que me deseas —musitó—. Sé que tu cuerpo tiembla cada vez que me tiene cerca, que tu corazón palpita como un caballo desbocado ante mi proximidad, que tus mejillas se encienden de rubor...

Se acercó un poco más, haciendo que mi cuerpo empezara a perder la compostura. La sangre me ardía en las venas.

—Sé que buscas mi boca..., que...

Una ansiedad voraz se agitaba en la profundidad negra de mis pupilas. Álex podía notar en mis ojos el deseo que se revolvía dentro de mí como un demonio perverso. Enfadada conmigo misma, aparté la mirada.

—¿Para eso has venido?, ¿para seguir torturándome con tu juego sucio? —objeté nerviosa. Él arrojó un suspiro resignado y sonrió con expresión taimada.

—¿Te das cuenta? Tu cuerpo vibra cuando me tiene cerca —observó con mirada posesiva.

—No quiero que continúes con este estúpido juego —le imploré severamente.

—¿Acaso es un juego que desees tenerme dentro de ti, Loane? Invadiendo tus entrañas. —Su tono de voz destilaba una sensualidad que acuchillaba mi lujuria—. ¿Es un juego que quieras que te haga mía? Dime, Loane, dime si no anhelas que devore tu cuerpo, que te posea...

—Álex... —le rogué.

—Dime si no ansías que pruebe el sabor de tu piel. Sentir mis caricias, mi roce... ¿Por qué te niegas lo que sientes?

—¡Eres un engreído! —exclamé irritada—. Si en algún momento has pensado que voy a ser tu siguiente víctima, estás muy equivocado. Vete quitando esa idea de la cabeza. No sabes hasta qué punto puedo llegar a rechazar lo que no me conviene.

—¿Estás segura? —dijo con una entonación confiada que me irritó.

—Ponme a prueba.

—No tengo la menor intención de que seas mi víctima. —Se relajó y dio un paso atrás—. No soy ningún verdugo.

—Seguro que eres de esos que se creen un regalo para las mujeres —dije con una mirada saturada de recelo—. Que estamos en este mundo por vosotros. Te encanta tenernos a todas a tus pies, ¿no es cierto? —increpé acusadora—. Hacer con cada una lo que se te antoje en el momento en que se te antoje.

—¿Y no es lo que te gustaría que hiciera contigo? —soltó.

—Pero ¿qué diablos te crees? —dije indignada—. El hombre y la mujer están para complementarse, no para que uno abuse sin distinción del otro.

—Todos esos supuestos sobre la complementariedad son teorías carentes de práctica real: hombres y mujeres son diferentes.

—Ahora también resulta que eres un machista retrógrado.

—No digo que el hombre sea mejor que la mujer ni lo contrario, sino sencillamente, que somos diferentes. No es mi intención hacer una tesis doctoral sobre esta cuestión; lo único que pretendo es que contestes a la pregunta que te he planteado —insistió.

—Me desagrada que jueguen conmigo y, más aún, me desagrada no entender de qué va el juego.

Álex me observaba con detenimiento.

—¿Ese es el problema? ¿Que no me entiendes?

—No consigo adivinar qué pretendes conmigo, Álex. Qué tanto te quieres apuntar —alegué en un arranque de sinceridad—. No voy a echarme atrás —apostillé después de unos instantes en silencio—. Te di mi palabra de que te ayudaría a descubrir el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles y la cumpliré.

—¿Otra vez con eso? —dijo con gesto aburrido.

—Pero si lo que estás intentando con todo esto —continué con voz más dura, sin prestar atención a su pregunta— es pasar un buen rato conmigo, llevas las de perder. No voy a



enamorarme de ti, Alexander Vanderbilt, y tampoco me acostaría contigo si de nosotros dependiera la continuidad de la especie humana. Lo último que necesito en mi vida es un hombre. Tú mismo lo describiste muy bien: nuestra relación es de negocios y no de placer.

—Tienes razón. Nunca deben mezclarse ambas cosas.

—¿Ahora eres tú quien no contesta a mi pregunta? —le reclamé, imitándolo.

—¿Jugar contigo? Nunca —dijo casi sin dejarme terminar la frase, al tiempo que me lanzaba una mirada de soslayo—. No sería capaz.

—No lo hagas —le advertí—, o te quedarás jugando solo.

Entre nosotros se instaló un silencio incómodo, que Álex se encargó de romper.

—¿Nunca te enamorarías de alguien como yo? —preguntó con propósito.

—El amor no está hecho para mí —respondí secamente—. No se me da bien, y es mejor desistir de aquellas cosas para las que no se está facultado.

—¿Demasiado dolor?

—No más ni menos que el que habrán sobrellevado otras muchas personas —ratifiqué, evitando que una telaraña de recuerdos tiñera de tristeza mis palabras—. ¿Alguna vez te has enamorado, Álex? —le pregunté. Tardó un segundo más de lo que debería en encontrar la respuesta adecuada.

—No —negó con frialdad.

La palabra no conllevó más esfuerzo que un aliento. Agité ligeramente la cabeza.

—El amor nos hace vulnerables —comenzó a explicar, después de la parquedad de su respuesta anterior—. Nos expone a un enemigo con el que no hay armas que esgrimir. Es demasiado voluble para tomárselo en serio. Caer en medio de un campo minado es una garantía mucho más segura de salir ileso.

—Dicen que el fin del amor es sentirse vivo, pero yo creo que es un acto suicida —apunté ausente—. Sobre todo para la mujer. El amor solo nos trae promesas rotas, mentiras, tristeza y penas, y el que diga lo contrario es un inconsciente. El hombre posee una extraordinaria facultad para salir ileso cuando de sentimientos se trata.

—El hombre es más racional; por eso se salva algunas veces—subrayó Álex.

—Razón y corazón están reñidos. Son incompatibles, como el agua y el aceite. Cuando el corazón se somete a la razón, no hay refugio para que nazca el amor. El hombre es experto en contener el corazón; de lo contrario, los sentimientos se convierten en lo que más temen...

—¿Tienes miedo de enamorarte? —me preguntó con voz conciliadora.

—No —aseguré—. Tengo miedo de tener que olvidar. El olvido es muy largo. Eterno para las personas que, como yo, somos demasiado fieles a nuestros sentimientos.

Un halo lóbrego ensombreció mi alma durante unos instantes. De espaldas a Álex, fijé la mirada en la silueta que dibujaban los rascacielos de Madrid en la lejanía del horizonte, con los ojos velados por las lágrimas. La noche había comenzado a descender sobre la ciudad hacía ya un rato, y las nubes se alineaban caprichosamente en lo alto del cielo sangrando infinitas formas de color rojizo.

—Por esa razón, nunca me enamoraré de ti ni de nadie —afirmé, sobreponiéndome—. No es nada personal. Es por principios. Lo superarás —sellé sarcástica.

—Solo negocios... —señaló Álex.

—Solo —confirmé.

Mientras el silencio se alargaba de manera incómoda, tomé de nuevo mi lugar tras el escritorio.

—Por cierto —dije cambiando de tema—, durante unos días no podré atender nuestro asunto. La Exposición de Oro requiere toda mi atención en estos momentos. Será una oportunidad única para la galería, y debemos aprovecharla al máximo.

—Pierde cuidado. Lo primero es lo primero. Es toda una hazaña lo que habéis conseguido —apuntó con admiración unos segundos después.

—Ha sido obra de Charlie. Demasiado testarudo cuando se le mete una idea en la cabeza, por muy descabellada que parezca.

—Tu trabajo empieza ahora —señaló.

—Efectivamente. De ahí que durante unos días, y hasta que la exposición se clausure, prefiera dedicarle toda la atención. Es muy importante para mí que todo salga bien. Mi labor será la unidad de medida del éxito o el fracaso de la exposición.

—Tu perfeccionismo no te permitiría otra cosa.

—Sería imperdonable cometer un solo error, sobre todo en una exposición de semejante magnitud. ¿Te das cuenta? —le dije sin poder disimular la emoción que producía en mí el acontecimiento—. Los cuadros más importantes del mundo se van a dar cita aquí..., en Art Gallery, en Madrid. Todavía me parece mentira.

—Te apasiona el arte, ¿no es cierto? Te brillan los ojos y se te ve radiante cuando hablas de arte.

—Lo adoro. Lo admiro en cualquiera de sus expresiones —anoté con énfasis—. El arte es ingenio, virtuosismo, creatividad en estado puro. Una clarísima manifestación de los sentimientos humanos; de los que nos dan miedo y de los que amamos. Más allá de lo que se ve, el arte tiene una finalidad comunicativa que, desde luego, no todo el mundo es capaz de entender. Ahí reside su magia, su extraordinario poder.

—Tu pasión por el arte es contagiosa. Es delicioso oírte.

—Gracias, Álex.

—Es tarde —anunció—. Te acompaño a casa.

—No —negué apresuradamente—. Puedo ir sola sin perderme por el camino.

—La cuestión no es que te vayas a perder por el camino —alegó razonablemente—, sino que no vayas sola.

—Esta vez no voy a dejar que te lleves el gato al agua —alegué, en mis trece—. Iré sola, y no hay más que hablar.

—Una vez más, dejas claro que eres firme en tus decisiones y decidida en tus propósitos.

—Es imprescindible poseer cierta determinación.

No hice más alegato, pero la sonrisa que le regalaron mis labios tenía sabor a victoria. Él chasqueó la lengua.

—Siempre tan testaruda, obstinada y pertinaz. Al menos dejarás que te deleite con mi grata compañía hasta el coche —propuso.

—¿Grata compañía? —repetí mordaz—. No recuerdo en ningún momento haber dicho que tu compañía me resulte grata..., ni siquiera que sea tolerable.

—Te acompañaré hasta donde tengas el coche, quieras o no.

—Tu grata compañía va ser corta, entonces. De hecho, muy corta —apunté con triunfo—. Esta mañana, Madrid estaba de mi parte y he aparcado al otro lado de la calle.

Álex suspiró con resignación cómica.

—En esta ocasión gana usted, señorita Darey. Veremos quién vence en la próxima —aseveró.

Entorné los ojos con dulzura y lancé una mirada desafiante.

—Todavía estoy enfadada contigo —le dije seria, aunque a esas alturas ambos sabíamos que era mentira.

—Ya se me ocurrirá algo para granjearme su perdón — declaró convencido.

—¿De dónde salen esas formalidades, señor Vanderbilt? —le pregunté con curiosidad mientras recogía las cosas del despacho.

—Manía, señorita Darey. Dejémoslo en que es una manía.

Y así lo dejamos. Aquel curioso tratamiento no era deliberado ni parecía responder a un propósito preconcebido; más bien se trataba de algo espontáneo e insólitamente natural en él.

Álex no apartó la vista de mí hasta que, montada en el coche, me perdí en la inmensidad de la Gran Vía madrileña. Los miles de luces que ribeteaban las sólidas construcciones desfilaban delante de mí como un espejismo multicolor. El contorno de la ciudad emergía furioso bajo el manto negro de la noche, mientras la silueta esculpida de Álex se difuminaba en el retrovisor. El tenue resplandor blanco que supuraba la luna me acompañó durante el tranquilo camino de vuelta a casa.

Atravesé la columna vertebral de la capital con una extraña sensación que viajaba por mis venas. Cuando aparqué, tras varias vueltas infructuosas a la manzana, me dirigí al edificio en cuya séptima planta se encontraba mi modesto apartamento. Mis tacones resonaban por la estrecha calle con un sonido hueco y rítmico, pero me bastaron unos pocos pasos para darme cuenta de que esas pisadas enfáticas que repiqueteaban contra el suelo no eran solo mías. De nuevo, aquella extraña presencia que parecía haberse convertido en una segunda sombra se dejaba percibir en la oscuridad de la noche. Inmediatamente después de que tomara conciencia de aquello, un miedo consumado se extendió en pocos segundos por mi cuerpo. Intenté tragar saliva, pero tenía la boca pastosa, como si me hubiera comido todas las algas del lago del Retiro. Un escalofrío reptó por la línea ondulada de mi espalda cuando detrás de mí, a escasos metros, sentí la característica respiración contenida ondear en la atmósfera.

Mis ojos acuchillaron la penumbra, clavándose en una noche inusualmente oscura, pero no vi a nadie. Estaba sola, aparentemente. A mi alrededor, el viento levantó unas hojas del suelo y las arremolinó a mis pies. Solo se oía el murmullo del aire en el tenso silencio que enmarcaba la escena. No sé qué me impidió acelerar el paso y salir corriendo, pero tenté desafiante a aquella etérea presencia parándome en seco. Era como si una fuerza extraña me

dominara. Permanecí quieta un instante. Sin mover la cabeza, miré a hurtadillas a los lados, intentando atravesar la oscuridad con la mirada. Entreví el movimiento de una sombra filosa, seguido de la sensación de una mirada clavada en la nuca, que se acentuaba con cada décima de segundo que el péndulo del tiempo hacía suya.

Cuando el miedo dejó algo de sitio en mi cerebro, volví la vista atrás muy lentamente, con sutileza pero segura. Como era fácil suponer, no logré ver nada ni a nadie. Sin embargo, seguí presintiendo un peligro latente a mi alrededor, algo que no lograba captar con el raciocinio.

En la larga y estrecha calle que se abría al frente solo se alcanzaba a ver el juego de sombras entrecruzadas que delineaban el suelo con trazos de mil formas, creando espacios brillantes bajo la claridad de la luna de medianoche.

De pronto, en medio de aquel engañoso silencio cuarteado, en última instancia, por el tamborileo acelerado de mi corazón, un sonido metálico consiguió sobresaltarme. Con las piernas temblorosas, dirigí los ojos hacia el lugar de donde procedía el estruendo. Mis músculos se relajaron cuando contemplé como tres gatos callejeros salían en estampida del edificio en obras que había al principio de la calle tras llevarse por delante un bote vacío, que fue a estrellarse aparatosamente contra uno de los muros



inacabados de la construcción. Lancé un suspiro de alivio al aire mientras sonreía con amargura.

Volví a echar un vistazo a mi alrededor; las calles dormían al amparo de la oscuridad. Las pupilas, acostumbradas ya a la penumbra y extremadamente dilatadas por el miedo, se esforzaban por arrancar una identidad a las sombras. Esa presencia anónima seguía allí, sin duda, observando cada uno de mis movimientos, controlando el ritmo agitado de mi respiración, oliendo mi pánico. Y yo continuaba impotente sin poder ponerle más rasgos que la inexactitud de una sombra abstracta. Sin pararme un instante más a hacer cábalas insípidas, y bajo la calma sobrecogedora que flotaba en el ambiente, encaré de nuevo la calle, abordé el portal y me interné en él rápidamente. Cerré la pesada puerta a mi paso para dejar atrás aquel silencio fantasmagórico. La noche se me antojaba siniestra.

# CAPÍTULO X

Vorágine.

Como una auténtica vorágine se podrían describir las jornadas previas al aterrizaje en la galería de las obras cedidas por la National Gallery y el Museo del Louvre. No recuerdo fechas en que los nervios y el estrés camparan tan a sus anchas entre nosotros como aquellas en que las obras más conocidas del mundo se dieron cita en la más importante exposición de cuantas pudieran recordarse en las últimas décadas a nivel mundial. Los días estaban llenos de quehaceres y locura; me resultaban demasiado cortos para terminar todo lo que tenía previsto. Pese a todo, esos momentos de vértigo se vieron ampliamente recompensados cuando los primeros visitantes cruzaron la entrada de la galería, admiraron las maravillas del arte pictórico y compartieron con nosotros esa inmensa catarata de emociones inabarcables con las palabras. La Alianza de los Siete Arcángeles y el secreto que ocultase pasaron con absoluta obligatoriedad a un segundo plano ante aquella actividad febril. La Exposición de Oro nos mantenía atareados a tiempo completo, aunque en ningún momento

pude apartar la misteriosa estela que el rompecabezas de la Alianza ofrecía a la obsesión que se había adherido ya a mis pensamientos. Era una compañera silenciosa y discreta, y su mudo rumor repicaba con un ritmo hipnótico dentro de mi cabeza. En mi fuero interno continuaba deduciendo premisas y formando conjeturas a partir de los indicios y suposiciones que tenía de momento.

Un día antes de la inauguración oficial de La Exposición de Oro, todo estaba afinadamente dispuesto y preparado en Art Gallery. Hasta la víspera, una a una fueron desfilando, con la solemnidad protocolaria de un ritual, las maravillosas obras que formarían parte de la muestra y, entre bambalinas, una a una fuimos admirándolas como si nunca hubiéramos contemplado su exuberante belleza. La publicidad fue innecesaria; los medios de comunicación más importantes del país se hicieron eco de la noticia en cuanto la conocieron, y a medida que se aproximaba la fecha de inauguración, la expectación alcanzó cotas inmensas. Los espectadores carecerían de palabras para expresar toda su admiración, y el síndrome de Stendhal comenzaría inmediatamente a hacer de las suyas.

Apenas me vi con Álex en esos días de pródidas preparaciones y multitudinarias comparecencias hasta la puesta de largo de la muestra, y cuando se producía el milagro era porque él, ex profeso, acudía a visitarme a la galería. La titánica preparación, coordinación y presentación

que llevé a cabo del extraordinario acto y el enorme entusiasmo con que acogí el proyecto me sumieron en una apostasía que me hizo desatender inconscientemente necesidades tan básicas como comer, beber o dormir. Las fauces de una Exposición de Oro hambrienta devoraban sin piedad mis horas entre los muros de la galería, convertida esos días en la cárcel de una prisionera dispuesta a cumplir con voluntad de hierro su condena. Ahogaba la fatiga y el cansancio con la sobredosis de ilusión que me suministraba la adicción al trabajo, y con el montante de cafeína que hacía guardia en una esquina de mi mesa, y de la que era incapaz de hacer un uso responsable.

Aquella renuncia al mundo exterior hizo que me acordara de una charla que un par de años atrás había tenido la suerte de presenciar. La ponente, una mujer de mediana edad de formas garbosas y elegantes, con grandes ojos negros y voz aflautada, contaba como anécdota para establecer una corriente de simpatía con el público que el virtuoso Miguel Ángel había pintado los célebres frescos de la Capilla Sixtina sin apenas detenerse a comer o dormir. Tan absorto lo mantenía la grandiosa estructura pictórica, que se olvidaba incluso de sí mismo. A veces yo actuaba de forma similar al genio renacentista, convirtiendo mi dedicación en obsesión. El trabajo me abstraía de tal manera que podía pasarme horas en el despacho, enclaustrada como una beata en la celda del convento, una asceta inconsciente de lo que

podiera estar aconteciendo más allá del cubículo que formaban sus cuatro paredes, rascando siempre horas adicionales a las veinticuatro que tiene el día. La entrega en cuerpo y alma que demandó La Exposición de Oro me dejó mentalmente exhausta. Pero no solo se debilitó mi mente; físicamente también fui víctima de ciertos estragos. Perdí aproximadamente cuatro kilos; las noches en vela habían dejado unas ojeras que se perfilaban con pronunciado sigilo en torno a mis ojos, y el cansancio fraguó en silencio un acusado menoscabo en mi cuerpo. Pero sin duda, el acontecimiento merecía el sobreesfuerzo.

El día de la inauguración oficial de la muestra, si bien resultaba del todo inútil disimular los nervios previos a un acto de tal magnitud, todos intentamos en vano templarlos de alguna manera. Pero era inevitable que los tuviéramos a flor de piel; tan inevitable como que se paladeara cierta irascibilidad en el ambiente. Había muchas expectativas cifradas en el proyecto, demasiada confianza apostada y un exceso de ilusiones en juego. Si la exposición fracasaba, Arthur, Charlie y yo fracasaríamos con ella. Si no se cumplían las mínimas perspectivas, los tres caeríamos en una inexorable bancarrota moral, por no mencionar las enormes pérdidas económicas a las que la galería tendría que hacer frente. Se había invertido una cantidad muy considerable en el transporte de las obras desde la National Gallery y el Louvre. Los portes en avión hasta Madrid y,

posteriormente, en camiones blindados hasta nuestra sala; la conservación y protección de los lienzos durante el mes que pasarían bajo nuestra custodia, y el enorme despliegue de seguridad, supusieron un elevadísimo desembolso que Art Gallery tendría que amortizar con el éxito de la exposición.

Pese a todo, para asombro de propios y extraños, la inauguración rompió al alza cualquier esquema pronosticado en nuestras quinielas de mejor augurio. El número de visitas se disparó, y durante las horas en que la sede permaneció abierta esa primera jornada, experimentó un continuo trasiego. En los días siguientes, debido a la inmensa afluencia de público, tuvimos que organizar minuciosamente los horarios de las visitas concertadas, para controlar las avalanchas y una posible desatención.

Finalizaba casi el caluroso mes de agosto cuando, una noche, un grupo procedente del primer curso de la facultad de Bellas Artes de Salamanca dilató su visita más allá del horario establecido. Eso implicaba inexorablemente una prórroga de mi trabajo como guía. Aunque el horario de verano era hasta las nueve y media, para aprovechar las horas de luz con las que el sol obsequia los días estivales, con motivo de La Exposición de Oro habíamos decidido alargarlo una hora más, hasta las diez y media.

Mientras guiaba al grupo universitario por el ya habitual recorrido, un alumno hizo una observación cuando menos graciosa al llegar a la altura de la segunda versión que el francés Nicolas Poussin realizó de su lienzo *Los pastores de la Arcadia*, también llamado *Et in Arcadia ego*. El autor de la *boutade* era un postadolescente de rostro avispado, con una disposición absoluta para llegar a ser el histrión oficial de la clase.

—¡Mirad! —exclamó locuaz, solicitando la atención inmediata de sus compañeros—. Los pastores de este cuadro están estupefactos de ver una lavadora en mitad del monte.

Contuve entre mis labios una sonrisa.

—Es normal que se queden pasmados —contestó otro de similar elocuencia, continuando la broma—. No sabrán dónde enchufarla.

Entre las estentóreas carcajadas del resto de los compañeros, la profesora los llamó al orden de forma severa y me pidió disculpas por la salida de tono de los jóvenes. Incliné la cabeza en ademán de aceptación.

—La verdad es que tienes razón —afirmé, dirigiéndome al primer chico—. Más aún si la lavadora es de tamaño industrial. —De nuevo, el eco de las risas se dejó oír por toda la sala—. Pero en este caso no es una lavadora lo que tienen delante, sino una tumba.

—¿Qué pone en la inscripción? —preguntó una alumna con aspecto de santurrona mientras acercaba la mirada al

cuadro para leer el epígrafe.

—*Et in Arcadia ego* —respondí—. El nombre de la obra.

—¿Y qué significa?

—Es una frase en latín. Literalmente se traduce por «También yo en la Arcadia».

—Pero eso no tiene mucha lógica —reparó con extrañeza la joven salmantina—. La frase parece incompleta.

—Lo está —confirmé—, ya que el verbo está omitido, pero en latín y otros idiomas es normal si el verbo *ser* se sobrentiende por contexto, como en este caso.

—Así que la frase podría traducirse como «También yo estoy en la Arcadia» —conjeturó vivaz.

—Así es —dije con voz cómplice—. Es lo que se conoce como *memento mori* —comencé a explicarle—, una expresión que viene a significar algo así como «No olvides que morirás»: un recordatorio de la mortalidad. —La muchacha frunció el ceño—. Se solía utilizar para identificar la fugacidad de la vida, un tema muy recurrente en el Barroco.

—¿Es una alegoría? —aportó la chica.

Moví afirmativamente la cabeza.

—En arte es la representación que se hace de una idea valiéndose de objetos, formas abstractas o figuras animales y humanas —amplié—. Os pondré un par de ejemplos: un esqueleto humano que porta una guadaña es una alegoría de la muerte—. Todas las cabezas confirmaron al unísono—.



Una mujer ciega que sostiene una balanza es una alegoría de la justicia. El Bosco, del que todos habéis oído hablar, era muy dado a las alegorías. ¿Quién no conoce alguna de sus características obras, como *El jardín de las delicias* o el *Carro de heno*? ¡Sus lienzos son el mayor exponente del arte alegórico!

Al terminar aquel día, cuando la noche cubría con un espeso manto negro el cielo de Madrid y las estrellas derramaban su licor plateado sobre ella, una inusual ráfaga de satisfacción revoloteó por mi cuerpo. No sabía de dónde salía, pero me hacía sentir bien.

Después de recoger el sinfín de bártulos del despacho, y con esa inhabitual sensación de agrado que gravitaba sobre mi cabeza, me dirigí hacia la enorme sala de exposiciones. Avancé por ella explorando la plétora de obras maestras que tenía frente a mí. Cada una de ellas era un poema visual cargado de magnificencia. La exquisita y sensual *Venus del espejo*, el arrojado que imprimía *La libertad guiando al pueblo*, los dorados y adorados *Girasoles* o el magistral esfumato que poseía *La Gioconda*. Trazos de infinita perfección y colores sublimes que habían acudido en busca de una mano capaz de otorgarles la vida eterna.

La exquisitez de las líneas de aquellas obras maestras me colapsaba los sentidos hasta hacerme sentir el vértigo de su

perfección al filtrarse por mis poros. A mis ojos les faltaba aforo para admirar tanta belleza junta. Entonces acudieron a mí esas reacciones casi románticas incitadas por tanta acumulación de hermosura. Lo había predicho: el síndrome de Stendhal haría de las suyas. Para empezar, en mí.

La evocación del chiste que habían hecho los alumnos salmantinos sobre el cuadro de Nicolas Poussin, aparte de hacer emerger una ligera sonrisa en mis labios, me hizo reparar en aquel lienzo. En el par de ocasiones que había visitado el Louvre parisino no había tenido la oportunidad de admirar esta obra pictórica, por encontrarse expuesta desde el año 2007, de forma provisional, en el High Museum of Art de Atlanta, en la estadounidense Georgia, como parte de la exposición que tenía el Louvre en esa ciudad. Quizá *Los pastores de la Arcadia* adoleciera de cierta discreción frente a las anteriormente nombradas, pero no por ello tenía menos importancia.

Observé la obra a una distancia respetuosa, con los ojos entornados en el silencio que Madrid comenzaba a conceder a media noche. Reconocí de inmediato el innato dominio de la línea de Poussin. Tres pastores y una pastora de la bucólica región griega Arcadia, convertida por la lírica de la época en símbolo de vida feliz, despreocupada y alegre, leen con curiosidad insólita una inscripción labrada en una gran tumba: «Et in Arcadia ego». A pesar de que el tema que trataba el lienzo, un claro recordatorio de la vanidad humana

frente a la muerte, pertenecía a un género mitológico y pastoral muy socorrido en la época, había algo inexplicable en los protagonistas, algo que el autor se había encargado de plasmar en la expresión de los rostros y que la ingenua jocosidad de aquel jovencísimo estudiante me había revelado.

Intenté conseguir un mejor ángulo.

Esos hombres pintados por Poussin mostraban un estupor que se me antojo extraño y comenzó a despertar cierta suspicacia contenida en mis pensamientos, perfilando poco a poco una idea clara. Sin saber muy bien qué pensar, me quedé unos minutos con la mirada absorta. Quizá era solo cuestión de encontrar la perspectiva adecuada para obtener la explicación de sus expresiones. Eché la vista atrás, y también la memoria, y situé ambas en las clases del obsoleto profesor de arte clásico Terencio Roldán. Tener un nombre de sonoridad romana se convertía en lo único irónico de su austera forma de llevar la asignatura. Recordé, de su boca, que la primera versión que pintó Nicolas Poussin estaba basada en un lienzo de Guercino, autor que trató primeramente este argumento algunos años antes en su obra *Los pastores de la Arcadia*. Intenté establecer mentalmente un vínculo entre ambos pintores, una analogía entre ellos, pero me fue complicado. Pertenecían a corrientes artísticas diferentes: mientras que Guercino estaba inmerso en el barroco italiano, Poussin fue uno de los pintores más

destacados de la escuela clasicista. Entonces, ¿por qué pintar un lienzo de características paralelas?

«Con toda probabilidad se trataría de un encargo hecho a Nicolas Poussin —dije para mis adentros—. Pero un encargo realizado, ¿por quién?, y ¿con qué intención?».

Ante la mirada curiosa y atenta de los guardas de seguridad uniformados, continué con mi examen del lienzo, esta vez mucho más intuitivo.

En un paraje montañoso se encuentra un total de cuatro personas.

«Quizá la mujer no sea una pastora —pensé—. Quizá represente algo más explícito dentro del cuadro».

Uno de los pastores, con semblante deliberador, dirige la mirada hacia donde se encuentra la enigmática mujer, a la derecha desde el punto de vista del espectador, mientras los otros dos contemplan un túmulo funerario. Uno de ellos, apoyado en la rodilla izquierda, señala la inscripción. Sus rostros parecen reflejar cierto escepticismo ante el epígrafe que están leyendo, cierta incredulidad. A no ser que mi intuición estuviera jugándome una mala pasada a esas horas, había algo que no acababa de encajar en el cuadro realizado por el autor francés.

—Esta noche estaré por aquí —avisé.

Los cuatro guardias que protegían celosamente la estancia asintieron al unísono.

—Pierda cuidado, señorita Darey —dijo uno de ellos.

Cuando salí de la sala de exposiciones y dejé tras de mí la obra de Poussin, mis ideas se movían en tangentes perpendiculares sin que mi mente pudiera ponerles orden inmediato. Atravesé el pórtico que me conducía hasta el pasillo desafiando la suposición de que el despliegue de cámaras y la presencia del personal de seguridad mantendrían alejada aquella sombra cuyo acecho se había convertido en algo casi rutinario. Cuando me interné en la famélica media luz del corredor, bajo la densidad aplastante de un silencio de camposanto, oí un ruido débil que provenía del fondo. Estaba ajustando las pupilas a la escasa luz cuando una silueta acuosa y escurridiza, surgida de la nada, se desprendió de la opacidad del recoveco y cruzó hacia el otro lado como si un soplo de muerte merodeara el lugar. Las sombras lo engulleron hasta que formó parte de la oscuridad. La sangre abandonó de golpe mi rostro. Instintivamente di un salto atrás, y un grito que no pude ahogar me quemó la garganta hasta que su rumor desesperado resonó en el angosto corredor. Me había girado cuando dos de los cuatro miembros del grupo, entre ellos el jefe, se personaban en el lugar donde me hallaba inmóvil.

—¿Ha pasado algo? —preguntó uno de ellos, alarmado por mi grito.

—No sé —contesté con la respiración entrecortada y el rostro desencajado por el miedo—. Una sombra... Alguien ha cruzado el pasillo —señalé.

Ante la expresión de terror que confirmaba mi grave afirmación, el cabecilla preguntó extrañado:

—¿Ha entrado alguien? Eso es imposible, señorita Darey. Puede que la imaginación le haya jugado una mala pasada —alegó receloso—. El lugar está en penumbra; la escasez de luz apenas deja diferenciar... —arguyó con cierta insolencia en el tono.

—Pues yo le aseguro que alguien, aparte de sus tres hombres, de usted y de mí —corté en seco —está en la galería —dije con voz de pocos amigos mientras mis ojos atravesaban como puñales los suyos.

De inmediato, y sin terciar palabra, dio al vigilante que lo acompañaba la orden de revisar palmo por palmo la galería y avisarlo en caso de advertir alguna anomalía.

—No lograrán sustraer ninguna de las obras expuestas, si eso es lo que pretenden —me tranquilizó aquel hombre con ínfulas de Capitán Trueno—. Puede estar segura, señorita Darey. Si es preciso, ampliaré el número de vigilantes por turno.

—No me cabe la menor duda —afirmé—, porque el motivo de su interés no son las obras de La Exposición de Oro. —El vigilante me miró con expresión atónita. Sonreí débilmente, aturdida—. No le interesan los cuadros; le intereso yo.

Oírme a mí misma decir aquello me produjo una sensación de frío que se me filtró hasta el tuétano con la rapidez de un

veneno. Una punzada de dolor me invadió el pecho. Aquel hombre, incrédulo en un principio, percibió el peligroso trasfondo en el tono de mi voz y la expresión de alarma que me sombreaba el rostro. Quien instantes antes dudaba de mí me miraba a los ojos, inquieto. Los suyos destilaban una profunda preocupación.

Durante unos segundos meditó con reserva, buscando una solución rápida.

—Si va a permanecer en su despacho, uno de mis hombres se quedará velando por su seguridad —dijo finalmente con aire resolutivo—. Le encargaré que custodie la puerta hasta que se marche. —Me ofreció una cálida sonrisa.

—Agradezco su buena intención, pero es del todo innecesario —respondí, aparentando seguridad—. Dentro del despacho no me sucederá nada, y usted y sus hombres se encuentran a escasos cincuenta metros. No podría estar más protegida. Además, la persona que me acecha solo pretende asustarme.

Más por mí misma que por mi interlocutor, revestí mis palabras de toda la convicción que alcancé a conseguir en un mercado negro donde lo único que se vendía era miedo, con el propósito de creerme durante unos instantes lo que tan firmemente aseguraba al vigilante.

—Es mejor que uno de nosotros se quede a la puerta de su despacho. Si, como dice, el motivo de su interés es usted, las obras de arte estarán a salvo.

—Gracias. Me gustaría pedirle un favor, si es tan amable.

—Usted dirá —apuntó servicial.

—Por el momento no comente con nadie lo sucedido.

—Si me permite un consejo —dijo tras una inclinación de cabeza—, conviene denunciar este tipo de asuntos, para que no se compliquen ni lleguen a mayores. Si alguien la está molestando, es importante que la policía esté al tanto.

—No se preocupe. Seguiré su consejo.

—No he encontrado nada extraño —anunció el vigilante que tenía la orden de inspeccionar el lugar.

—¿Estás seguro? —quiso cerciorarse el encargado.

—Sí. Todo está correcto —confirmó.

—Bien. Quédate vigilando la puerta del despacho de la señorita hasta que se marche, y después vuelve a tu sitio en la sala.

El joven asintió conforme y se situó solícito en su nuevo puesto.

Me despedí del hombre con el esbozo de una breve y cortés sonrisa y me interné en el despacho solemne, aunque no más tranquila. La presencia de aquel vigilante me hacía sentir segura y expuesta a la vez. El aliento de una incómoda angustia comenzó a serpentear por mi interior. Una inquietud que me roía los nervios y me oprimía el pecho empujaba hasta mi cabeza el macabro pensamiento de que mi vida pendía de un hilo extremadamente frágil en manos de un ser con forma de sombra. Las palabras protectoras que días



antes habían salido de los labios de Álex cruzaban una y otra vez mi mente como un relámpago. La evocación continua y retórica de su mensaje, repetido a modo de mantra, mitigó parcialmente la sombría sensación de desamparo que se hacía patente en mí en esos momentos de incertidumbre.

Para paliar la desagradable indefensión, y dejando un poco de lado mis obligaciones profesionales del día, decidí dar prioridad a ese otro asunto que comenzaba a descolocar mis pensamientos: el lienzo de Nicolas Poussin. Parafraseando a algún intelectual anónimo, hice mía esa sencilla pero sabia máxima que dice: «Si no sabes por dónde empezar, empieza por el principio». Eso era precisamente lo que estaba dispuesta a hacer: empezar por el principio.

Con paso firme me acerqué hasta una de las enormes estanterías que cubrían las paredes de mi despacho, alargué la mano y cogí, sin pérdida de tiempo en búsquedas estériles, el décimo sexto tomo de los veinticinco que componían el *Summa Artis* con que Charlie me había obsequiado poco después de que empezara a trabajar en la galería. Exactamente sustraje de la cronológica maraña el ejemplar dedicado a la pintura barroca. Lo abrí por el índice y busqué, también sin rodeos infructuosos, *Guercino*.

Tenía una sensación extraña en la boca del estómago. Tras leer someramente la extensa biografía de este autor y pasar páginas hasta dar con la imagen que buscaba, mis ojos se detuvieron en la fotografía del cuadro que sobre el *memento*

*mori* había pintado el artista italiano entre 1618 y 1622, antes que Nicolas Poussin, cuya pintura estaba fechada entre 1637 y 1638. Con un aura casi palpable de curiosidad e intriga, me senté y observé con detenimiento la imagen: dos pastores contemplan un túmulo de un tamaño considerablemente menor que el que pintó Poussin años después. Sobre el sepulcro, una siniestra calavera enfatiza la inscripción situada bajo ella: «Et in Arcadia Ego». Mis pupilas se clavaron como cuchillos en la imagen, intentando extraer algún significado, alguna clave oculta. En un primer momento eché en falta la figura de la mujer que aparecía en ambas versiones del francés.

«Su presencia en el lienzo de Poussin debe de significar algo», pensé.

Continué escudriñando la imagen con precisión de relojero, bajo el halo blanco de luz que desprendía la lámpara del techo. Respecto a lo demás, no parecía que las obras compartieran muchas más coincidencias que me llevaran a sacar una conclusión concreta, ni que arrojaran luz sobre una posible relación con el mensaje subliminal que pretendieran transmitir. Ni siquiera el paisaje en que se enmarcaban las escenas se asemejaba lo más mínimo, y el número de pastores era inferior en el cuadro de Guercino. La curiosidad me guio hasta la inscripción «Et in Arcadia ego», y elegí Internet para obtener información. El buscador por antonomasia me ayudaría de forma loable en mi nuevo

cometido. Escribí la frase en la barra del navegador y pulsé *Intro*. Al instante apareció en pantalla infinidad de páginas que contenían referencias más o menos acertadas. Tras una rápida lectura de los enunciados y con la expectación asomando por mis negrísimo ojos, pulsé uno de los últimos enlaces, que había captado mi atención por encima de los demás. La página se abrió de inmediato y comencé a leer con interés el texto contenido en ella. Según detallaba, el primero en hacer uso plástico de esta frase fue el poeta romano Virgilio en la primogénita de sus grandes obras, a la que dio por título *Bucólicas*. En su quinta égloga, «Desafío poético: muerte y apoteosis de Dafnis», traducida por Fray Luis de León, hace referencia a una tumba cuyo epitafio constituye un *memento mori*:

Y con dolor, pastores, y gemido  
un túmulo ponéd, y en el lloroso  
túmulo, aqúeste verso esté esculpido:  
Yo, Dafnis, descansando aquí reposo;  
nombrado entre las selvas hasta el cielo;  
de hermosa grey pastor muy más hermoso.

El sepulcro al que hacen onírica referencia los exquisitos versos de Virgilio, situado en los parajes idílicos de la Arcadia griega, pertenece al pastor Dafnis. En esta misma zona sitúa Virgilio, tal como se aprecia después en las

églogas séptima y décima, a esos rústicos pastores que tanto había idealizado el poeta griego Teócrito en *Idilio*.

Continué leyendo.

Posteriormente adoptó la idea el círculo de Lorenzo de Médicis en los años del Renacimiento florentino, entre 1460 y 1470. Influidos por Teócrito y Virgilio, Jacopo Sannazaro, en su obra pastoral renacentista *Arcadia*, datada en 1504, recrea esta comarca como un mundo de encanto infinito, perdido y recordado con gran tristeza. Años más tarde, en 1590, sir Philip Sidney, una de las figuras más destacadas de la época isabelina, publica *La Arcadia de la condesa de Pembroke*, donde se consolida el significado metafórico.

Mi cabeza absorbía todo aquel caudal de información con desconcertante facilidad, alimentada por la fiebre de saber que se había apoderado de mí. Línea tras línea me sumía en un mundo de cábalas que se retorcían como sinuosas serpientes. Mi primera conclusión fue que la *Arcadia*, para quienes hacían referencia a ella en sus obras, era un lugar utópico de eterna felicidad, el paraíso de los inmortales. La primera representación pictórica de este *memento mori* nos llegó de la mano de Guercino, pero la frase latina había gozado de gran popularidad en la Venecia del siglo XVI.

Hasta aquí, nada llamaba mi atención más allá de lo que ponía en la página. Sin embargo, por mucho que aquel *memento mori* diera alas a la imaginación de poetas y pintores, había algo en el lienzo de Nicolas Poussin que

continuaba despertando extrañas sospechas en mí. Algo que no alcanzaba a comprender se dejaba percibir bajo la perfección de los trazos. Decidí entonces, aunque la noche ya amenazaba con dar paso a la madrugada, continuar con mi particular investigación y centrarme en la primera versión que el artista francés había realizado de la obra.

Me levanté y abrí la ventana. Un aire fresco oreó el ambiente y purgó la cálida condensación concentrada en la estancia. Con la atmósfera algo menos espesa, puse rumbo de nuevo a la estantería. Como si de obra del azar se tratara, me topé de bruces con la imagen del cuadro de Poussin cuando abrí el libro con intención de consultar el índice. De pie como me encontraba, inmóvil en mitad del despacho, contemplé inmersa en el silencio más imperativo la bella imagen que me regalaban las páginas de la enciclopedia.

En esta primera versión, Poussin plasma el instante en que los pastores, en un arranque pseudoarqueológico, hallan una tumba semiescondida entre los matorrales, y sus ojos leen, con una suerte de asombro, la inscripción labrada en la losa. Todas las figuras están ataviadas de forma sugerente, con prendas que dejan ver la perfecta definición de los cuerpos musculosos y los rostros que muestran el clásico perfil griego; una peculiaridad que difiere perceptiblemente de la austeridad y el clasicismo de su adaptación. Observé que este primer cuadro era más recargado que el posterior, con colores más uniformes y líneas más conservadoras. No me

sorprendió demasiado; el barroco era el estilo característico de las primeras obras pintadas por Nicolas Poussin.

Dejé vagar mi mirada por las figuras de los pastores, tratando de descifrar en las líneas maestras de sus rostros el porqué de sus expresiones. Como sucede en la segunda versión, sus semblantes se mostraban, como poco, curiosos ante lo que estaban contemplando.

«Tiene que ser por el hallazgo de la tumba en un lugar donde habitan los inmortales —conjeturé en silencio—. Es una contradicción. De ahí la expresión, quizá de sorpresa, que se dibuja en los rostros de los pastores. Probablemente es debida a la omnipresencia de la muerte incluso en la idílica Arcadia, en ese paraíso de placeres».

La suavidad de la brisa que se colaba por la ventana abierta acariciaba mis mejillas como las delicadas manos de una madre. Con aquella sensación de consuelo en la piel, salí del despacho en dirección a la sala donde se encontraba expuesta la obra de Nicolas Poussin. En el rostro del joven vigilante que custodiaba la entrada se perfiló un gesto de severa inquietud.

—Todo está en orden —lo tranquilicé—. Voy a la sala de exposiciones, a observar una de las obras que se exhiben. — Sin más, asintió con calma.

Me personé en la estancia después de atravesar el abanico de luces que iluminaba el pasillo, portando entre mis manos el tomo de la enciclopedia. Cuando hice mi entrada, el resto

del personal de seguridad que vigilaba las obras maestras me dedicó una serie de miradas impregnadas de curiosidad y, presumí, no faltas de cierta fiscalización que, por supuesto, ignoré.

—Tengo que preparar un discurso para mañana —alegué—. Necesito estudiar con detenimiento algunas obras.

—Como desee —dijo el portavoz del grupo—. ¿Todo bien? —me preguntó en tono cómplice.

—Sí, sí. Todo bien. Gracias —respondí cordialmente.

Me situé justo enfrente de la obra, a suficiente distancia para tener una visión panorámica y suficientemente cerca para no dejar escapar ningún detalle. Desde ahí contemplé la magnificencia del trazo de Poussin. Advertí, no sin cierta sorpresa, que seguía siendo sensible a su enigmático efecto.

El óleo se extendía por los ochenta y cinco centímetros de altura del lienzo, y al observar esta segunda adaptación que Poussin hizo del cuadro, siete u ocho años después, reparé en que la tétrica calavera, que tutela el sepulcro en el lienzo de Guercino y en la primera versión del artista francés, había desaparecido, mientras que la tumba ganaba en dimensiones y se tornaba protagonista de la obra. Con un estilo mucho más clásico y austero, sus formas adquirirían mayor geometría, y en la expresión anonadada de los pastores se acentuaba esa turbación que sentían ante la muerte.

Dos pastores, del total de tres localizados en la obra, se encuentran en el lado izquierdo. El que presenta un aspecto

más joven, situado a la derecha de la escena, y cuya expresión parece más relajada que la de sus compañeros, hace de vínculo entre la estática mujer y el resto de la composición pictórica, a través del contraste entre su rostro, que se dirige a la figura femenina, y su mano, que señala con curiosidad la inscripción del sepulcro.

«Hay algo que no quiere revelarse —me dije mientras apartaba la mirada de la imagen para descansar la vista—, pero ¿qué es? Estupor. Eso es lo que reflejan sus rostros, y un halo de preocupación por algo..., algo que ven..., algo que acaban de averiguar..., ¿algo que les está desvelando la mujer?».

Las preguntas acudían en tropel a mi cabeza.

Volví a mirar el lienzo, y dejé vagar los ojos por la serie de líneas y colores que tomaban virtuosa forma a través del duende de Nicolas Poussin. Aquel cuadro reclamaba mi atención de modo insistente, y yo comenzaba a intuir algo.

Un halo de melancolía y reflexión envuelve la escena. Tanto los personajes que intervienen en ella como el paisaje que la enmarca transmiten una frialdad debida, quizá, a la gama cromática utilizada. Los volúmenes se ajustan al canon clásico: imperan el equilibrio, el orden y la sobriedad tan característicos de este estilo.

Pestañee un par de veces. Me pesaban los párpados como si pendieran de ellos dos enormes sacos de arena. Aparté los ojos del cuadro y los dirigí perdidos hacia la esquina



derecha de la sala, donde me encontré con la mirada aséptica de *La Gioconda*. Habría jurado que sonreía abiertamente ante mis desvaríos. Me froté las sienes con los dedos, anhelando una claridad de ideas que no parecía tener intención de presentarse en esos instantes. Eché un segundo vistazo.

«¿Quién es la mujer? —Una nueva duda me asaltaba—. ¿Es una pastora?, ¿una sacerdotisa? ¿O su figura es alegoría a otra cosa? Su presencia en la escena parece manifestarse a través de la mano que apoya sobre uno de los pastores en ademán de calma, o quizá de coacción».

Lancé un suspiro impregnado de desaliento y frustración, una exhalación abatida que se perdió entre las paredes y las esbeltas columnas de la sala. Iba a volverme loca. A esas horas de la madrugada, con el peso de toda la jornada sobre mis hombros, mi mente se negaba a continuar. Me pedía a gritos un respiro. En ese *impasse* de divagaciones y cansancio, mi mirada se cruzó con los ojos observadores de un vigilante, que me dedicó una sonrisa barnizada de amabilidad mientras yo negaba con la cabeza para mí misma. Sin saber de dónde, saqué fuerzas y me sobrepuse como pude al agotamiento. La impaciencia por extraer de mis observaciones un mínimo dato que encauzara las pesquisas me impulsaba a la acción. Simplemente quería ganar tiempo para aclarar la breña de preguntas en la que se encontraba sumergida mi cabeza, y no dar carta blanca al abanico de

posibilidades con camino a ninguna parte que se me presentaba. O tal vez solo pretendía desesperadamente tener buenas nuevas con que nutrir las esperanzas de Álex. Saboreaba por adelantado la agradable sorpresa que se llevaría al tener conocimiento de mis avances, con la vanidad circulando por las venas de quien sabe que está haciendo un preciadísimo regalo.

Me alejé un par de pasos más y nuevamente contemplé el lienzo con los ojos fijos. Mis pupilas se ensancharon intentando captar su esencia, buscando ese *algo* fuera de lugar, ese gesto sutil, ese mensaje inaudible para la mente, ideado para pasar desapercibido a los profanos.

«La composición se cierra sobre sí misma en el gesto paralelo de los dos pastores que se encuentran inclinados. Los brazos y dedos de ambos coinciden en un punto central simétrico —deduje—. Casualmente, en ese mismo punto convergen también las miradas interrelacionadas de los cuatro personajes».

Un silencio de abismo se instaló en mi interior. De pronto, aquella materia inerte comenzó a cobrar vida ante mis ojos. Empezó a hablar.

Como si acabara de volver en mí, mi rostro se iluminó súbitamente y a mis labios afloró una amplia línea de conclusión. Cuando apenas había dado forma a ese pensamiento tuve una perspectiva fugaz de aquella misteriosa obra. De manera precisa se me antojó que la

única protagonista del lienzo era la frase que aparecía inscrita en la tumba: «Et in Arcadia ego». En ella parecía mantenerse viva la voluntad de revelar algo inasible a quienes perseveraran. Ese era el punto en que convergían las miradas de las cuatro figuras de la escena, y en el que la composición se cerraba como la invocación de un conjuro. Aquella frase en latín desencadenó en mi mente una avalancha de ideas que empezaban a acariciar una descabellada teoría.

# CAPÍTULO XI

El cuarto tono al que tuve que esperar hasta que Álex descolgó el teléfono me hizo sospechar que, como era de rigor, se encontraría todavía durmiendo.

—¿Dígame? —oí su voz somnolienta al coger la llamada.

—Espero no haberte despertado —dije irónica.

—¿Loane? —preguntó con la voz adensada por el sueño.

—Sí —ratifiqué—. ¿Te he despertado? Cuanto lo siento —apunté con burla. Se oyó una ligera risa al otro lado del aparato—. Es necesario que vengas a la galería.

—¿Quieres que vaya a la galería a las... —oí el sonido del interruptor— cinco de la madrugada? Por cierto, ¿qué haces allí a estas horas?

—A las cinco de la madrugada, no —dije—, pero a las ocho, sí. Puedes estar tranquilo; si no eres un vampiro, no te matará el sol

—¡Loane! —exclamó—. A veces eres como una niña traviesa —expresó resignado.

Relajé el humor y teñí de seriedad el tono de mi voz.

—Debes venir a la galería en cuanto te sea posible —indiqué reservada.

—¿Ha pasado algo? —me interrogó, dejando entrever una ligera preocupación.

—No. Solo quiero que veas una cosa. Nada más —dije, sin aclararle que me parecía haber descubierto algo de cierta trascendencia.

—Seré puntual. Estaré allí a las ocho —se despidió.

Cuando colgué el teléfono y dejó de sonar la voz grave de Álex a través del auricular, se inició en mi cabeza la procesión ceremoniosa de una letanía de pensamientos que rivalizaban por imaginar cómo sería despertar a su lado. Las mil y una formas de hacerlo. Mis labios esbozaron una sonrisa pícaro cuando me sorprendí pensando que los amaneceres con él serían de obligado e inagotable sexo, de lujuria sin prejuicios y una desbordante pasión que no encontraría límite por más que lo buscara. Hasta la luna despediría la noche ebria de pasión y envidia ante su excelente maestría entre las sábanas.

Sacudí pesadamente la cabeza tratando de apartar el vicio que contenían aquellas visiones, y agité las manos ante mis ojos para borrar la imagen de las pupilas.

Un sol justiciero hizo acto de presencia ya durante el alba. Iba a ser otro día caluroso en Madrid. Apenas había logrado conciliar el sueño un par de horas desde que había abandonado la sala de exposiciones, en pos de un pequeño

descanso en casa, cuando la aurora escribió sus primeras notas de color azul sobre la línea negra del horizonte. Después de una ducha rápida y un nutritivo desayuno para recuperar la energía, sin tiempo que perder y consumida por unos nervios que devoraban a bocados la impaciencia, enfilé de nuevo mis pasos a la galería. Llegué cuando despuntaba el astro rey, lo que me granjeó una visión del amanecer un tanto particular entre las altas edificaciones de Madrid mientras, tensa, esperaba la llegada de Álex.

Con la ejemplar puntualidad que lo caracterizaba, se presentó a las ocho.

—Gracias por haber venido —dije con tono de disculpa—. Siento haberte hecho madrugar.

—No te preocupes —dijo muy sereno—. Sabes que siempre atenderé cuanto antes cualquier llamada que me hagas.

La ansiedad recorría mis venas con contundencia, y los latidos acelerados me zumbaban cadenciosamente en las sienes.

—Ven —le pedí. Álex siguió mis pasos en profundo silencio.

Nos trasladamos a la sala de exposiciones, aún vacía de público, sin mediar palabra, envueltos en un halo de misterio que parecía exorcizar el ambiente bajo la conjura de una verdad dormida. Al enfilarse el último tramo del pasillo me giré hacia él y le sonreí cálidamente. Cuando nos internamos

en la estancia, los primeros rayos de sol acuchillaban los haces de polvo que viraban insinuándose en la belleza de los lienzos, y el mármol del suelo reflejaba centenares de destellos que iluminaban la sala como un encantamiento. Nuestra llegada estuvo presidida por las miradas expectantes del personal de seguridad. Tras los cordiales «Buenos días» con gesto profesional, tomé del brazo a Álex y lo acerqué hasta la pared donde se encontraba la ilustre obra de Poussin. A una corta distancia, ante su peregrina expresión, lo alineé perfectamente delante del cuadro, advirtiéndolo como sus ojos me observaban con curiosidad. Dispuesto en el sitio que creí apto para una visión integral del lienzo, le hice un ademán con la cabeza, que él se apresuró a seguir con los ojos, para que dirigiera su atención a la composición.

—*Les bergers d'Arcadie* —dijo en perfecto francés.

—*Los pastores de la Arcadia* —confirmé.

—Mi cuadro favorito —alegó.

—¿Ah, sí? —le pregunté entre sorprendida y extrañada.

—Nicolas Poussin es uno de mis pintores predilectos desde hace muchísimos años —aseguró—. Tengo cierta debilidad por la sublime apelación que hace en sus obras al intelecto más que al corazón.

—La razón por encima del sentimiento —mascullé—. Muy propio de ti —dije, dando voz a mi pensamiento. Álex declinó hacer comentarios sobre esa última observación.

—Poussin es todo un misterio para mí, y su cuadro *Et in Arcadia ego* es el reflejo más fiel de determinadas realidades que se dan en nuestro mundo. —Fruncí el ceño, entrecerrando los ojos—. Su título original era *La felicidad sometida a la muerte* —apuntó.

—Ignoraba ese dato —confesé.

—La Arcadia representa cualquier lugar idílico, de felicidad en su más alto grado —prosiguió—. Un paraíso hedonista, con todo el tiempo disponible para el ocio, los placeres, el lujo, el sexo... Es el lugar ideal para el hombre en su estado natural. Como dio a entender Virgilio, «un mundo primitivo perfecto». Pero incluso en esos universos de infinito deleite y eterna placidez, más tarde o más temprano hace una visita la definitiva e inevitable muerte, el más doloroso bofetón que puede asestar la realidad, con lo que recuerda a quien contemple la composición la fragilidad de su propia existencia. El abismo de lo efímero. *La felicidad sometida a la muerte...* —dijo con aire reflexivo mientras su mirada se perdía entre los relieves coloreados de la obra—. Nunca el título de un cuadro lo expresó de mejor forma.

Álex pronunció aquellas últimas palabras como si sintiera su peso en la lengua.

—Es una advertencia —prosiguió—. Nadie escapa a la muerte ni puede esconderse de ella. Da igual la ventaja que creamos sacarle; siempre acabará por alcanzarnos. Podemos



vivir despreocupadamente y gozar de la vida cuanto deseemos, acariciando el límite de lo permisible con la yema de los dedos, pero recuerda que al final morimos. —Su voz se diluyó de pronto.

Hizo una pausa recogido en sus pensamientos, contemplando con más detenimiento la obra. De nuevo, sus palabras resonaron en la estancia.

—Es uno de los cuatro lienzos que el cardenal Giulio Rospigliosi encargó a Poussin...

—¿Un cardenal encargó el cuadro? —volví a interrumpir.

—Un papa, para ser exactos —me aclaró.

—¿Un papa? —pregunté circunspecta, sin salir de mi asombro.

—Clemente IX —apuntó. El cardenal Giulio Rospigliosi ocuparía años después la Cátedra de San Pedro, convirtiéndose en el papa número doscientos treinta y ocho de la Iglesia católica.

—Entiendo... —dije con el pensamiento extraviado en mis propias suposiciones. En un primer momento no me convencía la idea de que un dignatario de la Iglesia hubiera encargado un cuadro que ocultase la clave para descubrir un secreto relacionado directamente con su fundador. No obstante, abría toda suerte de cábalas. Eran muy contadas las veces que un cargo eclesiástico de tal magnitud osaba morder la mano que le daba de comer o sucumbía a la verdad, por miedo de perder su rango y el poder que este le

otorgaba. Aunque, si me paraba a pensar, no resultaba ser una afirmación tan extravagante. ¿Qué mejor que un lienzo para perpetuar una leyenda y un secreto que, a pesar de todo, debían mantenerse ocultos?

—¿Crees que el papa Clemente IX tendría conocimiento de la Alianza de los Siete Arcángeles? —pensé en voz alta, con la mirada fija puesta en el cuadro.

—¿Cómo? —preguntó Álex, manifestando una ligera extrañeza ante mi pregunta.

—Perdona. No me hagas caso. Continúa, por favor —le pedí amable, restando importancia a mi nueva intromisión.

—Como te decía, es uno de los cuatro lienzos que el cardenal Giulio Rospigliosi encargó al autor. Desgraciadamente para los amantes de la obra de Nicolas Poussin, se perdieron dos de ellos: *Descanso en la huida a Egipto* y *El tiempo protegiendo a la Verdad de la envidia y la maledicencia*. Pero los otros dos se conservan. Uno es el que tienes delante de tus ojos y el otro lleva por nombre *La danza de la vida humana*.

—Unos títulos muy esclarecedores —apunté.

—Sí —subrayó Álex, girando su clarísima mirada hacia mí—. Es sorprendente el dominio que Poussin tiene del dibujo, y su preferencia por la línea en detrimento del color —añadió, regalando una nueva mirada al lienzo.

—Me agrada saber que no soy la única entusiasta del arte —señalé con una sonrisa que se amplió ante el guiño

cómplice de Álex.

—No, no eres la única. Pero no creo que me hayas arrancado de la cama solo para que te dé una clase magistral sobre Nicolas Poussin.

Sonreí tímidamente.

—Álex... —comencé a decir mirando hacia el cuadro—, ¿qué crees que expresan los pastores?

Ante mi pregunta, Álex se volvió hacia la magnífica obra. En su rostro se asomó un gesto de curiosidad.

—Asombro —musitó al cabo de unos minutos—. Confusión, quizá.

—¡Estupor! —dije súbitamente—. Sus caras reflejan una inusitada estupefacción ante lo que están viendo.

—Es lógico —alegó Álex con naturalidad—. El hallazgo es de una tumba, en un lugar donde se supone que no se conoce la muerte.

Cruzó mi rostro una mueca de disconformidad.

—Tu semblante manifiesta que no estás de acuerdo con lo que acabo de decir, ¿no es cierto? —observó rápido.

—No creo que su estupor se deba tanto al hallazgo del sepulcro como a la inscripción.

—¿*Et in Arcadia ego?* —susurró Álex con escepticismo—. Simplemente es un *memento mori* de la época.

—No creo —afirmé con una severidad aplastante—. En este caso, no —dije, mirando de soslayo al personal de seguridad.

El silencio se prolongó en la sala al ritmo en que la sorpresa danzaba sobre el azul celestial de la mirada de Álex, que me observaba con aire interrogativo.

—Loane, ¿crees que Nicolas Poussin sería...? —No se atrevió a terminar la pregunta.

—Creo que *Los pastores de la Arcadia* es nuestro cuadro —afirmé señalando el lienzo con los ojos.

Álex se quedó inmóvil, con los labios entreabiertos en una sonrisa incrédula y los ojos azules agrandándose inmensamente mientras seguían mi línea de visión.

—Creo que Poussin dejó una pista en esta pintura.

Esperé un momento para que mi revelación ejerciera todo su efecto. Su expresión cambió en un abrir y cerrar de ojos. Dejó de mirarme, giró la cabeza y contempló el cuadro con la boca abierta de asombro. Inmediatamente después se sumió en un silencio meditabundo, con la mirada fija en el túmulo.

—*Et in Arcadia ego, et in Arcadia ego, et in Arcadia ego...* —repetía para sí en tono perplejo.

De nuevo se interrumpió un momento, probablemente para ordenar las ideas. Me pareció ver una chispa de alegría en sus ojos.

—Estoy segura de que Nicolas Poussin quiso decir algo más con esa oportuna frase en latín.

Hice una pausa en mi argumento y miré expectante a Álex, que seguía observando el lienzo sin decir nada.

—O la persona que le hizo el encargo —rectifiqué.

—¿El papa Clemente IX? —preguntó Álex con genuina sorpresa. Arqueé las cejas—. No es que dude de ti, pero ¿qué te hace pensar que este es el cuadro que oculta la clave del secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles?

—Nunca hago mucho caso a mis intuiciones. No pueden considerarse pruebas concluyentes, a pesar de que no suelo equivocarme, pero esta vez... es distinto... Algo que no puedo explicar con palabras me dice que este cuadro nos abrirá la puerta de una verdad que no imaginamos.

—Confío plenamente en ti y en tus intuiciones —me animó. Respiré aliviada al ver que Álex daba crédito a mi afirmación, por subjetiva y descabellada que fuera.

—Si tenemos la fortuna de interpretar correctamente la clave que encerró Poussin bajo ese *memento mori*, es probable que la obra comience a revelarnos sus secretos.

Antes de terminar de decir aquello, como un relámpago en mitad de las tinieblas, me acudió a la mente una frase de Arthur.

—Lo que no se ve también existe —susurré. De repente, aquellas palabras adquirirían sentido.

—¿Perdón?

—Lo que no se ve también existe —repetí en voz más alta—. Alguien que conozco citó una vez esta frase, y no le faltaba sabiduría. ¿Recuerdas en qué consiste el espíritu de una obra?

No le dejé responder.

—El verdadero espíritu de una obra es lo que se ve más allá de lo que se muestra simplemente —le expliqué—. Lo que no se ve de un lienzo también existe. Tenemos los hábitos visuales tan educados para ver como para no ver; por eso hay que dejar de lado la lógica y los límites estandarizados de la percepción, y ahondar en el alma del lienzo. La misión del arte es mostrar la esencia de las cosas corrientes, captar la singularidad que poseen, obligarnos a proyectar la mirada.

—Me acuerdo —corroboró satisfecho con un destello en los ojos—. Surgió en una de nuestras primeras conversaciones. «El arte tiene sus propias reglas», decía Schiller, y Nicolas Poussin nos plantea a través de ellas un desafío... —cayó en la cuenta.

—¡Exacto! —exclamé—. Poussin nos empuja a leer su cuadro en un lenguaje alegórico. Es más..., presumo que el cardenal Giulio Rospigliosi nos plantea el mismo reto. Ambos nos presentan el enigma más grande que ha dado el arte, por encima de cualquiera de las obras del maestro Da Vinci, y nos instan a entender su mensaje, incluso a sumarnos al estupor de los pastores.

—Un cardenal y futuro papa de la Iglesia católica ordena a un célebre pintor que guarde, mediante una clave oculta en la composición de un lienzo, un valiosísimo secreto que

podría cambiar la concepción de la historia —formuló Álex—. Parece el argumento de una novela —señaló.

—De un best seller, más bien.

Se acarició el mentón y de nuevo echó un vistazo al lienzo.

—Quizá... Puede que sí. Pero ¿por qué el afán constante de ocultar un secreto en un cuadro? —preguntó con curiosidad—. Me viene a la cabeza el enigma que durante siglos ha envuelto obras como *La Gioconda*, *La última cena* o *Gabriela de Estrées y una de sus hermanas*, por citar algunos.

—Tiene una parte muy lógica —dije como aportación a su interrogante—. Se cercioran de que el secreto permanezca vivo eternamente a través del significado que transmite la composición. ¿Qué mejor lugar para guardar un misterio que algo que perdura? —lancé al aire.

Álex me dirigió una mirada suspensa a la vez que prudente.

—*Ars longa, vita brevis* —dije—. Es una frase de Hipócrates, el padre de la medicina. Viene a decir que la vida del hombre es breve, pero el arte es longevo. Hacer de un lienzo testigo mudo de un secreto, disfrazándolo con alegorías, es el mejor modo de asegurarse de que ese secreto perdurará durante siglos o incluso milenios. El arte es inmortal, y todo lo que encierre lo será también, así sea la mayor verdad que ha presenciado el mundo. Al final, es lo

único perdurable. —Reflexioné un instante—. Pablo Picasso decía: «El arte es la mentira que nos permite comprender la verdad». ¡Qué genios! —exclamé por último.

—Pero si nadie llega a conocer tal secreto, o descifrar la clave que conduzca a su revelación, es como si no existiera. El arte es demasiado susceptible de interpretación para hacer de confidente. —En mis labios afloró una sonrisa serena.

—Acuérdate: lo que no se ve también existe. Si un secreto no se revela nunca, será porque nadie ha sido merecedor de él, pero eso no significa que no exista. Un secreto es de quien lo posee, y una verdad que se guarda en un lienzo es como un fantasma desesperado por manifestar su presencia. Solo hay que estar receptivo de la manera correcta al conocimiento, a las señales.

Di un par de pasos hacia el cuadro y señalé la figura femenina plasmada en él.

—¿Podrías aclararme quién es la mujer? —pregunté—. En mi afamado vicio de cavilar me he inclinado a pensar que se trata de una representación de algo concreto, pero no consigo adivinar a qué alude exactamente.

—Al destino —respondió Álex—. Se cree que la figura de la mujer encarna el destino del hombre.

—El destino... Símbolo evocador donde los haya —intervine—. Las posibilidades de interpretación que ofrece abarcan un abanico muy amplio. Sin embargo, en este caso



parece estar claro: el destino final de todo hombre es la muerte, aunque habite en la Arcadia.

—Predestinación absoluta —aportó Álex—. Es imposible cambiar un destino impuesto. Según las creencias de diversas religiones, el destino es incognoscible e inevitable, forjado por los dioses.

—Deducción bastante contradictoria, por otro lado —aseveré, blandiendo una media sonrisa.

—¿Contradictoria? ¿Por qué?

—El destino, entendido como tal, guía la vida del ser humano y lo lleva a un fin que no escoge. Es ineludible y, por tanto, viene ya con las cartas marcadas. Esto significa, entonces, que el hombre no tiene poder de elección, ya que Dios ha tomado todas las decisiones de antemano.

—¿Y dónde está la contradicción? —cuestionó nuevamente Álex.

—En el libre albedrío —solté grandilocuente.

Álex se limitó a arquear una ceja con gesto vago. Sonreí resuelta. Enredar con su polivalente inteligencia y medirme con él en duelo dialéctico me resultaba excitante la mayoría de las veces. Esta parecía ser una de ellas. Él, consciente de mi intento, no podía hacer más que experimentar el baño de humildad con que lo gratificaba cuando se me presentaba la ocasión, igual que hacía él conmigo.

—La predestinación absoluta implica que la capacidad de elección, que se presupone innata, queda anulada en su

totalidad si existe un dios que urde los hilos del destino.

—¿Y...?

Miré fijamente a Álex. Su expresión no había cambiado.

—Según las Sagradas Escrituras, esa capacidad de elección, entre otras cosas, es lo que hace del hombre un ser creado a imagen y semejanza de Dios.

—La libertad... —dijo absorto Álex.

—La libertad —confirmé—. El tesoro máspreciado que posee el hombre, y que lo iguala a deidad. Creer en el destino es ser menos libre.

—¿Sabe que a veces la detesto, señorita Darey? —dijo Álex con gesto cómico.

—Sí, soy consciente de ello. Tanto como yo a usted, señor Vanderbilt. —Sonreí divertida.

Me acerqué más aún al cuadro y observé detenidamente la figura de la mujer.

«El destino —dije para mis adentros—. Sin lugar a dudas hace alusión al albur final que espera a todo hombre: la muerte, cuyo género en latín, igual que en castellano, es femenino. De ahí que la figura que lo representa sea de mujer», conjeturaba para mis adentros.

—Con independencia del significado popular que Poussin quiere otorgar a la composición sobre la Arcadia, sobre la muerte y sobre cómo ni en el más feliz de los lugares escapa el hombre a su destino —dije—, ¿por qué una tumba en un lugar donde únicamente residen inmortales?

Álex dedicó unos minutos de reflexión a mi interrogante. Sus ojos azules se perdieron en la profundidad de los infinitos trazos del lienzo, fundiéndose con la policromía de la magnífica composición, esperando, quizá, que le revelara su particular verdad, pero el misterio nos seguía eludiendo.

—Ignoro la respuesta, Loane —contestó al fin.

—Yo también, pero creo que se halla encerrada en el epitafio —indiqué—. Si apelamos a la traducción real, la frase escrita en la lapida no significa «Yo también estoy en la Arcadia», como se interpreta habitualmente. Tan solo los eruditos de la época podrían saber su verdadero significado.

—¿Entonces? —preguntó Álex, paladeando una pausada confusión.

—Para el pueblo, inculto en su mayor parte, la que habla es la calavera que aparece en la primera versión que Nicolas Poussin hizo del cuadro y, tiempo antes, en la versión original de Guercino. Es el despojo humano, más que la frase, lo que transmite el *memento mori*. Supongo que fue un esfuerzo de vulgarización.

—¿No tienes una ligera idea de qué quiere decir?

—No. —Negué con la cabeza al mismo tiempo—. La mente de un genio es un galimatías de difícil análisis. La mayoría de las veces es imposible delimitar dónde acaba el genio y dónde empieza el loco, como dice la canción de Mecano, y tal parece que Poussin contaba con una mente brillante. Él y quién le encargó el cuadro —señalé.

—Pero en esta segunda versión, Poussin hace desaparecer la calavera —puntualizó Álex, intentando encontrar el porqué.

—No creo que tenga mayor importancia —manifesté mientras le dirigía una mirada meditabunda—. La tumba se expresa al respecto de manera clara. No olvidemos que el sepulcro es un símbolo igual de evocador o más.

Ambos guardamos silencio, conteniendo nuestras conjeturas y suposiciones durante unos minutos.

—¿Por qué dos versiones de un mismo cuadro? —lancé al aire, rompiendo el mutismo del momento—. ¿Puede tener algún significado excepcional?

—Lo dudo —dijo Álex, haciendo gala de cierto escepticismo—. La primera versión que hace Poussin del cuadro de Guercino no es una simple reproducción. Aunque salta a la vista que está inspirada en él, ya que se la encargaron como imitación, se podría señalar que se trata de un cuadro de transición hacia la segunda versión, es decir, la que tenemos el placer de contemplar —resumió—. Que hay diferencias entre las dos es más que evidente, pero lo único que certifican es la evolución pictórica de Poussin. Si te das cuenta, Loane —demandó mi atención—, los elementos claves de la primera composición aparecen también en esta segunda. No existe ese paralelismo entre el cuadro de Guercino y los de Poussin, donde se sustituye la calavera por

una figura femenina, situada en el último lienzo en el lugar que ocupa el siniestro cráneo en el de Guercino.

—A la derecha —aporté—. E igual que Guercino confiere a la calavera un distinguido primer plano, Poussin da cada vez más protagonismo a la figura de la mujer —añadí con expresión iluminada—. Por lo que me inclino a pensar que ambas tienen la misma importancia e idéntico significado... Destino, muerte...

—Efectivamente, solo que la mujer, en esta versión, otorga al cuadro un cariz sobrenatural que, a su vez, lo dota de un gran atractivo.

—Y distrae de lo verdaderamente importante y significativo del cuadro —alegué—. La frase escrita en la tumba.

—Parece hecho a propósito —observó Álex. Afirmé con la cabeza—. Hay una cosa que te va a sorprender —anunció.

En mi rostro asomó el destello de una intensa curiosidad que se hizo palpable a los ojos de Álex hasta que de nuevo tomó la palabra.

—En la primera versión de Poussin —comenzó a decir—, el anciano que aparece de espaldas, laureado y cabizbajo en primer plano, fue situado estratégicamente en esa parte del cuadro como enlace con otro lienzo con el que hacía pareja.

—¿Cómo?

—Según los estudiosos, ese anciano postrado representa el río Alfeo. En la mitología griega, Alfeo se enamoró

perdidamente de Aretusa, una ninfa del séquito de Artemisa que, para librarse de su acoso, huyó a la isla de Ortigia, donde Artemisa se apiadó de ella y la transformó en manantial. Se dice que entonces Alfeo se transformó en el río peloponésico que desde entonces lleva su nombre, y que sus aguas se hacen subterráneas para viajar hasta Ortigia y unirse con las de su amada.

—Qué romántico... —dije sarcástica—. Un acosador con poderes.

—Cosas de dioses, ya sabes —expresó Álex.

—Sobre este tema me viene a la cabeza una obra de Gabriel Blanchard, de 1672: *Diana protege a Aretusa*.

—O el grabado de Bernard Picart que plasma el momento en que Alfeo intenta atrapar a la bella ninfa —añadió Álex.

—Muy bueno, por otro lado —opiné—. Entonces, ¿es un río? ¿El anciano representa un río? —pregunté retomando el tema.

—El curso del río, más bien —me aclaró Álex—. Su flujo.

—El transcurso del destino, de la vida —señalé—. La muerte al final de ella. Todo gira en torno al mismo tema en los tres lienzos—. La muerte..., la muerte..., la muerte... —repetí—. ¿Se sabe algo del cuadro con el que enlaza la primera versión?

—Nada en absoluto —respondió Álex, desanimado—. Son simples conjeturas propagadas por los eruditos.

—Eso ya es una garantía por sí misma —dije con firmeza—. Quizá fuera la continuación del bucólico paisaje, o el hallazgo de más tumbas... —aventuré—. Las posibilidades son infinitas. —Guardé silencio un instante—. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que ofrecía esa segunda obra fantasma, me inclino a pensar que lo importante se encuentra en la primera parte. El sepulcro y el epitafio se hallan en esta composición, y de este punto debemos partir en nuestras pesquisas para descubrir el secreto.

—*Et in Arcadia Ego* —dijo Álex, aproximándose al cuadro—. No cuento con un óptimo conocimiento del latín, pero echo de menos algún verbo en la frase. Literalmente la interpreto como «Y en la Arcadia yo».

—Y esa es su traducción literal. Muchas veces —comencé mi explicación tratando de ignorar su sonrisa— se puede omitir el verbo *ser*, si se sobreentiende por contexto.

—Entonces, ¿la frase quedaría...?

—*Et in Arcadia ego sum*.

—*Y en la Arcadia yo estoy* —tradujo Álex literalmente.

—Aunque por regla general se traduce como «También estoy en la Arcadia», o como «Estoy incluso en la Arcadia». *Memento mori* por excelencia que explica a la perfección y viene a ratificar lo que hemos dicho hasta ahora: la muerte se encuentra en un lugar donde no le correspondería estar.

Bajo un tupido silencio, permanecí pensativa durante un breve lapso en el que, abstraída, sacaba a duras penas mis

propias conclusiones. Me quedé mirando a Álex antes de volver a hablar.

—¿Crees que podría ser una transposición de las letras?  
—susurré entornando mis ojos negros.

Aquel pensamiento había ido abriéndose paso a medida que analizábamos la obra.

—¿Te refieres a un anagrama? —se aseguró Álex.

—Sí —contesté—. La idea me ronda por la cabeza.

—Es posible —dijo—. Los anagramas se emplean con mucha frecuencia para crear jeroglíficos. Cantantes, escritores, directores de cine y diseñadores de videojuegos hacen uso de ellos para crear títulos de discos o poner nombre a los personajes de sus variopintas historias.

—Si en verdad se trata de un anagrama, dar con la frase encubierta se va a convertir en un auténtico trabajo de chinos —aseveré.

Tras mi espontáneo comentario advertí un cambio de humor en el semblante de Álex, como si le hubiera contagiado el escepticismo. La esperanza que había nacido en él un rato antes pareció ahogarse entre las aguas que escupían mis palabras. Su rostro se tornó sombrío, y las incipientes arrugas que le surcaban el contorno de los ojos se acentuaron en las líneas expresivas de su piel.

—Siento mucho no poder ser de gran ayuda en este tema —expuso cabizbajo—. Mi dominio del latín es francamente nulo. El único conocimiento que poseo de esa lengua muerta



son las frases adoptadas por el castellano y otras lenguas vivas que hablo.

—No te preocupes por eso. Si hay una segunda intención en esa frase, te aseguro que daré con ella —afirmé contundente—. Estás hablando con una excéntrica cuya mayor afición en la adolescencia era estudiar latín.

Álex sonrió ampliamente.

—¿No tenías nada mejor que hacer? —dijo.

—En aquella época, no.

Unos instantes después, el crujido plomizo que emitió la puerta principal de la galería cuando introdujeron la llave en su cerradura y cedió con docilidad a ella, me hizo echar un rápido vistazo al antiquísimo reloj de estilo isabelino que pendía presumido de una pared de la sala. La silueta ojival de sus agujas anunciaba con inexcusable rigidez la cercanía de las diez. Las horas se habían escurrido a través del tiempo. Los pasos arrastrados, con esa característica lentitud con que se dejaban oír en el silencio hueco del vestíbulo, me alertó de que Librada acababa de llegar para dar comienzo a su jornada laboral.

—Es hora de abrir la galería —anuncié a Álex apresuradamente—. Si no te importa, proseguiremos con esta conversación en otro momento más adecuado. Ahora el deber llama a mi puerta o, mejor dicho, a la puerta de la galería. Hoy se me presenta un día de duro trabajo. Vienen varios grupos de diferentes universidades, y en media hora,

una asociación de amas de casa de un pueblecito de Segovia reclamará mis servicios itinerantes por la sala.

—Te dejo entonces —expresó conforme Álex—. Pero si antes me prometes una cosa.

—Tú dirás —planteé curiosa.

—Que cenarás conmigo esta noche.

—Sabes que no dispongo de mucho tiempo para... — intenté excusarme vanamente.

—No será nada a la luz de las velas —me cortó de repente—, ni tampoco con aroma o color de romanticismo. Negocios, Loane. Será una cena solo de negocios. Además, ¿te has mirado al espejo? Te estás quedando en los huesos. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo decente? Voy a tener que mirarte dos veces para poder verte. Necesitas un buen bistec.

—Estoy bien —señalé presuntuosa—. Es falta de sueño, únicamente. Cuando se clausure La Exposición de Oro y toda esta vorágine toque su fin, mi estrés se esfumará como por arte de magia y todo volverá a la normalidad, incluido mi peso.

Sus ojos estaban fijos en mi rostro, intentando ver más allá.

—¿Has vuelto a sentirte vigilada? —Su voz bajó unas cuantas octavas.

—No —dije sin apenas dejarle terminar la pregunta, desviando la mirada para dejarla fuera del alcance de la

suya.

Me cogió de la barbilla suavemente y me obligó a volver el rostro hacia él. Buscó mis ojos huidizos y me miró con escepticismo cuando los encontró.

—¿Segura, señorita? —se quiso cerciorar, velando por mí.

—Sí, Álex, sí —contesté nerviosa—. Todo está bien. Ya sabes que me sé defender sola —alegué tajante, elevando ligeramente el tono.

—No quiero que precises de la ocasión de tener que defenderte. —Enfaticó con dureza sus palabras.

—Tengo que trabajar —entoné implorante, invitándolo a marcharse—. Por favor...

—Te vendré a buscar a las diez y media. Estate preparada. —Su fuerte mandíbula se tensó.

«Engreído», pensé. Suspiré ante su ilimitada suficiencia. Qué poco me costaba odiarlo.

Se giró antes de que pudiera replicar y me dejó con la palabra en los labios. Molesto, enderezó sus pasos hacia la salida. Lo observé alejarse a través de unos ojos velados por la impotencia. Me exasperaba cuando actuaba conmigo como si le perteneciera. ¿De dónde le nacía ese instinto de posesión, ese afán de protegerme constantemente?

Desde la puerta me dirigió una mirada recelosa que me heló la sangre en las venas. Su sublime figura y el sonido sincopado de su caminar se fueron perdiendo poco a poco

por las baldosas del dilatado pasillo. Cuando la esculpida sombra se disolvió en la luz blanca que licuaba la distancia, inhalé una profunda bocanada de aire y dejé escapar un suspiro. Era imposible tratar determinados asuntos con Álex. Sus miradas hablaban por sí solas y se entendían mejor que la más larga y completa de las explicaciones que pudiera ofrecer con palabras. Nadie decía tanto como él con los ojos. Sin embargo, jamás llegué a entenderlo del todo; me desconcertaba tanto que en algún momento renuncié. Alexander Vanderbilt era en sí mismo una contradicción, y ni con tiempo ni con método aprendería a descifrar sus pensamientos.

Permanecí inmóvil en el centro de la sala, sin apenas pensar en nada que no fuera la fascinación que aquel hombre ejercía sobre mí. Me atraía como un agujero negro, absorbiéndome. El ruido seco que emitió la puerta cuando Álex salió de la galería me arrastró de nuevo a la realidad.

—Buenos días, Loane —se oyó en la sala.

—Buenos días, Librada —respondí con un desánimo que a duras penas intenté ocultar.

—¿Me traicionan los ojos, o acabo de ver salir a Alexander Vanderbilt con cara de apoplejía? —me interrogó, fisgona.

Le dediqué una mirada de resignación al no poder evitar contestar a su pregunta.

—No, Librada. Has visto bien —respondí.

—¿Otra vez enfadados?

Movió la cabeza a ambos lados y estalló en una estridente carcajada que hizo girar de forma automática los rostros solemnes de los cuatro guardias de seguridad que escoltaban la sala de exposiciones. Habían relevado a los del turno anterior dos horas antes, cuando Álex acababa de llegar.

—¡Amores reñidos son los más queridos! —exclamó entre risas, haciendo popular espectáculo del arranciado refranero español.

—Baja la voz, Librada —le rogué—. ¿Qué amor? —dije, harta de sus necias figuraciones—. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que entre Alexander Vanderbilt y yo no existe ningún amor?

Librada asintió, pero más como quien da la razón a un loco que como quien está conforme con el interlocutor.

—Aunque eres demasiado testaruda para reconocerlo, ese hombre te retuerce la cabeza —siguió diciendo—. ¿O me vas a negar que te tiemblan hasta las pestañas cada vez que lo tienes cerca? —preguntó sin esperar respuesta por mi parte.

—¡Librada! —gruñí—. Sabes mejor que nadie que detesto a los hombres con la mayor acritud que posee el verbo.

—A los hombres, pero no a Alexander Vanderbilt —dijo juiciosamente—. No tiene nada que ver con los demás.

—¿Ah, no?

—No. Ese hombre con mayúsculas domina el arte de la seducción mejor que «Casanueva».

—Casanova —corregí exasperada.

—¡Cómo se llame! —espetó locuaz—. Es imposible no caer rendida a sus pies.

—Que a ti se te desate la libido siempre que lo ves —argumenté irritada— no significa que a mí me pase lo mismo. No estoy dispuesta a invertir ni un solo suspiro en el señor Vanderbilt. Es odioso.

La risa estrepitosa de Librada resonó como un eco jovial por la estancia y volvió a captar la atención del personal de seguridad, que contenía risillas ante la comicidad de nuestro diálogo.

—Hazle caso a esta vieja, jovencita —me dijo con voz seria, acercándose más—, y acepta un consejo de los años de experiencia que me cruzan el esqueleto. Si no sabes qué sientes por Alexander Vanderbilt, pregúntale a tu corazón. En asuntos sentimentales, la mente necesita tiempo para averiguar lo que el corazón sabe en un segundo.

—Librada —espeté en tono tajante—, tengo que irme. En menos de cinco minutos empieza mi jornada laboral.

—Piensa en lo que te he dicho. Ya sea para odiarlo o para amarlo, es innegable que Alexander Vanderbilt ocupa la mayor parte de tus pensamientos —dijo como despedida.

## CAPÍTULO XII

Enfundado en uno de sus impecables trajes de corte perfecto, señorial, con el semblante de quien está encantado de haberse conocido, Álex me esperaba en la puerta de la galería, envuelto en el velo oscuro que las nubes del anochecer habían tejido sobre el cielo de Madrid. La brisa fresca correteaba juguetona entre las altas edificaciones que se levantaban a nuestro alrededor. Su mirada, acerada y autoritaria, hizo que me fuera encogiendo poco a poco a medida que mis pasos se aproximaban a él. Con sus ademanes de Beau Brummell, se alzó con fluido garbo el cuello de la camisa negra de cachemira.

Su atractivo era magnético, incitante. Peligroso.

Observaba con una mirada tan aguda como su carácter el rastro que dibujaban mis pasos mientras me dirigía a él, precedido de una sonrisa sagaz en los labios y un gesto arrogante. Sin más sonido de fondo que el murmullo agitado que aún cedía la ciudad a esas horas, lo saludé.

—Hola —dije con cautela.

Con una expresión firme en el rostro y sin pronunciar palabra, se sacó la pitillera del bolsillo trasero del pantalón.

En un compás de espera inquietante y provocativo, cogió un cigarrillo de su interior, se lo llevó a la boca y lo encendió. Dio una calada lenta. Las brizas del pitillo prendían incandescentes, mientras la bocanada de humo que había inhalado salía de la boca y avanzaba vaporosa por su rostro, velando los marcados ángulos de sus facciones tras la telaraña blanquecina.

—Buenas noches.

Sus modales tenían cierto aire de solemnidad, y el timbre de su voz denotaba una seriedad poco habitual en él. Sin apenas levantar la cabeza, elevé los ojos hasta alcanzar los suyos.

—¿Sigues enfadado conmigo? —le pregunté en un tono sorprendentemente conciliador.

Me miró con semblante inquisidor y ojos embaucadores, y me sentí intimidada ante la profundidad de aquella mirada gélida que conservaba para mí el extraño encanto de un abismo, advertido ya desde el primer día. No podía escapar a la hipnótica fascinación que irradiaba.

Dio otra calada rápida sin dejar de dar diagnóstico al rubor de mi rostro. A nuestro alrededor, la gente conversaba y reía.

—¿Y bien? —le pregunté otra vez, apocada.

—No sé exactamente qué me haces —respondió al fin, sin desclavar sus ojos de los míos—, pero me es imposible enfadarme contigo. Eres terca y obstinada hasta la saciedad,



y condenadamente pertinaz. Cuando se te mete algo entre ceja y ceja, no hay nada que te detenga. —Mordió sus palabras—. En ocasiones consigues sacarme de mis casillas. Te daría unos buenos azotes cada vez que me impides cuidar de ti, cada vez que te haces la fuerte...

—¿Hacerme la fuerte? —repetí irritada—. No me hago la fuerte, ¡lo soy! —intervine rápidamente.

—Está bien, ¡lo eres! —exclamó con solemne resignación—. Pero aunque seas fuerte, la más fuerte del mundo, hay cosas que no puedes hacer sola. ¿Te resulta complicado entender eso?

—Tanto como a ti que no necesito la ayuda de nadie y, menos aún, de un hombre.

—¿Es eso?

Mis cejas se contrajeron en un gesto de profundo desconcierto, mientras meditaba sobre pregunta. La voz de Álex denotaba un tono de evidente agitación.

—¿No quieres mi ayuda porque soy un hombre? No me digas que eres una de esas mujeres que se niegan a que levantemos un dedo por ellas.

Negué con la cabeza, escéptica ante su estúpido interrogante. La conversación adquiría de nuevo un giro peligroso.

—No quiero tu ayuda porque no la necesito —repliqué con indignación—. ¿Qué te has creído? ¿Que todas las mujeres sobre la faz de la tierra necesitan tu ayuda? ¿No te

sientes realizado como caballero si no te dejamos salvarnos?  
¿Tienes complejo de superhéroe o algo así?

—¡Eres una feminista acomplejada! —afirmó.

—¡Y tú un machista retrogrado! —espeté con los dientes apretados.

—Un machista retrogrado que te encantaría que te besara, ¿no es cierto? —argumentó de repente con arrogancia.

Apreté los puños y contuve en ellos las ganas de abofetear tanta insolencia. Álex tenía un modo realmente original de sacarme de quicio, y no dudaba en hacer uso de él a discreción.

—¡Maldito seas, Alexander Vanderbilt! —dije sofocada, con toda la rabia contenida que se había acumulado en mi interior.

—Puedes estar tranquila, fierecilla —indicó sereno, con una sonrisa burlona—. No voy a hacerlo. No voy a besarte. —Hizo una breve pausa para dar otra calada al cigarro que sujetaba entre los dedos—. ¿O es lo que quieres?

Apreté los dientes con fuerza.

—Tu prepotencia da asco —dije con un nudo en la garganta—. ¡No sé qué diablos hago hablando contigo! ¡Eres imposible! —prorrumpí irritada—. Creo que ya te he dicho en alguna ocasión que ni se te pase por la cabeza la idea de que me vaya a enamorar de ti. Pues bien, puedes estar por completo seguro de ello. Sus armas seductoras de donjuán

barato le han fallado estrepitosamente conmigo, señor Vanderbilt.

Se quitó el cigarrillo de la boca y una leve sonrisa se perfiló en sus labios.

—¿Está segura, señorita Darey? —me preguntó, acercando su rostro al mío como el ataque silencioso de una pitón.

—¡Vete al diablo! —exclamé exasperada. Quería decirle mucho más, pero me callé. Nuestros rostros se encontraban a escasos centímetros.

Con los ojos atestados de lágrimas y una letanía de improperios en la punta de la lengua, me giré dispuesta a marcharme.

—¡Espera, Loane! —Álex me retuvo del brazo y me giró para que lo mirara—. ¡Espera, por favor!

Lo miré fijamente a los ojos con una mirada distendida, dibujando en ella la distancia, y advertí indignada que la suya no parecía solicitar una disculpa. Sacudí la cabeza en silencio, decepcionada, y de nuevo le di la espalda bruscamente.

—¡Joder! —le oí exclamar.

Me abrí camino por el corazón de la muchedumbre entre empujones y disculpas, y enfilé mis pasos Gran Vía abajo en busca del coche. Sus palabras de réplica se apagaron en el murmullo inquieto que desprendía el bullicio de la calle, mientras me alejaba de él farfullando una escalada de

exabruptos. No estaba en disposición de continuar escuchando sus bravuconadas y necedades, ni mucho menos de librar una de esas escaramuzas verbales interminables. Concluí que no entendía a Álex y, menos aún, el macabro juego del gato y el ratón que parecía traerse conmigo y que tanto lo divertía.

A medida que caminaba hacia el coche y dejaba atrás los estallidos de voces y risas de la multitud, la penumbra que supuraba el anochecer comenzó a trasudar un aroma amenazador y peligroso que empapaba las entrañas de la atmósfera hasta calar los huesos. Husmeé el aire alertada por el instinto. Algo extraño se olía, se sentía, se advertía. Un escalofrío avanzó por mi espalda y me hizo mirar atrás; la calle bullía de gente.

Inmóvil, con el corazón en la garganta, contemplé al gentío que deambulaba perezosamente por las inmediaciones de la Gran Vía. Ajena a mi miedo, la vida de Madrid seguía su curso. Los cuerpos se cruzaban sin apenas rozarse, con una liviana expresión de indiferencia en los rostros. En medio de tanta indolencia, donde el suelo era lo único sólido que podía notar bajo los pies, me pareció percibir una mirada intensa clavada en la nuca. De nuevo, aquel peligro invisible se cernía sobre mí.

Abandoné el gentío, que siguió vagabundeando entre las luces multicolores, y me apresuré a tomar la pequeña calle en la que tenía aparcado el Citroën C3. Tan pronto como la

enfilé y avancé unos cuantos pasos comidos por la prisa, me sorprendí al ver la densa silueta de un desconocido recostada en el capó, inmersa en la oscuridad. El individuo tenía las piernas y los brazos cruzados en ademán de espera. Mis pisadas se volvieron inseguras según avanzaba hacia la sombra y esta tomaba la forma inequívoca de un hombre. Contuve el aliento y eché una mirada rápida a mí alrededor. La calle estaba totalmente vacía.

—No des un paso más —se arrancó a decir aquel perfil oscuro unos metros antes de que lo alcanzara. El miedo me obligó a detenerme de golpe—. ¿Loane Darey? —me preguntó austero.

Era una voz de baja intensidad, malsonante y basta, con cierta dificultad para pronunciar algunas letras. Aquel individuo que se servía del amparo de la noche para amedrentarme poseía una acusada disfonía en las cuerdas vocales, que le proporcionaba una voz ofensiva para el oído.

—¿Loane Darey? —repitió seco.

—¿Quién quiere saberlo? —dije con fingida seguridad.

La silueta se irguió con una lentitud estudiada, obligándome instintivamente a retroceder un par de pasos para mantener una distancia que me garantizara una mínima seguridad en caso de tener que salir corriendo. Mis ojos, abismados en el miedo, vidriosos ante aquella sospecha hecha sombra, lograron distinguir a un hombre corpulento, de estatura media y cabeza falta de proporción con el resto del

cuerpo. La tenue luz ámbar que proyectaba sobre su figura el alumbrado de la ciudad dejaba entrever un rostro de rasgos toscos y primitivos, con frente baja y huidiza y una mandíbula carente de mentón. Incluso en la penumbra advertí la acusada heterocromía de sus ojos, enmarcados por una cabellera cobriza que le llegaba por los hombros y enfatizada por el destello anaranjado de las farolas. En conjunto, su aspecto podría admitir cualquier adjetivo menos el de juicioso. Ambos permanecemos con los ojos clavados el uno en el otro durante un rato demasiado largo.

—Yo he sido el primero en preguntar, señorita —dijo en tono sombrío. Ignoré su insolencia.

—¿Quién quiere saberlo? —insistí.

—Alguien que mira por tu bien, Loane —dijo resaltando mi nombre por encima de las demás palabras—. Alguien que te aconseja que dejes de lado determinado asunto.

—No sé de qué me habla —afirmé.

—Vamos, Loane, no me tomes por idiota. Los dos sabemos a qué me refiero —dijo en tono amenazador, con una sonrisa corrosiva asomada a los labios—. Los dos sabemos de qué hablo, pero si quieres, puedo refrescarte la memoria. Se me da bien —expresó con rudeza, mientras hacía crujir las prominentes articulaciones de sus manos.

Incrédula frente a lo que estaba sucediendo, como si una película de gánsters estuviera proyectándose delante de mis ojos, observé con una desesperación casi cómica la forma en

que el sicario se apretaba los puños mientras hablaba. Los nudillos blanqueaban a cada presión, adquiriendo un relieve huesudo y tético, y los tendones de las manos se tensaban como la cuerda de un arco. El miedo inicial dejó paso a un pánico que caló con rapidez hasta los nervios. Tuve conciencia de que estaba terriblemente asustada. Intenté tragar saliva, pero el nudo que sentía en la garganta apenas me dejaba respirar, y la boca, seca, comenzaba a destilar un sabor amargo.

—Solo te advertiré de una cosa —enunció—. Hay verdades que es mejor que continúen dormidas, sobre todo en aras de la integridad física de quien tenga el atrevimiento de intentar despertarlas.

Sin percibir siquiera el sonido amortiguado del movimiento, aquel cuerpo informe y tosco se abalanzó sobre mí como una bestia. Sentí su mano cerrarse con fuerza alrededor de mi cuello, estrujando sin condescendencia. La carótida emprendió unas pulsaciones frenéticas y dolorosas que subieron hasta las sienes, transformándose en un zumbido hermético que me aislaba de cualquier sonido exterior. Su eco me golpeaba la cabeza como un martillo en el yunque. Mi cuerpo se retorció sobre sí mismo en una espiral tortuosa, mientras la presión del brazo de aquel animal impedía zafarme. La garganta me ardía en cientos de llamaradas. De mi boca manaba una plegaria gutural que ponía la nota agónica a una melodía ya de por sí macabra.

—Si valoras en algo tu vida y esa preciosidad de cara que tienes, sabrás qué te conviene y harás caso de lo que te digo.

Su aliento exhalaba un hedor repugnante de vino barato y tabaco negro. Todos mis músculos se pusieron rígidos de asco, y una sensación nauseabunda se elevó hasta mi boca.

—O si no... —dijo acentuando con saña sus palabras. Un sollozó escapó de mis labios.

—¡Basta! —se oyó una voz al otro lado de la calle.

El pelirrojo de aspecto zafio alzó la mirada rápidamente. Entonces, su rostro adquirió una extraña lividez, como si acabara de ver un fantasma.

—¡Basta! —repitió la voz desde la profundidad de la noche, mientras al fin se hacía visible a los ojos.

A la estupefacción que sufrió mi verdugo al poner rostro a aquella voz emergida de la penumbra se sumó la mía cuando, de igual modo, alcancé a reparar en su poseedor. Era Álex. Los nervios surgidos de aquella situación y el aturdimiento me habían impedido reconocer el tono en un primer momento.

—¿Álex? —pregunté confusa.

Me quedé mirándolo desconcertada, sin parpadear, con los ojos inflamados por un miedo inhumano que, como un río de lava, deshacía cuanto encontraba a su paso. La ligera sonrisa que dejaba entrever Álex y la mirada lobuna y metalizada que brillaba en sus ojos revelaban un control asombroso. De repente, en un arranque de desafío, el que se



había erigido en mi verdugo aquella oscura y desatinada noche apretó la mano alrededor de mi cuello con mayor intensidad, hasta que el aire dejó prácticamente de pasar por la tráquea. Mi rostro mostraba una mueca de angustia que plasmaba de modo tragicómico el sufrimiento que estaba padeciendo. Una acusada sensación de mareo me sacudió la cabeza y me provocó una severa flojedad en las piernas, que apenas eran capaces de sostenerme.

—No te atreverás —dijo Álex con voz pausada, en lo que sonó a un desafío ganado de antemano.

Súbitamente, la presión que sentía en la garganta desapareció, y el neandertal salió corriendo despavorido. De forma instintiva hice una fuerte y sonora inhalación para abastecer mis pulmones y me llevé las manos al cuello, mientras poco a poco notaba que me desvanecía. Tuve consciencia de que los fuertes brazos de Álex me rodeaban para que no cayese al suelo.

—Pequeña... —le oí susurrar, aturdida—. Ya pasó, ya pasó... Ahora estás conmigo, mi pequeña. Ahora estás bien —me consolaba.

Escondí el rostro en su cuello y me aferré a él con todas mis fuerzas, encomendándome a su protección y su ternura.

Aún tenía la respiración entrecortada cuando Álex intensificó su abrazo para tranquilizarme. Cuando quise recobrar plenamente la consciencia, su mirada celestial estaba clavada en mis pupilas, y la expresión de su rostro

dejaba adivinar algo de la sensibilidad que, durante un instante, había percibido en él. Con las lágrimas agolpadas en los ojos, a falta de un suspiro que aflorase y se derramase por mis mejillas, permanecimos abrazados en silencio, un silencio que en esos momentos estaba plagado de significados.

Noté los dedos de Álex acariciarme el pelo mientras mi cuerpo temblaba de miedo. Al cabo de unos minutos, cuando mi corazón recuperó más o menos el ritmo normal, me cogió el rostro entre sus enormes manos, se inclinó hacia mí y me besó en la frente. Lo observé con una sorpresa que no podía ocultar.

—¿Estás bien? —me preguntó en tono cariñoso.

Asentí compungida.

—Sí. Estoy bien —respondí en un bisbiseo.

Álex recostó mi cabeza en su torso. Mientras me pasaba la mano por el pelo con suma ternura, sentí el rumor de su corazón en el oído y comprobé asombrada como su palpito ganaba velocidad con la cercanía de mi cuerpo. Sonreí para mí, dejándome acunar por sus hipnóticos latidos.

—Gracias. Otra vez...

—Lo haré una y mil veces si es necesario, Loane —subrayó con fuerza—. Vamos a mi casa. No quiero que te quedes sola ni un segundo.

—No, Álex... —mascullé mientras me desenmarañaba de sus brazos—. Soy perfectamente...

—Sé que eres perfectamente capaz, pero no voy a dejarte sola por más que me lo pidas. Esta vez no.

Me separé unos pasos de él. Su proximidad me volvía débil ante sus peticiones. Él, consciente y consecuente con ello, se me acercó de nuevo.

—No sigas —le imploré haciendo un gesto con la mano. No se extrañó ante mis palabras.

—Seré bueno —me musitó al oído.

Una expresión de temor me iluminó los ojos durante unos instantes. No sabía si tenía más miedo de él o de mí misma.

—Te lo prometo —dijo con una voz convertida en un susurro imperioso.

Asentí vencida ante su poderoso encanto masculino y la extrema situación que acababa de vivir.

En un silencio de funeral recorrimos el corto trayecto hasta llegar a su apartotel. Aún me temblaban las manos y las piernas, y mi cabeza no conseguía hilvanar un pensamiento coherente fuera de aquel suceso. Si bien la presencia de Álex me reconfortaba dentro de la inmediatez, no evitaba que pensase en el peligro que corría. Internarse en la búsqueda del misterioso secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles, lejos de ser un juego inocente, parecía un vale seguro por una plaza en la mejor zona del cementerio.

Al llegar al lujoso apartotel, el ascensor panorámico se convirtió otra vez en mi peor pesadilla. De nuevo, ese artificio acristalado que nos elevaba a lo más alto de

aquella ordenada disposición de pisos hacia de las suyas en mi mal de alturas.

—Mírame —me pidió Álex, sabiendo que así mitigaría en parte mi vértigo. Lo miré, sumisa—. ¿Mejor?

En silencio afirmé con la cabeza. Álex alargó la mano y me acarició delicadamente la mejilla.

—Mi pequeña —murmuró.

Al suave roce de sus dedos, mi rostro se sonrojó. Aparté la mirada y la dirigí al techo del ascensor.

—Te prepararé un baño relajante —propuso cuando llegamos a su apartamento.

—No es necesario que te molestes —dije apurada—. Me basta con una simple ducha.

—¿No quieres probar un superbaño relajante *à la Vanderbilt*? —preguntó chispeante. Fruncí el ceño, divertida.

—A la ¿queeeé...? —Álex ahogó una carcajada.

—*À la Vanderbilt* —repitió—: Agua muy caliente acompañada de suave espuma burbujeante y aderezada con abundantes sales aromatizadas, todo ello salpicado con esencia de jazmín y aceite de bergamota, que ayuda a calmar los nervios.

—¿Ah, sí? —pregunté extrañada.

—Sí, señorita. Alivia la depresión, la fatiga y el estrés.

—Pues no tenía ni idea.

—¿Qué me dices?

—Jazmín... —dije para mí, pensativa.

—¿Te gusta el olor del jazmín?

—Me encanta. Es mi fragancia favorita.

—Entonces no puedes negarte.

—Se hace difícil resistirse a semejante tentación — comenté. Álex sonrió.

—En cinco minutos lo tengo listo.

—Está bien —dije convencida.

—Te voy a descubrir las maravillas de la aromaterapia.

Ponte cómoda mientras tanto.

Con estas últimas palabras, Álex se internó en el cuarto de baño. Antes se había aflojado el nudo de la corbata para sacársela por la cabeza y la había tirado al sofá de cuero blanco. Al instante, mi mirada quedó atrapada en ella. Me acerqué y la contemplé con una curiosidad insólita en los ojos, que advertía ya dilatados y con unas pupilas que casi abarcaban la totalidad del iris. Me incliné hacia delante, alargué el brazo y pasé con cuidado los dedos por su forma, sintiendo la suavidad de la seda en las yemas.

«¿Era una corbata lo que inmovilizaba las muñecas de aquella joven en el cuadro de Alexander Vanderbilt que tanto me llamó la atención? —me pregunté—. ¿Era esta misma corbata azul?».

La respuesta me provocó un escalofrío que sentí llegar hasta la médula. Una imagen atravesó mi mente, y me aparté como si diera calambre.

Varias veces había pensado en preguntar a Álex el porqué de ese lienzo. Aún visualizaba la escena perturbadora y fascinante que plasmaba, pero no me había atrevido a preguntarle, ni siquiera en un impulso. No estaba segura de querer saberlo. Oír la razón habría restringido la verdad a una sola posibilidad. Pese a la curiosidad, volví a rechazar el interrogante y dejé en la sombra todas mis cavilaciones, sin pararme a pensar en qué podían significar.

Mientras me seguía preparando su afamado baño en el jacuzzi, no pude evitar que mi mente se diera un desagradable paseo por los horribles hechos acontecidos poco antes. Me llevé una mano al cuello y lo palpé con cuidado. Aún tenía la garganta dolorida, y la zona estaba extremadamente sensible. Me acerqué al espejo que poseía el enorme aparador de la entrada, entorné los ojos y fruncí las cejas con cierto sobrecogimiento cuando percibí unas ligeras manchas violáceas que se extendían con voluntad de mapa geográfico por el cuello. Pasé cuidadosamente los dedos por ellas. La mano de aquel sicario había dejado huellas en forma de una pequeña hilera de hematomas y un dolor de garganta que se agudizaba al tragar.

—¿Todo bien, Loane? —me sorprendió Álex, que llevaba un rato contemplándome en silencio. Me sobresalté al oír su voz, y di un respingo—. No quería asustarte, lo siento —se disculpó en tono dulce.

—No importa —dije.

—¿Todo bien? —repitió.

—Me duele ligeramente el cuello —señalé con voz serena.

—Después del baño, cuando estés más relajada, te daré una pomada que mejorará el flujo sanguíneo de la zona y te aliviará la molestia. —Asentí sonriente y agradecida, pero con indiferencia.

Según caminaba hacia el cuarto de baño comencé a albergar ciertas dudas en cuanto al comportamiento de Álex. A pesar de la consternación del momento, no me pasó inadvertida la expresión de desconcierto o, tal vez, miedo, que se había reflejado en los rasgos homínidos de aquel sicario cuando vio a quién pertenecía la voz que obstaculizaba sus más inmediatas intenciones. Me paré en seco y, despacio, me giré hasta tener la figura de Álex frente a mí.

—Álex... —comencé a decir.

—¿Si? —Me dedicó una de sus seductoras sonrisas.

—¿Conocías a ese hombre? —solté sin rodeos. Acompañé mi pregunta con una mirada inquisitiva, dejando que la sospecha aflorase a mi rostro.

—No —dijo fríamente.

—Él sí parecía conocerte... Sus ojos así lo indicaban —alegué—. Su expresión..., cuando te vio... —Las palabras vibraban en mi garganta—. Es como si acabase de ver al mismísimo diablo.

En cuanto pronuncié aquellas palabras, un estremecimiento recorrió mi espina dorsal.

—Quizá fuera eso lo que vio —apuntó Álex con ambigüedad—. Quizá era al mismísimo diablo a quien tenía delante.

Agité la cabeza pesadamente, confusa.

—¿Cómo...? —le pregunté, con cierto miedo de la respuesta que pudiera ofrecerme.

—Entre sus brazos retenía a un ángel. Al más hermoso de todos. Es lógico que viera en mí la personificación de Lucifer.

Mi mente, ofuscada y con claros síntomas de falta de lucidez, como era de prever dadas las circunstancias, trabajaba despacio, a un ritmo quizá demasiado ralentizado, pero la idea de que ese matón del tres al cuarto y Álex se conocieran de antes tentaba razonablemente mis pensamientos. Su tono, evasivo y ligeramente irónico al responder a mi pregunta, no me resultó del todo convincente. Desde hacía tiempo me había convertido en especialista en detectar mentiras y sucedáneos. Olía su esencia como un perro policía un alijo de droga, a la larga. De inmediato supe que para que la negación de Álex hubiera sido creíble, le habría hecho falta poner el corazón en los ojos.

Sin darle más vueltas, me giré y recorrí los metros que me separaban del cuarto de baño. Cuando traspasé el umbral contemplé sonriente la parafernalia que había dispuesto Álex



a lo largo y ancho del lugar. En metódico orden, rodeando el perímetro del jacuzzi y envueltas por la acogedora nube de vapor que había formado el agua caliente, varias velas pequeñas de color blanco arrancaban brillos con el resplandor de sus llamas de la loza del suelo. Un intenso y delicioso aroma de jazmín y bergamota inundaba el aire hasta extasiar los sentidos. Observé coqueta y admirada el escenario que Álex había preparado para mí, y sonreí como una niña, con una alegría infantil asomando en los ojos, al experimentar la intensa emoción que me cedían sus atenciones.

La espuma que se había formado en la superficie brillaba como una multitud de diminutos diamantes blancos, mientras las burbujas luchaban al borde de la enorme bañera para no caer al suelo. Me deshice de la ropa sin apartar los ojos del espectáculo de luces, aromas y sensaciones que se extendía por el cuarto de baño, y abordé despacio aquel pequeño paraíso terrenal que invitaba, desde luego, a relajarse. Desnuda, deslicé el cuerpo bajo el agua caliente, notando como su efecto balsámico trepaba a modo de obstinada enredadera por mis piernas, mis caderas, mi pecho, y calmaba la tensión acumulada en cada uno de mis músculos. Sumergida en el pedacito de gloria que tan habilidosamente había arrancado Álex al cielo, respiré hondo, cerré los ojos, dejé la mente en blanco y me fundí en un bienestar dichoso. De fondo, en el salón, fragmentos de *La bohème* del maestro

Puccini prestaban un tono melancólico y macilento a la atmósfera, que anudaba las emociones a la garganta.

—Me encanta mirarte —se oyó el murmullo pausado de Álex.

Al oír el vibrante timbre de su voz abrí los ojos de golpe. Mis pupilas, amplificadas por la luz melada que desprendían las velas, se encontraron en el umbral del baño con su imponente figura; estática y majestuosa, llenaba casi por completo el marco de la puerta, envuelta en la desbordante elegancia que solo él poseía. Alexander Vanderbilt era el paradigma de la masculinidad.

—No me preguntes por qué, pero me encanta. Me pasaría toda la vida contemplándote —prosiguió.

Tenía los brazos cruzados a la altura del pecho, y su enorme osamenta descansaba en un hombro contra la jamba de madera, a escasos metros de mí, observándome discretamente bajo la media luz, silencioso como un felino, sin desviar ni un solo segundo la atención de su presa, midiendo cada uno de mis movimientos. Mi rostro se iluminó de manera súbita. El deseo de Álex era tan intenso que casi podía palparse.

—Álex... —dije con timidez, al tiempo que me sumergía aún más en el agua y trataba de esconder mis encantos bajo las montañas de espuma.

—Pero, sobre todo —continuó sin moverse un ápice, reteniéndome con los ojos—, me gusta tu timidez. El sonrojo

que enciende tus mejillas. Esa inocencia tan sensual que desprendes por cada poro resulta sublime.

Mientras el filo de su intensa mirada se me clavaba como un estilete en los ojos, la sugestión de su voz cautivaba irremediabilmente la necedad de mis oídos. Mis nervios habían aflorado a la superficie hacía ya un rato, despertando los cinco sentidos. Alertándolos. Durante unos instantes guardó un silencio que suscitó entre nosotros un coloquio mudo. Aquellos azulísimos ojos medían con precisión matemática cada centímetro visible de mi cuerpo.

A la luz amarillenta que vertían las llamas de las velas sobre los contornos advertí que tenía el torso desnudo. Desprovisto de su vaporosa camisa, exhibía con naturalidad las formas perfectamente cinceladas que dibujaba el relieve de la musculación bajo su piel cobriza. Apenas durante un segundo capté el esbozo de un tatuaje en el lado izquierdo del pecho. Una extraña figura curvilínea, un símbolo, quizá, oculto, formado por una hélice de tres brazos unidos en un punto central, como un trisquel tridimensional. Me pregunté qué significado tendría y supuse que pertenecía a un pasado con otro tipo de vida.

De manera inconsciente bajé la vista hasta su cintura. Me ruboricé al percatarme de aquello que buscaban mis pupilas, y me apresuré azorada a mirarlo de nuevo a los ojos. Álex sonreía. Su mirada había captado la trayectoria de la mía.

—Dijiste que serías bueno —le recordé con voz retraída—. Lo prometiste.

—Nunca debería prometer lo que no soy capaz de cumplir —reconoció con su acostumbrado aura de seguridad—. Además, soy capaz de resistirlo todo menos la tentación, que diría Oscar Wilde.

Solo Dios sabe cómo odié a Oscar Wilde en esos momentos.

—¿Siempre tienes la necesidad de jugar conmigo de este modo? —le pregunté.

—¿Crees que estoy jugando? —dijo hoscamente tras considerar la cuestión.

Me disponía a contestarle con una carcajada cuando sus ojos azules me midieron con una mirada tal que me hizo replantearme la respuesta.

—Si te dejaras de ambigüedades, no me vería en la obligación de sacar mis propias conclusiones.

—¿Y qué conclusiones son esas? —dijo desde la puerta—. Aunque erróneas, seguro que son interesantes. —Incliné la cabeza en un movimiento vago de negación—. Sé que no te merezco una opinión demasiado buena, Loane. —Hizo una pausa—. ¿Quieres que te diga lo que pienso de ti? Podría enumerar tu sinfín de virtudes...

Su mirada repasó de nuevo la silueta de mi cuerpo que el agua dejaba entrever.

—Nunca he sido sensible a los halagos —interrumpí, sumergiéndome aún más en la enorme bañera.

—¿Demasiado acostumbrada? —sonrió.

—Demasiado escéptica —corregí—. Las alabanzas excesivas y reiteradas de las cualidades físicas o intelectuales de una persona la mantienen en una cómoda mediocridad de la que únicamente podrá salir si es capaz de corregir los fallos, y si se preocupa de buscar la perfección fuera de tantos cumplidos inútiles.

—El error es propio de la condición humana. Es imposible ser perfecto en todo momento y lugar. Pretenderlo es ir contracorriente.

—No se trata de ser perfecto. Se trata de exigirse el máximo. ¿No has oído eso de que debes ser la mejor versión de ti?

—Hacer las cosas bien y mejorar en la vida son propósitos muy loables, no lo discuto, pero no tolerar las equivocaciones, o abstenerse de hacer cosas por temor a fracasar, es una actitud que paraliza acciones, intenciones y propósitos.

Lo miré fijamente e intenté mantenerle la mirada cuanto pude.

—¿Alguna vez te ha paralizado el miedo a equivocarte? —sondeé mordaz.

—Nunca he dejado que el miedo guíe mis acciones ni, menos aún, que me paralice para llevarlas a cabo. ¿Tú sí? —

preguntó seguidamente—. No parece ser de los que tienen miedo al miedo.

—No tengo miedo al miedo. —Dejé vagar la mirada por el movimiento oscilante de las velas—. Pero mi moral enjuicia y sentencia las equivocaciones de manera rigurosa e inflexible. Si me equivoco, después me castiga duramente por ello. Hay errores que se pagan con un precio muy alto durante el resto de la vida y decisiones incorrectas que no se olvidan jamás.

Mis últimas palabras hicieron reaccionar a Álex de un modo extraño. Una especie de sombra fugaz veló el azul pálido de su mirada. Sus músculos se tensaron ante la presencia de un pasado que no podía superar, que arrastraba a diario. Me miro afligido, esforzándose para no detener los ojos demasiado tiempo en mi rostro. Suspiró y bajó la cabeza lentamente.

—Tienes razón. Hay errores que se pagan durante toda la vida y equivocaciones por las que nos castigaremos el resto de nuestros miserables días.

Se irguió de repente. Sin apartar la vista del suelo y arrastrando el alma, se apresuró a abandonar la estancia. Cuando su silueta desapareció, salí rápidamente del jacuzzi, me cubrí con la primera toalla que alcancé a ver y fui en su busca. Lo encontré en el mueble bar, de espaldas, sirviéndose un vaso de whisky. El clásico adagio para cuerdas de Samuel Barber rasgó su flotante línea melódica

en el hilo musical, acompañando el instante para darle todo el sentido del mundo.

—¿En qué te has equivocado? —me atreví a preguntarle, comprensiva—. ¿Qué error puede ser tan grave para que te envenene el corazón de esa manera?

—Uno tan grande que me ha convertido en alguien que no merece la pena.

El sonido tintineante de los hielos contra el vaso resonó en la sala. Durante años, Álex había estado guardando un doloroso secreto que su alma no podía seguir soportando. No quise insistir, pero presumí que ya necesitaría a alguien con quien compartir el peso y la culpa.

—Es una historia muy larga —expresó, aunque percibí en su respuesta que deseaba hablar de ello conmigo.

—Tengo todo el tiempo del mundo —afirmé.

Contemplé el líquido color caramelo envolver lentamente los hielos hasta sumergirlos en el fondo del vaso, al tiempo que se reafirmaban las violas del conocido clásico. Álex levantó el vaso y bebió un trago que le quemó ligeramente la garganta y le calentó el estómago, reconfortándolo en cierta manera. Se dirigió con paso firme al sofá y se dejó caer en él, vencido por el peso de la culpa. Lo miré confusa mientras se encendía un cigarrillo e inhalaba con los ojos entrecerrados. Inmediatamente después soltó una columna de humo que se quedó flotando encima de su cabeza como una nube de vapor blanca. Me acerqué a él sin prisas y me senté

delante. Permanecimos en silencio, cara a cara, unos instantes.

—Tiene que ver con tu deuda de por vida con ese tal Babilonio, ¿verdad? —Álex asintió abatido.

—Hace exactamente cuatro años, ocho meses y diez días. —El whisky parecía haber imbuido algo de valor a sus palabras—. ¿Sabes qué es un *gangbang*? —Dije que no con la cabeza—. ¿Y las prácticas BDSM? —Por segunda vez, negué—. Que deliciosa inocencia —se le escapó como un pensamiento en voz alta.

—Lo siento —dije algo ruborizada—, pero no sé a qué te refieres.

—Es normal, no te preocupes.

Con un movimiento circular de la mano hizo girar el whisky en el interior del vaso, sin decir absolutamente nada, mientras observaba, mirando sin ver, el remolino que se iba formando en el centro.

—Un *gangbang* es una orgía —soltó al cabo—. Un tipo particular de orgía.

Lo miré atónita. Álex prosiguió, arrancándose las palabras de la lengua.

—Consiste en que una mujer mantiene relaciones sexuales con un número indeterminado de hombres, y en ocasiones también con mujeres.

Mis ojos se abrieron de par en par, dejando ver una expresión de asombro. Sin embargo, aunque perpleja, me



mantuve en silencio. No quería interrumpir la explicación con comentarios o preguntas basados en la ley del absurdo, dadas mis nulas nociones sobre bacanales y prácticas semejantes. No obstante, pude hacerme una idea gráfica a través de obras tan magníficas como las que plasmaba en sus grabados Édouard-Henri Avril.

—El BDSM es un conjunto de prácticas sexuales de disciplina y dominación —continuó, estudiando mi rostro con ojos expectantes—. Sadomasoquismo con fuertes connotaciones de humillación sexual.

—¿Eres sadomasoquista? —pregunté únicamente.

—Sí —respondió—. Soy un tipo duro en muchos sentidos. Asentí.

—Ahora entiendo algunos de tus cuadros... —afirmé, más para mí misma que para él.

—Conozco el efecto que causa esta palabra —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Sin embargo, hay mucho más detrás de ella. —Tras una pausa, continuó con la explicación—: Las siglas BDSM corresponden a las iniciales de *bondage*, *domination*, *submission* o *sadism*, y *masochism*, esto es, ataduras, dominación, sumisión o sadismo, y masoquismo.

Dio una profunda calada al cigarrillo y bebió otro buen trago de whisky. Yo seguía escuchándolo atentamente, con expresión pétrea.

—No quiero que te asustes —dijo con voz cálida.

—Pierde cuidado.

—Al margen de lo que pueda parecer, estas prácticas se establecen de forma voluntaria y se parte de una situación consensuada y, por supuesto, de respeto mutuo.

—Pero... —murmuré temerosa.

—Hay personas cuya satisfacción sexual se alcanza a través del dolor físico, o de la entrega de ese dolor —me aclaró, adelantándose a mi pregunta—. Hay quienes obtienen un gran placer sometándose a actos de crueldad, humillación y dolor, y otras, sin ser masoquistas, lo obtienen al someterse a un dominante.

—No lo entiendo... ¿Cómo es posible que dos conceptos tan contradictorios...? —No terminé la pregunta.

Nuestras miradas se encontraron. Álex sonrió con una expresión de amargura en el rostro.

—Si obviamos la explicación científica, ¿nunca te has preguntado por qué quema el hielo, si es antagónico del fuego? —Lo miré confusa—. Se trata de sensaciones, únicamente. En realidad, la piel no se quema con el hielo, pero esa es la sensación que nos transmite el cerebro, la manera subjetiva que tiene de interpretarlo. Con el dolor y el placer sucede algo parecido. La dominación es algo connatural en diversas especies, y lo es también en la humana, en la que existen personas dominantes y personas sumisas que desean obedecerlas. Los sumisos buscan protección en el dominante, y al dominante lo satisface el

control que ejerce. El sadismo y el masoquismo coexisten en menor o mayor grado en todo ser humano, aunque no todos los dominantes son sádicos, ni todos los sumisos masoquistas.

»Hasta hace cuatro años, ocho meses y diez días, usaba y abusaba del BDSM.

—¿Qué pasó? —pregunté, dispuesta a escuchar con atención su relato.

—Yo era propietario de un club de Barcelona especializado en esas prácticas y todas las aficiones sexuales que abarca el denominado sexo extremo: sadomasoquismo, fetichismo, *gangbangs*, *shibaru* y las decenas de etcéteras alternativos que posee cada una de estas prácticas. Cada noche, el Club Dollar abría sus puertas para hacer realidad todas las fantasías sexuales. Sus fiestas de cuero gozaban de gran renombre dentro del círculo. Eran fiestas privadas, íntimas, con una clientela selecta. Sobre todo, seducían al público asiduo porque eran participativas. Aquella noche, a pesar de mi dilatada experiencia en ese mundo, no supe distinguir el límite y... —Se calló bruscamente.

Parecía que le reptaran hormigas por el cuerpo. Estaba intranquilo, agitado. Permanecí sentada frente a él, inmóvil como un santo en un altar, casi sin pestañear, sin hacer el menor sonido que delatara mi asombro o incluso mi presencia. Encorsetada y contenida por la historia que Álex

desgranaba para mí, no parecía responder a estímulo externo alguno que no fuera el eco de sus palabras en el fondo de mis oídos.

—El gerente del club —prosiguió con expresión ausente y una nota de amargura en la voz— era el encargado de contrastar la información que nos hacían llegar los clientes que deseaban participar en alguna de las sesiones, para asegurarse de que cumplían los requisitos para llevar a cabo, sin perjuicio para ninguna de las partes, prácticas sexuales de tal calibre. Debí haberle hecho caso a mi intuición —subrayó afligido—. Berenice era menor de edad. Le faltaba un par de meses para cumplir los dieciocho años. ¡Maldito desgraciado! ¡Ese cabrón no se molestó ni siquiera en pedirle el DNI! —exclamó—. Berenice suponía un caramelo para los clientes. Su juventud, su precioso cuerpo, su vicio... Haría aumentar la participación de los presentes esa noche en el club y, por tanto, los beneficios. ¡Maldito hijo de puta! Mercadeaba con las personas como si fueran simples trozos de carne de los que obtener dividendos. Cuantos más, mejor.

Enmudeció durante unos segundos. Busqué sus ojos, pero evitaba mirarme, concentrado en el whisky que quedaba en el vaso mientras lo hacía girar entre los dedos. Su rostro traslucía el sufrimiento y la pesadumbre que le roían el alma.

—Aunque la culpa fue mía —habló nuevamente—. Debí parar todo aquello..., pero no sabía...

Las palabras se le atascaban en la garganta y formaban nudos dentro de ella. Lanzó un suspiro al aire y bajó la mirada hasta el suelo. En esos momentos sentí una genuina compasión hacía él. Seguidamente se aclaró la voz y continuó:

—Todo transcurría con absoluta normalidad. Berenice disfrutaba con la sesión que le había preparado. Le gustaba el sexo en cualquiera de sus formas. No conocía límites ni tenía reparos. Le era indiferente estar con mujeres, con hombres, con dos, con tres, con cuatro... La lujuria brillaba en sus ojos como una piedra preciosa. La intensidad de las sensaciones que le producía la tortura sexual a que la sometí, el placer que expresaba su cuerpo, la controversia entre dolor y placer, el juego emocionalmente profundo que se establece... Su corazón no lo soportó —dijo finalmente, aturdido. Los ojos se le hundieron aún más en el rostro.

La sangre se me heló en las venas, capturando una expresión de incredulidad en mi cara. Álex agitó pesadamente la cabeza hacia ambos lados, tratando de apartar el recuerdo de aquellas espantosas imágenes. Un silencio incómodo se instaló en el salón. Lo miré horrorizada, con el corazón en un puño y las sienes a punto de estallarme.

—Yo protagonizaba muchas de las prácticas que se realizaban dentro del club, y también fuera de él. Era conocido por los personajes del mundillo y reverenciado por

los activistas más significativos del ambiente. Aquella noche había que dejar el listón muy alto. Castigué, torturé, humillé, sometí y me follé a Berenice delante de decenas de testigos que disfrutaban del espectáculo, hasta que súbitamente, su cuerpo dejó de contrarrestar mis embestidas. Había muerto en el acto de una parada cardiorrespiratoria —concluyó tiñendo de desaliento sus palabras.

Mantuve silencio.

—Pero ella no deseaba que aquel placentero castigo tuviera fin —continuó con el relato—. Las señales eran inequívocas. Su cuerpo se excitaba con cada azote, se extasiaba con cada latigazo, se embriagaba de placer con cada flagelación que recibía, con cada palabra que le susurraba, con cada acometida de mi cuerpo. En ningún momento pronunció la palabra de seguridad, por lo que no vi ninguna necesidad de parar.

—¿Palabra de seguridad? —repetí.

—Es una palabra concertada de antemano que usa el sumiso para manifestar que las circunstancias, el grado de dolor o la actividad no son de su agrado y que, por tanto, desea parar. El dominante tiene que respetar dicha indicación e interrumpir la práctica de inmediato. Pero no la pronunció. ¡Tenía que haberlo hecho si advirtió que las cosas no iban bien! —exclamó.

Apuró el whisky de un trago, dejó el vaso en la mesa y reanudó la explicación con un tono más pausado.

—Antes de que empezar se acuerdan determinadas reglas entre los participantes. Se establecen límites, para garantizar que el entorno sea consensuado. De esta forma se dota la sesión de un contenido concreto y se marca una distancia, que no se ha de vulnerar en ningún momento, respecto a las situaciones de violencia no pactada. Con Berenice también se efectuó este protocolo. ¿Cómo pudo salir mal? —decía casi en un clamor—. ¿Cómo se me pudo ir la situación de las manos? —La voz de Álex se marchitó.

Necesité unos minutos para recuperar la claridad de ideas. Aquel relato se convertía en el lamento de un hombre torturado por los errores del pasado, un hombre que había perdido el rumbo por llevar una vida demasiado distraída, quizá, y al que únicamente le quedaba ir a remolque de las circunstancias. Aunque intenté borrar de mi mente la atrocidad de los pensamientos que empezaban a asaltarme, no pude evitar ver a Álex como un monstruo. Esa vida de desenfreno que describía y que dejaba traslucir el velo de la miseria de sus palabras lo convertía a mis ojos en un irresponsable ruin y libidinoso carente de escrúpulos, uno de esos hombres que creen que nada les está prohibido, que se perdonan todos los pecados. No obstante, estaba conmovida en cierto modo.

—¿Crees que soy un monstruo? —me preguntó en un susurro, incapaz de afrontar mi mirada.

La respuesta se perdió entre mis labios antes de salir. Cualquier palabra habría sonado inadecuada.

—No te culpo —dijo leyéndome el pensamiento y agitando la cabeza—. Yo mismo creo que lo soy.

Había escuchado pacientemente la desgarradora crónica, y me había sentido partícipe de su dolor y su angustia. Pero pareció transcurrir una eternidad antes de que alcanzara a comprender que aquella pena lo estrangulaba, y que lo que menos necesitaba en esos momentos era censura por mi parte. Sin decir nada, me incliné hacia delante buscando su mirada y dejé que advirtiera en mis ojos aquel amago de comprensión que empezaba a sentir. Lo que en un principio era estupor y más tarde consternación se había transformado en compasión tras pasar unos minutos enfrentada al sufrimiento que asomaba a su rostro.

—No eres un monstruo, Álex —apunté serena—. Eso no te convierte en ello.

—¿Estás segura? —me preguntó mientras se permitía esbozar un intento de sonrisa.

—Como tú mismo has aclarado, es un juego consensuado por todos los participantes. Todos conocen las reglas. Tú no sabías que esa chica era menor de edad. No es a ti a quien corresponde cargar con esa responsabilidad —sentencié, intentando parecer convincente.

No objetó nada a mi argumento. La posible réplica murió en su garganta antes de ver la luz, pero en sus ojos se leía la



despiadada condena con que él mismo se castigaba a cada minuto. Solo alargó la mano y, con gesto afectado, me rozó la mejilla. Sonreí al contacto de sus dedos.

—¿Qué tiene que ver Babilonio con esto que me has contado? ¿Acaso participó en la sesión? —pregunté con inocencia.

—No —respondió con una sonrisa agrídulce—. Babilonio Diederich era el padre de Berenice.

—¿Cómo dices? —No daba crédito a mis oídos.

—Babilonio Diederich compró mi vida con la muerte de su hija.

Después de aquella devastadora afirmación de Álex me levanté del sofá y deambulé por el salón con la ingravidez que sufría mi cuerpo, mientras él permanecía sentado, solemne, con el semblante inconcluso y una incuestionable expresión de dureza que avanzaba sombría por las líneas de su rostro.

—Lo siento, Álex, pero no acabo de entender cómo...

—El día en que se dio sepultura al cuerpo inerte de Berenice Diederich, su padre se presentó en el club —interrumpió—. Lejos de mostrarse afectado por la reciente muerte de su hija, aprovechó la coyuntura para hacer aflorar al hombre sin escrúpulos ni conciencia que lleva dentro. A cambio de no dar parte a la policía de las circunstancias de la muerte de Berenice, yo habría de convertirme en su más fiel servidor. Así se aseguró un esclavo de por vida.

Pasé de la estupefacción a la indignación en apenas una décima de segundo.

—¿Cómo puede un padre vender tan ruinmente la muerte de una hija? —esboqué en alto.

—De la misma forma en que yo acepté convertirme en su esbirro para no ir a la cárcel.

Aquel espinoso error gravaba con una terrible sensación de culpa su alma, guardando en el fondo de sus ojos una profunda herida que no tenía cura y se había convertido en un tributo vitalicio. En vano busqué un mensaje de aliento que ofrecerle. Con todo, no encontré palabras adecuadas. Me quedé callada, sin saber qué decir exactamente, inmersa en la agonía de un silencio frío que me ensordecía.

—No hay nada bueno en mí, Loane. Nada que pueda salvarme. No soy mejor que Babilonio Diederich —dijo con franqueza.

—No te castigues así —lo consolé. Él suspiró, y sus ojos se vaciaron de vida.

—Necesito una ducha —indicó con desánimo.

Se internó en el cuarto de baño dejando tras de sí una estela sombría. Lo seguí con la mirada triste. Cuando el sonido de sus pasos se desvaneció, giré la cabeza hacia la mesa. El portátil de Álex estaba abierto y encendido. Como una autómatas, me acerqué con la única idea en la cabeza de obtener información detallada sobre las prácticas BDSM y los *gangbangs*.

Mi morbo pedía ser alimentado, y además a dentelladas.

Introduje la sigla en el buscador. Decenas de millones de páginas surgieron en una fracción de segundo, una cifra que se me antojó desproporcionada para una subcultura que nunca había oído mentar, aunque tuviera nociones sobre el sadomasoquismo. Pulsé uno de los primeros enlaces de la interminable lista. Un portal especializado en BDSM se abrió en la pantalla, e hicieron aparición fotografías explícitas de humillaciones sexuales. Comencé a navegar por ellas con las manos temblorosas y el corazón palpitándome en la mirada. Las fotografías cedieron paso a los vídeos, y durante varios minutos exploré los clasificados como más vistos. En ellos salían azotamientos, flagelaciones, cuerpos sofisticadamente atados, suspendidos en el aire o doblegados a paredes, espaldas acariciadas con elegancia por largos látigos de cuero, individuos abandonados al más violento trato carnal, sicalípticos tormentos, correctivos impregnados de lujuria, sodomías salvajes y crucifixiones que me hicieron recordar las representaciones pictóricas de la tortura de san Andrés. Sollozos, gemidos, jadeos, sudor, lágrimas, suspiros, palabras escandalosas para el oído, dolor y... placer. Por encima de todo, un infinito placer. Aquellas imágenes me resultaban tremendamente sórdidas y desconcertantes, hasta que, de repente, sentí una inesperada punzada de deseo.

De pronto fui consciente de la presencia de Álex detrás de mí. Podía notar su respiración. Rápidamente, cerré la ventana y me quedé inmóvil frente al ordenador, con la consternación dibujada en el rostro.

—Lo siento —susurré sin girarme.

—Quizá sea difícil de entender para ti, pero es un placer mutuo...

Asentí en silencio un par de veces sin dejar que concluyera, intentando disimular la inquietud que había aflorado en mí tras la escabrosa confesión de la que me había hecho partícipe.

—Te he dejado en la cama la camiseta que te pusiste la otra vez, para que duermas cómoda —dijo Álex después de un silencio que me pareció eterno.

—Gracias —dije mientras me levantaba—. Y gracias también por el baño que me has preparado. —Tuve que hacer un esfuerzo para no rehuir sus ojos.

—De nada —contestó de forma automática e indiferente.

Me dirigí al dormitorio y me encerré en él acompañada únicamente del rumor amortiguado que transportaba el viento de la ciudad. Crucé la estancia sepultada en las sombras de la noche y me hundí entre las sábanas de seda. Una y otra vez, mi cabeza se empeñaba en proyectar una escena en la que Álex aparecía ejerciendo su poder dominante frente a sus esclavas sexuales. Esa imagen me abrasaba la mente y me mantuvo prácticamente toda la noche en vela. La

reiterada evocación de aquellos vídeos, con la figura de Álex colocada por mi fantasía en ellos, no hizo sino agudizar una extraña sensación a la que no logré imponer ilación ni dar cabalidad, y que resultó endiabladamente apetecible de repente. Ignoro el momento en que una de mis trasnochadas ideas llegó a concluir el porqué de que Álex no se hubiera enamorado nunca: no veía a las mujeres como personas. Su visión se detenía justo en los cuerpos, se perdía sin ir más allá de lo que supone una hermosa admiración contemplativa. Sacudió mi orgullo pensar que para él solo éramos una bonita cara, unos sensuales pechos, unas esbeltas piernas: objetos sexuales más o menos animados de los que obtener placer.

Alexander no era un donjuán; era un depredador.

Sin embargo, a pesar de la tremenda escabrosidad que suponía para mi sensibilidad la visión de aquellas sórdidas imágenes, no logré apartar mis pupilas de ellas mientras las tuve delante. Devoraban mis pensamientos a razón de uno por segundo. Extrañamente, me resultaban tan intimidatorias para el ojo como morbosas para la mente, despertando en mí un turbador cosquilleo. De nuevo, ese enigmático impulso se enfatizaba en mi interior, cobrando renovado protagonismo y desvelándome la existencia de un placer extremadamente perverso y prohibido para el resto de los mortales. Algo indefinible se deslizaba por mi cabeza de forma vertiginosa, espoleado por la vorágine de sensaciones que producían en

mí aquellas imágenes. Sin querer dar ley ni confianza a los ambiguos pensamientos que lograban confundirme, la noche transcurrió en el lento vagar de las horas. La luna había recorrido todo su protocolario camino a través del cielo sin que yo pudiera atrapar el tren del sueño. Cada vez que intentaba aferrarme al último vagón, con la esperanza de robar unos minutos de descanso y alivio a la noche, este parecía ganar velocidad soliviantado por el rumor de la narración de Álex.

Cuando nació el amanecer, el sol derramaba la suavidad de sus rayos sobre Madrid, filtrándose delicadamente por los postigos entreabiertos y barriendo los últimos resquicios de oscuridad. La elegancia de la primera luz del alba proyectaba un halo violáceo que comenzaba a acariciar el contorno de los muebles. Sin dejar que el día se desperezara del todo, me vestí rápidamente y salí con diligencia del dormitorio. No quería encontrarme con Álex. Necesitaba huir de la extraña sensación que tenía cuando su imagen surgía intempestivamente en mis pensamientos. No dilucidaba con claridad que ocurría dentro de mí, pero en ese momento tampoco deseaba quedarme a descubrirlo.

Con el sigilo de un gato, alcancé la puerta sin más problemas que los que me acarreó la tupida oscuridad del salón. Logré ver que Álex no estaba durmiendo en el sofá. La

almohada y la manta estaban en el improvisado lecho, por lo que era fácil suponer que se encontraba en la ducha justo cuando yo trataba de huir como una delincuente.

—¿Ya te vas? —oí a mi espalda. Álex había surgido en silencio de la penumbra del salón.

—Sí —le ofrecí como única respuesta, agarrando el pomo.

—¿No vas a despedirte? —preguntó en tono seco y desafiante.

—Tengo prisa. Tengo que ir a trabajar —dije sin girarme. Me sentía como una niña traviesa castigada contra la pared.

—¿Me tienes miedo? —preguntó, acercándose unos pasos para acortar la distancia.

No contesté. En algún momento indeterminado había perdido el dominio de mi voz.

—¿Me tienes miedo? —repitió apremiante.

Me sobresaltó la proximidad de su voz, convertida en un grave susurro en mi oído. Álex se encontraba justo detrás de mí, vetándome cualquier movimiento, frustrando mi huida. Sin que yo me percatara, se había deslizado sutilmente hasta situarse a mi espalda. Estaba atrapada entre la puerta y él. Mi corazón comenzó a acelerarse, mientras una oleada de calor me trepaba por el torso.

—¿Te da miedo que juegue con el lado oscuro del deseo? ¿Que trasgreda los límites del placer? —Sus preguntas

estaban marcadas por una sensualidad que no hizo sino ponerme más nerviosa.

—Álex, por favor... —alcancé a decir. Su nombre vibró entre mis labios.

—Por favor, ¿qué? —me siseó al oído de forma deliberadamente pausada—. ¿Te da miedo que juegue con las sensaciones más turbias del ser humano? ¿Te da miedo que utilice el dolor para ampliar los límites del placer de quien me ofrece su cuerpo? ¿Te da miedo que me sumerja en el lado más oscuro de las fantasías?

Apretó el cuerpo contra mi espalda, oprimiéndome ligeramente contra la puerta. Mi respiración sonaba entrecortada. Podía sentir su aliento en la nuca y oír sus acompasadas inhalaciones. Se notaba que disfrutaba como un niño con aquella situación.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté con voz vibrante—. ¿Qué buscas? —Los ojos me quemaban por las lágrimas contenidas.

—Busco lo que quieres que encuentre, Loane —respondió mientras apresaba mi cintura suavemente y apretaba de nuevo su cuerpo contra el mío.

No dijo nada más.

Solo mi agitada respiración se oía en el silencio catedralicio del apartamento cuando se puso a lamermme el lóbulo.

—Gírate —me ordenó con estudiada sutileza.



Tras unos segundos de tregua que se me antojaron insuficientes hice lo que me pidió. Al dar la vuelta vi que tenía el torso desnudo.

—Así está mejor —asintió, complacido por mi sumisión—. Me gusta que me obedezcan.

Elevó los musculosos brazos hasta situarlos a la altura de mi cabeza, impidiéndome cualquier movimiento. De nuevo me vi enredada en la trampa de su cuerpo, una trampa de la que no podía escapar, aunque tampoco sabía si quería.

—Mírame, Loane —me dijo con voz íntima—. Mírame a los ojos.

Los contemplé durante unos instantes. Tenía las pupilas excepcionalmente dilatadas, tanto que invadían el iris casi por completo. El brillo de su mirada era extraordinario. A través de ese destello mostraba una insinuación..., una invitación a seguir..., a perderse. Todo su deseo parecía concentrarse en sus hipnóticos ojos, tan inhumanamente perfectos.

—Álex..., por favor —dije en tono implorante.

Lejos de decir algo que me tranquilizara, se limitó a perfilar en sus labios una sonrisa escuálida, sin la menor intención de romper el silencio. Su gesto estaba acompañado de una expresión que no había visto antes en él, una mirada posesiva. Frente a mí tenía a un animal salvaje que esperaba impaciente el delicioso momento del ataque. Su boca, a escasos centímetros de la mía, entreabierta por la tensión

que se respiraba en el ambiente y el decadente calor de los cuerpos, estaba expectante, inevitablemente impaciente. No era el momento más apropiado para una situación tan delicada pero, a pesar del miedo y el orgullo, deseé no encontrar forma de zafarme de él. Me revolví en el sitio, incómoda. Álex tenía atrapada la maraña de nervios en que se había convertido mi cuerpo con la templada precisión del suyo. Rio sutilmente ante mi intención y su inutilidad.

—¿Te doy miedo? —musitó al tiempo que arrastraba una mano por mi cuello, acariciando con suavidad su impecable línea.

Continué callada. Durante unos segundos interminables, el tiempo pareció detenerse ante nosotros, o correr únicamente cuando él así lo decidía. Hasta en eso tenía poder. De pronto sentí que iba a perder el sentido.

—¿No dices nada? —insistió.

—Yo no... —mascullé nerviosa.

—Tú no, ¿qué? ¿«Yo no te tengo miedo»? ¿Eso es lo que ibas a decir? —Contuvo las palabras en la lengua, esperando pacientemente mi reacción.

Me asaltó un sentimiento de indefensión ante la seguridad con que se dirigía a mí, ante su confianza, su insolencia, su descaro, su falta de comedimiento. Eran tantos los adjetivos que lo calificaban, y que me hacían empequeñecer a su lado, que no atinaba a insuflarme un mínimo de valor para contrarrestar de algún modo su actitud.

—Me encanta verte así. Es perversamente divertido. Tu miedo se puede oler..., tocar... Es delicioso. —Su voz tejía en el silencio de la estancia una trama oscura y obscena.

Álex envolvió sus palabras en una aparente frivolidad, pero a pesar de todo, con cada una de ellas me hacía suya. Aquel hombre sabía perfectamente la forma de hacerme sentir inquieta e indefensa, perdida ante sus mañas como un cordero ante el lobo. Su mirada azul reflejaba con escrupulosa lealtad la inquietud que expresaba mi rostro, y la mía dibujaba el perfil de su perversa sonrisa. La imagen se desvaneció cuando, antes de que pudiera decir nada, se aproximó a mí. Comenzó entonces a hilarse entre nosotros un diálogo silencioso pero atestado de emociones y deseo. Sin más, dejé que el veneno de sus labios acariciara los míos y entreabrí la boca para acoger su lengua.

Suave y veloz como una estrofa de Baudelaire, me invadió sin ninguna impaciencia, repasando cada ángulo de mi boca mientras me apretaba aún más contra la pared. Fue un beso húmedo, profundo, posesivo y exigente, fiel reflejo de lo que él era. Sus labios sabían a poesía, a versos de Bukowski, de Benedetti. Durante unos minutos, el danzar acuoso de nuestras lenguas detuvo el tiempo hasta que, súbitamente, Álex se apartó.

Lo miré aturdida mientras restablecía el contacto con la realidad. Sus ojos azules brillaban con un destello metalizado. Simplemente, sonrió con la mueca de un chagal.

—¿Deseas que te bese otra vez? —me preguntó, dilatando el rostro en un gesto de suficiencia. Su insolencia era inquebrantable.

Intenté disimular el remolino de emociones que me asaltaba ante aquel ejemplo de descaro. Sin embargo, mis labios se precipitaron con ansiedad hacia los suyos. Su lengua volvió a jugar a capricho, enredando la mía.

Mientras la pasión tomaba forma tangible a través de los besos que Álex deslizaba por la curva del cuello, enervado ya por su contacto, sus dedos desabrochaban con suma habilidad los minúsculos botones de mi camisa de raso. Apenas un instante después, sus manos me recorrían el abdomen. Ascendieron por él como una escala musical hasta rodearme los pechos. Gemí cuando los apretó. Con suavidad le acaricié la nuca y hundí los dedos en la espesura de su cabello negro, atrayéndolo más hacia mi cuerpo. Por su torso desnudo subía el olor de una piel desconocida hasta entonces para mí. Sin darme cuenta, me vi envuelta en su exquisito aroma mientras él regresaba con tesón a mi boca. Al tiempo que su lengua coqueteaba incansable con la mía, sus dedos se desplazaban de nuevo, esta vez hasta el botón de mis pantalones. Sin mucha dilación, logró desabrocharlos e introducir lentamente la mano en su interior. De pronto, con una terrible claridad, mi mente evocó las dantescas imágenes y sucumbió al miedo.

—¡Espera, Álex! ¡Espera! —interrumpí con brusquedad cuando recuperé el control de mi voz. Empujé su cuerpo ligeramente para apartarlo.

—¿Estás bien? —me preguntó extrañado.

—Sí, no te preocupes —respondí escuetamente.

Intuyendo el motivo de mi inesperada reacción, Álex me acercó la mano a la mejilla y la acarició con suavidad.

—Puedo ir más despacio si quieres —dijo con dulzura.

—No, no —me apresuré a decir—. No tiene nada que ver contigo —balbucí sin convicción mientras hacía un esfuerzo para liberarme de su encanto y hacer caso omiso del calor instalado en mi cuerpo—. Soy yo, Álex..., soy yo... —dije con voz entrecortada—. Necesito salir de aquí, por favor... —imploré, desbordada por la situación.

Álex retiró las manos de mi cuerpo como si quemara y se apartó un par de pasos, bajando la cabeza con resignación, y me dejó el camino libre. A duras penas di la vuelta, abrí la puerta y me marché como perseguida por las mismísimas Furias. Oí la voz grave de Álex que me llamaba, pero continué andando, haciendo oídos sordos al conjuro que lanzaba al pronunciar mi nombre y apresurando el paso como si el lugar estuviese maldito.

## CAPÍTULO XIII

En los días que siguieron a aquella sorprendente revelación y nuestro breve contacto carnal perduró en mis labios la sensación de la boca de Álex fundida con la mía. Sus besos permanecían infinitos en ella, y los aromas de su cuerpo, impregnados a lo largo de mi piel como una fragancia propia. Aun bajo el efecto de aquella terrible confesión, no sabía con claridad cómo afrontar el giro que, a mi parecer, habían dado los acontecimientos. Me fui del apartamento mucho más confundida de lo que estaba al entrar. Su historia, narrada con una voz quebrada por la culpa, había logrado desgarrarme el alma; sin embargo, pese a que había mostrado algo parecido a la comprensión, aquello me hizo recelar mucho más que antes de Alexander Vanderbilt.

Dada mi mala estrella, fue una favorable casualidad que la galería cerrara sus puertas durante todo aquel fin de semana, lo que me permitiría ausentarme de Madrid, oxigenar esos pensamientos que suscitaban fervientemente mi inquietud, olvidar los últimos acontecimientos y centrarme en lo único que debería preocuparme en esos momentos: el secreto que se ocultaba detrás del pacto firmado por la Alianza de los

Siete Arcángeles. Pero, por encima de todo, esos dos días me ayudarían en mi propósito de alejarme de Álex. Necesitaba darme un respiro, pasar un tiempo a solas para aclarar las ideas y olvidar el fuego que corría bajo mi piel cuando lo tenía cerca.

Desde mi huida del apartamento, sus llamadas a la galería se volvieron insistentes y rutinarias. Bajo mi estricta e incuestionable orden, Librada no me pasó ninguna, por más que Álex se empeñara en hablar conmigo. Decidí, no sabía si de forma errónea o no, negarme a mantener cualquier comunicación con él, empujada por la imperiosa necesidad de desintoxicarme emocionalmente de su encanto y romper el efecto hipnótico que ejercía sobre mí. Mientras intentaba poner en orden mis pensamientos concluí que el mayor favor que podía hacerme a mí misma era permanecer lo más lejos posible de Alexander Vanderbilt, libre de él para poder pensar y trabajar en silencio o, simplemente, hundirme en la desesperación sin que nadie me molestara.

El lugar que había escogido para mi retiro, para dejar de estar expuesta a la intranquilidad que por norma general reina en Madrid, fue una casita cercana a la sierra de Guadarrama. Isabel, una amiga de la infancia, siempre me la ofrecía con entusiasmo para que fuera de escapada cualquier fin de semana en que me apeteciera dejar atrás el mundanal ruido. En aquella ocasión le tomé la palabra. Sin más equipaje que una bolsa de mano, donde metí un pantalón

vaquero, tres camisetas básicas, el portátil, un par de libros de arte y algunos víveres, recorrí unos pocos kilómetros al encuentro de una ilusoria paz interior.

Llegué a la aldea donde estaba emplazada la vivienda sin más dificultad que la de circular por la serpenteante carretera secundaria que llevaba a ella. Durante el trayecto, mis ojos contemplaron con enfoque artístico las laderas de las colinas que ondulaban suavemente el terreno, salpicadas de bellos caserones de granito entre hectáreas y hectáreas de cultivo. A medida que me aproximaba a mi destino, el paisaje adquiriría un trazo escarpado y salvaje. Los montes redondeados que bordeaban la extensión en la lejanía dieron paso a un horizonte abrupto, con picos que se elevaban impetuosos hasta alcanzar la claridad del cielo desnudo. Una ligera bruma barnizaba las cimas, dando un encanto de acuarela a la ya espectacular perspectiva. Al otro lado de la carretera se abría un profundo desfiladero. La luz de la mañana inundaba cada ángulo del valle que se hendía con violencia en las entrañas de la tierra, enaltecendo la hermosura del paisaje.

Cuando bajé del coche, la montaña lanzaba una brisa suave y caprichosa que acentuaba el agradable aroma de pino y tomillo que flotaba en el aire. Corría ligera, agitando suavemente las ramas de los árboles y lamiendo el calor de las mejillas. Sin duda era un lugar adecuado para disfrutar del silencio. Tal como me había dicho Isabel multitud de



veces, un lugar propicio para entregarse al descanso y la reflexión. En aquel rincón, situado en una zona boscosa de un pequeño valle, apartado del mundo, parecía restablecerse el equilibrio del orden divino, mientras a mí me invadía una absurda y falsa sensación de paz.

Alcé la mirada.

La coqueta casa, de un acusado y apetecible estilo rural adaptado completamente al paisaje, poseía una fachada de piedra y madera en la que destacaban a ambos lados unas tolvaneras de rosales trepadores que se elevaban por el alzado como venas hasta alcanzar las vigas del techado. Rodeada de altísimas montañas desnudas de nieve por la época, cuyos picos se elevaban con imperiosa majestuosidad, no pude contener un escalofrío mientras contemplaba su altura vertiginosa. Un profundo bosque de enormes pinos abría paso a un estrecho sendero que se adentraba secretamente en él. Más allá, el camino se extendía hasta perderse por la ladera de la montaña, siguiendo el sinuoso terreno.

La reducida senda que conducía a la puerta se encontraba cubierta de una diminuta gravilla que crujía bajo mis pies según avanzaba. Como en alguna ocasión me había narrado Isabel con embeleso, ciento cincuenta años de adobe, piedra y madera coexistían en la casa. Sus abuelos maternos habían vivido en ella, y le habían conferido un carácter muy particular, cosa que pude comprobar con mis propios ojos.

Subí los cuatro escalones del porche examinando cada centímetro del mosaico de tonalidades siena que formaban las exquisitas baldosas. La pesada puerta de roble cedió con docilidad a la presión de la llave. En cuanto hice entrada captó mi atención el salón, presidido por una enorme chimenea rodeada de un mural, estratégicamente colocada enfrente. Las paredes, pintadas de un cálido marfil, exhibían acuarelas y obras menores de autoría anónima que reflejaban escenas tradicionales del campo. Aquel detalle encandiló mis sentidos por completo y estableció de modo instantáneo una corriente de simpatía muda con el lugar. Dejé la maleta en medio del salón y dediqué unos minutos a recorrer las habitaciones, una por una. Todo estaba bañado por una dulzura acogedora que se me antojó fascinante. Aquel rincón, apacible e idílico en el primer vistazo, invitaba a la meditación y al más absoluto reposo espiritual. Era un refugio de tranquilidad, perfecto para reponer fuerzas y volver al mundo.

Salí de la construcción y, desde lo alto de los peldaños, contemplé conmovida los tonos dorados que regalaba el verano. Las vistas eran perfectas. Aspiré profundamente. El perfume de la tierra caló en lo más hondo de mis pulmones, incitando a mi mente a relajarse. Describir aquel maravilloso paisaje que tenía ante mis ojos como un paraíso terrenal era quedarse corto.

Tras deshacer el escueto equipaje en la habitación de mayor tamaño, y ya instalada cómodamente, comí algo ligero; había llegado a aquel hermoso paraje de la sierra madrileña pasadas las dos y media. Después de comer saqué de su correspondiente maletín el portátil y los dos libros de arte, y me dispuse con determinación férrea a avanzar en mis pesquisas en lo referente a aquella misteriosa frase que daba nombre al conocido lienzo de Nicolas Poussin.

Cogí un papel y un bolígrafo y, dejando un generoso espacio entre ellas, escribí en perfecta alineación las letras que componían las cuatro palabras del *memento mori*:

E T I N A R C A D I A E G O

Con tal disposición pretendía engañar al ojo, presentándole caracteres independientes entre sí y no una frase con significado propio. Mi objetivo era establecer una nueva expresión en latín a partir de las letras que componían la célebre locución. No quería equivocarme al creer que se trataba de un anagrama, una serie de letras que había que ordenar adecuadamente para encontrar el camino que nos conduciría a la verdad de la Alianza. Durante un par de horas o más enredé con ellas, jugando de mil formas distintas, ensamblándolas, asociándolas, separándolas,

volviéndolas a unir y a separar. Multitud de palabras de la lengua muerta salían a mi encuentro; verbos, adjetivos, sustantivos, pero nada conexo ni con suficiente peso para causar en mi suspicacia una impresión que se pudiera calificar de notable.

Aunque pareciera fácil, no lo resultó tanto, como yo misma había sospechado en un principio.

En caso de que realmente, como la intuición me indicaba, se escondiera un anagrama tras esa frase. Tampoco sabía si se trataba de un anagrama perfecto o si la relación biunívoca entre las frases era solo aproximada.

Las posibilidades eran muchas, quizá demasiadas, y tener que jugar con todas no resultaba tarea sencilla. Tendría que invertir muchas horas en adelantar lo bastante para obtener conclusiones certeras y no quedarme únicamente en insípidas suposiciones.

Me sorprendió la madrugada con su media luz y su luna creciente, mientras mi mente seguía trabajando, meticulosa e infatigable, formando innumerables palabras en latín, dando vida a vocablos que incorporaran el mayor número posible de las letras que componían el *memento mori*. Inicialmente decidí utilizar exclusivamente las disponibles en él, de forma que la nueva frase contuviera todos los caracteres de la original y ninguno distinto. Se contaban por decenas las posibilidades que me acudían a la cabeza, la mayoría insustanciales. Después de unas horas intentando dilucidar el

pretendido anagrama comencé a ser víctima del desánimo. Sacudí la cabeza y lancé al aire un resoplido de descontento.

Quizá me hubiera precipitado en mis suposiciones, pero seguía convencida de que aquella famosa frase velaba otra que iba mucho más allá del simple recordatorio de la mortalidad imperante en la época. Sin una mínima tregua para comer ni un leve descanso para airear la mente y ahuecar las ideas, continué imperturbable en mi afán de obtener, de una vez por todas, conjeturas concretas y no presunciones variadas.

Había un dato que en un primer momento pasé por alto, pero que caía por su propia lógica. Mi lógica. Si ese sagrado enigma giraba en torno a Jesús de Nazaret, lo más razonable era que su nombre estuviera incluido en el nuevo anagrama para establecer el protagonista del secreto.

«*Jesus* —pensé—. Así es como se escribe *Jesús* en latín».

Busqué entre las letras las necesarias para formar el nombre del hijo de Dios, pero el *memento mori* no contenía la *e* ni la *u*. La segunda *e* podía estar ausente según la declinación, pero no la primera, ni la *u*. Mi idea se quedaba vacía de demostración al carecer la frase de esos caracteres imprescindibles.

«Entonces, ¿por dónde empiezo?», me dije.

Con desesperación, me quedé mirando un rato la hilera de letras, sin saber qué pensar.

«Quizá...», surgió de pronto en mi cabeza. Detuve en seco mis cavilaciones.

Estaba claro que *Iesus* no era una palabra que pudiera formar con esas letras, pero al observar detenidamente el *memento mori* vi que sí poseía las que constituían *Dei*, el genitivo latino de *Dios*. Al fin y al cabo, con excepción de algunas creencias minoritarias, las religiones cristianas establecen en su dogma la coexistencia de Jesucristo y Dios Padre como dos personas de un único dios: el Hijo es Dios mismo.

«Quizá el mensaje esté cifrado con *Dei* y no con *Iesus*, asociando a Jesús con el Creador», conjeturé en silencio.

Sentí los latidos del corazón en el pecho, afanoso por exteriorizar la emoción que sentía ante aquel posible descubrimiento. De nuevo parecía despuntar una luz en la abrumadora oscuridad que guardaba con celo el galimatías. Comenzábamos otra vez, pero en esta ocasión partiendo de una base algo más concreta: *Dei*. Había que jugar de nuevo con los caracteres sobrantes, darles forma, suministrarles coherencia.

Tras un largo rato de agrupaciones insignificantes, nexos pueriles y dolores de cabeza acentuados por la falta de paracetamol, como si un halo de magia desfilara bondadoso por las letras, dispuesto a reordenarlas de la forma más delicada y correcta posible, apareció en mi mente una frase con una especial relevancia que me hizo abrir los ojos con

profundo asombro. Mi desanimado rostro adoptó una expresión de grata sorpresa; después, mis dedos se pusieron a escribir indómitos en el papel lleno ya de garabatos y borrones.

## I TEGO ARCANA DEI

El corazón me aporreaba el pecho y me extendía sus estridentes latidos por todo el cuerpo. Mis ojos se estrecharon, y observé detenidamente la frase que había formado.

—¡Protejo los secretos de Dios! —exclamé en alto. Mi respiración se hizo trabajosa de repente.

Esta expresión abarcaba todas y cada una de las letras contenidas en el *memento mori* con rigor aritmético; además, estaba dotada de un sentido un tanto excepcional, dado el caso que tenía entre manos. La frase atravesó mi mente de un lado a otro. Aquel lienzo de Poussin comenzaba a revelarme su verdad.

La Verdad.

El sagrado enigma velado por la Alianza de los Siete Arcángeles empezaba a despertar ante mí después de dos mil años de letargo. Pese a la alegría inicial que supuso confirmar que el de Poussin era el famoso cuadro que albergaba el secreto de la Alianza, había algo que no

acababa de encajar. Si el anagrama era *I tego arcana Dei*, «Protejo los secretos de Dios», ¿a qué se debía la extraña expresión de los pastores? ¿A qué la estupefacción que reflejaban sus rostros? ¿Cuál era ese secreto de Dios que se ocultaba?

El anagrama que había formado ponía en evidencia la existencia de un secreto que giraba en torno a Dios o alguna de sus personas, pero no mencionaba nada sobre la naturaleza de dicho secreto. Decenas de pensamientos hacían efervescencia ante mis ojos, pero ninguno demostrativo de nada. En el fondo, aquella frase no me ayudaba a descifrar la clave, y las posibilidades se volvían otra vez innumerables. Mi rostro reflejaba en esos momentos la cadena de vaguedades que rondaban nuevamente por mi cabeza. Fruncí el ceño, pensativa, y tomé entre las manos uno de los libros de arte que reposaban en la mesa. Lo abrí y examiné la reproducción a doble página del cuadro.

En ningún momento se me había ocurrido que la expresión de los pastores fuera fruto de la improvisación. Me mostraba escéptica ante la idea de que Nicolas Poussin hubiera dejado margen a la casualidad, incluso a la imaginación, en un cuadro encargado para un fin semejante. Por otro lado, se me antojaba improbable que se pudiera formar un segundo anagrama susceptible de esclarecer el secreto de forma más concisa. No tenía idea de hacia dónde dirigir mis pasos,



pero desde luego no me aportaba nada detenerlos en ese punto empapado de imprecisión y ambigüedad.

En un renovado intento, cogí el papel emborronado y me apresuré a estudiar otra vez aquella frase. Me apliqué ambiciosamente para obtener, si es que existía, un nuevo anagrama. Sin embargo, el sueño comenzaba a hacer mella en mí, impidiéndome razonar con un mínimo de claridad y mermando mi capacidad de concentración. Mi mente era semejante a un puzle de ideas inconexas, y mi ánimo daba señales de profundo abatimiento como resultado del difuso avance.

Bajé la cabeza y me pasé los dedos por los ojos. Estaba agotada.

Recordé entonces la máxima de Napoleón en tiempos duros: «El triunfo no reside en vencer siempre, sino en no desanimarse nunca». Eso era lo único que podía hacer, no desanimarme nunca por muchas razones que sobrarian.

Cuando me desperté, el sol asomaba con timidez a través de la sábana blanquecina que formaban las nubes. Aunque pareciera una paradoja, a mis oídos solo llegaba el ruido del silencio, tan sensacional y necesario para mí en algunas ocasiones, absurdo y desatinado de romper si no se tiene algo más importante que decir. Acostumbrada al constante

bullicio de la capital, encontraba agradable la sensación. En Madrid, el silencio siempre está lleno de sonidos.

Para mi asombro, aunque un millón de palabras y otro de pensamientos hacían efervescencia en mi cabeza, me levanté alentada y sin rastro de cansancio. Recorrí el estrecho pasillo desperezándome animadamente, tarareando canciones de Coldplay y dejándome envolver por los retales de tibio calor que regalaba aquella parte de la jornada en mitad de la sierra madrileña. Crucé el salón descalza, sin hacer altos, y salí al porche con un bostezo prendido en la boca. Desde lo alto de la escalinata, situada sobre las figuras geométricas que ilustraban el suelo, inhalé el aire sereno que flotaba en el ambiente. El olor de pino y a tomillo era más intenso a esas horas de la mañana. El amanecer despuntaba en una sinfonía de tonalidades ambarinas que se difundía por el cielo, y con él, un nuevo día se abría paso entre los últimos coletazos de la noche. La luz salpicaba las copas de los árboles con grandes motas de color ocre, al tiempo que el sol comenzaba a teñir de dorado la ladera de las montañas. Definitivamente era un día precioso.

A los cinco minutos de desayunar ya me encontraba ante la enorme mesa del comedor, chapoteando entre los vocablos y la gramática del latín, intentando descifrar ese significado oculto tras una frase que había suscitado el interés de incontables eruditos y no pocos curiosos a lo largo de más de dos mil años. No era de extrañar. Aquella famosa

expresión en latín, *memento mori* habitual en la época, planteaba un enigma anagramático no demasiado sencillo, lo que despertaba la curiosidad de las mentes más inquietas. La mía no era indiferente, qué duda cabe, pero en mi caso no era únicamente por mí, ni por satisfacer la curiosidad, por lo que deseaba arrojar luz sobre aquella verdad, sino por esa segunda intención que me quemaba por dentro y me obligaba a seguir adelante: Alexander Vanderbilt.

La Alianza de los Siete Arcángeles se había convertido prácticamente en una obsesión desde que tuve conocimiento de ella y del insólito secreto que habían sellado esos siete apóstoles bajo el más escrupuloso pacto de silencio. No podía negarlo; ya era algo personal, como si estuviera destinada a descubrir aquella verdad.

El suave aroma de pino que se arrastraba hasta el interior de la casa por los enormes ventanales, el sol enhebrado en el sinfín de cúmulos, la dorada luz con que sus rayos barnizaban los contornos, el silencio o, simplemente el hechizo que Álex ejercía sobre mí aun a distancia, dieron rienda suelta a una riada de imágenes de él que invadió mi cabeza.

Me sorprendí pensando en ese trágico suceso que lo devoraba día tras día, minuto tras minuto; pero sobre todo, me sorprendí evocando de nuevo aquellas imágenes de torturas eróticas y castigos extravagantes que me llamaban la atención de forma presuntuosa y arbitraria. Era macabro, sí,

pero no podía deshacerme de su influjo por más que lo intentara. Inevitablemente, esos vídeos y fotografías daban insaciables dentelladas a un recién descubierto morbo que, bajo la apariencia de inquietud, no podía resistirse al encanto que suponía aquel despertar de los sentidos, al espectacular poema sensorial que expresaban los cuerpos expuestos a tanto placer como se insinuaba. Podía oír el sonoro palpitante del corazón contra el pecho cuando mi cerebro comenzó a fantasear y me imaginé expuesta y ofrecida, recibiendo uno de aquellos castigos. Esa sensación enigmática, esa sacudida sin explicación que ponía en alerta todos mis sentidos, alcanzó su nivel máximo cuando, inconscientemente, visualicé a Álex en el papel de verdugo.

—¡Dios mío! —susurré. Sacudí la cabeza y parpadeé un par de veces para borrar aquella visión—. ¿Cómo puedo estar imaginándome algo semejante? —Negué otra vez con la cabeza. Aquella idea era de locos.

Mi mente se había convertido en un hervidero de enmarañados pensamientos, como una olla a presión que empezaba a silbar alarmantemente. El bullicio era tal que me impedía pensar con un mínimo de claridad. A mi parte racional le costaba aceptar ese tipo de ideas; sin embargo, me rondaban de manera insistente y porfiada, revoloteando peligrosamente entre los límites de la cordura.

Me habría gustado correr en sentido contrario a todas aquellas ideas, huir de mis propios pensamientos, pero la

sensatez parecía romperse a golpes contra el instinto y el deseo. Un instinto y un deseo nítidos que me incitaban a recordar ese centenar de imágenes que fluctuaban por la red y que, por sí solas, ya deleitaban mis sentidos. Un instinto y un deseo que enviaban señales inequívocas a mi cuerpo cuando me imaginaba bajo la autoridad de Álex.

Aquellas imágenes me sondeaban, simplemente. Y me excitaban, a mi pesar, obligándome a mirar en lo más profundo de mí en busca de una realidad que parecía haber existido siempre, aunque dormida. ¿Cómo era posible que una mujer de mi temperamento y con mi genio sintiera cierta atracción por la sumisión, aunque estuviera escenificada dentro de un juego con reglas consensuadas por todas las partes? Recosté la cabeza en la mano unos segundos y me froté la frente con gesto angustiado. Las innumerables sensaciones contradictorias se debatían en mi interior como aguerridos soldados. Sin aliados, sin barricadas, sin armas de defensa, sin saber qué hacer ni a qué fuerzas ceder en aquellos conflictos de conciencia, librando batallas agotadoras y estériles, absurdos combates contra mí misma. Mis principios y mis valores morales se hallaban en completa disonancia con ese deseo extremo, por supuesto, pero ¿acaso eso tenía algo que ver? Mi cuerpo se llenaba de un hormigueo cálido y desconocido cuando me imaginaba a merced de Álex, cuando se me ocurría dar vueltas a la posibilidad de entregarme a él. Aquel perverso pensamiento

se negaba a abandonarme y me provocaba, como una brillante manzana en la piel lisa de una serpiente. Monstruosamente tentadora. Y yo me dejaba tentar por ella como una Eva deslumbrada.

—¡No! —exclamé, mientras movía bruscamente la cabeza con el afán de hacer desaparecer aquellas absurdas ideas—. ¡No! ¡Esto es una locura!

No sabía cómo podía estar planteándome algo así y, encima, en serio. Pero el dolor, contextualizado de ese modo, resultaba tan atractivo... Un capricho.

Me asaltó una fuerte sensación de desamparo cuando me di cuenta de la inutilidad de las simples palabras para describir adecuadamente las emociones, quizá sobredimensionadas, de las que era protagonista. El miedo me oprimió el corazón cuando di, de manera súbita y con una terrible claridad mental, con el término que legitimaba esta conducta: sadomasoquismo. Me aterraba por todo lo que ese concepto implicaba y descubría. Tal vez una definición fuera lo que menos necesitaba en esos momentos, pero la tenía, y hablaba en mi interior con una promesa, una invitación que sonaba al mismo tiempo prohibida, sucia y peligrosamente seductora. Adecuadamente poética. Emergía de la oscuridad como un monstruo de leyenda, descubriendo horizontes y abismos desconocidos, tan inquietantes como tentadores.

Un calambre me recorrió la espalda, llenándome alternativamente de terror y de emoción. Nunca una palabra,

por su contenido, me había causado tanto vértigo.

Las relaciones sexuales que había mantenido con algunos de mis ligues postadolescentes, así como con Aldo, habían estado definidas por un notable convencionalismo y una absoluta falta de originalidad. Si bien es cierto que no disponía de muchos ejemplos para efectuar comparaciones certeras, sí era consciente de que las artes amatorias de Aldo eran de todo menos interesantes o generosas. Nada que ver con los perversos juegos de alcoba de Álex. No obstante, de modo inconsciente, yo siempre adoptaba una posición sumisa ante sus antojos; lo complacía en sus insípidas y monotemáticas peticiones. Me agradaba, pero no únicamente en el plano sexual, sino también en el personal o el afectivo. Hice de la docilidad la seña más significativa de mi conducta con él.

Aldo había esculpido mi voluntad a su conveniencia, tal como hacía con todos los que lo rodeaban, indistintamente de la relación que mantuviera con ellos. Pero desde nuestra ruptura, mi carácter había dado un giro de ciento ochenta grados y había mostrado su faceta temperamental, rebelde, orgullosa y, ciertamente, intolerante hacia los hombres. No soportaba su malsana intención de dominarme, de moldearme, cualquiera que fuera su modo de intentarlo; que pretendieran menospreciarme por el simple hecho de ser mujer; que me tomaran por tonta cuando más de las tres cuartas partes de los que se me acercaban carecían de la

materia gris suficiente para mantener una conversación coherente durante diez minutos seguidos. Debe de existir un universo paralelo, del que no tengo conocimiento, en el cual hay mujeres a las que gusta ese tipo de hombres sin cultura ni talento, sin oficio ni beneficio, dado el exceso que hay de ellos. O quizá es que los fabrican en cadena.

Entonces, ¿cómo era posible qué me planteara seriamente dejarme dominar por un hombre?, ¿dejarle hacer y deshacer conmigo y con mi cuerpo para satisfacerse?, ¿dejar que me convirtiera en algo de su propiedad, aunque fuera bajo la divisa de un juego? No quería pensar en ello. Deseaba dejar de lado aquellas elucubraciones, pero esos extravagantes pensamientos eran una pandemia que lo emponzoñaba todo; imposible encontrarles remedio. Mis ideas oscilaban de un lado a otro, pasando por el borde de un abismo. Me levanté de un respingo, como si con el sobresalto tratara de huir de la visión de un espectro. Probablemente era lo que hacía: huía del fantasma del sadomasoquismo. Sin embargo, ahí estaba latente esa extraña sensación que me obligaba a despertar de un profundo letargo.

Azorada, salí al porche, respiré profundamente, llenándome los pulmones de aire fresco, y me senté en el borde de la escalinata. Desde allí, inerte, con las piernas flexionadas firmemente rodeadas con los brazos, contemplé los kilómetros de montañas azules que formaban el horizonte. Nada tenía movimiento. Nada hacía ruido ni



quebraba el imponente silencio; solo el susurro del viento procedente de los escarpados cerros se atrevía a desafiarlo. Me cubrí el rostro con las manos y, llorando, lo hundí entre las rodillas. Estaba temblando, y los latidos del corazón aumentaban su cadencia a medida que era consciente de que el deseo los acompañaba. Pero la mera mención de la palabra me provocaba una sensación exasperante en el estómago.

Mientras mis pensamientos vagaban hacia el mundo de las fantasías, mi ética batallaba incansable por salir al paso de unas ideas que rayaban la locura, pero que deambulaban con insistencia hacia ese ejercicio libre de la imaginación. El sugerente rumor de las respiraciones aceleradas, empapadas de placer, retumbaba todavía en mi cabeza como el eco febril de un deseo dormido y oculto. Había algo que estaba comenzando a desatarse dentro de mí, algo de lo que no podía librarme.

Algo profundo que nacía de las mismísimas entrañas.

Algo primitivo, salvaje.

Algo perversamente erótico, sensual, visceral.

La infinita espiral de señales contradictorias entre mi cuerpo y mi mente no tardó en hacer mella en mí, así como la lucha entre el querer y lo que suponía el deber. De repente sentí una necesidad incontrolable de llorar de nuevo. Instantes después, la calidez de mis lágrimas abría surcos en las mejillas. La idea de una sumisión deliberada y voluntaria

para satisfacer las más livianas complacencias de ese extraño y maquiavélico deseo chocaba estrepitosamente con los códigos con que la sociedad había tutelado mi educación. No obstante, volví a preguntarme si eso tenía algo que ver, y si no estaba confundiendo las cosas.

Empezaba a necesitar más información sobre el tema.

Entre lágrimas, deshice la bola que había creado con mi cuerpo, me incorporé y entré en la casa. Inicé en Internet una búsqueda exhaustiva sobre el BDSM y las prácticas que se llevaban a cabo dentro de esos juegos sexuales de ritualidad consensuada. Analicé términos y definiciones científicas, y descargué un par de libros sobre experiencias reales de sumisos, incluidos aquellos que alcanzaban el grado más alto dentro de la sumisión: los esclavos. La sed de curiosidad me llevó a internarme en un foro especializado, donde pude leer varios testimonios de personas que asumían roles de sumisión y dominación de manera habitual y los vivían con total naturalidad, así como de parejas cuya forma de manifestar su amor se cimentaba en relaciones de dominación/sumisión. Para mayor perplejidad, leí que existían las llamadas relaciones 24/7, de dominación permanente, en las cuales los roles no se limitan a una sesión ni se circunscriben a un lapso, sino que se extienden a todos los aspectos.

Lancé un suspiro resignado.

Cuanto más me adentraba en el oscuro erotismo que relumbraba de ese mundo, más parecía descubrirse mi alma sumisa. Las contradicciones y los sentimientos encontrados se acumulaban en mi cabeza a un ritmo alarmante. De pronto sentí que algo extraordinario y vital se abría paso en mi interior, y me aterró, pero a pesar de que todo eso resultaba inabarcable y contrario a los valores inculcados que habían moldeado mi carácter, desde mi punto de vista, al final de aquella mañana había algo más en mi cabeza, una idea que me angustiaba y seducía a la vez, que había comenzado a tomar forma en algún oscuro rincón de mi mente. Sabía con claridad de qué se trataba. Una decisión peligrosa, que todavía no tenía el valor suficiente para expresar.

Empujé hacia el fondo de mi cabeza todo aquel ensortijado de pensamientos y me centré en lo único que tenía capacidad de mantenerme en vilo y apartada de ellos. *Labor omnia vincit*; el trabajo lo logra todo. Tenía que distraerme trabajando, y la Alianza de los Siete Arcángeles suponía un buen revulsivo. Como pude, retomé mis pesquisas donde las había dejado la jornada anterior. Nuevamente me rodeé de papeles abarrotados de tachones de tinta, de palabras vanas de significado y agrupaciones de letras que no tenían ningún sentido contextual. Nada legible emergía de ellas. Por momentos me asaltaba la sensación de

estar girando en vano dentro de un círculo viciado por lo absurdo y lo incomprensible. Si bien intentaba por todos los medios no dar demasiado pábulo al desánimo, su espíritu se manifestaba más a menudo de lo necesario.

El discretísimo modo en que se había celado aquel secreto no era solo extraordinariamente seductor para el ojo a través de la hermosa composición de un cuadro, sino que su posible resolución resultaba magistral para la inteligencia. Y era tan extraña y tanta la fascinación que ejercía sobre mí, tanto el influjo que supuraba su enigma, que me llevó a pasar todo el día y parte de la noche de aquel domingo pegada a esos papeles ya inabordables.

En el transcurso de la tarde, la tentación de contactar con Arthur para que me guiara en mi particular cruzada con Poussin y el *memento mori* que había sembrado en mí esa insólita intuición se presentaba de manera insistente. Pero tuve que renunciar a esa labor inútil, en primer lugar porque, tal como me había aclarado, él solo podía ratificar mis pesquisas, nunca indicarme el camino, pues tenía que hacerme merecedora del secreto; y en segundo, porque Arthur Blake, en su inconmensurable peculiaridad como ser humano, no era hombre de tecnología. No entraba en su cabeza tener teléfono móvil, detestaba los ordenadores y obviaba cualquier reproductor de música que no fuera un extravagante radiocasete, herencia de un tío abuelo materno, que desafiaba al tiempo en pomposo homenaje a las

antiguallas. Todo aquello que supusiera un advenimiento al siglo XXI era rechazado y negado por su particular forma de vivir la vida, desprovista de casi todo.

Lo mejor, entonces, era optar por la perseverancia en el intento y la suerte en la acción. Encomendarme al buen hacer, a la fortuna o al azar se convirtió en la única expectativa con posibles de todas cuantas se exponían, aunque resultara la menos segura.

La madrugada tomaba de nuevo forma entre las horas, y con ella, un silencio gris solo roto por la ligera brisa que soplaba en el exterior, cuando las musas salieron a mi encuentro. Mientras observaba detenidamente el cuadro de Poussin por milésima vez y sin que disminuyese un ápice su misterioso halo, advertí, gracias a una lupa, lo que parecía un borrón al final de la frase labrada en el sepulcro, una corrección que hacía lo imposible por ocultar unas cuantas letras bajo las múltiples pinceladas de óleo, pero que no me pasó inadvertida en esos instantes en que la susceptibilidad a cualquier detalle era la tónica predominante. En esa ocasión no me acompañó la incertidumbre al presumir que el borrón suprimía el verbo implícito en la frase, es decir, *sum*.

Segura de eso, me abordó una duda:

«Si no es un espejismo mío, fruto de la condensación de ideas, y Nicolas Poussin trató realmente de desvanecer esa

palabra después de plasmarla en el lienzo, ¿cuál fue el motivo? —me pregunté—. El verbo se puede omitir. No hay mayor misterio, y tampoco se trataría de un error».

No hallaba un porqué con suficiente peso que aclarase mi interrogante. Me paré un momento a reflexionar.

Tras dedicar unos minutos a evaluar todas las posibilidades, un nuevo pensamiento empezó a tomar forma en mi cabeza. Quizá no fuera un misterio el intento de borrar la palabra, aunque quizá lo fuera si con ello evitaba poner de relieve una sospecha que llevara a descubrir el anagrama que se formaría si se incluían las tres letras del vocablo implícito. Creí haber dado con el quid.

Sonreí astuta para mis adentros.

Aferrándome a esa idea, cogí con presteza un papel en blanco y tracé en él, perfectamente separadas entre sí, las letras de la frase, incluidas las que formaban el verbo.

# ETINARCADIAEGO SUM

La adición de tres letras, lejos de complicar la formación de anagramas, permitía la creación de más palabras, aunque, para mi decepción, pasé los primeros minutos dando palos

de ciego, tanteando otra vez vocablos insulsos y frases sin sustancia.

Resoplé con fuerza.

Contemplé de nuevo el conjunto de letras suspendidas sobre el papel y me concentré profundamente en torno a ellas. Un insólito destello de lucidez iluminó mi ofuscada mente, y el sentido de la intuición me indicó la dirección que tenía que seguir. Me vi trabajando guiada por algún secreto instinto que fluía de mis manos mágicamente. Sin desaprovechar la inspiración del momento, me puse a reorganizar los caracteres metódicamente hasta que, de pronto, de mis dedos comenzó a fluir una cadena de palabras con un extraordinario sentido.

*Arcam, Dei, tango, Iesu.*

Me quedé con la mirada clavada en el papel, atónita.

En mi cabeza apareció un pensamiento lejano, distante, excesivamente audaz. Demasiado escurridizo para dejarse alcanzar, pero sólido. Me estremecí de los pies a la cabeza, como si hubieran abierto una ventana de par en par y hubiera entrado una ráfaga de aire. Todos mis poros acogieron la magnificencia de esas palabras. Una extraña sacudida me erizó el vello y me heló la sangre cuando traduje al castellano el resultado obtenido de aquel conjunto de letras.

—He tocado la tumba de Dios, de Jesús —dije en alto. El corazón me dio un vuelco.

Me eché hacia atrás y me apoyé en el respaldo, presa de una momentánea y acusada presión en la cabeza.

—*Arcam Dei tango Iesu* —susurré pausadamente—. Es perfecto. Es el perfecto anagrama de *Et in Arcadia ego sum*. —Inhalé una profunda bocanada de aire.

—No puede tratarse de una casualidad. No puedo estar equivocada —afirmé con voz queda—. Menos aún cuando la obra refuerza la idea con un túmulo. Un sepulcro que oculta los secretos de Dios... —Hice una pausa en mis pensamientos.

Con los ojos fijos, horrorizados, quizá como los de aquellos pastores, miré la reproducción plasmada en el libro. Mis sentidos se agudizaron de improviso, y dos milenios de secreto y silencio cayeron estrepitosamente sobre mí. Mi mirada se cerró de golpe, y mi mente dilucidó esa verdad que durante más de dos mil años había custodiado la Alianza de los Siete Arcángeles. Un sudor frío me empapó la frente.

—Una tumba que oculta los secretos de Dios —dije en voz alta—. Solo hay una cosa que puede guardar un sepulcro.

Elevé la vista y la reposé unos segundos en la nada, meditabunda, abstraída en mí misma. Mi rostro adquirió una expresión sobria, apagada. Sin embargo, mis ojos reflejaban un destello que hablaba por sí solo. El secreto de la Alianza



de los Siete Arcángeles se revelaba finalmente ante mí. Por corresponder a su respeto, yo le rendí pleitesía.

El silencio que me rodeaba y el enigma que imbuía aquella extraordinaria verdad acrecentaban el sinfín de sensaciones que acometían mi alma en esos momentos.

Suspiré satisfecha.

## CAPÍTULO XIV

Cuando me tranquilicé y por fin dejó de temblarme la mano, pulsé el timbre. Me había pasado los diez últimos minutos acariciándolo, como si fuera a darme una descarga eléctrica. Oí el reclamo de su sonido danzarín propagarse en el interior del apartamento.

—¿Quién es? —se oyó la voz grave de Álex al otro lado de la puerta. No contesté; únicamente esperé a que abriera.

Su cara experimentó una acusada sorpresa cuando me vio en el umbral, inmóvil como una estatua salinizada, esperando con cierta incertidumbre su recibimiento.

—Loane —dijo, con el esbozo de una sonrisa en los labios.

—¿Puedo pasar? —pregunté en un tono suave y dubitativo.

—Sí, por supuesto —respondió de manera precipitada, echándose hacia un lado.

Me adentré en el recibidor del lujoso apartamento con timidez y reserva, y esperé a que Álex me cediera el paso a la sala de estar.

Llevaba un pantalón de corte ligero, de color blanco, con una camisa de lino metida por dentro, abierta a la altura del pecho y arremangada con técnica hasta medio brazo. Estaba guapísimo.

—¿Todo va bien? —preguntó preocupado al tiempo que me alcanzaba—. Es muy temprano —apuntó tras consultar el reloj de pulsera—. Eres la última persona a la que esperaba ver a estas horas.

—Sí, todo va bien —me adelanté a decir con voz serena—. Solo quería hablar contigo.

Atravesé el vestíbulo mordéndome el labio con nerviosismo, intentando armarme de valor, mientras Álex me seguía con los ojos y su rostro iba adquiriendo una expresión que mostraba algo más que sorpresa.

—Te he estado llamando a la galería, pero Librada no me ha puesto contigo.

—Tenía orden de no pasarme tus llamadas.

—Entiendo —musitó en tono resignado—. ¿De qué quieres hablar?

Al llegar a la mitad del salón me paré, y me quedé ante la mirada impaciente de Álex. Carraspeé un par de veces y tragué saliva. Me estrujaba los dedos concienzudamente, como si con ello pudiera arrastrar los nervios fuera de mí.

—Loane, ¿te pasa algo? —sondeó ante mi falta de palabras. Volví a carraspear.

—No —respondí con la voz entrecortada—. Estoy bien..., creo...

Álex me miró intensamente, alzó las cejas y me invitó con un gesto a tomar asiento.

—¿Quieres que nos sentemos? —sugirió distendido para acompañar el ademán.

—Sí. Bueno, no. Mejor no. Mejor me quedo de pie —dije con aire nervioso, rehuyendo su mirada.

—¿Por si tienes que salir corriendo? —señaló con una sonrisa burlona. Ruborizada, bajé la mirada al suelo—. Como quieras —apuntó en tono más serio—. No tengo ninguna prisa. De hecho, si lo deseas, podemos quedarnos aquí todo el día. Pero por salud mental me gustaría saber qué te tiene tan nerviosa —me lanzó una mirada sagaz, a juego con una sonrisa taimada que esquivé como pude—... y no te atreves a decirme. Intuyo que no tiene nada que ver con la Alianza de los Siete Arcángeles, ¿me equivoco? —preguntó buscando deliberadamente mi mirada.

Negué dos veces con la cabeza.

Cuando, de camino al apartotel, había imaginado las mil y una maneras de exponérselo, no me pareció tan complicado como resultó al tenerlo frente a mí. Estaba convencida de que lo que le iba a pedir no sería de su agrado, y eso hacía que mis palabras se arrastraran de un lado a otro de la lengua sin querer salir, a pesar de que también había

repasado mentalmente mil y una veces las respuestas con que pensaba contrarrestar sus argumentos.

—¿Y bien? —me alentó.

Carraspeé de nuevo y respiré profundamente. Me temblaban las rodillas. Durante un minuto vacilé indecisa, esperando un momento más propicio para hablar. Pero, bien pensado, ninguno lo sería.

—Estos días... —rompí a decir a modo de preámbulo—, tu historia..., esas imágenes... No soy capaz de sacármelas de la cabeza.

Lo miré buscando comprensión o algo que se le pareciera. Álex, perfectamente inmóvil frente a mí y con una expresión cautelosa en el rostro, iluminado por la tenue luz ámbar que entraba por la persiana medio levantada y lamía los ángulos de sus facciones, mantenía un profundo silencio.

—No sé explicar lo que siento cuando las contemplo. Mi cuerpo... —Vacilé, madurando las palabras. Era plenamente consciente de lo descabellado que podía sonar lo que quería decirle.

—Tu cuerpo, ¿qué? —preguntó en un tono oscuramente suave, aunque conocía de antemano mi contestación. Mi falta de respuesta verbal lo hizo insistir en la pregunta—. ¿Qué le ocurre a tu cuerpo cuando observa esas imágenes, Loane?

Mi pulso se aceleró sin control, y mi respiración se volvió entrecortada. Una involuntaria oleada de calor me ascendió súbitamente al rostro. Sentí que se me encendían las mejillas

en apenas un segundo. Decir aquello, a pesar de todo y aunque fuera a Álex, me resultaba escandaloso.

—Me excitan —dije en tono casi confidencial.

—¿Te excitan? —repitió sin asombrarse—. Pero eso no tiene nada de vergonzoso. El cuerpo reacciona a una serie de estímulos determinados, a veces de difícil comprensión. Cada uno es libre de disfrutar de su sexualidad valiéndose de los medios que sean necesarios, siempre que no dañen a otras personas ni a uno mismo.

—No lo entiendes —aseveré algo irritada.

—¿Qué es lo que no entiendo? —Sacudí la cabeza e hice acopio de valor—. ¿Qué es lo que no entiendo, Loane? —preguntó de manera enfática.

—Quiero probarlo. Necesito experimentar qué se siente —dije finalmente en un solo aliento, como si hubiese estado ensayando la frase durante semanas. Mi tono, aun así, sonaba decidido.

Se produjo el silencio. Un largo e insondable silencio que me engulló.

Mientras intentaba recuperar algo de aire y determinación, miré a Álex a los ojos, ensombrecidos en esos momentos por el tono gris metalizado que se reflejaba en su iris. Él me observaba desconcertado. Durante un largo rato permaneció sin decir nada, sin hacer ningún movimiento, economizando cualquier gesto mediante el cual pudiera interpretar su posible reacción. Acogió mi solicitud con una sospechosa

calma que se extendió demasiado y que adquirió color de eternidad para mí. Tan solo me contemplaba con la gravedad y la reserva de un juez antes de dictar sentencia, estudiando mi expresión con detalle, especulando.

—¿Crees que es un juego? —me preguntó mientras se me acercaba intimidatoriamente—. Respóndeme —añadió sobrio.

—Sé que no lo es —le ofrecí como única respuesta, retrocediendo unos pasos.

—¿Entonces? ¿Qué clase de persona sería yo si te dejara probarlo solo porque te excitas al ver unas simples imágenes? ¿En qué me convertiría eso? Es algo mucho más profundo.

—Lo sé... —dije—. Lo sé...

Mis ojos se velaron por las lágrimas que cedían ante su presión. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para no llorar.

—Te aseguro que no estás preparada para algo así.

—Tú no eres la persona indicada para decidir eso. No puedes saber lo que siento —aduje con obstinación.

Me brindó una sonrisa dulcemente burlona, como la que un lobo podría conceder a un intruso en su territorio, una sonrisa congelada en el borde de los labios, que se ensanchó instantes después y convirtió en líneas sus cristalinos ojos, con una fiereza que me pareció desalmada en esos momentos. Había olvidado lo intensa que podía llegar a ser su mirada. Me echó un vistazo de reojo, sin el debido

respeto, examinando cada centímetro de mi cuerpo como si sus formas fueran una tentación en la que caer.

—¿Estás segura? —expresó con voz filosa.

Seguía avanzando hacia mí con movimientos felinos, peligrosamente confiado. Tragué saliva con dificultad. Mis ojos observaban su acometida temerosos; vibraban mientras la media luz de la estancia delineaba el perfil perfecto de su contorno que se acercaba. Tenso, contenido. Era deslumbrante, primitivo, instintivo, devastador. Puramente humano. Y de nuevo me invadió esa conocida sensación de indefensión que experimentaba cuando lo veía.

—Aún no me has contestado —dijo con un tono infinitamente oscuro.

—Álex...

—Me gusta oír mi nombre de tus labios.

Continué desandando mis pasos hasta que me tropecé con la pared, mientras Álex seguía aproximándose con el sigilo de un tigre; silencioso, sutil, dejando ver toda su grandeza, exhibiéndose como el animal salvaje que era. Sus facciones comenzaron a despertarse ante el olor de la carne fresca. Observé su rostro. A sus intensos ojos azules asomaba una ferocidad instintiva, casi cruel, como si fuera a saltar sobre mí, a devorarme. Mi corazón se estremeció. Apenas podía respirar.

—Contéstame, Loane —me ordenó. Titubeé un poco antes de responder.



—Sí —dije con voz entrecortada—. Estoy segura.

Su rostro mantenía una sobriedad tensa, aunque en su actitud se adivinaba una expresión divertida. Cuando al fin me alcanzó, sus ojos se posaron en los míos, fijos en el eje central de mis pupilas. Me temblaba el cuerpo como una hoja bajo la lluvia.

—Loane, mi Loane... —musitó, haciendo vibrar mi nombre entre los labios. Mi mirada danzaba al compás de su susurro.

Alargó el brazo hasta mi mejilla. Seguí el movimiento que dibujó su mano, expectante temerosa. Posó los dedos con suavidad en la prominencia del pómulos y extendió una cálida caricia hacia los labios, que repasó cuidadosamente con el pulgar. Su mano comenzó a descender con suma delicadeza siguiendo la línea de mi cuello. Su mirada, insondable y poderosa, me traspasaba el alma como una daga impregnada en deseo.

—¿Crees que si te mojas con unas cuantas imágenes de azotes es porque eres sumisa? —planteó en tono despectivo.

Sus palabras me tiñeron el rostro de un tono carmesí que ardía como un hierro al rojo, mientras sus dedos seguían descendiendo por el triángulo desnudo que dibujaba el escote de mi camisa. Sentía la mano cálida e instintiva en su recorrido.

—Date la vuelta —dijo en tono autoritario. Lo miré confusa—. Ahora —añadió con una mirada glacial. Hice lo

que me pidió.

Me levantó los brazos por encima de la cabeza y sentí como sus manos cubrían las mías poco a poco, apoyadas en la pared; como sus dedos se entrelazaban delicadamente con los míos; como los aferraba con fuerza. Sus labios a ras de piel, sin tocar. Explorando el eco de los poros, inhalando el deseo que exhalaban, susurrando secretos húmedos y palabras malditas que me erizaban el vello.

Estaba sonrojada y sin aliento.

—¿Esto es lo que desea, señorita Darey? —siseó.

Estrechó mi cuerpo contra la pared e introdujo la rodilla entre mis piernas. Tenía la espalda apretada contra su pecho y me costaba respirar con regularidad. Mis labios articularon la palabra.

—Sí —respondí con voz apenas audible.

—Eres demasiado inocente para mis perversiones —masculló en tono confidencial, al tiempo que enredaba la nariz en mi pelo—. Piénsatelo antes de conocerme. Aún estás a tiempo.

Me aprisionó una vez más contra la pared. Mi cuerpo se encontraba rígido, preso de una extraña sensación. Quizá fuera miedo, quizá deseo, quizá ambas cosas.

—Álex... —dije casi en un sollozo.

—Shhh... ¿Sabes qué decía Ernest Hemingway? —Moví la cabeza hacia los lados—. Que todas las cosas realmente perversas surgen de la inocencia. Y eres tan inocente... —

Hundió aún más la nariz en mi pelo—. Tus deseos son órdenes para mí —me susurró al oído con voz íntima.

Mi piel se irguió de nuevo al contacto con su aliento.

De pronto, Álex se desenredó de mis manos y se alejó unos pasos. Mi cuerpo se descomprimió aliviado, aunque seguía temblando. Me sentía extremadamente débil, y tardé un momento en volver a controlar mis emociones. Tomé aire. Con voz elegante y sensual, sonriendo libidinosamente, dijo:

—Sí. Creo que disfrutaré mucho teniéndote a mi merced. Eres toda una muñequita.

En ese preciso instante supe que me haría pagar cara mi osadía.

Me giré despacio, sin saber muy bien adónde mirar. Las piernas me temblaron visiblemente ante la severidad que consintió a su afirmación. El categórico tono resonaba en lo más profundo de mis oídos y me punzaba los nervios como miles de afiladas agujas.

—Sabes que antes de la sesión —dijo protocolario— se pactan ciertos límites entre amo y sumisa, ¿no es así? — Buscó mi mirada—. ¿Lo sabes?

Asentí con una leve inclinación de cabeza.

—No habrá límites —dictaminó rotundo.

—Pero... —intenté decir.

—Pero nada —dijo concluyentemente—. No habrá límites. Únicamente los que yo establezca. ¿Has leído algo sobre el metaconsenso?

—Sí —respondí.

—Entonces no es necesario que te explique de qué se trata, ¿verdad?

—No, no es necesario.

—Bien. No me gusta perder el tiempo —indicó con prepotencia—. Nuestra sesión será metaconsensuada.

—Pero, Álex...

—¿Algún problema con eso? —interrumpió hoscamente.

Rebusqué en la memoria y me quedé petrificada cuando concreté con precisión aquel término. El metaconsenso era una forma muy evolucionada de consenso dentro de las relaciones de dominación/sumisión, en que la parte sumisa cedía a la dominante toda la responsabilidad a la hora de interrumpir la sesión o ralentizar su actividad. A pesar del temor que gravitaba sobre mi cabeza, me aventuré a presumir la razón por la cual Álex pretendía llevar al extremo aquel requisito: trataba de disuadirme utilizando el miedo como arma.

No logró su cometido. No estaba dispuesta a permitirlo ni pretendía someter a discusión ninguna de sus condiciones, fueran las que fueran.

—No —respondí firme, intentando aparentar tranquilidad—. Ningún problema.

Resignado, Álex resopló entre dientes. Había quemado su último cartucho sin conseguir que abandonara aquel pensamiento, que ya poseía identidad propia en mi cabeza.

—Muy bien —concluyó—. Si todo está claro, la sesión tendrá lugar durante la noche del viernes al sábado.

Se aproximó a la mesa y sustrajo de uno de sus enormes cajones un papel en blanco acompañado de un bolígrafo. Alargó el brazo y me lo ofreció.

—Escribe tu dirección —me ordenó cortante—. Pasaré a buscarte a las doce de la noche.

Cogí el papel y el bolígrafo, y anoté con letra clara el nombre de la calle y el número de portal, seguidos del piso y la puerta. Cuando se lo entregué echó un vistazo rápido.

—Es hora de que te vayas —afirmó con aspereza—. Supongo que no querrás llegar tarde a la galería.

Sin arrestos para mencionar palabra alguna, me dirigí a la puerta y le ofrecí únicamente una mirada final antes de desvanecerme tras ella.

—Loane... —me solicitó cuando me disponía a cruzar el umbral.

Di media vuelta. Sus ojos me miraban con intensa seriedad.

—Sé puntual —dijo tajante—. No me gusta que me hagan esperar.

Sumergida en un silencio tiránico, asentí y salí de allí. Cuando cerré la puerta a mis espaldas me pregunté hasta qué punto se apiadaría de mí Alexander Vanderbilt.

Los días y las noches que me separaban del viernes parían horas insípidas bajo el resplandor de unas lunas atávicas, confinadas a la ley de silencio impuesta por Álex. La espera se me antojaba insufrible y de una dimensión eterna, muy a pesar de la frenética actividad que durante esas jornadas continuó en la galería.

Fueron días caóticos, en los que La Exposición de Oro no solo ganó en prestigio, sino también en admiración y admiradores, con las consiguientes colas que ya se formaban antes del amanecer. A pesar de todo ese torrente de laureles y trabajo, lo único que ocupaba mi mente de forma recalcitrante era la cita con Álex. Aquel encuentro me asustaba tanto como me atraía.

Estaba nerviosa, impaciente, confundida. Todo parecía surrealista, a veces, como extraído de un cuadro del revalorizado Dalí. Sumergido en un mundo onírico que se envolvía al mismo tiempo en misterio y seducción, en luz y oscuridad. Poderosamente atrayente y hechizante.

## CAPÍTULO XV

El camino hasta la mansión La Crisálida, donde podían desarrollarse oportuna y cómodamente esos perversos juegos al abrigo de la noche, transcurrió sin mediar palabra. Álex se limitó a mirar al frente y conducir como un autómatas. Un silencio sepulcral y opresivo se instaló de manera incómoda entre nosotros, solo roto en ocasiones por tenues suspiros y carraspeos sin ninguna función.

Álex estaba enfadado conmigo por mi petición, caprichosa según él, y así me lo hizo saber durante un trayecto en el que ni tan siquiera me regaló una sonrisa. Traté inútilmente de entablar conversación, pero lo único que conseguí fue arrancarle unos pocos monosílabos, respuestas mecánicas con una mera función de cortesía que, por supuesto, no lo hacían ceder a la presión que ejercía el silencio.

Tal como me había avisado, y como siempre con una puntualidad meritoria, a las doce se oyó el agudo silbido de mi portero automático. Cuando descolgué oí la voz de Álex, que me solicitaba que bajara. Sonaba imperativo, y no parecía estar de buen talante. Su tono se filtraba áspero y cortante a través del aparato. No quería hacerlo esperar un

solo segundo, así que nada más colgar enfilé el pasillo que llevaba hasta la puerta. Con prisa y sin perder la costumbre, me miré por última vez en el espejo del recibidor antes de salir. Situada frente a él, me pareció que el vestido insinuaba demasiado, y el rojo pasión de los labios tentaba temerariamente a la suerte. Respiré a fondo y salí. Por no esperar ni un segundo a que llegará el ascensor, me lancé rápidamente por las angostas escaleras hasta que alcancé la calle. Estaba hecha un manojo de nervios y, a las claras, aturdida, sensaciones que no desaparecieron con la fría acogida de Álex.

Se encontraba apoyado en la lujosa carrocería esmaltada de su BMW Z9; regio, imponente, turbador. Hacía gala de esa alta estima que tenía de sí mismo mientras daba las últimas caladas a un cigarrillo que parecía haberse fumado muy deprisa. Al verme aparecer se irguió con indiferencia y apenas me rozó con la mirada a través de la fantasmagórica cortina de humo que formaba el tabaco. Quizá el ajustado vestido rematado en encaje de Valenciennes, que me había arreglado con manos temblorosas cuando salía del portal, no sugería tanto como yo pensaba, y el rojo de los labios no resultaba tan tentador en mí como en la modelo del cartel de la perfumería, visto que Álex simplemente se giró y me abrió la puerta del suntuoso vehículo, al tiempo que disparaba la colilla aún candente al suelo. Siempre me resultaba



demasiado seguro de sí mismo, demasiado vanidoso, demasiado perfecto. Aquella noche, aún más.

Esbocé una tímida sonrisa a modo de saludo cuando lo alcancé, mientras trataba de leer la expresión de su rostro. Aquella noche, sus ojos azules tenían un destello de misterio.

—Sube al coche —me dijo únicamente.

Su frialdad me estremeció, pero tenía que guardar las apariencias a toda costa si no quería que la noche comenzara con mal pie, por lo que me limité a observarlo de reojo reservada y prudente, y él, a dejarse observar con indiferencia. Los ángulos de su rostro se iluminaban a ratos con el débil resplandor de las luces amarillentas de la ciudad. Mientras buscaba a tientas el cinturón de seguridad, el coche giró velozmente a la izquierda en la primera bocacalle que emergía de la enorme telaraña de esa parte de Madrid. Las cubiertas chirriaron cuando aceleró. Le dediqué de nuevo una mirada rápida cuando enfilamos la calle de Embajadores, quizá para reafirmar mi presencia, pero aparté los ojos inmediatamente cuando advertí la tirantez que se contenía en su rostro. Consciente de mis miradas, aceleró de nuevo en dirección a la M-30, con las manos aferradas al volante como si su vida dependiera de ello, con el deseo y la rabia enfrentados en un debate interno que duraría hasta llegar a la mansión.

A medida que nos alejábamos del laberinto de callejuelas, dejando atrás el caos del tráfico, los ruidos de la profunda

Madrid se fueron haciendo cada vez más escasos, hasta casi desvanecerse por completo cuando nos internamos en la autopista.

Aquella noche de luna menguante, Álex derrochaba una oscura elegancia que lo hacía resplandecer con luz propia bajo la esfera gris del firmamento. La masculinidad de sus rasgos parecía haberse acentuado durante los días que había pasado sin verlo. Sus ojos habían adquirido un destello endiablado y seductor que subrayaba aún más su atractivo. Recordaba su intensidad, pero no el vértigo que me producían. Vestido de modo impecable con traje y camisa negros, severo y oscuro, y con barba de varios días, me provocaba sin santo al que encomendarme.

Cuando nos aproximábamos al lugar aminoró la marcha y abandonó la M-30 para meterse por una vía de servicio que prestaba acceso a los edificios contiguos. Avanzados unos pocos metros, se desvió a la derecha, atravesó la verja de la entrada y circuló por el camino de gravilla que se abría paso a través del espeso jardín, hasta que finalmente apareció ante nuestros ojos la imponente construcción de La Crisálida.

Salimos del coche envueltos en el mismo silencio obtuso en que habíamos entrado, sorteando toda suerte de miradas sesgadas y suspiros al aire, y recorrimos el camino de caliza que llevaba a la puerta, serios y embebidos en nuestros pensamientos. Álex caminaba con zancadas elegantes, y yo

lo seguía sumisamente a trompicones, deslumbrada por su encanto y por todo cuanto me rodeaba.

Mientras acortaba distancias con la entrada, contemplé la suntuosa mole que se erguía frente a mí como un fantasma de otra época. Mi mirada quedó atrapada al instante en su altanería. Aunque con formas más depuradas para adaptarse al siglo XXI, su arquitectura recordaba en esencia a las típicas fortificaciones del feudalismo. De dimensiones desmedidas e intimidatorias, poseía tres torretas distribuidas por los muros de piedra, y un elaboradísimo pórtico esculpido en pedernal protegía una enorme puerta de madera de más de dos metros y medio de altura, ornamentada en bajorrelieve con intrincadas filigranas y cenefas de rosas y orquídeas. La seducción fue inmediata y total. Resultaba majestuosa en medio de la oscuridad de una noche en que la media luna, solitaria y distante, enseñaba el destello de su sonrisa plateada.

Subí por la amplia escalinata de piedra que ascendía hasta el pórtico de manera mecánica, sin apartar la mirada de la imponente fachada, y me detuve junto a Álex frente a los enormes portones. El estómago se me contrajo en un nudo cuando salvé el último escalón y me vi a un par de pasos de ingresar en La Crisálida.

Al pie de la puerta vigilaba el portero, un joven vigorético de altura considerable con una enorme cicatriz que le cruzaba la mejilla. Salió a recibirnos con una

expresión de cancerbero dibujada en las rígidas facciones, al tiempo que nos dirigía intermitentes miradas de curiosidad.

—¿Qué desean? —dijo con una voz rota.

—¿Está Madame Rosalie? —le preguntó Álex.

—Sí —respondió serio el portero, sin hacer siquiera una mueca—. ¿Quién desea verla?

—Dígale que ha venido Alexander Vanderbilt.

El portero asintió con protocolaria cortesía y, mientras esperábamos en lo alto de los escalones, se internó en la penumbra púrpura que habitaba tras la enorme puerta que custodiaba la fortaleza.

Todo aquel protocolo tenía un aire prohibido que ponía en alerta los sentidos.

En el intervalo que nos concedió el vigilante frente a la puerta, donde el silencio martilleaba con brusquedad los oídos hasta lacerarlos, busqué la mirada de Álex en no menos de tres ocasiones, pero en ninguna de ellas logré encontrarme con sus clarísimos ojos, que se mostraban esquivos, distantes y escurridizos a mi apremiante demanda. Su indiferencia me abofeteaba el alma. Miré al suelo, abatida por su indolencia.

Cuando, un rato después, el fornido portero con síndrome de Adonis salió acompañado de Madame Rosalie, esta no pudo disimular su sorpresa al ver a Álex.

—¡Alexander Vanderbilt! —exclamó con una sonrisa que surcaba su rostro como la expresión rígida de una muñeca de

porcelana.

Avanzó hacia nosotros con una arrogancia ensayada y teatral. Durante un instante detuvo su mirada en mí, para después volver a centrar toda su atención en Álex. Tenía aspecto de altanera.

—¡Cuánto tiempo! ¡No esperaba volver a verlo por aquí!  
—dijo mientras se abalanzaba sobre él con suma efusividad.

—El destino siempre reserva alguna sorpresa —apuntó Álex, aceptando su entusiasmado saludo con indiferencia.

Madame Rosalie, dueña y señora de aquella colosal mansión asentada en el cinturón que rodea Madrid, era una mujer de edad indescifrable, aunque no me habría extrañado que rondara los sesenta. Su aspecto juvenil y rozagante, impuesto con exageración a base de bisturí, robaba una década a su esperpéntica piel. Conservaba una figura esbelta, con un sinfín de curvas que la dotaban de un movimiento grácil. Se advertía sin dificultad que había sido toda una belleza, porque aún conservaba trazas en las partes que no había tocado el cirujano. Sus ojos, indiscutiblemente verdes, ganaban profundidad en contraste con su larga cabellera, una efusión de llamas infinitas de un color impreciso entre el rojo y el ámbar. Adornaba su cuerpo con una recargada cantidad de joyas que le proporcionaban un toque de añeja elegancia y solo servían para empeorar una vestimenta ya de por sí estrafalaria. Observé que su rostro se mostraba visiblemente desapacible, triste. Era una mujer

que, pese a lo que pudiera aparentar, maceraba demasiada soledad en su interior.

La única vez que se dignó concederme unos instantes de atención fue para brindarme una sonrisa estereotipada, dejando ver unos dientes amarillentos tras la curva de los labios. Su mirada desdeñosa advertía que le sobraba mi presencia y que, además, la insultaba mi juventud.

—¿Qué lo trae por aquí, Barón?

—Quiero hacer uso de los servicios de La Crisálida.

Madame Rosalie asintió complacida.

—¿Algo en especial? —le preguntó, paseando sus lujuriosos ojos por mi anatomía.

—¿Aún tienes las mazmorras?

—Sí, claro —respondió con suma avidez.

—Quiero disponer de una, y que todo el instrumental sea nuevo.

—Por supuesto. Si no me falla la memoria en cuanto a sus gustos, y si me permite aconsejarlo, Barón, le recomendaría una de las salas que hemos habilitado recientemente, dispuestas con todos los detalles necesarios para experimentar cualquier tipo de dolor...

La mirada escudriñadora de Madame Rosalie se volvió pertinaz hacia mi cuerpo.

—¿El dinero sigue sin ser problema? —Miró de nuevo a Álex.

—Llévanos —contestó secamente.

—Será un placer, Barón. Como siempre.

Álex buscó mi mano y la asió con fuerza, aunque sin abandonar el aire distante. Correspondí cariñosamente al ademán oprimiéndola con la mía; sin embargo, él no puso ninguna ternura en el gesto; seguía mostrándose indiferente conmigo. Por su parte, Madame Rosalie, con un engrimiento algo caricaturesco, nos abría paso por lo que se presentaba como una mansión sórdidamente decorada con la elegancia extravagante del estilo victoriano, con largas cortinas de terciopelo y brocados granates de formidable caída que adornaban los ventanales, bellas poltronas, sofás acolchados en colores cálidos, grandes alfombras persas y cómodas de gran riqueza ornamental distribuidas indiscriminadamente. Sobre las mesas resplandecían oscilantes las llamas de las velas, dispuestas en candelabros. Desde luego era una mansión digna de un museo, que habría hecho las delicias de la reina Victoria. Caótica pero también encantadora, a su modo, aunque tanta prodigalidad de detalles marease a la larga.

El monumental pasillo por el que nos conducía Madame Rosalie, estructurado de forma laberíntica, con paredes tapizadas de terciopelo y arañas de cristal que colgaban del techo, era una encrucijada interminable. Las amplias estancias estaban adornadas con litografías que representaban escenas de dominación y sumisión, para crear ambiente. Los techos se elevaban hasta el infinito, y desde

ellos descendían los voluminosos pliegues de las gruesas cortinas burdeos que ocultaban como telones teatrales las impronunciables perversidades que tenían lugar en el interior.

Se accedía al piso superior por dos enormes escaleras situadas a ambos lados del salón principal, cubiertas por extensas alfombras de un rojo casi violento, cuyas balaustradas en oro viejo les conferían una sofisticación de tiempos pretéritos. Mis ojos fueron subiendo embelesados por la vertiginosa gradería. La abandonamos para tomar un largo pasillo que se prolongaba hasta el otro lado de la mansión. Tenía el suelo revestido de baldosas negras, y contra las paredes se alineaba un número impar de lujosos sofás tapizados con tejidos barrocos. Mientras nos dirigíamos a la que sería nuestra estancia privada oíamos un sinfín de gemidos, gritos y sollozos ahogados que escapaban de las mazmorras y hacían que los nervios me emergieran a la piel. Se adivinaba qué había tras las puertas cerradas, por los jadeos, suspiros y golpes, mientras unos incomprensibles trazos de palabras volaban a través del aire.

En alguna parte indeterminada de aquel dédalo de corredores empezaron a oírse voces, apenas musitadas, que parecían esforzarse por mantener un tono bajo e íntimo. Instantes después se silenciaron. Esa repentina calma me dejó una extraña sensación de vacío.



El aire viciado flotaba en el ambiente como el enigma mágico que envuelve un hechizo. Sugerente y seductor. Por el dilatado corredor, a cuatro patas, una mujer de rasgos dulces, mirada felina, atuendo de reluciente látex negro que apenas cubría su desnudez y una larga cabellera rubia que le caía en cascada por el rostro y los hombros, era conducida disciplinadamente por su amo mediante una correa ensamblada a un collar de cuero. No me permití mostrar ninguna reacción y decidí reservarme cualquier observación al respecto. Aunque en verdad encontraba intimidatoria la escena, me negaba a parecer una moralista susceptible y, más aún, a serlo. Apreté la mano de Álex en señal de complicidad cuando amo y sumisa desfilaron protocolariamente delante de nosotros, pero igual que en las ocasiones anteriores, la respuesta a mi gesto se perdió en el vacío de su calculada indiferencia.

Cuando sus sombras se disiparon en el fondo del pasillo empecé a sentirme observada. Todas las miradas surgían envueltas en susurros apenas perceptibles para posarse en mí, una chica de veinticuatro años con la inocencia y el rostro de una niña. Era como mirar a hurtadillas un espejo; el reflejo siempre mira directamente a los ojos. Ese imprevisto escrutinio volvió mi caminar inseguro y apocado. Pasé el resto del trayecto aferrada a la mano de Álex y con la mirada fija en el suelo, como los bueyes bajo el yugo, mientras a mi

alrededor giraba un murmullo de pasos rápidos y voces bajas.

A medida que nos aproximábamos a la estancia, la atmósfera se fue haciendo más íntima y solemne. Aún pude oír al final del pasillo un llanto de mujer y la voz autoritaria de un hombre que la amonestaba. Cuando por fin llegamos, Rosalie abrió la puerta y nos cedió el paso con gran ceremonia, lógicamente sin dejar de parecer una mujer extraordinaria en ningún momento. Antes de entrar en la habitación intenté tragar saliva y respirar hondo, pero apenas pude hacer ninguna de las dos cosas.

—Espero que todo sea de su gusto, Alexander —dijo complaciente la mujer—. De lo contrario, hágamelos saber y se dispondrá inmediatamente lo que desee.

Álex echó un vistazo fugaz y sentenció:

—Está perfecto.

—Entonces, os dejo disfrutar de vuestros instintos más perversos, parejita —murmuró con una sonrisa mordaz, mientras ofrecía a Álex la llave de la mazmorra.

—No quiero límite de tiempo —apuntó él cuando Madame Rosalie se disponía a marcharse.

—No lo habrá, por supuesto —concluyó ella—. Siempre ha habido concesiones especiales para nuestros clientes más prestigiosos.

Álex premió su cortesía con una mirada cargada de desinterés.

—¿Puedo hablar un minuto con usted, Barón? —preguntó la mujer en tono confidencial.

Álex se mantuvo quieto sin decir nada, en muestra de conformidad. Seguidamente me hizo pasar y me indicó que esperase en la habitación hasta que él regresara.

Cerró la puerta para evitar que oyera la conversación, pero por uno de esos inevitables caprichos del azar, el pestillo no encajó bien, y quedó junto al marco de madera un delgado surco por el que asomaba una línea de resplandor, lo que me permitió oír cada una de las palabras que intercambiaron. Sin girarme, me acerqué a la puerta y observé por la hendidura a Álex y Madame Rosalie. Agucé el oído y retuve el aliento en la garganta.

—Me alegro enormemente de su regreso, Barón —comenzó a decir Madame Rosalie.

—No te entusiasmes. Mi vuelta a estos mundos —contestó él, dejando que su mirada deambulara a su alrededor —dista mucho de comenzar hoy.

Madame Rosalie pareció extrañarse, pero guardó silencio.

—Es conveniente dejar atrás los errores del pasado y centrarse en el presente, en lo que nos deparará el futuro...

—¿Eso es lo que haces tú? ¿Sepultar los errores del pasado? ¿Te resulta fácil excavar tumbas y enterrar en ellas todos tus muertos?

—No voy a discutir eso con usted —contestó ella.

—Rosalie, ¿rezas a tus muertos?

La Madame parecía angustiada. Indudablemente, Álex la estaba mortificando con sus preguntas.

—¿Les rezas? —insistió.

—He dicho que no voy a discutir eso con usted.

Álex trazó una sonrisa burlona en la línea recta de sus labios.

—Quizá deberías hacer un viaje por tu conciencia —sentenció. Ella ignoró ese último comentario con un silencio despectivo.

—¿No va a compartirla? —le preguntó Rosalie pasados unos instantes.

Abrí los ojos tanto como pude y alcé las cejas en gesto de sorpresa. Aquella mujer estaba hablando de participar en la sesión. El solo pensamiento me dio náuseas. Me acaricié con tibieza los brazos para aliviar el escalofrío que me produjo la dantesca imagen. No había tenido tiempo de considerar y madurar la opción con otras féminas, pero desde luego, no quería someterme a Madame Rosalie bajo ningún concepto; no inspiraba en mí confianza alguna. Se veía a la legua que poseía una total falta de escrúpulos y tacto. Aquella mujer era un atentado contra la decencia, incluso contra la propia perversidad.

Afiné el oído todo cuanto pude para escuchar la respuesta de Álex.

—No —negó él, rotundo. Respiré aliviada ante su negativa.

—Antes lo hacía —afirmó ella con voz lujuriosa, acercándole el rostro—. Antes compartía a todas las mujeres que traía. Eso lo excitaba, Barón...

Álex contempló a Rosalie con divertido desprecio.

—Y tú lo disfrutabas como la perra que eres —soltó él, desdeñoso.

—Ya sabe que me gustaba ser su perrita —se defendió ella, aunque no parecía ofendida—. Y soy consciente de que a usted le gustaba que lo fuera, pero no es de eso de lo que estamos hablando... —Dio la espalda a Álex y caminó un par de pasos—. Es preciosa —apuntó. Se giró con arrogancia hacia él—. Siempre ha tenido un gusto excelente para las mujeres. Hay cosas que no cambian. ¿Y cómo se llama la putit...?

—Su nombre no te importa —cortó imperativo Álex—, y ten cuidado con lo que dices, maldita vieja —añadió en un tono poco amable—. Es más decente de lo que lo has sido tú en tu desgraciada vida.

—Da igual. Es una muñequita. Preciosa y... joven. Una perita en dulce. Un caramelo. —Se pasó la lengua por los labios—. De carnes tersas, y presumo que novicias en estos mundos del diablo. Se puede leer el miedo en su cara, Alexander. Oh, el delicioso miedo, ¡tan excitante...! Es como un animalillo asustado.

—¡Deja de relamerte! —exclamó Álex con crueldad—. No vas a probar su sabor.

Rosalie soltó una sonora carcajada.

—¿Será misericordioso con ella, Barón? Ahora solo depende de su piedad divina.

—Rosalie, ¿qué persigues con esta cháchara?

—Formar parte de la sesión. Quiero sentirla mía, que me la conceda aunque solo sea durante unos minutos. Es hermosísima, Barón. Su belleza es extraña, singular, como fuera de época... Con esa compostura suave, silenciosa y natural... Todos sabemos lo importante que es para un amo poseer una sumisa bella, además de entregada. Una mujer alfa a la que desee el resto de los amos. Déjemela. Concédemela para que la posea, para que...

En mi garganta se hizo un nudo.

—¿Qué parte no has entendido? —expresó Álex irritado—. ¡He dicho qué no!

Hubo un minuto de silencio. Los labios de Madame Rosalie sonreían cautelosamente, y su rostro mostraba una lascivia tan sincera que me pareció leer en su mente las innumerables perversiones que realizaría conmigo. Me estremecí.

—Es especial, ¿verdad? —inquirió la Madame—. Es especial para ti —observó, adoptando un espontáneo tuteo—. ¿Estás enamorado de esa chica, Alexander?

Álex asió con fuerza el brazo de Madame Rosalie y la apartó bruscamente.

—¡Vete y deja de molestar! —exclamó.

—Siempre me han gustado sus gestos rudos, Barón — concluyó ella, mientras una risa cruel y algo paranoica se perdía por el pasillo.

Me apresuré a cerrar la puerta con sumo cuidado para evitar que el sonido delatara mi acción. Cuando encajó en el marco me giré.

Recorrí con la vista la habitación donde iba a tener lugar nuestra sesión privada, en un torpe intento de abarcar con una mirada todo cuanto me rodeaba. Aquel rincón de la mansión, metamorfoseado en mazmorra, mostraba la lóbrega esencia de las prisiones de siglos pasados. Era un espacio sorprendentemente grande, iluminado por una luz escasa y aterciopelada que esparcía frágiles destellos de color plata por los ángulos y dibujaba sombras alargadas en el suelo. Contemplé la estancia bajo aquel tenue resplandor, siguiendo con la mirada los haces de claridad, y pude ver como acariciaban con devoción el mobiliario medieval que cedía al lugar esa incuestionable condición de sala de torturas. Hasta el menor detalle estaba ideado para dar rienda suelta a las mentes más perversas, con una actualizada colección de ingenios de otros tiempos que no sabía bien si me aterrorizaban o me tentaban. El aire olía a cuero y madera. Quizá debería sentirme asustada. Quizá lo estuviera; sin embargo, la excitación era mayor que el miedo.

Deliberadamente, posé la vista sobre una hilera de larguísimas y gruesas cadenas que descendían del techo y

caían hasta el suelo sin llegar a tocarlo, creando la apariencia de una densa cortina de metal y un efecto de profundidad que calaba el espacio con un flujo sombrío. Detrás alcancé a ver una enorme cama, compuesta por un somier, un colchón envuelto entre los suaves destellos de unas sedosas sábanas de color granate y un escueto cabecero de hierro forjado negro con llamativos motivos florales. Una cruz de san Andrés y una jaula ocupaban la pared izquierda. Al lado derecho, un sofá biplaza de corte antiguo aportaba un toque victoriano. Llenaban el espacio potros de tortura, sillas de castigo, cepos, grúas de suspensión, grilletes y oscuridad. Mis pupilas, con una expectación inquieta, no podían apartar la vista de aquellos mecanismos de martirio humano; vibraban siguiendo con curiosidad el siniestro contorno de sus formas. Temblorosa, pasé la mano por una mesa con asideros de cuero que ocupaba el centro de la estancia. Todo se enredaba con un resplandor irresistible a mi alrededor.

Las paredes estaban revestidas de ladrillo visto y viguetas de madera sugestivamente provista de un sinfín de tornillos, clavos, grilletes y abrazaderas. Continué mi particular recorrido pasando la mano por los muros donde reposaba mi sombra. Un estrecho y anacrónico armario con la puerta de cristal negro guardaba en su haber, colgados y perfectamente organizados, todo tipo de látigos, paletas, fustas, gatos, esposas y varas de diferentes tamaños, así como cuerdas,



guantes y correas de cuero, al igual que un número incalculable de instrumentos que no supe calificar por lo dudoso de su utilidad.

Aquel despliegue paulatino de material me asustaba y me excitaba al mismo tiempo. Atraía mi mirada de modo insaciable, como un conjuro de magia negra, con un efecto fatal de consecuencias inevitables. Mis palpitaciones se aceleraron vertiginosamente a medida que iba atribuyendo perversas utilidades a los instrumentos que descubría.

De repente, la puerta se cerró a mis espaldas con un golpe seco, anunciando la presencia de Álex. Contuve el aliento, sobresaltada. Era tan atrayente el influjo de aquella recámara y todo lo que contenía, que no me había percatado siquiera de su entrada. Cuando tomé conciencia de él a través de su respiración pausada y regular, se encontraba situado detrás de mí. Paciente, esperó para comprobar la reacción que aquel dantesco escenario provocaba en mí.

Ninguna tan extravagante. Ninguna tan asombrosa. Ninguna tan dramática. Ninguna tan increíble.

Mis sentidos comenzaron a expandirse de manera sutil y refinada. El aire me hervía en los pulmones.

—¿Estás bien? —me preguntó en un último intento de hacerme desistir. Su voz había adquirido un tono duro. Sonaba seria y tremendamente intensa.

—Sí, perfectamente —respondí.

Me observó con aquella sonrisa elegante y parca asomada a los labios, atento a la expresión de mi rostro.

—¿Crees en Dios? —me preguntó de improviso. Negué con la cabeza—. A partir de hoy creerás en uno —afirmó. Su sonrisa se amplificó y se volvió más oscura de lo que nunca había visto—. Y también creerás en el diablo —sentenció, girándose hacia la puerta—. Un diablo vestido de traje, como el de *La esfinge* de Félicien Rops. ¿La conoces?

Asentí levemente, sin decir nada.

En esa obra, Rops expone una sexualidad seductora, ciertamente distorsionada y, sobre todo, peligrosa. Un diablo, situado entre las alas de una esfinge y ataviado con traje negro, observa con expresión satisfecha y quizá curiosa como una mujer desnuda, de curvas voluptuosas, abraza la estatua con vehemencia. El autor de esta ilustración intrinca sueño y realidad para mostrar el arquetipo del miedo existencial humano: el enigma de la muerte.

—Esta noche serás su puta. —Álex tomó de nuevo la palabra—. Esta noche serás la puta del diablo.

Me estremecí y cerré los ojos unos instantes.

## CAPÍTULO XVI

El crujido amortiguado de la cerradura cuando la llave dio dos vueltas en ella consiguió helarme el corazón y la sangre. El lugar quedó súbitamente inmerso en un silencio malicioso. Álex no dijo nada; se limitó a bajar la intensidad de la luz y dejar la estancia casi a oscuras.

De espaldas a él, lo sentí aproximarse a mí con pasos medidos y firmes. El sonido arrogante de sus botas resonaba contra las baldosas como una sinfonía de notas inflexibles y seguras, cada vez más cerca. No se detuvo. Pasó a mi lado rozándome levemente y mirándome de soslayo, como un astuto depredador que acechara a su presa. Aquel efectivo mapa de silencios era el preparativo del «juego». Sin duda, Alexander Vanderbilt parecía disfrutar de sus infinitos matices como forma de comunicación.

Sin dilación, y en su insistencia de no articular palabra en medio de aquella escena medieval, se dirigió al armario y lo abrió, mientras la luz plateada dibujaba su cuerpo. Muda y con la respiración contenida en la garganta, advertí como deslizaba la mirada por los instrumentos que se encontraban expuestos, examinando cada detalle y reparando con mayor

interés en algunos de ellos. Imaginé que tendría sus favoritos. No quise preguntarme cuáles serían.

Miré vacilante aquellos artilugios de utilidad dudosa. Todos estaban destinados a prácticas que yo desconocía. Un gélido estremecimiento me cruzó la nuca. Álex alargó la mano y, con pulcritud, sacó unos guantes de cuero de un cajón y los acarició suavemente, evocando, quizá, esos viejos tiempos de pecado.

—Ahora vamos a ver cuánto eres capaz de entregar —dijo mientras se enfundaba lentamente los guantes con un gesto que se me antojó intimidante—. Descálzate —me ordenó.

La indolencia de su voz era una provocación. Lo observé durante un segundo; la expresión de su rostro tenía una rigidez sobria y elegante que me hacía sentir desvalida y, paradójicamente, importante a la vez.

Con aire tímido y sin rechistar, me quité las sandalias de tacón y las dejé a un lado. El suelo estaba frío. Cuando me incorporé, Álex se giró hacia mí. El azul de su mirada había adquirido una voluptuosidad líquida y acerada, desconocida. Las líneas que contenían la expresión de su rostro rebosaban sensualidad. Clavó los ojos en los míos y, despacio, se me aproximó. Lo miré intentando contener la realidad, una realidad de ciento noventa y un centímetros pecaminosamente atractivos que en esos momentos no me atrevía a rozar ni siquiera con la punta de los dedos. Me aturdía su manera de mirarme.

Al alcanzarme, me asió con rudeza por la cintura y me giró bruscamente para situarme de espaldas a él. Podía sentir las formas firmes de su cuerpo pegado al mío, el calor de su piel a través de la camisa. Su respiración me acariciaba la nuca, acelerándome el pulso y haciendo crecer mi excitación, una excitación que me paralizaba y que solo podía habitar en el alma de una incauta como yo.

Soltó las horquillas que me sujetaban la mata de pelo para que me cayera por la espalda, convertido en una sedosa madeja de color azabache que me enmarcaba el rostro. Alargó los brazos por delante de mí para rodearme, y sus grandes manos enguantadas se acercaron peligrosamente a la larga abotonadura delantera que poseía mi vestido. Lo agarró a la altura del pecho y tiró con fuerza, rasgando la tela y arrancando un par de botones que fueron a parar estrepitosamente al suelo. El corazón me aporreaba el pecho con latidos que las costillas apenas eran capaces de contener. Me giró de nuevo. Estaba semidesnuda delante de él, con un conjunto de ropa interior tan minúsculo que reprimía con dificultad mi pudor. Sus ojos, tildados de una lujuria incuestionable, emprendieron un lento camino por mi silueta, de abajo arriba.

Aquella íntima mirada despertó en mí un deseo extraño, insólito y desbocado. Un ardor líquido emprendió el camino hacia mi entrepierna.

A esa escasa distancia como estaba, sentía su presencia ágil, cálida. Incapaz de pensar en nada que no fuera él, toda mi atención se concentraba en su rostro. Con un movimiento casi imperceptible, se acercó. Abrí la boca ligeramente con la intención de besarlo. Travieso, tomó un tanto de distancia, apenas unos centímetros, obligándome así a buscar sus labios y el dulce sabor de hidromiel que destilaban. Se retiró unos cuantos centímetros más. Le encantaba dejarme a las puertas del cielo con ese juego mezquino que tanto lo divertía. Me puse de puntillas, apoyando todo el peso en los frágiles dedos de los pies. Cuando me empezaron a temblar las rodillas por el esfuerzo, me dejó llegar a su boca. Sin pensármelo dos veces, entré en ella.

Recorrí con la lengua toda su longitud, impregnándome de su saliva, rastreando cada rincón como si buscara un tesoro. Noté que elevaba las comisuras de los labios mientras los míos jugueteaban con ellos. Estaba sonriendo; sin embargo, no colaboraba. Se mantenía inmovible a mi contacto. Su impasibilidad me volvió voraz, de modo que lamí, succioné y acaricié sus labios como si fuera la última oportunidad, hasta que sus dientes reaccionaron a mi osadía y me mordieron. Gemí en su boca y mi lengua se replegó sobre sí misma como una serpiente picada por un alacrán. Me separé con rapidez y lo miré confundida, sintiendo en las papilas gustativas el sabor ferroso de la sangre.

Me dirigió una mirada intensa, dura, sin apenas pestañear. Una mirada en la que se refugiaba su instinto, esa pulsión animal que lo golpeaba por dentro como un puño de hierro y lo hacía caer en aquellas pecaminosas inclinaciones, tan deliciosas a la vez. Álex tenía un aspecto salvaje, prehistórico, bajo ese perverso halo. Y yo me descubrí obedeciendo al mismo impulso: me relajé suavemente el borde de los labios.

—Yo soy quien decide el cómo y el cuándo —atajó cortante y firme.

Se estiró los guantes, de un modo pausado y perverso.

—Abre las piernas —murmuró con autoridad, arrastrando las palabras. Su tono bajo y severo, tremendamente seductor, advertía, por encima de todo, de que no debía desobedecer. Seguía mostrando una expresión inmutable y regia como la de un alto mandatario, sin dejar traslucir nada. El efecto era siniestro, sin duda, y... cautivador. En respuesta automática a aquella orden musitada y a la imposición de esa mirada de propietario que asomaba bajo el velo de sus pestañas, abrí las piernas y abandoné mi sexo al deleite que le proporcionaba aquella deliciosa perspectiva.

Me rectificó la posición de los pies dándoles un golpecito con las botas. Como atraído por un imán, apartó a un lado la tela de la braguita y deslizó los dedos por el vértice que formaba el triángulo de mi entrepierna, para palparlo con suavidad. Noté la piel del guante contra los pliegues del

clítoris. Apenas un ligero roce, perverso bajo la frialdad del cuero.

Sus labios, ligeramente abiertos, ofrecían el asomo de una sonrisa cuyo significado no era difícil diagnosticar.

—Parece que esto te gusta —dijo en tono sugestivo, sin apartar su mirada de la mía—. Eres una indecente, Loane —apuntó mientras proseguía con su delicada inspección.

Bajé la mirada cuando el rubor brotó en mi rostro y se me adhirió con indiscreción a las mejillas.

—No te he ordenado que bajes la mirada —me dijo, elevándome la barbilla con la mano—. Me excita verme reflejado en la incertidumbre que asoma a tus ojos —añadió en tono enigmático y envolvente.

Levanté la cabeza y lo miré. Lo vi lamerse el dedo índice.

Detrás de esos ojos gélidos, entre el deseo y los instintos, dormía el peligro. Una fiera encerrada que esperaba con cierto placer divertido el momento del ataque. Álex me asustaba tanto como me excitaba.

—Camina hasta esa mesa y reclínate en ella, ofreciéndome el culo.

Con pasos temblorosos, avancé por la estancia obediente y en silencio en dirección a la mesa que me había indicado. Cuando logré alcanzarla, me detuve mirando al frente. Después me incliné despacio y me recosté, con los brazos apoyados en la superficie de madera. Seguidamente sentí los pasos de Álex, que se aproximaban sigilosamente con un



repiqueteo amenazador, exigiendo el suelo que pisaban. Se detuvo al llegar a mi altura. Estaba confiadamente tranquilo, a un metro escaso de mi espalda. Un escalofrío se extendió por mi piel durante un electrizante instante. La espera había terminado.

Despacio, me subió lo que quedaba del vestido hasta la cintura.

—Bájate las bragas. —Su voz era imperiosa, peligrosamente oscura. Titubeé un momento. Álex esperó silencioso a que obedeciera.

Pasados unos segundos en los que mi corazón apuraba su ritmo, llevé las manos hasta la prenda y, bajo la mirada escrutadora de Álex, la hice descender despacio por los muslos, ofreciéndome como una solícita valquiria dispuesta a servir a su Odín.

Una ninfa expuesta frente a un sátiro. Una perra.

—Muy bien. Así me gusta —aprobó. Un golpe de rubor sacudió de nuevo mis mejillas.

Miré a todos los lados solo con los ojos, sin atreverme a mover la cabeza, presa de una expectación y una inquietud que me consumían al calor del cuerpo de Álex. Durante un segundo fui consciente de lo frágil que me hacían sentir la situación y él. Sin embargo, a todos los efectos, él parecía no inmutarse. Le gustaba dilatar la incertidumbre, hacer crecer la impaciencia y el deseo en mí.

Lejos de ser el diablo, Alexander Vanderbilt se convertiría en el redentor de mis faltas y pecados.

Recordé la expresión con que había recibido la petición de que me sometiera. Una mueca imperceptible pero escalofriante cruzó sus facciones. Desafío, ironía o ambas cosas.

Alargó el brazo con el movimiento pausado de un espectro, hasta que sus dedos me rozaron las nalgas. Se había deshecho del guante derecho. No pude evitar que su tacto me pusiera la piel de gallina. Le ardían las manos. Con las yemas de los dedos comenzó a acariciarme delicadamente, como si transportara un susurro, apenas sin rozarme, concentrando en ellas todos los sentidos y emociones del momento. El calor de la estancia se había vuelto opresivo. De improviso, cayó el primer azote. Instintivamente contraje los músculos y contuve el aliento. El segundo y el tercero no se hicieron esperar. Mis pensamientos se concentraban en el hipnótico sonido de los golpes y el calor que corría por debajo de mi piel.

—Muy bien —seguía diciendo Álex—. Así, quietecita... ¿Te gusta? —me preguntó mientras hacía caer otra palmada.

Sollocé de manera casi imperceptible, apretando los labios para que no me oyera. Era una cuestión de honor aguantar los azotes sin rechistar.

—Yo creo que sí —espetó con ironía, para darme inmediatamente otra fuerte nalgada.

Apreté los ojos y contuve la respiración. Me gustaba, claro que me gustaba. No podía negarlo.

Los siguientes azotes hasta completar una tanda de veinte fueron cada vez más intensos, más rápidos, acentuando el significado de ese concepto que tanto miedo me daba. Sorprendentemente, se me humedeció el sexo a pesar de la quemazón de los glúteos.

—Muy bien, fierecilla —me dijo al oído mientras me subía las braguitas—. Lo has hecho muy bien.

Me sacudió una última oleada de calor al asalto del deseo que me provocaba su voz. Me di la vuelta y respiré profundamente mientras lo miraba aturdida.

Impaciente y desconsiderado, me cogió del brazo y me llevó dando traspiés hasta el centro de la estancia. Del techo descendía una cadena que oscilaba ligeramente, bifurcada en otras más cortas pero con los eslabones doblemente gruesos. De sus extremos pendían unos grilletes de acero. Levanté la mirada y los contemplé con inquietud. Álex me aferró el vestido por la parte de atrás y me lo arrancó de una sacudida. El corazón me palpitaba en las pupilas.

—Las manos —dijo.

Alargué las manos hacia él. En ese momento, nuestras miradas se unieron. Por encima de la cabeza aferró cada una de mis muñecas a un grillete y los apretó con fuerza, casi oprimiéndome el hueso. Sentí el frío del acero estrecharse contra mi piel como el filo de un cuchillo. Perverso. Se alejó

unos pasos hasta alcanzar una pared y cogió con firmeza el otro extremo de la cadena. Me miró fijamente, con ojos maliciosos y serios. Entonces dio un tirón seco. Mi cuerpo y mis brazos se tensaron al unísono, y noté como mis huesos se dilataban uno a uno hasta casi resquebrajarse. Iba a romperme en mil pedazos.

Como consecuencia de la tensión que me exigía aquella postura, los músculos de brazos y piernas adquirieron un marcado relieve. Su contorno se acentuó descaradamente, dibujándose de forma admirable y firme, estilizándome la figura en un único trazo curvilíneo elevado hasta el infinito. El pecho se realzó en su forma, irisado con un débil rayo de luz de luna que caía sobre él, y la cintura se precisó en una curva esquivada y cínica. Giré la cabeza y busqué la mirada de Álex.

La luz de la luna se filtraba perezosamente por el enorme ventanal, rasgando la penumbra que se cernía sobre la estancia. Aunque la iluminación era insuficiente para satisfacer mi curiosidad y no me permitía ver más allá de la elegante silueta que se perfilaba, difusa y presuntuosa, bajo el juego de luces y sombras en que estaba sumergido, no me pasó inadvertida en sus ojos la ansiedad que le provocaba el deseo. Su lujuriosa mirada barrió por entero mi cuerpo.

Me convertí en un poema visual que atormentaba la mirada de mi verdugo desde el otro lado de la estancia, bajo ese delirante sentido de pintor. Incapaz de satisfacer su sed

de contemplación, el síndrome de Stendhal parecía hacer otra vez de las suyas, desestabilizándolo hasta un estado insoportablemente cercano a la humanidad. Lo observé de reojo; Álex examinaba mi cuerpo con un deseo apenas disimulado en el lúbrico brillo que afloraba en su mirada. Noté su cuerpo ponerse rígido por el control que intentaba ejercer. En algún momento indeterminado supo que estaba perdido. Advirtió su debilidad y, lo peor, que yo era consciente de ella.

Después, aquel ángel perverso tomó medidas.

Sus ojos se apartaron de mí solo para fijarse en la cadena con que se envolvía la mano, con un matiz de autodominio impuesto por la resignación y unos dedos vacilantes que no dejaban ver el dilema escondido tras el cuero. Volvió a mirarme cuando, sin un suspiro, dio un segundo tirón de la cadena, más brusco que el primero, como si con él quisiera reafirmar su posición. Mi cuerpo quedó prácticamente suspendido ante su impertérrita mirada, apoyado apenas en los dedos de los pies.

—¿Duele? —me preguntó con acidez.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, en silencio. En los labios de Álex se completó una sonrisa mordaz.

De nuevo, mi figura, contorneada por la luz de la luna, daba alas a su fantasía e incitaba su lujuria. Había creado la imagen de una santa, de una virgen o de una puta. Cualquiera, a su antojo. Su virtuosa doncella era ahora una ramera, una

Venus sin identidad, una María Magdalena tentadora, una Eva demasiado sugerente, contra la que trataba en vano de resistirse.

Durante unos interminables minutos, Álex me abandonó en aquella posición, en la que una acusada sensación de escozor comenzaba a quemarme los músculos. Contemplaba mi cuerpo bajo un deseo que no ocultaba, y a la vez, con una desarrollada admiración estética y artística ante el sugerente esbozo de mi perfil, erguido de aquella sublime forma. Se quedó así, en silencio, absorbiendo la belleza que le expresaba mi cuerpo como si de un perfume se tratara; dejándose seducir y, de paso, poniendo a prueba mis nervios mientras se afilaba los colmillos pacientemente.

Tras unos instantes en compás de espera, en los que la vulnerabilidad y el morbo campaban a sus anchas y el silencio parecía intensificar cada una de las sensaciones, Álex se acercó a mí. Lo contemplé mientras se aproximaba lentamente, incapaz siquiera de respirar. Me resultó imposible dominar los latidos del corazón cuando lo vi avanzar y su silueta se fue haciendo nítida. Se había deshecho de la chaqueta y la camisa. Su torso, desnudo, musculoso y en visible tensión, revelaba sin tapujos aquel trisquel tatuado que le daba un aspecto licencioso y siniestro entre los haces de luz anémica que caían por la claraboya y sumergían la estancia en una atmósfera mística, de iglesia.

Cuando me alcanzó, se paró frente a mí, me cogió un mechón de pelo y lo acarició suavemente, enrollándolo entre los dedos, mientras clavaba los ojos en los míos.

—Quiero oír mi nombre de tus labios —dijo.

Sonrió de forma imperceptible al ver que no respondía a su petición. Después dio un paso más hacia delante sin dejar de acariciar el mechón de pelo, invadiendo mi espacio personal e intimidándome como solo él sabía hacerlo.

—Vamos, Loane, quiero oírte decir mi nombre, ya sabes que me encanta como suena con tu voz. —Sus palabras no expresaban una petición, sino una orden.

—Álex —dije al cabo de un rato.

—Entero. El nombre entero.

—Alexander Vanderbilt.

—Otra vez.

—Alexander Vanderbilt.

—Me encanta como suena con el timbre sumamente musical de tu voz —repitió—. Me encanta como lo dices. Me pone. —Soltó la mecha de pelo y se alejó un par de pasos—. Te voy a exponer ciertas normas que habrás de tener muy en cuenta. Me pedirás permiso para hablar y esperarás a que te lo conceda. Si hablas sin mi autorización, serás castigada. Si te mueves sin que te lo ordene, serás castigada. Si no respondes a alguna pregunta que te haga o tu respuesta no me parece adecuada, serás castigada. Si no me miras con el debido respeto, serás castigada. Si me

desobedeces, serás castigada. Si tu respiración es más audible de lo normal, serás castigada. ¿Está claro?

Las palabras sonaban como un rumor sibilante mientras me dirigía una mirada fría.

—Sí —respondí.

—¿Sí? —repitió a medio tono con burla. Tragué saliva—. ¿Qué clase de respuesta es esa, señorita Darey? —inquirió con gravedad.

Me tensé al oír la profundidad de su voz. Entorné los ojos sin apartar la mirada de la suya, de pupilas extraordinariamente dilatadas.

—Sí, ¿qué? —dijo.

Respiré a fondo y moví un poco el cuerpo para evitar que se me durmiesen las extremidades.

—Mi señor —respondí.

—Dilo seguido. Vamos, dilo todo seguido. ¿Está claro?

—Sí, mi señor.

Álex aferró mi cara con la mano y la aproximó a la suya. Sacó su lengua de gato y, como un zarpazo del diablo, me lamió los labios, saboreándome, devorándome con lengüetazos de deseo. Seguidamente me cogió la melena, que me caía por la espalda, y la recogió en un bucle sobre el hombro derecho. De forma ritual, sin impaciencia, su dedo índice graficó sobre la desnudez de mi espalda cada una de las letras que dan forma a mi nombre, mientras un fuerte estremecimiento me recorría la médula espinal en toda su



longitud. Cuando concluyó su particular rito, llevó la mano a la base de mi nuca y la acarició con mimo durante unos segundos, describiendo círculos concéntricos. Sus dedos, escurridizos, se hundieron en la espesa cabellera. Acercó la nariz e inspiró profundamente su olor. Apreté los párpados. Apenas unos segundos después, un tirón seco y preciso me obligó a echar la cabeza atrás y elevar la barbilla, dejando al descubierto la sensualidad indecorosa del cuello en un ángulo extremo. El inesperado envite hizo que un sollozo trepara hasta mi garganta.

La yugular se descubrió de pronto imprudente, con una voluptuosidad casi escénica. Los latidos del corazón habían ascendido hasta ella y se advertían violentos, vertiginosos.

—¿Está preparada para mí, señorita Darey? ¿Está a la altura de las perversidades del diablo? —me susurró al oído con voz sinuosa y húmeda.

No respondí. No podía. Las palabras parecían cosidas a mis labios. Moví la cabeza en señal de afirmación varias veces, mientras el corazón me escalaba por la tráquea.

—Quiero que me respondas con palabras —musitó al ras de mi boca—. ¿Lo has entendido? —Tiró más aún del pelo. Volví ligeramente la cabeza hacia él y contemplé sus labios con expectación. Aquel susurro tenía vocación de oscura plegaria en su voz. El deseo se alzó en mi interior con voluntad propia.

—Sí, mi señor —respondí.

—¿Está segura, señorita? —Afianzó la pregunta con un nuevo tirón de mi melena.

Sus aires de suficiencia me exasperaban. Su impersuasible ego exigía ser alimentado, más por capricho que por necesidad. Respire hondo y dejé escapar un suspiro.

—Sí..., mi señor —contesté, arrancándome las palabras de entre los dientes.

Una queja agonizó en mi garganta cuando sus ojos se iluminaron con un brillo licencioso y blandió una sonrisa lobuna, tan refinada en su línea que otorgó a su expresión un aire siniestro. Su rostro no admitía protesta alguna por mi parte.

—Siempre tan testaruda, obstinada y pertinaz —apuntó con voz sugestiva—. Eres encantadora cuando te pones terca.

El deseo atravesaba sus palabras hasta fundirse con cada poro de mi piel. Mi cuerpo se ofrecía voluntariamente a su lujuria, tanto o más caprichosa que la mía.

En silencio, me paseó la mano de forma ascendente por la espalda, perfilándome con los dedos el relieve de las vértebras. Al llegar a la altura del sujetador, lo desabrochó y lo dejó caer. Osado como solo él podía ser. Instantes después me deslizaba piernas abajo las braguitas de encaje gris perla que me había comprado para la ocasión. La desnudez y la imposibilidad de moverme acentuaban el

sentimiento de indefensión que me asaltaba desde hacía un buen rato.

Se alejó unos pasos para tomar perspectiva, se llevó las manos a la cintura y empezó a desabrocharse el cinturón delante de mí con una lentitud ensayada y maquiavélica. El metal de la hebilla tintineó, con un ruido frío que estimuló mis sentidos. Frente a mi inquietud, los ojos de Álex albergaban algo oscuro e indefinible.

—Tienes un cuerpo precioso —afirmó con voz oscura mientras liberaba el cinturón—. Tan apetecible... Tan exquisito... Eres tan jodidamente hermosa. —Suspiró—. Resultas deliciosa, Loane. No sabes cuánto.

Tragué saliva.

Aferró el cinturón con firmeza y le hizo tomar la forma de ocho en la mano derecha. Mágicamente, la correa se convirtió en prolongación del brazo; era una con el cuerpo. Se me aceleró la respiración cuando adiviné sus intenciones, y me sorprendí temblando de emoción, con los sentidos sobreexcitados. Mis músculos se tensaban con cada paso que lo acercaba a mí, con su característico caminar paciente e hipnótico. Cuando se colocó de frente tenía el cuerpo envuelto en un juego de sombras que le daban un aspecto peligroso y excitante. Tomé aire. Me costaba respirar.

—Voy a darte quince azotes con él —anunció al tiempo que me rodeaba y se ponía detrás de mí.

Quince. La cifra comenzó a bailar en mi cabeza, entre cábalas numéricas. Las matemáticas siempre son exactas y justas. Mis músculos se tensaron como cuerdas de lira, preparados para recibir la música, y la carne se replegó cuando el primer golpe del cinturón hizo acto de presencia en mi espalda. Elegante. Exquisito.

—Te voy a borrar como te mereces esa mirada orgullosa que tan bien te sale —me dijo de pronto al oído. Una ligera sonrisa se insinuó en sus labios.

Me estremecí con el rotundo eco de aquella afirmación. Cerré los ojos.

El restallido del cinturón se adueñó de la estancia, atrapando el ligero rumor de mis sollozos hasta invadir por completo el lugar y sumergirme en la oscuridad que exhalaba su ensalmo. Alex parecía haber encontrado el centro del universo en mi espalda, y dibujaba en ella filigranas purpúreas que dejaban constancia de todo el rigor del cinturón. Los golpes se sucedían, acotando el fin y desanudando a marchas forzadas el deseo. El color carmesí de la piel cobró vida propia más allá del dolor; escribía una poesía de versos paganos que hablaban de un placer morboso, sublime y prohibido.

Con cada asalto de la correa, con cada uno de los golpes que entrenaban poco a poco mi dolor, la espalda se replegaba y se volvía a desplegar para acoger un nuevo embate. Cuando finalizó la tanda, se detuvo en seco. Con

semblante riguroso y una crueldad divertida en el rostro, como una fiera que juega con la comida antes de llevársela a la boca, se aproximó a mí.

—¿Estás bien? —me preguntó con sorna, acercando la boca a mi mejilla. Respiré hondo para intentar calmar el llanto—. ¡Respóndeme! —exclamó ante mi silencio.

—Sí, mi señor. —Un sollozo brotó de mis labios.

—Te aseguro que no olvidarás esta noche fácilmente. —El tono firme que empleó me provocó un escalofrío de placer.

Álex me escrutaba de un modo voraz, masticando y saboreando aún el sonido de esas últimas palabras. Se sentía mi dueño y señor. Lo era. Sabía que le pertenecía.

No recuerdo cuándo dejé de escuchar los latidos de mi corazón. A día de hoy, mis labios solo son capaces de evocar a Álex irrumpiendo en mi boca, buscando el sabor de mis besos en cada recoveco. Su lengua, violenta y ansiosa, me invadía con una pasión despiadada e inagotable, como él; salvaje.

Había bajado la cabeza para atrapar mi boca con un beso. Únicamente pude oír el rugido animal que brotó de su garganta. Gemí en sus labios cuando su enorme mano me azotó una nalga inesperadamente. Una avalancha de lágrimas que a duras penas logré contener me anegó los ojos,

velándome la mirada. De pronto se separó. Como siempre, él decidía el cómo y el cuándo.

Lo miré desde la distancia que había interpuesto, en silencio. Su porte destacaba su virilidad tanto como la subrayaba su pantalón. Sus ojos, delineados por una lujuria perversa, dejaban claro que no había más fe que la que se pusiera en él, ni más credo que el que enseñaban sus manos. Alexander Vanderbilt hacía de mi deseo por él mi religión.

Consagrado a la media luz y al secreto que habitaba en aquel lugar, Álex relamía por dentro una pasión que se había adueñado enteramente de él con la voracidad de una bestia, a la misma velocidad que la mía. Decidido a ultrajar mi inocencia, a profanar mi cuerpo únicamente por hacerlo, se acercó lentamente a mí con un abandono estudiado y metódico en los pasos, con esa infalibilidad pontificia innegable en quien sabe que los milagros solo suceden a través de sus manos. La obra y gracia de Dios se manifestaba por medio de un cuerpo que suplicaba ser salvado entre sus brazos.

Su mirada, con un deseo desbordado más allá de la línea que perfilaba el límite del iris, bajó hasta mi sexo. Mi placer delataba su presencia mediante un líquido untuoso e impertinente que se deslizaba por el interior de mis muslos. Me ruboricé al advertir que Álex se había percatado y una sonrisa felina le rebosaba en los labios. Alargó la mano izquierda hasta mi boca, entendí a la primera su exigencia y

le quité el guante, tirando con los dientes de los extremos, uno por uno. Con los dedos ya libres del cuero, me palpó la entrepierna nuevamente.

—Ha resultado ser una caja de sorpresas, señorita Darey —señaló mientras hurgaba—. Está empapada.

Su comentario me hizo sentir aún más vergüenza. El tono de su voz, profundo y sugerente, estaba cargado de una galante depravación. La insolencia que con tanta habilidad manejaba me hizo experimentar una excitación ambigua y extraña. Su sonrisa se volvió indescifrable, al igual que su mirada, herméticas como un sortilegio de magia negra. Imposibles de sondear. Llevó la mano a mi boca e introdujo los dedos en ella. Lamí minuciosamente las dos falanges hasta limpiarlas del licor genital destilado a base de placer, y probé el sabor sazonado de mi deseo hecho líquido, dejando el rastro de mi saliva por su piel.

Las habilidades de Alexander Vanderbilt para ponerme a cien no conocían límites.

Mientras le lamía lánguidamente los dedos, sus clarísimos ojos se deleitaban con la expresión de mi rostro, bajo el enfoque descriptivo y exacto que le proporcionaban los párpados a medio cerrar. Permanecimos así durante un minuto, quizá más. De repente, me aferró por la cintura y me giró. Al otro lado de la habitación, frente a mí, en una de las paredes de ladrillo y madera que simulaban estar carcomidas por los siglos, se acomodaba un enorme espejo

con reminiscencias victorianas. Clavé la mirada en él. De inmediato, su reflejo me devolvió la imagen del cuerpo de muñeca en que me había convertido y con el que Álex enredaba a capricho.

—Mírate —me dijo, cruzando su vista con la mía en esa zona neutral—. Ahora contemplarás tu placer reflejado en ese espejo. Ahora sabrás a quién pertenece tu cuerpo y a quién perteneces tú.

Sentí su aliento aterciopelado en el rostro. Sus palabras corroían mi ya desmedido deseo como si fueran de ácido sulfúrico. Respiré profundamente, y la excitación me enrojeció aún más las mejillas. Mi timidez asomaba con descaro escarlata siempre que su voz adquiría cierta densidad, cierta intimidad, que murmuraba ciertas palabras con cierto matiz, que exhalaba ciertos suspiros, ciertos secretos inconfesables, ciertos susurros que sonaban como un conjuro en mitad de la penumbra, o como el eco de una maldición. Alexander Vanderbilt poseía un vocabulario propio, una letanía que me hacía descender a los confines del infierno agarrada de su mano.

—No me mire así, señorita Darey —espetó a través del espejo—, o tendré que darle una buena bofetada.

Me mantuve en silencio ante su advertencia y, aunque sus palabras me cortaron la respiración en la garganta, no acaté la orden. Lo desobedecí intencionadamente, y él se prestó a



mi actitud. Dio unos pasos en círculo hasta situarse frente a mí.

—No me haga repetírselo —dijo de forma extremadamente correcta.

Su tranquilidad me inquietaba mucho más que sus órdenes; sin embargo, no cejé en mi intención y seguí mirándolo con expresión desafiante. Había un peligroso encanto en el desacato ocasional, quizá para endurecer el castigo. Para reafirmar su autoridad sobre mí. Con el único prólogo de una irritación contenida en la voz, me dio una bofetada que me encendió la mejilla. Fue un golpe seco, conciso, contundente, ensayado. Sujeté el aliento y estoicamente mantuve la cabeza alta, erguida hacia él. A mis ojos asomaron a un mismo tiempo las lágrimas y un halo de rebeldía. Un segundo bofetón cayó en mi otra mejilla.

—Siempre tan testaruda, obstinada y pertinaz. —Sonrió alentado. Después se acercó despacio a mi oído—. Me voy a encargar personalmente de bajarle esos humos de fierecilla —dijo entre dientes—. Ya verá como antes de que termine la noche ha aprendido a no desobedecer.

El pulso de aquellas últimas palabras se propagó rápidamente por mi flujo sanguíneo, pero ni siquiera me permití el alivio de las lágrimas. Con una acerada determinación en el rostro, Álex volvió a girarse y se puso detrás de mí. Mientras una mano me aferraba la cintura, la otra emprendía un camino sigiloso hacia el delta de mi

entrepierna. El paso de sus manos por mi cuerpo viciaba cada poro de mi piel, despertando una ansiedad morbosa que me arañaba las vísceras. Sus caricias encerraban un placer contenido en los dedos, que descubrí cuando alcanzaron mi sexo.

—Tiene los muslos empapados, señorita —observó mordaz y lleno de satisfacción.

Era innegable que mi placer se hacía tangible a través de aquellos surcos que veteaban mi piel y nutrían ese estado de suficiencia que sufría Álex.

Sus dedos, increíblemente hábiles, acariciaban una y otra vez los pliegues de mi clitoris. La creciente excitación que experimentaba extirpó de un plumazo una timidez que cedió el paso a un descaro obscuro e indecoroso. Cada gemido arrastraba un retazo del poco pudor que me quedaba. Olvidé los últimos reparos cuando mis piernas se separaron sin mi consentimiento previo y mis caderas comenzaron a moverse al ritmo que marcaban sus dedos, buscando el roce. Mi cuerpo se estremecía bajo su tacto.

—¡Mírate en el espejo! —me ordenó—. Y contempla el placer que te concedo.

Mis pupilas se dilataron de modo teatral ante su exclamación, abriéndose paso hacia el iris prodigiosamente. Los ojos, suspendidos en placer, se encontraron con los de Álex a través de la luna, en el punto justo en que me convertía en una marioneta de carne y hueso entre sus manos.

El espejo reflejaba un cuerpo corrompido ya por el deseo y las ansias, con los rasgos desencajados. Mi figura se retorció en una espiral de placer inhumano. Mis sugerentes movimientos y aquella incipiente adicción a sus manos pervertían más aún a Álex. Después se situó de nuevo frente a mí y sustituyó los dedos por la boca. En cuclillas, me asió un muslo y se lo colocó sobre el hombro, mientras me agarraba las nalgas y me apretaba las caderas hasta encajar en su rostro. Su lengua, sigilosa pero intrépida, empezó a deslizarse por el terreno sagrado que se descubría entre mis piernas. Con su boca instalada allí y atada de manos, estaba a merced de sus fauces.

Sentí un escalofrío viajar por la línea de mi médula cuando Álex puso la lengua en punta y se adentró en mi interior para buscar cualquier resquicio de placer que pudiera quedar en mis entrañas. El tesón de su boca me embestía con asaltos cada vez más intensos, que apenas me dejaban tiempo para reaccionar y hacían que mis caderas se retorcieran de modo salvaje y la espalda se me tensara como la cuerda de un arco. Era imposible canalizar aquel flujo de placer que me invadía sin perder la consciencia, así que me rendí a mi propio deseo, a ese que Álex manejaba a la perfección y que escapaba totalmente a mi control.

El vaivén de mi respiración se volvió frenético a medida que aumentaba la intensidad. Tan cruel y a la vez tan generoso; tan salvaje y al mismo tiempo tan paciente... Lo

mordisqueaba, lo succionaba, lo lamía, lo besaba una y otra vez como si tuviera más de una lengua en la boca, mientras la mía solo jadeaba su nombre.

Cuando mi cuerpo comenzó a convulsionarse, Álex aferró mi diminuta cintura con sus enormes manos para adaptar el movimiento de mis caderas a la maestría de su boca. Apenas podía sostenerme. Asida por las cadenas, mi respiración adelantaba el final, ese punto sin retorno que recorría cada fibra nerviosa. Un espasmo, preámbulo del orgasmo que empezaba a manifestarse, me cruzó el cuerpo como una descarga eléctrica. Al límite de lo prohibido, en la frontera donde mi figura se retorció de modo casi agónico buscando su lengua, donde las puertas del cielo se dejaban acariciar con las yemas de los dedos, donde su boca se convertía en una diosa profana a la que adorar, se detuvo.

—Aún no —dijo escuetamente.

Mi cuerpo temblaba, suspenso, extasiado a la espera de aquello que todavía no se me permitía.

—Por favor..., mi señor —le supliqué con un hilo de voz.

—Aún te falta mucha disciplina, Loane. Que no se te olvide que yo controlo tu placer; yo decido cuándo puedes correrte y cuándo no —afirmó con una sonrisa siniestra.

Mientras se disipaban los espasmos que habían comenzado a sacudir mis entrañas, entendí que algo inexplicable y sagrado ocurría entre nosotros en el interior

de aquella habitación, como por arte de magia, pero sin abracadabras. Fantasías a quemarropa hechas realidad.

Rápidamente, me destrabó las muñecas de los grilletes.

—Arrodíllate —me ordenó— y baja la vista al suelo.

Acaté obediente su petición y bajé la mirada, consciente de que no me estaba humillando, sino que le agradecía que me dejara estar a sus pies. Pasados unos instantes, se puso detrás de mí y, despacio, me tapó los ojos con una tupida cinta de seda negra. A continuación me arqueó los brazos, los colocó en ángulo recto contra la espalda y me aferró con cada mano el antebrazo contrario, en muestra de dominación absoluta.

—Mantente así —dijo.

—Bien, mi señor.

Oí la firmeza de sus pisadas, que se situaban delante de mí, y como se bajaba ligeramente los pantalones. Anegados en un silencio sepulcral, tomó mi rostro entre las manos, lo levantó y llevó su miembro enhiesto hasta mi boca para introducirlo en ella sin prisa. Mi obediencia lo excitaba, y aquello hizo que me mostrara dócil y afanosa.

Noté la turgencia y suavidad de su erección, primero en los labios y después en el paladar. Sentía como le ardía el pulso bajo la finísima piel a medida que me invadía. Alargó una mano hasta mi nuca y entretejió los dedos en la melena. Con ese control de mi cabeza comenzó a apretarme contra su

pelvis, forzando la felación hasta que me asaltaron las arcadas.

—Así, Loane, así... Así, mi pequeña.

A través de los fuertes gemidos que acompañaban mi nombre descubrí el deleite que le provocaba el roce de mi boca. Su cadera danzaba cimbreada, ajustándose a la polla con una oscilación coordinada y armoniosa, en una conjugación sublime. Arte en movimiento. Me excitaba oírlo disfrutar de aquella manera tan salvaje. El timbre inflamado y el eco de sus jadeos despertaron atrevidamente mi lujuria. De pronto me vi arrastrada por algo más fuerte que yo, un instinto animal que me impulsaba a darle placer, a entregarme más.

Tras unos minutos en perfecta comunicación no verbal, la respiración de Álex comenzó a acelerarse vertiginosamente. Gimió con fuerza durante un segundo en que pareció detenerse el tiempo y, tras la escala musical que anunciaba su orgasmo, eyaculó en el interior de mi boca, repitiendo mi nombre una y otra vez entre susurros y jadeos.

—Loane... Dios, mi Loane... —ronroneaba. El susurro de mi nombre me envolvió como las palabras mágicas de un hechizo—. ¿Qué me estás haciendo?

Tiró de la venda y la dejó caer. Inconscientemente, alcé la vista. El azul de su mirada brilló con fuerza cuando se encontró con la mía, y en ese instante observé los rasgos

desdibujados por el placer y esa indecencia en el fondo de sus ojos que tanto me excitaba.

—Buena chica —dijo mientras se inclinaba y me besaba en la boca.

Sin decir nada más, se acercó al armario y, tras coger algo que no logré ver, volvió a mí. Levanté los ojos hacia él, con una expectación desmedida. Se acuclilló delante de mí para quedar a mi altura. Seguí con la mirada la línea imaginaria que dibujó su movimiento al bajar.

—Mira: estas pinzas son mis preferidas —dijo, enfatizando la frase con un mohín divertido—. La presión se ajusta mediante unas tuercas. Estas de aquí. —Las señaló deliberadamente una por una—. Que, por supuesto, controlo yo. Estoy convencido de que te acabará gustando.

Alargó el brazo y me las colocó en los pezones. Estaban unidas por una cadena metálica plateada, que centelleaba a la luz como un collar de piedras preciosas. Después, con el índice, fue girando lentamente los tornillos. Mi respiración se volvió temblorosa.

—¿Duele?

—Un poco, mi señor.

—¿Solo un poco? —preguntó, recreándose en mi dolor. Una sonrisa aviesa iluminó su rostro anguloso.

Apreté los labios e hice un gesto afirmativo con la cabeza.

Álex tiró del centro de la cadena, y mi torso siguió el movimiento.

—Y ahora, ¿duele?

—Sí, mi señor. —Fruncí el ceño.

—Pero todavía aguantas más, ¿verdad? —preguntó con refinada crueldad. Asentí sin decir nada.

—Respóndeme con palabras, Loane. Me gusta oír tu voz. Todavía aguantas más, ¿verdad?

—Sí, mi señor —dije con un respeto casi reverencial.

—Eso está mejor.

Soltó la cadena y me besó suavemente. El dolor desapareció entre sus labios, obedeciendo a esa sensación que me desgarraba las entrañas.

—Eres mía, Loane, ¿lo sabes? —Afirmé con la cabeza sin dejar de mirarlo—. Personal e intransferible. Yo te crearé como sumisa; entrenaré tu dolor y te ayudaré a entenderlo. Serás mi mejor obra. Que no se te olvide nunca.

No se me olvidaría nunca. Desde ese momento en adelante, yo pertenecería por completo a Alexander Vanderbilt. Me estaba creando y, por tanto, era suya por derecho.

Me quitó las pinzas con cuidado, me ayudó a levantarme y me dirigió a un poste enfundado en cuero que había en mitad de la estancia. Al incorporarme y juntar las piernas noté que estaba mojada. Me ruboricé de manera instantánea. Alexander Vanderbilt poseía las claves perfectas para afinarme entre sus manos como si fuera un delicado instrumento, con una capacidad sobrenatural que no dejaba



de asombrarme. Lejos de disminuir, mi excitación crecía a medida que me acercaba a la columna.

—Sube los brazos por encima de la cabeza.

Sin oponerme, hice lo que me pidió. Me aferró las manos con unas muñequeras de cuero negro que colgaban de la viga. Mi espalda quedó pegada al enorme madero, y los brazos, tirantes hacia arriba. Me encontraba totalmente expuesta, ataviada únicamente con los pendientes y una sonrisa tímida que afloraba a mis labios. Me ruboricé al verme así; sin embargo, mi entrepierna no dejaba de humedecerse. Él captó mi pensamiento y sonrió.

Cogió un antifaz de seda roja y me lo puso. Instintivamente se me aguzaron los sentidos, intentando detectar cualquier mínimo movimiento, olor o ruido.

—Abre la boca —me ordenó Álex. La abrí—. Más.

La abrí todavía más, y Álex introdujo en ella una bola de tela. Sentí su suavidad extenderse por el paladar.

—¿Te gusta el sabor de tus bragas? —dijo solazado cuando advirtió mi cara de sorpresa.

Intenté responderle, pero de mi boca solo salían ruidos ininteligibles. Entonces simplemente asentí.

Algo suave comenzó a recorrerme el abdomen y me rodeó varias veces el ombligo. Quizá fuera una pluma. Me estremecí ante aquel roce que no reconocía y encogí los abdominales. Casi inmediatamente después noté las manos de Álex en los muslos, que me abrían las piernas de un tirón.

—Quiero que las tengas siempre abiertas —dijo—. A menos que yo te diga lo contrario, nunca debes cerrarlas en mi presencia. —Su voz tajante y autoritaria me enloquecía.

De pronto noté el roce de algo frío y duro en el clitoris. Di un respingo.

—Quieta... Shhh... Quieta, fierecilla —me susurró en tono imperativo—. Si te mueves, te prometo que no será placentero.

Sus palabras vibraron por todo mi cuerpo, haciéndome estremecer. Aguanté la respiración e intenté no moverme. Sin previo aviso, me golpeó el sexo con una fusta. Solté un largo sollozo que chocó contra las braguitas que me amordazaban. Me temblaban las rodillas. Volvió a alzar la fusta y la descargó tres veces seguidas con más fuerza aún. Intenté cerrar las piernas para que no siguiera golpeándome, pero introdujo con rapidez una suya entre ellas para obligarme a mantenerlas abiertas. Me agarró el rostro y lo aproximó al suyo.

—Si vuelve a intentar cerrar las piernas, se acordará de esto toda la semana, señorita Darey —amenazó, apretando la boca contra mi oído para verter las palabras en él. Su aliento me quemaba la piel.

Un nuevo golpe cayó en mi clitoris en medio del silencio, mientras los acordes de mi pulso se aceleraban. Mi interior ardía, descontrolado. Asentí. Lo había entendido.

Álex arrastró el aliento y el roce de sus labios por la curva final de mi cuello. Bajó la boca hasta mis pezones, sumido en un ritual de suspiros y susurros. Los lamía delicadamente, haciendo círculos con la lengua en torno a ellos, hasta que se puso serio y los mordió con fuerza, como si quisiera arrancarlos. Gemí como pude y meneé la cabeza de un lado a otro. Sentía que me precipitaba al vacío. Un rato después se irguió de nuevo frente a mí y me quitó el antifaz. Parpadeé un par de veces seguidas para enfocar su imagen. Sonreía. Después, me sacó las braguitas de la boca y me besó dulcemente en los labios, mordisqueando el inferior.

—Muy bien, mi niña —expresó mientras me liberaba las muñecas—. Muy bien. Buena chica.

Me cogió las manos y las masajeó suavemente para restablecer la circulación, mientras yo intentaba encontrar consuelo en su proximidad y el sonido de su voz. Cerré los ojos y sentí el escozor de las lágrimas. Un torbellino de emociones amenazaba con desbordarme.

—Quiero que lo digas —me ordenó, hablándome al ras de la boca—. Quiero oírlo, Loane —arguyó bajando el tono y tirándome del pelo hacia atrás.

La intensidad de su voz me asustó. Algo se oscureció de repente en sus ojos, haciendo que su mirada se volviera desafiante, en una rima provocadora y turbulenta que me enredaba hasta hacerme perder la cabeza.

—Desde hoy, mi señor... —inhalé el poco aire que me permitía la incómoda posición—, seré la esclava de su piel.

Sin soltarme la cabeza, la irguió y me enderezó el cuello con un movimiento suave, mostrando quizá cierta condescendencia. Sin desclavar sus ojos de los míos, me secó las lágrimas con los dedos y me besó lentamente en los labios, como si de una vez por todas quisiera aprenderse la forma de mi boca.

—Te deseo, Loane... —siseó—. No sabes cómo te deseo... Te deseo, te deseo, te deseo. Dios, te deseo —repetía sin cesar.

Acaricié con excitación el relieve de aquellas palabras.

—Y yo a usted —musité aturdida.

—Te follaría aquí mismo, a cuatro patas contra el suelo, hasta el fondo, hasta que invocaras mi nombre, hasta que me suplicaras que acabara con tu tormento, hasta hacerte retorcer de dolor... y de placer.

El desmedido deseo le tensaba el cuerpo y lo hacía hablar con vehemencia, sumiéndolo en un estado primario en el que solo importaba satisfacer los instintos. La incandescencia de sus palabras se entretejía en mi conciencia, invadiendo con repentinos sonrojos mis mejillas. Sin atender a cortesías, me arrastró hasta la cama. Estaba segura de que no iba a permitir que la virtud mancillara el pecado entre sus manos.

—¿Qué me estás haciendo, Loane? —preguntaba mientras me llevaba atropelladamente hacia el lecho—. ¡Maldita sea!

¿Qué me estás haciendo?

Me lanzó al colchón y, con un movimiento rápido, se situó a mi lado, se sacó unas esposas del bolsillo trasero del pantalón y me aferró las muñecas al cabecero de forja. Me sentía como una víctima ofrecida sin defensa al verdugo. Atada y expuesta, era una invitación abierta para él. Se puso de pie y se desnudó delante de mí. Tenía un cuerpo esbelto y ostentoso. Perfecto. Gloriosamente helénico. De nuevo, sus manos, que parecían haberse multiplicado en cuestión de segundos, comenzaron a trepar presurosas por mi cuerpo, desvelando la ciencia de mi placer y desenterrando los tesoros escondidos bajo una piel que clamaba por sus caricias. La carne se inflamaba a su contacto.

—Así es como he querido tenerte desde el día en que te vi —confesó excitado.

Descubrí en el enigmático color cristalino de sus ojos la satisfacción que sentía al verme así, sometida. Su rostro, como el de un felino salvaje, como el de un dios ofendido, entonaba unos ojos que desprendían chispas de lujuria. Me revolví en la cama al advertir sus intenciones, y su sonrisa se intensificó.

Sin más, se abrió paso entre mis muslos, seguro, confiado, con esa vanidad sobresaliente que lo caracterizaba. Único y fascinante como era. De forma magistral, con el virtuosismo que solo él poseía, acopló la pelvis entre mis caderas en una perfecta conjunción de volúmenes calculada al milímetro.

Mágica. Después, su imponente cuerpo cayó sobre mí, apretándome contra el colchón, y el perfume de su piel se extendió por toda la estancia como si fuera aceite.

Su pose saboreaba el instante brujo de la consagración de las pieles. El aliento contenido, la boca seca, el corazón desbocado, el temblor del cuerpo...

Como un hacha contra la madera, se descargó en mí. Fue una embestida seca, que se clavaba en la carne con firmeza.

—Y así es como quiero estar... Dentro de ti, muy dentro de ti. Que me envuelvas con tu cuerpo. Así me siento único..., invencible. —Volvió a hundirse con desvergüenza hasta la profundidad de mis entrañas.

Un sonido arañado de mi garganta desgarró el silencio en la espiral de dolor y placer que se extendía a través de mí, y recorrió el lugar resonando en el aire como un eco. Álex me miró muy serio, con los ojos enormes.

—¿Eres mía, Loane? —me preguntó mientras volvía a ensartarme con fuerza.

—Sí, mi señor, lo soy. —Las palabras nacían mecánicamente de mis labios.

—Más alto. —Acompañó la orden de una nueva embestida que me rompió por dentro—. ¿Eres mía?

—Sí..., lo soy, mi señor —respondí con voz entrecortada.

—Sí, lo eres... Solo mía... Solo mía... Personal e intransferible —susurraba al borde de la inconsciencia.

Y era suya. Totalmente suya. En cuerpo y alma, mientras él así lo quisiera. Personal e intransferible. Lo sabía por instinto.

Me mordí las lágrimas mientras el baile de cuerpos emprendía un ritmo frenético, irreal. El ensamblaje de nuestras pelvis era perfecto, como un mecanismo de precisión. Estrechada contra él, sintiendo su contacto, su olor, su aliento en el rostro, lo respiraba. El tono de su voz pervertía mis oídos cuando me susurraba lo que iba a hacer conmigo, mientras mi cuerpo lo recibía como el dios que era.

Álex se hundía una y otra vez en mí con voluntad férrea, asegurándose de que comprendiera cuál era el precio del pecado y que mi cuerpo le pertenecía únicamente a él.

—¡Mírame, Loane! —me ordenó arrastrando la voz.

Tras su fuerte embestida, un agudo dolor me traspasó el cuerpo. Grité, pero Álex no se detuvo. Me penetraba una y otra vez sin respiro, haciéndome profundamente suya. Siguió meciéndose incansable dentro de mí, acrecentando la intensidad a cada envite. Sin embargo, a pesar del dolor, estaba al borde del orgasmo.

—Aún no puedes correrte —me dijo serio, con una mirada salvaje en los ojos.

—Pero, mi señor... Por favor...

Ahogué un gemido con su nombre y apreté los labios con fuerza, intentando en vano contener las convulsiones que

comenzaban a sacudirme. Era imposible notándolo tan dentro, sin parar, con el torso y el rostro relucientes de sudor. Extasiada como estaba; detenida entre la necesidad y la agonía.

—Por favor, mi señor. Deme permiso. Deje que me corra.

—¡No! ¡Aguantarás hasta que yo te diga!

A duras penas conseguía seguir su ritmo. Respiraba frenéticamente, más rápido, más fuerte, adherido a mí milímetro por milímetro. De pronto me aplastó aún más con su peso, sin dejarme mover.

—Por favor, mi señor —sollocé en el borde de sus labios—. Por favor...

—Suplícalo —dijo pegado a mi boca.

No respondí. Únicamente luchaba por contenerme al borde del éxtasis.

—Suplícalo, Loane —repitió. Su cuerpo se movía con asombrosa agilidad sobre el mío—. ¡Venga!

—Por favor, mi señor..., se lo suplico... Deje que me corra..., por favor...

—Así no me vale. Puedes hacerlo mejor. Seguro que puedes hacerlo mejor —afirmó mientras sus caderas continuaban hundiéndose en mí.

—No aguanto más... Por favor, se lo suplico. Por favor... Necesito correrme —dije casi llorando, sofocando a duras penas los gemidos.

—¿De quién eres?



—Suya.

—¿De quién?

—Suya... Suya, mi señor...

—¿Qué eres?

Álex seguía entrando y saliendo de mi cuerpo como si fuera un lugar de culto. No podía moverme, y apenas podía hablar. La voz me salía atropelladamente, ahogada por los espasmos y el placer. Nada era tan fuerte e íntimo como sus instintos.

—¿Qué eres? —volvió a decir, vencándose profundamente en mis entrañas.

—Su perra, mi señor —respondí, compartiendo aliento.

—¿Qué más?

—Su puta... Su puta, mi señor.

—¿Qué más?

—Su esclava, mi señor.

—¿Solo?

Las reiteradas preguntas se mezclaban con los sonidos jadeantes y húmedos que exhalaban nuestras bocas. Aquel interrogatorio era una tortura que estaba volviendo la situación insostenible.

—Lo que usted quiera, pero, por favor, deje que me corra... Por favor, por favor.

Aún no estaba conforme; ralentizó las embestidas, que pasaron a ser suaves y contenidas. Advertí en su mirada la tiranía de quien tiene potestad para conceder un favor. Era

indudable que aquello lo hacía sentirse poderoso, único. Lo miré de nuevo a los ojos y disfruté de aquella expresión de triunfo que atravesaba su rostro.

—¿De quién es tu cuerpo?

—Suyo, mi señor.

—¿De quién son tus orgasmos, Loane?

—Suyos... —Solté en un susurro al borde del colapso.

—¡No te corras sin mi permiso o te castigaré por ello!

—Ya..., por favor..., ya...

—¿Dónde vas a sentirlo?

—En el coño.

—¡¿Dónde?! ¡¿Dónde?! —redundó enfadado, robándome la respiración.

—En su coño. En su coño, mi señor...

—Qué no se te olvide nunca que es mío. Toda tú eres mía.

Después de ese último recordatorio se clavó en mí con una violenta embestida. Todo aquel protocolo se convertía en una prueba de resistencia, un choque de voluntades para ver quién era más fuerte frente al otro, para ver quién se entregaba más, mientras los cuerpos vibraban al unísono dentro de un tiempo que permanecía parado.

—Ahora puedes correrte —dijo con una leve sonrisa, sin apartar sus ojos de los míos. La intensidad de su mirada me estremeció.

Lo miré con una gratitud animal.

Un placer devastador se abrió paso por mi cuerpo. Cientos de impulsos eléctricos sacudieron cada fibra nerviosa de mi ser, obligando a la musculación a dilatarse al máximo, estirando mi torso cuanto le permitían las esposas y el peso de Álex, y trazando en mi cuerpo movimientos imposibles que me llevaron a un punto sin retorno. Instantes después, noté como el cuerpo de Álex se tensaba dentro de mis entrañas, como poco a poco cedía su presión, se convulsionaba y se corría casi al mismo tiempo que yo. Jadeé intensamente mientras él bramaba encima de mí como un animal herido.

Su indescifrable mirada me contemplaba a escasa distancia.

—¿Qué debes decir ahora? —musitó sin aliento, pero tomando de nuevo el control.

—Gracias, mi señor.

—¡Más alto!

—¡Gracias, mi señor! —dije elevando el tono.

Nos zambullimos en el corazón de una noche intemporal, infinita e inagotable electrizados por el deseo, abandonados en los brazos de una eternidad que nos mecía al unísono entre el dolor y el placer. El universo entero se encerró en aquel lugar con nosotros, y el cosmos nos perteneció mientras la luz agonizante acariciaba el contorno de nuestros cuerpos entrelazados.

Lo siguiente que recuerdo es verme tendida en la cama. Las esposas habían desaparecido de las muñecas, y el que había sido mi implacable verdugo me abrazaba tiernamente bajo las sábanas de seda, cubriéndome la piel de besos y caricias, concedidos a modo de recompensa paliativa, que me devolvían la vida entre sus manos.

Acopló su frente a la mía y su nariz me arrulló cariñosamente la mejilla. La cálida mirada con que recibió mi despertar habría podido deshelar el Polo Norte. Por primera vez vi verdadera ternura en sus ojos. Respiré profundamente. Aún me temblaba el cuerpo. Estaba conmocionada de una manera especial, con los sentidos hechizados.

—No vuelvas a pedirme esto. —Su tono era susurrante, tierno. Me enjugó las lágrimas de los ojos—. Tú, no.

—Todo está bien, Álex —murmuré acariciándole el rostro—. Todo está bien. Muy bien. —Lancé un suspiro al aire.

Le cogí los dedos, se los besé casi con veneración y después los lamí suavemente. Quería paladear su piel, ver a qué sabía Alexander Vanderbilt.

Álex emprendió de nuevo un camino de besos infinitos sobre mi piel. Sus labios apaciguaban el dolor de mis heridas con retazos de ternura. Mi mano, sobre su cabeza, seguía la vereda marcada por las caricias, que descendían poco a poco hasta el terreno sagrado. Su lengua se volvía a

mover con grandiosa desenvoltura entre los rebeldes pliegues de mi intimidad. Sin consciencia de ello, mis sentidos se ponían de nuevo en alerta y el deseo reclamaba atención. Cerré los ojos, abandonándome a la sensualidad del momento. Tras largos minutos de lenitivas caricias, una oleada de agudo placer me provocaba un nuevo orgasmo que sacudía las fibras más íntimas de mis entrañas, atravesándome los músculos y retorciéndome el cuerpo como una serpentina. Después, Álex acercó su boca hasta la mía y las fundió en una sola con un beso tan suave como las alas de una mariposa.

—¿Cómo estás? —me preguntó enternecido.

—Cansada —respondí.

Dejé caer los párpados. Volvió a besarme. Me gustaba sentir el calor de su cuerpo a mi lado, la seguridad que me daba su presencia.

—Duerme, mi niña, mi *petit tresor* —dijo finalmente—. Yo estaré aquí para velar tus sueños.

En una ráfaga de afecto, me abrazó con fuerza y, tiernamente, entrelazó los dedos de nuestras manos. La suavidad de sus labios me rozó la frente, la nariz, las mejillas... Me cubrió los párpados con pequeños besos casi imperceptibles. Vencida por la fatiga, lentamente me fui adormeciendo envuelta en sus brazos protectores, pensando que, desde aquella misma noche, nuestras almas

permanecerían unidas por el vínculo invisible que acabábamos de crear.

## CAPÍTULO XVII

Bajo la escrupulosa y libidinosa mirada de Madame Rosalie, salí de La Crisálida de la mano de Álex, con una tumultuosa maraña de extrañas sensaciones revoloteando por la cabeza y por mi cuerpo. Todas las emociones que había experimentado eran nuevas para mí. Me sentía confundida, arrastrada por una diáspora de pensamientos inconclusos, aunque plena y dichosa. Como me sucedía desde que decidí adentrar mi curiosidad en aquel asunto y cotejar las sensaciones que producía en mí, no encontraba las palabras adecuadas para reflejar lo que deambulaba de un lado a otro de mi mente. Siempre resulta difícil e inexacto describir en términos lingüísticos cualquier sensación; acotar mediante conceptos las emociones, impresiones, intuiciones y miedos es un trabajo arduo. En todos los idiomas faltan adjetivos, sustantivos y tiempos verbales para definir con precisión los estremecimientos que atraviesan el cuerpo, las punzadas de adrenalina en el corazón, los escalofríos que erizan la piel, los nervios que atenazan el estómago, el calor de unas mejillas ruborizadas, las sacudidas de los músculos o, como diría Ramón y Cajal, esa cultura incomprensible de

palpitaciones cardiacas que se presentan en según qué momentos. Sin embargo, ya me era indiferente la catalogación de ese enjambre de sensaciones nacidas de las sinuosidades del sadomasoquismo. Cuando salí había dejado de preguntarme muchas cosas, y de suponer otras muchas. En definitiva, había dejado de ejercer la moral para ponerme a merced de la piel y el instinto. Pero si de algo podía estar segura era de que, aun dolorida, me encontraba bien, mejor que bien.

Emprendimos el camino de vuelta sumidos en un silencio mágico, casi de ensueño, preñado de miradas fugaces y gestos cómplices. A diferencia del que se había instalado cuando nos dirigíamos a la mansión La Crisálida, este no pesaba. Se trataba de un silencio relajado al que permitimos poseernos, al que dimos acomodo deliberado; un silencio interior y profundo. Esa clase de silencio que únicamente en su inmensidad permite escuchar la voz de los pensamientos y evocar con claridad los recuerdos.

Cada uno revivió, en esos minutos, los íntimos acontecimientos que habíamos protagonizado aquella noche fascinante. Yo sonreía durante todo el trayecto. En varias ocasiones descubrí a Álex mirándome, pero en cuanto me daba cuenta de que había levantado la vista, la desviaba ruborizada. El mutismo se vio quebrantado únicamente en alguna ocasión en que las heridas ya frías y la piel sensible



me obligaban a forzar un gemido de malestar cuando intentaba cambiar de postura.

—Te curaré esas heridas al llegar a casa —señaló Álex al percibir mis gestos.

—Estoy bien —le tranquilicé—. No te preocupes.

—Sí, sí me preocupo. Me encanta cuidarte... Unos paños de agua caliente calmarán el dolor —dijo con voz un poco más imperativa, mientras me subía el vestido unos centímetros y me acariciaba el muslo.

—Como quieras —asentí, sonriendo tímidamente.

Después, parados en un semáforo en rojo, tomó mi mano izquierda entre las suyas, se la acercó a los labios y me besó las yemas de los dedos una por una. Lo adoraba. Definitivamente, lo adoraba.

Tal y como había prometido, al llegar al apartotel, Álex curó y mimó las heridas que se trazaban en mi piel como las líneas perfectas de un cuadro de Botticelli. Me reconfortó cuando, a cada respingo que daba por el escozor que provocaba el paño húmedo, respondía con una retahíla de besos que calmaban como una panacea milagrosa el dolor que se extendía a lo largo de la filigrana. Me sentía en el paraíso cuando estaba a su lado y era el centro de sus atenciones y sus cuidados; no podía negarlo. Sin embargo, algo extraño sucedió después.

Recuerdo vagamente la pesadilla de que fui víctima durante el trozo de noche que aún quedaba. No consigo

atrapar del todo las huidizas imágenes que me pasan por la cabeza; mi caprichosa memoria se limita a evocar los brutales golpes que aplicaban a mi cuerpo infantil con un cinturón de cuero negro. Recuerdo, entre espeluznantes sombras, verme en posición fetal en la esquina de una habitación de paredes pintadas de un aséptico gris claro, con los ojos atestados de miedo, y la sensación de pánico que me invadía mientras un hombre joven, alto, corpulento y muy enfadado me acribillaba a correazos sin apelar a ninguna misericordia.

La angustia que me causó ese sueño, y los incesantes movimientos que hacía para esquivar los latigazos, me hicieron despertar de golpe. Inhalé vertiginosamente. Sentía una terrible opresión en el pecho. Sin otra cosa que no fuera el miedo instalada en el cuerpo, rompí a llorar, convirtiendo el sonido en un eco desgarrador en mitad de la oscuridad. Inmersa en el silencio, apreté fuertemente la almohada y hundí el rostro en ella para amortiguar el llanto. No quería despertar a Álex. Pero como una mano angelical que acaricia atentamente el alma, sentí que sus brazos me estrechaban con dulzura contra su pecho. No dijo nada. Sabía qué ocurría; sin embargo, debía dejar que las lágrimas me liberasen el alma.

El tiempo se hizo inapreciable, difuminado por los sollozos. No recuerdo cuánto duró mi llanto, pero sé que fue prolongado. Cuando por fin conseguí calmarme y me abandonaron los demonios nocturnos, volví a conciliar el

sueño. Me di cuenta de que me resultaba más fácil envuelta en el aroma de Álex y el calor de sus brazos, mientras él escuchaba mi respiración y la suya sonaba cerca de mi oído. Fuera, la voz de Madrid se apagaba lentamente.

Cuando despuntó el alba, sus brazos seguían velando mi sueño, y parte de su rostro permanecía enterrado entre las hebras de mi cabello. Un aroma cítrico, quizá de mandarina, me despertó con un cosquilleo en la nariz. Inhalé profundamente. Cuando era pequeña me preguntaba qué tendría el cielo por dentro, mientras observaba las nubes con forma de algodón de azúcar que regalaban las primaveras en el parque del Retiro. Aquel amanecer descubrí qué era: el cielo, en su interior, guardaba a Alexander Vanderbilt. Guardaba sus abrazos, su calor, su amparo, su protección, su ternura. No alcanzaba a recordar una sensación de bienestar como la que experimenté en aquella fascinante y callada noche. Álex no había acertado a encontrar la manera de caer en manos del dios del sueño, pero a pesar de la vigía, no se levantó; se quedó a mi lado todo el tiempo. Quería que, cuando yo despertara, sintiera su abrazo protector, y así se mantuvo hasta que abrí los ojos; quieto, inmenso, guardián. De nuevo, conmigo tumbada boca abajo en la cama, me atendió las heridas con delicadeza, sin prisa en las manos, bañando el acto de devoción y esmero.

—¿Tus padres te azotaron alguna vez? —preguntó para mi sorpresa.

—No —contesté rotunda—. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Tienes pequeñas cicatrices en la espalda —afirmó, pasando cuidadosamente los dedos por ellas—. Marcas rosas que el tiempo no ha podido desvanecer del todo. Son las señales típicas que dejan los látigos, las varas o, quizá, los cinturones. Por eso me pregunto si te habían azotado alguna vez. No es extraño que los progenitores consideren que los correctivos físicos forman parte de la educación.

—Lo sé —ratifiqué mientras me incorporaba—. Solo que en mi caso es imposible. —Lo miré con ojos francos—. No tengo padres. Me críe en un orfanato y a los dieciséis años me emancipé.

En el rostro de Álex afloró una sorpresa contenida. Desde luego, no conocía aquel dato sobre mí. Sé quedó pensativo unos instantes.

—¿Un orfanato? —dijo acariciándose la barbilla—. De religiosas, me imagino.

—Sí, de monjas teresianas —corroboré.

—¿Os disciplinaban con sanciones físicas?

—No —negué con sinceridad—. Las monjas que nos tutelaban no nos pegaban nunca por las faltas. Si acaso, nos ponían contra la pared para que reflexionáramos sobre el error cometido, pero nada más.

—¿Estás segura?

—Sí —aseveré—. Me llevaron al orfanato con apenas un año, y no recuerdo que me hayan pegado de niña, menos aún con una vara o un cinturón. Me acordaría de ello.

—No necesariamente —rebatí—. Hay determinados impactos emocionales que la mente relega al olvido si suponen una amenaza real o potencial. Con todo, surgen de forma involuntaria como efecto rebote, y acarrear consecuencias en la vida emocional y en la conducta. El subconsciente es muy sabio en su traición.

Supe a qué conclusión quería llegar Álex con su argumento. Un escalofrío me sacudió la nuca cuando fui consciente de lo que podría significar; pero, a mi juicio, no había tenido un tipo de infancia en que se diera la posibilidad de desenterrar algún fantasma.

—Álex... —No sabía muy bien por dónde empezar—. ¿Intentas decirme que mi alma sumisa se concibió entre castigos y golpes durante mi niñez?

—No siempre es así; de hecho, no tiene nada que ver, pero en tu caso es posible. Tu subconsciente interpreta que eso es lo normal y así lo plasma en tus relaciones.

Me atemorizaba dar pábulo a aquella hipótesis. En un primer momento me sentí poco predispuesta a creerla, aunque la suposición comenzaba a caer por su propio peso. De forma inesperada, la imagen opaca de un hombre se abrió paso por mi cabeza y atravesó fugazmente mis pensamientos.

Lo reconocí enseguida: era el hombre que había aparecido en mi pesadilla. Su sola invocación me angustió.

—Anoche... tuve un sueño..., una pesadilla, más bien...

Súbitamente me callé. Álex me dedicó una mirada comedida, esmerada. Supe que tenía toda su atención en esos momentos.

—Continúa, por favor —me pidió.

Sus ojos me ofrecieron una confianza que me ayudó a reanudar mi narración. Él ya sabía lo que iba a decir.

—¿Quién aparecía en esa pesadilla, Loane? —me socorrió.

Mis nervios se estremecían al recordarlo.

—Un hombre —dije con temor.

—¿Sabes quién es ese hombre? ¿Lo conoces?

—No —respondí rápidamente—. Su figura no es más que una imagen huidiza, junto con otros recuerdos caleidoscópicos.

—¿Algún pariente? ¿Un tío? ¿Un primo?

—No, no —negué resuelta—. No tuve contacto con ningún familiar mientras estaba en el orfanato. Absolutamente ninguno.

—¿Había maestros?

—No. Todas mujeres maduras.

—¿Director? —insistió, agotando las posibilidades.

—Tampoco —alegué—. La encargada era sor Angélica, madre superiora por aquel entonces. Era extremadamente

rigurosa, pero no hasta el extremo de pegarnos. Todas las mañanas, antes de ir a clase, las niñas pasábamos por su despacho para darle los buenos días y agradecerle el cuidado y la protección que nos dispensaba. Aunque ese cuidado y esa protección vinieran de las manos de todas las hermanas menos de las suyas.

—Curiosa costumbre —apreció Álex.

—Pero un día no estaba en su despacho, y cesó el rito de los agradecimientos matinales. Entre murmullos en las esquinas y rumores por los pasillos, nos informamos de su inminente traslado a un convento de Toledo a petición del obispado de Madrid. Como niñas que éramos, no entendíamos nada, y tampoco nos preocupaba demasiado no entenderlo. —Álex me seguía observando con máxima atención—. En su lugar pusieron a sor Paula, procedente de un convento situado en las afueras de Madrid. Era menos severa y restrictiva en la forma de educarnos, pero igual de efectiva. Con su llegada, el orfanato emprendió una nueva etapa, más fresca y distendida. Algo cambió cuando se marchó sor Angélica —añadí reflexiva.

—¿El centro sigue abierto? —preguntó Álex.

—Sí, claro —respondí—. Todavía visito de vez en cuando a las que durante quince años representaron el papel de madres en mi vida. Aunque a la mayoría de las religiosas que me cuidaron las destinaron a misiones fuera de España —le expliqué—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Vamos a ir a ver a sor Paula —dijo Álex con determinación.

—¿A sor Paula? —repetí—. ¿Para qué?

—Puede que tenga las respuestas a los interrogantes de tu pasado.

—¿Tú crees? —pregunté escéptica.

—Estoy convencido.

Álex parecía tan seguro que me traspasó su certeza.

—Quizá no quiera saber... —empecé a decir—. No siempre es bueno hurgar en el pasado. Hay episodios que es mejor que permanezcan ocultos. A lo mejor no estoy preparada para enfrentarme a ello.

—No has de tener miedo —me tranquilizó—. Eres una persona de gran fortaleza; ayer me lo demostraste. Más de la que creía y mucha más de la que tú misma crees que posees. Además, estaré contigo. Tu pasado, sea cual sea, te ayudará a entender tus actos del presente y, por tanto, a conocerte mejor, a derribar barreras, a renovar el pensamiento y avanzar.

Sabía que tenía razón, y empecé a presagiar los espinosos aspectos que eso conllevaba. La inminente idea de que un episodio escabroso hubiera formado parte de mi infancia tomaba cuerpo de forma precipitada.



En menos de una hora nos recibía en la puerta del orfanato una de las novicias. Era una joven pizpireta de ojos vivarachos y mejillas arreboladas que, a pesar de su firme voto de castidad, dispensó a la figura de Álex, entre risillas nerviosas, una mirada que reflejaba cierta lubricidad y que no nos pasó desapercibida. Minutos después estábamos frente a sor Paula.

Mis visitas siempre le resultaban gratas; no obstante, aquella no parecía serlo tanto, tal vez a causa de la presencia de Álex, porque su mirada pasó por él sin apenas detenerse. La conversación tenía un guion previsto desde que entramos en el despacho y, tras los pertinentes saludos y presentaciones, me dispuse a enfrentarme a la realidad de mi pasado, abrigando la pequeña esperanza de que nuestras suposiciones no cristalizaran en certeza.

—Sor Paula, el motivo de mi visita no es el mismo que en otras ocasiones —comencé a decir—. Hoy me trae un asunto menos agradable.

—Me lo imaginaba —dijo solemne, dirigiendo una mirada fugaz a Álex—. ¿En qué puedo ayudarte, querida Loane?

Guardé silencio unos segundos, intentando buscar las palabras adecuadas.

—Hay ciertas pautas de comportamiento en mi vida, ciertas conductas, que nos hacen suponer..., que me hacen suponer —rectifiqué— que quizá sufriera durante la niñez algún tipo de maltrato. En el fondo creo que es una locura —

añadí acelerada, intentando restar importancia a las palabras que acababa de pronunciar—, pero...

—No lo es —me interrumpió sor Paula—. No es una locura, Loane, ni una suposición.

Me quedé a merced de aquellas palabras. Mi rostro reflejó de inmediato la angustia que provocaron en mí. Noté que la mano de Álex se deslizaba por mi regazo hasta aferrar la mía. La apretó con fuerza, al tiempo que mi estómago se llenaba de piedras.

—El pasado siempre acaba regresando, para bien o para mal —comenzó a decir sor Paula—, y pasa factura en el presente. El pasado es el encargado de trazar el futuro, sin duda. No hay nada en este mundo más traicionero que lo que el subconsciente guarda celosamente en su interior.

—¿Puede explicarse, sor Paula? —le pedí impaciente.

Miró de nuevo a Álex para, instantes después, centrar sus ojos exclusivamente en mí.

—Cuando tenías seis años más o menos empezó a visitarte un hombre relativamente joven. Me lo describieron como corpulento, con muy buena planta, galante y gentil.

—¿Un hombre? —pregunté extrañada—. No recuerdo que me visitara ningún familiar —afirmé—. ¿Era mi padre? —tanteé.

—La memoria del alma borra los malos recuerdos —señaló filosófica.

Se levantó del asiento, cansada y con semblante apático, se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Los últimos días de agosto seguían arrojando tanto calor como los primeros, o más. Agradecí como nunca la ligera brisa que entraba de la calle.

—No, no era tu padre el que te visitaba por aquel entonces —prosiguió con voz vibrante—. Según me contaron cuando vine, tu madre estaba casada con un empresario catalán bastante adinerado.

—¿Con mi padre...?

Hizo una pausa antes de responder.

—No. Tu madre engañó a su marido con tu padre biológico, y fruto de esa infidelidad naciste tú.

Guardé silencio, pensando en las palabras de sor Paula.

—El marido de tu madre —continuó la religiosa— decidió que no te quería y la obligó a abandonarte antes de llevársela a Barcelona. Para él representabas el recuerdo vivo del adulterio.

Recordé entonces un fragmento de uno de los catecismos que me habían ofrecido las hermanas como regalo el día en que tomé el sagrado sacramento de la confirmación. Versaba sobre el concepto de adulterio que profesaba la religión católica: «Si, estando casado, miras a una mujer, la primera vez estás usando el sentido de la vista. Si la miras una segunda vez, estás permitiendo ser tentado. Si la miras una tercera vez, has abierto tu corazón al pecado. Más allá de

esta tercera vez, es definitivamente pecado». Eso me convertía en fruto del pecado. Era el resultado de una tentación permitida. Una hija ilegítima, una bastarda. Evoqué el cuadro de Rembrandt *Susana y los viejos*, pintado en 1636, en el que unos ancianos hacían proposiciones indecentes a Susana, una mujer de hermosas curvas que se disponía a tomar un baño. No cedió a sus deshonestos deseos y, en venganza, los viejos la acusaron de adulterio.

*Susana y los viejos* era un cuadro que siempre había llamado mi atención por la novedad que supuso para la época la manera vigorosa y rápida en que el autor aplicaba el óleo; se aprecia el brío de las pinceladas. Curioso me resultaba también *Cristo y la mujer adúltera*, de Max Beckmann, un cuadro de un acusado estilo personal, profundo, enigmático, y sugerente, como todo lo que pintaba el autor alemán cuyas obras fueron calificadas por los nazis, precisamente por ellos, de degeneradas.

Me devolvió a la realidad la conversación que había retomado sor Paula.

—Pero tu padre legal no fue capaz de olvidar la traición de tu madre y, sin forma de solventarlo con ella, lo solventaba a golpes contigo —prosiguió con expresión seria—. Cada vez que le surgía un viaje a Madrid aprovechaba la ocasión para venir y descargar sobre tu cuerpo toda la rabia y el resentimiento que contenía en su interior. No fue capaz de perdonar. —Exhaló un soplo de aire. En ese momento, la

mano de Álex me aferró con más fuerza—. Si hubiera perdonado a su mujer por haber sucumbido a aquella tentación enviada por el demonio, tú no habrías pagado una culpa de la cual eras completamente inocente. El perdón es una de las mayores expresiones de amor que existen; libera cuerpo y alma de ataduras, y su falta impide conseguir la paz interior que todo espíritu necesita. Si no se concede, se convierte en el veneno más letal, que intoxica el corazón hasta pudrir sus sentimientos.

—Pero, madre —alcancé a decir con un hilo de voz lleno de reproche—, ¿por qué no lo impedían? ¿Por qué dejaban que ese desgraciado me maltratara?

—Sor Angélica... era débil de espíritu. En algunas ocasiones dejaba traslucir sus oscuras tendencias.

—¿Tendencias? —pregunté, sin advertir a qué se refería.

—Ese hombre...

Era visible el enorme esfuerzo que hacía sor Paula por suavizar los sórdidos detalles de aquella insólita historia que había sacudido mi infancia y que, de adulta, me convulsionaba brutalmente la vida, trastocando el metódico mundo que con tanto esfuerzo me había creado.

—Este hombre gratificaba a sor Angélica con una elevada suma para meterse en un cuarto contigo y golpearte hasta la extenuación. Así calmaba la animadversión y el rencor que guardaba al recuerdo vivo de la traición de su mujer.

Me estremecí al imaginar aquella espantosa situación; de repente sentía frío a pesar del sofocante calor. Cerré los ojos y sacudí ligeramente la cabeza, intentando ahuyentar las imágenes dantescas que relampagueaban mi mente. En aquel penoso silencio imbuido por la indignación y la impotencia traté de controlar las lágrimas, pero no pude, y resbalaron por mis mejillas quemando la piel a su paso. Nada podría haberme preparado para una realidad semejante.

—Sor Angélica no solo lo consentía —prosiguió a duras penas sor Paula, mientras Álex me abrazaba con fuerza contra su pecho—, sino que contemplaba a escondidas los brutales castigos de aquel hombre. De esa manera tan atroz, mi predecesora satisfacía su sadismo y complacía sus enfermizos instintos.

Mis ideas perdieron el orden, y alcanzaron un nivel caótico cuando la madre superiora terminó de hablar. Las emociones y pensamientos se habían deshilvanado poco a poco y amenazaban con desbordarme. ¿Cómo era posible que una niña de apenas seis años se hubiera convertido en blanco de los instintos más mundanos que el ser humano puede tener? ¿Cómo podía haber consentido semejante monstruosidad alguien que se consideraba representante de Dios? ¿Cómo pudo la maldad de aquel hombre destrozar mi inocencia de manera tan vil?

Cuando regresamos al apartotel de Álex, las imágenes de aquel hombre que maltrataba mi pequeño cuerpo, y mi indefensión ante sus golpes, invadían agresivamente mis pensamientos. Traté de poner las ideas en claro, pero todo mi mundo parecía haberse venido abajo después de conocer ese episodio de mi vida, que había permanecido en la clandestinidad de mis recuerdos. Algo se rompió en mil pedazos en mi interior; algo que, comprendí de inmediato, no recompondría jamás por más que lo quisiera. El mero hecho de intentarlo resultaría del todo inútil.

Después de que nuestros más pavorosos augurios cristalizaran en evidencias, no quise hablar sobre ello. Me desgarraba el alma; arrojaba sal y vinagre a una herida abierta. Aunque contaba con la ayuda de Álex, prefería digerirlo sola, en los silencios de la noche, en la reserva de la palabra. Me interné en una inercia mental que lindaba con la más completa abulia. Pero ahora sé que perdoné a mi agresor, y también a sor Angélica por secundar sus acciones. Si no me hubiera esforzado, seguiría atada al resentimiento, tal como le pasó a él con mi madre y, de igual manera, habría descargado ese rencor en algún inocente. No quería que se repitiese la historia; con una víctima había suficiente. Seguí entonces la recomendación de Álex: si no perdonaba, el odio me encadenaría a mi verdugo para toda la vida, anularía las demás emociones y me pudriría el espíritu hasta destruirlo. Álex sabía perfectamente de qué hablaba. Desde que tuvo

lugar aquel fatídico suceso con Berenice, no pasaba un solo día sin que intentara perdonarse; sin embargo, aquel perdón tan necesario para su paz de espíritu no llegaba nunca. Resulta más fácil indultar al prójimo que a uno mismo. Álex cargaría con esa losa el resto de su vida. Sería en su alma un peso que no podría aligerar jamás.

Mi perdón, no obstante, no era un regalo que concediese a mi agresor, sino un obsequio para mí, única y exclusivamente para mí. No hay mayor beneficiario de un perdón que quien lo concede. Pero, pese a que eso representó un enorme alivio para mi alma, mi mente no pudo reprimir aquel lamentable episodio, así que aprendí a convivir con él, ya que ni el tiempo obraría el milagro de hacer que muriera por sí solo. Aunque no podía, sigo sin poder, pensar en ello sin emocionarme, en algún momento decidí liberarme del pasado y hacerme cargo del futuro.

Durante aquellos días usé el comodín que prevalecía en mi cabeza: la Alianza de los Siete Arcángeles. Su secreto siempre lograba mantenerme distraída. Aunque lo había dejado de lado por el devenir de las circunstancias, no lo había olvidado. Mis últimas averiguaciones eran verdaderamente alentadoras: por fin creía haber dado con ese secreto sobre Jesús que los apóstoles se habían encargado de ocultar con tanto celo. Por medio de aquel disimulado anagrama había averiguado más de lo que esperaba en mis pronósticos más halagüeños.



A última hora de la tarde había conseguido aplacar aceptablemente la controversia de mis ideas y estructurar mis pensamientos de forma más o menos verosímil. Más calmada ya, era el momento de informar a Álex del enorme avance de mis pesquisas.

—He descubierto el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles —aseveré.

Su rostro permaneció inalterable. Instantes después vi como sus líneas expresivas se difuminaban en el desconcierto.

—¿Es cierto lo que me dices? —preguntó.

—Tanto como que tú y yo estamos ahora frente a frente.

—Pero ¿cómo...? ¿Qué...? —alcanzó a balbucear, pasándose la mano por el pelo.

—¿Recuerdas que te comenté que era probable que el *memento mori* ocultara un anagrama? —le refresqué la memoria, al tiempo que cogía un bolígrafo y un papel de la mesa del salón.

—Sí, lo recuerdo —dijo impaciente.

—Bien: no me equivocaba. Además, después he visto que en Internet hay páginas que hablan de ello y corroboran mis descubrimientos.

Bajo la atenta mirada de Álex, que no perdía una sola de mis palabras, escribí «ET IN ARCADIA EGO» para ilustrar

la explicación. Seguidamente, sin perder tiempo, añadí el primero de los anagramas que había obtenido: «I TEGO ARCANA DEI». Sin decir nada aún, se lo mostré.

—Ya sabes que las lenguas muertas no son lo mío. Me gustan más las vivas, las que se mueven —señaló—. Si quieres, puedo enseñarte griego y francés... —dijo con provocación.

—Estoy convencida —apunté con picardía—. Pero de momento me conformo con que observes las dos frases.

Se recostó en la silla, cruzó tranquilamente las largas y atléticas piernas, y aceptó el papel que le ofrecía.

—«I tego arcana Dei» —leyó en alto, dirigiéndome una mirada interrogante.

—Ese anagrama se compone a partir de los caracteres que forman *Et in Arcadia ego* —le expliqué—. Su traducción es «Oculto los secretos de Dios».

De nuevo, Álex echó un vistazo al papel.

—Definitivamente, el cuadro de Nicolas Poussin es el que oculta la verdad que durante tantos siglos ha pertenecido a la Alianza.

—Sí —respondí escuetamente—. Pero hay más: no es el único anagrama que puede formarse.

El color desapareció de su rostro.

—¿Es posible? —preguntó con cierta incredulidad—. ¿Se puede formar un segundo anagrama? —Clavó una mirada escéptica en mí. Simplemente sonreí—. No sé cómo me

atrevo a dudar de ello viniendo de ti —alegó con admiración.

Cogí el papel de sus manos y garabateé en él la frase del *memento mori* con el verbo *sum* al final, de tal modo que pudiera leerse la famosa frase al completo: «ET IN ARCADIA EGO SUM». Mientras escribía, continuaba con mi explicación.

—Si añadimos el verbo implícito, *sum*, poseemos tres letras adicionales para formar un nuevo anagrama.

Levanté la mirada y observé a Álex enfrascado en mi explicación. Sonreí para mis adentros mientras contemplaba con satisfacción el gesto interrogatorio de su rostro. Aunque siempre he sido de los que hacen de la discreción virtud, me saltaba la norma cuando se trataba de Alexander Vanderbilt. Me gustaba llamar su atención; tenía una acusada predilección por solicitar su cuidado, su protección, su interés, su mirada. Escribí: «ARCAM DEI TANGO IESU». Alargué el brazo y se lo mostré.

—*Arcam Dei tango Iesu* —dijo en voz alta.

—Toco la tumba de Dios, de Jesús —intervine rápidamente, sin apenas darle tiempo de leer la frase. Esperé atenta su reacción.

El pensamiento de Álex se alineó rápidamente con el mío. Ladeó las cejas, poniendo de manifiesto la mayúscula sorpresa que suponía descubrir su significado, y las pupilas se le dilataron tanto que oscurecieron la claridad celeste de

su mirada. En su angulosa expresión se articuló una ligera exclamación.

—¡Increíble! —coreó entornando los ojos—. Ahora entiendo el estupor que muestran los pastores...

Esbocé una sonrisa inflamada de satisfacción y asentí.

—Es como la expresión que refleja tu rostro en estos momentos —señalé. Sonrió ante mi observación.

—Y también el porqué de una tumba en un lugar habitado por inmortales —continuó diciendo, asombrado—. El sepulcro que pintó Nicolas Poussin cumple su función, aunque se encuentre en una realidad en la que impera la vida eterna —formuló.

—Efectivamente. Solo que en este caso, los huesos que preserva esa sepultura son los del Mesías, los del supuesto hijo de Dios —dije mientras veía como mi sonrisa se reflejaba en sus retinas—. Lo que ha salvaguardado durante más de dos mil años la Alianza de los Siete Arcángeles son los huesos de Jesús de Nazaret. Aquellos siete apóstoles juraron ocultar, bajo un inquebrantable pacto de silencio, el cadáver de su maestro —expuse finalmente.

Álex no se demoró en discernir un juicio.

—¿Te has parado a pensar lo que significa eso? —me preguntó con rigor.

—Desde luego —contesté—. Si en algún momento existió una tumba que contuviera los huesos de Jesús, eso niega su resurrección y, por tanto, desmiente lo afirmado en el Credo;

su divinidad se pone en tela de juicio. Entiendo la magnitud de este secreto, pero no logro calcular las consecuencias que tendría esta verdad si saliera a la luz.

Álex encendió un cigarrillo y, tras dar una calada, exhaló el humo con aire pensativo.

—Es un secreto demasiado importante —dijo frotándose la mandíbula reflexivamente—. Eso cambia una parte de la historia de la humanidad o, más bien... —se quedó pensando unos instantes—, la historia del cristianismo. De ser así, se demostraría la falsedad de algunos de los dogmas que constituyen los pilares de la Iglesia. También comprendo la importancia que posee este enigma de la religión cristiana para el resto de creencias que cohabitan con ella. Todas y cada de ellas aspiran a ser la católica.

—¿La católica? —repetí ante la confusión que me causó la incursión de aquel término en su contexto explicativo.

—Sí —respondió Álex—, o lo que es lo mismo, universal. Etimológicamente, *católico* significa «conforme con el todo» o «universal». Entiendo tu extrañeza —añadió con una ligera sonrisa—. Parece que el término es propiedad de la Iglesia, pero no es así. Lo adoptó con posterioridad para diferenciarse de aquellos grupos cristianos cuyos dogmas no se mostraban conformes con la primacía del papa y, por ende, diferían de la doctrina principal.

—Gracias por la aclaración —dije con sinceridad.

—Un placer —contestó afable, guiñándome un ojo—. Hasta la irrupción del Islam en el año 662, con Mahoma, el cristianismo monopolizaba las revelaciones de Dios en la Tierra. Como te decía, todas las creencias anhelan ser la universal, la verdadera, la única, la auténtica y, por tanto, la exclusiva y excluyente frente a las demás. La Iglesia católica propugna esto mismo: que es el remedio universal para el pecado, y la encargada de revelar las doctrinas y obediencias religiosas por las que deben regirse los hombres para alcanzar la salvación. Pero con esta verdad se pone en jaque la suerte de toda la cristiandad; la fe de millones de creyentes se evapora entre los remiendos de mentiras de que han sido víctimas, ya que romperían ese lazo de confianza con quien les dice que el hijo de Dios, en cuya figura se asienta la base del cristianismo, fue enviado para redimir al género humano.

Álex hizo una pausa para tomar aire. Observé que mantenía aún el ceño fruncido. Sumido en sus pensamientos, giró la cara hacia mí.

—Tengo una duda —comenzó a decir mientras su mirada se afilaba—... un tanto extraña.

—¿Cuál es? —le pregunté curiosa.

—La relevancia de Jesús estriba en la creencia de que redimió al hombre del pecado original a través de su muerte y posterior resurrección. La Iglesia asegura que la

resurrección de Jesús es un hecho histórico, que ocurrió verdaderamente.

—A veces, los hechos históricos ofrecen tan pocas garantías como la predicción del futuro —interrumpí—. A pesar de todo, la historia no tiene nada de precisa.

—Tienes razón, sin duda. Pero el origen del cristianismo está fundamentado en la fe surgida a raíz de la creencia de los primeros cristianos en esa resurrección. Supone el suceso decisivo para la fe de los creyentes. De hecho, muerte y resurrección forman parte de los fundamentos de la doctrina de la salvación, ya que mediante el sacrificio de Jesús se hizo posible que los hombres alcanzaran la eternidad. El núcleo de la fe cristiana se encuentra en la resurrección de Cristo.

Asentí. Entendía lo que argumentaba Álex, pero estaba confundida ante tanto dato teológico.

—Hablas como si la resurrección fuera lo más determinante de la vida de Jesús —observé.

—Lo es —ratificó mientras apagaba el cigarrillo—. Es su causa final y la de cuantos han depositado su fe en él y en lo que predicó. El cristianismo está fundamentado en la afirmación de que Jesús resucitó de entre los muertos. Piénsalo un momento. Aunque él se presentó ante su pueblo como el Mesías, como el hijo de Dios enviado para redimir al hombre del pecado, no fue tratado como tal; todo lo contrario, murió de una de las maneras más vergonzosas y

dolorosas que pueden existir: crucificado. Un método extremadamente lento y angustioso.

—Ahora lo entiendo —dije concluyente—. Sin resurrección no hay religión.

—¡Exactamente! —exclamó—. La resurrección sería la prueba de que Jesús no blasfemaba cuando afirmaba ser el hijo de Dios.

—¿Y si nos están dando gato por liebre? —lancé al aire, de manera repentina e inesperada.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si no son los huesos de Jesús? ¿Y si, simplemente, intentan hacernos creer que le pertenecían?

—Podría ser —contestó rápidamente—, pero... Tomemos la teoría de la causalidad para responder a la pregunta que tan perspicazmente acabas de plantear —expuso con locuacidad, esbozando una sonrisa—. Esa teoría afirma que toda acción conlleva una reacción, que todo tiene una causa. Pues bien, ¿cuál es la causa de que la Iglesia desencadene una caza de brujas contra cualquiera de quien se sospeche conocimiento de la Alianza de los Siete Arcángeles y que, además, quiera ir en busca de su secreto? La reacción de la Iglesia está claramente marcada por la acción, ya que no le conviene que se revele el enigma.

—Bien pensado, tu afirmación no parece tan extravagante —respaldé convencida.

—No lo es.



Varios pensamientos comenzaron a deambular por mi cabeza.

—Realmente, creer en la resurrección es un acto de fe —opiné con más desgana que gana—. Es imposible darle veracidad histórica. Lo único en lo que se basa el cristianismo para hacerla demostrable es que, en primer lugar, el sepulcro se encontraba vacío, lo que indicaría que Jesús escapó de la muerte, y en segundo, que supuestamente se apareció a sus discípulos una vez resucitado, tal como indican los Evangelios. Pero todo son suposiciones, teorías, figuraciones y fe, montañas de fe. Jamás me había planteado que, sin resurrección, la vida de Jesús no habría tenido sentido de cara a la historia, y menos de cara al cristianismo —mascullé como conclusión.

—Pero no solo eso. Si existen huesos —intervino Álex—, no hubo resurrección y, por tanto, tampoco hay salvación para la raza humana —simplificó—. Todavía tenemos que ser redimidos.

—¿Qué quieres decir?

—Que Jesús no era el Salvador, el Mesías esperado, el hijo de Dios que cumplió la profecía.

Durante unos segundos, mi mente emprendió un camino hacia un estado de perplejidad completo. Lo que llegaba a mi cabeza estaba sumido en un caos babilónico.

—¿En qué piensas? —Álex rompió el espeso silencio.

—Todo esto no solo convierte a Jesús en un simple mortal... —Hice una pausa—. Puede que fuera un profeta de su época, sí —teoricé—, un hombre grande en acciones y poderoso en palabras. Quizá, más que un enviado divino, fuera un revolucionario. Hay quienes apoyan esta hipótesis. Pero este secreto —dije lentamente— no solo lo vuelve humano, sino que también lo convierte en un impostor.

—Quizá fueran los padres de la Iglesia los encargados de tramar el fraude para su propio beneficio —apuntó Álex—. Los Evangelios aceptados oficialmente por la Iglesia afirman que Jesús era el Mesías. —Lo miré sin saber muy bien qué decir—. Es una verdad de doble filo —apuntó—. Ciertamente, el osario de Jesús revelaría que no resucitó al tercer día, tal como profetizaban las Sagradas Escrituras, pero es indiscutible que patentiza su existencia, aunque no como la encarnación de Dios.

—En estos momentos no dudo que Jesús existiera; es más, estoy convencida de ello, a pesar del obstinado ateísmo que siempre he profesado —manifesté abiertamente—. Sin embargo, parece haber perdido su cualidad divina, si es que alguna vez la tuvo ante mis ojos.

Al comprender lo que aquello significaba me sentí sacudida por una emoción devastadora. Enmudecí de repente y dirigí los ojos hacia la ventana del enorme salón. Me acerqué a ella, despacio pero con paso firme. En todo momento sentí la mirada de Álex, que seguía con sigilo mis

movimientos. Miré a través de los cristales. Daba la impresión de que todo estaba en su sitio, bien, correcto, pero no era así. La verdad que teníamos entre las manos suponía el final de la fe de millones de creyentes. La historia daría un giro de ciento ochenta grados si aquello se demostraba, y derrumbaría la titánica columna en la que se había sustentado el cristianismo durante más de dos milenios. El secreto perteneciente a la Alianza de los Siete Arcángeles era una amenaza directa para la Iglesia y el imperio que había levantado sobre los cimientos de esta mentira.

—No me cabe duda de que la Iglesia anda detrás de la persona que te realizó el encargo —dije.

—Es muy posible —ratificó Álex—. Tiene mucho que perder.

—Demasiado.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó mientras se acercaba a mí.

Tardé un rato en responder. Me giré y lo miré fijamente, en silencio.

—No es nada. —Me encogí de hombros—. Es este tema... Me tiene ofuscada.

—¿Por qué creo que hay algo más que no me quieres decir? —sondeó—. ¿Sigues sin confiar en mí? Creo que te he dado motivos para...

—También creo que no me dices todo lo que deberías —interrumpí, seria.

Observé detenidamente al hombre que se escondía detrás de aquel rostro tan apuesto e intenté hallar en la claridad de sus ojos la respuesta a la oscuridad de cierta parte de él que no acababa de comprender.

—¿De qué hablas? —preguntó con extrañeza debido a mi afirmación.

—De nada —dije como si acabara de volver en mí—. De nada, Álex. No me hagas caso. —Meneé la cabeza—. Todo esto... El descubrimiento de esta verdad... empieza a darme miedo. Es como caminar por un campo infestado de minas. Cualquier paso en falso... —Dejé que la frase se fuera apagando—. La magnitud de esta verdad únicamente pone de relieve las nefastas consecuencias que puede acarrear ser conocedor de ella —continué con voz pastosa—. Si no tomo precauciones... Esto es muy serio. Quizá la persona que anda tras mi pista esté enviada también por la Iglesia. Si es así, no tengo escapatoria. —Mi voz surgía como un susurro.

—¿Eso es lo que te preocupa? No tienes nada que temer, Loane —me tranquilizó, aproximándose más a mí—. No te sucederá nada malo mientras yo esté aquí. Mientras me dejes estar cerca de ti, te aseguro que no te pasará nada.

Cuando me alcanzó, me miró con determinación.

Alargó el brazo y aferró suavemente mi mano derecha. Con más brusquedad, dio un ligero y efectivo tirón para obligar a mi cuerpo a acercarse al suyo. Detuvo el impulso con la otra mano, que me sujetó la cintura con delicadeza.

Alexander Vanderbilt estaba allí, enorme, anhelante, pegado a mí como si quisiera que nuestros cuerpos se fundieran en uno. Era incapaz de controlar mis impulsos cuando él me tocaba y hacía emerger aquel insólito calor que siempre se extendía con demasiada rapidez. Seguidamente, sus grandes manos se cerraron alrededor de mis muñecas y me las inmovilizaron contra la espalda, mientras me envolvía en una mirada incontinida y libidinosa. Protesté sin demasiada convicción.

—¿Te gusta? —me preguntó con dureza.

—¿Es el amo quien lo pregunta?

—Siempre es el amo quien pregunta. Dime, ¿te gusta?

—Sí —respondí.

—¿Solo «Sí»? ¿Dónde está el resto de la respuesta, señorita Darey?

—Lo siento... —dije ruborizada—. Sí, mi señor.

—Eso está mejor. Mucho mejor. Sigue a falta de mucha disciplina, jovencita. —Me dio un enérgico azote en el culo.

Mis labios vocalizaron una queja inarticulada.

—Shhh... —Se llevó el índice a la boca—. Aquí no se grita.

Me puse de puntillas y pasé la lengua varias veces por la piel áspera de su barbilla. Delicioso.

Álex blandió una radiante sonrisa que iluminó todo su rostro. Había un gesto victorioso reflejado en aquella boca que enmarcaba unos dientes perfectos. Se inclinó para

besarme, y yo, dócilmente, me dejé besar. No había dicho nada más, ni lo había advertido, ni había pedido permiso. Conocía su naturaleza. Simplemente, tenía ante sí lo que quería y, caprichoso, lo había cogido. Era suyo, de todos modos.

Nuestras bocas se encontraron en un punto afín. El fervor de sus labios lubricó mi deseo de forma instantánea, como no podía ser de otra forma. Sentía la firmeza de sus manos que me sujetaban las muñecas y se imponían a mis movimientos, y me enloquecía. Estar bajo su control me hacía sentir suya, extremadamente suya, más incluso que de mí misma. Aquel exacerbado sentido de la propiedad que Alexander Vanderbilt ejercía sobre mí doblegaba mi voluntad irremediablemente. Todo mi ser ansiaba pertenecerle en cuerpo y alma.

Retorcí las muñecas en un intento algo ambiguo de rebelarme, aunque, lejos de querer zafarme de aquel absolutismo, lo que pretendía era que las sujetara con mayor fuerza.

Con solo una mirada, Álex era capaz de adivinar en mis ojos el anhelo de entregarme a él, y con solo eso me sometía a sus deseos. Tenía ese inexplicable poder sobre mí. Era el instrumento a través del cual se hacían realidad mis fantasías más ocultas y oscuras. Las vertebraba magistralmente, sin necesidad de dar más explicaciones que las que mi cuerpo manifestaba por medio de un deseo descarnado y voraz.

Durante unos minutos dimos rienda suelta a esa pasión tan exquisita que se predica a través de los besos. Borrachos de lujuria, nos invadíamos las bocas, que apenas daban de sí; nos exigíamos las lenguas incansablemente, hasta que la mano de Álex me trepó por la espalda, me agarró el pelo por la nuca y tiró de él hacia atrás. Incliné la cabeza con un movimiento seco que me tensó los músculos del cuello de modo desvergonzado. Un débil sollozo salió de mi garganta. Álex atrapó su sonido con la boca.

—Sé que te gusta —me susurró al ras de los labios. Su voz sonaba vibrante y profunda.

Sin soltarme las muñecas, me cogió en brazos, me llevó hasta el dormitorio y, con cuidado, me arrojó sobre la enorme cama. Mis ojos le regalaron una mirada encendida, cargada de lascivia, mientras que los suyos reflejaban el hambre que su cuerpo tenía del mío.

—Desnúdate —me ordenó sin cortesías.

Con suma obediencia hice lo que me pidió, y no intenté protestar ni siquiera por gentileza. Me deshice poco a poco del vaporoso vestido turquesa que llevaba, al tiempo que advertía su lento escrutinio de mis formas. Cuando me disponía a desabrocharme las sandalias de altísimo tacón recibí una nueva orden:

—No, no —Se inclinó hacia adelante, negando con la cabeza—. Los zapatos, no. Tengo debilidad por los tacones y

los pies de mujer. Sobre todo por los tuyos. Tienen un puente perfecto y desconcertante.

Se giró, enderezó el rumbo y se acercó al armario con resolución. De una barra descolgó varias de las corbatas que formaban parte de su extenso repertorio, y que colgaban formando una línea perfectamente ordenada. En su lento avance, las pisadas golpeaban con contundencia, exigiendo el terreno, como siempre. Imponiendo un respeto reverencial.

Me descubrí persiguiendo su sombra por el rectángulo de la habitación. El perfil definido de su espalda se proyectaba en el suelo bajo la vacilante luz que cedía el desplome del ocaso. Al tiempo que disponía perversamente las corbatas en la palma de la mano, se aproximó con paso solemne a la cama. Desde su altura, capturó mi mirada con el clarísimo azul de la suya en un punto en el que sus pupilas vibraban envolviendo lentamente el iris. Sus ojos se llenaron de deseo, de lujuria y de una posesión que comenzaba a ser característica predominante en él siempre que me tenía cerca, y que transmitía con desvergüenza que podía hacer conmigo lo que quisiera. Cada parte de mi cuerpo que acariciaba su mirada en su atrevido recorrido me arrancaba un chispazo de deseo. No sé si era fruto de mi imaginación o si, realmente, Alexander Vanderbilt era el hombre más apuesto del mundo.



—Sigue mirándome así y sabrás lo que es bueno —dijo de forma maliciosa.

Abrí la boca para darle réplica, pero la cerré. Algo en los ojos de Álex detuvo mi protesta en mitad de la garganta.

Sin alterar la expresión de malicia, se paró frente a la cama, impasible, con toda la majestuosidad que imponían sus ciento noventa y un centímetros envueltos en un juego de luces y sombras que lo volvían intimidatorio. De nuevo me encontraba frente a la promesa de su cuerpo. Se inclinó hacia mí con aires felinos, apresó con un único movimiento mis muñecas y, con la serie de corbatas que había sacado del vestidor, me ató las manos y los pies a los barrotes de la cama mientras estudiaba atentamente mi reacción.

Noté el roce de la seda en la piel cuando resbaló por ella hasta dejar sujetas mis extremidades al forjado. No podía hacer el menor movimiento; se me negaba acariciarlo; solo me quedaba entregarme a la capacidad de sentir los innumrables placeres a que me iba a someter. Una sacudida de adrenalina me invadió el estómago.

—No te muevas —ordenó sonriente.

Lancé un suspiro al aire. No podría aunque quisiera. Mi cuerpo había quedado a su disposición, sin restricción de ningún tipo, total e invariablemente expuesto, ofrecido de nuevo para sus más oscuros deseos, siempre tan perversos, retorcidos hasta el infinito como solo él sabía retorcerlos.

Revelados a través de esos instintos que únicamente reconocen los animales en celo.

Mi alma estaba tan desnuda ante él como mi cuerpo.

—Hoy no habrá fusta ni látigo —anunció con voz varonil y profunda—. Hoy no dibujaré azotes en tu cuerpo. Hoy tu castigo será mucho peor, jovencita —indicó en tono acerado.

Aunque pretendía mantenerme tranquila, la voz y la actitud de Álex consiguieron sobrecogerme. Un estremecimiento cruzó mi cuerpo a través del eje de la espina dorsal, y la adrenalina me subió por la espalda como un relámpago. Lo cierto era que mi incertidumbre lo divertía; sus ojos brillaban con un destello lobuno, y en las comisuras de sus labios se delineó una misteriosa media sonrisa cuando comenzó a advertir mi desasosiego.

—Mi señor... —repliqué implorante. Mi voz se cortó en la garganta cuando intenté hablar.

—Shhh... —Me hizo callar poniéndome el índice en los labios—. No te he dado permiso para hablar —musitó en un tono más cariñoso que el anterior.

Mi cuerpo se inundó de un calor húmedo con aquellas palabras apenas susurradas.

—Pero...

—Silencio.

Álex había visto ya cada centímetro de mi cuerpo, de arriba abajo. Había cartografiado cada pliegue a base de trazos de pasión, pero en esos momentos sentí una

incontenible necesidad de cubrirme, de ceder al pudor. Estar desnuda ante él me hacía sentir demasiado vulnerable a su poder, demasiado indefensa a su encanto, demasiado susceptible a él.

Sin otro propósito que el de despojarse de la camisa e, inevitablemente, mostrarme aquel torso pluscuamperfecto que parecía esculpido a golpe de cincel, se inclinó hacia mí y comenzó a acariciarme con delicadeza las mejillas, los labios, la línea de la mandíbula, el cuello, los senos, el abdomen, la minúscula concavidad del ombligo... Lo hacía de una manera exquisita, elegante, complaciente. Tortuosamente complaciente, con movimientos contenidos y sublimes. Las yemas de sus dedos pasaban por mi cuerpo con la suavidad de una pluma. Viajaban por mi piel con maravillosa facilidad, provocándome escalofríos que iban y venían en rápidas sucesiones, erizándome el vello sin tregua. No se precipitaba en las caricias; tenían una deliberada lentitud tortuosa que iba encendiendo poco a poco mi deseo.

Mantuvo mi mirada atrapada en sus ojos mientras sus enormes manos, arrastrando fuego en los dedos, bajaban del cuello para pellizcarme los pezones. Mi flujo sanguíneo bombeaba el deseo junto con su nombre de forma acelerada. Instantes después bajó la boca hasta uno de ellos y lo mordisqueó con dulzura, pasando la lengua por su relieve para atrapar su forma entre los dientes. Moví la cabeza de forma compulsiva, enfebrecida, al borde de la inconsciencia,

cuando Álex comenzó a lamerme y succionarme los pechos. De pronto se detuvo, y con él, el tiempo.

Alzó los ojos hasta encontrar los míos. En su mirada hervía el deseo.

Sus manos quemaban las capas de mi piel y descubrían nuevas formas de placer en cada estrato, buscando una dimensión desconocida de las sensaciones. Hizo una breve pausa en su labor exploratoria y, tras unos instantes en los que no fui capaz de recobrar el sentido ni el control, reanudó las caricias, más perezosamente todavía, reservándose el derecho de tocarme, de lamerme, de rozarme, hasta casi hacerme enloquecer. Cerré los ojos y me abandoné al sinfín de sensaciones que me producían sus manos, que eran como una religión para mí, y me cedí de manera indeliberada a la presión de sus dedos juguetones. Era a la vez insoportable y delicioso. Gemí en una súplica sin palabras. La indolencia de su tacto conseguía exasperar el deseo que corría de forma precipitada por mi torrente sanguíneo, y que se estrellaba contra la amalgama de estremecimientos en que se había transformado mi cuerpo.

Tenía la sensibilidad en carne viva, tal cómo quería Álex.

—Azóteme, mi señor —le pedí en un momento de éxtasis.

—No —respondió él.

—Por favor, mi señor..., azóteme.

—No —volvió a decir.

La discreción de sus caricias cedió el paso a unos besos prudentes, callados, extremadamente sigilosos, en los que sus labios apenas me rozaban la piel y que disentían de modo casi caricaturesco con mi respiración, estridente y caótica. Atravesaban los poros de forma paulatina, deslizándose lentamente como un susurro confidencial. Los daba sin prisa en cada centímetro de mi cuerpo, mientras su lengua creaba senderos húmedos sobre la piel.

Alex iba por buen camino para convertirse en el degenerado perfecto, desde luego. Incrementaba la necesidad, la tensión y el deseo; sostenía la excitación hasta el punto de desquiciarme. Entre ronroneos y gemidos reprimidos, un suspiro escapó de mi garganta. A cambio, él disminuyó el ritmo intencionadamente, para prolongar aquel suplicio una y otra vez, sin condescendencia, como el canalla impenitente que era. Me lo imaginé entonces esbozando una amplia sonrisa, dejando ver entre los labios la perfección de sus dientes, con esa vanidad intachable que no lo abandonaba nunca, mirando de reojo para contemplar orgulloso mi imagen enardecida por la pasión. Era un demonio en vida, o un ángel tras la muerte; un ser excesivamente deslumbrante, excesivamente devastador.

Se detenía a capricho, llevándome con aquel estudiado crescendo cerca de la cumbre del placer para después negármelo. Medía cada caricia, cada beso, cada movimiento, con la precisión de un cirujano. Gemí repetidas veces; el

pulso me latía apresuradamente en la base del cuello, a punto de estallar, mientras, jadeante y viscosa, levantaba las caderas para buscar la erección que se insinuaba descarada bajo la fina tela del pantalón, suplicándole en silencio que pusiese fin a aquella tortura de una vez por todas. Sin embargo, Álex continuó probando el sabor de mi piel plácidamente, como quien degusta un exquisito manjar.

Alcé ligeramente la cabeza. La luz de la luna en las horas oscuras del anochecer le acariciaba el rostro y esculpía sus rasgos, que despuntaban de las sombras que se deslizaban por la habitación. Lo observé; su mirada se había vuelto expectante bajo un aplomo pausado, mientras continuaba reinando un silencio marcado por el compás del deseo.

—Te he dicho que no te muevas —dijo imperativo. Dejé caer la cabeza en la almohada.

Mi piel demandaba desesperadamente sus mordiscos, sus azotes, su aliento, ese contacto tan visceral de su cuerpo contra el mío que sofocaría la desazón de mi entrepierna. Pero sabía que no iba a hacerlo; sabía que no iba a follarme. Entonces supe dar sentido a aquel dulce castigo.

Ante mi precipitada deducción lo miré con gesto de ansiedad. Abrí la boca para hablar; lo había entendido, pero la palma de su mano se posó de inmediato en mis labios.

—Shhh... —me silenció. Lancé un resoplido de impotencia.

Un sentimiento nuevo brotó en medio de la extrema sensualidad impuesta por Álex. La sensación de pertenecerle se acentuaba a cada instante de pasión que me concedía, haciéndome ver que solo él manejaba la situación, y que exclusivamente él dispondría de mí y de mi placer del modo en que quisiese.

Cuando me desató las corbatas de los tobillos me levantó sin apenas esfuerzo y me puso boca abajo. Encontré en su mirada un brillo juguetón, y supe que no había terminado.

Con la cara contra el colchón y los brazos, aún atados, en aspa por encima de la cabeza, no podía verlo, pero sabía que estaba detrás de mí porque sentía la calidez de su aliento en la nuca. Exhalando deseo. Me tapó la boca con la mano diestra, ahogando mis gemidos, mientras que la siniestra, destinada por tradición a las perversidades, se dedicaba a recorrer el perfil de mi silueta buscando la cima endurecida de mis senos. De pronto, sus dientes se hicieron presentes en mi cerviz, despertando los estímulos erógenos que se escondían tras la piel. Creí volverme loca cuando comenzó a lamerme el lóbulo de la oreja, para morderlo a continuación. Sigilosamente fue bajando por el cuello, para repasar después la línea dorsal que se trazaba infinita y dar buena cuenta de ella. Sopló con suavidad el camino que había recorrido su lengua. El aire me contrajo todos los poros y me erizó el vello al instante. La sangre se contenía en las venas

mientras mi pensamiento evocaba su nombre, carcomido por susurros de placer.

Durante unos minutos no hizo nada. Giré la cabeza para ver qué ocurría y lo vi aproximarse de nuevo, con paso resuelto y cierto rigor profesional. Su sombra alargada se proyectó de pronto en la cama, por encima de mi cuerpo. Me agarró la cabeza y me hundió el rostro en la almohada.

—Quietecita —dijo. Respiré fuertemente, anegada en el silencio.

Su dedo índice comenzó a repasar con delicadeza la línea central de mi espalda. De mi garganta emergió un palpito de ansiedad, mientras el relieve de mi columna vertebral se afilaba tentativamente al contacto con su mano. Un pinchazo, como la punta de un alfiler, punzó improvisadamente el comienzo de aquel surco. Otro lo sucedió más abajo. Después, un tercero, un cuarto... Álex derramaba gotas de cera sobre mi piel, dando rienda suelta a sus manos de artista. Una a una, se fueron solidificando en la superficie y dibujando extrañas figuras.

No recuerdo cuánto tiempo estuvo atormentándome de aquella forma, obligándome a respirar el aire viciado que se había condensado en la estancia, pero fue el suficiente para que me diera cuenta de que estaba dispuesta a entregarle por propia voluntad mi cuerpo y mi alma, sin restricción alguna



en ningún caso. Que me dejara rogando a las puertas del placer de ese modo tan insolente resultó ser un castigo mucho más retorcido y martirizante que los azotes o los fustazos. Me llevó magistralmente al punto exacto en que el placer me torturaba poco a poco, como si quisiera ver hasta qué punto llegaba mi paciencia.

Al final de aquella sesión de caricias inacabadas y besos mediados estaba sin aliento. Después de tenerme un largo tiempo sumergida en ese edulcoradísimo tormento, Álex paró en seco y me miró con expectación. No dije nada. Sumisa, giré lentamente la cabeza hacia un lado y mis ojos se resignaron a su hipnótica voluntad. En cada momento sentía las sensaciones que él creía oportuno que sintiera. Experimentar, después de todo. Vivir. Con mirada sutil, perfilando una mueca lobuna, sonrió ligeramente sin despegar los labios y se apartó. Solo con aquel gesto me hizo comprender que le pertenecía, que era única y exclusivamente de su propiedad. Personal e intransferible. Entre nosotros se tejían nuevos lazos que afianzaban la relación. Evolucionábamos. Aquella forma de sexualidad se convertía en el nexo entre ambos, en un intercambio físico, mental y emocional mágico. Entendí entonces el vínculo que me unía a él, y eso me llenó por completo. Porque, a pesar de todo, bajo su dominio me sentía libre.

## CAPÍTULO XVIII

Nada más de entrar en la galería, aquel último martes de agosto, noté que algo marchaba mal. El ambiente se mostraba enrarecido, y se descubría un asombroso y extraño olor a muerte adherido como una pátina a las paredes. Aunque había varios coches de policía estacionados en las inmediaciones, no imaginé que sus ocupantes se encontrarían ejerciendo su trabajo precisamente en Art Gallery.

A mi encuentro, en la recepción de majestuosa arquitectura, salió Librada con el rostro desencajado, presa del desconcierto y envuelta en un mar de lágrimas.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté temblorosa. Ella apenas lograba explicarse entre sollozos estremecedores.

—Arthur ha aparecido muerto en su despacho. —La voz de Charlie se oyó detrás.

Alcé la vista por encima de Librada y me encontré con los ojos vidriosos de Charlie. Observé la angustia que se leía en su mirada, y como había desaparecido de los labios la perpetua sonrisa. Parecía que un camión le hubiera pasado por encima. La desolación se esculpía profundamente en la expresión de su rostro.

—¿Qué dices? —alcancé a decir, únicamente.

—Lo que oyes —me repitió por encima de los sonoros sollozos de Librada—. Arthur ha..., ha muerto.

Me pasé los dedos por la frente con incredulidad y me cubrí la cara con ambas manos.

—Pero eso no es posible... —musité con voz quebrada—. Charlie... —dije, clavando mi mirada en la suya—. ¿Asesinado? —Con esfuerzo tragué saliva.

—Sí —respondió.

—Pero ¿cómo...? ¿Aquí?

Permanecí inmóvil, sin saber bien qué hacer ni qué decir de cara a Charlie y Librada, con una maldición apenas susurrada en los labios. En mi interior era plenamente consciente del motivo por el que le habían arrebatado la vida. Sin duda alguna, el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles tenía mucho que ver. Me dejé caer en una silla de la recepción, conmocionada y tratando por todos los medios de contener el miedo que me atenazaba y envolvía en angustia cada una de mis sensaciones. El cerebro comenzó a girarme vertiginosamente, y me imaginé agonizando en el suelo con un agujero de bala entre las cejas. Veía mi propia muerte en la de Arthur.

—¿Cómo estás? —me preguntó Librada al reparar en la palidez repentina que había adquirido mi rostro—. Te has puesto más blanca que un panal, hijita.

No respondí inmediatamente. Tomé aliento y carraspeé, ganando unos segundos para cincelar con un tono verosímil mi respuesta.

—Estoy bien —contesté, algo turbada—. Es la impresión. Me ha... aturdido. Es tan escabroso... —apunté, ocultando la verdad de mi malestar.

—Serénate. —Charlie intervino de nuevo—. Lo que ha ocurrido es verdaderamente horrible, pero hay que sobreponerse.

Me limité a asentir de manera mecánica, en medio del silencio reflexivo que se había instalado. Recuperé algo de compostura, y el color, cuando bebí el agua fresca que me había acercado Charlie, con las manos temblorosas y entre las palabras de ánimo que me insuflaba Librada.

—¿Que ha pasado? —pregunté, para que alguno de los dos me sacara de la duda.

—Esta mañana —se arrancó Librada entre sollozos quedos—, poco después de abrir la galería, he entrado en el despacho del señor Arthur. —Me dispuse a escuchar detenidamente su relato—. Iba a dejarle en la mesa los recados que se le han acumulado mientras no estaba. Según iba por el pasillo he visto que tenía entreabierta la puerta del despacho y he pensado que estaría dentro; ya sabéis que muchas veces llegaba cuando aún era de noche, pero jamás me imaginé que...

Rompió a llorar estrepitosamente, llamando la atención del personal de seguridad. No pude ocultar las lágrimas, y apoyé una mano confortadora en el hombro de Librada.

—¿Y los guardas de seguridad no han oído nada? —apunté.

—No —contestó Charlie—. Han sido los primeros a los que ha interrogado la policía, junto con Librada. Según afirman, no han notado, visto ni oído nada extraño.

Fruncí el ceño. De nuevo, miré a Librada. Era la viva imagen del desconsuelo. Le pasé la mano por la mejilla cariñosamente, y me abrazó. Le di un cálido apretón para infundirle ánimos. Estaba destrozada.

—¿Te ves con fuerzas para seguir? —le pregunté tras volver a mi posición normal.

—Sí, mi niña —me dijo limpiándose las lágrimas e intentando sobreponerse al duro trance—. Como te iba diciendo —continuó con visible esfuerzo—, la puerta estaba entreabierta. Y al entrar me lo he encontrado ahí, apoyado en el respaldo, pálido y un poco morado, con las carnes abotagadas... —recordaba compungida—. Helado y tieso como un garrote. Además, nada más entrar he notado un olor que...

«Los esfínteres se aflojan cuando el cuerpo pierde la vida —recordé—. Es la última humillación a la que nos somete la muerte».

—¿Tú tampoco has notado nada raro en el despacho? —interrogué en alto.

—No. —Librada negó con la cabeza.

—La policía está comenzando a efectuar las investigaciones pertinentes —intervino Charlie—. Llevan más o menos una hora. No nos dejan pasar más allá del pasillo. Toda la zona está acordonada y restringida.

—¿El cadáver de Arthur sigue en su desp...? —seguí con mi batería de preguntas.

—No —me cortó Charlie—. Lo han trasladado a la morgue hace un rato. Van a realizarle la autopsia.

Una avalancha de pensamientos irrumpió violentamente en mi cabeza. El terror y la desazón se apresuraban a embargarlos. Quise sofocar aquellas ideas, pero lo único que conseguí fue que persistieran en su intento de anunciarme el peligro que me acechaba. El miedo tomó forma de fantasma en mi interior. Mi temor era certero y sólido, tanto que me provocaba una sensación dolorosa en el pecho.

—¿Cómo lo han asesinado? —Dirigí la pregunta a Charlie, que parecía más entero anímicamente.

—De un tiro en la sien —respondió, lacónico.

Una sensación nauseabunda me recorrió el estómago y trepó hasta agarrotarme la garganta. Me sobrevinieron unas inmensas ganas de vomitar cuando surgió en mi cabeza la macabra imagen de Arthur con una bala alojada en la sien. La muerte nunca se había paseado tan cerca de mí como

aquella vez. La había analizado y estudiado desde un punto de vista artístico y estético en multitud de ocasiones, en las obras pictóricas de los grandes maestros que sucumbían al desasosiego de no saber con certeza qué acontece después de ella. Pero nunca había respirado su olor corrosivo como en aquel momento. Comprendí entonces que nacemos para morir, que vivimos exclusivamente para la muerte, y que es justamente ella lo que nos hace valorar la vida.

En un momento de sugestión plástica transitoria comencé a divagar por las inabarcables obras cuyos autores, en su misión de plasmar lo humano y lo divino, habían representado de una u otra manera la magia de la muerte. Mi mente evocó *Guernica*, la grandiosa obra de Pablo Ruiz Picasso. La muerte se refleja en este lienzo de forma masiva, convertida en una denuncia de las atrocidades realizadas por el Ejército alemán en la villa vasca. Nadie puede mostrarse indiferente ante la monstruosidad que expresan sus tonos grises, ni apartar la vista de esa madre desconsolada, con el rostro vuelto hacia el cielo en un grito de dolor y el cadáver de su hijo entre los brazos. Ni de ese soldado muerto, con una espada rota y una flor en la mano, quizá la única esperanza dentro de la desoladora escena. Una mujer alza las manos e implora al cielo que los aviones dejen de bombardearlos. El sol representado por una bombilla, una casa en llamas... El horror se extiende hábilmente por todo el lienzo, mientras que la muerte aparece de manera cínica.

Un caballo y un toro, aturdidos, observan la estupidez a la que puede llegar el ser humano. Infinita, a veces.

Picasso siempre se mostró reticente a otorgar significado a su grandiosa obra; de ahí que una de las interpretaciones que se da a la figura del toro sea la de autorretrato del artista. En una ocasión tuve la oportunidad de leer que le resultaba pesado y hasta aburrido pintar las pequeñas líneas que asoman en algunas de las figuras de la obra, y fue su mujer quien realizó la tediosa tarea. Excentricidades de artista, posiblemente.

Los especiales trazos de Vincent van Gogh también se habían dejado seducir en alguna ocasión por la enigmática tenebrosidad de la muerte. En su casi desconocida obra *Calavera con cigarrillo*, el holandés resuelve con toda libertad de pinceladas ocre sobre fondo negro una mezcla entre el absurdo y el miedo. Siempre fui partidaria de pensar que, a pesar del carácter depresivo de Van Gogh y su acentuada manifestación pictórica, esta podría ser su obra más cómica.

Un cuadro que no me dejó impasible cuando tuve la fortuna de verlo por primera vez, en el Prado, fue el más famoso del pintor flamenco Joachim Patinir, realizado hacia 1520 y titulado *El paso de la laguna Estigia*. La prevalencia de los tonos azules y verdes en la obra de Patinir me entusiasmaba, pero en este lienzo, más si cabía, por no mencionar la influencia del Bosco. En esta, concretamente,



Caronte, encargado de transportar a los muertos al más allá, lleva en su barca, situada en medio del río que en castellano se llamó laguna por imperativo de la traducción, un alma que, por la orientación de su rostro, parece dirigir al infierno, que no al cielo. Se descubre entonces que ha elegido ya su destino. Ordalía.

En *Lección de anatomía*, Rembrandt trata la muerte desde el punto de vista científico. Un noviete venido a menos me comentó a modo de curiosidad, ya que estaba en el quinto curso de la carrera de Medicina y se sentía capacitado para alardear, que era de especial relevancia que el brazo que se disecciona, el izquierdo, sea visiblemente más largo que el derecho. Aunque también llegó a la conclusión de que podía tratarse de un defecto físico y que, por ese motivo, la autopsia empezaba por el brazo, cuando por norma general se empieza por el tronco. Eso aclararía parte del enorme misterio que también rodea este cuadro. Otro error anatómico, me decía entusiasmado, es que, a pesar de que el autor no ahorra en detalles, pues pinta la musculatura, los tendones, las pinzas separadoras y los músculos, hay un tendón que no debería insertarse en el húmero, tal como aparece en el cuadro. La otra mano, la derecha, tampoco parece pertenecer al cadáver que se disecciona, sino a otro modelo. Con independencia de esta inexacta disposición anatómica, resulta espectacular el contraste de las túnicas de

los cirujanos con el tono extremadamente pálido del cuerpo yacente.

Se cuentan por centenares las obras dedicadas a la crucifixión y muerte de Jesucristo. Goya, por ejemplo, representó el momento en que eleva la mirada con la boca entreabierta para pronunciar las palabras de súplica a Dios, aunque evitó la sensación tétrica y lúgubre de otros autores que pretenden despertar la piedad del observador. O Velázquez, que representa en *Cristo crucificado* a un Jesús majestuoso, ennoblecido, sereno y lleno de dignidad. Como ocurre con cualquier obra meritoria, en torno a ella fluctuaban y fluctúan las leyendas sin descanso. Se dice que el autor lanzó contra el lienzo todos sus pinceles, enfadado porque el rostro de Cristo no quedaba completamente de su gusto, aunque después aprovechó la mancha beneficiosamente en la abundante melena que cubre parte de la cara. Oí también, en otra ocasión, que Diego Velázquez había pintado la primera mitad con tal perfección que, por miedo a no alcanzar ese nivel con la otra segunda, decidió que la cabellera cayera por el rostro. Lo que tenga el mito de verdad o mentira, solo el artista lo sabía. Pero ese recurso, fortuito o meditado, hizo que la obra ganará en seriedad, sin dejar de lado una estética impecable. Pero si existe un cuadro en que la muerte adquiere un espantoso y apocalíptico protagonismo es *El triunfo de la muerte*, de Pieter Brueghel el Viejo; el título lo dice todo.

La falta de Arthur adquirió especial relevancia cuando evoqué aquella obra pintada hacia 1562, ya que él, en su infinito conocimiento, mostraba especial predilección por el estremecedor conjunto. En cualquiera de las escenas a las que remitamos nuestros ojos se muestra omnipresente la muerte, representada alegóricamente por un ejército de esqueletos que arrasa, saquea, destruye, degüella, ahoga, ejecuta, decapita, asesina, enjuicia e incluso caza descaradamente con perros esqueléticos. Resulta tétrico ver como un perro olfatea el cadáver de un niño en un paisaje insípido y sombrío donde la muerte se presenta como el destino del que nadie puede escapar. «Arthur tampoco ha escapado a ella», pensé con un halo de tristeza en el rostro.

Esta ley de vida, injusta en muchos casos, favorece la dogmatización de la finalidad moralizante que pretende transmitir el autor de *El triunfo de la muerte*. A cualquier ser vivo de sensibilidad emergente le blanquearía la tez el horror que plasma el cuadro.

Aunque como horror se podría definir la espantosa muerte que había tenido Arthur.

La mañana transcurrió lenta y flemática entre consternación, interrogatorios y conjeturas, con el fin de establecer una versión oficial de los hechos, aunque la investigación policial que se realizó durante los meses

posteriores apenas arrojó luz sobre las numerosas incógnitas que rodearon el asesinato. Pero todo cuanto hacíamos o pensábamos aquel día estaba impregnado de una enorme turbación y angustia y, huelga decirlo, de tristeza. Como era de rigor, durante todo el día se mantuvo la galería cerrada al público. Las investigaciones de la policía se dilataron hasta exprimir los últimos minutos de sol. Eso nos obligó a permanecer allí prácticamente la jornada entera, sumergidos en una total incomunicación con el exterior. Pero no importaba; nada importaba. La muerte de Arthur y su esclarecimiento eran más importantes que nosotros, más importantes que nada.

En mi cabeza, las elucubraciones deambulaban sin rumbo fijo hasta que se convirtieron en una severa migraña que me costó varios analgésicos mitigar. Independientemente de que se descubriera quién había asesinado a Arthur, me asaltó de manera fugaz una idea que identifiqué instantes después: entrar a hurtadillas en su despacho. La impresión de que aquel rincón personal, transformado en caja de secretos, podría contener la respuesta de alguno de los interrogantes relacionados con la Alianza de los Siete Arcángeles que aún se presentaban sin solución era lo único que me permitía establecer un vínculo con la realidad. Así que esa misma noche, con el pretexto de despachar unos papeles urgentes que solicitaban mi atención, y en silencio, tanteando cada

pisada, trasasé el cordón que restringía el paso al despacho de Arthur y me adentré sigilosamente en él.

Según había oído decir a la policía científica, solo quedaba por registrar la caja fuerte. Lo intentarían a la mañana siguiente, cuando llegara el experto en abrir ese tipo de receptáculos. Me vi entonces con el deber, no sé si tanto con el derecho, de saber qué contenía antes que ellos. Me constaba que parte de la información crucial que tenía Arthur sobre la Alianza se guardaba celosamente allí, y me sorprendí sintiendo la extraña obligación de escudriñar lo que pudiera amparar. Intenté dejar de lado la ofuscación y la avalancha de sensaciones encontradas que me producía el profanar uno de los lugares sacrosantos de Arthur, sobre todo, porque había pasado sus últimos minutos de vida en él.

En ese instante tomé la firme decisión de tocar y hurgar lo preciso, y de permanecer en la estancia el tiempo estrictamente necesario, ni más ni menos. Hice una profunda inspiración mientras echaba un vistazo rápido a mi alrededor. Aún se percibía el olor del último cigarrillo que se había fumado. Me estremecí al percatarme de que el silencio batía mis oídos vertiginosamente. Cierta anarquía en la meticulosidad con que Arthur ordenaba sus cosas: papeles descolocados, marcas en el suelo y postits con notas ininteligibles alrededor de lo que presumí la posición del cuerpo maltrecho de la víctima, testimoniaba el exhaustivo examen de la policía. Segundos después continué mi

particular recorrido visual por el despacho. Como si caminase junto a una trampa mortal en la que podía caer en cualquier momento, imprimí a mis pasos aplomo, prudencia y reflexión hasta alcanzar la caja fuerte, situada al otro lado del despacho, tras la trampilla disimulada con los tonos marfil de la pared.

Logré llegar a ella sin que la efervescente imagen del cadáver de Arthur asaltara mi mente. Sonó un clic seco cuando abrí cuidadosamente la puertecilla que me enfrentaba al frío metal de la caja de seguridad. Sabía que Arthur había encargado un cierre personalizado, pero no había tenido oportunidad de ver con detenimiento su compleja distribución. Lejos de las típicas ruedas que asociamos a las cajas fuertes, esta se abría mediante una matriz electrónica cuadrada, formada por cinco filas y cinco columnas. En cada una de las veinticinco casillas aparecía una A que, aparentemente, había que sustituir por la letra adecuada.

Incrédula, realicé un cálculo aproximado de las permutaciones con repetición que se podían extraer de las veintisiete letras de que consta el alfabeto español, y me alegré de que los dígrafos se hubieran suprimido oficialmente. Aventuré con osadía, para alivio estadístico, que las palabras utilizadas en la combinación estaban en castellano y no en la lengua materna de Arthur ni en alguna otra de las que conocía. Con todo, mi desánimo crecía proporcionalmente a las soluciones posibles. Continué

haciendo cábalas con creciente desasosiego, casi rendida a la impotencia ante tantas perspectivas y tan pocas opciones de acierto. Sin embargo, podía más la curiosidad de saber qué contenía la caja fuerte.

Observé de nuevo la serie de casillas; en todas despuntaba una A inscrita electrónicamente en color blanco sobre fondo negro. Supuse que para avanzar por el alfabeto habría que pulsar la casilla correspondiente tantas veces como posiciones ocupara en el abecedario la letra que se deseara poner en ella.

—Contraindicado para aperturas con exceso de prisa —susurré al silencio.

No me sorprendía en Arthur. Ahí era donde entraba en juego la paciencia, tanta como fuera precisa.

Eché un vistazo rápido al reloj; las manecillas se situaban cerca de las once de la noche. Retrocedí un par de pasos para adoptar perspectiva. Demasiadas probabilidades para tan escaso tiempo. Aquella ambiciosa empresa se presentaba como algo emocionante y frustrante a la vez. Meneé la cabeza y cogí aliento.

Arthur era una persona difícil de conocer, se podría decir que casi imposible. Hablaba poco y expresaba menos. Su carácter hermético, enigmático y, en no pocas ocasiones, intratable para los que no conseguían conquistar su ostracismo, descolocaba al más pintado. Con todo, si algo lo caracterizaba era su talante perceptivo y extremadamente

inteligente. Sin dar demasiadas cosas por sentadas, comencé a dudar que Arthur, con su habitual sentido práctico y precavido contra la suerte que el diablo concede a veces a los malos, hubiera dejado al azar la posibilidad de atinar con la combinación que pudiera dar luz a sus secretos. Entonces se me pasó por la cabeza la hipótesis de que esa combinación orquestada por Arthur se basaba en alguna existente. Solo era una vaga intuición, pero confiaba en no equivocarme. De pronto, mientras mi cabeza se encontraba sumida en el recuerdo de los mil y un cuadrados considerados mágicos, en mi bolsillo vibró el teléfono móvil. Di un respingo en respuesta al sobresalto. Era Álex quien me requería. Descolgué inmediatamente.

—Hola —dije sin alzar la voz.

No era demasiado conveniente llamar la atención del personal de seguridad. Al fin y al cabo, estaba cometiendo un delito en toda regla: la obstrucción de las pruebas que pudieran obtener las autoridades.

—¿Dónde estás, fierecilla? —me preguntó, amable—. Llevo todo el día sin noticias tuyas, y tengo necesidad de ti.

—En casa —musité, temerosa de que la entonación me delatase.

—¿En casa? —repitió mordaz y, presumí, incrédulo.

—Sí, en casa.

—No deberías mentir a tu señor —me dijo autoritario—. A los mentirosos hay que aplicarles severos correctivos.



Esa vez su voz sonó inflexible y seria, y así me tomé su advertencia. Los instantes de silencio se prolongaron a mi lado del teléfono. Me cogió totalmente desprevenida que Álex extrapolara su rol de amo y, por consiguiente, el mío de sumisa, más allá de las fronteras de la sesión. No sé por qué me había quedado con la insípida idea de que nuestros roles se acotarían al juego. Me agradó mucho que no fuera así.

—¿No vas a responder a tu señor? —Seguía sonando severo.

—Sí, mi señor —me esmeré en contestar—. Tiene razón. No debo mentirle.

—¿Y bien? —insistió.

—Esta mañana, Arthur ha aparecido asesinado en la galería.

—¿Asesinado? —expresó Álex con sorpresa.

—Sí. De un tiro en la sien —especifiqué—. En este momento estoy intentando abrir su caja fuerte —solté sin preámbulos.

—Eso es delito —afirmó en tono contundente.

—Lo sé, pero es absolutamente necesario que acceda al contenido antes que la policía —señalé rápida.

—¿Y a qué se debe esa absoluta necesidad?

—Más que absoluta, podría decirse que es imperiosa. Si pudiera..., si pudieras acercarte a la galería, te explicaría todo lo sucedido.

—Está bien —respondió—. En diez minutos estoy ahí.

Transcurrido exactamente ese tiempo me encontraba dando paso a Álex al interior de la galería. Nos miramos largamente cuando nos encontramos en el umbral. Sin pretenderlo, habíamos implantado un lenguaje visual que determinaba de inmediato cómo se encontraba el otro sin necesidad de expresarlo con palabras.

Nos acercamos con sigilo al despacho. Tras una breve pero pertinente explicación sobre la trágica e inesperada muerte de Arthur, pasé a mostrarle la caja.

—No entiendo qué tenemos que ver con la muerte de Arthur, y menos aún, con su caja fuerte —expuso Álex mientras sus cejas se elevaban a modo de interrogación.

—Arthur era un ángel custodio —dije sin más mientras giraba la cabeza hacia él, situado unos pasos por detrás de mí—. Conocía el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles. —El rostro de Álex se tensó al oír aquello—. ¿Sabes ahora por qué lo han asesinado? —le pregunté, percibiendo que ya intuía la respuesta.

No dijo nada.

—Si me lo permites —intervine de nuevo—, mañana te daré cuenta de todo lo sucedido, con calma. Ahora necesitamos todo el tiempo posible para abrir esta caja sin que se nos adelante la policía —opiné coherentemente—. Me consta que Arthur guarda en ella pistas relevantes sobre

la Alianza y, quizá, el lugar donde se encuentra el osario de Jesús.

Álex se quedó mirándome con cara de circunstancias.

—Mañana tendrás que explicarme muchas cosas, jovencita —dijo serio, aunque se mostró complaciente con mi propuesta.

Me limité a asentir ligeramente.

—Arthur —empecé a explicar— encargó un sistema de seguridad basado en una estructura de veinticinco casillas. —Alargué el brazo y señalé el cuadro.

—¿La combinación no está formada por números? —observó Álex cuando, al situarse más cerca de la caja, vio con detalle la matriz.

—No —respondí—. La forman letras.

Frunció el ceño. No pareció gustarle demasiado.

—Es una cerradura electrónica, no mecánica —apuntó—. En algún momento de mi vida se me dio bien el bloqueo de manipulación de estos artefactos.

Lo miré circunspecta y con expresión extrañada. Álex sonrió mientras palpaba cuidadosamente el dispositivo que tenía delante.

—Bloqueo de manipulación... —repitió—. ¿No sabes qué es? —me preguntó sin desatender su cometido.

—No. Jamás me ha dado por abrir cajas fuertes —expuse irónica.

—Hasta ahora —repuso con una de sus seductoras sonrisas—. Es usted toda una caja de sorpresas, señorita Darey —dijo en voz baja, lanzándome una mirada perversa.

Carraspeé para disimular el rubor que me quemaba las mejillas.

—No tengo de ángel tanto como usted se piensa, señor Vanderbilt —dije.

—Ya veo que es un diablillo, señorita Darey, y que se merece una buena azotaina. —Su mirada se tornó aún más perversa. Volví a carraspear. Álex giró de nuevo la cabeza hacia el panel electrónico—. Se trata de manipular la caja a fin de obtener la combinación que la abre sin dañarla. Requiere algún que otro conocimiento sobre las distintas acciones mecánicas de las diversas cerraduras, y cierto nivel de perspicacia y paciencia. Al final resulta divertido. —Sonrió—. Sin embargo, eso va muy bien para las de combinación rotativa. Las cajas fuertes de cerradura más sofisticadas, las de código electrónico, distan mucho de seguir un procedimiento semejante.

—Eso quiere decir que obtenemos la combinación correcta o nos quedamos sin abrir la caja, ¿verdad? —dije desalentada.

—Sí, básicamente —confirmó Álex, para mi pesar—. Las cerraduras electrónicas ofrecen mayor seguridad que las mecánicas. Además, permiten muchas más combinaciones.

—Creo que por eso prescindí Arthur de la cerradura original e instaló otra a su gusto —manifesté—, pero aún no he logrado saber por qué quiso personalizar la combinación con esa particular forma de matriz.

—Entonces, ¿crees que la disposición de las casillas no es casual? —quiso saber Álex.

Mis labios se curvaron en una ligera sonrisa impregnada de cierto aire ausente.

—Arthur era esencialmente práctico —dije mirando el panel, aunque sin verlo —, poco amigo del azar. Creo, o quiero creer, que esta combinación tiene una reflexión más metódica y estudiada. Es una estratagema mental.

—Puede que tengas razón, pero es casi imposible que la combinación esté basada en un cuadrado mágico —objetó prudente—. Están compuestos en esencia por números, no por letras.

—Soy consciente de ello. Pero no es una razón que satisfaga la impresión que tengo.

—Lo que proporciona a estos cuadrados su peculiaridad es la constante mágica, es decir, que el sumatorio de los enteros que lo componen por filas, columnas y diagonales arroje el mismo valor. No es posible generar una constante mágica en una estructura matricial compuesta por letras.

Suspiré agotada. A esas alturas del día, con todos los acontecimientos que habían tenido lugar y la falta de sueño,

era presa de una acusada fatiga. Me sentía desfallecer. Álex me lanzó una mirada comprensiva.

—Lo estás haciendo muy bien, Loane —dijo en tono firme.

El respeto que aprecié en sus palabras no me pasó inadvertido y, aunque me sirvió de consuelo instantáneo, no alivió por entero el desánimo del momento.

—No estaré haciéndolo tan bien si la policía científica se hace con lo que haya en la caja antes que nosotros —dije—. Ya conoces la envergadura del secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles. Es una bomba de relojería; si cae en las manos indebidas...

—No te castigues de esa manera. Para eso ya estoy yo, recuérdalo —añadió irónico.

Se acercó hasta mí y, tras cogerme el rostro entre sus enormes manos, me dio un beso en la frente. Lo abracé con fuerza, como si pretendiera no caerme en un profundo abismo.

—¿Mejor? —me preguntó. Simplemente asentí.

—La muerte de Arthur... —comencé a decir, bajando la mirada hasta el suelo—. Lo han asesinado aquí mismo, ¡aquí! Y los dos sabemos cuál ha sido el motivo; el mismo por el que podrían...

Aquellas palabras nacían con visible dificultad de mi garganta. Estaba realmente abrumada por las circunstancias,

aunque me costaba reconocerlo. Álex me apretó más fuertemente contra sí al advertir mi miedo.

—Nada malo te va a suceder mientras yo esté cerca, Loane —aseveró—. Nada. ¿Te queda claro? Tienes que confiar en mí.

—Confío en ti. Lo sabes. Pero hay veces en que no se puede escapar a la muerte... Quizá la persona que haya pegado un tiro en la sien a Arthur sea la que me acecha a mí. Quizá solo esté esperando el momento oportuno para...

—Shhh... ¿Es que no has escuchado lo que te acabo de decir, jovencita? Mientras yo te proteja, mientras te dejes cuidar por mí, nada malo te sucederá.

Inhalé una bocanada de aire que ocupó toda mi capacidad pulmonar, y calmó en cierta medida los nervios y el miedo.

—Tenemos una caja fuerte que abrir —dije mientras me soltaba de su abrazo— y, por desgracia, no disponemos de demasiado tiempo.

—Tal vez concorra una equivalencia entre el alfabeto y las cifras de alguno de los cuadrados mágicos existentes —expuso como idea.

—Admitamos esa posibilidad. En arte se han plasmado también algunos de estos cuadrados mágicos. Quizá Arthur haya establecido un paralelismo con alguno de ellos como posible combinación, para después sustituir los números por letras. Por ejemplo, el pintor renacentista alemán Alberto Durero, aficionado a los juegos numéricos, plasmó en

*Melancolía I*, uno de sus más famosos y misteriosos grabados, lo que se considera el primer cuadrado mágico de las artes europeas. Pero mucho me temo, ahora que lo pienso, que tu idea sobre la equivalencia con las letras del alfabeto, y la mía de que Arthur basara su combinación en alguno de los cuadrados mágicos representados en el arte, se desvanecen en este caso.

Tomé un papel y esbocé el cuadrado mágico de Durero.

16	3	2	13
5	10	11	8
9	6	7	12
4	15	14	1

—Si observas detenidamente —dije señalando el dibujo—, en el cuadrado de Durero se obtiene treinta y cuatro en la suma de filas, columnas y diagonales. También dan como resultado la constante mágica las cuatro submatrices de dos por dos en las que se divide. Aparte, los números centrales y los de las cuatro esquinas también suman treinta y cuatro. A



modo de curiosidad, si te fijas, las dos cifras centrales de la última fila muestran el año en el que se realizó la obra: 1514. Pero no nos sirve para nuestro cometido: el cuadrado de Durero es de cuatro por cuatro, y el que nos afecta a nosotros tiene que ser de orden cinco.

—¿Y el que aparece en la fachada de la Pasión de la Sagrada Familia de Barcelona? —sugirió Álex de repente.

—Tienes razón —le dije, al tiempo que hacía memoria—. No recuerdo con exactitud qué orden posee, pero sí que su combinación mágica es treinta y tres, la edad a la que murió Jesús. Me acuerdo del dato porque cuando estudiaba la influencia de la masonería en el arte salió a colación que la elección de esta cifra por parte de Gaudí podía no deberse a la edad de Jesucristo, sino a su supuesta adscripción a la masonería.

—No conocía esa teoría —señaló Álex.

—Según parece, la masonería posee treinta y tres grados tradicionales; de ahí la presunción de que Antonio Gaudí fuera masón.

—Los grados correspondientes al nivel de conocimiento del oficio masónico alcanzado por el iniciado —expuso Álex—. Treinta y tres son los estadios de ese conocimiento.

Confirmé su argumento con un rápido gesto de afirmación.

—Sigo sin acordarme exactamente de cuántas filas y columnas tenía el cuadrado mágico de la fachada de la Sagrada Familia. Estoy demasiado ofuscada.

—Relájate. Te estás empleando demasiado a fondo, y eso no siempre es bueno. —Me miró con admiración—. Hay una manera muy sencilla de salir de la duda.

Sacó el teléfono móvil de última generación, tecleó unas cuantas veces en la pantalla táctil y me lo ofreció. En él aparecía una foto panorámica de la fachada de la Pasión del templo. Acerqué la imagen hasta ver con nitidez el cuadrado mágico y observé detalladamente la disposición de los números en la matriz.

1	14	14	4
11	7	6	9
8	10	10	5
13	2	3	15

—También es de orden cuatro, y sigue sin sernos útil para nuestro cometido —dije desalentada de nuevo.

Álex tomó el móvil entre sus manos y comprobó que, para nuestra mala suerte, lo que afirmaba era cierto. El cuadrado

mágico de la Sagrada Familia defraudaba nuestras expectativas. En ese momento me replegué en mí misma, en silencio. Necesitaba escuchar únicamente la voz de mi interior y encontrar una solución de forma rápida. El tiempo pasaba demasiado deprisa mientras dábamos palos de ciego en aquella desatinada lista de posibilidades.

Observé a Álex unos instantes; tenía una actitud pensativa y ligeramente sombría. Supuse que su cabeza estaba envuelta en un sinfín de pensamientos imprecisos, cálculos inexactos y soluciones a las que no acababa de encontrar salida, como me sucedía a mí. En algunos momentos me ganaba el desánimo, y en otros, la impotencia. Varios minutos transcurrieron en silencio hasta que nuevamente dirigí la mirada hacia la caja fuerte. Posé los ojos en el cuadrado electrónico, y el sonido sigiloso de mis pasos rompió el silencio instalado en la estancia. Me detuve a escasos centímetros y me quedé con la mirada fija en aquella matriz de letras.

—¡Tiene que ser más sencillo! —exclamé desesperada, en voz baja—. Una matriz de cinco por cinco... —dije alzando ligeramente la voz, sin apartar la vista del panel—. Un cuadrado mágico de letras, compuesto por cinco palabras, cuya constante mágica tendría que ser... ¡un palíndromo!

En ese mismo instante caí en la cuenta. ¿Cómo no me había percatado antes? El corazón empezó a palpitarme con violencia. Con un reflejo instintivo, giré la cabeza y miré a

Álex, que mostraba una sonrisa en los ojos. Advertí de inmediato que lo había deducido a la vez.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le pregunté, dejando entrever una incipiente impaciencia.

Una sonrisa de satisfacción curvó sus labios, y ese gesto me sirvió de respuesta. Como si el pensamiento de cada uno fuera un libro abierto para el otro, los dos exteriorizamos a un tiempo la conclusión a la que habíamos llegado.

—¡El cuadrado de Sator! —exclamamos al unísono.

—¿Cómo no hemos pensado antes en él? —me preguntó Álex, asombrado—. El cuadrado de Sator encaja perfectamente con la disposición de la caja fuerte.

—¡Exacto! —dije envuelta en entusiasmo—. Además, ¿sabes quién fue la primera persona que me habló del cuadrado latino? Arthur —anuncié, sin darle tiempo de responder—. Él me descubrió el cuadrado de Sator. Parece que lo hubiera hecho a propósito —pensé en alto—. Es bastante coherente que lo haya utilizado de clave para salvaguardar, como ángel custodio, el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles. Esta combinación encaja exquisitamente con la persona que era.

Tomé de nuevo el papel en el que había esbozado minutos antes el cuadrado de Durero para plasmar el de Sator. Ordenadamente y sin pérdida de tiempo, tracé con método las letras de las cinco palabras latinas que lo componían: SATOR, AREPO, TENET, OPERA y ROTAS. Rodeé el

término TENET, que forma una cruz en el centro, y se lo mostré a Álex.

S	A	T	O	R
A	R	E	P	O
T	E	N	E	T
O	P	E	R	A
R	O	T	A	S

—Siempre me ha llamado poderosamente la atención — señaló él mientras lo observaba con serenidad—. Es perfecto en su construcción y enigmático en su composición. Cualquier cuadrado mágico numérico denota un gran equilibrio en su estructura; sin embargo, el equilibrio es mayor si las celdas que lo forman contienen letras y no números. Es curioso el modo en que se repiten las cinco palabras, se lean de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de arriba abajo o de abajo arriba. El misterio que encierra el cuadrado de Sator es tan inmenso como asombrosa su complejidad —dijo reservado.

—Entiendo que Arthur lo escogiera como clave para su caja fuerte —manifesté—. Es extraordinario.

—Todavía no sabemos si la abrirá —apuntó Álex con satisfacción irónica.

—Seguro que sí —afirmé.

Me devolvió el papel, y lo aferré con firmeza entre mis manos, como si se tratara de mi única oportunidad de salvarme en una timba de cartas en la que estuviera en juego mi vida. Eché un último vistazo a las palabras y me acerqué de nuevo a la caja de seguridad. Álex me siguió. Cuando lo tuve al lado lo miré de reojo, esperando su visto bueno para dar paso a la siguiente acción, la crucial. Asintió con una leve inclinación de cabeza. Respiré hondo, alargué el brazo y palpé cuidadosamente el panel electrónico. Desprendía una ligera tibieza, pero me pareció que me quemaba las yemas de los dedos y retiré la mano involuntariamente. Me temblaba. Volví a acercarla, esta vez más firme, y apoyé el índice en la primera casilla. Pulsé diecinueve veces hasta que apareció la *S*. Sucesivamente fui tecleando cada una de las letras que formaban el cuadrado de Sator. A medida que avanzaba en mi cometido me parecían más estrepitosos los latidos del corazón contra las costillas. Cuando pulsé diecinueve veces la vigésima quinta casilla para conseguir la última *S*, lo único que faltaba era pulsar la tecla *OK* para confirmar.

Consulté de nuevo a Álex con la mirada. Se hallaba abstraído en el movimiento de mis dedos. Percibí que su postura no era relajada. Estaba inquieto, al igual que yo. Sonrió ligeramente cuando se encontró con mis ojos. Con disimulo, crucé los dedos de la mano izquierda para conjurar buena suerte a la delicada gestión y, casi sin mirar, apreté el botón de forma decidida. De repente me asaltó una imagen del rostro de Arthur, serio, mirándome por encima de sus viejos lentes. Un silbido rompió el silencio y atrajo nuestra atención. A continuación, un clic que me resultaba familiar certificó la apertura de la caja fuerte. En ese preciso instante, mi corazón pareció descolgarse del hilo del que pendía desde hacía varios minutos. El característico sonido borró las expresiones de impaciencia de nuestros rostros y las transformó en una momentánea calma. Cuando la cerradura hubo cedido a nuestro deseo, abrí la pesada puerta de la caja fuerte con sumo cuidado, como si acabáramos de desactivar una bomba, y eché un tímido vistazo a su interior.

En un primer momento, nada pareció llamar mi atención. Un organizado cúmulo de lo que a simple vista parecía papeleo oficial reposaba encima de un enorme sobre de color amarillo. Lo cogí y, bajo la solícita mirada de Álex, retiré el cordón que lo cerraba. Por encima de todo despuntaba una foto en blanco y negro de escasa nitidez, pero se distinguía un paisaje austero y sobrio. De fondo, lo que se adivinaba como la silueta de unas montañas

escarpadas, y en primer plano, una maraña de arbustos que rodeaba una tumba de grandes dimensiones. Volví la fotografía hacia Álex para que pudiera verla mejor, con la esperanza de que diera explicación a la imagen; sin embargo, guardó silencio. Antes de que pudiera seguir explorando los papeles, una segunda fotografía cayó de entre ellos. Adelantándose a mi intención, Álex se agachó a recogerla y me la mostró. No atendí a su expresión en ese momento, pero cuando alcancé a observar la imagen me quedé atónita. Lo que se veía en ella me aceleró el pulso de manera vertiginosa. Al igual que la anterior, también estaba en blanco y negro. La escasa calidad subrayaba su antigüedad, pero así y todo, el enorme sepulcro se distinguía perfectamente, ya que ocupaba el encuadre casi por entero. De fondo, un escenario que, a nuestros ojos, resultaba de lo más familiar en conjunto con el colosal sepulcro. El semblante de Álex reflejaba desconcierto, y con él, el mío adquirió un toque ligeramente sombrío. Si no fuera porque creía conocer a Arthur mínimamente y por la falta de humor que dedicaba a según qué asuntos, habría jurado que se trataba de una broma de mal gusto.

—Es increíble lo que parece mostrar esta vieja fotografía —advirtió Álex, comedido ante la idea que su cabeza estaba fraguando.

—El fondo... —Vacilé—. El paisaje..., la tumba..., es....



—... el escenario que reflejó Nicolas Poussin en la segunda versión de su cuadro *Et in Arcadia ego* —se atrevió a decir mientras meneaba la cabeza—. Esta fotografía plasma casi con exactitud el entorno que reprodujo el autor francés en su obra —concluyó en consecuencia.

—¿Te das cuenta? —pregunté de modo retórico—. Nicolas Poussin pintó un paisaje real —acentué asombrada—, con una tumba real. El sepulcro donde se encuentran los huesos de Jesús existe físicamente.

Casi de manera inmediata noté un escalofrío en la nuca. De repente nos sobresaltó un extraño ruido al otro lado de la puerta, en el pasillo. Álex se acercó al interruptor con sumo sigilo y apagó la luz.

—Probablemente, los guardas de seguridad están haciendo una ronda de vigilancia —supuso en voz baja—. Hemos de salir de aquí cuanto antes —sugirió. Asentí sin vacilar.

La penumbra en que se hallaba sumida la estancia nos garantizaba una discreción desmentida únicamente por las luces de la ciudad y el claro de luna que se colaban con imprudencia por la ventana. Sin dilación, introduje las fotografías en el sobre y, a media luz, escudriñé con presteza el resto de la caja fuerte. Ninguno de los demás papeles guardados en ella parecía tener nada que ver con el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles. Sin pensármelo dos veces, cerré la caja, dispuesta a llevarme el sobre para

examinar su contenido con calma más adelante. Con máxima agilidad y sumo cuidado, Álex y yo salimos del despacho de Arthur y nos dirigimos al mío.

Lo primero que hicimos fue cotejar el escenario que aparecía en ambas instantáneas con el plasmado por Poussin en el lienzo. Para nuestro creciente asombro, era innegable que se trataba del mismo entorno. El autor francés había cimentado su cuadro en un paisaje real. No era un mero contexto para situar el anagrama que llevaba a desentrañar el secreto ocultado por la Alianza de los Siete Arcángeles, sino que ofrecía también el enclave donde se encontraba. Un doble propósito perfectamente estudiado.

—Fíjate, Loane —llamó mi atención Álex—, el árbol, la cúspide de la montaña que se ve de fondo, el túmulo... —dijo señalando cada una de las partes que nombraba—. ¿No es demasiada casualidad?

—No —respondí—. Al menos en este caso. Creo que Poussin sabía perfectamente lo que se hacía. El paraje que pintó no es imaginario ni escogido al azar; nada en este asunto tiene cabida para las coincidencias. Es inquietante —postulé finalmente.

—Desde luego —confirmó Álex con contundencia—. Pero lo es más aún pensar que realmente existe un lugar en el mundo donde, quizá, podrían hallarse los restos mortales de Jesús.

—¿Crees que el sepulcro de la fotografía contiene los huesos del Mesías? —interrogué.

—Como bien has dicho antes, nada en este asunto tiene cabida para las coincidencias, aunque ofrezca, claro está, infinitas posibilidades.

—¿Dónde se encontrará este lugar? —lancé al aire—. También aquí, el abanico de probabilidades puede ser infinito —señalé.

—¿En Italia? —sugirió—. A excepción de un breve periodo durante el cual el cardenal Richelieu le ordenó volver a París como pintor principal del rey, Nicolas Poussin pasó la mayor parte de su vida en Roma.

—Es posible —dije escuetamente.

—Durante la corta etapa que pasó en Francia —matizó, refrescando la memoria— solo realizó trabajos menores y varias pinturas para las capillas reales. Sus obras maestras están realizadas en Roma o, en su defecto, en Italia.

—Italia no es mala opción —recalqué—. Además, ya sabemos que el encargo lo hizo el cardenal Giulio Rospigliosi, que más adelante sería el papa Clemente IX. Todo parece encajar —dije, intentando ser concluyente y avivar las esperanzas.

—Efectivamente —corroboró Álex—. Pero ten en cuenta que nos movemos entre posibilidades, no entre certezas. Todo puede ser y no ser.

Sabía que tenía razón. Quizá no fuera adecuado todavía dar más valor que el de conjeturas a todas esas ideas, inconcebiblemente remotas.

—En este asunto, las mejores certezas son las que no existen—sentencié.

Observé otra vez la fotografía, divagando con el nuevo centenar de posibilidades que volvía a presentarse ante nuestros ojos. Le di la vuelta; en el dorso figuraba una leyenda que llamó mi atención.

—Álex, escucha esto —le dije con actitud expectante mientras me disponía a leer en voz alta—: «Solo la Mano de Dios, mediada la décima segunda hora del ciclo del sol, traerá la luz de la verdad consigo» —recité pausadamente—. La nota está firmada con unas iniciales: «M. G. R.» —subrayé—. ¿No te parece extraño lo que dice?

Álex tomó la fotografía de entre mis manos y leyó el epígrafe en silencio. Su rostro carecía de expresión, pero su cabeza comenzó a moverse de un lado a otro, fruto del desconcierto.

—No es la letra de Arthur —apostillé mientras él seguía sin despegar los labios—. Empleaba rasgos de excesivo estilo gótico y poseía una acusada inclinación hacia el lado derecho. Esta, en cambio, es más elíptica, mucho más recta —expliqué—. ¿Qué querrá decir?

—No lo sé —respondió Álex—. Es a ti a quien se le dan extraordinariamente bien los acertijos. —Lo mire divertida.

—Y te aseguro que más tarde o más temprano desvelaré extraordinariamente bien este —solté irónica, blandiendo una ligera sonrisa.

—No lo pongo en duda. —Rio con ligereza. Le saqué la lengua.

—No deberías hacer gestos de burla a tu amo —dijo entre divertido, irónico y severo—. Es un acto por el que la podría castigar, señorita Darey —añadió.

Como una niña buena, bajé la cabeza y elevé los ojos hasta encontrarme de soslayo con los suyos.

—Ya sabe que soy una sumisa un tanto rebelde —me atreví a decir, solazada—. Conmigo deberá apelar a mucha disciplina, señor Vanderbilt.

—Y le aseguro que lo haré —respondió Álex—. Siempre se me han dado bien las sumisas insumisas. Supone un delicioso desafío meteros en cintura.

—No lo pongo en duda —dije vivaz, imitándolo. Él sonrió con mordacidad.

Volví a centrarme en la inscripción del dorso de la fotografía. La releí por si de pronto me suscitaba alguna idea interesante, pero no fue así. Por más vueltas que daba al acertijo, no establecía ninguna asociación que me resultara atractiva o me sedujera, y menos aún, que me pareciera probable. Cejé de inmediato en mi intento cuando me percaté de la intempestiva hora que marcaba el reloj. La madrugada

había atajado apresuradamente terreno a la noche y, en poco tiempo, el amanecer la arrastraría sin piedad.

—Es tarde, ¿verdad? —dijo Álex, haciéndose cargo de la situación.

—Sí —respondí.

—Lo mejor será dejarlo por hoy, jovencita, y proseguir mañana con las ideas frescas. Imagino que habrá sido un día duro —señaló mientras me dedicaba una mirada comprensiva—. Pero no se me olvida que tiene pendiente una explicación que darme —dijo al final con voz áspera.

—A mí tampoco se me olvida —expresé con actitud conforme—. Mañana tendrá su correspondiente aclaración, como es de ley. Y, sí, ha sido un día muy duro —afirmé con voz cansada—. El asesinato de Arthur nos ha dejado abatidos a todos, pero yo, además, estoy sumida en un caos mental que no soy capaz de sosegar. ¿Crees que lo ha asesinado el pelirrojo?, ¿aquel hombre que me atacó a mí? —pregunté en voz baja.

Un profundo silencio se adueñó de la estancia. Él evaluó la pregunta y, por supuesto, calibró la respuesta, aunque se me antojó que le dedicó más tiempo del rigurosamente necesario.

—Puede ser —dijo por último, con todo dubitativo—. De nuevo, las posibilidades abarcan un amplísimo abanico. La Alianza de los Siete Arcángeles tiene muchos enemigos; son

más las personas que ambicionan acabar con su secreto que las que desean sacarlo a la luz.

—Es lógico. Es un secreto muy peligroso. Ni siquiera nosotros, que sabemos de qué se trata, alcanzamos a imaginar las nefastas consecuencias que acarrearía su revelación, principalmente para la Iglesia católica y sus millones de adeptos.

—Y no solo para sus fieles —aclaró Álex—. Hay que tener muy presentes los efectos que causaría en el resto de creencias.

—Me da miedo pensarlo —dije sin poder disimular cierta preocupación—. Me da mucho miedo. Este secreto pesa ya demasiado, y la espalda empieza a resentirse. —Mi voz se desvaneció.

—Todo saldrá bien —me animó, acariciándome la mejilla.

Sus ojos se entornaron, circunspectos a mi angustia. En su expresión se adivinaba de igual forma una preocupación por todo cuanto sucedía, imposible de ocultar bajo ese semblante seguro, cínico y atrevido del que con fruición hacía gala. El miedo que producían en nosotros las posibles consecuencias de la verdad que había guardado la Alianza de los Siete Arcángeles desdibujaba la tranquilidad de nuestros rostros.

—Será mejor que me vaya. —Su voz grave sonó de nuevo—. O los guardas de seguridad acabarán por descubrirnos.

Confirmé en silencio su sugerencia, algo ausente y sumida aún en mis pensamientos.

Acompañé a Álex a la puerta. Ya en el umbral, apurando el adiós y sin apenas darme cuenta, me asió por la cintura y tiró con ímpetu de mí para robarme un beso. Un beso con sabor a sorpresa, a imprudencia, a tentación. Un beso dulce que poco después se transformó en un mordisco.

—Cómo te deseo —dijo entregado al placer del instante, al tiempo que se separaba de mi boca. El aliento de su voz me rozó los labios.

Noté de inmediato como se me encendían las mejillas y como, ante ese inflamado rubor, los ojos de Álex se iluminaban con una expresión de regocijo. No solo lo divertía pervertir mi inocencia, sino que también lo excitaba.

—Me perteneces, Loane. Siempre me pertenecerás —me recordó con severa locuacidad al oído.

Simplemente, sonreí. Los sentimientos tenían una lectura sencilla en mí, más allá de mis silencios.

Instantes después, su figura se fundía con la noche y se perdía entre las sombras. Cerré la puerta con cuidado y me encaminé de nuevo a mi despacho. Sin perder un segundo, me guardé en el bolso el sobre que habíamos sustraído de la caja fuerte, con todo su contenido, y me despedí diplomáticamente del personal de seguridad como si nada hubiera pasado. En la calle, sola y guarnecida únicamente por el silencio y la aterciopelada oscuridad de la noche, una



sonrisa traviesa escapó de mis labios. Me llevé los dedos a ellos; las ansias de Álex seguían allí, vivas. Por instinto, me bajé la mano a las nalgas y las acaricié. Entonces acudieron a mi cabeza las sugerentes imágenes de nuestra exquisita sesión.

## CAPÍTULO XIX

Marco G. Rospigliosi. Miércoles 27,  
10.00 horas. Hotel Acueducto.

Así rezaba la extraña nota que encontré entre las varias cosas que contenía el sobre sustraído de la caja fuerte de Arthur. Presumí que se trataba de una cita, un inminente encuentro con ese tal Marco G. Rospigliosi. Aquel nombre tenía una familiaridad que despertó mi suspicacia de inmediato.

«Marco G. Rospigliosi —repetí en silencio—. M. G. R., las iniciales con que se rubrica la inscripción del reverso de una de las fotografías. Tiene que tratarse de la misma persona», supuse.

Consulté el reloj de pulsera. Las agujas reflejaban puntualmente las ocho de la mañana cuando una enrevesada idea comenzó a tomar peligrosa forma en los alrededores de mi cabeza: sería yo quien acudiese a esa cita en lugar del fallecido Arthur.

Sin poder deshacerme de ese pensamiento, con el fin de no perder tiempo, me duché, me vestí, me lancé resuelta a la calle y me dirigí al Hotel Acueducto, situado en la zona periférica sur de Madrid.

Un sol de plomo caía sobre la ciudad cuando salí de casa y me fundí con la multitud. Las calles languidecían ante los pesados pasos del enjambre de viandantes que las transitaban sin detenerse. Sobre las diez menos cinco llegué a la puerta del hotel donde estaba concertado el encuentro. Se trataba de un establecimiento modesto, emplazado en una construcción de ladrillo visto bastante insípida que se levantaba tímidamente un par de pisos por encima de la calle. Unos cuantos escalones desgastados llevaban a la puerta doble de la presunta entrada principal. Recorrí la corta distancia hasta ella con la respiración entrecortada. Entré con cautela y, una vez traspasado el umbral, me encaminé a la recepción. En ella, un joven alto de pelo rubio ensortijado, vestido con una camisa de cuadros blancos y negros, mostró una solicitud servicial a mi llegada y me atendió de manera extraordinariamente cordial.

—¿Está don Marco Rospigliosi? —le pregunté.

—Detrás de usted —dijo mientras señalaba su posición con la cabeza—. En la última mesa, al fondo del saloncito —concluyó con una buena voluntad conmovedora.

—Gracias —le dije con amabilidad.

Di media vuelta. Frente a mí, en una sala por lo demás desierta, un octogenario de formas consumidas, con la cabellera veteada de plata y un traje anticuado, mataba el tiempo leyendo afanoso el periódico del día en una mesita situada estratégicamente en un rincón. Sin dilación en mis pasos, me acerqué hasta él.

—¿Es usted Marco Rospigliosi? —pregunté con timidez.

El señor Rospigliosi se bajó el diario hasta la mitad del rostro de modo sumamente perezoso, y sus ojos color avellana me dedicaron una expresión de curiosidad. El cabello canoso suavizaba sus facciones, surcadas de profundas arrugas.

—Así es, señorita... —afirmó, manifestando una exquisita dicción del castellano y cierta actitud desdeñosa.

—Darey, Loane Darey —me apresuré a presentarme.

Bajó por completo el periódico, lo dobló cuidadosamente y lo recostó sobre las rodillas mientras me miraba con vago interés. Le tendí la mano en ademán de amabilidad, pero estaba demasiado ocupado intentando adivinar que hacía una chica como yo preguntando por un señor como él para dignarse corresponder al gesto.

Marco Rospigliosi era un hombre de aspecto cordial y rasgos juiciosos. Todo su semblante tenía cierto aire clerical y místico, con una piel extremadamente blanca. En aquel primer instante se mostraba expectante, analizándome con una mirada inquisitiva y curiosa, intuyo que por mi

incongruente presencia en el lugar que debería ocupar Arthur. Comprendí que desde ese momento corría de mi cuenta manejar la situación con cuidado y, pese al poco prometedor comienzo, no desistí en mi empeño.

—Me envía Arthur Blake —tanteé con suavidad.

Sonrió desconfiado mientras ambos nos estudiamos a hurtadillas

—Dudo mucho que Arthur Blake se valga de emisarios —afirmó.

—No lo haría —confirmé con una obligada resignación en el tono—. Pero no habría podido acudir a esta cita aunque hubiese querido.

El señor Rospigliosi me miró desconcertado.

—Arthur ha sido asesinado —solté finalmente—, y creo que los dos conocemos el motivo.

Rospigliosi cogió el periódico y lo lanzó a la mesita de cristal.

—¿Cómo ha sido? —interrogó simplemente.

—Un tiro en la sien.

—Rápido y certero para el asesino, e indoloro y mortal para la víctima —argumentó.

Se santiguó con devoción tres veces seguidas y por último se besó el pulgar. Presumí que de esa manera bendecía la muerte de Arthur o, tal vez, alejaba la posible presencia del mal entre nosotros.

—¿Y cuál es, según usted, señorita Darey, la causa por la cual lo han asesinado? —sondeó sarcástico.

Mi mirada recorrió los rostros de las personas que acababan de entrar en la sala. Nadie nos prestaba la menor atención.

—El secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles —dije sin vacilar, esperando su reacción.

Mi respuesta fue recibida por un profundo silencio.

—¿Qué puede creer que sabe una jovencita acerca de la Alianza de los Siete Arcángeles? —dijo con desprecio, rompiendo la reserva.

—Lo suficiente para que quieran matarme a mí también —expresé con angustia.

El señor Rospigliosi frunció el ceño de un modo grave, y sus pupilas se contrajeron extremadamente ante la contundente aseveración. Aunque no parecía tener intención de darme tregua, su voz se tornó algo más benévola y estableció cierta apariencia de cordialidad. Seguidamente se incorporó con esfuerzo del sillón de marcado acento isabelino y se encaminó, encorvado por la avanzada edad, hacia la añosa licorera de roble que rocambolescamente presidía la sala. Sacó un par de copas de cristal de bohemia y una botella de color marrón con un característico lacre rojo en la etiqueta. Se trataba de Grand Marnier, un licor creado a finales del siglo XIX, a base de esencia de naranjas amargas engarzada delicadamente en la exquisitez del alma

del coñac. Aunque contaba y cuenta con gran éxito mundial, sus cuarenta grados eran una bomba de relojería para mí. No era ninguna erudita en licores; ni siquiera poseía conocimientos suficientes como aficionada o curiosa, pero conocía el Grand Marnier. A Charlie nunca le faltaba una botella en el segundo cajón de la mesa del despacho, para compartir discretos brindis con amigos íntimos y clientes de confianza.

Marco Rospigliosi se aproximó de nuevo a la mesa, me indicó con un gesto de la mano que tomara asiento, abrió la botella y empezó a verter Grand Marnier en mi copa. Los reflejos dorados de la bebida desdibujaron poco a poco la homocromía del cristal de una forma que me pareció casi mágica.

—¿Sabe usted que cada dos segundos se vende una botella de Grand Marnier? —dijo, restando rigidez al momento y sin perder aquella extraña predilección por los formalismos.

—No tenía ni idea —respondí.

Después de llenar su copa con una medida igual, se la llevó a la nariz para olfatearla, antes de dar buena cuenta de ella de un sorbo. Lo imité con la confianza de que el gesto haría surgir una auténtica corriente de cordialidad entre nosotros o, simplemente, distendería un poco el ambiente, y eché un breve trago por no explicar que era abstemia. El paso del licor por la garganta trazó un surco incandescente que sentí descender hasta que al fin cayó al estómago. Intenté

evitar por todos los medios que alguna mueca revelase las náuseas que me producía aquella bebida. El señor Rospigliosi bebió de nuevo; después se quedó mirándome pensativo desde el otro lado de la mesa.

—Es usted osada, Loane. Puedo llamarla así, ¿verdad? —  
Por primera vez me sonrió.

Asentí mientras mis manos sostenían la copa de Grand Marnier como si fuera la llave mágica que abriría los labios de Marco Rospigliosi. Ambos fuimos experimentando de forma gradual una creciente simpatía mutua.

—Pero no temeraria —puntualizó—. Pocas personas en su sano juicio se atreverían a beberse un coñac a estas horas de la mañana.

—La mayoría de las personas no tienen juicio y, menos aún, sano —apostillé.

—Estoy de acuerdo, sin duda —indicó, blandiendo de nuevo una sonrisa—. Yo también creo que las personas poseen cierta insalubridad en sus criterios. Pero no me ha contestado todavía, Loane. ¿Qué sabe sobre el secreto de la Alianza?

Hice un par de inspiraciones y carraspeé con deliberación. Los efectos del segundo trago de Grand Marnier comenzaron a arrojar una luz más nítida sobre el motivo que me había llevado allí.

—A principios de agosto —empecé a explicarle con firmeza—, un barcelonés solicitó mis servicios



profesionales, como experta en arte, para que lo ayudara a descubrir un supuesto secreto histórico cuya clave se hallaba oculta en un famoso cuadro. La incredulidad inicial dio paso a la curiosidad, y al cabo de un mes de discretas pero fructíferas investigaciones, puedo asegurar que ese cuadro es *Los pastores de la Arcadia*, de Nicolas Poussin. Gracias a quién sabe qué mágica mano pude descifrar el anagrama que encierra el epitafio que pintó Poussin a modo de *memento mori*. Sé que el secreto que ocultó la Alianza de los Siete Arcángeles, y que ha superado dos mil años de silencio, es el cadáver de Jesús de Nazaret. Soy consciente de que los siete apóstoles que la constituían guardaron celosamente los huesos de su maestro.

Quizá no debería haberle contado todo aquello, pero tenía la seguridad de que Marco Rospigliosi era digno de mi confianza. Volví los ojos hacia él. Su mirada se había vuelto opaca.

—¿A quién está ayudando? —preguntó, antes de dar otro generoso trago.

—Eso no importa. Es un simple mandado en este asunto; no tiene más interés en él que el de cumplir un encargo.

—Si me permite un consejo...

—Por favor —lo animé.

—Tenga mucho cuidado con las intenciones de las personas, y más si cabe, con las segundas intenciones de esas mismas personas. Cuando la Alianza de los Siete

Arcángeles está por medio, la gente se suele granjear más enemigos gratuitos que amigos, y estos últimos también tienden a venderse al mejor postor, llegado el caso.

—Muchas gracias por el consejo, señor Rospigliosi, pero todo marcha bien, de verdad.

—¿Sabe de quién proviene el encargo, entonces?

—No lo sé, y él tampoco. Pero sea quien sea, se trata desde luego de alguien sumamente misterioso, que no está dispuesto a desprenderse de su anonimato. Solo se lo conoce como *Angelus Casus*.

—Ángel caído —tradujo al castellano—. Es un dato demasiado genérico, y además, los ángeles no caen, sino que optan por tirarse por interés propio. No nos saca de ningún apuro. Ha habido y hay decenas, centenares de ángeles caídos repartidos por todo el mundo, que intentan acabar con el secreto de la Alianza.

—¿La Iglesia? —me atreví a suponer.

—La Iglesia es el mayor ángel caído de la historia. Vigila como un cancerbero a cualquier persona de la cual sospeche que tiene conocimiento de su existencia. Quiere destruirlo a toda costa, aunque para ello tenga que hacer uso de métodos poco ortodoxos y faltos de escrúpulos. A la Iglesia no le importan los medios, sino el fin —sentenció. Una furtiva mueca de angustia cruzó su rostro—. Esta verdad supone la mayor amenaza a la que se enfrentaría desde que se estableció el cristianismo como creencia universal, más

incluso que una posible descendencia de Jesús con María Magdalena; por eso la Entidad anda al acecho.

—¿La Entidad? —repetí extrañada.

—La Santa Alianza. —Moví la cabeza hacia los lados, confusa—. El servicio de espionaje vaticano y su mano izquierda —dijo Marco Rospigliosi, con condescendencia ante mi desconocimiento—. Los espías del papa han sabido, durante cinco siglos, anteponer los intereses del Vaticano a cualquiera que quisiese menoscabarlos. Su élite, la llamada *mano de san Miguel*, la componen miembros especiales que se encuentran repartidos por todo el mundo y que se encargan, con absoluta impunidad, de chantajear, extorsionar, engañar, silenciar y, llegado el caso, matar.

—No sabía que la Iglesia tuviera servicio de espionaje.

—Lo creó el papa Pío V en 1566 para salvaguardar la fe y defender a la Iglesia. «Por la cruz y por la espada», ese es su lema —apuntó conciso—. La propia institución es un secreto para la mayoría de los mortales. Además, el Vaticano sigue sin reconocer su existencia. Supongo que, en tal caso, algunas cosas adquirirían una dimensión muy diferente.

—¿Cree que la Santa Alianza podría estar detrás de la muerte de Arthur? —pregunté con serenidad.

—¿Quién sabe? —lanzó como respuesta—. La muerte nos ronda. Vigila como un alma errante entre nosotros; observa nuestros pasos como una audaz centinela. En alguna ocasión la he sentido extremadamente próxima, como una entidad de

carne y hueso. El olor acre que la caracteriza revela su cara y corroe el entorno en que se encuentre. Siento miedo cuando la advierto a mi alrededor, cuando percibo que acecha, que aguarda silente. Arthur ha sido simplemente una víctima más de la larga lista negra que va ligada a la Alianza de los Siete Arcángeles; solo una víctima más. Mañana podemos ser usted o yo... Quizá el precio en sangre que se está pagando sea ya excesivo.

El señor Rospigliosi permaneció unos segundos en silencio tras aquellas palabras calibradas. Después habló de nuevo:

—He dedicado todos los días y buena parte de las noches de los quince últimos años de mi vida a este asunto, con la pretensión de dar sentido a esta búsqueda, y todavía no sé si llegaré a dar con el paradero del cadáver de Jesucristo antes de que la muerte me gane la partida. Como habrá observado, uno ya no es un veinteañero —dijo con rigor cauteloso.

Sus palabras sinceras e irrefutables calaron profundamente el ambiente de la sala, entibiándolo con una inoportuna e irónica franqueza que se me antojó aterradora. La sangre se me helaba en las venas cada vez que aquella verdad me hacía ser más consciente de la presencia de la muerte. El ánimo de Marco Rospigliosi se juzgaba cansado, y su espíritu, fatigado por tantos años de búsqueda y miedo. Sin duda, en su discurso apelaba al exorbitante peso que la gran verdad de la Alianza tenía en su vida y a la cantidad de

ellas que había devorado. Mis ojos abandonaron su rostro y se clavaron en la botella medio vacía de Grand Marnier que descansaba en la mesita de cristal.

—Señor Rospigliosi —solicité su atención, levantando la vista hacia él—, como sea he de dar con el paradero de ese secreto. Tengo que encontrarlo; es de suma importancia para mí. La vida de una persona depende de ello.

—La vida de la persona a la que ofrece su ayuda, ¿no es cierto? —sondeó.

Asentí como única respuesta.

—Algún día, el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles será suyo. Algún día se revelará por completo ante usted. Parece estar destinada a sucedernos a Arthur y a mí, entre muchos otros, en nuestro empeño por dar con su paradero. Arthur ha muerto, y yo no creo que viva para verlo. —Respiró abatido—. Pero ese día, Loane, acuérdesse —dijo en tono confidencial—, solo usted tendrá la llave de la verdad. Ese día, usted se convertirá en la Mano de Dios en la Tierra.

—¿La Mano de Dios? —repetí con asombro.

—Así es —afirmó el señor Rospigliosi.

—Ayer me vi en el deber de abrir la caja fuerte de Arthur antes que la policía científica —expliqué algo avergonzada—. Dentro encontré un sobre que contenía, entre otras cosas, dos fotografías antiguas. En el reverso de una de ellas figuraba una enigmática inscripción firmada con tres letras:

«M. G. R.», que coinciden con sus iniciales. ¿Se las envió usted a Arthur?

—Sí. Se las remití la semana pasada.

—La frase, «Solo la Mano de Dios, mediada la décima segunda hora del ciclo del sol, traerá la luz de la verdad consigo», ¿sabe qué quiere decir?, ¿a qué se refiere exactamente? —pregunté, incitada por una enorme curiosidad. Marco Rospigliosi negó espontáneamente con la cabeza.

Me di cuenta de que, a esas alturas, nuestra conversación rezumaba cordialidad.

—Ha sido mi último hallazgo en el largo camino de averiguaciones que he llevado a cabo. Arthur y yo íbamos a debatir sobre ello en nuestro encuentro de hoy.

—Pero... ¿de dónde ha salido?

—Supongo que ha oído hablar de Bérenger Saunière...

—Leí algo sobre él cuando empecé con las investigaciones —contesté—. Se lo relacionaba con aparentes sociedades secretas y teorías de conspiración. Supuestamente conocía un gran secreto, que rentabilizó muy bien a juzgar por el cuantioso aumento de su fortuna. Parece que hizo su agosto con el asunto —apunté irónica—. También leí que tenía la insólita afición, junto con Jean-Jacques Henri Boudet, de desplazar cruces, añadir forjados o mover lápidas en los cementerios de los que eran abades, quién sabe por qué.

—Sí, hay personas que tienen pasatiempos inauditos —apuntó con burla Rospigliosi—. Aunque quizá lo que pretendía Saunière, al borrar las pistas por las que él había accedido al secreto, era crear un nuevo acertijo. En fin... Esta misteriosa frase —prosiguió, volviendo al tema que nos incumbía— se encontraba escrita en uno de los cuatro pergaminos que halló Saunière en el pilar visigótico que sostenía el altar mayor de la iglesia de Santa María Magdalena, en Rennes-le-Château.

—¿Usted conoce el contenido de esos pergaminos?

—En uno de ellos hay pasajes del Nuevo Testamento escritos en latín —empezó a explicar—. En estos textos, Juan, Mateo y Marcos, respectivamente, describen la llegada de Jesús a Betania, la recepción que se le hace en casa de Lázaro y el incumplimiento del precepto del sabbat por parte de Jesús cuando recoge trigo en sábado al ver que sus discípulos están hambrientos. Otro de esos pergaminos incluye dos genealogías de la dinastía merovingia; un tercero, el juramento que hicieron los siete apóstoles, y el cuarto, junto con otros extraños textos transcritos en 1780 por su predecesor, el abad Antoine Bigou, contiene esta frase, cuya traducción al castellano apunté en el dorso de la fotografía.

—¿Qué dice el resto de los textos?

—Frasas inconexas, ininteligibles. Ninguna tiene un orden coherente —manifestó—. Los pergaminos contienen textos

cifrados de forma tan segura que, aun con el paso de los siglos, no se ha conseguido desentrañarlos en su totalidad. El arte de enmascarar un texto detrás de otro, de forma que solo cobra sentido con la interpretación correcta de la clave bajo la que se encierra, ha sido el resguardo perfecto para gran parte de los enigmas que ha dado la historia.

—Bueno, existen muchas y variadas maneras de mantener un secreto oculto de forma segura —opiné—. Una de ellas es el arte, y otra, la criptografía. Ambos se convierten, al mismo tiempo, en refugios y testigos obligados de la verdad que deben guardar. Hasta los sesenta y cuatro artículos del *Kamasutra* poseen mensajes cifrados —señalé como anécdota—. Aunque creo que eso no tiene mucho que ver con lo que estamos hablando... —dije ligeramente ruborizada.

—Está usted en lo cierto —confirmó Marco Rospigliosi con una sonrisa—. O eso dicen. —Pesadamente, tomó aire—. ¿Ha oído hablar de un libro titulado *The Holy Blood and the Holy Grail*?

—No —respondí.

—Quizá le suene más por su título en español: *El enigma sagrado*. —Negué con la cabeza—. Es de obligada lectura. Se lo recomiendo —subrayó—. Sus autores, Henry Lincoln, Richard Leigh y Michael Baigent, exponen en él la hipótesis de que Jesús de Nazaret contrajo matrimonio con María Magdalena; que tuvieron descendencia, que emigró al sur de



Francia, y que su linaje acabó unido al de los reyes merovingios, gobernantes de Francia, entre otros países, entre el 447 y el 751.

—Algo me explicó Arthur —comenté—. Me habló de Sara del Mar, la supuesta hija de Jesús y María Magdalena.

—Tan pronto era una hija como un hijo. Tan pronto se llamaba Sara del Mar como Judá. Tan pronto tuvieron un vástago como varios, e igual su tumba y las de su familia se encuentran en Egipto, Asia o un barrio de Jerusalén. Esa desatinada teoría suele basarse en los nombres hebreos grabados en los nichos. Nombres, por otro lado, de relevante frecuencia en la época y la región que les tocó vivir —apuntó el señor Rospigliosi con deliberado sarcasmo—. ¿A nadie se le ha ocurrido pensar que el idioma de Jesús no era el hebreo, sino el arameo? Los epitafios estarían en esta lengua, digo yo.

»Los faltos de suficiente conocimiento en la única y auténtica verdad, aquellos carentes de pulimento de juicio y hasta de prudencia, se empeñan en enigmatizar todo cuanto envolvió la vida de Jesús y aquellos que lo rodearon. Por todos es conocida la controversia creada en derredor a la perpetua virginidad de María, y nos hace preguntarnos si la Virgen, además de Jesús, tuvo otros hijos con José. La misma Iglesia católica suscita nuevas doctrinas para provecho propio, erráticas en su contenido y zafias en su labor, que chocan frontalmente y se oponen de manera

abierta a lo que mantienen aquellos que un día fueron iluminados por la inspiración divina para transmitir el mensaje a través de las Sagradas Escrituras.

»Es el propio canon bíblico el que declara en su texto que María y José, después del nacimiento de Jesús, prosiguieron con su matrimonio y, por tanto, sí, tuvieron más hijos. Siempre habla de Jesús como el primogénito, no como el unigénito. Pero durante estos más de dos mil años, los padres de la Iglesia han moldeado una doctrina a la medida de lo que más los beneficia, basándose en una extensiva sugestión colectiva que poco o nada tiene que ver con la verdad que el Dios al que veneran promulga en su libro sagrado, sobre todo en lo que al Nuevo Testamento se refiere. Es inconcebible —arguyó finalmente con cierta irritación.

—Pero mejor continuemos con lo que realmente nos afecta en estos momentos —dijo tras una pausa marcada por una mueca de frustración—. Como le decía, en el libro escrito por estos tres autores, *El enigma sagrado*, se teoriza acerca de una posible descendencia de Jesús de Nazaret con María Magdalena. Eso no nos interesa en demasía, aunque daría para un largo debate; sí que es matizable el análisis de los pergaminos hallados por Bérenger Saunière. Según su explicación de las conclusiones extraídas del análisis de los pergaminos, con independencia del tipo de criptograma usado, en uno de ellos aparecen algunas palabras separadas,

y hay renglones distanciados entre sí. Visualmente es destacable también la diversidad de tamaños entre letras de un mismo vocablo. Asimismo, en otro de ellos dificulta la comprensión del texto la falta de espacios entre las palabras. Ocupa su lugar una serie de letras que, aunque estratégicas, son inservibles.

Marco Rospigliosi estuvo en medio de un silencio recogido, mientras extraía de un pequeño maletín negro, con olor a cuero viejo y acomodado disimuladamente debajo de la mesita, una serie de papeles. Los miró con detenimiento, buscando algo en concreto. Cuando lo localizó, me lo mostró. Tomé el papel con firmeza y leí con interés.

BERGÉRE PAS DE TENTATION QUE POUSSIN,  
TENIERS GARDENT LA CLEF PAX DCLXXXI,  
PAR LA CROIX ET CE CHEVAL DE DIEU  
J'ACHEVE CE DAEMON DE GARDIENR. À MIDI  
POMMNES BLEUS.

—En resumidas cuentas, este primer texto, descifrado y traducido del francés, viene a decir: «Pastora sin tentación que Poussin, Teniers tienen la llave paz 681. Por la cruz y este caballo de Dios destruí este demonio guardián. A mediodía manzanas azules.» Como puede comprobar usted misma, la incompreensión del contenido es patente —objetó

—. Si se unen las letras de mayor tamaño del segundo pergamino —añadió—, el mensaje que aparece goza de mayor claridad. Compruébelo unas líneas más abajo, si hace el favor.

Bajé la mirada unos renglones para buscar el texto siguiente:

A DAGOBERT II ROI ET A SION EST CE TRESOR  
ET IL EST LA MORT.

«Este tesoro pertenece a Dagoberto II rey y a Sion y él está aquí muerto», interpreté para mis adentros.

—¿Él está aquí muerto? —no pude evitar repetir en voz alta—. ¿Se refiere a Jesucristo?

—Creemos que sí —confirmó Marco Rospigliosi—, que se refiere a él.

—En el texto anterior se nombra a Poussin y a Teniers... ¿David Teniers? —quise asegurarme.

—David Teniers el Joven —volvió a confirmarme.

—Otro pintor —deduje confusa—. ¿Hay otro cuadro? —pregunté incrédula, sin prever muy bien la respuesta.

—*San Antonio y san Jerónimo en el desierto* —repuso.

—¿Con otra clave?

—A pesar de que se nombra a Teniers en los pergaminos, su obra no parece contener ninguna clave que arroje luz sobre el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles, ni

tampoco suscitó la suspicacia de Saunière con tanta preeminencia como *Los pastores de la Arcadia*.

—No acabo de comprender —expresé con sinceridad.

—A raíz del hallazgo, Saunière se dirigió a Carcasona, la capital del departamento de Aude. Allí mostró los pergaminos a monseñor Félix-Arsène Billard, obispo por aquel entonces de la ciudad. Tras concretar unas precisas instrucciones que da el obispo a Saunière, este último viaja a la capital francesa y se dirige al Louvre, donde adquiere, sin vinculación aparente entre ellas, reproducciones de tres de las obras expuestas en el museo: *San Antonio y san Jerónimo en el desierto*, de David Teniers; un retrato del papa Celestino V, y *Los pastores de la Arcadia*, de Nicolas Poussin, la obra con más misterio de cuantas realizó el autor francés y la que, al parecer, despertó en mayor medida que el resto el interés de Saunière.

—¿Descubriría la clave que posee la obra de Poussin? —pregunté, atónita por los últimos datos que me había revelado Marco Rospigliosi.

—Estoy convencido de ello —aseguró rotundo.

—¿Qué me puede decir del retrato de Celestino V? ¿Hay en él algo que se pueda señalar como notable?

—El lienzo cuya copia adquirió Saunière es anónimo. A mí parecer, no hay nada en esta obra destacable de por sí —señaló—. Sin embargo, los cazadores de misterios opinan que la llave que porta el papa en una mano, extraña por otro

lado por su similitud con una vara, podría ser un elemento alegórico de la sabiduría y que, por tanto, el papa Celestino V era consciente del misterioso secreto que se ocultaba tras la Alianza de los Siete Arcángeles.

—Demasiado rebuscado —apunté.

Rospigliosi hizo una breve pausa para recuperar el aliento y, pesadamente, tomó la copa y bebió otro trago de Grand Marnier. Por mi parte, decidida a no castigar más mi garganta, esperé ansiosa a que prosiguiera.

—Más que en el cuadro —continuó—, en este caso, la clave se encuentra en el personaje. —Fruncí el ceño, intrigada—. Celestino V ha sido, a lo largo de la historia del pontificado, el único papa que ha abdicado, sin contar a Ratzinger, claro. La clave se encuentra encerrada bajo una pregunta. —Agucé los sentidos—. ¿Cuál fue el motivo?

—Sería una simpleza suponer que renunció al cargo por no verse capacitado para tamaña responsabilidad —apunté con sorna.

—Lo sería —ratificó el señor Rospigliosi—. Incluso está de más la apreciación. —Sonrió con un guiño de complicidad—. Más que por falta de aptitud para el papado, me atrevería a alegar que su misteriosa dimisión tuvo que ver con un severo deterioro de la fe. —Me lanzó una mirada suspicaz, que le devolví con aire confabulatorio—. Si él, como máximo representante de la Iglesia católica en la Tierra, descubrió que aquello en lo que se basaba su fe no

era más que una burda mentira, no tenía por qué guardar ninguna lealtad al Vaticano ni a un cargo fraudulento.

—Era consciente del secreto de la Alianza... —murmuré.

—Sí, y la Iglesia estaba al tanto de que él conocía ese secreto y no estaba dispuesto a secundarlo —intervino con rapidez—. Celestino V poseía información potencialmente peligrosa para la Iglesia, así que esta eliminó la amenaza a su manera.

Permanecí callada mientras digería toda aquella información. Mis ojos se dirigieron hacia aquel octogenario cansado de la vida. Los suyos estaban opacos y dejaban adivinar una expresión sombría y desalentada. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para que mi mente desechara la idea de que la propia Iglesia había asesinado a Celestino V; sin embargo, no parecía haber margen para la duda.

—Tiene razón en lo que está pensando, Loane —presagió Marco Rospigliosi, adelantándose acertadamente a mi incipiente hipótesis—. En 1630, el abad Lelio Marini descubrió, en una inspección de los restos óseos de Celestino V, que el cráneo tenía clavado un clavo de unos cuatro milímetros de ancho y dos centímetros y medio de largo —explicó minucioso—. Era un método de ejecución muy utilizado en la época.

Mis sospechas se cristalizaron de repente ante aquel alegato.

—Tenía la esperanza...

El señor Rospigliosi sonrió levemente.

—En 1988 —prosiguió—, el cadáver de Celestino V fue robado. Se le realizó de nuevo un exhaustivo examen forense y, de nuevo —recalcó con énfasis—, estos estudios revelaron la existencia de un agujero en el cráneo, tal como había aseverado siglos antes Lelio Marini. Curiosamente, ambas peritaciones forenses se han perdido, o no las quieren encontrar —concluyó en tono cáustico—. Celestino V, fuera del patronato y lejos de la estrecha vigilancia del Vaticano, se volvió incómodo para la Iglesia, máxime cuando las malas lenguas susurraban su estrecha relación con el Temple.

—¿Pertenece a la Orden de Sion? —interrumpí.

—No exactamente, pero sí que defendió la causa por la que supuestamente se fundó: amparar a los fieles que visitaban Jerusalén en peregrinación y proteger los lugares santos del cristianismo —dijo—. Causa, por otro lado, que se perdió en los confines de los tiempos en pos de intereses más mercenarios.

—Arthur me comentó que la Orden de Sion no era más que una cortina de humo, una tapadera cuyo trasfondo nada tenía que ver con las bases en que se había fundamentado.

—Sí, en eso se convirtió —ratificó Marco Rospigliosi—. Siempre existen personas que encuentran la manera de sacar la máxima rentabilidad a las cosas.

—¿Se refiere a Godofredo de Bouillón? —le pregunté.



—En primera instancia, y a Pierre Plantad en última —comentó, preso de cierta indignación—. Si conoce la historia por boca de Arthur, está de más que hablemos de ella—. Ciertamente, los templarios tenían como misión proteger el cristianismo y a los cristianos, así como a la supuesta descendencia de Jesús. No obstante, hubo algo que los arrastró a la herejía.

—No es difícil deducir qué fue —manifesté sin prudencia.

—Desde luego. Los caballeros templarios fueron los primeros en saber dónde reposaban los restos mortales de Jesús, aunque no los buscaban.

Intenté mantener la compostura.

—Pero Arthur me comentó que la Orden de Sion no tenía nada que ver con la Alianza de los Siete Arcángeles.

—Y estaba en lo cierto. Sin embargo, hace una semana, mis últimas averiguaciones me llevaron a concluir que sí conocieron el secreto, pero no supieron que los apóstoles lo hubieran ocultado bajo una alianza. Los templarios encontraron todos los datos necesarios para localizar la tumba de Jesucristo, al tiempo que descubrían que los pilares teológicos sobre los que se cimentaba su fe estaban basados en una mentira. «Al tercer día resucitó de entre los muertos», proclama con vehemencia el Credo, la honorable oración que recoge los principales dogmas del catolicismo. «Y desde allí ha de venir a juzgar a vivos y a muertos», dice más adelante. La Resurrección es uno de los símbolos más

importantes, si no el que más, en los que se sustenta la fe cristiana. Si no tuvo lugar, la identidad divina de Jesús corre serio peligro.

—Si no resucitó, dejaría de ser Dios para ser solo... un hombre —indiqué.

Durante unos instantes reinó el silencio.

—¿Cómo encontraron esos datos los templarios? — pregunté cambiando de tema—. ¿Sabían de su existencia?

—No. Fue un hallazgo casual que tuvo lugar mientras saqueaban el templo de Salomón, en la ciudad de Jerusalén. En uno de los túneles que excavaban entre los montes Moria y Sion, en busca de los valiosos tesoros y las reliquias del judaísmo, apareció una serie de documentos que indicaban la posición exacta de la tumba de Jesús.

—El templo de Salomón... —dije pensativa—. He leído algo sobre él estas últimas semanas, y sobre el arca que se guardaba entre sus muros.

—El Arca de la Alianza —confirmó Marco Rospigliosi—. Su paradero es uno de los mayores enigmas de la historia. Son centenares las personas que han ido en su busca y muy pocas las que han conseguido encontrarla.

—Entre ellos, los templarios —aseveré.

Rospigliosi abrió más los ojos. Sus blancas cejas se curvaron en una expresión de curiosidad, mientras me contemplaba con mirada astuta.

—Como acabamos de comentar y con independencia de que protegieran a la supuesta descendencia de Jesús, los Caballeros Pobres de Cristo, como se hacían llamar, acudieron a Tierra Santa con la misión de proteger a los devotos cristianos que peregrinaban hasta Jerusalén.

—Así es —asintió Marco Rospigliosi.

—Sí, pero los que no son tan fervorosos de la causa iniciática de la Orden de Sion defienden que únicamente era una tapadera. —El señor Rospigliosi parecía no entender—. Quizá los intereses del Temple fueran más mercenarios que espirituales —aclaré—. Hay quienes apoyan la hipótesis de que los templarios tenían intención de instalarse bajo las ruinas del templo de Salomón para buscar el Arca de la Alianza.

—Pero no dieron con ella —subrayó Rospigliosi.

—No, pero queda claro que encontraron otras cosas de las que también sacaron beneficio.

Me quedé mirando fijamente mi copa de Grand Marnier y, aunque había decidido no torturarme más con el dichoso licor, eché un trago corto, que se deslizó sigilosamente por la garganta y que, para mi sorpresa, me tonificó el ánimo en cierta medida.

—¿Y del otro cuadro? ¿Puede decirme algo? —pregunté.

—Aunque pueda parecer extraño dentro de esta maraña de misterios, claves e historia, carece de relevancia.

—¿Está seguro? —me quise cerciorar—. No dudo de su palabra, pero si Saunière adquirió una copia de *San Antonio y san Jerónimo en el desierto*, algún interés tendría. Me cuesta creer que fuera una transacción fortuita, como tampoco creo que le sobreviniera una repentina afición por el arte de David Teniers.

—Y probablemente no lo fue —convino el señor Rospigliosi—, pero mis años de meditado y consagrado estudio de este asunto me llevan a pensar que, en realidad, la obra que más interés suscitó, por ser ciertamente la que contiene la clave del secreto que ocultaba la Alianza de los Siete Arcángeles, fue *Los pastores de la Arcadia*, y no tanto *San Antonio y san Jerónimo en el desierto*.

Hice memoria para evocar aquel cuadro del cual Saunière había adquirido una copia en el Museo del Louvre un siglo atrás. No me costó demasiado esfuerzo; suponía todo un placer visualizar las pinturas de David Teniers. El artista flamenco había conseguido dejarme con la boca abierta cuando tuve el privilegio de contemplar en persona por primera vez, en el Museo del Prado de Madrid, las pinturas más destacables de la colección del archiduque Leopoldo Guillermo de Habsburgo, quien lo nombró conservador de su pinacoteca y pintor de cámara en su corte. La minuciosidad y el detalle con que están realizados estos cuadros consiguen dejarme de piedra cada vez que tengo la oportunidad de admirarlas. De forma sublime, me salta el espíritu al

contemplar esa bacanal de exquisitez pictórica y artística. Virtuosismo puro.

Como una autómata, mi mente se detuvo en una de sus obras, datada en 1647: *El archiduque Leopoldo Guillermo en su galería de pinturas*, en la que aparecen plasmados numerosos cuadros de pintores venecianos renacentistas y barrocos. Asombrosamente precioso e impactante. Aquel ingente trabajo plástico, destacable por su extraordinaria delicadeza y refinamiento, se mostraba como toda una ofrenda para mis ojos y ponía de manifiesto el excepcional talento de David Teniers. Sin embargo, la imagen mental que esbozó mi cabeza de *San Antonio y san Jerónimo en el desierto* no llamó mi atención más allá de lo puramente estético. A simple vista no había ninguna frase, ningún número, y sus capas de pintura no parecían poseer ninguna clave. Tan solo se ve, en un paraje de elevados peñascos, a los dos santos que dan nombre al cuadro descansando frente a una enorme piedra que hace las veces de mesa, en la que apoyan diversos enseres. Recordé que entre ellos había una calavera y un crucifijo.

«¿De nuevo la muerte?», me pregunté para mis adentros.

En el suelo, reclinados contra la roca y situados en la parte inferior central del cuadro, aparecen tres libros, el mayor de los cuales se encuentra abierto de par en par. Al fondo, justo a la derecha, se levanta a lo lejos un castillo sobre una cornisa de riscos.

—No parece haber nada enigmático detrás del cuadro de Teniers —dictaminé en alto—. Aunque quizá sería necesario realizar un análisis más exhaustivo de la escena. ¿Los libros? —se me ocurrió—. ¿Pueden significar algo?

—Las páginas del que se encuentra desplegado están en blanco, y los otros dos están cerrados. Si realiza una observación detenida de la imagen, no hallará nada significativo en ella.

—Pero uno de los textos de los pergaminos nombra a Teniers, y Saunière... —volví a hablar.

—Olvídese de momento de la obra de David Teniers —indicó con una sonrisa en los labios, ante mi insistencia—. Resulta inútil conjeturar sobre ella. Hay muchas otras incógnitas a las que hacer frente.

—Está bien —respondí sin más.

—Hágame caso —me aconsejó con voz pausada—. Llevo muchos años detrás de este secreto. El tiempo y la experiencia me han concedido cierto entendimiento de este asunto. El camino toma otra dirección...

—Confío en sus muchos años de recia investigación, señor Rospigliosi —alabé con gusto—. Nadie mejor que Arthur o usted para tutelar me en la búsqueda de esta verdad.

—Sabe que, como ángel custodio del secreto de la Alianza, no puedo revelarle información relevante sobre él —me dijo—. Un secreto es de quien se hace merecedor de él, para bien o para mal.

Cuando escuché aquella última frase de sus labios me pareció estar hablando con Arthur. La sensatez y la madurez de su juicio se reflejaban a través de las palabras de Marco Rospigliosi.

—Lo sé. Arthur me dijo lo mismo, y respeté su silencio.

—Pero sí puedo procurarle pautas que la auxilién en su camino, o ampliar los conocimientos que posea si es digna de ello.

—Como está haciendo ahora...

—Así es, pero aunque fuera mi deseo ayudarla, en estos momentos no podría. Me encuentro exactamente en el mismo punto en el que se halla usted.

—¿En el mismo punto? —interrogué perpleja—. Pero el misterio ya está resuelto. Las fotografías que usted envió a Arthur coinciden con el paraje que plasmó Nicolas Poussin en su obra. El túmulo que aparece en ambas imágenes... Ahí descansan los huesos de Jesús... Simplemente hay que localizar el lugar exacto.

—No, Loane. Esa tumba no es la de Jesús de Nazaret.

Aquella negación frustró de golpe mis expectativas. Las esperanzas de hallar el osario del Mesías me parecieron más remotas que nunca. Había dado por hecho que los restos de Jesús se hallarían en el interior de ese sepulcro que mostraban las dos fotografías en blanco y negro. Sin embargo, me había precipitado en mis conclusiones, sin dejar el menor resquicio a la duda y, desde luego, me había

equivocado estrepitosamente. La similitud entre las fotografías y el paisaje pintado por Nicolas Poussin me había alentado a tomar un camino erróneo.

—Pero entonces... —expresé irresoluta, tiñendo mi voz de una desamparada decepción.

—El cuadro de Poussin no es el fin, sino el medio —aseveró—. El autor de *Los pastores de la Arcadia* quiso transmitir el secreto, no revelarlo. Las obras de arte que guardan algún misterio no ofrecen su solución, sino indicios que conducen a ella. Son un instrumento para llegar al fin, no el fin en sí mismo. Pero si le sirve de consuelo, todos los que hemos llegado hasta este punto hemos caído en la misma trampa: al ver esas fotografías y apreciar la extraordinaria similitud que guardan con la escena pintada por Poussin, pensamos que se trataba del lugar donde reposarían los restos de Jesús, pero no es así. No fue Nicolas Poussin quien se inspiró en ese túmulo funerario para escenificar su obra, sino que sucedió al revés. La persona que levantó unos trescientos años después la tumba de Arques, que es el nombre por el que se conoce, la situó en el entorno que aparece en el cuadro.

Lancé un suspiro al aire.

—No se sienta decepcionada, Loane —dijo intentando reconfortarme.

—Creía... —expuse, sin saber muy bien qué decir—. Estaba convencida...



—Piénselo bien. Una verdad tan imponente y a la vez tan peligrosa como la que se oculta detrás de la Alianza de los Siete Arcángeles no puede abandonarse al descubrimiento por simple azar. Es un secreto demasiado grandioso para que la casualidad pueda sacarlo a la luz. Solo alguien muy especial dará con el lugar exacto del osario.

—Tiene razón —dije—. Todo secreto debe mantenerse sin revelarse completamente. Me he dejado llevar por el camino más fácil.

—*Lex parsimoniae* —enunció el señor Rospigliosi.

—Sí, me he dejado llevar por el principio de la navaja de Ockham: la explicación más sencilla suele ser la correcta.

La leve sonrisa que me dedicó Marco Rospigliosi era casi benévola.

—No es un principio irrefutable ni un resultado científico: la explicación más sencilla es la más probable, pero no necesariamente la verdadera —apostilló sabiamente.

—En efecto, en algunas ocasiones, la opción más compleja puede ser la correcta. —Esbocé una sonrisa rápida—. ¿Y qué lugar es ese? —quise saber instantes más tarde.

—Se encuentra en el sur de la región de Languedoc-Rosellón, en Occitania, cerca de los Pirineos.

—En el sur de Francia —apunté.

Sí —confirmó—. El paisaje representado se emplaza en las inmediaciones de un pueblo llamado Serres, en una zona prepirenaica del valle alto del Aude, junto a Arques, entre

los montes Bugarach y Cardou, a unos doce kilómetros de Rennes-le-Château.

—Rennes-le-Château...—susurré—. ¿Y esa tumba? ¿A quién pertenece? —pregunté elevando ligeramente la voz.

—¿Quién sabe? Desde luego, a quien no pertenecía era a Jesús de Nazaret. También se forjaron muchos mitos y cuentos chinos en torno a este sepulcro, inexistente en la actualidad.

—¿Ya no existe?

—Su último dueño, apellidado Rousset, lo demolió el 15 de abril de 1988, cansado de la curiosidad que suscitaba. ¿A quién pertenecía? Pues debo decirle que también es una incógnita. Según diversos libros escritos sobre este tema, y las numerosas historias que circulan por ahí, que yo mismo he podido constatar de boca de los habitantes más arraigados del lugar, la familia Galibert erigió una sepultura allá por los comienzos del siglo XVIII, para enterrar a Elisabeth Galibert, esposa de Jean Galibert. Después, el terreno, tumba incluida, fue adquirido por Emily Rivarès y su hijo Louis Bertram Lawrence, un socio estadounidense de Jean Galibert. A continuación, este último se trasladó junto con su familia a la finca de Pontils, en Limoux. Una anciana lugareña recordaba que alrededor de 1920, cuando ella era niña, Lawrence, quizá inspirado por la corriente enigmática que hostigaba la propiedad, abrió el sepulcro, con la consiguiente decepción

al no hallar nada legendario en su interior, sino un ataúd con restos de animales.

—Parece una burla orquestada por un ingenioso bromista —alegué.

Marco Rospigliosi esbozó una sonrisa mordaz que revalidaba mi comentario.

—Podría tratarse de una broma, efectivamente. Tiene tintes de serlo. Sin embargo, no es así —afirmó contundente—. Nada de cuanto rodea la Alianza de los Siete Arcángeles y la verdad que oculta es una broma. Las muertes que arrastra lo ratifican —dijo con voz grave—. Se dice que años después de encontrar los huesos de animales, Louis Bertram Lawrence empleó el sepulcro para guardar los restos mortales de su abuela y su y madre, Marie y Emily Rivarès. En 1933, Lawrence encargó a la empresa Bourrel la remodelación de la célebre tumba para darle el aspecto que aparece en las fotografías: el del cuadro de Nicolas Poussin.

—Louis Bertram Lawrence jugó a propósito con la tumba plasmada en *Los pastores de la Arcadia* —observé con picardía—. ¿A qué podría deberse esa doble intención? —lancé al aire con recelo—. Usted mismo dice que la propiedad ya contaba con cierta leyenda. No querría caer en una conclusión apresurada, señor Rospigliosi, pero...

Hice un breve alto mientras en mi mente surgía una idea que no conseguí hacer desaparecer.

—¿Pero...? —me animó Rospigliosi.

—¿Cabe posibilidad de que Lawrence y Saunière se conocieran? —conjeturé finalmente.

—Es usted astuta e intuitiva, Loane —sonrió satisfecho—, además de inteligente. Su suposición no se puede tachar de apresurada, se lo aseguro. Con motivo de la Primera Guerra Mundial —comenzó a explicar de nuevo—, Louis Lawrence fue enviado a Francia como soldado. Corría el año 1916. Tenía talento como cantante y sentía pasión por la música. Aunque pueda parecer una trivialidad, quizá fuera ese su nexo con Saunière.

—¿La música? —pregunté escéptica.

Antes de que pudiera procesar aquella nueva información, Rospigliosi siguió deshilvanando la memoria.

—Más concretamente, Emma Calvé —apostilló. Lo miré desconcertada—. Tranquila —dijo al observar la mueca que dibujaba mi rostro—. No se me vaya a perder a estas alturas de la historia —rio entre dientes—. Emma Calvé fue una acreditada soprano francesa, amante del esoterismo y... muy amiga de Saunière —dijo con pausada intencionalidad.

En ese momento lo entendí todo. Música..., una soprano..., Emma Calvé... Lawrence. La expresión de mi cara se relajó durante unos instantes. Marco Rospigliosi concluyó su explicación.

—Todo apunta a que, en algún momento, Louis Bertram Lawrence tuvo contacto con la célebre soprano francesa.

—Emma Calvé pudo ser el vínculo entre Lawrence y Saunière.

—Nada de cuanto ha rodeado este misterioso secreto a lo largo de dos milenios es casualidad.

—No cree que Lawrence comprara esa finca por azar, ¿verdad? —pregunté.

Rospigliosi se limitó a mover la cabeza de un lado a otro, enfatizando efectivamente el ademán.

—Y tampoco cree que fuera casual el hallazgo de los pergaminos en un pilar del altar mayor de la iglesia de Saunière, ¿no es cierto?

Negó de nuevo con la cabeza.

—A estas alturas —rompió a hablar—, hay muy pocas cosas que me crea de todas cuantas se han dicho, escrito, afirmado, negado, ocultado o insinuado —puntualizó—. Son muy pocos los argumentos que guardan fidelidad a la verdad. Todo aquel que tiene un mínimo conocimiento sobre la Alianza de los Siete Arcángeles y su secreto aventura hipótesis que promulga como verdades absolutas, cuando únicamente son medias verdades y, a veces, estupideces. Estoy seguro —concluyó— de que tanto Bérenger Saunière como, probablemente, Louis Lawrence tenían una ligera o no tan ligera noción sobre lo que podían encontrar en Rennes-le-Château.

—¿Por qué percibo más que una simple intuición detrás de sus palabras?

—Porque están respaldadas por una buena base argumentativa —replicó.

Esperé impaciente su justificación y presté atención a lo que decía.

—Como bien sabe usted, Jean-Jacques Henri Boudet era amigo de Saunière —dijo mientras esperaba la confirmación de aquel dato por mi parte.

Asentí.

—Una centuria antes de que Saunière fuera párroco de Rennes-le-Château —prosiguió conforme—, el abad de esta localidad era Antoine Bigou. Saco a colación este nombre porque es parte trascendental del tramo de historia que paso a relatarle, y porque fue él quien depositó en el altar mayor de la iglesia de Santa María Magdalena los comprometedores pergaminos, antes de su expulsión de Francia, junto con cuarenta mil religiosos más, a consecuencia de la Revolución francesa. El abad Bigou huyó a España, concretamente a Sabadell, donde antes de su muerte, acaecida el 21 de marzo de 1794, transmitió la existencia de estos pergaminos a François-Pierre Cauneille, otro clérigo exiliado en la localidad catalana, que a su vez se la confió a dos sacerdotes más, Jean Vié y Emile François Cayron, cuando regresó como párroco de Rennes-le-Bains, en la región de Aude. Es curioso que el sucesor de Jean Vié en la iglesia de Rennes-le-Bains en 1872 fuera Henri Boudet, que de niño fue adoptado y formado por François

Cayron. ¿Adivina a quién se lo contó Boudet? —me preguntó.

—A Bérenger Saunière —respondí.

—Sí, y a otro sacerdote, Antoine Gélis, párroco de Coustaussa —concedió.

—Bigou, Caunielle, Cayron, Vié, Boudet, Gélis, Saunière... —enumeré para no perderme. Seguidamente resoplé.

—Entiendo que esté aturdida, pero empecemos por el principio, si le parece bien —dijo Marco Rospigliosi.

Incliné la cabeza y de nuevo puse mis sentidos en alerta.

—En los primeros días de enero de 1791, Marie de Nègre de Ables, señora de Hautpoul de Blanchefort, última heredera del linaje de Rennes-le-Château y esposa del también último marqués de Blanchefort, supuesto, mal supuesto, gran maestro templario de la región —expuso el señor Rospigliosi—, poco antes de morir, revela y delega un vital secreto a su confesor Antoine Bigou. El 17 de ese mismo mes fallece la marquesa de Blanchefort y, por tanto, es Antoine Bigou el encargado de transmitir ese secreto que esta le ha confesado unos días antes. El abad emplea para ello símbolos y mensajes cifrados, tal como haría un siglo después Bérenger Saunière. Es curioso pararse a pensar cómo un docto en letras y erudito en varios campos, como era Antoine Bigou, pudo cometer ciertos errores,

calificables de garrafales, en un epitafio en cuya elaboración empleó nada más y nada menos que dos años.

—¿Intencionalidad? —Fue más una aseveración que un interrogante.

—Indiscutiblemente —respondió el señor Rospigliosi—. ¿Qué le llama la atención de «Requies Catin Pace»?

—Diría que es el responso final que los católicos rezan a sus difuntos. Aunque ligeramente alterado —observé—. Las tres palabras que lo forman son «Requiescat in pace», descanse en paz.

—Está en lo cierto —me elogió Rospigliosi—. Se trata del popular epitafio latino, aunque, como usted bien ha advertido, yerra en la formación de las palabras.

—¿A qué se debe?

—¿Quién puede saberlo con certeza? —respondió mientras se encogía de hombros—. Solo Antoine Bigou lo sabía. Lo que queda claro es que contiene una clave para llegar a la verdad que el abad conocía. Además del extraño epígrafe —prosiguió—, también talló en la lápida el famoso *memento mori* que aparece en el lienzo de Poussin.

—*Et in Arcadia ego* —dije.

—Saunière debió de descubrir el significado real de ambas inscripciones, pues intentó borrarlas.

—¿Lo intento? —Fruncí el ceño y entorné los ojos—. ¿No lo logró?



—A Dios gracias, no —contestó con voz contundente el señor Rospigliosi—. Tiempo antes, un arqueólogo de la región se había encargado de hacer una réplica exacta de la lápida de la marquesa de Blanchefort —comentó para mi asombro—. Pero no solo de esa, sino de todas las que había en el cementerio de Rennes-le-Château. Se dice que aún existe, aunque oculta a las miradas curiosas. Pero guarde un poco de asombro para luego. Todavía tengo que revelarle algún dato que condimentará, más aún, el misterio que encierra este asunto.

La risilla de Marco Rospigliosi era contagiosa. Reí con él.

—Pero gracias a esa copia de la lápida de la marquesa —prosiguió en tono más serio—, hoy en día podemos continuar investigando sobre el enigma que suponen sus inscripciones y ahondar en la mente de Antoine Bigou con el anhelo de interpretar la clave que escondió tras esas frases y esos errores intencionados. Aunque esa lápida no fue lo único que Bigou envolvió de enigma. —Me miró fijamente—. Después de descubrir los pergaminos, Saunière hizo más indagaciones en la iglesia de Santa María Magdalena, y le siguió sonriendo la suerte: delante del altar mayor del templo descubrió un bloque de piedra, tallado en su parte inferior con varias figuras que representaban dos escenas. No se sabe con precisión si pertenece a la época de los merovingios o a la de los carolingios, aunque todo apunta al

siglo VIII y, por tanto, a esta última. Sin embargo, la losa, independientemente de su antigüedad, procedencia y significado, poseía una particularidad distintiva de Bigou. — Lo miré con suma solicitud—. Pese a su intrínseco e indudable valor histórico, la Losa de los Caballeros, como se la llama, estaba colocada al revés, es decir, con la cara esculpida hacia abajo. Al desplazar esta piedra, Saunière halló una vasija con unas cuantas monedas antiguas, en una cripta sellada por la piedra.

—¿No se encontró nada más en esa cripta?

—No..., supuestamente —añadió tras una breve pausa—. Aunque para todo hay quien diga lo contrario, pues algunos afirman que además de estas monedas sin valor se hallaron dos esqueletos.

—¿Dos? —pregunté con cierto asombro—. Solo buscamos uno —punteé. Marco Rospigliosi hizo una mueca que no supe interpretar—. ¿Qué reflejan las escenas de la Losa de los Caballeros? —seguí con mi batería de preguntas.

—La piedra está muy deteriorada, y es difícil identificar con total seguridad las dos escenas labradas en ella. Cada una está enmarcada por un arco. En la izquierda aparece un hombre a caballo que toca una corneta de caza. El animal parece estar en reposo, bebiendo o, tal vez, comiendo. La otra escena, la de la derecha, representa a dos caballeros a lomos de un caballo. Hay quien ve en esta imagen el

emblema que aparece en el sello de los templarios, símbolo de la pobreza de sus comienzos.

Sin conocer la causa, dejé flotar mis pensamientos en el balanceo de los últimos comentarios del señor Rospigliosi, a la vez que mi mente evocaba el acreditado símbolo.

«Dos hombres en una montura —me dije en silencio—. Dos esqueletos... ¿Por qué dos? ¿Será una simple coincidencia?».

—¿En qué está pensando, Loane? —Rospigliosi interrumpió mis cavilaciones.

Lo miré absorta; mi mente estaba a cien kilómetros de distancia, consumida por las elucubraciones.

—En nada en concreto —dije, restando importancia a mis ideas y deshaciéndome de las conjeturas.

Un silencio cargado de reflexiones se instaló en la estancia.

—Todo, absolutamente todo lo relacionado con la Alianza de los Siete Arcángeles, Rennes-le-Château, Bérenger Saunière y la Orden de Sion supone un reto para la curiosidad, no cabe duda —rompí el mutismo—. Pero sinceramente, señor Rospigliosi —dije con cierto desánimo—, no creo ser la persona que vaya a descubrir el paradero de la tumba de Jesús, muy a mi pesar. Es todo tan hermético, tan impenetrable...

—En la vida, Loane, hay tres cosas que no se deben perder nunca. Dos de ellas son la honradez y la paciencia, y

la tercera, la esperanza. No permita jamás que la esperanza se le desvanezca entre las manos.

—Lo intento, créame que lo intento, pero es tan complicado... —dije con reticencia—. Tantas pistas, tantas señales que parecen confundir en vez de indicar, que desorientan en vez de revelar... Es lógico que la esperanza se resienta. Sin embargo —continué, en una exhibición de sinceridad—, estoy obligada a llegar al final de este asunto. Hay una vida en juego.

—¿La vida de una persona a la que usted aprecia mucho? —advirtió Marco Rospigliosi.

—Digamos que la vida de una persona que no merece morir por este secreto. Aunque nadie debería morir por él —añadí con angustia—. Ni siquiera la verdad más clandestina debería cobrarse un precio tan alto.

El enorme respeto que deparaba a Arthur y el amor que comenzaba a sentir por Álex hablaban por mí e impregnaban cada una de las sílabas que salían de mis labios. Era inevitable. Mi esperanza se basaba únicamente en la certeza de que aquello por lo que luchaba merecía la pena, pero me entristecía pensar que ni siquiera estaba convencida de que fuera a salir bien. No obstante, por encima de todo eso había algo que me hacía creer que estaba realizando una especie de obra de Dios.

—Mire esto —dijo Rospigliosi amablemente.

Me tendió un papel. Alargué el brazo y lo cogí. Instantes después leía con asombro:

Él y yo hablamos de ciertas cosas que con facilidad podré explicarte detalladamente. Cosas que se te darán por mediación del señor Poussin. Ventajas que hasta a los reyes les costaría mucho extraer de él y que, según él mismo, es posible que nadie más vuelva a descubrir en los siglos venideros. Y lo que es más, estas son cosas tan difíciles de descubrir que nada que haya ahora en esta tierra puede ser de mayor fortuna ni igual a ellas.

—Son las palabras que el abad Louis Fouquet remitió en una carta a su hermano mayor, Nicolas Fouquet, superintendente de Finanzas de Luis XIV —dijo el señor Rospigliosi, adelantándose a mi pregunta.

—El secreto... —alcancé a decir.

Rospigliosi asintió lentamente.

—Antes de que tuviera lugar esta correspondencia, Louis Fouquet se había entrevistado en Roma con Nicolas Poussin, allá por 1656.

—Poseía información de primera mano...

—Después de que Nicolas Fouquet recibiera estas líneas, escritas de puño y letra por su hermano, fue acusado de malversación, destituido de su cargo por el propio Luis XIV

y encerrado en la Bastilla, donde murió —dijo con descarada suspicacia—. En circunstancias un tanto extrañas, dicho sea de paso.

—Oficialmente fue en Pignerol —apunté.

Marco Rospigliosi sonrió con ironía.

—El rey podía hacer oficial la muerte de quien quisiera en cualquier lugar. A veces, no es bueno creer todo lo que se cuenta. —Me miró. Lo entendí al instante—. La literatura se ha encargado de esconder a personajes tan atractivos como el mosquetero D'Artagnan, el dramaturgo francés Molière o el gemelo de Luis XIV tras el personaje conocido como el hombre de la máscara de hierro. Sin embargo, aquel prisionero, cuyo nombre y motivo del encarcelamiento se convirtieron de inmediato en secreto de Estado, fue Nicolas Fouquet. Fue el rostro del estadista francés el que se ocultó bajo el metal poco después de que se confiscaran todas sus pertenencias.

—¿Quiere decir que la leyenda sobre el hombre de la máscara de hierro está ligada indirectamente a la Alianza de los Siete Arcángeles y su secreto? —dije atónita.

—Más que indirectamente; la relación es muy directa —me corrigió con amabilidad—. El Rey Sol solicitó la pena capital para Nicolas Fouquet, pero la Cámara decidió deportarlo únicamente. A Luis XIV no le pareció suficiente la sanción impuesta y permutó la pena por otra de mayor severidad que, además, aseguraría el silencio de por vida

del prisionero. Así que decidió que lo mejor era sentenciarlo a cadena perpetua en la cárcel de Pignerol, situada en plenos Alpes. Como lo que decía el rey iba a misa, fue dicho y hecho. Hay quien vio en la ostentosa edificación del palacio de Vaux-le-Vicomte, encomendada por Nicolás Fouquet, el motivo de su caída en desgracia, derivada de la envidia del rey.

Apuró el último trago de Grand Marnier a antes de servirse un poco más de licor de la coqueta botella.

—Las mentiras piadosas siempre son más inofensivas y resultan más convincentes —opinó—. Pero el verdadero motivo del declive de Fouquet fue que sabía algo que no debía. —En silencio, suspiré con resignación—. Parece una broma pesada, una de esas ironías del destino, que siglos después se eligiera su propio palacio para rodar, entre otras películas, *El hombre de la máscara de hierro* —señaló a modo de anécdota.

—Es una parodia macabra—sentencié.

—A la vida le encanta jugar traviesamente con quien se le antoja —apostilló—. ¿Sabe usted, Loane, que inmediatamente después del encarcelamiento de Fouquet, el Rey Sol hizo todo lo humana y divinamente posible para obtener la obra de Nicolas Poussin?

—*Los pastores de la Arcadia...*, el enigmático cuadro de Poussin —susurré con un esbozo de sonrisa—. No me sorprende lo más mínimo. Ese lienzo posee la clave del

secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles. A través del anagrama que encierra el *memento mori* que lo protagoniza se descubre la mayor verdad que ha dado la historia de la humanidad. ¿Cree usted que Luis XIV logró averiguar de qué se trataba?

—Estoy convencido de que parte de su buena fortuna política se la debió al provecho que sacó al descubrimiento del secreto, más que a su «autoridad divina», como él proclamaba —respondió—. Los datos hablan por sí solos; no necesitan opiniones ni juicios subjetivos. Se mantuvo en el poder durante más de siete decenios; fue el reinado más prolongado de la historia, y en su transcurso, Francia se convirtió en la primera potencia política y cultural de Europa.

—Es cierto que Luis XIV iluminó Francia; de ahí su apodo. Pero eso no significa que...

—Contó en todo momento con el incalculable y valiosísimo apoyo de la Iglesia —intervino Marco Rospigliosi—. Aun cuando él mismo se creía todopoderoso, a semejanza de Dios. La Iglesia no habría permitido a nadie, ni tan siquiera al rey de Francia, igualarse a la supremacía divina, a no ser que algo la obligara a ello.

—Chantaje... —anoté.

—Es el arma más sutil y silenciosa que se puede esgrimir para obtener de alguien aquello que se desea. Bérenger



Saunière no dudó en emplearlo, y parece que Luis XIV tampoco.

—¿Esa es la única razón que motiva a los que buscan, con independencia de la propia Iglesia, la verdad que esconde la Alianza de los Siete Arcángeles? ¿Chantajear a la Iglesia católica? ¿Sacar provecho del misterio? —solté al aire—. ¿Nadie se ha parado a pensar en la carga de inmoralidad implícita en una mentira de tal calibre? —seguí preguntando—. La fe de millones de personas está cimentada sobre el mayor embuste de todos los tiempos. Las creencias en las que se basa su esperanza están vacías. Son vanas, estériles. ¡Jesús no resucitó! —exclamé irritada, pero sin levantar la voz—. ¿Nadie tiene la pretensión de desenmascarar la patraña que sostiene a la cristiandad?

—La fe mueve montañas, Loane, pero el dinero mueve el mundo —apostilló Rospigliosi—. No espere de nadie que haga lo mismo que haría usted en una situación determinada, y menos si hay dinero y poder de por medio.

Le dediqué una mirada cargada de impotencia.

—¿Su causa también es el dinero, señor Rospigliosi? —me atreví a preguntarle—. ¿Es por eso por lo que quiere hallar el osario de Jesús de Nazaret?

—Míreme —me pidió, amable, mientras delineaba una sonrisa cansada—. Míreme bien, Loane. No tengo hijos ni esposa; ni siquiera sobrinos a los que dejar legado o patrimonio alguno. Soy un pobre anciano con muchos años

sobre su pesada osamenta, un infeliz que no dispone del lujo del tiempo, y menos del lujo de perderlo. Ahora soy yo quien le pregunta a usted: ¿cree que me mueve el dinero?

—No —respondí mientras negaba también con la cabeza—. Lo siento —añadí, no sin cierta vergüenza.

—No se preocupe en exceso —comentó tranquilo—. Hace bien en estar a la defensiva. Recuerde que en lo referente a este asunto serán más los enemigos de los que tenga que defenderse que los amigos con los que pueda aliarse.

El señor Rospigliosi era un hombre de excelente moral, con firmes convicciones sobre el bien y el mal, regido por unos principios inquebrantables conformes a su propia realidad según los cuales era inconcebible cambiar honra por dinero. Hice una inspiración profunda con la intención de apaciguar mi ánimo. Los nervios cedieron. Instantes después, más calmada, recordé una cuestión que a Álex y a mí se nos había quedado en el terreno de la duda, y que decidí plantearle.

—Tengo entendido que fue el futuro papa Clemente IX quien encargó el cuadro a Nicolas Poussin.

—En efecto —señaló Rospigliosi, satisfecho—. Todo el mundo habla de lo fascinante que es el cuadro de Poussin y del enigma que encierra, pero pocos se han preguntado quién hizo el encargo.

»¿Conoce el nombre de ese papa? —me preguntó con una intención que no alcancé a entender.

Rebobiné. Alex me había hablado con anterioridad de aquel papa; de hecho, en aquella conversación me había proporcionado ese dato. Comencé a contestar a la pregunta sin tener muy claro su propósito.

—Giulio —dije—, Giulio Rospigliosi... —según pronunciaba el apellido de Clemente IX caí en la cuenta—... gliosi —acabé de decir casi en un susurro.

Fruncí el ceño al tiempo que mi interlocutor alzaba las cejas con gesto grandilocuente, en espera de confirmar la hipótesis que bullía ya en mi cabeza. Reaccioné de manera instantánea.

—Usted... ¿guarda algún parentesco con Giulio Rospigliosi? —pregunté.

Su amplia sonrisa me sirvió de respuesta.

—No voy a detallarle mi árbol genealógico —indicó—. No procede. Es demasiado aburrido —añadió con humor al observar la expresión de asombro que reflejaba mi rostro—. Pero sí le diré que mis antepasados tienen mucho que ver con Giulio Rospigliosi, más conocido como el papa Clemente IX. Si le parece, le haré un resumen de la línea dinástica hasta llegar a mi persona, para que se sitúe y consiga quitar esa cara de sorpresa.

Asentí con un rápido movimiento de cabeza.

—Giulio fue hijo, junto con Pedro, de Giacomo Rospigliosi y su esposa Caterina Bisi, descendientes de una familia lombarda. Cursó estudios primarios en Pistoia, en la

Toscana italiana. Quizá le suene la ciudad... —hizo el inciso.

—Así es —respondí—. El arte lleva a conocer lugares que de otro modo pasarían inadvertidos. Aunque me especialicé en pintura, resultaría una ofensa no recordar los cinco relieves que realizó Giovanni Pisano para el púlpito de la catedral de San Andrés, en Pistoia.

—*La Anunciación y la Natividad; La Adoración; Sueño de los Magos y el ángel advirtiéndolo a José; La matanza de los inocentes; La crucifixión, y El Juicio Final* —enumeró Marco Rospigliosi.

—*La matanza de los inocentes...* —susurré—. La representación más grotesca y con mayor carga emotiva de cuantas han realizado los virtuosos del arte, en cualquiera de las formas que hayan elegido —expuse casi ausente—. Esas madres desesperadas, enloquecidas, que intentan proteger a sus neonatos de la brutal masacre, así como las que lloran a los niños ya muertos; las expresiones de cruel impiedad de los hombres que matan a sangre fría a las criaturas... Al minuto de contemplarlo sobreviene una avalancha de sensaciones.

—Todo un derroche de dolor —apuntó Rospigliosi.

—Perdone. —Salí del trance al oír su voz—. Me he desviado del tema, lo siento. Por favor, prosiga, si es tan amable.

—Usted es de esas personas con las que podría uno pasarse horas y horas hablando amablemente sobre arte —observó animoso—; departiendo y debatiendo acerca de obras y artistas; intentando en vano estancar el tiempo para que la conversación no tuviera fin. Prométame que me reservará una tarde para ello —me pidió.

—Cuenta con ella —contesté—.Será todo un placer. Pero ahora...

—Mientras que Giulio Rospigliosi oyó la llamada de Dios y se ordenó sacerdote, su hermano, Pedro Rospigliosi, contrajo nupcias con Bárbara de Candía, hija de Juan Andrés de Candía y Francisca Spínola. Pedro tuvo un hijo, Teodoro Giulio Rospigliosi, que llegó a ocupar el cargo de alférez del rey en la España de Felipe IV. Teodoro emigró a Perú en 1647, donde se estableció y tuvo descendencia. Algunos miembros de las generaciones posteriores regresaron a Italia, país originario de la familia, y de ellos procedo —dijo—. Mi nombre completo es Marco Giulio Rospigliosi. Siglos atrás, los familiares del papa Clemente IX unieron el nombre de Giulio al apellido Rospigliosi —aclaró—. Yo prefiero abreviarlo con la sigla.

—Muchas gracias por la explicación —asentí complacida—. Su antepasado conocía el secreto —comenté con voz pausada—. De ahí que encargara a Nicolas Poussin...

—Aunque huelga decir que la Iglesia ignoraba este dato, sí: Giulio Rospigliosi estaba al tanto del secreto de la

Alianza de los Siete Arcángeles tres decenios antes de que lo eligieran para ocupar la silla de san Pedro, cuando ni siquiera lo habían nombrado obispo de la capilla de Pío V de la basílica vaticana.

—¿Cuándo supo de su existencia?

—No conozco ese dato, pero todo me hace pensar que pudo ser en una fecha aproximada a 1636, cuando fue nombrado canónigo de Santa María la Mayor. Existen unas cartas pertenecientes a mi familia, enviadas a Pedro Rospigliosi, en las que Giulio Rospigliosi hace interesantes observaciones sobre la Orden de Sion. Al parecer estaba muy versado en ella. Quizá en alguna de sus investigaciones lograra averiguar qué hallaron realmente los templarios en el templo de Salomón.

—Todo parece encajar —subrayé.

—Ese mismo año se puso en contacto con Nicolas Poussin, que también vivía en Roma por aquel entonces. En su entrevista le detalló el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles y le propuso preservar ese enigma sagrado en un lienzo.

—Para que así perdurase —murmuré—. «Poussin tiene la llave», dice uno de los pergaminos que encontró Saunière. Una llave que entregó Giulio Rospigliosi, quien posteriormente se convertiría en el papa Clemente IX. La llave que abre la verdad del cristianismo.

—La llave que revienta la esencia de la Iglesia católica, que puede hacerla tambalear. Una verdad que despertará al ser humano del estado hipnótico en que se encuentra con respecto a la cristiandad.

Después de aquellas palabras, Marco Rospigliosi adquirió un semblante meditabundo, que duró apenas unos instantes. Después volvió a tomar la palabra.

—Hay que actuar con extrema mesura, Loane. La fiebre devoradora que va a provocar esta verdad, de ver al fin la luz, destruirá inevitablemente cuanto encuentre en su camino.

—Incluso a quien dé con ella —sentencié con seguridad—. Quizá la persona que se convierta en la Mano de Dios sea la primera a la que destruya.

No sé por qué dije aquello. Esa categórica y a la vez intimidatoria afirmación no estaba basada en ninguna percepción a priori y, menos aún, en ningún razonamiento sujeto a vínculo lógico. Había sido, sin más, una reflexión probablemente desatinada.

—¿Por qué cree eso? —me preguntó el señor Rospigliosi con asombro.

—No me haga caso. Son cosas que se me ocurren inoportunamente, pero carece de importancia —me excusé rápidamente para evitar seguir hablando sobre ello—. Volviendo a lo que nos atañe, ¿no hay en esas cartas de Clemente IX a su hermano Pedro nada que pueda ayudar a descubrir el paradero de la tumba de Jesús?

—Me temo que no —respondió claramente Rospigliosi, haciendo una ligera mueca de disgusto—. Tan solo hace unas breves observaciones sobre sus últimos descubrimientos acerca de la Orden de Sion.

—Todo continúa hacia el mismo punto —dije.

Mis ojos se encontraron con los de Rospigliosi. A continuación consulté el reloj con una mirada fugaz. Ya pasaban de las dos de la tarde.

—Discúlpeme, pero tengo que marcharme —dije con voz atropellada.

—¿Cuándo se celebra el funeral por el alma de Arthur? —me preguntó.

—Mañana a las cinco. Sus cenizas se enviarán a Londres después de la ceremonia —expliqué conmovida—. Así lo estableció en su última voluntad.

—Su tierra natal —subrayó Marco Rospigliosi—. Todos pretendemos regresar alguna vez al lugar del cual partimos —expresó con pesadumbre.

—Es nuestra obligación impedir que la muerte de Arthur haya sido en balde —afirmé, intentando levantar el ánimo.

Rospigliosi asintió con vehemencia. Me levanté del vetusto sillón isabelino en el que había estado sentada durante toda la conversación e inmediatamente después ofrecí el brazo a mi acompañante, quien lo aceptó de buena gana para incorporarse del incómodo asiento.



—Muchas gracias por todo. —Le tendí la mano con cordialidad cuando ambos estuvimos de pie.

En esa ocasión no desestimó el gesto como al principio de nuestro encuentro, sino que envolvió calurosamente mi mano entre las suyas. Sentí su piel fría, inerte. Rospigliosi solo vivía lo suficiente para no morir. Un escalofrío me atravesó el corazón. El olor de la muerte volvía a aquel lugar para recordarme que estaba cerca, de una u otra forma; para que la tuviera siempre presente.

—Presumo que no volveremos a vernos después del funeral —aseveró con un deje de melancolía y un aire premonitorio que me heló la sangre. Un silencio ominoso gravitó sobre nosotros—. Aunque nos queda pendiente esa tarde en la que únicamente estará permitido hablar de arte —tomó de nuevo la palabra, cómplice—. Pero quiero que sepa que ha sido un enorme placer tener esta conversación con usted, y que supone un descanso espiritual saber en qué maravillosa persona delegó Arthur su papel como ángel custodio y, en cierto modo, también el mío. Arthur, el destino, Dios mismo, o quienquiera que la pusiera en el camino de este secreto, sabía muy bien a quién elegía para tal espinoso cometido. Usted será, sin lugar a dudas, la heredera de esta verdad, Loane. El David que venza a Goliat, quien le corte la cabeza al gigante, como en el cuadro de Caravaggio o el de Tiziano.

Sonreí ante su símil.

—El placer ha sido mío —apunté, correspondiendo al apretón.

—Por cierto —intervino de nuevo Marco Rospigliosi—, ¿ha oído hablar del Udyat?

—Sí —respondí perpleja.

Recordé que Álex había comentado que mis ojos poseían sus proporciones exactas.

—Tenga en cuenta sus propiedades a lo largo de su vida —me aconsejó el hombre de pelo canoso y rasgos cordiales—. Nunca se olvide de las características mágicas que posee. Recuerde aquello que encarna; la perfección, el equilibrio y la armonía en su más alto grado. El ojo de Horus purifica, protege y ayuda a quien lo porta. «El ojo de Horus es tu protección, Osiris, señor de los occidentales. Constituye un salvaguarda para ti: rechaza a todos tus enemigos; todos tus enemigos son apartados de ti».

Entrecerré los ojos. No sabía con exactitud de qué me hablaba.

—Así reza el capítulo ciento doce del Libro de los Muertos —explicó instantes después ante mi gesto—. El ojo de Horus la protegerá de los malos amigos y de los buenos enemigos. No lo dude. Confíe en lo que tiene en su interior.

Contuve el aliento durante unos segundos. Después, mis labios esbozaron una sonrisa serena, confiada en esas últimas palabras de Marco Rospigliosi, una de las personas más solemnes e íntegras que había conocido en mi vida.

## CAPÍTULO XX

De mi improvisado encuentro con Marco Rospigliosi salí confusa y aturdida. Cuando abandoné el recatado hotel en que se hospedaba, mi mente era una maraña de pistas y cabos sueltos a los que no había forma de poner orden. Aquella leyenda comenzaba por fin a tejerse de nombres reales, aunque me resultaba en cierto modo incomprensible haber llegado hasta ese punto y tener la sensación de no haber logrado nada sino verdades a medias. Había estado persiguiendo la sombra de un fantasma. Las palabras del señor Rospigliosi arrojaban una luz distinta sobre el asunto y me dejaban desorientada. Cuanto más me adentraba en los recovecos de la Alianza de los Siete Arcángeles, más denso parecía hacerse el misterio que rodeaba su secreto y más se perdían las pistas por el incierto terreno de la leyenda.

La cabeza me zumbaba con los datos, nombres, fechas y hechos que había mencionado Rospigliosi. Todo ese torbellino de historia del que me había hecho partícipe pasaba a galope por mi mente; me desbordaba, sin lugar a dudas, y el ovillo de personajes, acontecimientos y

pensamientos que se entrelazaban ofuscaba cualquier juicio que quisiera formular.

Mientras intentaba poner orden en el torrente de información para encajar a Saunière con Clemente IX, Luis XIV, Celestino V, Rennes-le-Château y los templarios, caminaba flemática hacia la parada de taxis. Aunque había una bastante cercana, di un largo rodeo hasta llegar a ella. Necesitaba moverme, que me diera el aire para volver un poco en mí, vaciar la mente y aclarar las ideas mientras vagaba por las callejuelas de Madrid.

El tráfico de coches y personas era escaso a esas horas de sobremesa. Las vías y avenidas desangeladas ayudaron a mi cabeza a encontrar sosiego.

Había una extraña magia en las calles vacías de ruido, gente y atascos; desprendían una sensación de prolongado silencio, de abandono total.

Llegué a casa con el ánimo más calmado, comí algo ligero y me eché un rato. Era tal mi aturdimiento que la expectativa que más me seducía para mitigarlo era la de dormir, ceder al sueño mi ofuscación para que me trajera paz. Sin embargo, no la pude ver cumplida; se me escapó de las manos cuando vi que Álex me solicitaba a través del destemplado sonido de mi teléfono móvil. Me había olvidado de la conversación que aún teníamos pendiente y que, sin duda, él se encargaría de recordarme. Ahora que Arthur había muerto, tenía que explicarle todo lo concerniente a su estrecho vínculo con la

Alianza de los Siete Arcángeles. Pero no solo eso; también me veía en la obligación de hablarle de Marco Rospigliosi y cuanto habíamos tratado poco antes.

Quedé con él a media tarde en la gran terraza de una cafetería próxima a mi casa, con fama de singular por su selección de música chill out y de moda en Madrid por la misma razón. Seguro y sereno, me esperaba pacientemente sentado en una de las mesitas de mimbre blanco. Cuando me vio interrumpió el repaso de las noticias del día y cerró el periódico. Tenía un aspecto señorial, regio, imponente. Me perturbaba los sentidos verlo tan majestuoso, enfundado en ese traje de tres piezas que tan bien le sentaba, con aquella sonrisa siempre impecable en los labios. De inmediato reparé que no era la única persona a la que su rotunda presencia turbaba los sentidos. Un grupo de mujeres, sentadas en la mesa contigua, arrojaban al aire risas nerviosas mientras le lanzaban miradas furtivas y comentaban en excitados murmullos quién sabe qué bienaventuranzas sobre él, al tiempo que le ofrecían sus amplios escotes. Alguna de ellas tuvo el decoro de ruborizarse cuando me vio llegar. Y es que Alexander Vanderbilt era de las personas que poseen ese donaire que hace que la gente se gire cuando entran en un lugar y se instituyen en el centro de todas las miradas, sean de deseo o

de envidia. Pero no solo yo me había percatado de ese detalle; era evidente que Álex había percibido la curiosidad que suscitaba entre las agitadas féminas, azarosas por obtener un minuto de su atención, de igual modo que no pudo dejar de advertir que yo estaba al corriente de tal interés y que aquello hacía aflorar mis múltiples y variadas inseguridades, envueltas en una punzada de celos. Pese a todo, él, caballeroso, no se dio por enterado.

—Estás preciosa, mi *petit tresor* —me susurró dulcemente al oído cuando me senté a su lado, al tiempo que aprovechaba para depositar un beso en mi cuello.

—Gracias —respondí con timidez a su halago.

El corazón me martilleaba el pecho. Miré de soslayo hacia el grupo de mujeres; siguieron murmurando tras mi llegada con mayor descaro. De improviso, mis mejillas se encendieron al contacto del soplo que Álex me lanzó al rostro para atraer mi interés.

—No merecen tu atención —dijo mirándome a los ojos. Los suyos brillaban—. Ni la mía —comentó con cierto desdén, al tiempo que cogía su gin tonic y daba un trago.

Automáticamente dejé de reparar en ellas, ninguneando con suficiencia los destellos de envidia que podía captar en sus miradas, y me centré en el asunto que me había llevado allí. Bien pensado, tampoco podía culparlas; era imposible que Álex pasara desapercibido.

Sin perder un segundo pasé a narrarle, por orden cronológico, todo lo acontecido desde que había hablado por primera vez con Arthur de la Alianza de los Siete Arcángeles hasta el fatídico día de su asesinato. No pareció sorprenderse demasiado al saber que Arthur era un ángel custodio. Lo que no le agradó en absoluto fue la mención de la improvisada entrevista que había mantenido esa misma mañana con Marco Rospigliosi.

—¿Estás enfadado? —quise saber cuando constaté que se resistía a mediar palabra conmigo y su gesto se había vuelto hosco.

Tamborileó en la mesa con sus largos y elegantes dedos mientras su rostro dibujaba una firme desaprobación en respuesta a mi pregunta.

—¿Por qué no me dejas protegerte, Loane? —me preguntó muy serio—. Si no me informas, me resulta imposible.

—Solo me he reunido con una fuente que posee información fidedigna acerca de la Alianza —me excusé ante su severa recriminación.

Sus ojos se encendieron de inmediato con chispas de reproche. Mi argumento, lejos de ser persuasorio, le resultaba simplón y poco convincente. Sacudió la cabeza en un gesto de desacuerdo.

—¿Solo? —repitió con un toque de censura en la voz—. ¿Y si en vez de una fuente de información fidedigna hubiera sido un sicario? —expresó con soterrada irritación.

Sus ojos se estrecharon en una fina línea azul entre las pestañas. Aunque hacía verdaderos esfuerzos por aplacar la cólera, parecía preocupado ante una posibilidad en la que yo ni siquiera me había parado a pensar. Cuando reflexioné en silencio sobre la respuesta a esas preguntas, un escalofrío me cruzó la espalda como un latigazo. Los extraños episodios de las últimas semanas me daban sobrados motivos para tomar determinadas precauciones, pero mi persona parecía ajena a todo eso, ignorando los más que probables peligros que me acechaban.

—Si no dejas que te proteja, no puedo garantizar tu seguridad, y eso...

—No necesito que nadie me proteja —solté sin más, de manera desdeñosa—. Nunca lo he necesitado.

—Y no lo dudo, de verdad que no —aseveró, levantando ligeramente la voz e inclinándose sobre la mesa. El grupo de mujeres se volvió en bloque hacia nosotros—. Pero ahora es distinto. —Respiró profundamente—. Puede que este juego te quede grande. Todavía no imaginas a qué clase de enemigos te enfrentas, ¿verdad? —expuso presuntuoso.

—Sí, sí que lo imagino, Alex —dije irritada—. Sé muy bien a quiénes me enfrento, sé muy bien cuáles son mis enemigos y sé muy bien de quiénes debo cuidarme.

Aquellas palabras, que salieron repentinamente y de manera inconsciente de mis labios, parecían estar dirigidas



más a él que a los enemigos reales o potenciales que pudieran surgir de la Alianza de los Siete Arcángeles.

—Pero sigues empeñado en tratarme como si fuera una niña, con la idea errónea de que no sé defenderme sola —añadí en tono más suave.

—Porque lo eres —afirmó contundente—. Eres mi niña, mi *petit trésor*. ¡Que no se te olvide quien soy, jovencita, y cuál es mi deber para contigo!

La firmeza que impuso a su voz me dejó paralizada en el sitio, con los labios apretados. Tragué en seco, ahogando una exclamación que se quedó abrasándome la garganta. De inmediato, Álex advirtió el efecto que había provocado en mí. Aquella duplicidad que poseía su carácter llegaba a enloquecerme. La profunda densidad con que era capaz de oscurecer sus palabras, y la autoridad de su voz, despertaban mi erotismo y ese lado oscuro que desde hacía tiempo había tomado protagonismo cuando estaba con él. Aunque me atravesó una convulsión de rebeldía, guardé silencio.

—Que no se te olvide que soy tu amo —dijo en tono terminante. Se inclino hacia mi oído y me susurró en tono confidente: —Eres mía, Loane. Me correspondes por derecho propio. Que tampoco se te olvide eso.

—No se me olvida —afirmé bajando la mirada.

—¿Qué más?

—No se me olvida, mi señor.

Álex tomó mi barbilla entre los dedos y acogió mi mirada con la suya.

—Tengo el deber y el derecho de protegerte, Loane —entonó con voz más flexible—, y también la necesidad.

Aunque por prudencia me cuidé de dejar entrever las emociones que pugnaban por asomar del corazón, resultaba absurdo intentar esconderlas para conmigo misma. Era innegable que la actitud de Álex me cautivaba. Aquel acérrimo afán por vigilar cada uno de mis pasos para tenerme convenientemente protegida, para mantenerme en un porfiado estado de permanente seguridad, me ofrecía su parte más humana y dejaba al descubierto, sin cartas bajo la manga, su preocupación por mí. Ese sentimiento protector latía por sus venas cuando me tenía cerca. No obstante, aunque el sentido era noble y lo reconocía como tal, detestaba la similitud entre aquellos exacerbados sentimientos protectores que tenía hacia mí y el cuidado que se dispensa a una niña pequeña. Mi espíritu refunfuñaba ante aquella idea. Era una mujer hecha y derecha; sentía como tal cuando lo tenía delante y como tal quería que me tratara. Deseaba ser su mujer en el sentido más carnal del término. Más que nadie, él me hacía sentir así: mujer. Erotizaba mi feminidad y la ennoblecía sin más esfuerzo que el de ser lo que era y encarnaba: un hombre.

Más calmado, tomó de nuevo la palabra.

—Hay personas que están dispuestas a todo para obtener lo que quieren, Loane; personas, que de una u otra manera, de forma tajante y directa, consiguen que sus asuntos salgan bien. —Sus ojos inquisidores me obligaron a apartar la vista—. Mírame, Loane. —Giré la cabeza y busqué la claridad de sus ojos—. El dinero compra almas, vidas, muertes... Compra asesinos —dijo con una mirada pétrea—, y los asesinos no conocen ninguna ortodoxia. Se deshacen de quienes los desafían, sin más. La base de su trabajo no es la escrupulosidad, sino la satisfacción de su sed de matar. Sus víctimas no tienen rostro, nombre ni pasado. Únicamente son un estorbo, un inconveniente que han de eliminar, y lo eliminan: así de sencillo y así de complicado. Los más benévoloos realizan la acción de forma rápida, pero los hay que no tienen tanta humanidad —expuso en un tono que no supe interpretar claramente.

Tuve la impresión de que sabía muy bien de qué hablaba. Me dio terror pensar que lo decía por experiencia propia; parecía conocer de primera mano aquello a lo que se refería con sus contundentes afirmaciones. Concluí, en base a una asociación de pensamientos libres, que las manos de Alexander Vanderbilt estaban manchadas de sangre. En otro momento habría desechado inmediatamente aquella idea, sin permitirle siquiera formularse; sin embargo, danzaba con actitud segura en mi cabeza al son que habían marcado sus palabras. Noté una ligera aprensión, y un pellizco me estrujó

el corazón. Los músculos del cuerpo se me tensaron y sentí miedo, un miedo visceral que me hizo preguntarme quién era realmente la persona que tenía delante. Pero mirarlo de nuevo a los ojos significó hacer caso omiso de ese miedo irracional que me lamía el sentido común. Aquella mirada extraclara, casi traslúcida, me reducía a cenizas.

—¿Vas a dejar que te proteja, Loane? —inquirió severo, pasados unos instantes.

—No puedes tratarme como a una niña —rezongué—. No lo soy —añadí en son de queja.

La conversación quedó suspendida en el incómodo silencio que se instaló entre los dos. Álex suspiró pacientemente.

—No te voy a proteger en calidad de padre —dijo con una entonación rigurosa e inflexible—, porque no me corresponde. Pero sí en calidad de amo. Soy tu señor, Loane, tu dueño —especificó con claridad—. Me perteneces; eres de mi propiedad, y como tal serás tratada. Te guste o no —sentenció solemne.

Respiré un par de veces. El ánimo me cambió como por arte de magia al oírle decir aquello de aquel modo. Prodigaba tal devoción, tal respeto, tal entrega, que no pude hacer otra cosa más que acatarlo con la misma religiosidad que él sentía. En el fondo me halagaba esa forma de marcar su territorio.

—No te enfades conmigo —musité a media voz—. No quiero disgustarte, pero...

—Pero ¡nada! —intervino tajante—. No hay más que discutir. Y si continúas haciendo las cosas a tu manera, yo empezaré a hacerlas a la mía —amenazó.

Al mirar su rostro, animado por los reflejos del sol de media tarde, consideré que no hablaba en vano. Solo me quedaba resignarme.

—Y ahora, dime, ¿qué te ha contado el señor Rospigliosi? —me preguntó suavizando la expresión.

—Hemos hablado del oscuro entramado de la Alianza —respondí—. Te sorprendería el número de personajes históricos que han estado detrás de su secreto a lo largo de estos dos milenios de cinismo cristiano. En un principio, solo los siete apóstoles que formaron la Alianza de los Siete Arcángeles sabían de su existencia. Fue un pacto furtivo y ocultado al mundo. Actualmente, pocos saben quiénes sellaron el juramento de silencio, pero el enigma que velaron se ha transformado casi en un secreto a voces con el paso de los siglos. No sé muy bien por dónde empezar a contarte —enuncié, presa de una vasta confusión—. Todavía no he tenido tiempo para poner toda la información en un orden coherente y eficaz. La exorbitante cantidad de datos, fechas, acontecimientos, nombres y juicios que me ha participado Marco Rospigliosi ha sido grandiosa a la par que abrumadora. Tenemos que enlazar lo que ya sabíamos y lo

que él me ha contado si queremos llegar al final de todo esto sin desesperarnos. Pero hay algo que sobresale por encima de la maraña de historicidad que peregrina por esta verdad y la extraordinaria reserva que envuelve el paradero de los restos de Jesús.

Álex parpadeó varias veces, sin entender mi observación.

—El desconocido pero revelador paisaje que plasmó Nicolas Poussin en el lienzo, y que guarda atrevida semejanza con el que vimos en las fotografías decomisadas anoche en la caja fuerte de Arthur, está en Rennes-le-Château, en el Languedoc. Los montes que aparecen de fondo son el Cardou y el Bugarach, situados en el valle alto del Aude, en los Pirineos.

—Arques... —apuntó Álex, pasándose la mano por el pelo. La luz del sol le arrancaba destellos azabache.

—¿Has oído hablar de Arques? —interrogué, extrañada por su apunte.

—No en referencia a este asunto —aclaró—. Pero mi familia pasaba allí parte del verano. Teníamos una casita a las afueras del pueblo.

—¿Y no recuerdas haber escuchado alguna historia de tantas como se ciernen sobre Rennes-le-Château o la tumba Arques? Así es como se llama el sepulcro que aparece en las fotografías.

—Era muy pequeño cuando íbamos a Francia a pasar los veranos. Después de unos cuantos años, mis padres se

separaron, vendieron la casa y dejamos de ir. Aunque recuerdo los largos paseos que daba con mi padre y los lugares por los que solía llevarme, no me suena haber oído ninguna historia enigmática sobre Arques o Rennes-le-Château. En caso de que las oyera, con el tiempo se han borrado de mi memoria.

—Es normal que los recuerdos se disipen a medida que vamos creciendo. —Sonreí comprensiva.

—Entonces, ¿aquí es donde está la tumba de Jesús de Nazaret? —Álex retomó el tema.

—Contra toda lógica, no. —Su expresión de confusión me hizo explicarle de inmediato aquella negación tan tajante—. Las apariencias engañan. El sepulcro que aparece en las fotografías de Arthur no es la tumba de Jesús.

—¿No?

De nuevo moví la cabeza de un lado a otro.

—En este tema hay que ponerlo todo en duda —dije—, pero solo se trata de una pista más, de una nueva clave oculta en el lienzo. Marco Rospigliosi lo expresó de manera adecuada cuando notó que mis esperanzas amenazaban con venirse abajo; dijo que el cuadro de Nicolas Poussin no es el fin, sino el medio. *Los pastores de la Arcadia* sigue siendo el medio; sigue conteniendo la clave principal para obtener el fin, sin ser el fin propiamente dicho.

Álex se acarició el mentón en actitud pensativa. Sus ojos parpadeaban al compás de los pensamientos que se

deslizaban con rapidez por su cabeza.

—Quizá la obra de Poussin actúe de referente —dijo reflexivamente unos segundos después.

—Opino como tú. Pero no es el único. *Los pastores de la Arcadia* no contiene toda la verdad, sino una parte de ella.

Durante casi dos horas y media, Álex escuchó solícito y atento la extensa crónica de cuanto me había transmitido el señor Rospigliosi en la sala de aquel arranciado hotel. Su rostro, entre tanto, se mantenía impassible. Estaba desconcertado y a la vez fascinado ante lo que le contaba, e intentaba ajustar a la realidad aquel caudal de datos no del todo precisos.

Sin que apenas fuéramos conscientes de ello, el ocaso cayó sobre el día con silenciosa sinuosidad. La tarde se había disuelto en un halo de luz púrpura que se estremecía en el horizonte. Empezaba a oscurecer, y las luces polícromas que decoraban Madrid parpadeaban a nuestro alrededor invadiendo el crepúsculo, mientras el resplandor del sol empezaba a sumergirse tras la hilera de edificios, iluminando el decorado de la capital con pinceladas libres y vitales que parecían extraídas de un cuadro de Monet.

Dejamos la terraza de la cafetería cuando el reflejo brujo que separa los últimos rayos de sol se unía al primer lucero vespertino, inmersos en los últimos coletazos de tranquilidad que concedía el agonizante mes de agosto a las recónditas calles de Madrid. El sigilo emplazado en la parte más íntima



de la ciudad ayudaba a calmar el espíritu y aportar avenencia a la violenta mezcla de emociones de las últimas horas. En la calle, el aire olía a verano.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Álex cuando caminábamos hacia mi casa, envueltos en oscuridad y silencio.

—Bien —contesté, escueta.

—¿Me explicas qué quieres decir con eso, por favor?

—Álex, estoy bien —repuse, animando el tono—. No me gusta... Ya sabes que no me gusta hablar de mí.

—Te lo he pedido por favor, Loane —dijo suave pero con firmeza.

—Ya me conoces... —titubeé—. No me siento cómoda.

—Pues tendrás que aprender, jovencita —aseveró, dirigiéndome una mirada férrea.

—No tengo ninguna razón para ello —se me escapó.

—Sí: complacerme. —Resoplé, vencida—. ¿Me explicas ahora qué significa ese escueto «Bien» que me has dado por respuesta?

Hablar de mí misma siempre suponía un esfuerzo, que alcanzaba las cotas más altas ante Álex. En un plano tan íntimo y profundo como son los sentimientos, las emociones o los estados de ánimo, debería estar prohibido hablar de uno mismo. Es rigurosamente innecesario. Para ello ya están los juicios implícitos de las acciones y, por supuesto, los demás. De cara a la galería, no existe mejor testigo para

evaluar la catadura moral de un individuo que los hechos y sus detalles. Ellos hablan por nosotros de forma fidedigna y en silencio, sin estridencias ni victimismo adornado, y se traducen como el más fiel reflejo de lo que somos y de cómo nos sentimos.

Inspiré a fondo e intenté relajarme. Álex esperó con paciencia.

—El modo en que ha muerto Arthur... —dije con apocamiento—, su asesinato..., me tiene conmocionada. Mañana puedo ser yo quien acabe así, con un tiro en la sien, o entre ceja y ceja. —Hice una pausa para tomar aire de nuevo—. O podrías ser tú —dije con aire melancólico—. Si no conseguimos hallar el osario de Jesús, nada de lo que hemos averiguado hasta ahora tendrá sentido, ni valor para quien te ha hecho el encargo, y tu vida... Tú mismo lo dijiste. Y para mí es una cruz demasiado pesada. Si te llegara a pasar algo...

Mi voz se desvaneció hasta convertirse en un susurro ininteligible. Un súbito desconsuelo me humedeció los ojos. Bajé la cabeza, aturdida y espantada por la sola idea de perderlo. La expresión sombría que se perfiló en mi rostro no pasó desapercibida a Álex. En vano me obligué a seguir hablando, pero él se adelantó.

—Que me sucediera algo a mí sería la opción menos mala.

—No digas eso —protesté—. No lo digas.

—Está bien. No lo diré —me tranquilizó al ver que aquella afirmación, lejos de apaciguarme, producía en mí más angustia.

—Tengo miedo por mí, pero también por ti.

—Yo estoy bien —apuntó.

—Nada de eso. Ninguno de los dos está bien, y ninguno de los dos estará a salvo mientras la Alianza de los Siete Arcángeles esté inmiscuida en nuestras vidas. Conocer el secreto que oculta es condenarse a muerte. No parece que ninguna alternativa vaya a salvarnos.

—No es necesario que te diga que puedes dejarlo cuando quieras —me aclaró en tono más quedo—. De hecho, Loane... —tardó unos instantes en continuar—, mi deseo es que lo dejes.

Le tendí una mirada contrariada y llena de furia. Sacudí la cabeza en silencio. ¿Cómo podía pedirme algo así? Que renunciara. Abandonar significaba apostar por su muerte. La sola insinuación me produjo náuseas.

—No voy a abandonar, Álex —dije—. Eso sería de cobardes.

—Te lo ordenaré si llega el caso.

—Te desobedeceré si llega el caso. Lo sabes muy bien —amenacé.

—No si te lo exijo como amo.

—No me subestime, mi señor —cambié de registro—. Las sumisas tenemos derecho a negarnos a acatar una orden que

nos dé el amo si esta no se atiende a las premisas: sensato, seguro y consensuado.

—No me retes, Loane —dijo con entonación desafiante.

—Sabes perfectamente que estoy en lo cierto. Esa orden no sería sensata, segura ni consensuada —me atreví a contradecirlo.

—¡Loane! —me recriminó con severidad.

—Sabes mejor que nadie que es cierto. No es sensato, porque renunciar a encontrar el secreto de la Alianza supondría tu muerte inmediata. No es seguro, porque nadie nos garantiza que, aun abandonando ahora, nuestras vidas dejen de correr peligro. Somos dueños de mucha información. La información es poder —recalqué—, y las personas que tienen poder suponen una amenaza. Y, desde luego, no es una orden consensuada, porque yo, como parte implicada, no estoy de acuerdo. Usted es mi amo —proseguí, refutando su argumento a la perfección—, y yo lo veo, lo siento y lo trato como tal. Me debo a usted, e intentaré desarrollar mi entrega como sumisa lo mejor que pueda, pero si vamos a jugar, juguemos bien y extendamos a todo lo demás las reglas por las que se rige el juego. Lo siento mucho, mi señor —me disculpé con cierto orgullo soterrado—, pero si va a ordenarme que abandone y que lo deje a la deriva de las nefastas consecuencias de mi deserción, no acataré su orden por mucho que desobedecerla suponga contravenir mi condición de sumisa, y lo haré orgullosa

porque sé que son posibles otras soluciones. Solo tenemos que buscarlas.

—No puedo exponerte, Loane —dijo con firmeza—. Ni puedo ni tengo derecho. Si te sucediera algo... Jamás pensé que...

Las palabras de Álex renqueaban; parecían vencerse sobre su propio peso y hacían que las frases quedaran inconclusas, con el final enquistado en el tronco de la lengua. Durante unos segundos permaneció sin expresión, y sus ojos adquirieron un aspecto opaco y ligeramente turbio, perdiendo en un santiamén su picardía. Su mirada continuaba extraviada, vacía de conclusiones. Aquella desidia era inusitada en él.

—No serás tú quien me exponga —dije—, sino yo misma.

—Veo que cualquier intento de disuadirte está condenado al fracaso. —No dije nada, pero sonreí levemente—. Siempre tan testaruda, obstinada y pertinaz —sentenció, fiel a su muletilla—. Si quieres que te deje continuar en esto —recapitó—, si quieres tener mi aprobación, tendrás que mantenerme al tanto de cada paso que des, de cada movimiento que hagas, de cada lugar al que acudas, de cada persona conocida o desconocida con la que hables. Hasta que este asunto se resuelva, toda precaución es poca si de evitarte un daño se trata. ¿Queda claro? —resolvió terminante.

Asentí en señal de conciliación.

—¿Queda claro, Loane? —preguntó de nuevo, elevando la voz.

—Sí —respondí.

—Sí, ¿qué? —dijo en un tono más distendido.

—Sí, mi señor.

Instantes después, Álex me dedicaba una ligera sonrisa de satisfacción mientras sus dedos se acercaban tibiamente a mi mejilla para acariciarla. Busqué con el rostro la palma de su mano, me apreté contra ella y me acurruqué ronroneante, al tiempo que entrecerraba los ojos y me dejaba envolver por la mágica protección que nacía de ese contacto.

—Eres como una gatita —me dijo susurrante, adaptando la mano a la forma de mi cabeza.

Despacio, abrí los ojos y le lancé una mirada entregada, sumisa, cedida al poder que ejercía sobre mí.

—Lo soy, mi señor —dije con dulzura, sonriendo tímidamente por la sensualidad que adquiría aquella unión de gestos—. Soy su gatita. Soy lo que usted me pida que sea.

Tras unos segundos, enderecé la cabeza y volví a una realidad en la que las manos de Álex no parecían tener el poder de protegerme con tanta devoción como unos instantes atrás. Ambos bajamos la cabeza, y nuestros ojos, con deliberada autonomía, se arrastraron hasta el suelo.

La corta distancia que nos separaba de mi casa fue un recorrido pesaroso, marcado por el silencio que gravitaba a nuestro alrededor y sellado por la falta de valor para hablar

con sinceridad. El hermetismo de Álex continuaba alentando en mi cabeza una idea que me producía miedo; un miedo que sentía en la profundidad de los huesos. Un aterrador vistazo desde el borde del acantilado cuando se está a punto de caer. Un vértigo apocalíptico. Pero, como otras tantas veces, no quise pensar en ello; me negué consecuentemente a hacerlo. Entonces, Álex me dirigió una mirada con un juicio exacto, como si pudiera ver a través de mí. Desvié el rostro para impedirle que sondeara más aún mis pensamientos. En ocasiones, sus ojos aventuraban miradas excesivamente audaces e indiscretas, que me obligaban a retraerme sobre mí misma, como si temiera que apreciase en la trastienda de mis pupilas lo que se deslizaba por mi cabeza.

—Buenas noches, Loane —dijo cordialmente cuando llegamos a mi portal.

—Buenas noches, Álex —respondí.

Un beso depositado en mi frente, sin más ceremonia, cerró la despedida.

Lancé varios suspiros al aire cuando, ya echada en la cama y con la única intención de descansar, resurgió aquel último pensamiento acerca de Álex; un pensamiento que parecía estar escondido en la parte más reaccionaria de mi mente y que prometía turbarme el sueño. Asaltada por esa alarmante idea que me cortaba el aliento, me veía abordada

por la dolorosa sospecha de que no podía confiar en él. Alexander Vanderbilt no era como aparentaba ser. Una y otra vez, esa conjetura paseaba furtivamente por mi cabeza hasta que dio comienzo un hostigamiento imposible de obviar. Sabía claramente qué era, de qué se trataba, qué pasaría cuando hubiera dado con el lugar exacto donde se hallaba el cuerpo muerto de Jesús de Nazaret. Él o yo, simplemente. Un espantoso escalofrío atravesó cada una de mis vísceras. Rechazar aquella idea era negar la evidencia, lo cual suponía una soberana estupidez. Mi cabeza estaba llena de cábalas, unas con más valor que otras, pero todas aterradoras.

Permanecí acurrucada en la cama, contemplando la luz de la luna estival que se filtraba con curiosidad por la ventana, todavía luchando a ratos con mi conciencia y buscando un enfoque desde aquella perspectiva. Era una locura. Con los ojos llenos de vacío atravesé la oscuridad y perseguí el trazo que delineaba el conjunto de haces plateados en el suelo, hasta tropezar con la pared desnuda del dormitorio. Al llegar a ese punto de inflexión, mi mirada se perdía entre el espacio interminable de dos nada, sin encontrar el retorno.

Estaba a solas con mis pensamientos.

Sonreí amargamente. Cerré los ojos y me dejé llevar por la lóbrega prosa que escribía el silencio. La situación parecía recrear los tintes cómicos, satíricos y dramáticos de un Sófocles demasiado inspirado. Ese pensamiento me



torturaba, pero me tenía tan abstraída que abandoné durante unas horas mis preocupaciones más inmediatas y las relegué a un papel insignificante dentro de las horas de esa calurosa noche de agosto. El conglomerado que constituían el asesinato de Arthur, la Alianza de los Siete Arcángeles y La Exposición de Oro, que daba sus últimos coletazos en la galería, estaban bastante lejos como para hacer acto de presencia en mi cabeza, mientras que Álex y el misterio que lo rodeaba aparecían con no poco desatino entre mis pensamientos.

A pesar de lo atrevido de mis conjeturas, no eran imprudentes, ni siquiera precipitadas, y podían ser tan válidas como otras cualesquiera. Aunque las ideas que me asediaban en esos momentos en relación con Alexander Vanderbilt tuvieran un sonido afin a locura, me encontraba en uno de los estados más cuerdos y lúcidos de cuantos había experimentado desde que lo conocía. Había algo inquietante en el trocito de cielo que arropaba su mirada. De aquella inusitada intranquilidad nacía un inminente presagio, una especie de pálpito que se traducía en desconfianza y me hacía mantenerme alerta frente a él cada minuto que pasaba a su lado, pero era demasiado tarde para dar un paso atrás; había mucho en juego. Mucho más que su vida o la mía.

Me mantuve en aquella posición, con las rodillas contra el pecho y los brazos alrededor de las piernas, durante un larguísimo tiempo. Indeterminado, eterno y vano. Intenté

higienizar mis pensamientos y poner orden en las suposiciones que se abrían paso a trompicones entre ellos, hasta que se produjo en mi mente un denso vacío, un vacío que me ayudó a dormir pese a aquella vorágine de juicios.

## CAPÍTULO XXI

El funeral de Arthur transcurrió con tediosa tristeza a la tarde siguiente, en una ceremonia discreta, muy en consonancia con su existencia metódica y reservada. Cuando terminó el acto, las campanas tocaron a difuntos mientras se trasladaban sus cenizas.

Dadas las trágicas circunstancias de la muerte, el acto litúrgico conmovió más si cabe a las personas que habían ido a presentar sus respetos y a darle un último adiós. El réquiem por el descanso de su alma se inició y fue desplegando su atávico ritual entre arias fúnebres, coronas florales y el tenue resplandor de los cirios rojos. Fuera, el día, que estaba resultando muy largo para todos, trajo consigo una tormenta plúmbea que vistió el cielo de metal y plomo, y que se entretejió con la tristeza que sentíamos. Como fondo de la memorable ceremonia, una letanía de truenos secos y desabridos rompía furiosa el ensordecedor silencio instalado en la ceremonia, en una austera y monótona sinfonía que sumía la tarde en una oscuridad impenetrable.

Sin ser un sepelio concurrido, estaba presente lo más selecto de los círculos artísticos nacional e internacional, así como muchos de los candidatos a un puesto representativo en ellos, y reconocidos escritores, diplomáticos y figuras políticas significativas de la Comunidad de Madrid. Aunque se podría haber prescindido de un elevado número de ellos, entre tanto personajillo inepto no pasó inadvertida a la agudeza de mis ojos la imagen madura, sigilosa y prudente, semioculta tras una columna del fondo de la iglesia, del señor Rospigliosi. En apenas unas horas, su rostro se había convertido en un amasijo de ojos hundidos y huesos prominentes, y la piel, que parecía habersele adherido al cráneo, tenía un aspecto apergaminado. Cruzamos una mirada de impotente desánimo a distancia y, con la prudencia y formalidad que esta imponía, mantuvimos la medida suficiente para fingir no conocernos, en aras de la protección mutua y la aplicada preservación del secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles. Con una ligera y discreta bajada de ojos que me hizo el señor Rospigliosi de forma disimulada y cómplice, entendí que aquella actitud era la más acertada, y la reserva, la mejor aliada con que podíamos contar. Pero no pude evitar quedarme mirándolo durante unos segundos con una pena silenciosa anclada en las retinas mientras su corazón descontaba latidos paulatinamente, expulsando la vida con cada pálpito bajo la tiranía del paso del tiempo. Sus ojos octogenarios daban cuenta de una

tristeza que le desgarraba el alma poco a poco. Nos

despedimos con la mirada al final de la misa, plenamente conscientes de que no volveríamos a vernos.

Tras concluir el protocolario oficio religioso con la bendición de los congregados, salimos de la iglesia con aire apesadumbrado y el corazón abatido. Charlie no hablaba apenas, y Librada era un mar de lágrimas y sollozos imposible de calmar. Yo tampoco era insensible al sufrimiento, por supuesto. Sentía el alma desalentada, triste y henchida de una consternación consolada únicamente por el tributo cerrado que concedí a la memoria de Arthur a través del silencio. A mi lado, Álex, con talante impertérrito y estoico, observaba todo cuanto acontecía a nuestro alrededor.

Una vez recibido el cortejo de condolencias, la plomiza jornada no tuvo otro protagonista que el duelo en que nos sumergió el recuerdo de Arthur, llorado sinceramente por quienes lo apreciábamos. Su repentina muerte me dejaba desguarnecida de un amigo, de un compañero, de un aliado; pero, sobre todo, huérfana de un padre moral e intelectual. Sin duda, los años lo habían hecho sabio, y para mí suponía un honor que me hubiera dispensado sus dilatados conocimientos en el tiempo durante el cual disfrutamos de nuestra amistad.

Álex y yo llegamos a su apartotel a eso de las nueve de la noche, cuando ya había concluido el sepelio y ya se había proporcionado cordial o hipócrita término, según el caso, a las despedidas de rigor. Dado el dolor que provocaban los recientes acontecimientos, y que la soledad, en determinadas circunstancias, no es compañera grata, él sugirió que cenáramos algo y me quedara a dormir con él.

—No soy partidario de leer los libros de moda —dijo cuando observé que tenía en la mesa del salón *Los rosales de la casa roja*, el último best seller mundial de uno de los escritores más comerciales del siglo XXI—. Muchas veces, esas obras se leen más por curiosidad de saber qué les ve todo el mundo que por el interés que pueda suscitar su trama. Sin embargo, este, como toda excepción que se precie de confirmar la regla, no posee un argumento flojo ni un estilo desaliñado; no usa ni abusa del léxico para, en resumidas cuentas, no decir nada de valor, ni posee la acusada impudicia semántica de algunos de los libros más leídos. Al contrario, su éxito no radica solo en la exquisitez estilística, sino también en la poderosa fuerza del argumento y en lo seductor de los personajes. Sus dos protagonistas son los más cautivadores que he visto en años. A mi parecer —concluyó conciso—, es una de las mejores obras literarias de la época contemporánea. La protagonista es como tú —afirmó por último, con media sonrisa en la boca.

—¿Como yo? —repetí sorprendida.

—Sí —confirmó ampliando su sonrisa—. Audaz, osada, espiritual, poseedora de un ingenio agudo, protectora de quienes la rodean, eficaz, firme en sus valores y fiel a los principios por los que rige su vida. —Hizo una pausa mientras yo le dedicaba una mirada de asombro—. Bien educada, elegante, dulce, hermosa..., fuerte —enfaticó el último adjetivo, impaciente por ver mi reacción.

—Álex... —corté.

—Y dispuesta a ayudar a alguien que no merece su favor —dijo como colofón de la retahíla de cualidades, sin hacer caso de mi toque de atención.

—Álex... —insistí, acentuando aún más su nombre.

—¿Sabes que la protagonista de *Los rosales de la casa roja* arriesga la vida por salvar a Alan, un asesino, un proscrito, un muerto de hambre que no merece siquiera besar el suelo por donde ella pisa?

—Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

—¿Y sabes que la última pretensión de ese miserable es matarla?

—¿Qué tiene que ver conmigo? —repetí, parpadeando de manera intermitente. Álex rehuyó mi mirada.

—Nada... —dijo en tono más suave, después de pensar la respuesta durante un rato—. Nada...

Parecía que quisiera decir algo más, pero contuvo la lengua. Hice una inspiración profunda y dejé escapar el aire, resignada. Quizá aquello que pretendía concretar era tan



evidente o tan horrible que más valía callarlo. Miré a Álex con tristeza; todavía había una contradicción en su mirada.

—Un día dijiste que no eras capaz de entrar en mis ojos, que querías ver qué había tras ellos para saber cómo era, y yo te respondí que lo que ves es lo que soy, sin tretas ni artificios. Ni mejor ni peor que nadie. No hay engaño ni artimañas en mis acciones. —Me enfrenté a él—. Tus ojos también son insondables para mí y, a diferencia de los míos, sé que ocultan algo. Sé que mienten —me arriesgué a comentar.

—Si sabes que oculto algo, que miento... —comenzó a decir de forma pausada mientras caminaba hacia mí con sumo sigilo—, ¿por qué no huyes de mí, Loane? ¿Por qué no sales corriendo, ahora que puedes? Quizá después sea demasiado tarde —me advirtió sin rastro de broma en la voz.

Me quedé inmóvil, como esculpida en mármol, reteniendo el aliento mientras masticaba esa intimidación que consiente el silencio posterior a una amenaza, aunque esté velada a modo de advertencia. Mi corazón se aceleró, y después tuve la sensación de que se había detenido. Bajo aquella insinuación, el semblante de Álex tenía un aspecto sombrío y siniestro. Evité sus ojos para no quedarme atrapada en ellos y retrocedí un par de pasos.

—Si supieras lo que te conviene, saldrías corriendo —puntualizó él.

El silencio que siguió a sus palabras fue opresivo. El corazón se me hundió en el pecho al oírlo redundar en tan categórica recomendación, mientras ahogaba un lamento apropiadamente macabro. Los músculos de su mandíbula se tensaron, y la rigidez que se percibía en su rostro se podía interpretar como inquietante y turbadora. Por espacio de unos instantes nos quedamos mirándonos. Los ojos de Álex parecieran medirme con mirada escrutadora, mientras los míos evaluaban el trasfondo de sus palabras y se arrogaban el privilegio de desafiarlo. Naturalmente, no me atuve a su advertencia.

—No voy a salir corriendo —aseveré en tono sosegado—. Esa es una actitud de cobardes. La huida siempre es una opción, pero no es la única.

Sacudió la cabeza y soltó una risilla benévola, mientras mis palabras flotaban en el aire.

—¿Qué te sorprende? —inquirí—. ¿Que no quiera abandonar este asunto a pesar de que mi vida esté en peligro, o que no quiera dejarte tirado aunque lo merezcas?

En su rostro se formó una extraña mueca que desdibujó su anterior expresión de frialdad. Me miró con ojos apáticos.

—No deberías dejar que me acercara a ti, Loane —murmuró él.

—¿Por qué? ¿Por qué, Álex? Dime —me atreví a preguntarle, temerosa.

El silencio cayó sobre la habitación como una mortaja. Como única respuesta a mi pregunta, bajó la cabeza. Instantes después, respiró profundamente y serenó la voz.

—Es tarde. Estarás cansada.

—No lo suficiente para no poder seguir con esta conversación —señalé.

Con el corazón en vilo, sondeé de reojo la expresión de Álex a través de aquel devastador silencio, intentando adivinar los pensamientos que pudieran pasar por su cabeza.

—No es el momento —dijo cortante, dedicándome una mirada ladina—. Todo tiene su tiempo y su lugar, y los de esa conversación no son estos.

Aquellas respuestas solo eran una maniobra de distracción que seguía dejando abiertas todas las posibilidades, un ejercicio cauteloso e inconcluyente de torpe omisión. El hermetismo de sus argumentos, meticulosamente dosificado, resultaba del todo ambiguo para alguien que, como yo, intentaba desentrañar lo que ocultaba bajo esa insuficiencia de explicaciones. Si algo no dudaba, era que la inanidad de sus réplicas maquillaba una dolorosa cobardía, que solo servía para dejar las verdades y las intenciones en un escabroso entredicho. No podía seguir ignorando los temores que albergaba en el fondo de mi cabeza desde hacía algún tiempo.

Aquella noche, hundida en mis pensamientos, lloré el oscuro mensaje que transpiraban las palabras de Álex,

sumida en un silencio claustrofóbico. A pesar de que mis conjeturas eras sensibles a los hechos, a los silencios de las respuestas y a los vacíos de las miradas, estaba dispuesta a llevar al límite las consecuencias que se adivinaban y pasar por alto el mensaje que el dolor siempre trae consigo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Aun con evidencias tan conscientes como aquellas, seguía sin lograr que Álex fuera inocuo para mí, sin ser capaz de evitar esa tendencia veneradora que me sometía a él. Lo otro suponía ir contracorriente, y eso siempre resulta agotador.

Recordé lo que había oído decir en cierta ocasión a Edmundo Sáez de Baluada, uno de los clientes más curtidos de Art Gallery; un nonagenario de mejillas rollizas y ojos acuosos, que arrastraba los pies al andar y auxiliaba sus pasos con un bastón del que no se separaba nunca. Era admirador tenaz del pintor alemán Gustav Klimt e incondicional de su obra más conocida, *El beso*, un óleo sobre tela realizado entre 1907 y 1908. Obra soberana del Simbolismo, con una diversidad colorista portentosa y una disposición en forma de mosaico que solicita prodigiosamente la atención del espectador por su especial singularidad. Edmundo Sáez de Baluada sostenía que ir en contra de lo que dicta el corazón es como intentar patinar cuesta arriba: no solo no se llega nunca a coronar la pendiente, sino que además se acaba agotado. Afirmaba que con los asuntos del corazón sucedía lo mismo: no solo nunca

logramos engañarlo, sino que, además, el intento de hacerle trampa resulta extenuante. Con Álex me ocurría exactamente eso, así que opté por renunciar a según qué cosas, entre ellas, luchar por algo que de antemano sabía perdido. Las batallas entre la cabeza y el corazón siempre son desiguales. Creo que alguna vez he llegado a pensar que, más que descubrir el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles, mi anhelo residía en descifrar el secreto que ocultaban los clarísimos ojos de Alexander Vanderbilt. Esto, por supuesto, llevaba implícita la pregunta de si tendría el valor suficiente para resistir aquella prueba y sus más inmediatas consecuencias.

Cuando nació el alba, mi mente vagabundeaba aún entre nombres, fechas, leyendas y épocas pretéritas. Los rayos de sol entraban tímidamente por las rendijas de la persiana, anunciando el nuevo día. La ciudad se desperezaba bajo los últimos retazos de la noche, que comenzaban ya a desvanecerse bajo el tibio aliento de claridad escarlata que se dejaba admirar sobre el horizonte.

Al otro lado de la puerta del dormitorio Álex trasteaba con tazas y cucharillas, preparando el desayuno.

Me levanté de la cama al oír los sonidos, salí de la habitación y me detuve en el marco de la puerta, expectante, receptiva a la reacción de Álex al verme semidesnuda. Seguí sus movimientos durante un rato, maravillada con cada gesto. Al reparar en mí, se giró con una mirada considerada y

afable, mientras a mis retinas asomaba la lascivia inconfesada que me provocaba verlo con el torso desnudo. Sentí de pronto una especie de demonio dentro de mí, que comenzó a rondarme la cabeza con una idea perversa. Por miedo a que él siguiera el oscuro hilo de mis pensamientos, me volví hacia la mesa donde aguardaba el desayuno, haciendo verdaderos esfuerzos por borrar la expresión de ansiedad de mi rostro y ocultar el anhelante pálpito que me cruzaba la entrepierna.

—Buenos días, mi *petit tresor* —me dijo con voz suave.

—Buenos días, mi señor —respondí en un murmullo soñoliento.

Álex sonrió confiado y me recorrió con unos ojos iluminados por un toque de diversión. El ánimo de ambos parecía haber mejorado notablemente durante la noche.

—Pronto tendrás de nuevo lo que anhelas, fierecilla —dijo con una sonrisa sesgada, según me acercaba a la mesa—. Mientras, iré planeando todos los pecados que cometerás con esa bonita boca.

Me ruboricé de forma violenta al comprobar que me había leído el pensamiento con solo observar la incontenible sacudida de ansiedad que me atravesó el rostro. Noté súbitamente el calor que se concentraba en las mejillas y sentí una punzada de vergüenza por dejar constancia de la visceralidad de mis apetencias de un modo tan simple. Sin

embargo, la perspectiva de otra sesión se me hacía muy lejana.

—¿No vas a darme un beso? —me preguntó mientras me ofrecía la mejilla y se daba unos golpecitos en ella con el dedo.

—Sí, claro —respondí servicial, y me acerqué mientras me alisaba el pelo con las manos.

Cuando lo alcancé se inclinó ligeramente; me puse de puntillas y lo besé con suavidad. Olía a recién duchado, a gel Moussel. Sonreí. Nos quedamos uno frente al otro, callados. Álex estudiaba mi rostro, entreteniéndose deliberadamente en los labios, en los ojos, para volver a los labios y de nuevo a los ojos. De pronto, su mirada experimentó una profunda turbación.

—¡Al diablo con la disciplina! —exclamó de improviso, con una intensidad ansiosa en la voz.

Antes de que pudiese medir la maniobra, me inmovilizó las manos contra la cintura, me llevó casi en volandas hasta la pared y me colocó de cara a ella. Traté de echarme hacia atrás, pero inmediatamente me puso el codo en el hombro y me sujetó con el antebrazo. Mi rostro quedó aplastado contra la frialdad de los azulejos. Inclinó la cabeza hasta rozarme la mejilla con la nariz y me dijo al oído:

—No te muevas.

Su exigente susurro invadió mis oídos. Un escalofrío me sacudió como una descarga eléctrica. De repente, todo quedó

en silencio. A su merced. La bestia había despertado y, como siempre, atacaba por instinto. Su respiración se volvió imprecisa y pesada mientras aspiraba el aroma de la excitación que invadía la estancia. Yo estaba turbada, confusa, con una extraña inquietud sobrevenida por la inesperada situación. Al final había logrado mi propósito: Álex iba a hacer uso de su propiedad. Iba a hacer uso de mí.

Me levantó hasta la cintura la camiseta de Pink Floyd que siempre usaba de camisón cuando me quedaba a dormir en su apartotel, me bajó las braguitas hasta la mitad de los muslos, se inclinó y me mordió los glúteos, repartiendo los dientes por diferentes zonas. Gemí cuando su lengua comenzó a repasar la huella purpúrea de las dentelladas, y más cuando exhaló después ligeros soplos sobre ellas para erizarme la piel.

Mi incertidumbre creció cuando le oí desabrocharse el cinturón. El explícito sonido de la hebilla, y el rápido silbido del cuero al deslizarse por las trabillas, atravesaron mi mente de un extremo a otro. Me temblaban las piernas, y sentí que cedían a su presión. Entre ellas, el calor se volvió líquido y comenzó a descender por la cara interna de los muslos. Sin avisar, Álex me descargó un fuerte correazo en el culo. Una oleada de adrenalina me subió por el estómago. Apreté los labios, conteniendo la respiración. Un segundo azote me cruzó la parte inferior de las nalgas de lado a lado. Contraje los músculos y me encogí.



—Ofréceme el culo —me ordenó con voz autoritaria, mientras admiraba las filigranas que comenzaban a dibujarse sobre mi piel.

Respiré varias veces seguidas, revolviéndome sobre mí misma con movimientos pesados.

—No me hagas perder tiempo, Loane. Vamos. Ofréceme el culo —repitió, remarcando cada sílaba.

Me recliné hacia delante, sacando culo, y respiré hondo. Temblaba de impaciencia. Un nuevo latigazo me golpeó. Solté el aire entre los dientes mientras Álex seguía aplicando el cinturón: cuatro, cinco, seis, siete... Fui contando mentalmente hasta que oí el sonido metálico de la hebilla contra el suelo. Sentí de repente un intenso palpito bajo el vientre cuando la mano de Álex se perdió entre mis piernas. Me ardían las nalgas.

—¡Suplica! —dijo con la boca pegada a mi oído y la voz ronca, tirándome del pelo hacia atrás—. ¡Suplica que te use!

Noté la dureza de su sexo, que me presionaba dispuesto a embestir en cualquier momento. Otra vez sentía su cuerpo, fuerte e implacable contra el mío. Se me aflojaron las piernas. Un nuevo tirón de pelo me hizo arquear la cabeza en una postura imposible. La sangre me hervía en las venas. No podía moverme. No podía respirar. No podía pensar. Gemí mientras exhalaba un sollozo. Volvió a tirar, con más intensidad. Mi rebeldía cedió ante el doloroso placer que me invadía de forma violenta.

—Se lo suplico, mi señor... Se lo suplico... Úseme. Úseme, por favor —le imploré, presa de un deseo arrollador, mientras las lágrimas ardían por mis mejillas.

—Así me gusta... ¡Sigue!

—Por favor..., por favor...

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, mi señor. —La voz me salía estrangulada.

Con un movimiento rápido y casi imperceptible me empujó los pies hacia los lados para abrirme las piernas. Con la mano libre me aferró la cadera y tiró de ella hacia atrás para acercarme a su pelvis. Su miembro, enhiesto y duro, preparado ya para mí, me buscaba con extrema avidez.

—Abre la boca, Loane.

Durante un instante, el olor del cuero inundó mi nariz. Sentí de pronto la firmeza de la fusta entre los dientes. El sabor de la piel curtida me anegaba las papilas gustativas y descendía por la garganta.

—Procura que no se te caiga —me advirtió Álex. La sujeté con cuidado.

Lentamente comenzó a penetrarme, llenando mi cuerpo poco a poco, ocupando todo el espacio libre, al tiempo que nos rodeaba una burbuja de aire caliente que olía a excitación, deseo y sexo. Sus dientes emergieron afilados, y un mordisco atenazó sin más la base del cuello. La sacudida que me atravesó la espalda hizo que las piernas cedieran de nuevo. Álex me sujetó para que no cayera.

—Dios... —dije, arrastrando la última consonante por la barrera que formaba la fusta en mi boca.

—Qué femenina eres, mi *petit tresor* —ronroneó—. Qué seductora... Toda una tentación.

Entrelazó sus dedos con los míos y subió nuestras manos por encima de la cabeza para apoyarlas en la pared, mientras aumentaba la velocidad de las acometidas. Las respiraciones se hicieron apremiantes y exigentes, advirtiendo de lo que se aproximaba.

—¿Y si no te dejo correrte, mi *petit tresor*? —dijo maliciosamente—. Es muy tentador dejarte así.

—No, no por favor —le imploré—. No... —La fusta vibraba en mi lengua.

Aplastó mi cuerpo con el suyo hasta casi impedirme la respiración. Noté el frío de la pared en el abdomen al tiempo que Álex me penetraba con fuerza una y otra vez, profundamente. Creí que me rompería los dedos, de tanto como me apretaba las manos. Oía sus jadeos pegados al oído, desbocados, el aliento enfebrecido en la nuca, la violencia de sus movimientos sometiendo mi cuerpo.

—Córrete conmigo, Loane. Vamos, córrete conmigo. Ahora.

Estallé al mismo tiempo que él, sacudida por un inmenso placer, en un intensísimo orgasmo que se apoderó de mí y me dejó sin fuerzas. Álex se contrajo contra mi cuerpo como si hubiera recibido una descarga. Resoplamos. A continuación

me soltó las manos y me giró. Alcé la mirada hasta alcanzar su rostro y mantuve los ojos fijos en él mientras me quitaba la fusta de la boca con un gesto sumamente delicado.

—Dios mío, estás preciosa después de follarte. —Me besó la frente sudorosa y me abrazó. Respiré hondo mientras me mecía contra su pecho.

El café todavía humeaba en las tazas cuando nos sentamos a desayunar después de ducharnos juntos.

—No parece que hayas dormido bien —observó.

—Apenas he pegado ojo —le aclaré, llevándome la mano a las doloridas nalgas—. Me he pasado toda la noche dando vueltas a todo lo que hablé con Marco Rospigliosi —me adelanté a decir antes de que me preguntase el motivo de mi desvelo.

—¿Alguna conclusión? —indagó, dejando traslucir una ligera impaciencia—. ¿Alguna conclusión? —repetió al ver que mi silencio se prolongaba.

—No..., o quizá sí. —Titubeé un segundo—. No sé —dije con voz ausente.

—¿Qué está pasando por esa cabecita, Loane? —apuntó en un susurro.

—Creo que deberíamos viajar a Rennes-le-Château si queremos obtener las últimas piezas del rompecabezas —

expuse—. Parece que es a ese lugar adonde acuden las verdades para morir.

Álex guardó silencio mientras reflexionaba, hasta que retomó la conversación para hacerme saber lo atractiva que le resultaba la propuesta.

—Me parece una idea excelente —afirmó—, pero ¿qué crees que podamos encontrar allí?

—No estoy segura. Este asunto cuenta con muchos datos inconclusos. Todos los argumentos se basan en presunciones, sin soporte histórico o testimonial fiable. Incluso Rennes-le-Château parece ser una de tantas pistas encaminadas a desorientarnos. Sin embargo, me gustaría ver con mis propios ojos el paisaje que plasmó Nicolas Poussin en su obra..., la iglesia donde Saunière encontró los pergaminos... En fin, el lugar que durante tantos siglos ha constituido el enigmático entramado de este secreto. A pesar de todo, sigo opinando que es ahí donde se halla la tumba de Jesús. Creo que la Arcadia del famoso *memento mori* en una alegoría de Rennes-le-Château.

—¿Un presentimiento, Loane? —indagó Álex.

—No; más bien una necesidad. La necesidad apremiante de visitar el lugar del crimen —dije irónicamente—. Los indicios que conducen a la tumba de Jesucristo continúan allí, para quien sepa verlas. Rennes-le-Château es testigo mudo del secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles —le

aclaré—. Tenemos que lograr que nos hable, pues tal parece que es el único que nos puede ofrecer pistas.

—Podemos ir la semana que viene —propuso Álex al observar mi convicción—. No creo que a estas alturas sea difícil conseguir alojamiento en Rennes-le-Château.

—Pediré unos días en la galería. La Exposición de Oro concluye esta semana, y Charlie puede encargarse sin problema de realizar mis funciones. Es mejor que vayamos cuanto antes. Tengo la sensación de que se nos acaba el tiempo.

—Está bien. En cuanto te deje en el trabajo buscaré un sitio donde podamos quedarnos los días que pasemos allí.

Asentí en gesto de aprobación, al tiempo que advertía los ojos de Álex clavados en los míos. En ese preciso momento fui capaz de leerle la mirada e intuir que un nuevo pensamiento afloraba a su cabeza.

—Quiero que pienses un seudónimo —dijo pasado un rato. Fruncí el ceño.

—¿Un seudónimo? —pregunté extrañada.

—Un alias —especificó—. Un nombre ficticio por el que llamarte dentro de nuestro pequeño mundo —me explicó.

—Ummm... Entiendo —dije, intentando disimular la sorpresa ante su petición.

Durante el desayuno, entre las miradas furtivas y las sonrisas desvergonzadas que me lanzaba Álex de soslayo,

intenté pensar en el porqué de la necesidad de un seudónimo, mientras evaluaba con detenimiento los que se me ocurrían.

—Ankara —anuncié sin vacilar, interrumpiendo su lectura.

—¿Ankara? —repitió él, levantando la mirada de la sección de sucesos del periódico.

—Sí —afirmé con una enorme sonrisa.

—¿Por qué Ankara? —quiso saber.

—Me gusta cómo suena... —señalé—. Ankara —repetí para mí—. Ankara —pronuncié de nuevo, experimentalmente.

—La capital de Turquía —apuntó.

—La ciudad turca más poblada después de Estambul.

—¿Te gusta esa ciudad? —continuó indagando con tono sereno.

—El verbo *gustar* se queda corto para describir lo que produce en mí —repuse con voz cálida y deje soñador—. Me encanta, aunque aún no he tenido el placer de conocerla —señalé, desviando ligeramente la mirada.

Durante unos instantes dejé vagar los ojos por el luminoso salón, inmersa en una ensoñación mágica.

—Me embruja —dije—. Su gente, su cultura, su historia, el sonido fuerte y equilibrado de su nombre... Me hipnotiza los sentidos.

Álex sonrió piadoso.

—Cuando acabe todo esto te llevaré a Ankara.

—¿De verdad? —pregunté sin esconder mi alegría.

—Lo prometo —aseveró.

De mis labios surgió una sonrisa tímida, y de mis ojos, un brillo especial.

—¿Sabes que el nombre tradicional de Ankara en castellano es Angora? —le dije.

—Sí, de ahí provienen los gatos de angora.

—Cierto.

—Entonces es un nombre muy apropiado para ti —observó—. Eres como una gatita de angora: dulce, melosa, complaciente... —Un escalofrío me recorrió el cuerpo al oír el lúbrico tono con que Álex me dedicaba aquellos calificativos—. Y dispuesta a sacar las uñas cuando se ve amenazada —añadió—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —respondí, no sin cierto recelo.

—Todos tenemos un deseo especial, una aspiración, por irrisoria que resulte, que esperamos que se vea cumplida en algún momento. ¿Cuál es tu deseo, Loane?

Esperó con acusado interés mi respuesta.

—Llorar de alegría —pronuncié solemnemente.

Álex enarcó las cejas, sorprendido.

—Sí, Álex. Llorar de alegría —me reafirmé con convicción—. Sea cual sea el extraordinario motivo que me haga derramar lágrimas de alegría, será provocado por una emoción que me extasíe el corazón hasta rebosar. Las personas tienen deseos a corto o largo plazo; cuando ese



plazo vence y tienen la fortuna de ver cumplida su pretensión, ya está: disfrutan de ello; en eso radica todo. Mi deseo, sin embargo, es la consecuencia del maravilloso hecho. —Hice una pausa, en la que Álex guardó silencio pacientemente hasta que proseguí—. Es difícil de entender —me excusé—. No te preocupes si no alcanzas a comprender mis rarezas. —Sonreí con melancolía.

—Te entiendo, aunque no lo parezca. Te expresas perfectamente en todo momento. Con las palabras, con los gestos, con la mirada, con los silencios... No renunciaré nunca a esas rarezas que te hacen tan particular, tan especial, tan única, tan tú... Conservas en el alma la esencia de una niña, Loane. Poca gente puede presumir de ello.

Hice una inspiración profunda que me llenó los pulmones.

—Entonces —dije tornando mi voz de melancólica a alegre—, ¿me quedo con Ankara?

—Sí —ratificó Álex, mientras una sonrisa de satisfacción curvaba su boca.

—¿Le gusta Ankara, señor Vanderbilt? —susurré.

—Me encanta Ankara, señorita Darey.

Su sonrisa se amplió al pronunciarlo, y observar su orgullo me llenó de dicha. La palabra se tornó cómplice entre nosotros cuando la oí emerger de sus labios, haciéndola propia, perfeccionando el juego en que nos hallábamos inmersos a través de esa alquimia exclusivamente nuestra.



## CAPÍTULO XXII

El misterio envolvente y seductor de Álex, combinado de modo admirable con una mente lógica y fría; la falta de convencionalismos con que interpretaba los aspectos de la vida, y el nulo acatamiento de las leyes de una sociedad que encontraba hipócrita y mediocre, traspasaban el hipnótico abismo que nacía de la extrema claridad de su mirada. Tanto era así que todo cuanto decía y hacía, lo que sus ojos callaban, se advertía por mí como un código tremendamente complejo, mucho más que el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles. El encanto exasperante y desconcertante de Alexander Vanderbilt, dosificado de esa manera tan concisa entre su vitalidad y su determinación, era el mayor de los secretos por interpretar, la mayor de las verdades por descubrir.

Dos días después de dormir en su apartamento, con el enigma que siempre rodeaba su conducta y la belleza de una rosa roja, me dejó una nota en el despacho:

Hoy conocerás mi esencia, ankara. Hoy sabrás quién soy.

Te espero en el lugar indicado más abajo, a las doce en punto de la noche. Acude en taxi, y no te retrases.

Antes de dar lectura completa a lo escrito en la tarjeta que Álex me había dejado clandestinamente en la mesa, un intenso rubor alcanzó la palidez casi anémica de mis mejillas. Cuando terminé de leer el mensaje estaba impaciente.

Como no podía ser de otro modo, seguí sus indicaciones servilmente. No entraba entre mis planes decepcionarlo.

Llegué a casa hecha un manojo de nervios; cené un consomé y un filete de merluza a la plancha, pues era lo único que pasaba por el nudo instalado en mi garganta, y con consumada diligencia me dirigí al lugar que indicaba Álex al pie de la tarjeta.

Quando me apeé del taxi me sorprendió ver que se trataba de un elegante chalet de las inmediatas afueras de Madrid, emplazado en un encantador barrio residencial de la zona norte. La vivienda se encontraba más allá de la última hilera de chalets pareados del complejo. Independiente y elegante.

Desde allí se apreciaba la ciudad en toda su majestuosidad, y la extraordinaria panorámica que ofrecía el marco de la noche contra el telón del cielo parecía salida de la imaginación de Sorolla, o de la de Antonio de la Torre y Gregorio. De trazos seguros y determinados. Durante un par de minutos me dejé impregnar por las vistas, en silencio. La

soberbia belleza de aquel paisaje redimía a Madrid de cualquier pecado.

La oscuridad de la noche me obsequiaba con un bellissimo espectáculo, fruto entre otras cosas del impresionante conjunto de luces ambarinas que moteaban las altísimas construcciones de la metrópoli. Contra el cielo se recortaban de forma altiva las siluetas inclinadas de las Torres Kio. La Puerta de Europa se elevaba, unida a los rascacielos que la envolvían, por encima de la maraña de construcciones de la gran ciudad. Y en lo alto, casi al alcance de los dedos pese a los miles de kilómetros, la esquirla con que la luna nueva daba paso al cuarto creciente.

La noche era cordial y apacible, llena de sensualidad.

Eché un nuevo vistazo a la dirección, en la tarjeta de Álex, para comprobar que no me había equivocado. Estaba en el lugar correcto. Entonces levanté la mirada y, a través del negro abanico de las pestañas, escruté lo que tenía frente a mí. Una construcción imponente, sin duda excesiva, cuya arquitectura resaltaba por su suficiencia, con el amplísimo terreno rodeado de un muro de piedra y cemento que la defendía del exterior como si fuera una fortaleza medieval. Después crucé las altísimas puertas con rejas en forma de lanza que daban paso a la finca y que, sorprendentemente, se encontraban abiertas. Me quedé allí un instante, inmóvil en la oscuridad, contemplando la casa antes de ingresar en ella.

Me vi inmersa en un frondoso jardín, exquisitamente cuidado y adornado con una colorista diversidad de flores tradicionales, que mantenía un entorno estético y armonioso alrededor del chalet. La suave brisa transportaba el olor de la hierba húmeda, y el esmero con que estaba dispuesto ese trocito de edén advertía de que se trataba de un chalet de lujo. Me detuve un momento a escuchar. Una fuente gorgoteaba su hilo de agua no muy lejos de allí, y un estrecho sendero, delimitado por una línea discontinua de antorchas eléctricas y bañado por el débil claro de luna, señalaba el trayecto hasta la puerta principal. Como la joven Dorothy, que recorre la senda de baldosas amarillas en *El mago de Oz*, encaminé mis pasos por el coqueto camino de losas de pizarra hasta alcanzar el porche. A lo lejos, como si de un susurro se tratara, el tañir de unas campanas anunciaba la medianoche. Una puntual hora bruja en la que daba comienzo mi cita con Álex.

Subí los peldaños que me separaban de la aldaba con una determinación inusitada. Sin pensarlo dos veces, alargué la mano y di dos golpes, no sin cierta prudencia. Nadie acudió ni contestó. Repetí el reclamo al cabo de un rato, con insistencia discreta, pero solamente recibí el silencio por respuesta. Al ver que no me abrían ni me invitaban a entrar, empujé despacio el portón, que cedió sin inconveniente a mi pequeño impulso. Entré con reserva. Mientras la puerta se cerraba a mi paso, contemplé el interior; resultaba a un

tiempo majestuoso y poco convencional. Pasado el recibidor, una tenue penumbra reinaba en un salón acicalado románticamente para la ocasión, donde el silencio era el protagonista menos incorruptible de cuantos pudiera haber. Decenas de pequeñas velas blancas arrojaban su oscilante luz contra las paredes y exhalaban vaporosos humos que dibujaban extrañas figuras en el aire. El característico aroma del jazmín flotaba en la atmósfera, creando un efecto sensorial y sugerente que ponía en guardia mis sentidos. Sonreí ligeramente y entorné los ojos; Álex no había olvidado mi predilección por esa fragancia. Hice una profunda inhalación, llenando por completo mis pulmones y dejándome envolver por el sutil y prolongado olor que tanto me agradaba desde que era niña. Tragué saliva y avancé unos pocos pasos por el riguroso camino que se encargaban de señalarme las tenues llamas apostadas en el suelo, deseosa de escudriñar esa bacanal de sensualidad y concupiscencia. Cientos de pétalos de rosa engalanaban el suelo por el que mis pies continuaban su metódico avance.

Crucé el salón con pasos cuidadosos y la respiración entrecortada. Destilaba erotismo por todos los poros de mi piel. Al pie de la escalinata que se abría al fondo del salón, miré hacia arriba. Por inercia, subí la escalera de caracol que conducía a la segunda planta, sofocando el ruido de los tacones contra los peldaños de madera. Mi corazón latía de manera más violenta con cada uno de los escalones que

dejaba atrás. Lo sentía chocar contra el pecho impetuoso, inseguro, excitado, nervioso, emocionado, impaciente, tímido, exaltado, inquieto, expectante, miedoso. Y eso era solo el aperitivo.

Llegué al piso superior envuelta en una sensación contradictoria y singular. El camino trazado por las velas y los pétalos se alargaba hasta allí de un modo onírico, guiando la incertidumbre de mis pasos. Frente a mí, al fondo del vestíbulo, una habitación aguardaba mi llegada con la puerta entreabierta. Mentalmente, creé una atropellada imagen de lo que podía encontrar en el interior de aquel cuarto; sin embargo, no alcanzaba a dar cuerpo a la espiral de ideas que fluctuaban por mi cabeza en esos momentos. Mientras mi mente se empeñaba en conjeturar en vano, mis pasos seguían avanzando en la oscuridad con una timidez desatinada. Cuando la alcancé, toqué con los nudillos.

—Mi señor —llamé a Álex con un hilo de voz—. Mi señor —dije de nuevo. Desesperanzada por la falta de respuesta, abrí un poco y asomé la cabeza. Una tenue luz plateada inundaba el lugar.

Durante unos instantes esperé una autorización que no llegó, así que, obligada por el escamoso silencio, me interné en la habitación sin permiso, precavida de lo que pudiera encontrar en ella pero segura de querer estar allí. Paseé la mirada por la estancia, iluminada tan solo por una pequeña lámpara que derramaba una luz grisácea desde una mesilla, y



por los rayos de luna que se abrían paso por la penumbra, robando espacio de forma apresurada a la oscuridad y proyectando en el suelo ilusorios juegos de sombras.

También allí inundaban el ambiente el resplandor de las velas y la fragancia del jazmín. Las frágiles notas de *La bohème* de Puccini llegaron hasta la habitación. Sobre la enorme cama, engalanada con suaves sábanas de satén blanco, distinguí una serie de cosas. Envuelta en una curiosidad lacerante, me acerqué para ver de qué se trataba. Lo primero en lo que repararon mis ojos fue una nota escrita a mano en un papel granuloso color marfil, con la elegante caligrafía de rasgos alargados de Álex: «Cámbiate. Vístete con la ropa que te he dejado en la cama, pero no te pongas el collar».

Junto a la tarjeta destacaba el collar mencionado; ancho, labrado en cuero y acero como la textura afinadamente imantada que revestía el alma de Álex, ribeteado con dos filas paralelas de diminutas tachuelas de plata, con tres aros distribuidos de manera equidistante y una enorme hebilla para ajustarlo a la medida adecuada. Lo aferré entre mis manos, temblorosas por la emoción. Al tacto, el cuero era suave. Extremadamente suave y tentador. Los ojos me brillaban como piedras preciosas mientras lo contemplaba. Aquel espectáculo me despertó una lujuria inconfesable que me hizo ruborizar. Más de cerca, observé complacida la

inscripción grabada en la placa de metal que poseía el collar en el centro: «ankara [Barón Samedi]».

—Ankara, propiedad del Barón Samedi —musité.

Al leerlo me recorrió un agradable escalofrío.

«Barón Samedi —dije para mis adentros—. El seudónimo de Álex es Barón Samedi. Suena tan propio de él...», observé satisfecha. Por eso Madame Rosalie lo había llamado Barón cuando estuvimos en La Crisálida.

Recordé que, según la creencia vudú, el Barón Samedi se encuentra generalmente en la encrucijada del mundo de los vivos y el de los muertos; hace de intermediario entre los hombres y Bondye, regente del mundo sobrenatural. Son los denominados *loa* del vodun. Presentan ciertas similitudes con los ángeles de la religión cristiana, pero con la diferencia de que los loas exigen la servidumbre de los hombres.

El Barón es el infame amo de los muertos, el más espantoso y conocido de estos espíritus, pero también es un dios soberanamente sexual. Álex reflejaba sus características a través de la adopción de ese nombre, la visión estereotipada de canalla encantador que encarnaba. El Barón Samedi representa el sexo violento. Es un ser cruel, obsceno, sádico, siniestro y ruin, con un particular gusto por el baile, el sexo extremo, el libertinaje, el tabaco y el ron. Asimismo se considera un mago de gran trascendencia y un juez sabio. Aunque casado con otra loa, Maman Brigitte, que

rige el ciclo de la vida y la muerte, las infidelidades son tónica habitual para este personaje con debilidad por las mujeres fatales, las amantes expertas y las prostitutas.

«¿Seré la Maman Brigitte de Alexander Vanderbilt?», me pregunté en un pensamiento fugaz. Sonreí traviesa.

Mi mente evocó ciertos lienzos y láminas que, a todo color, representaban al Barón Samedi como un imponente esqueleto ataviado con esmoquin, sombrero de copa y un bastón. Suele tener las cuencas de los ojos vacías y los orificios nasales taponados con algodón, como un cadáver amortajado según las costumbres haitianas. Su rostro siempre es huesudo y muy pálido o, directamente, una calavera. En las obras más explícitas, su imagen se representa gráficamente mediante una manifiesta simbología fálica.

Dejé a un lado al Barón Samedi y comencé a despojarme de la ropa para vestirme con las prendas que Álex me había dejado en la cama, paladeando el silencio reinante en el dormitorio y consciente de que sus ojos libidinosos me espiaban a distancia. Sentir su mirada proscrita fija en mí, a la expectativa, alerta a cada mínimo movimiento, me excitaba de una forma indescriptible.

Despacio, me coloqué el corsé negro de damasco en el torso. Uno por uno fui apretando los lazos que lo cruzaban por la parte delantera, ciñendo poco a poco mi cuerpo a su estructura de varillas verticales. La suavidad de la tela me

fue envolviendo cálidamente. Con cada presión se realizaban las tortuosas curvas de mis caderas, moldeando los pechos, reduciendo la cintura y esculpiendo el perfil lineal de mi silueta. Aquella insinuante prenda, con su pronunciado escote por el que desbordaban los senos temblorosos, estaba hecha para la tentación y, sobre todo, para caer en ella.

Sorteando los nervios lo mejor que podía, puse un pie en la cama y, con sensual coquetería, me subí lentamente las medias de seda negras que había dispuesto Álex. El suave cosquilleo me arrancó una sonrisa pícaro, tímida o las dos cosas a la vez. La piel, sensibilizada, se erizaba irremediabilmente a su paso, conquistando una forma grácil y sólida cuando la tela alcanzó la mitad del muslo, donde delineó un exquisito encaje. Una segunda piel tomaba cuerpo. El calado se unía a la dermis como un tatuaje. Escruté el brocado con los dedos; era fino, elegante, delicado, dócil a mis yemas. Seguí con el índice la barrera ondulada del borde de la prenda, que se fundía con el calor que desprendía la piel. Las sujeté a los elásticos del ligero que incorporaba el corsé, de modo que quedaron perfectamente ajustadas a la forma de mis piernas.

Al pie de la cama, unos zapatos negros de altísimo tacón de aguja aguardaban para engalanar mis pies y azucarar la lujuria de Álex. El sencillo gesto de ponérmelos estilizó de manera fulgurante mi figura, añadiendo atractivo a la sofisticación del atuendo. De reojo, robé una imagen de mi

cuerpo a uno de los dos espejos que poseía la estancia. Verme con aquella provocativa ropa me ruborizó y me vendió a pensamientos indebidos que Álex, sin duda, estaría dispuesto a comprar.

Me regalé una sonrisa. Me la debía.

Estaba lista.

De espaldas a la puerta, inmóvil al pie de la cama, dejé que aquella sensación de pertenencia me invadiera como otras veces, al tiempo que mi cuerpo temblaba de impaciencia ante la inminente llegada de Álex. En esos minutos me imaginé sus ojos claros cargados de lujuria, de exceso, mientras los míos anhelarían el simple roce de sus dedos. Sus manos litigarían con la opción de retirarme la ropa con delicadeza o, quizá, la de arrancarla de un zarpazo.

Justo en el momento en que mi mente volvía a divagar sobre lo que estaba a punto de suceder entre las paredes del aquel dormitorio, revestido de cálidas cortinas granates que caían hasta el suelo y alfombras carmesí, oí los sigilosos pasos de Álex que avanzaban hacia mí. Contuve la respiración sin hacer un solo movimiento, y mi corazón se precipitó de nuevo a un abismo de latidos sin fin. Caminó hasta detenerse detrás de mí sin decir una palabra. Llevada por la expectación, imaginé su rostro mientras me estudiaba atentamente: la boca entreabierta, los labios carnosos formando una sonrisa lobuna y hambrienta, los párpados pesados, los ojos voluptuosos... Alargó una mano delante de

mí y obsequió mi espera con una rosa de una tonalidad rubí que encendía la pasión tan solo con mirarla.

—Gracias —dije, tímida. Me la acerqué a la nariz y olí la fragancia que desprendía.

—Un pequeño detalle para una gran persona —me susurró quedamente al oído—. ¿Todo bien?

Mis piernas flaquearon al sonido imponente de su voz. Y allí estaban de nuevo aquellos extravagantes latidos del corazón, que me infundían valor cuando lo sentía cerca.

—Todo bien, mi señor —dije con voz entrecortada.

—Baja la mirada —me ordenó con tranquilidad.

Obedecí. Desde esa postura sumisa percibía vagamente sus movimientos. Cogió la rosa de entre mis manos y la dejó en la cama. A continuación alargó el brazo para coger el collar que unos minutos antes había inspeccionado y, ayudándose de las dos manos, me lo colocó y unió los dos extremos con la hebilla hasta cerciorarse de que la frialdad del cuero quedaba ajustada. En el momento en que se cerró el artilugio sentí los latidos del corazón precipitarse vertiginosamente contra las costillas. Aquel collar ceñía su nombre y su autoridad a mi cuello.

Fascinada por los destellos, pasé la mano por él, y la de Álex acompañó mi movimiento.

—El honor que siento de tenerte como sumisa está representado en este collar, Ankara —me dijo con voz

solemne. Levanté hacia él mi rostro de virgen inspirada, y ambos tuvimos conciencia de la solemnidad del momento.

Apenas un segundo después, Álex me acariciaba el pelo, hundiendo la mano en la espesura negra de mi melena como si con ella arrastrara un susurro. Los rebeldes mechones se desbordaron entre sus dedos cuando se los acercó a la nariz para olerlos. El aroma de rosas y hembra le inundó los pulmones.

—Hueles a tentación, mi *petit trésor*. A pecado —masculó en voz baja.

Tras unos instantes de intenso agasajo a mi cabello, se lo enrolló alrededor de la mano derecha, convirtiendo la improvisada coleta en una tensa brida, y dio un sutil tirón. No me quejé, pero aquella acción hizo que el corazón me trepara a la garganta.

—Muy bien —dijo.

Su lengua lamió con fuerza la excitación que me coloreaba las mejillas, mientras una sonrisa divertida se deslizaba por sus angulosos rasgos. La atmósfera era cálida y comenzaba a ser sofocante, reprimida entre aquellas cuatro paredes. Los melancólicos compases de *La bohème* seguían llegando desde el piso inferior, envueltos en la fragancia de jazmín que desprendían las velas. Abrí la boca para decir algo, quizá para agradecerle todo lo que me hacía sentir, pero Álex me apoyó el dedo índice en los labios y los silenció.

—Shhh... No te he dado permiso para hablar —dijo con voz acerada.

Ambos caímos en un silencio que Álex aprovechó para aproximarse un poco más a mí, con el propósito de volver a aspirar el aroma de rosas, cuero y excitación que desprendía mi piel. Y mientras inhalaba aquella fragancia que parecía embriagarlo, su mano, diestra y rapaz, emprendía un camino sin prisa a lo largo de mi cuerpo.

Sus dedos maestros cruzaron con avidez el contorno de mi mandíbula y fueron deslizándose sus galanteos hacia partes más íntimas de mi ser; comenzaron por los pechos, siguieron por el abdomen y las caderas, y terminaron en la voluptuosidad de los muslos. Mi sangre se ponía en movimiento al paso de sus expertas caricias. Cerré los ojos, respiré profundamente y me abandoné a aquellas atenciones. El contacto era explosivo.

Durante unos minutos, sus dedos, llevados por una extrema y diplomática delicadeza, escudriñaron cada ángulo de mi cuerpo. Después me desabrochó el ligero y, con aplicado esmero, deslizó hasta los tobillos las medias que se sujetaban a él. Se sentó al borde de la cama. Observé de inmediato la sonrisa involuntaria que le cruzó el rostro, y entonces me indicó mediante señas precisas que me pusiera sobre sus rodillas; iba a azotarme.

Me ayudó a adquirir la postura que deseaba y me inmovilizó las muñecas, sujetándolas fuertemente con la



mano izquierda, mientras la luna lamía la oscuridad y enfocaba su torso con un efectismo escénico. Era una posición cómoda, estudiada para dejar mis nalgas en un vértice caprichoso que lo autorizaba a hacer cuanto quisiese, y que me dejaba percibir la erección que se manifestaba en su entrepierna. Me ruboricé al advertir la apremiante dureza de su miembro pegado al estómago.

Deslizó la palma de la mano por mis glúteos, alternando entre uno y otro, liberando ligeros pellizcos o delicados toques, con suaves fricciones. Preparaba la zona que iba a ser golpeada.

Mi incertidumbre crecía a cada segundo que resbalaba con parsimonia por las manecillas del reloj, y Álex no era ajeno a ello. Cuando la carne se enardeció lo suficiente me dio el primer azote; suave, conciso, elegante. No había titubeo en su mano. Tan mágica... Una cálida sensación se extendió por mi cuerpo de inmediato. De nuevo, Álex me hacía entrar en aquel mundo de rosas y espinas hasta entonces desconocido, un mundo de oscuridad, morbo y deseo que hacía realidad mis más bajas fantasías y despertaba aquel placer de perspectivas imposibles. Todo era insólito, fascinante y prohibido.

Siguieron a esa nalgada otras más intensas y menos indulgentes, que irritaron sin favor la piel y la tiñeron de un persistente color rojo. Mientras mis muñecas fingían protestar ante el deseado castigo, el silencio que habitaba en

el dormitorio recogía el chasquido hipnótico de los azotes, como notas musicales prendidas de la carne, hasta que Álex decidió interrumpir la disciplina. Abrí los ojos, con la expectación detenida en las pupilas.

Con el dedo índice, provocándome un escalofrío que me corrió por la espina dorsal, acarició el borde ondulado que las braguitas de encaje negro delineaban en la curva de las caderas. Sus manos se entretuvieron en el filo de la tela, trazando su contorno de un lado a otro. Después las deslizó con elegancia por la longitud de las piernas. Cuando cayeron hasta los tobillos reanudó los azotes, directamente en la carne desnuda.

Noté la quemazón con que su diestra sancionaba mis nalgas. Dócilmente, mi cuerpo se rendía con pleitesía ante su señor, en un juego en que los papeles de ambos estaban repartidos de antemano y cuyo único fin era el placer.

Tras aquellos eróticos azotes que comenzaron a espolear mi deseo, me ordenó arrodillarme en el centro de la cama. Del techo pendían dos argollas de acero, distanciadas unos cuarenta centímetros entre sí. Entre las manos de Álex, una soga blanca vaticinaba su próxima acción. Con sutileza pasó un extremo de la cuerda por los aros, y el otro lo pasó varias veces por mis muñecas, entrelazándolas. Sentí los filamentos presionar mi piel con firmeza, mientras mi torso se elevaba en un trazo sublime. La adrenalina se extendió de golpe por mis arterias.

Con movimientos entre precipitados y cautelosos, y manos insinuantes, fue aflojando las tiras del corsé hasta desabrocharlo por completo, mientras sus ojos azules me dirigían una mirada a la que afloraba toda su perversión y sus labios musitaban palabras cargadas de lascivia, que murmuraba como un conjuro. Aturdida por la fascinación que ejercía sobre mí, me dejaba hacer. A veces era tan dócil a sus deseos...

—Eres mi perra, mi zorra, mi puta, mi gata de uñas afiladas, Ankara —susurraba con voz envolvente, humedeciéndome ligeramente la oreja con el aliento.

Mi alma sumisa correspondió a sus bisbiseos con una expresión abnegada y devota, sin más que la absoluta entrega. Al condescender a sus palabras seguía mi profunda vocación.

Despojada ya de la opresión del corsé, de rodillas en la cama, atada y desprovista de cualquier resquicio de insubordinación, experimenté nuevamente aquella extraordinaria sensación de vulnerabilidad e indefensión que tanto estimulaba mi mente y excitaba mi cuerpo, y que acrecentó su efecto cuando Álex me vendó los ojos con un lazo de seda negra, con lo que ya no podía ver lo que estuviera a punto de suceder.

A excepción del sonido agitado de mi respiración, el silencio era absoluto. Jugando con él, Álex rodeó la cama de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como un león

enjaulado, hasta que finalmente se paró detrás de mí y se distanció unos metros.

El látigo restalló en el aire, advirtiendo de su innegable magnificencia. El sonido huidizo que emitió al rasgar la atmósfera se clavó en la profundidad de mis nervios. Se me contrajo el estómago. Álex agitó el látigo varias veces en la nada, sencillamente para que comenzara a temerlo, a respetarlo.

El artilugio acarició elegantemente mi espalda con un golpe rápido y seco. Un estremecimiento me atravesó el cuerpo al sentir el breve contacto del cuero. La sacudida me obligó a curvar la espalda. Su alma de amo resplandecía entre las sombras que sangraba el lugar.

El aire comenzó a respirarse denso y viscoso. Emergía ya corrompido de esa mezcla entre morbo y sexo que se deslizaba hasta el fondo de los pulmones.

—Quiero que cuentes cada uno de los latigazos con los que te voy a castigar, Ankara —me ordenó Álex con voz metálica—. ¡Empieza a contar!

Omití su orden y guardé silencio mientras trataba de organizar la avalancha de sensaciones que me acometían.

—Creo que eres consciente de las consecuencias que acarrea hacerme levantar la voz o repetir una orden —intervino de nuevo, rompiendo el sepulcral silencio.

Lo sabía; era consciente del rigor con el que su autoridad podía recaer sobre mí. Durante un momento visualicé su

amenaza y ahogué un sollozo en la garganta.

—¡Empieza! —me ordenó de nuevo con voz cáustica.

—Uno... —dije con voz firme.

El segundo latigazo cayó sin previo aviso.

—Dos...

El látigo restalló por tercera vez y azotó de nuevo mi espalda. Dolía durante un instante, y después, un enorme placer atravesaba mi cuerpo, llevándose todo por delante.

—Tres... —murmuré, apretando las manos fuertemente alrededor de la soga que me sujetaba las muñecas.

El siguiente golpe me hizo contraer toda la musculación, que se retorció ligeramente sobre sí misma. Una conocida sensación de hormigueo comenzó a palpar entre mis piernas.

—Cuatro...

El sibilante sonido del látigo resultaba hipnótico; hacía esfumarse todos mis fantasmas y desinhibía mis instintos.

—Cinco...

El látigo siguió zumbando, dejándome el tiempo justo para respirar entre los lances que Álex descargaba sobre mí. Paradójicamente, experimenté un placer que parecía dominar todas las demás sensaciones, incluso la de dolor.

—Seis...

—No te oigo bien, Ankara. Repite más alto —añadió con aspereza.

—¡Seis!... —coreé, elevando la voz.

El flagelo restalló sobre mi cuerpo nueve veces más.

—Quince... —dije con la voz ahogada en la garganta, convertida en un susurro sordo.

Álex hizo una pausa, que aproveché para tomar aire un par de veces. Entonces sentí el intenso escozor en la piel de la espalda, que se propagaba bajo las infinitas filigranas que la surcaban de lado a lado. No pude evitar sorprenderme cuando, a pesar de aquel suplicio, la humedad comenzó a resbalar por el interior de mis muslos, delatando mi deseo sobre la piel. Aquel indiscreto flujo murmuraba lo que era y lo que en realidad me gustaba. Entonces se desvaneció cualquier duda.

El eco de los pasos de Álex, que se acercaba, sustituyó el del látigo. Mi cuerpo se tensó al oír el crujido del colchón cuando se inclinó sobre él. Un torrente de rubor me trepó hasta las mejillas cuando advertí su aliento cerca del rostro. Juguetona, una de sus manos me acarició el sexo y comprobó complacida la impudicia que se había desatado ya en mi cuerpo. Con delicadeza, me mimó la mejilla y retiró la venda. Cuando abrí los ojos, parpadeé para aclarar la vista. La mirada de Álex era pétrea, rigurosa; parecía bañada en plata bajo los rayos de luna que entraban por la ventana.

—¿Estás bien, mi *petit trésor*? —me preguntó con ironía melosa.

—Sí, mi señor —respondí con reverencia en la voz.

Tras mi escueta respuesta se subió a la cama y, de pie frente a mí, se desabrochó el pantalón con altanería y se lo bajó por los muslos. La sensualidad de sus movimientos fijó mi atención en el volumen de su entrepierna. Estaba en plena ebullición, reaccionando a mi cuerpo. Me cogió el rostro y llevó mi boca hasta su erección.

—Mira lo que me haces —me dijo con voz turbia—. Estoy continuamente en este estado desde que te puse los ojos encima. —Álex tenía la mirada encendida y el rostro iluminado por el deseo. Una oleada de calor se extendió de inmediato por mi cuerpo—. Abre la boca, Ankara —me ordenó—, y disfruta de tu manjar.

La entreabrí expectante, y él introdujo su miembro con un leve empujón. Lo retuve unos segundos entre los labios y bajo la curva del paladar, saboreando su frenético latir con la lengua, acunando su tensión. Aferró mi cabello con la mano derecha y se introdujo más a fondo, al tiempo que apretaba la mandíbula y sufría una fuerte sacudida. El vaivén de su cadera armonizaba afinadamente con la oscilación que le brindaba mi boca, en una danza de movimientos precisos.

Después de un breve tiempo de licencioso contoneo, entrelazó con más fuerza los dedos alrededor de mi pelo y dio un tirón hasta separarse unos centímetros, con lo que su erección salió con brusquedad de mi boca. Levanté los ojos y lo miré parpadeando. Irguió mi cuerpo con un empeño obstinado y, al amparo de la luz marfileña de la luna, me

besó. La calidez de sus labios presionó ligeramente los míos, mediando para que abriera la boca a la intromisión de su lengua. Fue un beso extasiante.

—Me encanta como sabe tu boca después de follártela — dijo orgulloso, al tiempo que se subía los pantalones.

De improviso, su enorme mano me azotó las nalgas, y solté un gemido ante la inadvertencia de aquel golpe. Una protesta poco convincente que se quedó atrapada en la boca de Álex, que volvió a besarme de inmediato con labios renovados y exigentes, demandando lo que era suyo por derecho y en exclusividad. Nunca avisaba; nunca decía nada; nunca pedía permiso. Deseaba lo que veía y lo cogía, obedeciendo a una lujuria caprichosa e insaciable.

Tras unos minutos de besos y mordiscos, intercalados con pequeños azotes, se incorporó, se alejó unos metros y me dejó allí, arrodillada en la cama, colgada de las muñecas, jadeando extasiada de deseo, mientras él tomaba acomodo en el sillón de expresión isabelina situado frente a mí.

La penumbra exterior debilitaba cada vez más la escurridiza luz artificial que poseía el dormitorio; no alcanzaba a distinguir la silueta que se perfilaba bajo el juego anónimo de las sombras. Me esforzaba en balde por adivinarlo en la oscuridad. Con las piernas ligeramente separadas y los brazos apoyados, se intuía majestuoso, en una postura segura y desafiante. Imponía verlo así, vestido impecablemente de negro, bajo la media luz que diluía sus



formas. Su serenidad era clásica, elegante; su firmeza, encantadora. Mientras él contemplaba mi cuerpo con expresión de propietario, yo lo observaba respetuosamente y me ruborizaba de deseo. Bajo el intenso escrutinio, sus ojos adquirieron una actitud retadora en respuesta a la de admiración que yo le dirigía. Se sentía invulnerable, desde luego, y así me dejaba claro que podía hacer conmigo todo lo que se le antojase. Su severidad podía ser tan caprichosa con mi cuerpo como su lascivia.

Reconocí entre sus manos una finísima vara de bambú. Inclemente, la agasajaba con una sutileza cruel entre los dedos. El meticuloso mimo con que lo hacía, y la perversión que reflejaba su mirada, incitaron mis nervios. Mi corazón latía expectante con cada caricia que Álex le concedía. Entre tanto, sus ojos escudriñaban mi rostro pausadamente y con frialdad.

—¿En qué piensas, Ankara? —preguntó con actitud inquisidora. Su voz sonaba sensual y profunda entre las ánimas de la oscuridad.

—En nada, mi señor —dije temblorosa.

—Es mejor que me digas qué te ronda por la mente si no quieres probar esto —afirmó con un sereno tono de desafío, sin dejar de acariciar la vara de bambú para enfatizar sus palabras.

—No es nada importante, mi señor —respondí con nerviosismo—, de verdad.

Intenté ocultar cualquier expresión que revelara los pensamientos que cruzaban vertiginosamente mi cabeza. En vano me esforcé por ocultar la macabra idea que llevaba tiempo acariciando.

—Te daré una segunda oportunidad para que contestes —dijo con voz metálica y persuasiva—. Creo que está de más recordarte que nunca debes dejar sin respuesta ninguna de mis preguntas.

Aquella advertencia provocó un interminable silencio entre nosotros; sin embargo, no contesté a su interrogante verbalmente, como él esperaba. Bajé la cabeza con humildad, con una resignación solemne y devota, para afrontar el castigo que tendría que imponerme.

Se levantó del sillón sin pronunciar palabra, con una mirada impertérrita y disoluta en el fondo de los ojos enturbiados por la escasa iluminación. Su silencio era desesperante y aflictivo, y contenía la ventaja de la certidumbre.

—Está bien —condescendió irónicamente, tras avanzar.

Aferró la fina vara de bambú con fuerza y se dirigió a la cama. Al oír la firmeza de sus pasos, que se acercaban, me estremecí de miedo. Algo marchaba mal. En el filo de mi garganta se alzó un sollozo, una especie de súplica inarticulada que no llegó del todo a los labios. Pero permanecí inmóvil en el más despótico de los silencios, esperando con incertidumbre el baile del bambú sobre la

carne. Con rudeza, me asió el rostro y lo bajó hasta que mi mejilla tocó el colchón; mis brazos quedaban así estirados hacia arriba, detrás de la espalda, y mis glúteos, expuestos sin cortesía a la acción correctiva de Álex. Me bastaron unos segundos para comprobar que la postura era sumamente incómoda. La presión del pecho contra los muslos apenas dejaba pasar aire a los pulmones. La respiración se me hacía difícil, casi dolorosa.

Sin dejarme levantar la cabeza, comenzó a castigar mis nalgas con aquella vara de bambú. Azuzaba la zona sobre la cual caía sin clemencia con un dolor refinado, elegante, minucioso, pero profundo y punzante. Era un suplicio seco e intenso, cuyo escozor se concentraba insidioso en el lugar golpeado. Tras los primeros varazos noté que se me estaban durmiendo los brazos y apenas sentía las manos. Las sienes me palpitaban con fuerza. Todo mi cuerpo protestaba; todo menos mi sexo, del que fluía un líquido acuoso que mancillaba las sábanas, subrayando la indecencia más cínica. Jadeé.

La incomodidad de la postura se reveló minutos después en un agudo dolor que me subía por los brazos y se manifestaba en crecientes oleadas de calor, como si por mis venas reptara una lengua de fuego. Los golpes se alargaron con generosidad hasta que hubo un momento, un instante perdido en el tiempo, en que la presión y el dolor me hicieron suplicarle que parase, aunque mi cuerpo pedía más.

—Basta... basta, mi señor, por favor... —le imploré entre sollozos.

—¿Basta? —dijo acerando su entonación.

—Por favor... —le supliqué de nuevo.

Mi voz se volvió débil, sostenida por una languidez conmovedora, mientras que la de Álex se quedó suspendida en el intervalo de un segundo. Sin más preámbulo que la ingravidez de su mano en el aire, me agarró con fuerza por la melena y dio un tirón hacia arriba, obligándome a erguir el torso. El rudo gesto hizo que mis brazos se retorciaran sobre sí mismos, provocándome un dolor debilitado ya por la falta de riego. Furtivamente, levanté la mirada con el fin de capturar una imagen fugaz de Álex; la expresión de su rostro era indescifrable. Lancé al aire un suspiro abnegado.

—¿Crees que le puedes indicar a tu amo cuándo ha de parar? —me preguntó fríamente.

—No, mi señor. Lo siento —me disculpé con nerviosismo—. Lo siento —dije por segunda vez—. Pero es que no puedo más... —Estallé en un sollozo.

—¡Yo te diré hasta dónde puedes o no puedes llegar! ¿O vas a negarme que esto te gusta, Ankara? —Su voz se elevó cerca de mi oído—. Las gotas que destila tu placer te hacen surcos en los muslos, mi *petit trésor*. Están empapados —dijo palpando mi entrepierna con la otra mano—. Tu coño dice que esto te gusta —murmuró. Tenía razón.

La protesta que acudió a mis labios fue recompensada con cuatro varazos más, hasta que mis nalgas se llenaron de verdugones. Así adoctrinaba mi rebeldía. Apreté con fuerza los puños, hasta que las uñas me dejaron una prominente marca en las palmas de las manos. Mi cuerpo se retorció en una discordante espiral de dolor y placer, mientras su mano seguía sujetando con firmeza mi melena para inmovilizarme la cabeza en el punto exacto que él quería.

—¿Crees que no sé lo que deseas? —me preguntó con una suficiencia irritante—. Percibo tus anhelos y veo como vibras bajo mi autoridad, bajo mi dominio, Ankara. Te voy a demostrar cuánto te conozco.

Lo odiaba por la prodigiosidad con que interpretaba mi cuerpo y mi mente, por canalizar de ese modo magistral mi dolor y transformarlo en el más sublime de los placeres. El conocimiento que poseía sobre mí hacía que me sintiera desmedidamente frágil ante él. Me asombraba ver la capacidad con que hurgaba en los suburbios de mis fantasías, vertebrándolas hasta que su esencia tomaba la forma precisa.

Respiré trabajosamente y percibí, a través de los golpes que propinaba a mis nalgas y la ambición por mantenerme inmóvil, la subliminal exaltación que lo dominaba. El extraño calor que se desprendía de su cuerpo me embriagaba. Con aquella lujuria intoxicaba cada célula de mi organismo, estimulando mi mente y excitando mi cuerpo. Levanté la cabeza y me encontré con su penetrante mirada.

Un brillo impaciente y siniestro se había abierto paso hasta sus pupilas. En su rostro se apreciaba una inquietud inusitada. No podía apartar mis ojos de él; su determinación no me lo permitía. Un músculo se contrajo en su angulosa mandíbula, endureciendo las líneas de su expresión, y algo que no supe describir afloró a su cara. Sentí una punzada de miedo, mientras el aliento se me retraía en la garganta. De repente apartó la mirada; no quería que viera la verdad en sus ojos.

Con oficio en los dedos deshizo los estudiados nudos que me aferraban las muñecas. Cuando cayeron mis brazos, ya libres, empecé a recuperar la sensación en las manos. Mientras me las masajeaba para restablecer la circulación, inspiré profundamente y lo miré de nuevo.

—Descansa un rato —me indicó con una fría distancia en la voz.

Me tendí en la cama. La angustia me retorció las entrañas. Estaba confundida, turbada; la cabeza me daba vueltas. Respiré profundamente varias veces para calmarme, a la vez que un centenar de pensamientos caían sobre mí. No era difícil intuir que algo no iba del todo como debería, y el extraño comportamiento que había observado en Álex los últimos días no ayudaba demasiado a rebatir mis suposiciones. Lo miré de reojo. Otra vez, parecía evadido, a ratos sin alma, inmerso en quién sabe qué ideas.

Durante el tiempo que duró aquel encuentro estuvo anormalmente callado. Aunque sus palabras habían resultado explícitas y abrasivas en algunos momentos, eran preferibles al silencio. Siempre lo eran, desde que su voz se había hecho imprescindible para mí.

Llevé la mirada hasta la enorme ventana. Un resplandor nacarado accedía a la habitación a través de ella y se derramaba por las baldosas. Con la cabeza en la almohada, seguí con la vista el trazo descendente que punteaban los haces de luz en el suelo, y mis ojos se perdieron una y otra vez en esa senda que se proyectaba hacia la nada, hasta que, rendida, me dejé ganar por el sueño. Los ratos que dormité fueron escasos, y todos estuvieron protagonizados por la macabra sospecha sembrada en mi cabeza.

Los tibios soplos que emergían de la boca de Álex enfriaban el sudor que perlaba mi piel desnuda. Su aliento me hizo recobrar la consciencia. Cuando abrí los ojos y enfoqué bajo la pesadez de los párpados entrecerrados, Álex estaba sentado al borde de la cama, escrutando mi cuerpo a la media luz con una fijación casi enfermiza y sin el menor atisbo de emoción. La mitad de su rostro se encontraba sumida en la oscuridad, envuelta en un halo siniestro. En las últimas horas, la habitación se había llenado de un silencio

artificial que me rompía los tímpanos. El aire era irrespirable.

Miré hacia el suelo. El resplandor nacarado, que había perseguido con la mirada cubierta de confusión apenas unas horas antes, se había transformado en un destello de intenso caoba sobre las baldosas. Encima de nosotros, la noche terminaba de deshacerse. Amanecía en Madrid.

Se habían consumido todas las velas. El leve pero persistente olor de la cera ahogaba cualquier rastro de esencia de jazmín que pudiera quedar, y las notas melancólicas de *La bohème* eran ya una melodía olvidada en el silencio que habitaba entre esas cuatro paredes. Sin apartar la cabeza de la almohada, volví de nuevo la mirada hacia el rostro de Álex. Tenía las pupilas extraordinariamente dilatadas, hasta el punto de que parecía tener los ojos negros, opacos. Busqué en su fondo un resquicio de afecto que me diera más seguridad que la que me proporcionaba el amor ciego que sentía por él, pero su penetrante mirada me resultaba intolerable en esos momentos. Álex parecía perdido dentro de sí mismo.

Me juzgué ridícula por haber sido presa de un pánico que creí absurdo cuando leí en las líneas de su rostro una angustia hermana a la mía. Algo lo atormentaba, y comenzaba a sospechar qué era.

—Ponte en pie —me ordenó en tono seco y cortante. Una ráfaga de aire atravesó, susurrando, la habitación. Su rostro



continuaba inmutable cuando me incorporé.

Mientras me quitaba el collar con suavidad sentía su mirada fría posada en mí. Con aquel gesto pretendía, quizá, despojarme del vínculo de pertenencia. Creo que mi mente experimentó una sensación de fin del juego cuando lo lanzó con indiferencia a la desvencijada cama. Lo contemplé durante un instante, hundido entre las sábanas, reflejando tenuemente la luz azulada del amanecer, ajeno a lo que sucedía. En apenas unos segundos parecía haber perdido todo el significado del que había gozado en mi cuello. En un silencio mortecino, seguí con pasos cortos e inseguros el camino que dibujaba la sombra de Álex en el suelo. Tuve que esforzarme para aparentar una tranquilidad de la que carecía, pero pese a todo, continué caminando dócilmente detrás de él, sin dejar de sentir un miedo visceral que no me permitía discernir con claridad si tenía que defenderme o no.

Tras adelantarse precipitadamente unos pasos, se giró hacia mí. Tan solo nos separaba un metro de distancia. Me paré en seco. Sus rasgos se habían espesado, y asomaban endurecidos entre los surcos del rostro. Ante mí tenía a un Álex transformado, borroso y de intención difusa. Su desconcertante mirada se clavó fijamente en la mía. Tenía unos ojos fríos y desafiantes que parecían haberse vuelto de cristal, e indiferentes para conmigo. La falta de brillo denunciaba algo siniestro que me retorció las tripas. Mi respiración se volvió pesada ante la violenta intimidación.

Retrocedí unos pasos mientras comenzaba a sentir la tenaza del miedo.

Álex empezó entonces a avanzar hacia mí, firme e impertérrito bajo un semblante extrañamente sereno, como un ente surgido de las tinieblas. Me puse a temblar, incapaz de pronunciar una sola palabra. Lo único que sentía era el reguero de sudor que me corría lentamente por la frente, y la vana esperanza de que la sesión no hubiera acabado, pero una voz interior, más cercana a mi consciencia, me recordaba que aquello ya no era ningún juego.

Mi respiración se podía oír en toda la estancia, y mis pupilas se dilataron de manera mecánica.

—Álex... —Su nombre emergió de mis labios como un ruego.

Se produjo en la habitación un silencio largo y lúgubre. Letal. Era imposible ya disimular aquella certidumbre y esa especie de obstinación ciega que desde hacía un rato adornaba su mirada. Me observaba con una calma calculada, como si fuera una desconocida. La rabia hervía en sus ojos cuando se posaron en los míos. Pero había algo más en su mirada, la determinación firme de quien está dispuesto a arriesgarlo todo por la causa que persigue.

—¿Qué? —dijo con actitud fría y voz modulada, según avanzaba hacia mí con aire amenazador.

Apretó fuertemente la mandíbula, y su boca se curvó en una sonrisa cáustica que aumentó mi incertidumbre. Los

músculos de su torso desnudo estaban en tensión, rígidos, como los de un gladiador preparado para el último combate, afinadamente definidos. Luché para que mis ideas pudiesen abrirse camino, pero la ansiedad y la confusión hacían que aflorara únicamente el miedo, un miedo que cohibía mis movimientos y aumentaba la falta de lucidez.

Había algo tenso en la expresión de Álex, casi doloroso. Aquel rostro atormentado que no apartaba los ojos de mí respondía fielmente al deseo desesperado de terminar con lo que nunca debía haber comenzado. Mi corazón, en un vilo exasperante, apenas parecía dar señales de vida en esos instantes en los que, más que nunca, me sentía demasiado expuesta a la voluntad de Alexander Vanderbilt.

Seguí caminando hacia atrás, vacilante, hasta que el esqueleto de hierro de la cama frenó bruscamente una huida ya de por sí inútil. Aun así, intenté escabullirme por el lado más próximo a la puerta. Álex me agarró bruscamente por la cintura, se situó detrás de mí y me sujetó las manos a los costados, mientras yo me debatía nerviosa. Volví la cabeza. Su mirada cobró una violencia inesperada. Sus ojos, oscurecidos por la ira y la penumbra, eran insondables. Jamás lo había visto con un aspecto tan peligroso.

La situación avanzó precipitadamente.

—¡Suéltame! —dije entre sollozos—. ¡Suéltame! —grité.

Álex permanecía sordo a mis súplicas, inmerso en un silencio acusatorio, cerniéndose sobre mí como un chacal.

No parecía dispuesto a permitirme escapar tan fácilmente.

Como pude, le di un fuerte empujón en el pecho para apartarlo, pero su cuerpo, nervudo y sólido, frustró mi intento. El hombre al que mi mente advertía en ese momento como un total desconocido me arrastró dando traspiés sobre las frías baldosas de la estancia sin que ninguna de mis tentativas por zafarme surtiera efecto. Sus enormes zancadas devoraban la distancia. Mis intentos de quitármelo de encima solo sirvieron para que sus manos me oprimieran todavía más. Estaba fuera de sí, con los ojos encendidos y el rostro desencajado por la cólera.

Me llevó dando tumbos a una pared y me colocó de espaldas contra ella con un golpe seco; me atrapó las muñecas entre las manos y me las sujetó con fuerza por encima de la cabeza, inmovilizándome. Después salvó la escasa distancia que nos separaba y limitó el espacio a una línea inexistente. Tan cerca de él, sentía su ansiedad además de la mía. Su cuerpo me oprimía, avasallante. Sus ojos azules, indiferentes en esos momentos, me miraban consumidos por una frialdad que me helaba la sangre. Estaba asustada, terriblemente asustada. Una oleada de pánico me invadió la boca del estómago, y Álex captó la emoción. La olía como un perro de caza, y comprendía que el miedo me acercaba a él como el único ser con potestad para disiparlo.

—Álex, por favor... —dije con un hilo de voz, dejando percibir mi angustia.

Lejos de ceder a mis súplicas, me dio un fuerte envite. Sentí como cada vértebra de la espina dorsal golpeaba contra la rigidez del muro. Cerré los ojos enérgicamente con el afán de atenuar el agudo dolor que cruzaba mi espalda. Instantes después los abrí, y parpadeé con la consternación enredada en las pupilas. La percepción paranoica de la mirada de Álex parecía descubrir en mí a un diablo del que se tenía que deshacer.

—Shhh... —Me hizo callar con tono vibrante y oscuro. Acercó la nariz a mi cuello y aspiró a fondo—. Shhh... —volvió a susurrar. Me estremecí.

Su respiración irregular era semejante a la de una fiera a punto de engullir la deliciosa presa. Sus ojos cobraban por momentos un aspecto felino, tan siniestro como sugerente. El pulso le latía firme y fuerte en la base del cuello, y una fina capa de sudor le cubría la frente. Apreté los labios y contuve un sollozo, mientras mi verdugo continuaba olisqueando el miedo que transpiraba mi piel. Sin soltarme, se separó unos centímetros. La presión de mis pulmones se alivió ligeramente. La vista, en ráfagas de intenso dolor, me iba y me venía. Empezaba a marearme.

Álex echó hacia atrás el brazo que tenía libre y se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón. Como consecuencia inmediata y previsible, sacó una navaja y la empuñó con fuerza, como quien se aferra a su propia vida.

El movimiento fue tan rápido como el ataque de una serpiente. La sospecha era ya, en sí, una tortura. Cuando observé el tajante filo plateado y su funesto destello, un estremecimiento me recorrió de arriba abajo. El miedo escaló impávido hasta la garganta. Como pude, ahogué la exclamación e, instintivamente, en una nueva tentativa de escapatoria, me retorcí sobre mi propio cuerpo. Pero mi lucha fue apenas perceptible; no me quedaban fuerzas y la situación auguraba verdaderos problemas.

—Álex... —dije en un sollozo entrecortado—. Álex, por favor..., por favor... No..., no... —le suplicaba con voz angustiada mientras mi cuerpo seguía retrotrayéndose, impotente.

A pesar de la desesperación que arrastraban mis palabras, no parecían despertar en Álex demasiada compasión. Era como si una voluntad desconocida y siniestra se hubiera apoderado de sus actos. La dureza de la mandíbula y la sonrisa rígida de la boca no transformaban su impasibilidad. Seguía manteniendo una actitud fría, distante, asesina, con una mirada inconfundiblemente agresiva.

—¡Silencio! —La palabra le estalló en la boca—. Silencio. —Extendió el brazo y me apartó el pelo de la cara.

Sin advertencia, con un rápido movimiento de la mano, me apoyó la navaja en el cuello. Su contacto era amenazador. El frío acerado me provocó un escalofrío, que atravesó mi médula en toda su longitud, mientras mi mirada captaba su

tenso semblante. Intenté apartarme, pero no lo consintió. Un pánico voraz corrió por mis venas y me envenenó la sangre a la velocidad de la luz cuando alcancé a comprender que Álex tenía el poder sobre la vida y la muerte. Sobre mi vida y mi muerte, como una deidad. Segundos después, la hoja se clavaba ligeramente en la carne, dejando en la piel un finísimo trazo escarlata, una incisión pura y palpitante que me provocó un dolor débil, aunque se desvaneció fugazmente entre el zumbido de la cabeza y el siseo macabro del metal. Apenas unos instantes después noté la tibieza de una gota de sangre que brotaba de la herida y se deslizaba con sumo sigilo por la piel.

—Por favor... —musité con voz estrangulada, arrastrando en la lengua las consonantes.

La conciencia de lo que estaba pasando fue desplomándose lentamente sobre mí. La amenaza era real. Mis sollozos y súplicas se ahogaban en lágrimas ante la indiferencia de Álex. Un dolor punzante en el cuello me provocó una profunda sensación de vértigo. Tenía un terrible sabor acre en la boca, y en mi pecho anidaba el silencio con un rumor fúnebre. El llanto me dibujó por el rostro un surco que resbaló hasta alcanzar premeditadamente el metal. Lo buscaba. El salitre de las lágrimas escoció en la herida. Retorcí la cabeza. Después, aturdida, sentí como sangre y lágrimas se fundían en un líquido acuoso que me discurría aceleradamente por el cuello.

Durante un instante creí encontrarme ante el mismísimo diablo. No era capaz de reconocer a Álex en aquel esbirro. La ausencia de palabras por su parte resultaba siniestra. El peligro suele acechar en silencio; en el suyo habitaba como una bestia. La muerte estaba escrita en sus ojos, que me miraban fijamente en busca del momento en que asestar la estocada final. Me pregunté si el dolor sería tan horrible como lo imaginaba.

Todo aquello poseía la apariencia e inexactitud de una pesadilla, y lamía el contorno de unos temores que habían nacido tiempo atrás en mi cerebro, y a los que deliberadamente había impedido la entrada. Una realidad que había decidido ignorar. Tenía que haber hecho caso de mi intuición y haber salido corriendo. Ahora, Alexander Vanderbilt tenía que deshacerse de mí, y lo haría con sus propias manos. La lógica me decía que era inútil intentar salir con vida. Sorprendentemente, la propia tensión ejercía un efecto narcótico en mis nervios. Entonces lancé mi desafío. Quizá lo hiciera únicamente para precipitar los acontecimientos.

—¿Vas a matarme? —alcancé a decir, con la voz reducida a un lánguido susurro.

La pregunta quedó suspendida en el aire unos segundos, adquiriendo color de eternidad, y el silencio cayó sobre las palabras cuando se me acabó el aliento para decir nada más. Mientras sostenía su mirada, podía escuchar el soliloquio de



dolor y tristeza interpretado por mi corazón y el aire atascado en los pulmones. Oír aquella espeluznante pregunta de mis propios labios me provocó un escalofrío que se elevó hasta la nuca con una fuerte sacudida. Álex estaba blanco; el sudor le cubría la frente y le resbalaba lento por las sienes; pero, pese a su expresión inescrutable, mi pregunta pareció debilitarlo. Sus ojos me acariciaron el rostro. De repente, sus rasgos se suavizaron, y dirigió la mirada al punto donde la navaja se apoyaba en mi cuello. Quizá mi voz le había recordado cosas que debía olvidar si quería llevar su propósito hasta las últimas consecuencias.

La respuesta tardó un rato en romper el silencio.

—No —contestó, dejando la voz sostenida y alzando los ojos hasta encontrarse con los míos—. Voy a hacerte el amor —añadió con infinita ternura en la mirada.

Tiró la navaja a un lado. Cayó a un par de metros con un sonido metálico. La respiración de Álex se volvió menos profunda. De su rostro había desaparecido aquella expresión fría e impasible. Ya no había violencia en sus manos; solo ansiedad por rozar mi piel con los dedos temblorosos. Enjugó con besos el hilo de sangre y lágrimas que se dibujaba en mi cuello. Entonces, bajo un impulso refrenado hasta el momento, buscó con la boca la herida que me había provocado y, con un rugido animal, succionó la sangre que aún manaba de ella como un Drácula que llevara siglos sin alimentarse.

La presión que ejercían sus labios en mi cuello anegaba mis sentidos en un océano de extasiante placer, y el roce de los dientes, anuncio de la posibilidad de un mordisco, precipitó el deseo hacia el vértice de mi entrepierna. Un sonido gutural, nacido de la profundidad de mi laringe, se alzó hasta la garganta. Su eco resonó entre las paredes del dormitorio como el aullido lastimoso de una loba herida.

Álex me soltó las muñecas y me pasó las manos por debajo de los muslos para colocarme a su altura. La postura se volvió más cómoda e insinuante cuando le rodeé las caderas con las piernas para retenerlo junto a mí. Su pene palpitaba duro e indolente en el muro de contención del pantalón. Lo abracé con fuerza, enterrando los dedos en su pelo y hundiendo su cabeza aún más en la concavidad de mi cuello, mientras su boca seguía bebiendo de mí. Pelvis contra pelvis, me olvidé del dolor de los azotes, del escozor de los latigazos y de la indecible tortura a la que me tenía sometida con aquella agónica situación. El calor que desprendía su piel se extendía mucho más allá de mi control y del suyo, y calmaba el malestar del cuerpo. Eran muchas las dudas que tenía respecto al proceder de Alexander Vanderbilt. Era un hombre demasiado astuto y, dada su ferviente inclinación a los impulsos, su aparente cambio de actitud no disminuía mis temores, pero, incapaz de luchar contra el enigmático poder que ejercía sobre mí, dejé que el deseo se hiciera cargo de mis actos. Su pasión era violenta,

insaciable, despiadada e increíblemente contagiosa, tan absorbente y dominante que me hacía renunciar a la cordura y al sentido común.

Sus labios se arrastraron por la piel hasta alcanzar los míos. En pocos segundos, su lengua se precipitaba sobre la mía, avasallándola. Disciplinándola. Invadió toda mi boca. Alex se volvió de pronto exigente, indómito, salvaje. Respondí a su beso con la pasión desmedida que nacía del deseo, y nos fundimos en un acto impetuoso, violento. El afrodisiaco sabor de mi propia sangre, que se esparcía por mis papilas gustativas, me excitó aún más.

Su pasión, que rozaba el paroxismo, me confirmó lo que había permanecido oculto tras aquella actitud indiferente y fría. Bajo el pantalón seguía notando la dureza de su miembro en efervescencia, y en el azul celestial de sus ojos, el fuego irreprimido de una lujuria que evidenciaba con descaro el deseo que sentía hacia mí. Ese era mi poder sobre él. Aquel frenesí me descolocaba, me enloquecía. Alexander Vanderbilt desataba mis más bajos instintos, y yo los suyos, y no reparaba en virtudes más allá de su propia perversión. Cuando separamos las bocas, lamí sin poder remediarlo una gota de sangre de la comisura de sus labios.

Sin soltarme, me llevó a la cama, me tumbó en ella y se inclinó sobre mí. Uno a uno, correspondí a todos los besos con los que quemaba mis labios. Todas las dudas y miedos comenzaron a desvanecerse por encantamiento.

—Mi señor... —suspiré entre los tiempos intercalados que me cedían sus besos—. Áteme —dije a media voz, casi sin darme cuenta—. Áteme y hágame suya.

—Olvídate del protocolo, Loane —me susurró al oído—, del rito. Olvídate de mis órdenes, de mis deseos. Olvídate de todo eso y sítvete de mi cuerpo para hallar tu placer. — Su voz sonó casi como una orden.

Su petición me dejó perpleja. Por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, Álex no exigía sus derechos como amo, o quizá los ejercía más que nunca, y deseaba dar placer además de recibirlo. Por primera vez me permitió tocarlo, acariciarlo, notar cómo respondía su cuerpo al roce de mis impacientes manos y ver cómo se excitaba su piel al contacto de mis labios. Con su beneplácito, me senté a horcajadas encima de él y sentí el contorno de su torso y la tensión de sus músculos debajo de mí, mientras me dejaba explorarlo.

Lo besé en la base del cuello y continué a lo largo de la línea. Su piel era cálida y envolvente, con un tacto aterciopelado que invitaba a lamer. Tras pasar unos minutos buceando entre sus sentidos, me senté sobre su pene y cabalgué de forma salvaje, fuera de todo límite racional. El calor fundente de los cuerpos prometía un viaje de sensaciones que se revelaban a través de los gemidos de placer que ambos exhalábamos. Percibí los ojos de Álex inyectados de deseo, el pulso enloquecido, los pómulos

ardiendo. Cimbreado, sin pausa, continué moviéndome contra su pelvis, que metódicamente se ajustó a mi vaivén. La armonía de nuestros cuerpos daba forma a aquel amor físico que colmaba nuestras almas. Cierta pudor coloreaba mi rostro, mientras Álex se dedicaba a jugar tortuosamente con mis pechos. Las enormes manos estrujaban el contorno al tiempo que la lengua lamía la dureza de los pezones y la boca se cerraba alrededor de su forma. Sus dientes los mordisqueaban juguetones, atormentándolos, y mi excitación comenzó a recorrer ese camino que lleva directo al séptimo cielo.

Álex seguía la cadencia de mi cuerpo. La pelvis de mi amante obedecía al único son que marcaba mi placer. En medio de esa danza bajó un dedo a mi clítoris. Estaba empapado.

—Siempre preparada para mí —observó orgulloso, trazando círculos con el índice.

El dormitorio estaba impregnado de un dulce aroma a sexo; solo nuestros jadeos despertaban ecos en medio del silencio que nos regalaba el amanecer. Yo tensaba el torso y echaba la cabeza hacia atrás para que la penetración fuera más profunda, hasta que llegó el momento de la extenuante y dulce liberación. Ambos culminamos el acto casi a la vez y juntos descendimos del trocito de cielo que habíamos tocado con la punta de los dedos, dentro de aquel mundo creado por y para nosotros.

Abatida, saciada y con el corazón aún desbocado, me tendí sobre el pecho de Álex, tumbada a medias encima de él. Sus latidos eran precipitados todavía. Ninguno de los dos quiso romper el mágico silencio. Cuando nuestros corazones se sosegaron y la pasión se replegó para dejar paso a un estado de infinito bienestar, Álex comenzó a acariciar mi espalda con abandonada devoción. Sus labios me besaron suavemente la frente, al tiempo que sus dedos, escurridizos, se enredaban en mi enmarañado cabello. Entre la generosidad de mimos y atenciones me di cuenta de que lo quería. Sin lugar a dudas, quería a Alexander Vanderbilt mucho más de lo que jamás había querido a ningún hombre, mucho más que a Aldo, cuya imagen ya se desdibujaba de mi recuerdo, cuya historia ya no habitaba en mi corazón, pues el tiempo había hecho muy bien su trabajo.

Lánguida, aferrada a mi señor, me dormí con ese pensamiento en la cabeza, apurando los últimos vestigios de la noche que daban paso al alba gris perla que comenzaba a extenderse por Madrid.

## CAPÍTULO XXIII

Estás preciosa cuando duermes. —Entorné los ojos para identificar la suave voz que me hablaba—. Es un tormento no tocarte —apuntó el susurro.

—Álex...

—Aunque he descubierto lo hermosos que son tus párpados —musitó.

—Álex... —Me sonrojé al ver que su mirada descansaba sobre mí, fija en mi rostro hundido en la almohada.

—Y me encanta ruborizarte —añadió en un tono asombrosamente vibrante, mientras deslizaba su pierna entre las mías y me lamía la cara como un gato.

Noté las mejillas encendidas y las supuse aún más sonrojadas a la tenue luz escarlata que entraba por la ventana. En el ambiente reinaba el sosiego que sucede al rumor de una noche agitada.

—¿Cuánto tiempo llevas observándome? —murmuré con inocencia. Giré y me acerqué aún más a su lado.

—Desde que te has quedado dormida —respondió pausadamente, apartándose el pelo del rostro—. Tienes un

aspecto adorable acurrucada contra mi cuerpo. —Me levantó el brazo y me mordió suavemente el dorso de la mano.

Álex había estado velando mi sueño, erigido en su guardián. Mi mente no podía concebir una imagen más tierna que la de Alexander Vanderbilt mientras me observaba indefensa, inocente, expuesta a su acción. Aquel gesto se traducía como una caricia secreta e íntima. Juguetona, me cubrí el rostro con las sábanas y esperé unos segundos escondida tras ellas. Cuando me desperté, Álex seguía contemplándome, inmóvil, sin parpadear.

—Un día te pintaré desnuda —dijo mirándome a los ojos, con la barbilla apoyada en mi hombro—. Fijaré en un lienzo la proporcionada línea de tus curvas, tu pelo negro que forma arabescos en la espalda, la inocente dulzura de tu rostro...

—¡No! ¡Qué vergüenza! —exclamé divertida.

—Te ataré para que no puedas escapar.

—Pero eso no vale. —Álex me puso la mano en la boca con suavidad para acallar mis protestas.

—Está decidido —anunció—. Te pintaré desnuda.

—Eso es trampa —volví a quejarme cómicamente.

Sonrió y me acarició la mejilla. Después, los dos reímos silenciosamente sin dejar de mirarnos. Aquella complicidad murmurada bajo las sábanas a la espera del amanecer era maravillosa.



—¿Desde cuándo lo sabes, Loane? —preguntó de pronto, muy serio.

Sospeché que aquella pregunta era el debut de una conversación densa. Encendía la mecha de un diálogo pendiente desde hacía ya tiempo, soterrado casquivanamente entre ambigüedades, rodeos, apariencias y prudentes tergiversaciones. Una conversación que se presumía tan sincera como dolorosa. Nos sentamos en la cama.

—Creo que desde el principio —respondí con aplomo sereno. Pasé la mano por el trisquel tatuado en su pecho y lo miré contemplativamente.

Álex enarcó las cejas con una expresión interrumpida y dejó la boca entreabierta, pendida de una frase.

—Digamos que poseo cierta habilidad para leer entre líneas, para interpretar intenciones, descifrar gestos o traducir comportamientos sospechosos —expuse. Retiré la mano de su pecho—. Recuerdo una cosa que dijiste en una de nuestras primeras conversaciones sobre el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles —proseguí, mirándolo fijamente a los ojos—. «No dar con ese secreto supondría mi muerte, y hallarlo supondría...» —recité de memoria—. Tu boca calló el final del mensaje, pero mi mente lo descifró.

Álex se quedó observándome sin nada que decir, sin ni siquiera parpadear, sumido en el vacío que se abre cuando la verdad desvanece la venda de los ojos.

—No encontrar el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles supone tu muerte, y encontrarlo supone... la mía, ¿no es cierto? —le pregunté con solemnidad.

Bajó la mirada.

—Sí —respondió frío, como si el monosílabo le resultara extraño en los labios.

—Y se te ha encomendado la tarea de matarme, ¿verdad?

Desvió los ojos cansados hacia algún punto lejano de la línea de azoteas que marcaba el horizonte tras la ventana del dormitorio.

—¿Por qué no sostienes mi mirada? —le inquirí.

—Conoces mejor que yo la respuesta, Loane. —No me sorprendió que contestara con rodeos.

—Puede que sea así, pero quiero oírla de tus labios.

Volvió sus ojos hacia mí. Nos quedamos un rato mirándonos, intentando salvar aquella brecha de verdades y realidad, mientras el silencio acusador escondía la respuesta.

—Tan cierto es que lo he intentado —reconoció al fin, enfrentándose a mí— como que no he sido capaz. Solo tenía que embaucarte, seducirte para allanar el camino, para que accedieras a todas mis peticiones, para que asesinarte me resultara más fácil. Pero la tarea no era tan elemental como creía. No eres como las demás, Loane. Tú no te dejabas embaucar ni seducir. Eres demasiado inteligente para los halagos y los cumplidos. Te muestras inaccesible

sentimentalmente, y resulta imposible manipular tus ideas, manejar tus principios o la arraigada tenacidad de tus pensamientos —explicó con voz áspera.

—¿El hombre pelirrojo...?

—Lo contraté yo. Solo tenía que amedrentarte para que te retiraras, para que te olvidaras del asunto y no tener que llegar a... —se interrumpió a media frase—. Luego, yo te excusaría delante de Babilonio alegando que te habías echado atrás, y de ese modo salvaría tu vida, pero se me olvidó lo testaruda, obstinada y pertinaz que eres. —Sonrió con una mezcla de tristeza y amargura.

Mis sospechas cristalizaban de golpe. Álex se había presentado con un guion preestablecido el día en que su llegada a la galería me cambió la vida. Mi muerte era el último acto de la dantesca maquinación que había urdido con el más escrupuloso de los esmeros. Cuando pusiera en su conocimiento el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles, Alexander Vanderbilt me mataría. Pensar en ello me repugnó, aunque, después de todo, aquel juego era uno de los más antiguos y frecuentes del mundo. Demasiado para no prever el desarrollo de la partida y su macabro final; solo había que ceder a la lógica.

—¿Qué se te ha escapado de las manos para no haber llevado a cabo tu plan?

Vaciló un instante antes de responder, perdido en sí mismo. Tenía los ojos sin mirada, suspendidos en el aire.

—Enamorarme —alegó rotundo y sin preámbulos.

Su respuesta me cayó como un jarro de agua fría. Toda su alma asomó en ese instante a sus ojos azules. Tras aquella declaración no pude poner freno a los tempestuosos latidos del corazón, casi dolorosos.

—Enamorarme de ti no entraba en los planes, Loane —repitió—. Es algo que no había previsto. Un verdugo nunca debe enamorarse de su víctima.

Los sentidos se me desordenaron. Hasta aquel día, Álex había dominado a la perfección sus sentimientos, sin dejar entrever más ternura, cariño o afecto hacia mí de lo que le exigía su condición de amo. Supuse que la costumbre de estar al mando y los años de experiencia lo ayudaban a dominarse y no prestar oídos a la llamada del corazón. Tras unos segundos en los que la emoción y la sorpresa dieron al traste con mi capacidad de reacción, y bajo la acusada inexpresión de mi rostro, miré a Álex, que esbozaba entre los labios un vago rictus parecido, quizá, a una sonrisa.

—¿Te sorprende? —murmuró al ver mi falta de gesto y palabra—. ¿Te sorprende que, de tu mano, este pobre diablo haya sucumbido a las mieles del amor?

La voz de Álex no había sido nunca tan suave.

—No hables así de ti —dije únicamente—. No eres ningún pobre diablo.

—Por favor, Loane, no me odies —apuntó con una nota melancólica.

—No podría odiarte —dije con dulzura—. Ni aunque quisiera. Jamás.

—Y eso es más que nunca, ¿verdad? —dijo con una sonrisa, parafraseándome.

Asentí sin decir nada, pero con media sonrisa entre los labios.

—Loane, no hay nada bueno en de mí, salvo la parte que se ha enamorado de ti. Esa parte que te ama es la única que merece la pena. Me provocas tal debilidad que no podría hacerte ningún daño —susurró pasados unos segundos.

—No quiero que hables así de ti —le repetí, molesta—. Tienes muchas cosas buenas.

Sonrió irónico.

—Esas cosas buenas que crees ver en mí emergen solo cuando estás cerca. Solo soy bueno contigo. No tengo más alma que el trozo que me das de la tuya. Eres la única persona buena que he conocido en mi vida. La única persona que me lo ha dado todo sin esperar nada a cambio. Es curioso —prosiguió con tez plomiza—. Nunca me has exigido nada, y por esa misma razón te lo doy todo. Todo lo bueno y todo lo malo. Lo que sé y lo que ignoro. Mi felicidad y mi tristeza. Mi alegría y mi llanto. Mi paz y mi desasosiego. Mi ternura y mi rudeza. Pero, principalmente —dijo con afectada seriedad en la voz y en la mirada—, toda la bondad a la que pueda apelar el corazón de este maldito condenado es tuya; solo a ti te pertenece; solo tú

eres la protagonista de tan sublime acto en mí. No sé si entraba en sus planes desbocarme, señorita Darey —dijo rozándome la nariz con el dedo—, pero es la primera mujer ante la que soy incapaz de controlarme. Nunca creí que alguien pudiera aferrarse a mi corazón tan profundamente como tú, Loane. Solo por ti quiero ser mejor.

Hizo una pausa y me miró largamente. Sus ojos traslucían un brillo gris metálico que dejaba entrever melancolía en el fondo. Alargué la mano y le acaricié la mejilla, intentando consolarlo. Tras dejar pasar unos segundos, Álex tomó la mano entre los dedos, se la llevó hasta los labios y depositó un leve beso en ella, en el instante en que nuestras miradas se cruzaban.

—Jamás me había sentido tan pleno. —Rompió el silencio y aferró mi mano, que volvía a acariciar su mejilla—. Hasta el momento en que te conocí y, sutilmente, fuiste creciendo en esa parte del corazón que nunca había habitado nadie. Hasta que empecé a adorar tus besos aun sin haberte rozado los labios. Hasta que deseé arrancarte esa blusita ceñida que llevabas el primer día, levantarte la falda y ponerte a cuatro patas en el suelo, ofreciéndome el culo, tirarte del pelo para arquearte indeciblemente el cuello y entrar una y otra vez en ti, aumentando paulatinamente la dureza, esperando que tus labios sollozasen mi nombre y me implorasen que pusiera fin a la tortura. Eres tan jodidamente preciosa, tan jodidamente fascinante... —confesó con una sonrisa juguetona—. Tenías

que ser mía a toda costa. Este sentimiento ha crecido en silencio, sin que me lo propusiera ni lo entendiera, pero ¿quién conoce las razones del corazón? Es imposible darle órdenes. Tu sumisión me provoca una sensación deliciosa como pocas, realmente placentera. Y también muy perversa... —dijo oscureciendo la voz—. Tu presencia acaricia mi vida, mi pequeña gran Loane, mi *petit tresor*. — Me sonrió con ternura—. He amado a muchas mujeres con la cabeza, con el cuerpo, pero a ninguna con el corazón, como a ti. Siempre he sido inmune a la leyenda del amor. Hasta que apareciste, era más cómodo reducir su mito a simples aventuras, y más conveniente restringirlo al placer carnal.

—Mi señor, yo...

—Sé que no te merezco, Loane, que no tengo derecho a tu amor —apuntó con los ojos empañados—, pero te quiero para mí. Mi egoísmo te quiere únicamente para mí. Eres el eje central de mi vida, lo que da sentido a todo lo demás.

—Sabes que soy tuya, que mi alma te pertenece para siempre —afirmé.

—Eres demasiado maravillosa para crearme tu propietario. Demasiado noble. Lo único que tengo yo es demasiado pasado...

—Seré yo quien decida si eres merecedor de mi amor.

—Si te ordenara que me dejaras, que te alejaras de mí..., ¿lo harías?

—¡No! —exclamé—. Eso es una insensatez. No creo que pudiera vivir ya sin ti —dije mientras le acariciaba el rostro con ambas manos—. Sería menos malo que me mataras.

—Siempre tan testaruda, obstinada y pertinaz —objetó con un chasquido de lengua.

—Ya sabe que soy una sumisa un tanto rebelde, mi amo. Conmigo se va a ganar el cielo, señor Vanderbilt. Seré su penitencia en la Tierra.

Sonrió tierno, con cierto matiz de tristeza.

—Voy a tener que utilizar mano dura con usted, señorita Darey. He de conducirla por el sendero de la virtud, o se descarriará —dijo con seriedad fingida—. Eres el mejor regalo que habría podido recibir de la vida —expresó cambiando el tono—, y eres mía —susurró contra mi sien—. Personal e intransferible.

—Y para toda la eternidad, mi señor.

Me besó suavemente en los labios.

—No voy a dejarte escapar, Loane; no voy a dejar que caigas en otras manos. —Volvió a besarme, esta vez con más nervio—. Dime que no me tienes miedo a pesar de lo que ocurrió anoche —apuntó aprensivo—. No me tienes miedo, ¿verdad, mi niña?

Respondiendo a un impulso, le cogí la mano y se la besé. Después llevé el rostro hasta ella y la froté contra la mejilla. Me encantaba su tacto.



—No —contesté, clavando mis ojos en los suyos—. Mi sentimiento de entrega no nace del miedo, ni ahora ni nunca. Si fuera así, no sería una entrega verdadera; si fuera así, no sería BDSM. Mi sentimiento de entrega nace de la admiración, de la adoración, del respeto, de la gratitud y... del amor.

Álex entreabrió la boca para hablar. Instintivamente le puse un dedo en los labios a fin de reclamar su silencio. Aunque pequé de osadía de acallararlo, necesitaba decirle muchas cosas. Mi alma pedía a gritos arrojar todo lo que callaba desde hacía tantas semanas, y en ese momento poseía los arrestos suficientes para no tropezar con las palabras.

—Espere, por favor, mi señor. —Álex asintió, concediéndome permiso para que continuara—. Sentir que le pertenezco, que soy de su propiedad, notar que a través de esa entrega usted es mío y yo suya, es un sentimiento tan noble y tan especial, que no soy capaz de expresar su grandeza. —Respiré hondo, mientras Álex escuchaba con solemnidad—. De forma inexplicable, he encontrado la felicidad a través de la sumisión. Por medio de mi entrega me siento colmada como nunca, y he empezado a entender sentimientos que escapaban a mi comprensión hasta este momento. Su presencia me desborda, mi señor —expresé turbada, sin alcanzar a entender todavía por qué Álex lograba imponerse de aquella manera sobre mí—, desbarata mis sentidos, azora mis pensamientos, hace vibrar mi cuerpo,

me acelera el corazón... Hasta que usted llegó a mi vida me perdí tantas emociones, tantas sensaciones... A veces me parece que siempre ha formado parte de mi existencia.

—Loane, soy tan tuyo como tú mía. Al contrario de lo que pueda parecer, te has adueñado de mí. Sea cual sea el grado de interacción que nace en una relación de dominación y sumisión, el amo pertenece al sumiso tanto como a la inversa. Yo soy amo porque tú te entregas a mí. Sin eso, solo soy un hombre cualquiera. Así de simple.

Mis pupilas se dilataron, ennegreciendo aún más mis ojos, y me ruboricé como una quinceañera. Él sonrió con condescendencia.

—Muchos ven lo que parece —tomó de nuevo la palabra—, pero pocos entienden en qué consiste. La entrega, la verdadera cesión de la voluntad, no la decide el amo; únicamente la recibe, la acoge y la moldea. Nos ayudamos de látigos, vendas en los ojos, mordazas, ataduras y órdenes, pero los verdaderos instrumentos con los que trabajamos son el cuerpo, la mente, el alma... La esencia de un amo solo cobra sentido en virtud de la existencia de una voluntad entregada libremente, nunca impuesta, nunca exigida. Si fuera así, se resquebrajaría la piedra angular del BDSM: sensato, seguro y consensuado. En este mundo hay mucho más que azotes y castigos; mucho más que látigos, cuerdas y fustas; mucho más que humillación, morbo y sexo; mucho más que dolor y placer. Es un intercambio de sensaciones.

No es solo una alternativa sexual, sino un estilo de vida, con todo lo que conlleva. No es ningún juego, aunque se plantee como tal. Es una condición sexual, pero no una opción, porque no se decide si se quiere ser dominante o sumiso. El rol que adopta cada cual nace de las entrañas. No se aprende, no se estudia, no se adopta; simplemente, es y se ejercita porque es connatural al individuo. Para el sumiso, el dolor no es sufrimiento; la humillación no es degradación; la ofensa no es falta de respeto; los azotes no son un castigo. El prisma con que se ve difiere mucho del mundo vainilla. Pese a las falsas creencias derivadas del desconocimiento, el BDSM se basa en la libertad y la igualdad de los participantes, y en el respeto mutuo. Quienes lo ven como una alternativa sexual a sus insustanciales vidas, simplemente como un polvo salvaje, se equivocan en su percepción al no contemplarlo bajo el prisma original. El BDSM forma parte de quien lo practica; es algo de lo que no puede escapar aunque lo intente.

—¿Quién mejor que yo para dar fe de que esto es así? —intervine—. A través de usted he descubierto mi verdadero camino, paso a paso, poco a poco. Es curioso ver como mi placer está ligado estrechamente al suyo. Usted me ha ofrecido la cara de un mundo que desconocía, pero que es mi mundo. Ahora sé que siempre había habitado en mí esta necesidad de entregarme a alguien, de someterme, de buscar placer en el dolor. No me cabe duda de que mi entrega es el

cumplimiento de una vocación. Solo espero que nunca se arrepienta de haberme escogido como sumisa y haberme dejado compartir su camino, estar a sus pies —concluí.

Álex adoptó una expresión de extrañeza. Un músculo de su mandíbula se tensó mientras posaba fijamente sus ojos en los míos.

—No, Ankara. No —dijo con rotundidad—. ¿Por qué crees que me voy a arrepentir?

—Porque no soy perfecta, lo sé. Aunque intento serlo por usted —dije con voz apesadumbrada. Una inmensa ternura se reflejó en el claro azul de su mirada.

—Cuando me dijiste que querías que te sometiera, tuve miedo... Mucho. Ya estaba enamorado de ti, y pensé que la humanidad de ese sentimiento podía interferir negativamente en mi condición, mermar mi autoridad y control. Siempre he pensado que el amor es incompatible con la esencia más inmaculada del BDSM; que le sustrae pureza. Me incluía en esa minoría de amantes del sadomasoquismo que interpretan cualquier cortesía o condescendencia de la parte dominante hacia la sumisa como una debilidad, una flaqueza. Es la denominada *dominación desde abajo* —me aclaró—. Nunca vi con buenos ojos las demostraciones de afecto y, mucho menos, de amor, dentro del vínculo que se establece entre amo y sumiso, sea de la índole que sea. Siempre creí que la relación debía ser lo más aséptica posible, que había que

tratar de no implicarse emocionalmente, de esquivar esa aleación sentimental que acaba por enredarlo todo.

»Por eso, cuando te tuve delante en la primera sesión, pensé que habría momentos en los que no confiaría en mi capacidad para manejar la situación, e incluso dudaría de mí mismo. Entonces opté por demostrarte hasta dónde soy capaz de llegar, y te trasladé al umbral del dolor con el único propósito de obligarte a cejar de tu idea, con la errónea noción de que se trataba de un simple capricho. Pero, para mi asombro, resultaste ser una deliciosa sorpresa y me apabullaste con la grandiosidad de tu entrega. Me revelaste tu docilidad y tu rebeldía; tu obediencia, tu dolor y tu placer. No sabes la infinidad de sensaciones que llenan mi alma cuando te poseo, Ankara. Cuando te hago mía. Cuando sacio mi sed contigo. —Sonrió benévolo para sí—. Por cierto, aquella noche estabas preciosa con los labios pintados de rojo y el vestidito ceñido. Te lo habría arrancado nada más verte. —Volvió a sonreír, esta vez de manera maliciosa—. Y ahora te has convertido en mi mejor vicio, en el sentido más literal del término. Me has vuelto más obsceno aún, más inmoral, más libertino, más depravado. Has desenmascarado partes de mí que se hallaban ocultas bajo una ilusoria capa de lealtad hacia mí mismo. Nunca había experimentado la dominación de una manera tan omnisciente, tan pura y tan plena como contigo. Jamás había encontrado tan dulce mi deber como amo.

—A ser su mejor vicio es a lo que aspiro, mi señor —dije cómplice, proyectando en mis labios una leve sonrisa.

—Gracias a usted, jovencita, han sobrevivido mis instintos más animales. La conservación de mis impulsos más libidinosos está garantizada por su causa, señorita Darey —enunció con expresión pícaro—. Tras haber saboreado de nuevo la dominación con su entrega, he logrado llenar el vacío que sentía desde hacía años.

Mis mejillas se ruborizaron al instante. Saber que había despertado ese torbellino de sensaciones en aquel hombre, que se humanizaba por momentos, me forzó a bajar la mirada con modestia. Álex alcanzó mi mentón y lo levantó con suavidad. Entonces, sus ojos me atraparon en la profundidad del abismo en que se convertía su mirada. De inmediato, su vista abandonó mi rostro y se dirigió a mi sexo. Se hizo un silencio, punteado por la intensificación del rubor en mis mejillas. El calor que experimentaba ante aquella mirada me quemaba las entrañas como una bola de fuego. Presumí que una decena de pensamientos agujijoneaban la lascivia de Álex. Levantó los ojos, portadores en ese momento de un brillo perverso, hasta cruzarse de nuevo con los míos. De un tirón retiró la sábana que cobijaba parte de mi cuerpo. Deslizó la mano hasta mi sexo y, tras palparlo, esbozó una sonrisa de triunfo al comprobar como una tibia humedad se adhería a sus dedos. De rodillas en la cama, con los glúteos apoyados en los tobillos, me ordenó separar las piernas y

recostar las manos en los muslos, en posición de ofrecimiento. Sus ojos, clavados en los míos, no se perdían ni una de las reacciones que sus habilidosas caricias dibujaban en mi rostro.

—Siempre dispuesta para mí —murmuró en tono quedo, incrementando la intensidad del movimiento de la mano.

Solté un gemido que él ahogó con la dulzura de un beso.

—Tu dolor es mi placer y mi placer es el tuyo —afirmaba entre mis jadeos, al tiempo que introducía un dedo en mi interior.

De nuevo, Alexander Vanderbilt me despojaba sin decoro de mis inhibiciones, despertando mi sensualidad y sacudiendo mis emociones con una ciencia tan exacta que llegaba a darme miedo. Poseía más conocimiento de mi cuerpo y sus reacciones que yo misma, y no dudaba en aprovecharlo para transportarme al cielo, manipulando como nadie los brotes de lujuria y morbo que destilaban mis poros, y que parecían tener voluntad propia.

Cuando mi cuerpo comenzó a convulsionarse, revelando la inminencia del orgasmo, Álex detuvo en seco el placentero movimiento oscilante. Lo miré sin aliento, con los ojos enfebrecidos. Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no pedirle que siguiera y, aunque mi cuerpo protestaba, acaté resignada su decisión. A la expectativa de mi ruego, enarcó las cejas con expresión divertida y demoró sus pupilas en las mías, esperando.

Entonces apartó la mano, la llevó hasta mi boca e introdujo delicadamente en ella el dedo que había tenido dentro de mí, para que paladeara mi placer, sin dejar de mirarme. Apenas unos segundos más tarde, acercó sus labios hacia los míos sin apartar la mano, para compartir mi aroma, mezclando la conjunción perfecta de las bocas con el sabor salado de mis entrañas.

Por ser su sumisa, su mujer, su hembra, su perra, su puta, me olvidaba de ser una señorita. Negaba principios y modales, y desaparecían los recatos, los tabúes y las inhibiciones. Alexander Vanderbilt me quitaba los complejos y los prejuicios cuando me arrancaba la ropa. Todo estaba permitido entre nosotros. Todo era susceptible de ser probado, tanteado, gozado, sufrido, evidenciado y autorizado. Y, por supuesto, todo estaba consensuado. Hasta reclamaba los vocablos obscenos y las palabras malsonantes, tan excitantes para mis oídos cuando las formulaban sus labios. Absolutamente todo era lícito para saciar los placeres de la carne, inmersos en el decoroso silencio que envolvía nuestros pecados.

Álex poseía una extraordinaria imaginación y aplicaba la creatividad al placer en sus diversas y variadas formas, con todo un derroche de iniciativa y sofisticación a la hora de escenificar nuestras fantasías. Hacíamos todo aquello que nos apetecía y nos pervertía, y con la mayor naturalidad del



mundo. Su temperamento fogoso no tenía fin; parecía poseer la llave de la eterna pasión. La poseía, de hecho.

Álex me puso el collar que había encargado para mí. Después de ajustármelo al cuello, pasó un largo lazo de seda rojo por los tres aros, lo fijó y se envolvió la mano con la tela sobrante. Me llevó al borde de la cama y me indicó que me pusiera a cuatro patas sobre ella.

—Sube el culo —me ordenó tras encaramarse al lecho.

Incliné la cabeza hasta que mi mejilla tocó el colchón, y elevé todo lo que pude las nalgas y el orgullo.

—Que no se te olvide que esto es mío —dijo mientras me acariciaba los glúteos—. Que no se te olvide que cada parte de tu cuerpo me pertenece. ¿Lo vas a olvidar?

—No, mi señor —respondí.

—No te oigo, Ankara. ¿Te ha comido la lengua el gato? —señaló con tono de burla—. ¡Responde! ¡Lo vas a olvidar?!

—No, mi señor.

—¡Más alto! —exclamó, propinándome un fuerte azote.

—¡No, mi señor! —coreé retorciendo el culo—. ¡No lo voy a olvidar!

—Muy bien. Ahora, observa cuál es tu poder.

Se situó detrás de mí y apretó su erección, gruesa e indómita, contra mis nalgas. Su abultado miembro estaba duro como una piedra, rígido bajo el impecable calzoncillo de Armani y dispuesto a embestirme cuando llegara el momento. Deslizó los dedos hasta mi clítoris y comenzó a

trazar sobre sus pliegues esos habilidosos movimientos circulares que avivaban la hoguera encendida entre mis piernas. Demoré en la garganta un suspiro y apreté los labios para contener los gemidos que me ahogaban, hasta que un intensísimo orgasmo me sacudió el cuerpo.

Tras aquella agradable extenuación, Álex se irguió y buscó con su miembro la entrada de mi vagina.

—Sube más el culo, Ankara —exigió—. O te lo subo yo.

Logré adoptar la posición que me pedía, con las piernas aún temblorosas por las fuertes convulsiones del recién liberado orgasmo, y le brindé mi cuerpo, que era suyo, para que lo usara a su antojo. Llevó las enormes manos hasta mi cintura, que la envolvían casi por entero, y la sujetó con fuerza para guiar mis movimientos. La primera embestida, suave y condescendiente, fue preparatoria. La segunda lo hundió completamente en mí. El dolor me inundó la garganta. Sin darme tiempo para reaccionar, me pellizcó con fuerza una nalga para después azotarla. Me retorcí sobre mí misma y lancé al aire un sollozo exasperado. Álex extendió los labios en una sonrisa maliciosa. Mis ojos, enterrados en la sábana de satén, solo me permitían ver el frenético ritmo que su sombra proyectaba en el centro de la cama. De nuevo, aquella espiral de dolor y placer me traspasaba el cuerpo con un sinfín de descargas eléctricas.

Cada vez que entraba en mí tiraba del lazo, primero suavemente; después, aumentando el impulso hasta doblegar

mi cabeza, mi cuerpo y, por supuesto, mi voluntad. Sus incesantes envites apenas me dejaban tiempo para tomar aire. Eran acometidas irreverentes, desvergonzadas, que no pedían permiso para entrar ni tenían prisa por salir.

—Este es el poder que tienes sobres mí, Ankara —me susurró al oído—. Mira cómo me pones, zorra.

Me sentía más complaciente que nunca, más usada que nunca, más perra que nunca, más sumisa que nunca, más suya que nunca, más yo que nunca. Las agudas punzadas, combinadas con la satisfacción de verme sometida de aquella manera a su voluntad, me sumían en una docilidad servicial hacia Álex. Hasta el último retazo de mi organismo se estremecía en el gozo más intenso, mientras el placer embargaba cada uno de mis recovecos.

Los muros de la habitación habían absorbido la mezcla invertibrada de sollozos, gemidos y jadeos que se alzaban de nuestras gargantas, mientras Álex hacía pleno uso del derecho que yo le había otorgado. Me usaba, me tomaba, me poseía como le apeteciera, como le placiera. Se sabía mi amo, mi dueño, mi señor. Porque lo era, y mi cuerpo respondía a esa noción acentuando su entrega y sometimiento.

—Arrástrame a la perdición, mi señor —susurré inconscientemente en pleno éxtasis.

—De acuerdo —afirmó Álex con un tono infinitamente oscuro—. De mi mano bajarás a los infiernos y ascenderás a

los cielos, Ankara. Te lo aseguro. —Se apartó con un suspiro de placer.

En la reserva de la estancia solo podía oír mi propio aliento, irregular y sobresaltado.

—Me haces ser perverso, vicioso, retorcido, mi *petit trésor* —susurró con voz sugerente en un momento en que me tenía ofrecida y expuesta a merced de sus caprichos—. Me gusta jugar con tu dolor..., con tu placer... —musitaba—. Humillarte, doblegarte, hacerte sentir que solo me perteneces a mí, que tu cuerpo es mío, que puedo usarlo según me plazca para satisfacer mis instintos. Tu placer es mío, Ankara, y tu dolor también. Tus gemidos, tus sollozos, tus lágrimas, tu risa... Absolutamente todo en ti me pertenece.

—Sí, mi señor... —murmuré en un estado de dulce abandono—. Gracias... Gracias por todo lo que me ofrece, por todo lo que me da y me hace sentir.

Apenas terminé de decir aquello, mis ojos se anegaron de lágrimas. Un halo de nobleza en Álex se levantó ante mí a través del purísimo azul de sus ojos. Sin mediar palabra, pues no había hueco para ello, se acercó unos pasos hasta donde me encontraba, aún vulnerable, aún indefensa, aún ofrecida. Cuando me alcanzó, buscó mi cuerpo y se fundió conmigo en un abrazo. Bastaron unos segundos a su abrigo para que mi alma se reconfortara. En aquel silencio, más poderoso e intenso que ningún sonido, derramé lágrimas de amor y felicidad.

Sentí en la piel el cálido aliento de Álex. Sus labios me acariciaron tibiamente los párpados, y su lengua lamió mi llanto como si tratara de cerrar una herida.

—Ya está, mi niña. Ya está —me consolaba con voz dulce—. Siempre estaré aquí, para lo que necesites. Siempre, mi fierecilla, mi *petit trésor*.

Aumentó la intensidad del abrazo, y creí deshacerme en pedazos bajo su ternura.

—¿Y esas lágrimas, Loane? —me preguntó—. ¿A qué se deben?

—A la alegría de tenerlo a mi lado y de saberlo mío. Por fin sé a quién pertenezco.

—A mí, siempre y desde siempre —afirmó.

—Desde siempre... —murmuré.

—¿Lloras de alegría?

—Sí —contesté con voz entrecortada.

Mi deseo había cobrado realidad de la mano de aquel hombre que el caprichoso azar o el inexorable destino había cruzado en mi vida. «Llorar de alegría», había respondido cuando, días atrás, Álex me preguntó por el deseo que tenía por cumplir. Llorar de alegría. Advirtió la grandeza del detalle y me estrechó con más fuerza contra sí.

—Gracias por ver en mí algo bueno —musitó.

Sonreí para mí.

Permanecemos unos minutos en silencio dentro del pequeño mundo de aquella habitación, escuchando el suave

murmullo de la vida que transcurría a nuestro alrededor.

## CAPÍTULO XXIV

Horas después, hacia las siete y media de la tarde, recibí una extraña llamada en el teléfono del despacho. Alguien que se identificaba como Carlos Prelado, sacerdote de la diócesis de Barcelona, solicitaba amablemente una entrevista con el pretexto de hacerme partícipe de cierta información confidencial acerca de una documentación apócrifa que conservaba la Iglesia sobre el osario de Jesucristo. Aunque fue una propuesta que no podía aceptar sin pensármelo dos veces, la turbación de los últimos días, la impaciencia por llegar al final del rompecabezas o, quizá, las prisas por terminar con todo aquello cuanto antes, me impidieron reflexionar, y accedí a visitarlo a la salida del trabajo en el viejo monasterio de un pueblo de las inmediaciones de Madrid, donde se alojaba provisionalmente.

Pensé que se trataba únicamente de una circunstancia afortunada, un golpe de suerte en recompensa por los esfuerzos de las últimas semanas.

Sin ceder el más elemental espacio a la duda, desoyendo la voz del sentido común y con una curiosidad insensata, salí

de la galería presa de los nervios y con un presentimiento relegado a la espalda, que ignoré imprudentemente en cuanto puse rumbo hacia el lugar del clandestino encuentro.

Esperé a la hora de la cita con una impaciencia febril, mirando el reloj de manera furtiva, persiguiendo con los ojos el recorrido del segundero y contando el tiempo que faltaba para el encuentro. Pero el barítono del tictac desfilaba con tediosa lentitud por una tarde indiferente y apática. Cuando finalmente emprendí el camino ya empezaba a declinar el sol, y a las nueve en punto se acercaba al horizonte. Entre dos luces, la sinuosidad de la carretera comarcal que habría de llevarme al monasterio cisterciense de Calatravas se presentaba difuminada por el resol. Una penumbra de película de terror lo cubría todo, anegando en su viscosidad el contorno del paisaje y bañando el horizonte con un hálito fantasmagórico.

El culebreo malicioso que dibujaba el camino y el destartalado revestimiento asfáltico me impedían pasar de unos desalentadores setenta kilómetros por hora. La impaciencia por llegar al monasterio salpicaba de exasperación los instantes en los que, estérilmente, pretendía pisar un poco más el acelerador. La parsimonia impuesta por la escabrosa carretera era toda una agonía.

El bosque que ceñía la calzada tenía un aspecto lóbrego y sombrío en una noche en que la luna se recordaba por su consumado abandono. El escenario, moteado de árboles



descarnados cuyas ramas esqueléticas se alzaban como mástiles espiando en susurros los secretos que escondía, parecía extenderse a lo largo de los interminables kilómetros de aquella carretera desierta y olvidada, y cargar el peso de un terrible suceso. Por espacio de unos segundos tuve una sensación escalofriante, una danza macabra que me atenazó el cuerpo en aquel paisaje desdibujado por la penumbra. La inquietud que manifestaba mi voz interior ganaba puestos a la indómita curiosidad que había provocado mi precipitada acción. La idea de dar media vuelta empezó a resultarme muy atractiva cuando el resplandor de Madrid se marchitó en la lejanía y el camino se convirtió en un pozo de sombras. Sin embargo, abandoné aquellos pensamientos agoreros que se cernían sobre mi cabeza con la idea de que igual al día siguiente, a esas mismas horas, el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles podría ser mío.

El día se había tornado frío e inhóspito cuando los primeros nubarrones, que apenas dejaban pasar el cálido aliento del sol del ocaso, precipitaron la llegada de la noche. Poco después, las nubes desembocaron en un diluvio que me envolvió en un manto de tinieblas.

La lluvia llegaba en ráfagas vertiginosas que los limpiaparabrisas ahuyentaban a duras penas, y el fuerte viento que arrastraba la tormenta golpeaba encarnizadamente el esqueleto de acero del Citroën C3 como una gigantesca mano invisible. El incesante sonido de los truenos

desgarraba el cielo a su paso, al tiempo que una infinidad de relámpagos galvanizaban el aire, convertidos en el único resquicio de luz capaz de arrancar retazos a la oscuridad de aquella noche impenetrable. La sensación era terrible.

De pronto, los faros emergentes de un coche situado detrás de mí me reclamaron, desviando mi atención de la estrepitosa tormenta que rugía en las entrañas del cielo para exigir que la dedicara a aquel destello que me desgarraba las pupilas. Miré por el retrovisor, y lo que distinguí con extrema dificultad como un BMW X5 negro brillante ocupaba el rectángulo por entero. El imponente vehículo se hallaba excesiva y peligrosamente cerca del mío. Para evitar una colisión, intenté interponer la distancia de seguridad entre nosotros con toda la velocidad que la tormenta, el asfalto y la tortuosa carretera me permitían; sin embargo, el otro coche parecía tener la clara intención de seguirme de cerca. Por segunda vez probé a adelantarme, pero fue un empeño a la par improductivo y frustrante.

Sentí entonces un escalofrío que me cortó la respiración.

Tras recorrer un par de kilómetros con el morro de aquel coche prácticamente adosado al parachoques, su hostigamiento dejó de ser una presunción para volverse un hecho definido y determinante. El vehículo cambió las luces de cruce por las largas, y la desorbitada iluminación me obligó desviar los espejos para no deslumbrarme. Pisé a fondo sin ser consciente siquiera de ello.

Cuando la consciencia del peligro se extendió por mi mente, los músculos ya me dolían, y aunque brevemente logré distanciarme de aquel vehículo, no tardó en colocarse de nuevo detrás de mí, inquisitivo, violento, con ahogados acelerones que se mezclaban con el sonido seco de los truenos, acercándose y alejándose con enérgicas acometidas. Me aferré con fuerza al volante, intentando mantener el control, pero me resultaba imposible mantenerme ante semejante acoso y derribo. Di varios bandazos que a punto estuvieron de hacerme salir de la carretera. Grité. De pronto, se amplificó en mi interior un extraño instinto de supervivencia que me hizo clavar el pie al acelerador. El rugido del motor rompió el silencio y la oscuridad, y consiguió arrancar unos metros a la excesiva proximidad de mi persecutor. Respiré aliviada.

Durante unos minutos interminables conduje a toda velocidad por la intrincada carretera que se abría ante mí, con la esperanza de dar con un desvío que me permitiera despistar al otro vehículo y desaparecer en el dédalo de maltrechos senderos que se descubrían en aquel bosque fantasmagórico. Pero apenas empezaba a pensar que había logrado alejarme cuando aquella amenaza se volvía a cernir sobre mí. El corazón me saltó en el pecho con un doloroso pellizco cuando la bestia de caucho y metal negro emprendió por segunda vez su vandálico ritual de asaltos. Presa del pánico, con la idea obsesiva de alejarme de algún modo,

aceleré de nuevo. Llevé los ojos al retrovisor interior, desde donde alcancé a ver el rosario de chispas que provocaba el roce de los coches en la oscuridad de aquella noche sin luna. Me estremecí ante el dantesco espectáculo.

El viento continuaba arremetiendo con furia. Los árboles parecían espectros tras la espesa cortina de lluvia, y la tormenta que se volcaba sobre el fondo tenebroso, lejos de amainar, arremetía incansable con toda su crudeza. Parecía la reprimenda de un Dios airado por haber desatendido al sentido común y haber aceptado indeliberadamente aquel encuentro tras la extraña llamada. Entendí entonces, quizá demasiado tarde, que acudir sola equivalía a un suicidio. Estaba sumida en estos pensamientos cuando de pronto, a la derecha, salió a mi encuentro un desvío. Sin atender al letrero que indicaba adónde me conduciría aquella bifurcación, reduje ligeramente la marcha y, sin pensármelo dos veces, tomé el itinerario señalado y me dirigí nerviosa a quién sabía dónde. Nada más desviarme, y con intención de que el coche no pudiera seguirme el rastro, apague los faros.

La carretera comarcal era más siniestra si cabía, rodeada igualmente de una hilera de árboles de aspecto atormentado y apenas definida por las líneas de demarcación, imperceptibles al carecer de alumbrado. Me resultaba prácticamente imposible mantener la estabilidad del coche en el deteriorado asfalto mientras me abría paso por el macabro paisaje en mi huida descontrolada. Miré al frente:

el camino se extendía absurdo y angustioso como un callejón sin salida, sumido en las desesperantes sombras. Enderezar el vehículo era una tarea ridícula y desalentadora, casi cómica. Las fuertes rachas de viento lanzaban la lluvia contra las ventanillas, obstaculizándome la visibilidad y zarandeando el coche como si fuera de hojalata.

Cuando podía echaba un vistazo por el retrovisor. A una distancia nada prudencial, los imponentes faros de fuego del BMW X5 negro reverberaban con su demoniaca mirada artificial en lo alto de una aguda rasante, haciendo tangible su sombra amenazadora sobre aquel horizonte sin color que se me antojaba demasiado inmediato. Miré aturdida a mi alrededor. El tenebroso entorno parecía no tener un fin próximo, y mi coche se desplazaba bajo la densa cortina de lluvia a lo largo de la maltrecha carretera, atravesando las enormes balsas que el agua había formado en el pavimento.

De repente sentí un golpe que me hundió el pecho contra el volante. Giré la cabeza como pude. La enorme amenaza de acero emergía de la distancia con energías renovadas, como una serpenteante lengua de fuego bajo los rescoldos de una hoguera, cerniendo su letal majestuosidad sobre mi desdichada suerte.

Los asaltos se sucedían con creciente generosidad y violencia sobre el asfalto mojado. El roce de las chapas al colisionar era estridente y me traspasaba el cerebro como un eco pernicioso y avasallador. Vivía una escena que parecía

sacada de una película de terror. Sin duda, la realidad aventajaba a la ficción en aquel paraje de árboles espectrales y perpetua penumbra.

Nuevamente hundí el pie en el acelerador, haciendo crujir los neumáticos contra la carretera sin reparar en socavones ni en charcos. El sonido pasado de revoluciones de los setenta caballos de mi Citroën C3 me erizó el vello, pero continué avanzando con determinación en la oscuridad de la noche. Entonces, el BMW se dispuso a adelantarme, aunque supuse que esa nueva maniobra estaría muy lejos de ser una retirada. Aceleré hasta que el motor lanzó un rugido envuelto en metal y agonía. Situados en paralelo en la calzada, las embestidas llegaron lateralmente. Mientras el terror se derramaba por mis pupilas, giré la cabeza para ver por la ventanilla el rostro de mi asaltante.

Para mi sorpresa, había dos individuos en el vehículo, aunque la fugaz luz que desprendían los relámpagos apenas insinuaba el contorno del copiloto. De unos cuarenta años, era un hombre de calvicie inminente, con aspecto mortecino y ojos maquiavélicos. La ruindad que arrastraba su sonrisa lobuna cuando nuestras miradas se cruzaron, y la certeza de la amenaza que se presentaba en el fondo de sus ojos, me hicieron estremecer de espanto. Después de aquella visión espectral, el rostro digno de un sicario de Satán permanecería imborrable en mis retinas.

Aturdida por la impotencia ante la extrema situación a que me arrastraba aquel monstruo, y en medio de la absurda realidad que se abatía sobre mí, sufrí una suerte de lucidez huidiza que disipó con ironía la parte de mis pensamientos que confiaba en salir indemne de aquello.

La última acometida, la más fuerte de cuantas me había lanzado aquella máquina de matar y que tenía pretensiones de ser la decisiva, me sacó violentamente de la carretera a una velocidad de vértigo. Frené por instinto, intentando fútilmente evitar lo inevitable. Noté como el volante se rebelaba contra mis manos y perdí el mando del vehículo. Salté la mediana, llevándome por delante matorrales y piedras, entre el chirrido de la chapa y una polvareda de chispas. Antes siquiera de formular pensamiento alguno o adquirir trágica conciencia de lo que iba a suceder, me empotré contra un enorme árbol. Aún vislumbraba, bajo el estallido de los cristales y la luz sesgada de una luna que comenzaba a asomar a la noche, el furioso rojo de los faros traseros de aquel monstruo, cuando sentí resquebrajarse todas mis vértebras, una por una. Un grito trepó hasta mi garganta. Se cortó en seco.

Abrí los ojos en el momento en que el estrépito de un trueno hendía el silencio de la noche. Su ensordecedor sonido me devoró el sistema nervioso como una colonia de

termitas. Parpadeé varias veces seguidas, al tiempo que mis ojos se movían incesantes de un lado a otro, ansiando ver cualquier cosa que no fuera el gigantesco cepo de hierro que me tenía inmovilizada. A mi alrededor se extendía un paisaje oscuro, desdibujado por las sombras, en el que los contornos se habían vuelto más imprecisos y fantasmagóricos si cabe. Una gélida sensación de miedo me rasgó los nervios. Estaba aterrorizada. La confusión bañaba cualquier coherencia que pudiera quedarme. Tomé conciencia de mi respiración entrecortada y violenta en el instante en que el aliento del trueno se perdía en algún lugar lejano del cielo.

Intenté tranquilizarme. Estaba viva. A pesar del fortísimo impacto que había recibido, estaba viva. Por instinto, mi mente empezó a buscar el modo de salir del herrumbroso amasijo que oprimía mi cuerpo. Comencé a tener sensaciones más precisas de mi estado bajo aquella enorme telaraña negra y gris que habían tejido las nubes, y que se apreciaba a través de la ventanilla rota. Probé a moverme, pero estaba entumecida. En un nuevo intento noté que una esquirla de chapa me desgarraba la pierna. Sin atreverme a gritar, luché contra el dolor que me causó aquella tentativa. Volví a intentarlo, y el afilado metal profundizó unos centímetros en el músculo, despedazándolo a su paso. Contuve la respiración en el fondo de los pulmones.

La sensación de carne desgarrada me hizo apretar los dientes, en un intento desesperado por mitigar la quemazón



que me recorría de principio a fin. El contacto con el frío metal me inspiró una idea suicida que rechacé de inmediato. Me estremecí cuando mi cerebro registró el macabro pensamiento. Rompí a llorar.

Desde muy cerca irrumpió en mi mente la voz de la conciencia, que me recriminaba la tremenda imprudencia con que había reaccionado a aquella extraña llamada, haciendo oídos sordos a toda cautela. Me recriminé la irresponsabilidad de haber supuesto que iba a recomponer las piezas del rompecabezas de una manera sencilla, sin más, tras el prometedor reclamo de un desconocido. Cegada por lograrlo, no había pensado en ningún momento en las posibles consecuencias ni había tomado precauciones. Estaba demasiado emocionada para vislumbrar el peligro. De repente recibí el impacto de mi propia sensatez al comprender que me había comportado como una estúpida crédula, tentando demasiado a la suerte, y sentí una oleada de cordura que llegaba demasiado tarde.

Un espeso silencio gravitaba sobre mi cabeza como una losa fúnebre, avivando mis torturados nervios, mientras la chapa arrugada del coche gemía a mi alrededor. Estaba aterrada. Del letargo de aquellos juicios precipitados me sacó un dolor irritante que me taladraba el cráneo, y el calor que irradiaba el hilo de sangre que desde hacía un rato me bajaba por la sien. Me palpé cuidadosamente la frente con dedos temblorosos. La hemorragia que brotaba de ella, y que

comenzaba a empapar mi camisa, me hizo presumir que tenía un profundo corte en la cabeza. Me zumbaban los oídos, ahogando, gracias a Dios, los crujidos que emergían macabramente de la ensambladura de hierro aplastada, y el corazón seguía desbocado de terror. Quise llorar, pero no me quedaban fuerzas. Me ardían los ojos. Acabé por aborrecer el único sonido que oía en esos momentos junto con el crepitar del acero: mi fuerte respiración. De pronto sentí, con ineludible certeza, que iba a morir de aquella forma tan espantosa.

La voz acusatoria que censuraba mi temeridad se había debilitado hasta convertirse en un susurro amargo. Solo el silencio de la noche anidaba en mi pecho, tan doloroso y corrosivo como la tristeza. Una debilitada tormenta daba sus últimos coletazos en un cielo cubierto aún por un manto de tinieblas cuando advertí que el destemple empezaba a adormecerme. Me moví ligeramente y me obligué a pensar, y a mi mente acudió la imagen de Álex. Tenía que llamarlo y avisarlo de lo que había ocurrido, para que acudiera a por mí. Giré la cabeza con precaución para buscar el bolso, enterrado en el asiento del copiloto bajo el cristal hecho añicos de la ventanilla. Alargué el brazo derecho y, como pude, abrí la cremallera. Durante unos segundos que me parecieron eternos tanteé su interior, hasta que mis dedos dieron finalmente con el teléfono móvil. Con la vista velada por las lágrimas y la mano estremecida de dolor, busqué su

número, que por fortuna figuraba entre los primeros del registro de llamadas. El cuerpo me temblaba compulsivamente. Cuando, con poco tino, intentaba apretar las teclas, me sentí asaltada por un espasmo de debilidad, una convulsión fría que me hizo renunciar a las pocas fuerzas con que contaba. Apenas me quedaba sensibilidad en las yemas de los dedos cuando pulsé el botón de llamada, aunque el zumbido que sentía en los oídos, semejante al revoloteo de todo un enjambre de avispas, no me dejaba oír los tonos.

—Mi niña —saludó efusivamente Álex cuando descolgó. Mi silencio se prolongó demasiado—. ¿Te pasa algo?

Fue una pregunta instintiva, con una incipiente ansiedad en la frecuencia.

—Álex... —susurré con un hilo de voz.

—Loane, ¿dónde estás? —dijo preocupado.

—No lo sé —respondí entre sollozos—. No lo sé...

Mientras intentaba sacar fuerzas de flaqueza para poder contarle lo sucedido y el estado en que me encontraba, noté que mi cuerpo se cubría de un sudor gélido.

—Loane —repitió—, ¿cómo que no lo sabes?

—Me he estrellado con el coche —expuse al fin, con la voz amortiguada por el dolor.

Álex masculló una maldición.

El tiempo quedó suspendido al otro lado del teléfono. Aunque procuré a toda costa que mi voz no delatase la menor

angustia, me temblaba. Fue entonces cuando me pareció oír los fuertes latidos del corazón de Álex entre las interferencias que apenas dejaban hueco para la conversación.

—¿Un accidente?

—Pero estoy bien —añadí, intentando aparentar normalidad. La frase salió sin demasiada convicción de mi boca.

—Loane, por favor, necesito saber dónde estás para ir a buscarte. ¿Adónde ibas? —me interrogó, preso de la impaciencia.

Intenté tranquilizarme. Cerré fuertemente los ojos y rechacé con vehemencia las lágrimas que luchaban por salir, mientras intentaba oír a Álex por encima del zumbido de los oídos.

—Iba... —Mi voz se entrecortaba—. Iba al monasterio de Calatravas. Esta tarde he recibido una llamada... Iban a facilitarme información sobre la Alianza... Por el camino, un coche se ha puesto a perseguirme y al final me ha echado de la carretera.

—¿Qué estás diciendo?!

—No puedo moverme —dije con exasperación—. No puedo salir del coche...

Las palabras salieron atropelladamente de mis labios, empujadas por la prisa y el miedo. Una parte de mi mente intentaba tranquilizarse, sin conseguirlo.

—No te preocupes, mi niña —me animó desde el teléfono—. Voy a por ti. Nada malo va a pasarte, mi *petit trésor*. Te lo prometo. Ahora háblame, Loane, háblame para que pueda oír tu voz, para que pueda sentir que estás ahí.

De repente noté en el pecho una sensación de opresión intolerable. El volante me aplastaba inflexiblemente los pulmones, impidiéndome respirar. Las palabras de Álex comenzaron a formar un murmullo incoherente en mi cabeza.

—¡Me ahogo! —exclamé súbitamente.

Esperé un momento a recobrar el aliento e intenté cambiar de postura para aliviar la asfixia, pero lo único que conseguí fue agudizarla. La simple inhalación y exhalación de aire se convirtió en un tortuoso ejercicio, que me martirizaba en su afán por recordarme la lamentable situación en que me hallaba. Me sentía abrumada por la impotencia.

—¡Loane, Loane! —gritaba Álex.

Mi garganta balbuceaba sonidos ininteligibles que apenas alcanzaban los labios. Luchaba desesperada y tensa por hacerme entender, por explicarle lo ocurrido a Álex, pero me era imposible.

—¡Loane, háblame! —continuaba exclamando—. ¡Háblame, mi niña! ¡No te duermas, mi *petit trésor*! —me imploraba—. ¡Por favor, no te duermas! ¡No te quedes callada, por favor!

Los ojos, irritados por las lágrimas contenidas, me ardían en el fondo de las cuencas. El sudor me perlaba la frente.

Sentí poco a poco como el dolor invadía mi cuerpo, crecía y se prolongaba, apoderándose de cada uno de mis órganos como una marea negra que emponzoñara la carne y carcomiera las fibras nerviosas hasta la frontera de lo tolerable. Había llegado casi al límite de mis fuerzas físicas, al cupo de mi sufrimiento, y nadie podía socorrerme en aquel inhóspito lugar que olía a hierro y a madera quemada, y que sepultaba mis sollozos bajo la telaraña de chatarra en que se había convertido mi coche. No obstante, logré paliar el temblor; el entumecimiento que ascendía por mis piernas prometía un rápido alivio de los dolores.

—¡Loane! —seguía gritando Álex—. ¡Loane, por favor! Cuéntame lo que harás cuando te lleve a conocer Ankara. Cuéntamelo, vamos... Cuando pasees por sus calles cogida de mi mano, cuando visites sus mezquitas, sus monumentos, sus museos... Cuando huelas la tradición, la cultura; cuando contemples el colorido mosaico de los tapices y las sedas con la preciosidad de tus ojos negros. Mi niña, háblame... Recuerda que tenemos que ver juntos *La Traviata*; ¿quieres que te lleve a verla? Dime, Loane... Háblame, por favor...

De repente, el silencio cayó densamente sobre mí, conteniendo la noche en su vacío, y con él, una oscuridad líquida me engulló entre sus fauces, inmisericorde. No supe si la comunicación se había cortado en el instante en que el teléfono móvil se me cayó de las manos; solo sabía que ya no oía la voz desesperada de Álex. Ya no había palabras, ni

murmullos. El eco de sus desalentadas exclamaciones no resonaba ya en mi cabeza. Sus palabras de aliento, si proseguían, no alcanzaban mis oídos, ahogados por el dolor. El viento había dejado de aullar mientras el coche sacudía su descompuesto armazón metálico a mi alrededor. Mis sollozos se iban haciendo cada vez más débiles.

Las últimas gotas de la lluvia que amainaba golpeaban tímidamente mis mejillas, atravesando las ventanillas rotas para fundirse con las lágrimas y la sangre. Aquella dantesca mezcla resbalaba como una burla por la piel de mi rostro. Pese a la rigidez de los músculos y el castañeteo de los dientes, intenté tragar saliva, pero tenía la boca seca y pastosa. Advertí aliviada que el zumbido de la cabeza se había acallado. No sentía dolor; únicamente, un frío que no me permitía moverme.

El olor de la humedad se me hacía insoportable, acompañado de un hedor de flores secas, tumba y muerte, en mitad de unas sombras que parecían haberse espesado más aún. Luché contra las náuseas y retuve la respiración en la garganta unos segundos. La realidad era un delirio sin fronteras, donde lo irracional tomaba forma tangible en cuestión de minutos bajo el tenue resplandor de un cielo agrietado. Atea por convicción, en algún momento me entregué a los rezos que había aprendido de niña y supliqué el auxilio de Dios, implorando al cielo por su eterna misericordia. Le rogaba que se apiadase de mí y no me

dejase morir allí, en medio de una soledad indefinible y dantesca.

Parpadeé lentamente, adormecida, cediendo a la pesadez de los ojos y resuelta a que la vida me abandonase. Mi mirada se cerró, y en ese instante, el tiempo se detuvo para mí. Las lágrimas acumuladas resbalaron lánguidamente por mis mejillas. Aún aprecié su delicado descenso por la piel antes de que una oleada de bienestar me envolviera, adentrándose hasta el mismo centro de mi ser. Dejé de ofrecer resistencia al sueño y me acuné entonando mentalmente letanías a la Virgen. La muerte, antes imprecisa y remota, me parecía de pronto muy cercana.

En medio de la densa negrura y del tamborileo de la lluvia que golpeaba contra la hojalata, el tiempo se agotaba inapelable y cedía lugar a la letárgica calma que se presenta tras la tempestad. Con las sombras de la noche y la súbita interrupción de la tormenta, parecía que el manto de la muerte hubiera descendido para cubrir mi frágil figura, enredada en el amasijo de chapa que había formado la estructura de mi Citroën C3. Entre suspiros de dolor y rumores de plegarias, me fui apagando lentamente, con pequeños e inapreciables temblores. Entonces, los sonidos que me rodeaban fueron debilitándose poco a poco en mis oídos hasta desaparecer. Solo quedaron el silencio y la oscuridad.



## CAPÍTULO XXV

No sabría decir cuánto tiempo estuve sola en aquel lúgubre lugar, silencioso y apartado de todo, mientras la serena lluvia vapuleaba mi cuerpo atrapado en esa prisión de acero, caucho y cristales rotos. Cuando desperté de mi letargo, el miércoles por la mañana, habían pasado cinco días desde la colisión. El tiempo, insensible, había seguido transcurriendo a mi alrededor.

Tras abrir los ojos moví la cabeza a ambos lados, desconcertada, para ver dónde me encontraba. Estaba despierta, o eso creía, aunque cierto aturdimiento me tenía todavía en su poder. A medida que mis pupilas se fueron adaptando a los infinitos puntos de luz que proyectaba el sol y que atravesaban la habitación de lado a lado, escruté la estancia a través de unos ojos entornados, que iban descubriendo poco a poco los contornos, hasta que en mi campo de visión, a los pies de la cama hospitalaria en la que descansaba, apareció la figura de Álex, que me miraba bajo el registro expresivo de la desolación más precisa que podía dibujar su rostro. Me recorrió un estremecimiento de alivio. Sonreí ligeramente al observar la preocupación que asomaba

en su profunda mirada azul. Sus facciones, demacradas y envejecidas por lo que presumí varias noches de insomnio y pesimismo, me devolvieron el gesto. La inquietud de esos últimos días, a la espera de que mejorase mi salud, había hecho estragos en el atractivo rostro de Alexander Vanderbilt.

—Mi niña... —dijo mientras se acercaba al lateral de la cama.

Alargó la mano para acariciarme las mejillas, mientras sus labios besaban mi frente con suavidad. Esboqué un amago de sonrisa para tranquilizarlo. Su semblante se había vuelto serio cuando se incorporó de nuevo. De repente, una voz se abrió paso en mi conciencia para recordarme mi estupidez.

—Lo siento —señalé casi sin fuerza en la voz—. Lo siento muchísimo.

Se produjo un silencio incómodo que se extendió por toda la habitación y que acogió la mirada rígida y sombría de Álex sobre unas pronunciadas ojeras de color violáceo. Mis pulmones ya respiraban trabajosamente al advertir el reproche que asomaba a la claridad de sus ojos. Cuando cobré conciencia de la gravedad de mi acción, inspiré profundamente y luché contra las lágrimas que anunciaban su inminente presencia. Titubeé unos instantes en busca de alguna explicación que no hiciera caer sobre mí toda su decepción, hasta que, a falta de una justificación razonable, de nuevo elevé una escuálida disculpa.

—Lo siento —repetí angustiada.

La severidad de su rostro se disolvió en lo que parecía una ligera sonrisa de ternura, una mueca lenta, casi involuntaria. Pero su mirada inflexible, cargada de reproche y tristeza, seguía contribuyendo a aumentar mis remordimientos. Me sentí estúpida. Quería decir algo más, pero no logré ordenar mis ideas con suficiente rapidez.

—Descansa —dijo con obligada amabilidad.

Después se limitó a mover la cabeza con un mohín pesimista en el rostro.

—Solo quería acabar con todo esto... —me esforzaba por explicarle, hundiéndome en un remolino de palabras.

—Descansa, Loane —me interrumpió con voz sosegada—. Ya hablaremos —añadió en tono de indulgente censura.

Sonreí débilmente, quizá solo para disculparme otra vez.

Me dormí mientras su mano me acariciaba el pelo. Sentía el roce de sus dedos en la cabeza, y lo miré en silencio mientras se sentaba junto a la cama.

Me desperté dos horas después tras un sueño inquieto y febril, compuesto de retazos de pesadillas y visiones dantescas que habían adoptado forma de delirio. Por mi mente desfilaba un cortejo interminable de espeluznantes imágenes que acudían desde la oscuridad, para instarme a recordar el accidente una y otra vez, y que se resistían a

desaparecer. Todavía tenía alojado en el fondo de los oídos el eco de los truenos secos que rompían la calma de la noche. No podía sacarme de la cabeza el chirrido del metal ni mis gritos angustiados.

Cuando de nuevo abrí los ojos al mundo, un haz de radiantes rayos de sol se filtraba con insistencia por la ventana abierta, insinuando el magnífico día que hacía en el exterior. Al menos para mí, el sol jamás había brillado con tanta intensidad como en esos momentos. Giré la cabeza hacia el lado contrario, buscando a Álex. Se hallaba sentado en un incómodo sillón de polipiel azul, emplazado a un lado de la cama, y me contemplaba con intensidad. Reflexivo y paciente. Su emoción se manifestaba a través de esos largos silencios que amparaban siempre sus pensamientos, hasta que se incorporó, tomó mi mano, se la llevó a los labios y la besó.

—¿Has descansado? —me preguntó.

Afirmé con la cabeza, mientras volvía a sentir una punzada de remordimiento.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada.

Las cejas de Álex se alzaron a modo de interrogación; inquisitivas, reprobatorias. Me miró con una crítica en los ojos que habría podido fulminar un edificio entero. Su mirada cayó sobre mí como un latigazo, y solo me dio pie a contener una sonrisa ligera y amarga entre los labios.

—Lo siento muchísimo.

Definitivamente, me resultaba imposible decir otra cosa, pero incluso las disculpas parecían inadecuadas, vista su expresión. Se quedó mirándome un largo rato sin decir nada, de pie, haciendo un enorme esfuerzo por mantener la calma, mientras yo, rodeada de monitores y cables que parecían tener la única función de mantenerme inmóvil, apenas me atrevía a apartar los ojos del techo.

—No quiero oír una sola palabra.

—Álex, no... —logré murmurar, con la voz entonada por las lágrimas.

—¿Cómo es posible que continúes obstinada en evitar que te proteja? —dijo con semblante pétreo.

—Solo quería...

Mis palabras se interrumpieron en un sollozo.

—¿Te das cuenta de lo qué podría haber sucedido? —me cortó con aspereza.

Su voz sonaba solemne y rigurosa. Durante unos instantes capté la dureza que dejó asomar deliberadamente a sus clarísimos ojos. Se apartó de la cama y comenzó a pasear de un lado a otro con impaciencia, recorriendo de manera incesante el reducido espacio de la habitación como un animal enjaulado. Seguí sus movimientos con los ojos vidriosos, tratando de expresar humildemente mi arrepentimiento y confiando en que se calmara. De pronto se volvió hacia mí y me miró muy serio. Quise decirle varias

cosas, pero ninguna me pareció apropiada. Le devolví la mirada como pude, mientras sus ojos azules me despedazaban.

—No me mires con esos ojillos —me reprochó—. A mí no me engañas. ¿Eres consciente de que te podía haber perdido, Loane? ¡Joder!

—Lo sé —respondí.

—¡No, no lo sabes! —exclamó—. ¿Crees que mi preocupación por ti es excesiva? ¿Crees que es simplemente el capricho de tenerte controlada, y nada más? ¿Crees que mi desvelo por ti no tiene fundamento? Me imagino perfectamente aquel coche... acechándote, embistiéndote una y otra vez bajo la tormenta... A esos hijos de puta... —Apretó los dientes con vehemencia—. ¿Te das cuenta de que habrías corrido un riesgo nulo si tan solo me hubieras hecho partícipe de esa llamada?

Sus palabras de recriminación ardían incandescentes en mi cabeza. Aquella imprudencia me había hecho acreedora de todo su enfado.

—Lo siento, Álex —repetí, a punto de llorar—. De verdad que lo siento...

Me miró con gesto de desaprobación, haciendo oídos sordos a mis disculpas. La expresión que reflejaba su rostro me hizo callar de golpe. Simplemente alcancé a balbucear, avergonzada, lo que podía traducirse como una declaración

de mi propia insensatez. Las lágrimas me hicieron un nudo en la garganta.

—Es que no basta con que lo sientas, Loane —me recriminó con autoridad—. No basta con que te arrepientas. Has de hacer propósito de la enmienda. Has de dejar que te cuide. ¿Tan difícil te resulta entenderlo? ¿Cuándo querrás darte cuenta de que eres mi responsabilidad? ¡Han estado a punto de matarte! —Su tono fue elevándose mientras hablaba—. Y lo habrían conseguido, de no ser porque la ambulancia que llamé llegó a tiempo.

Lanzó un resoplido malhumorado al aire. Se detuvo en seco y me miró. En sus ojos había un destello de angustia.

—Me perteneces, Loane, y tengo que proteger lo que es mío.

Después de aquella avalancha de palabras expresadas en claro tono de reproche, rompí a llorar.

—¿En qué estabas pensando al acudir a una cita que, de antemano, se veía que era una trampa? —me preguntó en tono de disgusto.

Aguardó un instante a que hablase. Sin embargo, estaba demasiado poseído por la rabia como para escucharme.

—¡Joder, parece que hayas perdido el juicio! —estalló—. ¡Nunca he conocido a una persona con menos sentido del peligro que tú!

Fríamente, dio media vuelta y cruzó la habitación con grandes zancadas, seguido por su imponente sombra. Frente

a la ventana, con las manos a la espalda, contempló la impresionante geometría que perfilaba la ciudad en el horizonte. En lo alto de los edificios, el sol brillaba con colores ocres. Después se volvió. Su figura quedó delante de mí, a contraluz, mirándome sin deshacerse en ningún momento de aquella expresión de dureza.

—¿Eres incapaz de actuar de forma responsable? —dijo concluyente. Me sentía culpable y apesadumbrada. Mi corazón latía apresuradamente, desconsolado por el enfado y los reproches plenamente justificados de Álex, y por la posible decepción que mi imprudencia le hubiera podido causar. Más que nada, eso me apenaba de forma dolorosa.

—No lo pensé —afirmé—. Esa llamada me hizo reaccionar sin más —intentaba justificarme—. Quería juntar las piezas del rompecabezas. Completar el enigma. Que te sintieras orgulloso de mí —dije entre lágrimas.

Álex no parecía dispuesto a querer escuchar mi vaga argumentación. Al acudir sola a aquella cita había puesto de manifiesto la osadía de los insensatos, que a veces se confunde con el valor.

—¡Ya estoy orgulloso de ti! —exclamó, girándose bruscamente y alzando las manos.

—Sé que solo a una idiota como yo se le habría ocurrido acudir a ese encuentro —apunté con el corazón oprimido.

—No, Loane, no eres ninguna idiota, pero desde luego, tu acción ha sido demasiado temeraria e irreflexiva —observó



sentencioso, a la vez que me miraba con una expresión entre tiránica y amorosa—. Por el amor de Dios, tienes que tener cuidado.

Lo miré buscando su absolución. A través de unos ojos aún empañados por las lágrimas escudriñé su rostro; la tensión parecía empezar a disiparse lentamente de las líneas que daban forma a sus contundentes facciones. Aunque continuó mirándome fijamente con una disconformidad que se hacía patente en el hermetismo de su expresión, parte de su furia había desaparecido, y sus labios esbozaron de pronto una sonrisa cargada de resignación ante mi insensatez. Ladeé la cabeza, recostando el rostro en la almohada, y bajé los ojos mientras mis lágrimas expiaran la pena que llevaba dentro. Álex se acercó hasta mí con paso regio, me incorporó con cuidado y me abrazó intensamente durante un largo rato.

—Nunca más vuelvas a darme un susto así —dijo finalmente—. Nunca. ¿Me has oído? La próxima vez no te lo perdonaré, Loane. Me aterroriza la idea de perderte.

Hundí el rostro en su pecho, sollozando aliviada, mientras él me abrazaba con actitud protectora.

## CAPÍTULO XXVI

Aquel fatídico accidente me dejó la pierna izquierda y varias costillas fracturadas, por no mencionar las múltiples contusiones, heridas y magulladuras que presentaba mi cuerpo. Tenía una larga convalecencia por delante. Durante los cinco días siguientes al rescate, en los que me habían mantenido sedada, me practicaron varias intervenciones quirúrgicas complejas y de larga duración. Según me explicaron el traumatólogo y el neurólogo, no tenía fuerza en las piernas debido a que había sufrido graves daños en una vértebra lumbar, lo que me había tenido interminables horas en la mesa de operaciones.

Álex había llegado un poco antes que la ambulancia y había hallado mi cuerpo malherido bajo el azote de la lluvia y el viento, casi una hora después de mi llamada. Me encontró justo en ese momento en que la muerte ya gana, a bocados, terreno a la vida, y comienza a instalarse a sus anchas con el propósito de acomodarse para toda la eternidad. Sin embargo, su oportuno auxilio lo impidió. Nadie muere en vísperas, y yo tenía todavía mucha guerra que darle.

Pasé dos semanas ingresada en el Hospital Clínico de Madrid y, tras recibir el alta, tuve que guardar reposo durante los cuarenta días que tardaron en sanar las costillas y el fémur izquierdo. Acaté aquel asueto forzoso con una estoica sobredosis de resignación. Fueron varias las veces, sobre todo al final del interminable periodo de recuperación, en las que me asaltó el impulso de romper el obligado reposo; sin embargo, rechazaba la tentación en cuanto adquiría conciencia de la responsabilidad que me correspondía asumir por lo ocurrido, es decir, toda.

Álex me veló cada uno de los días y las noches que pasé convaleciente. Se volcaba en atenciones para conmigo, con una dedicación manifiesta. Todo eran sonrisas y complacencia. Nunca estaba demasiado atareado para escuchar alguna de mis desvencijadas quejas, ni tan agotado como para no levantarse en plena noche a atender cualquier eventualidad. Yo recibía con admiración y gratitud sus atenciones y cuidados, y le mostraba siempre la sonrisa tierna y cariñosa de una niña a la cual se consiente un capricho.

Como consecuencia de este suceso tuvimos que aplazar el viaje a Rennes-le-Château. Aquello supuso un revés en nuestros planes, una demora a la que me doblegué a regañadientes. No obstante, intenté aprovechar el obligado alto para hacer un concienzudo y meticuloso repaso de toda la información que había recabado sobre la Alianza de los

Siete Arcángeles desde que emprendí mis pesquisas, allá por principios de agosto.

En medio de la permanente efervescencia de pensamientos en que me encontraba conjeturé a conciencia, rebatí hipótesis que empezaba a fraguar, maduré algunas ideas y rechacé otras que carecían de argumentación, y me documenté y reflexioné sobre todo aquel asunto que se había alargado durante más de dos mil años. Ocasionalmente, cuando no estaba sumergida entre cábalas y suposiciones, observaba a Álex, con rostro de intelectual atormentado, enfrascado con apasionado interés en alguna lectura de Lord Byron, Alexánder Pushkin o Novalis. Estudiaba su mirada confiada, reverenciando la naturalidad de sus gestos, mientras disfrutaba de su inestimable compañía. Cuando me descubría reparando en él, le sonreía con timidez y complicidad. El cruce de nuestras miradas cedía paso a un silencio en el cual cabía todo lo que no sabíamos expresar con palabras, y que preferíamos que permaneciera en un estado indefinido. De igual forma, algunas veces recapacitaba sobre el sacrificio que habría representado renunciar a la oportunidad de descubrir el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles y, peor aún, renunciar a la oportunidad de estar al lado del misterioso Alexander Vanderbilt. Ya desde un principio, él había sido la intención principal a la que se supeditó mi decisión de aceptar tan extraordinario encargo. Ahora podía reconocerlo.

En la lluviosa mañana de aquel martes otoñal, sola en el apartotel de Álex, en silencio, cuando las ideas y las intuiciones encuentran el camino perfecto para emerger, tuve una suerte de epifanía respecto a una idea que había comenzado a merodear por mi cabeza a raíz de la lectura, la tarde anterior, de la reseña de un libro publicado recientemente, que empleaba como base argumental el estudio geométrico de determinados lugares. Venía a exponer que la unión de varios puntos equidistantes formaba diversas figuras geométricas cuyo punto central resultaba de gran interés, bien por su significado mágico o enigmático, bien como indicador de un lugar específico. Mi mente se aceleró de pronto. «Como indicador de un lugar específico». De nuevo, datos, imágenes y referencias se agolpaban en mi cabeza hasta que, finalmente, un pensamiento se abrió paso por el conglomerado. ¿Y si la unión de varios puntos convergentes, el centro de alguna figura geométrica, indicaba el emplazamiento exacto de la tumba de Jesús? Empecé a tener una idea bastante precisa. Inmediatamente busqué en Internet mapas comarcales y locales de Rennes-le-Château y sus alrededores, y me puse a trazar líneas, unir puntos y conectar lugares, sin hallar en un principio lógica alguna, aunque perseveraré en el intento. Me apoyé en los conocimientos que poseía Álex sobre el lugar y en quienes afirmaban, como pude leer después, que la aldea se encuentra en el centro de un fuerte nudo de energía telúrica.

Por su parte, Álex recordó que en los largos paseos que daba con su padre le llamaba la atención un menhir que se alzaba al sudeste de Rennes-les-Bains, una pequeña localidad cercana a Rennes-le-Château.

—¿Un menhir? —pregunté extrañada cuando me lo comentó.

—Sí, el único de la región.

—Muchos menhires son construcciones funerarias —dije—. A sus pies se encuentran con frecuencia restos humanos. ¿Significará algo?

—Lo dudo —señaló Álex—. Aunque no sería la primera vez que la religión cristiana tomara elementos o símbolos originarios de otras creencias, los menhires son de la época neolítica. Fue siglos después cuando Europa cristianizó los megalitos para darles la forma de cruces —puntualizó en un tono didáctico.

—Tienes razón —señalé.

La sombra de una sagaz sonrisa desfiló por mis labios.

—¿Pero...? —apostilló Álex, intuyendo que todavía divagaba algo por mi cabeza.

—No sé —respondí en tono neutro, encogiéndome de hombros—. Aún no sé qué razonamiento se oculta tras eso, pero sé que tomará forma.

—¿Una intuición, Loane?

Moví la cabeza en gesto afirmativo.

—¿Y si se le hubiera dado el fin que dices?

—¿Crees que los restos mortales de Jesús pueden estar en la base del menhir de Rennes-les-Bains?

—Puede..., pero no es eso lo que pienso exactamente —dije dubitativa—. Más bien creo que se pudo utilizar como punto de referencia junto con otros lugares.

—Parece un argumento más razonable —dijo Álex.

—Pero tiene que haber algo más —añadí.

Álex se llevó la mano a la mandíbula y la frotó meditabundo.

—Mi padre me comentó en alguna ocasión que el menhir de Rennes-le-Bains poseía una alineación perfecta con el meridiano de París.

Entorné los ojos. Aun con la pierna escayolada, cogí las muletas, me levanté del sofá y me acerqué al ordenador, que estaba encendido en la mesa del salón, para buscar en Internet las coordenadas geográficas de los dos lugares. Me quedé perpleja cuando comprobé lo que Álex había apuntado. La longitud coincidía, ya que no la latitud. No obstante, mi costumbre de ir más allá me impedía quedarme con lo que saltaba a simple vista.

—¿Ocurre algo? —me preguntó Álex al observar la expresión que blandía mi rostro.

—Ven a ver esto —le pedí con aire de misterio.

Cuando se acercó giré el ordenador para que viera con claridad lo que quería mostrarle.

—Fíjate. —Señalé la pantalla—. Las coordenadas del meridiano de París son  $2^{\circ} 20' 14,025''$  este —comencé a explicarle—. Las de Rennes-les-Bains no difieren apenas:  $2^{\circ} 19' 11''$ , lo cual verifica el dato que en su día te dio tu padre. He ido un paso más allá y he mirado las coordenadas de Arques, donde se encuentra la tumba que aparece en las fotografías. De nuevo, la diferencia es prácticamente inexistente. —Punteé el dato en la pantalla del ordenador—.  $2^{\circ} 22' 33''$  este —leí—. Los tres lugares se encuentran perfectamente alineados.

—Podría tratarse de una casualidad —apuntó con escepticismo.

—O de una pista —apostillé con seguridad—. Una rúbrica en la tierra para impedir que las sucesivas generaciones de ángeles custodios pierdan la tumba de Jesús. ¿Qué mejor que un importante meridiano como referencia de su paradero?

—Puede que trasladaran el menhir a ese eje longitudinal, quizá como señal —reflexionó Álex—. ¿Sabes que puedes tener razón?

—El instinto me dice que no me equivoco —certifiqué, en parte para mí—. Creo que el menhir ofrece la mejor garantía.

—Tu intuición nunca deja de sorprenderme —comentó Álex sin disimular su fascinación—. Tienes un don extraordinario.



—Siempre he hecho caso omiso a mi radar interior —afirmé—, a esa voz que habla aunque no quiera escucharla. Me hace pensar que tengo un genuino talento visionario o absurdo, no lo sé muy bien. Charlie me regaña constantemente por ello. —Una sonrisa se dibujó en mis labios—. Pero estas últimas semanas he comprobado que mi intuición parece no errar nunca —añadí—. Empiezo a ser consciente de mi deber y responsabilidad para con esa voz que desea hacerse oír.

—Es insólito, Loane. Es como si hubiera una conexión entre el secreto de la Alianza y tú. Un vínculo mágico y extraordinario que te llevara hasta él. —Sonreí ante aquella afirmación.

—No es simple coincidencia que París, el menhir de Rennes-les-Bains y la tumba de Arques compartan meridiano —dije—. Quizá Nicolas Poussin sí que indicó en su pintura dónde se hallaba la tumba de Jesús de Nazaret. Saunière, durante varios años, se empeñó en hacer desaparecer ciertas referencias, en borrar señales con la intención de ocultar algo importante. Estoy convencida de que sabía de la existencia del osario de Jesús. Sin embargo, dejó otras indicaciones que continúan allí para quien sepa interpretarlas.

—Y yo estoy cada día más seguro de que Rennes-le-Château guarda la clave del secreto de la Alianza —confesó Álex—. Sus tierras se han convertido en un enraizado de

leyenda y magia, portadoras del mayor secreto de la cristiandad. Un secreto que finalmente verá la luz ante tus ojos, estoy convencido. No creía en esas cosas, pero tú, Loane, pareces haber sido elegida por el destino para llevar a cabo tan trascendental cometido, como si una especie de memoria divina se hubiera personificado en ti. ¿Te das cuenta, mi niña? —Tras unos instantes de pausa, continuó—: Loane, eres la Mano de Dios en la Tierra. Contigo ha llegado el momento del despertar de la Alianza de los Siete Arcángeles. Tú traerás la victoria de la luz.

Guardé silencio sin responder nada, mientras estudiaba la inteligencia de sus ojos.

—¿No te has preguntado en estas semanas por qué te ha elegido Dios para obrar su sagrado cometido? ¿Para desafiar a la organización religiosa más poderosa del mundo? ¿Para descubrir una mentira que lleva más de dos milenios oculta?

Las aserciones en forma de interrogantes con que Álex me abordó advertían un pensamiento de profunda gravedad. Si bien, desde que supe de la existencia de la Alianza de los Siete Arcángeles, su secreto se había convertido en un imán que me atraía irresistiblemente y me hacía actuar bajo una especie de automatismo ciego, nunca me había preguntado por qué yo, ni había reflexionado sobre el porqué de esa seducción. Sin embargo, Álex me obligaba a recapacitar sobre ello.

—¿Qué piensas tú de eso? —me interesé.

—Quizá Dios tenga una razón poderosa para haberte elegido a ti.

—¿Qué quieres decir?

—Si aparecieran los huesos de Jesús de Nazaret, se demostraría que la profecía mesiánica no se ha cumplido. La promesa de Dios de enviar a su propio hijo para salvar al mundo, para traer la paz a la humanidad, aún no se habría llevado a cabo. —Mi inquieta imaginación comenzó a trabajar febril y tortuosamente—. ¿Y si el Mesías, el enviado por Dios, el hijo de Dios —enfaticó— no fuera un hombre, sino una mujer?

Aquellas palabras sumieron la estancia en el silencio. En un murmullo ininteligible formulé alguna vaga excusa. El escepticismo que flotaba sobre mí no parecía llegar a Álex.

—Las Sagradas Escrituras identifican al Mesías como alguien a quien se reconocería cuando llegase. Los profetas, los mensajeros de Dios, proclamaban que nacería de una virgen y que sería varón. Que su nacimiento tendría lugar en Galilea, al lado del río Jordán. ¿Qué tiene que ver todo eso con...? —No tuve valor para terminar la frase.

—¿Contigo? —concluyó Álex por mí—. Si aparece el cuerpo de Jesucristo, el que ha sido considerado Mesías durante dos mil años, los Evangelios se convertirán en un simple cuento, una burda fábula en la que difícilmente se logrará discernir la verdad de la mentira. Significará que no se puede confiar en ningún dato; que es imposible distinguir

entre aquello que supuestamente Dios reveló como su palabra y lo que los hombres falsearon. ¿Y si el Nuevo Testamento no fue inspirado por Dios, sino por los hombres?

Mi cabeza comenzó a llenarse de ideas desordenadas. Intenté poner freno a aquella avalancha de pensamientos que fluctuaban de forma anárquica por mi mente. Lo que Álex trataba de decir contenía unos parámetros desconocidos para cualquiera que se parara a pensarlo.

«El Mesías que habría de redimir al ser humano, ¿una mujer? —pensé, sin dar crédito a tal declaración—. ¿En qué cabeza cabría algo semejante? E insinuar que esa mujer podría ser yo...».

—¿Estarías dispuesta a sacrificar tu vida por la salvación del mundo, Loane?

—¡No! —respondí rotunda—. ¿Qué estás diciendo, Álex? —pregunté con cierta indignación—. ¿Crees que el mundo en el que vivimos merece ser salvado? ¡No hay en él ni diez personas que merezcan mi sacrificio, ni el sacrificio de nadie! —afirmé de modo desdeñoso—. Vivimos en un mundo corrupto, desleal, podrido por el egoísmo, el materialismo, la ingratitud. La desafección por nuestros semejantes marca cualquier acción o intención. La compasión y la piedad no forman parte de la naturaleza humana, y tener valores parece el verdadero pecado. Harían falta siglos para que el hombre se reconciliara con Dios —expresé—. ¡No! Este mundo merece pagar por todas y cada

una de sus culpas. Es justo que expie los pecados cometidos. Además, yo carezco de altruismo, sobre todo si hay que ponerlo al servicio de la humanidad. Mi sentido del sacrificio está dormido, y dudo mucho que pueda despertarlo.

—Tienes razón —atestiguó Álex—. En algunas ocasiones, quizá demasiadas, me he enfrentado a los aspectos más sórdidos que puede mostrar el ser humano, a todas las lacras, los egoísmos, las vanidades y los vicios que poseen los hombres. Yo mismo he sido portador de la mayoría de ellos.

—Además —continué con mi argumento—, es una locura pensar que el Salvador pueda ser una mujer, y más aún, suponer que esa mujer pueda ser yo. Mi cometido en este asunto se circunscribe a hallar la tumba de Jesús de Nazaret y cederte esa verdad para que puedas salvar el pellejo. Nada más —le recordé—. Dudo siquiera que me atreviera a sacar a la luz una realidad tan grande como la que protegió la Alianza de los Siete Arcángeles. No soy ninguna emisaria divina en busca de la verdad, ni ninguna heroína intrépida con afán de cambiar la historia.

Álex me contemplaba desde su altura con ojos expectantes, embebidos en una actitud de ceremoniosa disposición. Su silencio, excesivamente expresivo, revelaba sin necesidad de palabras los pensamientos que se movían por su cabeza.

—No me mires así —le pedí en tono angustiado, con el corazón en un puño—. Yo no soy la redentora de este mundo.

—Quizá —dijo Álex, en cuya voz se advertía la escasa fe que tenía en mis palabras—. Pero eres alguien especial, sin lugar a dudas. Alguien que tiene ángel. Alguien que goza del beneplácito de Dios.

—¿Te olvidas de que soy atea? Soy una descreída acérrima, Álex. No me llevo bien con las altas esferas, ni brindo devoción a ninguna divinidad. Solo sigo el camino que me dicta la conciencia. Solo creo en mí —dictaminé con un extraño aire de suficiencia. Durante unos instantes silencié mis labios—. Y... en ti —añadí con humildad.

Álex se acercó hasta mí, me rodeó con sus enormes brazos y me apretó contra sí. Juntos escuchamos la escala de nuestros latidos. Mientras mi cuerpo se fundía con el suyo, inclinó los labios hacia mi rostro y me dio un beso en la frente.

—Seas atea o la más fervorosa creyente, seas o no la redentora de la especie humana, a mí me has salvado —expresó colocándose frente a sí—. Tú eres mi milagro, mi grandeza, y sé que no viviré lo suficiente para agradecerte todo cuanto has hecho por mí. Aunque no creas en Dios, mi *petit trésor* —añadió dándome un ligero toque en la nariz—, él sí parece creer en ti.

—No quiero que correspondas con agradecimiento a lo que me nace del corazón —le dije con voz suave—. Para mí

lo eres todo, Álex. Mi amigo, mi amante, mi cómplice, mi aliado, mi confidente, mi dueño, mi señor... Todavía no sé que habría sido de mi vida si...

—Te quiero —dijo de pronto Álex, cortando mi discurso.

No habló más, pero el destello de sus ojos era palpable. Cuando pronunció aquellas dos palabras había en su voz y en su mirada genuina efusividad, nada histriónica, nada desnaturalizada. Me quedé absorta en el efecto que produjo en mis oídos ese maravilloso agregado de letras. No era un «Te quiero» lanzado con alevosa premeditación, sino fruto de la más sutil espontaneidad, por lo que logró alcanzar el verdadero significado del concepto. Creo que incluso se sorprendió en cierto modo al oírse decir esas palabras. Sorprendida yo también, le dirigí una mirada traviesa y me lancé a su boca para darle un fugaz beso en los labios.

—Tengo una cosa para ti —le dije mientras me separaba de él. Cogí las muletas y me dirigí de nuevo a la mesa del salón para coger un enorme sobre blanco que había depositado en ella—. Ábrelo, por favor.

Tal como le pedía, Álex tomó el sobre entre sus manos y lo abrió. Mientras me miraba con cara de circunstancias, sustrajo lo que contenía y, en silencio, lo leyó detenidamente delante de mí. Apenas sin parpadear, con los rasgos inmóviles por el asombro, levantó la vista de los documentos tras sopesar su contenido y me miró fijamente,

incapaz de romper la afonía que se había instalado de pronto en la estancia.

—Berenice sufría una severa deficiencia cardiaca —dije rompiendo el silencio—. No murió por la sesión a la que fue sometida. No murió por tu culpa.

Volvió a mirar los documentos con los labios apretados y las mejillas pálidas.

—Pero... ¿y este informe médico? —preguntó confundido, mientras examinaba de nuevo los papeles.

—Tengo un amigo que trabaja de enfermero en el hospital barcelonés donde practicaron la autopsia a Berenice —comencé a explicarle—. Hace unos días lo llamé por teléfono y le pedí que me facilitara una copia del informe, porque algo no estaba del todo claro en la historia que me habías contado. Que una chica de diecisiete años sufra un paro cardiaco en una sesión, por intensa que sea... Como tú mismo puedes leer, Berenice Diederich estaba aquejada de una anomalía coronaria congénita. Su corazón estaba débil, y cada día que pasaba se debilitaba aún más. Poco antes de aquella fatídica noche tuvieron que aumentarle la medicación. —Miré a Álex con expresión tranquila—. Berenice ya estaba condenada. Simplemente deseaba probarlo todo, no perderse nada antes de morir. Lo que pasó fue una trágica ironía del destino.

La reacción de Álex se redujo a esbozar una sonrisa serena, que se perdió en el silencio monótono y cálido que



flotaba en la atmósfera.

—Gracias —musitó únicamente.

A partir de aquel momento, aunque no se habló más del tema, algo cambió para siempre en el semblante de Alexander Vanderbilt. Su expresión perdió rigidez. Se relajó. Creo que se había reconciliado consigo mismo. Su sonrisa era más limpia y distendida, y sus ojos azules brillaron aún con más claridad tras abandonar la tendencia sombría que asediaba su mirada hasta entonces. Era como si ese informe médico le hubiera devuelto un poco de vida, hubiera aportado paz a su alma atormentada.

## CAPÍTULO XXVII

El viaje hasta el corazón del valle alto del Aude, donde se emplaza Rennes-le-Château, duró algo más de siete horas que anunciaban misterio y sorpresas. Una semana y media después de que me quitaran la escayola, tras haberme sometido a la pertinente y concienzuda rehabilitación, Álex y yo emprendimos el tan ansiado camino que nos llevaría, sacudidos por mi intuición, a desentrañar el último y más importante vestigio que permanecía oculto sobre el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles; el lugar exacto donde reposaba el cuerpo de Jesús.

Después de instalarnos en la pequeña habitación que habíamos reservado, en una tosca construcción de dos plantas de ladrillo y piedra, sin pretensiones, situada entre las viejas casas y las calles de firme descuidado de lo que se presumía como el casco urbano, decidimos dar un paseo por las inmediaciones. El paisaje que nos proponía Rennes-le-Château en el mes de noviembre, contemplado bajo la evanescencia de la decadente luz del crepúsculo, ganaba belleza ante nuestros ojos a medida que el sol se sepultaba tras el horizonte y la noche descendía inexorablemente sobre

la aldea. Las lejanas montañas que la rodeaban se presentaban humildes y apocadas, como tenues cicatrices provocadas por la madre naturaleza. De fondo, los montes Cardou y Bugarach, testigos mudos de los secretos que generación tras generación han desafiado la imperturbabilidad del lugar, se alzaban espléndidos y nobles sobre la superficie. Parecían mirarnos con cierta condescendencia.

Durante unos minutos nos sentimos rodeados de una naturaleza que nos invitaba a fundirnos con ella. Aquella insólita localidad francesa, tan pequeña como célebre, me resultaba a cada minuto menos ajena, menos extraña y, pese a su sencillez, llena de encanto. En el ambiente parecía flotar una curiosa sensación de misterio y enigma, en cuya profundidad no se nos permitía aún ahondar, pero que lentamente se fue apoderando de nosotros como si de un hechizo se tratara. En aquel arcano enclave, allí mismo, en la tierra que estaba bajo nuestros pies, amasijo de siglos de historia y sumatorio de toda suerte de incógnitas, se escondía el secreto más codiciado de la cristiandad.

En esa fugaz primera expedición, que pretendía únicamente trabar conocimiento con la zona, contemplamos los muros de la singular Torre Magdala, construida por el párroco Saunière en honor a María Magdalena. La admiré desde el estrecho sendero de tierra que llevaba hasta ella. Surgía como un retazo arrancado de algún castillo medieval,

recortada contra el oscuro cielo nocturno. Una extravagante atalaya suspendida sobre un despeñadero que imaginé insondable, peligrosamente inclinada hacia el vacío. Tuve la impresión de que en cualquier momento se desprendería de la pared que la mantenía en aquella realidad cargada de misterio y caería al abismo, llevándose consigo un corazón lleno de secretos.

Un sendero de grava guio nuestros pasos hasta Villa Betania, donde había residido y muerto el abad. Aquella construcción me pareció un insulto hacia el voto de pobreza que ha de mantener un siervo del Señor. Por último nos dirigimos a la calle principal del pueblo, tachonada de librerías especializadas en libros esotéricos.

El frío de noviembre y la humedad instalada en el ambiente se habían consagrado paulatinamente en una niebla, una masa húmeda que se arrastraba como una larga lengua a lo largo y ancho de la aldea envolviendo en un manto de vaho gris las calles desiertas y silenciosas. Pequeñas y monótonas travesías cuyos contornos se desdibujaban bajo el aliento de las tinieblas que lo engullían todo a su paso. Solo mi silueta y la de Álex se recortaban en un perfil impreciso. Hasta el sonido hueco de nuestros pasos se ahogaba devorado por la viscosidad del vapor que anegaba el lugar.

En silencio, anduvimos calle arriba a través de la fantasmal noche, hasta llegar de nuevo a la pensión. El campanario de la iglesia de Santa María Magdalena

anunciaba las diez con un tañido marchito, mientras el viento silbaba por las callejuelas.

La habitación en la que nos alojábamos, de paredes desnudas salpicadas con alguna que otra imagen religiosa y un crucifijo de madera, era acogedora, cómoda y resguardada. Tras deshacer el equipaje nos dirigimos al comedor, dispuestos a cenar algo caliente para recuperar el aliento. La propietaria de la humilde posada se llamaba Geneviève y era una mujer bajita, gordenzuela, de graciosos aires rústicos, que se recogía la cabellera blanca en un apretado moño. Al vernos nos ofreció amablemente un consomé, que nos devolvió a la vida casi de forma inmediata y disipó la humedad que nos calaba los huesos. Sus grandes ojos color miel, moteados con puntos amarillos, brillaban con cierta jovialidad en la blancura de su tez cuando le agradecimos el gesto y rendimos honores a su extraordinaria mano para la cocina.

Con las ansias del curioso insaciable, intenté indagar algo que pudiera habérsenos escapado en la espesa espiral de información que poseíamos. Cualquier detalle, cualquier pormenor, por insignificante que pareciera, podría sernos muy útil para desentramar con mayor facilidad el galimatías que encerraban las explícitas señales que había dejado Bérenger Saunière en Rennes-le-Château. Sin embargo, la elocuente mujer, a pesar de su buena intención, no aportó ningún dato significativo que destacase por encima de

aquellos con los que ya contábamos. Aun así, agradecimos cumplidamente su ayuda.

Volvimos a la habitación envueltos en una tensión sexual que se palpaba en el aire. Durante el paseo nocturno por el pequeño Rennes-le-Château no había podido tocar a Álex; no lo tenía permitido. Aunque el deseo había estado fluyendo a través de mi mirada, tentándolo, la mayor parte del camino me limité a bajar los ojos, mirar al frente y lanzarle alguna que otra sonrisa furtiva. Todo formaba parte de un excitante juego de sensaciones. Tremendamente receptiva, me encendía el deseo un ligero roce de sus dedos con los míos cuando me acercó la jarra de agua en la cena, un soplo de aliento cálido en la oreja cuando nos sentábamos, un susurro cargado de indecencia, una palabra encendida mientras íbamos hacia el salón. Pequeñas caricias y vagos movimientos que iban creando en mí la absoluta necesidad de que me poseyera en cualquier rincón, de atar nuestras pieles hasta estrangularlas de placer.

Se sacó la llave de la habitación del bolsillo de los vaqueros, me la ofreció para que abriera la puerta y me cedió el paso, para traspasar seguidamente el umbral y cerrar de un golpe de talón, resuelto como un ave rapaz.

—Echa la llave —me pidió en un tono que no admitía discusión.

Mientras daba una vuelta en la cerradura era consciente de que me miraba fijamente desde atrás, preso de una lujuria

incontrolable. Sus ojos me abrasaban la nuca. Podía sentir la lascivia que asomaba a su mirada mientras barría muy despacio mi silueta de arriba abajo; el calor que desprendía su cuerpo en mi espalda, su trabajosa respiración que delataba sus intenciones. Súbitamente me inundó una oleada de deseo.

Me giré lentamente y levanté la mirada. Las líneas de su rostro se entrelazaban con una complejidad resuelta y libidinosa. De pronto, llevado por una violenta emoción, me empujó contra la puerta. Mi espalda dio pesadamente con ella mientras Álex aprisionaba mi cuerpo con el suyo. Admiraba sus movimientos seguros y certeros, tan exactos y elegantes como una demostración matemática. Imposible no notar la dureza de su miembro en el abdomen. Los botones del pantalón parecían a punto de saltar.

—Así es como me gusta tenerte —susurró con voz pornográfica—. Acorralada como un animalillo. Siempre bajo mi control.

Enredó los largos dedos en mi pelo y se lanzó a mi boca como si le fuera la vida en ello. Los besos, apenas capaces de abarcar todo el deseo, se convirtieron de inmediato en una frenética batalla de lenguas y dientes, que mordían y raspaban con un ansia exagerada. Mientras tanto, sus sagaces manos habían trepado ya unos cuantos centímetros por debajo de mi falda, exigiendo sus derechos sobre mí.

Me apretó con fuerza las nalgas y me aproximó todavía más a la dureza de su pene. Su cuerpo reaccionaba al mío con una sobredosis de deseo. Clavé mis caderas en las suyas para aumentar el contacto. Álex dejó escapar un fuerte gemido al tiempo que deslizaba la mano por el interior de mis muslos. Sus dedos se colaron por las medias en una fracción de segundo. Mientras me poseía con la mirada, dio un hábil tirón y me las arrancó de cuajo. No me sorprendió que me las pusiera en la boca a modo de mordaza.

Sonrió malicioso. Le encantaba resucitar pecados, y sus manos tenían una memoria prodigiosa para ello, tanto que de nuevo tomaron protagonismo y se introdujeron por mi tanga.

—Veo que ya estás preparada para mí —dijo en un susurro excitado al palpar la humedad—. ¿Tan deprisa? —Chasqueó la lengua.

Me ardían las mejillas con un rubor que delataba indiscutiblemente lo que deseaba.

Todo sucedió muy deprisa, con una precipitación grotesca. Oí la hebilla del cinturón. Preso de la excitación, mientras maniobraba con pericia para deshacerse del pantalón, me mordió los labios. Lancé un gruñido que quedó atrapado en la cavidad de su boca. Sin prestarle atención, volvió a meter las manos por debajo de mi falda mientras me empujaba hacia la puerta. Su cuerpo me oprimía; lo notaba duro sobre el mío. De un tirón arrancó el tanga y me levantó contra la pared. Cuando lo envolví con las piernas, su miembro ya se



abría paso en mi interior, coaccionando la entrada como un tirano.

La primera embestida llegó sin avisar. La invasión se me hizo intolerable y curiosamente placentera. Sus asaltos eran cada vez más seguidos, cada vez más intensos, cada vez más profundos, mientras se aferraba a mis nalgas y me apretaba con fuerza contra la pelvis que hundía en mí. Me agarré a su cuello mientras gemía su nombre, extasiada.

—Álex... Álex... Álex...

La violencia de sus embates me impedía moverme. Así le gustaba. Así lo quería. Así era su juego: follar a placer compartiendo íntimamente los arrebatos más pecaminosos.

Mis jadeos se ahogaban en las medias que ocupaban mi boca, y los suyos se estrellaban en mi rostro. En aquel estado de excitación me mordió el cuello con salvaje pasión. El orgasmo llegó de forma precipitada, surgido de la nada, inesperado. Intenso y fugaz, me hizo clavar las uñas en la espalda de Álex, que continuaba mordiéndome. Seguidamente se tensó como la cuerda de un arpa recién afinada, con la mirada fija en mis febriles ojos y una expresión atormentada, hasta que alcanzó la última frontera del placer entre sacudidas rápidas e intensas, metido aún en el fondo de mis entrañas.

—Loane, gracias. Gracias por formar parte de mi vida — dijo en un susurro contra mi sien. Lo abracé fuertemente.

Permanecimos así unos segundos, unidos y exhaustos en la penumbra, mientras recuperábamos poco a poco el aliento entre las últimas convulsiones del éxtasis.

Álex me despertó con un beso en la boca a la mañana siguiente. Estaba envuelto en su característico aroma de gel de Moussel. Cuando amaneció, un cielo puro y cristalino había ocupado el lugar de la niebla. Hacía un día espléndido. Abrí la ventana y el aire fresco, con su característico aroma otoñal de vegetación marchita y tierra húmeda, se coló impetuoso por ella hasta instalarse desvergonzadamente en la habitación. El viento era frío pero, desde luego, estimulante. Consignada frente a la ventana abierta, aspiré profundamente varias veces, empapando los pulmones en la sinfonía de olores.

Durante aquella noche, mientras dormía enredada con Álex en un nudo de brazos, piernas y sábanas, había visto desfilas ante mis ojos una cohorte de imágenes de Rennes-le-Château, quizá por saberme en aquel misterioso lugar.

—Me gustaría ver la tumba de Bérenger Saunière —le dije a Álex, que se encontraba detrás de mí.

—Sí, yo también quiero verla —respondió contra mi hombro desnudo—. La vida de ese hombre resulta, cuanto menos, inquietante.

En menos de una hora nos encontrábamos ante la sepultura del abad, en el jardín que coronaba la colina en la que se hallaba Villa Betania. Según nos contaron los lugareños que nos cruzamos por el camino, habían trasladado allí el cadáver del párroco desde el cementerio adyacente a la iglesia de Santa María Magdalena. Encuadrado en el centro de un pequeño recinto rodeado de mármol jaspeado gris y marrón, el sepulcro, labrado en la misma piedra, guardaba en su interior, además de los restos de Saunière, todos los recónditos misterios que había ocultado durante sus últimos años de vida.

Frente a él, en un silencio solo roto por la corriente de aire que llegaba desde lo alto del cerro, no pude por menos que preguntarme, una de tantas veces, cuál sería aquel secreto que, ajeno hasta ese momento al mundo, Bérenger Saunière se había llevado a la tumba. En ese estado meditabundo, abstraída de todo cuanto me rodeaba, una palabra cruzó como una flecha mi cabeza.

«Catin».

La visión de la tumba de Saunière me había hecho evocar inconscientemente la leyenda inscrita en la lápida de Marie de Hautpoul de Blanchefort. El señor Rospigliosi la había mencionado durante nuestro encuentro, poniendo de relieve el altisonante error cometido por Antoine Bigou en el epitafio latino. Nos habíamos centrado en la inexistencia del vocablo *catin* en latín; sin embargo, en francés sí existía.

Además de significar «meretriz», otra de sus acepciones era «cueva».

—Cueva —murmuré a media voz.

—¿Qué? —repitió Álex.

—¿Te acuerdas del extraño epitafio que esculpió Antoine Bigou en la lápida de Marie de Hautpoul de Blanchefort? —le pregunté.

—Sí. «Requies Catin Pace» —repitió, haciendo uso de su despierta memoria.

—Aunque sabemos que ese error era intencionado y tenía un motivo concreto, lo hemos pasado por alto mientras buscábamos sentido a esas palabras en latín.

—Así es —confirmó Álex, intentando seguirme.

—Pues bien. Efectivamente, en latín están desprovistas de significado, pero en francés, la palabra *catin* se puede interpretar como «cueva».

Álex se quedó madurando mi reflexión unos segundos.

—Puede que el párroco Antoine Bigou quisiera señalar con ese flagrante error que el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles está oculto en una cueva...

—Me has leído el pensamiento —apunté con una gran sonrisa.

—¿Una cueva en Arques? —planteó Álex.

—Es posible —expresé con los ojos iluminados—. En este asunto, todo es posible.

—Sí, pero de existir, ¿dónde está?, ¿por dónde se entra?

—Esa es la parte más difícil. Estamos rodeados de montañas, por no mencionar que no sabemos si esa cueva es real o la palabra se ha empleado en sentido metafórico, o incluso con el único propósito de confundir.

—No, Loane. Antoine Bigou no tenía intención de confundir, ni tan siquiera la mezquindad de intentar obtener algún beneficio. Su única misión, encomendada en su lecho de muerte en forma de confesión por Marie de Hautpoul de Blanchefort, era transmitir el secreto, para que perdurara hasta...

—... hasta que lo hallara la Mano de Dios —concluimos al unísono.

Asentí lentamente.

—Las posibilidades son casi infinitas. El monte Cardou, el monte Bugarach, Rennes-les-Bains, Arques... Deberíamos empezar por las zonas anexas al meridiano de París, pero son demasiadas —dije con incipiente desesperanza.

Incitada por aquel pensamiento y espoleada por mi curiosidad perenne, arrastré a Álex hasta Santa María Magdalena, la iglesia de la que había sido párroco Bérenger Saunière durante la friolera de veintidós años y en la que, accidentalmente según su versión, había hallado los curiosos pergaminos, lo que había dado pábulo a un sinfín de conjeturas.

A la entrada del sagrado recinto, situado en el límite de la aldea, se llegaba por un estrecho sendero recubierto de

cemento y pequeños baldosines, flanqueado por muros bajos de piedra. Me detuve en mitad del camino y desde allí observé con interés el entramado de cemento y madera que formaba aquella sólida mole. No pude evitar sentirme decepcionada ante la construcción tan pequeña y desvencijada que contemplaban mis ojos, dada la enorme fama que sin duda poseía. No obstante, esa sensación se contuvo en cierto modo cuando reparé en la extravagante ornamentación que presidía el peculiar frontispicio del santuario. Avancé unos pasos más. El trayecto se consumía al llegar al pórtico, austero y de modesta arquitectura, coronado por un tejado que sobresalía descaradamente de la fachada principal y amparaba la vieja puerta de madera oscura que guardaba solemnemente los secretos que susurraba el interior del templo a quienes pudieran escucharlos.

Antes de entrar en la iglesia nos detuvimos a contemplar el tejadillo situado sobre nuestras cabezas. Minutos antes, mis pupilas habían reparado en la escultura que tutelaba la puerta; una María Magdalena de piedra, guarnecida en el ribeteado triángulo equilátero que formaba el tímpano, nos daba la bienvenida.

—Fíjate —Álex solicitó mi atención mientras señalaba la inscripción tallada en el contrafuerte—. «Terribilis est locus iste» —leyó.

—Este lugar es sobrecogedor —traduje, no sin cierto asombro.

Crucé una mirada rápida con Álex.

—Ya conocía esa expresión —recordé—. Es de la Biblia —dije tras unos segundos de reflexión—. Exactamente del primer libro del Antiguo Testamento, el Génesis.

Álex me miró asombrado.

—Me acuerdo perfectamente —expresé con una ligera sonrisa—. Un día en el colegio, como castigo por no haber hecho los deberes, la profesora de religión me obligó a buscar en su Biblia, escrita en latín, esa expresión, aunque un poco más larga: «Quam terribilis inquit est locus iste». Me llevó casi toda la noche; imposible olvidarme de ella.

—¿Recuerdas sobre qué versaba el contexto? —indagó con curiosidad—. Quizá podamos establecer un paralelismo.

—Dios se aparece a Jacob en un sueño —comencé a relatar— y le ofrece las tierras sobre las que reposa, para él y sus descendientes. Jacob se despierta asustado y dice: «Quam terribilis inquit est locus iste! Non est hic aliud nisi domus Dei et porta coeli!», ¡Cuán sobrecogedor es este lugar! ¡Esto no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo! Después, Jacob llama a ese lugar Betel y pronuncia un voto: «Si Dios me asiste y me guarda en este camino que recorro, y me da pan que comer y ropa con que vestirme, y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces Yavé será mi

Dios, y esta piedra que he erigido como estela será la casa de Dios, y de todo lo que me dieres te pagaré el diezmo».

—No parece que tenga mucho que ver —apuntó Álex—. Excepto porque cualquier iglesia, como tal, se considera la casa de Dios.

—Es una falacia —afirmé, pasando de nuevo la vista por el frontispicio.

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañado.

—Es una frase que se usa en ocasiones durante la consagración de las iglesias —le expliqué—. La única intención que tenía Saunière al usarla era la de confundir, enredar la madeja por donde no es, dar otra vuelta de tuerca. Pretendía que fuera un argumento persuasivo, incluso sugerente como pista, pero no lleva a ningún lado. Es un rastro un tanto seductor, pero falso.

—¿No podría tratarse de un anagrama, como en el cuadro de Poussin?

—También es posible que fuera eso lo que pretendía Bérenger Saunière. Me jugaría el cuello a que era lo que quería que pensásemos, pero no es así. Esta frase no es heredera de ningún conocimiento secreto, más allá de su uso oficial para la bendición de los templos cristianos —afirmé mientras echaba un último vistazo a la piedra donde estaba inscrita.

Procurando no dar a aquella frase más importancia de la que tenía, hicimos ceremoniosa entrada en el sagrado



recinto. El lugar exhalaba un aroma centenario y añejo que parecía acumular el aliento de siglos. Aquel olor se alojó rápidamente en nuestros pulmones en cuanto traspasamos el umbral. El interior era húmedo y frío. No pude reprimir un estremecimiento. Todo estaba sumido en un silencio absoluto, como correspondía a una iglesia; solo nuestros pasos turbaban la solemnidad. Desde la puerta de madera, mi vista se arrastró de modo reflejo al embaldosado del suelo: un tablero de ajedrez gigante, desgastado por el tiempo, que se ordenaba en una extravagante trama hipnótica de sesenta y cuatro casillas de arlequinado blanco y negro. Perpleja, recorrí con la mirada las juntas que unían las destartaladas baldosas y recordé que las aristas del cuadrilátero apuntaban de manera exacta a los cuatro puntos cardinales. Cuando alcé la vista de aquel sorprendente revestimiento geométrico me di de bruces con la horripilante estatua que se elevaba junto al portón. Vaciada en escayola con poco esmero, representaba un ser de expresión lasciva y rasgos grotescamente demoniacos, de piel oscura tirando a rojiza, con unos enormes ojos saltones de un azul histriónico y casi insultante. Sus orejas puntiagudas, sus cuernos encabritados y sus nervudos miembros, contorsionados de modo horrible, se mostraban caricaturescos bajo la túnica turquesa con que se ataviaba. Miraba al suelo. Extrañamente, sobre su cabeza se encontraba la pila de agua bendita.

«¿Quién se atrevería a mojar ahí los dedos?», pensé para mí.

La fiereza de su expresión me sobresaltó de forma inusitada.

—Es el bafumet Asmodeo —señaló Álex, sonriente, cuando percibió la desagradable sensación que aquella figura provocaba en mí—. Es un demonio, y el símbolo por antonomasia de los satanistas y de los templarios ocultos de la Hermandad Babilónica.

—Me produce un profundo desasosiego.

La sonrisa de Álex se hizo más amplia.

—Se dice que era el guardián del tesoro del templo de Salomón. Cuenta la leyenda —comenzó a decir mientras me rodeaba— que el rey Salomón consiguió atrapar a este demonio y lo obligó a construir el templo de Jerusalén. Otra fábula dice que Asmodeo y Salomón intercambiaron papeles durante varios años. Hay quienes le atribuyen la paternidad del mago Merlín. —Hizo una pausa y se inclinó por detrás de mí hasta alcanzar mi rostro—. ¿Sabes que es el demonio de la lujuria y el deseo carnal? —me susurró al oído con voz contenida.

Una incipiente picardía asomó al exterior a través de mis ojos. Sonreí con timidez.

—Aunque la tradición también dice que es el demonio que custodia los secretos —añadió mientras se erguía de nuevo

—. ¿No te suena *Asmodea*? —me preguntó cambiando el tono de voz.

—Claro que sí —respondí inmediatamente—. Es una de las Pinturas negras de Goya, más conocida como *Visión fantástica*.

Cuando acabé de nombrarlo acudió a mi mente. La imagen más relevante del mural era, en la esquina superior izquierda, la de dos enigmáticas figuras voladoras. Una de ellas señala la enorme roca situada a la derecha, en cuya cima se emplazan varias torres. En la parte inferior de la imagen, técnicamente menos cuidada, el paisaje se oscurece, pero ocupan el primer plano dos soldados franceses que apuntan con los fusiles a un grupo de jinetes situados más lejos. Como ocurre frecuentemente en las Pinturas negras de Goya, las figuras aparecen descentradas. La gama cromática, invariable en la colección, está compuesta de negros, grises, ocres y sienas, con alguna tenue pincelada de escasa presencia en tonos azules o blancos, para acentuar cielos y ropajes.

—En algunas interpretaciones que se han hecho de esta obra —comenzó a explicar Álex — se identifica a uno de los personajes como Asmodeo; de ahí el nombre.

—El abad Saunière se lo encargó a Giscard, un conocido fabricante de estatuas religiosas de Toulouse —se oyó en un castellano algo arrítmico pero perfecto.

Álex y yo giramos a la vez al oír aquella voz. Detrás de nosotros, la figura menuda y esbelta de un hombre de mediana edad, con cierto aire oxidado, surgió a escasos metros. Sus pequeños y negros ojos habían reparado ya en nuestra presencia. Vestía con sencillez, con unos pantalones de pana marrón oscuro y una camisa de cuadros descolorida por el uso. Sonrió educadamente al vernos.

—La cabeza no es la original —dijo en tono neutro, estrictamente profesional, señalando la estatua de Asmodeo—. Fue necesario realizar una réplica, porque en 1997 la robó uno de tantos grupos vandálicos. Los que conocimos la auténtica apreciamos en la copia cierta falta de fidelidad. Las vidrieras las realizó un cristalero de Burdeos apellidado Feur, por si les interesa —añadió con cierto entusiasmo—. René Auguiot —se presentó—, encargado de cuidar la iglesia.

Alargó el brazo y nos dio la bienvenida con el apretón de manos pertinente, tan desprovisto de efusividad como correspondía a dos de los centenares de turistas que visitaban aquella iglesia todos los años. Un deslustrado crucifijo de plata vieja se balanceó en la cadena que tenía alrededor del cuello.

—Alexander Vanderbilt —se identificó Álex.

—Loane Darey —lo seguí yo.

Mientras devolvía el blando apretón de René Auguiot reparé en que me observaba con una intensa curiosidad que

se podía calificar, cuanto menos, de extraña. Su rostro reflejaba un debate entre la expectación y la desconfianza. Tuve la repentina impresión de sentirme diseccionada bajo los inquisitivos ojos de aquel recién conocido de piel cetrina y mirada inquietante. Le devolví la mirada, esperando encontrar algo fiable en la expresión de su rostro. Su incipiente cortesía me parecía peligrosa, y su vista me importunaba.

—Es curioso —dijo con recelo—. Sus ojos, señorita Darey, tienen una particular belleza, si me permite decirlo. —Guardé silencio—. Su color, su forma, su hechura... —enfaticó—. ¿Ha oído hablar del ojo de Horus?

Álex y yo nos interrogamos con la mirada durante un instante.

—No —solté sin más, advirtiendo el motivo de su escrutinio.

—Intente obtener información sobre él; quizá se lleve una sorpresa —concluyó.

Miré a Álex de nuevo, confundida, pero no dije nada. Con René Auguiot eran tres las personas que en poco tiempo veían en mi mirada el Udyat u ojo de Horus.

—¿Es su primera visita a la iglesia? —preguntó, cambiando de tema.

—Nuestra primera visita a Rennes-le-Château —precisó Álex.

—Un pueblo maravilloso —dijo su habitante.

—Ciertamente —respondió Álex.

—Lleno de encanto, de magia —continuó el señor Auguiot—. Rennes-le-Château posee la habilidad de embelesar a todo aquel que lo visita. Desde hace algunas décadas constituye una curiosidad turística que recibe unas veinte mil visitas al año, casi siempre asociadas a su enigma. El halo de misterio que lo envuelve lo ha convertido en el enclave perfecto para amparar el mayor secreto de la historia. Siempre desde el lado de las suposiciones, claro —añadió con cierta suspicacia—. ¿Conocen la leyenda que encierra?

René Auguiot era un hombre distante, de modales austeros y corteses pero extrañamente fríos. Hablaba con lentitud y sin apenas gesticular, y se esforzaba demasiado por resultar simpático.

—Sí —respondí con cierta desconfianza.

—Claro que sí —intervino convenientemente Álex—. El que más y el que menos ha oído hablar de esa obstinada leyenda que rodea el pueblo —dijo fingiendo no darle importancia—. En parte por eso lo hemos incluido como visita obligada en nuestra luna de miel —mintió, mientras nuestros ojos intercambiaban una mirada de complicidad.

—Recién casados... —observó aquel hombre por el que cada vez sentía menos simpatía—. Enhorabuena —formuló como cumplido.

—Gracias —dijo Álex con una escueta sonrisa.

—Si puedo serles útil en algo, no tienen más que decírmelo. Vivo dos calles más abajo, en la casita que hace esquina —nos indicó con mirada sagaz—. No tiene pérdida; su fachada color ámbar es inconfundible entre las desangeladas callejuelas del pueblo.

—Es muy amable, señor Auguiot, pero estamos de visita rápida. En breve partiremos hacia París —mentí—. Aunque hay una cosa que me resulta francamente curiosa. A pesar de la trascendencia y repercusión que posee el pueblo, es objeto de un abandono incongruente —apunté sin poder reprimir el comentario.

—Cualquier historia con misterio es apta para convertirse en leyenda, pero cada leyenda tiene su tiempo —respondió sereno René Auguiot—. Cuando ese tiempo pasa, señorita Darey, la leyenda se consume hasta extinguirse. Siempre hay figones, curiosos por afición y buscadores de misterios que, con la pretensión de convertirse en baluartes de la verdad, o de remover conciencias, acuden aquí en busca de secretos que nunca acaban de ver la luz. Porque no puede verla lo que no existe.

—Tal vez sea como usted dice —ratifiqué con tanta tranquilidad como él—. Las leyendas deben aceptarse con cierta reserva, sin duda. Pero quizá ese abandono esté motivado por la defensa a ultranza que la Iglesia católica hace de sus intereses —aseveré, expectante ante su reacción.

—El mito hace el rito —dijo con voz cáustica—. No se engañe. Es mucho lo que se ha escrito sobre Rennes-le-Château. Todo falsedades y afirmaciones de mal gusto. Si hubiera algo aquí, ¿no cree que las autoridades ya habrían tomado cartas en el asunto?

—Desconozco el posible precio de esas autoridades, señor Auguiot —dije mordaz ante su recelo—. Pero sí que alcanzo a suponer todo lo que la Iglesia estaría dispuesta a pagar. Resulta extraño que Rennes-le-Château sea el único pueblo de Francia en el que está prohibido hacer excavaciones. Eso, desde luego, se convierte en un hándicap para llegar al fondo de cualquier investigación.

René Auguiot abrió la boca para decir algo, pero se abstuvo. Aquel último alegato no pareció haberle caído en gracia, visto el inmediato cambio de expresión que experimentó su rostro. Sus rasgos, hendidos por los surcos que remendaban las arrugas en ellos, se tornaron caricaturescos. La conversación había empezado a tomar visos inoportunos, y el recelo que ambos sentíamos, a expandirse en cada acotación. Si aquel hombre de semblante suspicaz se disponía a hacer de paciente cicerone, la acción le había resultado del todo infructuosa. Lo miré con cierta expectación insinuada en los ojos y esperé impaciente una réplica que presumí no llegaría jamás, dado el embarazoso silencio que gravitaba sobre nuestras cabezas. No me cabía



ninguna duda de que aquel hombre con semblante de clérigo no querría contestar a las preguntas que le habría hecho.

Pasados unos minutos, durante los que René Auguiot hizo un esfuerzo tan formidable como inútil por mantener una expresión de indiferencia, tomó de nuevo la palabra.

—Le pido disculpas, señorita Darey. Entre mis tareas no se encuentra la de entrar a discutir sobre según qué cosas en según qué espacios —dijo pausadamente—. Espero que su estancia en Rennes-le-Château sea agradable. Me reitero en mi anterior ofrecimiento: si algo necesitan o en algo les puedo ser útil, ya saben dónde encontrarme.

—Gracias —dijo Álex de nuevo.

El señor Auguiot, presumiblemente incómodo, hizo un vago gesto de despedida con la mano, nos brindó una sonrisa ligera, dio media vuelta y se encaminó a la salida.

—No me gusta ese hombre, Álex —señalé en voz baja.

—A mí tampoco —respondió él—. Sobre todo por la sonrisa bienintencionada que ha intentado mantener todo el rato. He observado cómo te mira. Parece que esté al tanto de algo, o de todo.

—Habla con mucho recelo del misterio que envuelve Rennes-le-Château —puntalicé con deliberación—, y deja traslucir los prejuicios a través de sus palabras. No tengo dudas de que, en todo esto, él está a favor de la Iglesia. ¿Crees que podría ser un ángel caído?

—No lo sé, pero hemos de tener cuidado, Loane —me advirtió—. Mucho cuidado. Los emisarios del diablo andan por donde menos te lo esperas.

Asentí en ademán de afirmación, sin decir nada más. Después, me giré y me enfrenté de nuevo a la tétrica y gesticulante estatua de Asmodeo.

—¿Qué hace la imagen de uno de los principales jefes del mal en la entrada de la casa del Señor? —lancé al vacío—. Desde luego, es una extraña forma de dar la bienvenida a una Iglesia —dije, pasando suavemente los dedos por el contorno de la figura—. Toda una provocación.

—Para mí no es tan raro —alegó contundente Álex.

Le dirigí una mirada de desconcierto.

—Si lo piensas bien —comenzó a decir ante la singular expresión que había adoptado mi rostro—, sin la figura del demonio, la Iglesia no tiene razón de ser ni de estar. El antagonista del diablo es Cristo, no al revés. Lucifer tentó a Eva. Eva sucumbió al mal. Para contrapesar ese mal, para redimir a los hombres, Dios envió a su hijo. La figura de un salvador, de un mesías, de un redentor, surge de la efigie del demonio. La razón de ser de Cristo está condicionada a la del diablo; es esclava del mal. La Iglesia católica basa su doctrina en la salvación del hombre mediante la ausencia de pecados, la caridad para con los demás, el perdón al prójimo, la fe en Dios y en Cristo como vehículos auténticos e inexorables para alcanzar el reino de los cielos... Es la

propia Iglesia la que incita a creer en el demonio, del mismo modo que en Dios Padre o en su segunda persona, Jesucristo. «Quien niega el infierno y al demonio no conoce la Palabra de Dios», he oído decir alguna vez. Tan importante es la figura de Dios como la de su opuesto. Definitivamente, es su *raison d'être* —aseveró de forma concluyente.

—Nunca lo había enfocado desde ese punto de vista — expresé con sinceridad—. Pero bien pensado, no te falta razón. Aunque se venere a Dios, el demonio es casi igual de importante en el catolicismo. Si no existieran el infierno ni el diablo, el advenimiento del Salvador no tendría ningún sentido. No habría nada que redimir si las puertas del cielo estuvieran abiertas de par en par para todos.

—Oficialmente, el infierno no existe —dijo Álex—. Así lo dictaminó Juan Pablo II en tres encíclicas, nada menos.

—¿Así sin más?

—Según argumenta, cuando Jesús fue enviado por Dios se unió a cada hombre a través de una especie de gracia eterna e inquebrantable, y eso imposibilita que nadie pueda ir al infierno.

—Imagino que esas afirmaciones no caerían muy bien entre determinados grupos —apunté.

—No. De hecho, los fundamentalistas católicos lo tacharon de hereje. Para ellos, fuera del catolicismo no hay salvación posible.

—Es lógico; eso contraviene el dogma asentado y la palabra escrita en los Evangelios, por mucha infalibilidad papal que exista. Es incongruente.

Mientras decía esas últimas palabras observé como Álex se acercaba al pilar en que se apoyaba la estatua de Asmodeo. Su movimiento llevó mi atención hasta un rótulo.

—¿Qué pone? —le pregunté curiosa.

—«Par ce signe tu le vaincras» —leyó.

—Por este signo lo vencerás —dije en voz alta.

Me aproximé hasta alcanzar a Álex y me detuve junto a él, al pie del pilar. Recorrí lentamente con la vista la extraña filigrana que se dibujaba sobre la pila de agua bendita, y advertí entonces que por encima de ella, enmarcada dentro de un cerco dorado y sobre fondo rojo, había labradas dos letras, justo debajo de la locución latina en la que instantes antes habíamos reparado.

—Be, ese —dije al tiempo que pasaba los dedos con suavidad por encima.

—¿Bérenger Saunière? — Álex se adelantó a mis pensamientos— ¿O Boudet-Saunière?

—Cualquiera de las dos nos vale —afirmé mientras me encogía de hombros.

Alcé la vista. La frase «Par ce signe tu le vaincras», dividida en tres partes, estaba coronada por la figura de cuatro ángeles que se santiguaban.

—Observa esto —dijo Álex—. Cada uno de los ángeles representa parte del recorrido que realiza la mano derecha en la ejecución de la señal de la cruz.

—¡Es cierto! —exclamé. Inmediatamente después dejé entrar una bocanada de aire en mis pulmones.

—Por este signo lo vencerás —dije poniendo voz a mis pensamientos.

«¿A quién? ¿Al demonio? ¿Con qué signo? ¿Con la señal de la cruz, trazada con el dedo humedecido en el agua bendita de la pila? —redundé en aquella batería de preguntas sin respuesta—. *Par ce signe tu le vaincras, par ce signe tu le vaincras, par ce signe tu le vaincras*», repetí como un mantra, con la intención de que alguna idea hiciera acto de presencia en mi cabeza.

Tras una breve pausa reflexiva, mi semblante resplandeció cuando recordé dónde había oído esa frase por primera vez.

—*Par ce signe tu le vaincras* —rompí el silencio—. Es la adaptación al francés de la locución latina *In hoc signo vinces*, pero Saunière ha incorporado ese *le* —señalé—. La frase original sería «*Par ce signe tu vaincras*». Cuenta la leyenda que fue Cristo quien reveló esta frase en una visión a Constantino, antes de la decisiva batalla que lo enfrentaría a Majencio. En esa visión aparecía el símbolo de la cruz como estandarte. A raíz de ella, Constantino ordenó pintar la cruz y escribir la frase en todos los escudos de su ejército. Huelga decir que ganó el combate contra Majencio —subrayé con

cierta ironía—. A raíz de aquello, Constantino se convirtió al cristianismo.

—Fue el emperador que instauró la religión cristiana en el Imperio romano —añadió Álex—. Y que unificó las sectas católicas imperantes en el momento en una sola. Decretó el Edicto de Milán y convocó el primer Concilio de Nicea...

—... en el que se afirmaba que Jesús era Dios —intervine como ausente—. En el Concilio de Nicea se estableció la divinidad de Jesús —dije volviendo en mí y dirigiéndole una mirada solemne—, considerado simplemente un profeta mortal hasta ese momento. Se normalizaron las enseñanzas del cristianismo y se adoptó el credo como doctrina oficial de la religión católica.

—Hay quienes sostienen que el credo rubricado en el primer Concilio de Nicea estuvo influido por ciertos intereses de origen gubernativo —completó Álex—. Constantino pretendía fortalecer su dominio en el Imperio, y la segmentación religiosa de la época suponía una severa amenaza.

—Es sabido que todas las enseñanzas del cristianismo están ahormadas a la conveniencia de la Iglesia —afirmé desdeñosa—. En las décadas posteriores, las resoluciones acordadas en Nicea continuaron suscitando polémica. Fue años después, en el Concilio de Constantinopla, cuando se estableció la doctrina trinitaria que enaltecía al Espíritu Santo al nivel de Cristo y de Dios Padre.

—Es probable que el dogma de la Santísima Trinidad, como tantas otras afirmaciones, tenga más de búsqueda de ventajas terrenales que de verdad divina —subrayó Álex.

—Quizá sea un misterio politizado.

—Sí, quizá. En cualquier caso, Saunière parece querer llevarnos a una concatenación de referencias que llega a la premisa definitiva.

—Al abad le gustaba jugar —ironicé.

—De eso no cabe duda —revalidó Álex con igual ironía—. Y hemos de seguir las reglas estipuladas por él si queremos terminar la partida.

—Hasta ahora, las señales nos llevan a ahondar en el secreto y reiterarnos en lo que ya sabemos, pero no hay nada que nos hable de su situación —dije ciertamente desesperanzada.

En esos momentos levanté los ojos, llevé la vista más allá de la pilastra que coronaba la espeluznante imagen de Asmodeo y me encaminé con paso firme a la primera de las catorce estaciones del vía crucis representado en las paredes de la sacra estancia. La escruté con detenimiento.

—Es curioso —expresé un rato después, echando un rápido vistazo al resto de las estaciones.

—¿A qué te refieres? —preguntó Álex.

—Es un vía crucis un tanto extraño —anoté, acercándome más a los relieves—. Muy elocuente, por otro lado. Sus escenas difieren mucho de las tradicionales y, desde luego,

están muy lejos de lo narrado en las Sagradas Escrituras. Incluso está orientado en dirección opuesta a lo que establece la norma: va en sentido contrario a las agujas del reloj.

—En cualquier caso, Loane, este templo es lo que sea menos convencional. —Sonreí al comentario de Álex.

—Observa este paso —le pedí, señalando la imagen con el índice—. En la décima cuarta estación, cuando dan sepultura a Jesús. Dista mucho de la que establece la costumbre. Si te fijas, de la herida del costado izquierdo sigue manando sangre.

—Parece que se están llevando el cuerpo de Jesús —observó Álex.

—¡El cuerpo vivo de Jesús! —enfaticé el «vivo»—. Están transportando a un Jesús herido, no a un Jesús muerto —revelé—. Sin duda alguna, los apóstoles se hicieron cargo del cuerpo de su maestro.

—Los siete apóstoles que suscribieron el juramento de la Alianza.

—¡Exacto! —exclamé con voz queda, respetando el misterio del lugar—. Los que se designaron como los Siete Arcángeles. Hace ya tiempo que estamos seguros de que lo que ocultó la Alianza con tanto secretismo fue el cuerpo de Jesús.

—¿Pero un cuerpo vivo, o un cuerpo muerto? —planteó Álex.



—No lo sé —respondí cauta—. Pero Jesús no resucitó y, por tanto, la profecía del redentor no se cumplió.

Después de decir aquello me quedé un rato en silencio, examinando las imágenes de aquel inusitado vía crucis. La mayoría de las estaciones presentaba peculiaridades, algunas más asombrosas que otras.

—¿Qué miras con tanto detenimiento? —dije cuando, al girar la cabeza, observé a Álex centrado en las estatuas que se levantaban en el templo.

¿Te has dado cuenta de que todas las esculturas miran hacia el suelo? —me preguntó entornando los ojos.

—No había reparado en ello —contesté paseando mi mirada por su conjunto.

—Todas parecen tener la vista fija en un punto determinado —apuntó meditabundo Álex.

—Es cierto. Qué extraño...

El silencio tomó de nuevo protagonismo en el recinto, mientras el deambular de mis pasos se detenía frente al púlpito y suscitaba el interés de Álex, que se mantenía alerta a cualquiera de mis movimientos.

—Cuando Saunière encargó estas estatuas a Giscard, codificó con intención alegórica una historia muy diferente de la que nos han contado. Fíjate en las figuras apostadas a los lados del altar mayor —comenté, señalando una y otra. —Esperé unos instantes a que Álex se acercara—. En el lado derecho —comencé a explicar—, la Virgen sostiene en

sus brazos a un niño, y a la izquierda del altar, san José sujeta a otro niño.

—¿Dos niños Jesús? —se anticipó a decir Álex.

—No lo creo —respondí moviendo la cabeza hacia los lados.

—¿Jesús y su primo Juan Bautista? —dijo como segunda opción—. Es mucha la iconografía que los representa compartiendo juegos de infancia. Hace unos meses, leyendo una revista eclesiástica, me topé con un artículo en el que se decía que durante los tres siglos siguientes a la muerte de Jesús, el Mesías se reconocía a través de la figura de san Juan Bautista y no la de Jesús de Nazaret. Era fácil confundirlos.

—Puede tratarse de Juan Bautista —expresé, aunque poco inclinada a creerlo—. Pero ¿por qué otra vez dos? —lancé al aire, casi como una pregunta retórica.

—No te entiendo —dijo Álex.

En esas imágenes había algo extraño. Sabía que mi subconsciente ya lo había reconocido, pero me costaba hacerlo aflorar a la consciencia, quizá porque, aunque fueran simples conjeturas, algunas eran bastante atrevidas.

—¿Recuerdas mi conversación con Marco Rospigliosi? —Álex asintió—. Comentó que en una de las escenas representadas en la Losa de los Caballeros se distingue a dos hombres montados a lomos de un solo caballo, y que hay quien se aventura a pensar que Bérenger Saunière, aparte de

unas cuantas monedas sin valor, halló dos esqueletos en sus excavaciones. Dos caballeros que comparten montura, dos supuestos esqueletos, dos niños... —enumeré, enfatizando la cifra—. El dos parece repetirse con una frecuencia inusitada en esta historia.

—¿Y qué puede significar? —sondeó Álex—. Se suele considerar que la cifra mágica del cristianismo es el siete. Aunque no creo que en este caso se emplee el dos con connotaciones cabalísticas.

—Yo tampoco lo creo —afirmé en tono suspicaz.

*Mientras mi mente trataba de dar forma a aquella nueva incógnita, las paredes de la iglesia comenzaron a girar extrañamente en torno a mí, como si me encontrara en el centro de un tiovivo, para después desdibujar los contornos y formar múltiples espirales a mi alrededor. Todo se diluía ante mis ojos, perdiendo solidez. Los tonos vivos de las imágenes se derretían ante mi mirada, como grandes gotas de color que se fundían caprichosamente para formar un simposio que llenaba hasta el último repliegue de mi cerebro, mientras mi consciencia se desvanecía poco a poco. Casi de inmediato me encontré sumida en un silencio sobrenatural. Anegada en él, noté un cálido hormigueo que me recorría paulatinamente de los pies a la cabeza, al tiempo que advertía desconcertada como, de manera inexplicable, mi carne se resquebrajaba a*

*lo largo de todo el cuerpo, hasta desligarse de los huesos y adquirir voluntad propia. Me estaba abriendo en canal.*

*Aspiré varias bocanadas de aire para relajarme y despejar la mente, pero no lo conseguí. Entonces, el lugar quedó inmerso en un vacío negro e infinito, y una sensación empática, procedente de un exterior ajeno y desconocido, me abasteció de una angustia perturbadora que se fundió de modo hiriente con el miedo exasperante que me atenazaba desde hacía un rato. Los pensamientos flotaban dentro de mi cabeza, pegajosos, adhiriéndose al cráneo como filamentos de gelatina. Un escalofrío que me atravesó la nuca y recorrió vertiginosamente la línea de la columna me hizo pensar que me desplomaría allí mismo. Antes de que el cúmulo de insólitas sensaciones me arrastrara por completo hasta despojarme de las mías propias y me sumergiera en un estado de extraña ingravidez, sin densidad, alcancé a apoyarme en un pilar del altar mayor. La sangre me bombeaba con fuerza en los oídos. Las sienes iban a estallarme. Alertado, Álex se había acercado y me sujetaba con fuerza entre los brazos para impedir que cayera al suelo. De golpe volví a la realidad.*

—¿Qué te ocurre, Loane? —preguntó preocupado.

—No lo sé —respondí con voz mortificada—. Te aseguro que no lo sé... —dije, intentando enfocar algún punto concreto.

A pesar de que un frío glacial se había apoderado de mis huesos y estaba temblando, sudaba profusamente. Era un sudor gélido y espeso que se deslizaba lentamente por la piel. Álex se sacó del bolsillo un pañuelo de tela y me lo pasó con cuidado por la frente para enjugar aquella incómoda humedad. Cuando lo retiró, su rostro se quedó en blanco. Con un gesto mecánico llevé los ojos al pañuelo. Lívida, parpadeé varias veces ante lo que presenciaba.

—¡Es sangre! —sollocé. Álex ahogó una exclamación en la garganta—. ¡Es sangre, Álex! —prorrumpí de nuevo, nerviosa—. ¡Estoy sudando sangre!

Sentí que los brazos de Álex me estrechaban con más fuerza contra su pecho. Tras unos instantes de silencio en los que intentábamos comprender qué ocurría, tomó la palabra.

—No pasa nada —intentó calmarme, al tiempo que me acariciaba el cabello y me besaba la frente con ternura—. Te llevaré al médico. No te pasará nada malo. Te lo prometo —decía intranquilo—. Te lo prometo. Te lo prometo —repetía incansable.

Su voz sonaba asustada, desmintiendo sus palabras. Sin embargo, su sonrisa o, simplemente el débil rastro que quedaba de ella, logró tranquilizarme.

Llegamos a la pequeña clínica del pueblo cuando el médico terminaba de pasar consulta. Esperamos a que saliera el último paciente de la mañana, un anciano bajo y enjuto cuyo rostro dejaba entrever en los marcados surcos la

infamia del paso del tiempo. Deformado y encorvado por el dolor, el acusado reumatismo lo obligaba a arrastrar los pies.

El médico de Rennes-le-Château, alto, de avispados ojos azules, pómulos prominentes y labios pálidos, salió a mirar si quedaba alguien más. Al vernos aguardando nos hizo pasar amablemente. Tras recorrer el corto pasillo que comunicaba la sala de espera con la consulta, una habitación de reducidas dimensiones, techos altísimos y paredes pintadas de lila, me sobrevino una intensa debilidad e instantes después estaba sumida de nuevo en esa interminable procesión de extrañas sensaciones que me habían visitado apenas media hora atrás. Las piernas me flaquearon, y me tambaleé. Álex, atento a mi estado en todo momento, me aferró con sus enormes manos por la cintura para frenar mi caída. El médico de la aldea, al ver lo que ocurría, acudió de inmediato en su auxilio, y entre los dos me tumbaron en la camilla.

—¿Qué le sucede? —preguntó el galeno con semblante sereno y reposado.

—No sabría muy bien cómo explicárselo para que me entendiera —respondió Álex en un francés impecable—. Estábamos visitando la iglesia cuando de repente se ha desvanecido, sin más. Apenas podía mantenerse en pie. Aunque temblaba de frío, sudaba copiosamente. Mire. —Le mostró el pañuelo con el que había limpiado mi rostro.

El médico pareció asombrado ante lo que veía en aquella tela blanca; sin embargo, no dejó ver más sorpresa que la que se adivinaba detrás de sus viejas gafas, que se subió con un dedo al tiempo que se acercaba el pañuelo a los ojos.

—Hematidrosis —diagnosticó de forma escueta y concisa.

El puño que me atenazaba el corazón desde que habíamos abandonado la iglesia de Santa María Magdalena se aflojó cuando oí de boca del médico la palabra científica que explicaba aquel extraño acontecimiento.

—Aunque se trata de un trastorno muy poco común, puede darse cuando la persona se encuentra sometida a un elevado nivel de ansiedad —comenzó a explicar—. A causa de la contracción que sufren los vasos sanguíneos como consecuencia de un elevado dolor psicológico, los capilares se rompen y provocan pequeñas hemorragias cerca de las glándulas sudoríparas. La sangre se mezcla con el sudor y sale por los poros. —Hizo una pausa en su explicación y sonrió de forma afable—. Tiene la tensión bastante alta —observó tras medírmela—. Pero es lógico, teniendo en cuenta el susto que se ha llevado. ¿Ha sufrido últimamente un nivel de estrés o ansiedad excesivo? —me preguntó.

Álex y yo cruzamos una mirada rápida, y cada uno vio la respuesta en los ojos del otro.

—Sí —respondió Álex por mí—. En las últimas semanas ha sido víctima de varios severos reveses.

—Entonces ya sabemos cuál es la solución —dijo con voz firme, aunque dejando traslucir una ligera sonrisa de comprensión—. Buenos alimentos y reposar hasta aburrirse. —Dilató la sonrisa—. Tenga cuidado estos días de no golpearse. Después de un episodio de hematomas, la piel queda extremadamente frágil, y podrían producirse severos hematomas. Voy a traerle un tranquilizante para que duerma esta noche como un bebé y se quite de encima la fatiga. Además, le vendría bien un complejo vitamínico.

—Gracias, doctor —dije en la lengua gala.

—¿Perciben ese olor? —preguntó el médico de repente.

—¿Un olor dulzón? —le ofreció Álex a modo de respuesta.

—Sí.

—Yo también lo noto —afirmó Álex—. Es extraño pero exquisito. Dulce, intenso, fresco...

—Exactamente.

A continuación, el médico abrió la puerta de la consulta. Cuando cruzó el umbral para ir a buscar los medicamentos noté la mirada de Álex clavada en mí. Permanecía inmóvil junto a la camilla, contemplándome como un muñeco de cera.

—Quiero que dejes este asunto —expresó con voz firme—. Ya has sufrido bastante por culpa de este maldito secreto.

—No podemos abandonar ahora —dije calmada y haciendo gala de sensatez, mientras me incorporaba—.



Estamos tan cerca de la verdad... Casi podemos tocarla con los dedos. Si nos retiramos en este momento, todo lo que hemos sufrido hasta llegar aquí habrá sido en vano. Descubrir el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles —bajé el tono de voz— es la misión para la que parezco predestinada. Absolutamente todo lo que me rodea parece orientarse hacia algo para lo cual aún no tengo explicación.

El semblante de Álex no cambió.

—Me da igual —dijo intentando controlar su malestar, con una preocupación mal disimulada—. No estoy dispuesto a exponerte a ningún peligro más.

—Nadie escapa a los designios del Señor —citó sin pensarlo.

Lejos de dejarse persuadir, Álex mantenía una actitud firme frente a mi postura. Con una expresión inflexible y rigurosa en el rostro, mostró su disconformidad:

—Mañana regresamos a Madrid.

—¿No eres consciente de que esto ya no depende de tu voluntad? ¿De que ni tan siquiera depende de la mía? —dije en un intento desesperado por abrir una vía de negociación—. Está por encima de nosotros, Álex. Por encima del bien y del mal. Por encima, incluso, del cielo y del infierno. Solo necesito un día, a lo sumo dos, para llegar al fondo de este asunto —me aventuré a decir—. Te doy mi palabra de que seguiré al pie de la letra las recomendaciones del médico y me mantendré en todo momento bajo tu tutela.

Álex guardó silencio. Seguía inmóvil junto a mí, con la mirada fija en la mía. Intuí que de sus cavilaciones saldría una decisión, probablemente definitiva.

—Dos días, Loane —cedió—. Solo dos días —repitió con firmeza.

—Sí, mi señor —dije bajando la mirada y asintiendo con gesto resignado.

Instantes después, el médico entró en la consulta con varias cajas en las manos. Las apoyó cuidadosamente en la mesa y, tras repetirme las recomendaciones e indicaciones, me dio el alta.

—Aunque lo que le ha sucedido no reviste gravedad, no deja de ser curioso —expresó con sus modales reposados mientras nos dirigíamos a la puerta—. El caso de hematidrosis más conocido se atribuye a Jesucristo, que lo experimentó cuando oraba en el huerto de Getsemaní, en el Monte de los Olivos, al presentir su tormentosa muerte: «Y entrando en agonía, oraba más largamente. Y vínole un sudor como de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo». Lucas, capítulo veintidós, versículo cuarenta y cuatro.

Era mediodía cuando Álex y yo abandonamos la consulta con el diagnóstico bajo el brazo. Tras cruzar una pequeña zona ajardinada, cubierta de césped y petunias blancas dispuestas en cuidadas hileras, enfilamos la calle que nacía a

nuestros pies escoltados por un sol cristalino con ganas de lucirse. Tomamos la siguiente vía que salía a la izquierda y nos encaminamos directamente a la humilde pensión para que, por estricta prescripción facultativa y en honorable cumplimiento de mi palabra, yo pudiera descansar un rato y empezara a disipar el estrés acumulado en los últimos días.

Después de la ingente cantidad de alimentos hipervitaminados en forma de caldos y verduras que la aprensiva Geneviève y Álex me obligaron a ingerir, me retiré un rato a la habitación. El cansancio no había cedido apenas, pero al menos, la cadena de insólitos síntomas que me había acompañado durante el extraño episodio había desaparecido. Aun así, luché contra la sensación de inquietud mientras entraba en la habitación y cerraba la puerta. Bajé la persiana y me tumbé en la cama con una vieja manta de cuadros escoceses por encima. Me acurruqué contra la pared e intenté vaciar la mente de hipótesis y preguntas; traté de no pensar en nada que no fueran tranquilos paseos por playas exóticas del Caribe o Nueva Zelanda. Aunque el sueño tardó un tiempo en obsequiarme con su compañía, finalmente me hizo una visita.

Desperté de aquel sueño reparador bien entrada la tarde, entre aromas de resina e incienso. Somnolienta, consulté el reloj que pendía de la pared. Había dormido tres horas largas y las manecillas fosforescentes pasaban unos minutos de las seis cuando Morfeo decidió aflojar su abrazo. De

inmediato, caí en que el horario de visitas de la iglesia de Santa María Magdalena terminaba a las ocho de la tarde. Me levanté de un salto, tiré la manta a un lado y salí precipitadamente de la habitación en busca de Álex. Cuando lo encontré, acomodado en un rincón del saloncito, engullía con ansia una de las últimas reediciones del irreverente Baudelaire, su poeta favorito, mientras las ascuas que se consumían en la chimenea de piedra crepitan a su lado, desprendiendo finas volutas de humo, y el tenue resplandor cincelaba los contornos regulares de su rostro.

Lo sorprendí con un dulce beso en los labios, al que correspondió vehementemente, y lo insté a que prosiguiéramos con nuestra inspección de la iglesia de Rennes-le-Château. Al verme restablecida casi por completo, tras hacerme acatar ciertos condicionantes y pautas, accedió, aunque a regañadientes, a mi petición.

En poco menos de media hora nos hallábamos de nuevo en aquel revelador templo. A la luz ambarina de las lamparillas que plagaban el recinto y barnizaban los rincones con un aire místico, el ambiente se volvía aún más misterioso. A diferencia de las impresiones que me habían asistido durante la visita matinal, cuando la noche cae anticipadamente en los percederos días de noviembre y las tonalidades cobrizas del crepúsculo se abren paso en el horizonte, sentía un peso impreciso e indescriptible. El aire se había tornado espeso, extremadamente condensado, casi lacerante para los

pulmones. Mis sentidos se veían invadidos violentamente por los estímulos que emanaban de todo cuanto había allí, para mostrarme una estancia que se erguía desafiante ante mis ojos. Aquel lugar destilaba un clima hipnótica y envolvente a última hora de la tarde.

Sin tiempo que malgastar, y como una llamada de atención que me hacía el subconsciente, dirigí mis pasos hacia el altar mayor. Frente a él, situada a pocos metros del púlpito, comencé de nuevo a estudiar las dos imágenes emplazadas a sus lados. Sin ser figuras de gran calidad artística, pues el atractivo que podían ofrecer a un ojo crítico era nulo, parecían querer confesarme lo que durante tanto tiempo habían callado a otros. Aquellas estatuas frías no tenían la pretensión de mostrarse indiferentes hacia mí. En el silencio al que exhortaba el conjunto, avivado por mi hervidero de ideas, una claridad mental, casi milagrosa, tomó vida en mi cabeza. Súbitamente, las piezas comenzaron a ocupar sus posiciones sin lugar a equívocos. Sonreí.

—Álex —llamé solícita.

—¿Sí? —respondió mientras se acercaba.

—¿Recuerdas la composición de *La Virgen de las rocas*, de Leonardo da Vinci? —le pregunté con suspicacia en mi entonación.

Asintió levemente.

—Capta un momento espurio e improbable de la niñez de Jesús junto a su primo Juan Bautista. Los dos reposan junto a

la Virgen al lado de una gruta —dijo a modo de explicación—. Curioso, por otra parte —anotó—, pues por extraño que resulte, esta escena no aparece descrita en parte alguna de los Evangelios.

—Es otra de esas controvertidas obras del genio toscano —dije mordaz—. Empeñado en añadir y borrar detalles en cada nueva versión que los frailes de la iglesia de San Francisco el Grande lo obligaban a pintar, e inspirada en vete a saber qué textos heréticos. —Me encogí de hombros—. La figura de la Virgen, situada en el centro del cuadro, es la que toma protagonismo frente al resto de las imágenes, en detrimento de los dos niños...

—... Jesús y Juan Bautista —intervino Álex.

—Y del ángel...

—Uriel —especificó.

—Durante los años posteriores a la realización de esta obra maestra surgieron varias imitaciones —expuse—. Pintores como Joos van Cleve, Bernardino Luini y Marco d'Oggiono se aventuraron a adoptar el tema tratado en la extraordinaria composición. Pero, sin lugar a dudas, una de ellas destaca por encima de las demás: *Los tres niños santos*, de Bernardino de Conti, alumno aventajado de Leonardo, que ocupa el privilegiado lugar que su maestro otorga a la Virgen en la escena con la figura de un tercer niño de mayor tamaño y edad.

Álex, curioso y atrapado por la suspicacia que despertaba en él mi explicación, se apresuró a sacar el teléfono para buscar en Internet el cuadro al cual hacía referencia. Mientras observaba la fascinante composición en la pantalla, continué desarrollando mi hipótesis.

—La figura de mayores dimensiones es Juan Bautista —proseguí—; la situada a la derecha de la escena es Jesús. Tanto en la obra del genio del arte como en esta de De Conti se identifica a Jesús sin lugar a dudas porque extiende la mano en claro ademán de consagración.

—La representación del personaje de Jesús es indiscutible, como bien dices —observó Álex sin despegar los ojos de la imagen que le ofrecía la tecnología.

—En el cuadro de Leonardo da Vinci, Jesús bendice a su primo Juan Bautista...

—¿Y en el de Bernardino de Conti? —preguntó Álex.

—A su hermano —respondí.

—¿Un hermano? —repitió Álex, al tiempo que se pasaba la mano por la barbilla, meditabundo—. No es extraño —concluyó—. Según san Marcos y san Mateo, Jesús tuvo seis hermanos: José, Simón, Jaime y Judas, y Lidia y Lisa.

—No dudo, en este caso, de la palabra escrita en los Evangelios —afirmé—. Sin embargo, ¿qué peculiaridad encuentras en los niños que sostienen en sus brazos las figuras de la Virgen y san José de esta iglesia? —lancé al

aire, señalando de nuevo el altar mayor para dirigir la atención de Álex.

—Que son iguales —dijo poco convencido.

—El niño que aparece a la izquierda en la escena plasmada por Bernardino de Conti, y a quien Jesús esta bendiciendo, es su hermano mellizo —afirmé.

—¿Cómo? —dijo Álex, a medio camino entre la sorpresa y la incredulidad.

—Como tú mismo puedes ver en las estatuas que flanquean el púlpito, los niños son idénticos. Como dos gotas de agua. No se trata de ninguna coincidencia. Todo lo relacionado con este templo tiene una razón de ser, sin que intervenga el azar. Por eso, los niños que pintó De Conti están representados con los mismos gestos que los de Da Vinci en *La Virgen de las rocas*.

—¡Joder! ¿Sabes que tienes razón? —señaló Álex mientras comparaba ambas obras—. Entonces, dos Mesías, dos redentores, dos hijos de Dios, dos Cristos... —reflexionó en tono casi inaudible.

Un silencio suspendido en los labios flotó a nuestro alrededor.

—¿En cuántas premisas más habrá mentido la Iglesia? —esbozó después con cierta indignación.

—Quién sabe —respondí—. Pero lo que sí me queda claro es que adaptó a sus necesidades el carácter mesiánico de Cristo para obtener la mayor rentabilidad. Hizo de Jesús



una figura a su imagen y conveniencia, de la que servirse para llenar las arcas. Un Dios a medida —aseveré con convicción—. Durante siglos, la Iglesia católica se ha encargado de destruir casi todos los textos que, a su juicio, resultaban infames e injuriosos para el crecimiento de la fe; ha encubierto la realidad tras una máscara de ventajas y oportunismo. Todos hemos oído hablar de los Evangelios apócrifos, esos escritos heréticos denostados y condenados por la Iglesia que revelan una doctrina muy diferente de la transmitida en los Evangelios estipulados como canónicos, aunque su interpretación desafíe al sentido común y no deje de cuestionar el origen del cristianismo, y comprometer a la Iglesia católica.

—La Iglesia es como una araña negra —señaló Álex—. Poco a poco va tejiendo la tela para hacernos caer en su trampa.

—Hasta que nos atrapa.

—A veces pienso que su única fe es la del poder y el dinero.

—Yo eso no lo pienso solo a veces, Álex...

—La posibilidad que acabas de plantear —tomó de nuevo la palabra—, la idea de que Jesús tuviera un hermano gemelo, es sorprendente.

—Sin duda, pero estoy segura de ello aunque suene descabellado. También lo estoy de que el hermano gemelo de

Jesús formaba parte de su círculo de doce apóstoles —añadí con cierta satisfacción.

—Es muy probable —me apoyó Álex—, pero ¿quién puede ser?

—Lo ignoro —anoté impotente—. Aunque los sospechosos sean solo doce, resulta difícil saber cuál de ellos compartía sangre y linaje con Jesús.

—Quizá si...

*De repente, se elevó ante mí un colosal monumento de sombras que devoraba cualquier luz que saliera a su paso. Mis ojos comenzaron a atestarse de tinieblas, envueltos en una tempestad oscura, hasta que la más absoluta penumbra invadió por completo mi visión y me relegó de nuevo a una irrealidad cerrada y tétrica. Claustrofóbica. Sin nada que me vinculara al tiempo ni al espacio. A mi alrededor, todo era oscuro e infinito, vacío. Mi corazón se aceleró vertiginosamente a medida que el manto de nubes negras se hacía más denso y anegaba mis sentidos en una noche sin fin. Podía oír sus latidos, que me golpeaban la cabeza como un martillo. Me resultaba imposible orientarme; la oscuridad parecía magnificarlo todo y trastocar cualquier proporción. Un insondable silencio se desplomó de golpe sobre mí. Solo me llegaba el palpito cadencioso de mi pulso. Cada vez más rápido, cada vez más tétrico. Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir con la pretensión de*

*recuperar la vista, buscando desenfrenadamente la luz como un demente desesperado por escapar de su mundo de locura. Sin embargo, aquella noche eterna seguía allí, enroscándose por mi cuerpo, escupiendo una oscuridad lúgubre en todas direcciones.*

*Sin ser consciente de lo que sucedía, noté una extraña fuerza sobre mí. Varias manos aferraban con brutalidad mi ropa y me despojaban de ella con tirones secos, hasta que quedé completamente desnuda en mitad de aquel océano de tinieblas. Desconcertada e indefensa, llamé en repetidas ocasiones a Álex mientras lo buscaba a tientas, pero mi voz se ahogaba angustiosamente antes de llegar siquiera a la garganta, como si una corriente inundara mis cuerdas vocales y asfixiara las palabras. Ningún sonido salía; mis gritos eran mudos. Fue entonces cuando sentí una violenta sacudida en el costado derecho, que me hizo tambalear. Un gemido con sabor a dolor salió expedito de mis labios. El corazón se me encogió de miedo. Cuando, a duras penas, logré recuperar el equilibrio, un segundo golpe me hizo caer estrepitosamente. Con las rodillas clavadas en el suelo, me vencí sobre mí misma. El dolor dominaba el caudal de impresiones que recorría mi cuerpo en una espiral ascendente de confusión y angustia. Noté el pánico que me impregnaba las células mientras las lágrimas ascendían hasta los ojos impotentes.*

*En aquella humillante posición oí unos pasos que se acercaban presurosos. El sonido siseante de unas botas adquirió protagonismo, mientras en mi cuerpo se depositaba una sensación de pesadez.*

*Esa fuerza que había tomado la forma de verdugo invisible comenzó a golpear mi espalda sin descanso. Intenté moverme, pero solo me sirvió para advertir que tenía las muñecas inmovilizadas por los nudos etéreos de unas cuerdas que no parecían existir, pero que aferraban mi cuerpo fuertemente a un madero situado en mitad de una nada deshabitada de luz, impidiéndome cualquier movimiento y dejándome expuesta a la crueldad de aquel ser inmisericorde. La sensación de terror aumentó hasta colapsar mis sentidos. El agudo dolor que provocaban los golpes estaba definido por una sensación punzante que me abrasaba cada trozo de piel que recibía las ruines sacudidas. Entonces supe exactamente con qué me golpeaban: era un látigo. Mi cabeza giraba vertiginosamente, y mis músculos se tensaban con cada vapuleo. Aun siendo consciente de la inutilidad de cualquier esfuerzo por librarme de aquel tormento, mi cuerpo se retorció estéril, indeciso, pesado, buscando quizá un hálito de esperanza entre los raigones de oscuridad. Mi corazón se agitaba de forma espasmódica. El pulso me latía en las sienes, y un intenso frío me*

*recorría las entrañas. El miedo se me escapaba por la mirada cada vez que el dolor subía reptando por mi torso.*

*El látigo se descargaba contra mi espalda desnuda una y otra vez, delineando surcos en la piel. Contuve un grito y apreté los dientes. Su restallido me recorría los nervios como un fantasma. Los afilados trozos de hueso entrelazados en las tiras de cuero del extremo desgarraron la carne hasta que la piel se desprendió en largos jirones. El rigor de los golpes parecía responder, por su precisión y técnica, a unas manos expertas en la noble industria del dolor, hábiles en ese método de castigo, que apenas me dejaban tiempo para tomar aliento entre sacudida y sacudida. Cada una de ellas me debilitaba, me abatía, me hería brutalmente. Finas líneas brillantes centelleaban ante mis ojos en contrapunto a las llamaradas de dolor, que se extendían en una violenta deflagración por todo mi cuerpo e intensificaban mi angustia, entre las sombras de aquella noche interminable en la que el dolor, la sangre y el miedo habían pasado a constituir toda mi realidad.*

*El suplicio era escalofriante. Estallé en sollozos lastimeros, víctima de unas circunstancias imposibles de controlar, prisionera de aquellas espantosas sombras, con un agudo zumbido en los oídos que pretendía enloquecerme, sin una bocanada de aire que llevarme a los pulmones, al límite de las fuerzas y dolorida. Terriblemente dolorida. Esa insólita situación bloqueaba todo*

*pensamiento ajeno a ella y me sumergía en el centro mismo de la pesadilla.*

*Como un bisbiseo emergente de la profundidad de un abismo, a kilómetros de distancia, en un estado de desapacible y fantasmal ensoñación, podía oír el eco de la voz angustiada e inquieta de Álex, que repetía mi nombre de manera incesante. Grité de nuevo, pero la garganta seca y cerrada no me obedecía. Pareció romperse cuando traté de chillar.*

*Al tiempo que intentaba resistir el dolor y pugnaba por aventarme de una lucha perdida de antemano, el látigo continuaba restallando tortuoso por mi cuerpo, empuñado implacablemente por la férrea mano del diablo, mientras su sonido se entretejía en mi cerebro como un canto macabro al que mis oídos parecían, ya, haberse entregado. A lo largo de mi espalda, los regueros de sangre corrían con cálido sigilo hasta alcanzar el suelo, mientras un terror desconocido me paralizaba. Si aquello no era el infierno, se le parecía mucho.*

*El látigo seguía cayendo sobre mí repetidamente, rasgando, cortando, destrozando y hendiendo su filo de cuero, y yo lo recibía en medio de una agonía espantosa, como si estuviera sumergida en el panel derecho del Juicio Final de Hans Memling.*

*Agotada y rendida a la severidad del martirio, cuando ya pensaba que no podían quedar dentro de mí más temblores,*

*un enérgico estremecimiento sacudió hasta el último rincón de mi ser. Pero entonces la presión de mis muñecas cedió de pronto, y me desplomé. Mientras mi cuerpo se batía en convulsiones de dolor sobre las baldosas heladas de aquella humilde iglesia, la dantesca escena se fue debilitando. Los contornos de la realidad empezaron a recobrar la forma a mi alrededor. La oscuridad se deshilachó poco a poco hasta que, al fin, mis ojos se vaciaron de tinieblas y se cerraron exhaustos. Permanecí acurrucada, en posición fetal, gimiendo y sollozando indefensa.*

## CAPÍTULO XXVIII

Entreabrí los ojos desorientada, atenazada por el miedo y la incertidumbre sobre lo que había sucedido y lo que estuviera por suceder. Los párpados me pesaban de manera horrible, y una especie de contracción pulsátil me sacudía las sienes y amenazaba seriamente con hacerme estallar la cabeza si no le ponía remedio inmediato. Tenía un fuerte sabor medicinal en la boca, como si tuviera un laboratorio químico encima de la lengua.

Los pensamientos que acumulaba mi mente eran desorganizados y azarosos. Moví los ojos en todas las direcciones, atisbando entre el abanico de pestañas cuanto me rodeaba con el fin de situarme. Mi cerebro procesó lentamente el entorno que se abría paso a través de mis pupilas. Me hallaba en una habitación amplia, con grandes ventanales, bañada por la luz ambarina de un sol que se colaba furtivamente a través de los cristales y pintada en una tonalidad verdemar que la hacía muy acogedora, aunque olía horriblemente a antiséptico y desinfectante. Los únicos muebles que la ocupaban eran una silla de metal y una estrecha mesa de formica con ruedas. Imperaba un silencio



místico propio de un monasterio. A pesar de la fuerte asepsia, sentí la realidad como una dulce caricia.

Un hombre alto, delgado, de mediana edad, con barba incipiente y el pelo tirante hacia atrás, apartado mediante una coleta de la piel rosácea de sus facciones suaves, me miraba fijamente desde el otro lado de la estancia, de pie y estático, con unos grandes ojos de color índigo.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó en un castellano perfecto, aunque con acusado acento francés.

—Bien —respondí con voz correosa—. ¿Dónde estoy? —pregunté segundos después, cuando tomé conciencia de mi estado.

—Está ingresada en el Centre Hospitalier Sainte Dominique, cerca de Rennes-le-Château. —La modulación de su voz era cálida, flexible y templada. Alentadora.

—¿Y usted es...? —proseguí con mi particular interrogatorio.

—François Fortier, médico forense del hospital y colaborador del *European Journal of Parapsychology* —se presentó descriptivamente en tono amable.

—¿Estoy muerta? —pregunté con ironía.

—No, señorita Darey —respondió escuetamente.

—Entonces, ¿loca? —insistí mordaz.

—Tampoco —dijo con una ligera sonrisa—. ¿Recuerda algo de lo que le sucedió ayer?

—¿Dónde está Álex? —interrumpí repentinamente, haciendo caso omiso de su interrogante y dejando insatisfecha su curiosidad.

Aquel hombre poco locuaz, de cortesía serena y formas reposadas, me miró compasivo por encima de las gafas de alambre que descansaban en la parte inferior de su obtusa y apenas significativa nariz. Lentamente y en silencio, se dirigió a la puerta. La entreabrió despacio y, con un escueto gesto de la mano, llamó a alguien que se encontraba al otro lado. Al instante, Álex irrumpió en el cuarto con actitud impaciente y alerta. Tenía una expresión sombría y preocupada marcada en los rasgos, pero al ver que estaba despierta, sus labios adoptaron inconscientemente una sonrisa y su mirada vidriosa adquirió un brillo que le iluminó todo el rostro.

—Mi niña —dijo quedamente, mientras se acercaba hasta la cama donde me hallaba postrada.

Cuando me alcanzó, se inclinó hacia mí y me dio un suave beso en los labios, apenas un ligero roce, grácil, tenue, sin prisa, sin imposiciones, como si tuviera miedo de que me rompiera, sin esperar siquiera ser correspondido.

—¿Cómo estás? —me preguntó con amargura, en tono rumoroso.

Su voz se percibía afligida, mortificada por la incertidumbre y teñida de una aprensión que parecía atenazarle el pecho. Sus ojos, enrojecidos e hinchados,

presentaban unas prominentes ojeras de color azul, y su piel había adquirido una palidez inusitada en su cálida tonalidad miel.

—Bien —afirmé para animarlo—. Estoy bien, Álex —dije débilmente. Mis labios se esforzaron por dibujar la curva de una sonrisa. No sé si lo conseguí.

Álex me abrazó fuertemente mientras acunaba mi cabeza entre las manos.

—Siento interrumpir —dijo con serenidad el doctor François Fortier, situado discretamente detrás de Álex—, pero me gustaría hacerle unas preguntas, señorita Darey.

Mientras me deshacía poco a poco del abrazo, miré al señor Fortier y respondí a su petición con una leve inclinación de cabeza.

—¿Recuerda lo que sucedió ayer?

—Sí —respondí. Tomé varias bocanadas de aire y tragué saliva.

Bajo la expectante y atenta mirada del médico, así como la de Álex, que me cogió la mano con ternura y la acunó entre las suyas, me dispuse a narrar de manera pormenorizada la dantesca experiencia por la que había pasado el día anterior en la iglesia de Rennes-le-Château. Reviví cada una de las sensaciones que había tenido mientras mi cuerpo era castigado con saña.

Con los ojos anegados en lágrimas, rehíce mentalmente el extraño suceso y sentí de nuevo el desgarrador sufrimiento al

que me había sometido aquel verdugo sanguinario y cruel que me había fustigado hasta lacerarme la carne y convertir mi piel en jirones. Tardé casi treinta minutos en relatar detalladamente la aflictiva e inexplicable experiencia.

—¿Me creéis? —pregunté angustiada cuando terminé mi crónica.

En aquellos dos rostros había una extraña seriedad que parecía estar muy por encima de las circunstancias. Françoise Fortier cruzó una breve mirada con Álex, quien le cedió la palabra con un gesto.

—Claro que la creemos —se pronunció el doctor—. Señorita Darey... —dijo mientras se me aproximaba con expresión afectada. Me revolví intranquila en la cama, y Álex me apretó la mano de nuevo—. Su cuerpo revela todo cuanto nos ha contado —afirmó—. Usted ha sido flagelada. —Fruncí el ceño durante un segundo y mis ojos negros se volvieron interrogantes—. Con saña —añadió.

—¿Cómo dice?

—Su cuerpo presenta hendiduras lineales entrecruzadas de una longitud comprendida entre treinta y cinco y cincuenta centímetros —comenzó a detallar mientras se ajustaba los quevedos al puente—. Exactamente treinta y nueve, repartidos por hombros, espalda, glúteos y muslos. Es más; se aprecia que el látigo utilizado era un escorpión, que debe el nombre a los aguijones lacerantes que rematan las puntas. Calculamos que el atroz suplicio duró entre cuarenta y cinco

minutos y una hora. Durante ese tiempo, y a causa de las lesiones provocadas por el látigo, sufrió una hemorragia que obligó al corazón a aumentar el ritmo para compensar la falta de volumen sanguíneo, aunque la escasa perfusión hace que se debilite el pulso y se enfríe la piel. La tensión arterial desciende vertiginosamente y los niveles de oxígeno empiezan a descompensarse, lo que induce una hipoxia cerebral cuyo resultado es la pérdida del conocimiento.

Todo aquello sonaba horrible. Una gélida sensación se apoderó de mi cuerpo y me erizó el vello de los brazos de forma súbita y perceptible. Me estremecí. Álex me acarició suavemente la zona para calmarla.

—La flagelación que ha sufrido, señorita Darey —prosiguió—, se corresponde con la sanción que imponían los romanos a los condenados a muerte. La precisión de los golpes, la técnica, la destreza con la que estos han sido infligidos, la duración del castigo, el tipo de látigo... Absolutamente todo apunta a que su azotamiento ha sido la recreación de un castigo por...

—¿Por qué, doctor? —prorrumpí ante su silencio—. ¿Por mis pecados? ¿Tan grave ha sido mi falta que merecía un castigo tan atroz?

—¡No, Loane! —intervino Álex—. ¡Nada justifica una condena tan sumamente cruel! —exclamó.

Lo miré mortificada, con una especie de bruma condensada en los ojos. Me entraron unas enormes ganas de

llorar. La impotencia de no poder impedir lo que vaticinaba me arrastró hasta los confines más insospechados de la angustia. Noté que se me estremecían las entrañas. Una idea absolutamente macabra atravesó mi mente como una ráfaga fugaz. Sentía un intenso terror ante la perspectiva de descubrir qué significaba todo aquello, y auténtico pánico de no saber a qué era debido. Las dos posibilidades eran igualmente inquietantes.

—Necesita descansar —aconsejó Françoise Fortier.

—No quiero dormir —protesté con un suspiro, buscando la compasión en el abismo de los ojos azules de Álex, intentando enviarle un mensaje silencioso.

—Pero es necesario que repose —insistió el médico.

—No, por favor...

El doctor Fortier llamó a la enfermera para que me suministrase un somnífero, mientras Álex evitaba mi mirada implorante. La auxiliar entró de inmediato con un frasquito de un líquido vítreo y me inyectó una dosis en el catéter de la mano izquierda. Seguí su movimiento con los ojos. Unos minutos más tarde, el sueño irrumpía impertinente, sin que mi cuerpo pudiera ofrecer ningún tipo de resistencia.

No miré el reloj, así que no supe cuántas horas había permanecido sedada. El tiempo en el país de los sueños, aunque se haya inducido químicamente, se vuelve abstracto e impreciso. Pero apenas había despertado cuando ya me

dominaba de nuevo aquel conjunto de extrañas energías empáticas que gravitaban alrededor de mi cabeza.

Como arrancados de las profundas sombras de un submundo paralelo, lejano a la vez que próximo, ajeno al tiempo a la vez que propio, percibí intimidada los ecos perdidos de una maraña de agravios, insultos y ultrajes que parecían destinados únicamente a mi persona. Mi mente era un hervidero de conversaciones profanas y voces envilecidas en escarnios y mofas. La escabrosa sensación que provocaban en mí aquellas burlas y ofensas solo era comparable al tormento que sufrían mis oídos. Desesperada, me los tapé con las manos. Iba a volverme loca.

*Con el cuerpo dolorido y quebrantado, avanzo a trompicones mientras una mano me empuja secamente por un atrio y me lanza a una muchedumbre bulliciosa, expectante. Esa misma mano, con otro empujón, me hace caer estrepitosamente. Ahogo en la garganta el sollozo que clama por salir. Los presentes, dentro de una esfera sin espacio ni tiempo, contemplan mi cuerpo magullado en inflexión desafiante y desdeñosa. Respiro torpemente, hasta que la mano de otro hombre me sujeta por el brazo y me levanta de un violento tirón. Mi corazón se detiene ante la mirada pétrea de los congregados. Delante de la masa de curiosos, me desnuda el torso. Siento el aire fresco en el cuerpo. Me escuece la piel, y los huesos amenazan con*

*romperse ante tanto dolor. En un arrebatado de orgullo, me niego a proporcionarles la satisfacción de devolverles la mirada. Alguien, desde el otro lado de la aglomeración, tiende al hombre que me sujeta una larga capa granate, y este me la echa con solemne burla por los hombros, mientras mis ojos buscan en el suelo la condescendencia que solo parece dispuesto a ofrecerme el infierno. Bruscamente, me hace girar sobre mí misma para situarme de espaldas a él, frente al envilecido grupo que se cierne en torno a mí.*

*Pasados unos instantes noto en la frente decenas de agudas y despiadadas espinas. Las manos del bárbaro oprimen insidiosas la corona hasta que queda perfectamente ajustada a mi cabeza; las puntas afiladas rasgan la pálida y delicada piel que rodea el cráneo. Un alarido gemebundo emana de mi boca; la infamia del dolor es insoportable. Siento como la sangre que brota de las llagas desciende fugazmente por mi rostro, trazando en él rayas de color rojo y manchando mi melena negra, suelta y enmarañada. Registro su calidez, su tibieza, su suave cosquilleo que recorre la piel, y la espantosa sensación de vértigo que abotaga mis sentidos. Extenuada, me obligan a sostener con la mano derecha una gruesa caña, semejante a un báculo. Comienzo a oír entonces, a modo de sardónica reverencia, palabras difusas que se tornan vagas e*



*ininteligibles para mis oídos, pero que denotan una descarnada mofa hacia mi persona.*

*De la caterva que presencia la caricaturesca humillación se desprende un cuerpo. Un hombre de estatura media, con semblante tosco y simplón, descarado, me arrebató la caña y me golpea con ella la cabeza una y otra vez. Las afiladas espinas se hunden más profundamente en la carne, desgarrándola. Las lágrimas amontonadas en mis ojos se desparraman por las mejillas al compás del iracundo dolor que me hiende el cráneo, mezclándose con la sangre para ungir histriónicamente mi cara. Varios hombres se sitúan delante de mí, me obligan a alzar la vista y, entre ficticias adulaciones, vítores e insultos, me escupen en repetidas ocasiones, dejando la huella de su desprecio en mi rostro. La sensación que me invade es de repulsión, de asco, al tiempo que un inmenso dolor llena mi cabeza...*

De repente, una sacudida me devolvió a la realidad. Un grito desgarrador se abrió paso por mi garganta. Pese a tener los ojos abiertos de par en par, no sabía dónde me encontraba debido al fuerte shock. La respiración entrecortada me impedía expresarme, más allá del balbuceo de unas cuantas palabras ininteligibles. Tenía el cuerpo empapado de un sudor gélido que me helaba la piel. En contraste, sentí el calor de unas manos que apretaban

fuertemente las mías, calmando mi sobresalto y ahuyentando el horror. Advertí entonces la voz de Álex. Su susurro arrullaba mi alma.

—Loane, Loane...

—¿Álex?

—Sí, mi niña. Soy yo —respondió con un nudo en la garganta.

—No me sueltes la mano, por favor... —le supliqué—. No me la sueltes.

—No te preocupes, vida mía, no voy a soltarte. Te lo prometo —dijo en tono nervioso.

Me aferré fuertemente a sus manos, desesperada, con la sensación de que ese contacto era lo único que me anclaba a la realidad, que me ataba a la cordura de este mundo. La última esperanza a la que asirme para no regresar a aquel círculo de hombres que vilipendiaban mi cuerpo a capricho.

—¡Doctor! —oí gritar a Álex—. ¡Doctor Fortier!

Françoise Fortier se personó inmediatamente en la habitación. Algo malo sucedía, aunque no tenía la cabeza suficientemente lúcida para saber qué era exactamente lo que había impresionado tanto a Álex.

Durante unos minutos que me parecieron eternos conseguí mantener la calma mientras me curaban las heridas que habían brotado en mi frente.

—¿Qué está sucediendo? —oí preguntar a Álex, con la voz ahogada por la consternación.

—Yo lo sé —susurré ausente.

Ambos me miraron turbados, con la estupefacción asomada a los ojos.

—Necesito una Biblia —pedí, ante la perplejidad de sus miradas.

El médico, sin dilatar mi petición con preguntas, salió de la habitación y regresó poco después con una Biblia de gran tamaño, encuadernada en piel negra, que había pedido prestada al párroco del hospital. Me la tendió sin mediar palabra. Con esfuerzo, tomé el libro entre mis manos, lo abrí hacia el final y busqué con determinación un pasaje del Nuevo Testamento. Cuando lo encontré, leí con un hilo de voz:

—«Lo desnudaron y le echaron encima un manto púrpura; y, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y en su mano derecha una caña; y doblando la rodilla delante de él, le hacían burla diciendo: “¡Salve, rey de los judíos!”; y después de escupirle, cogieron la caña y lo golpearon en la cabeza». San Mateo, capítulo veintisiete.

Cuando terminé de leer observé la mirada desolada de Alex y Françoise Fortier. No eran insensibles a mi sufrimiento; imposible, a la vista de mi estado. Cuando nuestros ojos se encontraron, bajaron la cabeza con melancolía y cierto saber anticipado.

—Este pasaje que he leído —dije mientras me palpaba las vendas de la frente— describe lo que acabo de vivir.

—¿Qué coño está pasando? —espetó Álex, desesperado.

—Es increíble —señaló el doctor Fortier—. Está reviviendo la Pasión de Cristo —afirmó ante el estupor de Álex—. La sudoración sanguinolenta, la flagelación, la corona de espinas... —enumeró.

—¿Estigmas? —intervino Álex incrédulo.

—En efecto —dijo Fortier, sin apartar la vista de mí—. Por eso, quizá, las heridas no cicatrizan siguiendo el proceso natural, a pesar de que no tiene ningún problema de coagulación. Por eso, quizá, las heridas no supuran, no se infectan, no causan alteraciones en el tejido circundante —enfaticó—. Por eso, quizá, posee ese olor tan particular, señorita Darey. Una fragancia dulce que se intensifica con la cercanía —apreció con una ligera sonrisa.

—Ese olor tan característico —comenzó a decir Álex con una entonación suave— la acompaña desde que sufre estos extraños episodios. Es un aroma delicioso, plácido, que apacigua los sentidos, que invita al recogimiento espiritual... —añadió preso de la confusión.

—No son únicamente estigmas —dije con un hilo de voz—. No es solo mi cuerpo el que participa en la Pasión; también la vive mi alma. Noto el insoportable dolor de los latigazos, los golpes que me hacen hincar la rodilla, las bofetadas, las agudas espinas que me llegan al cráneo, la sangre que me corre por la piel. Las burlas, las humillaciones, las vejaciones que me taladran la mente hasta

enloquecerme. Pero también siento en el corazón la agónica angustia que lo devoraba. Siento su miedo ante el transcurso de un tiempo que lo acercaba sin remisión a su inexorable destino. Su respiración maltrecha se funde con la mía y me estrangula los pulmones. Los estigmas que no se ven producen más dolor que los visibles —dije sin fuerza en la voz.

—No hables, mi niña —me aconsejó Álex—. Por favor, no te exijas más.

Mis labios se elevaron en una lánguida sonrisa que intentaba ocultar los estremecimientos que cruzaban mi rostro, aunque ni siquiera sé si lo logré. Álex y el médico cruzaron una mirada fugaz. Después se apartaron para hablar donde creían que no podía oírlos.

—Mucho me temo, señor Vanderbilt, que los martirios que sufren el alma y el cuerpo de la señorita Darey no han llegado a su fin —dijo Fortier, ante los ojos escépticos de Álex—. Fueron cinco las llagas de Cristo, y cinco, las huellas que se manifiestan en los estigmatizados. —Hizo una pausa para mirarme—. Loane presenta únicamente dos: la de la espalda, por la flagelación y la de la frente, por la corona de espinas.

—Aún faltan las de las manos, las de los pies y... la del costado... —reflexionó Álex.

El doctor Fortier asintió en silencio. Los tres éramos conscientes de lo que ese último estigma podría significar y,

dadas las circunstancias, la posibilidad era cualquier cosa menos remota. En el preciso instante en que sus ojos volvían a cruzarse con los de Álex, un sollozo escapó de mi garganta mientras mi cuerpo se estremecía sobre la cama del hospital. El gorgoteo llamó su atención de inmediato.

—¿Qué te ocurre, Loane? —me preguntó intranquilo Álex, mientras se me acercaba para cogerme la mano.

—Noto una enorme molestia en la espalda —respondí débilmente—. Como si cargara con un bloque de hormigón... El roce me quema la piel —sollocé.

—Es la cruz, ¿verdad? —Álex dirigió la pregunta al doctor Fortier.

—Sí —respondió este escuetamente.

*La realidad deja de imponerse y, sin más, me interno en el difuso silencio de un lugar desconocido, atrapado en el tiempo, extraño a mis ojos, que contraen las pupilas ante el estallido de luz dorada que desprende la tarde. Ese mundo paralelo se mece infinitamente de una forma definida dos mil años atrás. Mis fatigados pies, descalzos, se dirigen por estrechas calles cuya pendiente dificulta mi paso. Vapuleado, mi cuerpo avanza a trompicones, oscilante, ebrio de dolor y cubierto de sangre. Sobre mis hombros, una pesada viga de madera, atada a mis muñecas y a mi pierna izquierda, me obliga a inclinarme para atenuar el acerbo dolor que siento en costillas y brazos. La*

*respiración cuarteada me rasga los pulmones en andrajos que reclaman un soplo de aire, que no se me concede. Me empujan y golpean la espalda con sevicia para obligarme a erguir el cuerpo y proseguir un camino abrupto y trabajoso, mientras la masa me sigue impaciente, entre escarnios y humillaciones, bajo el resplandor vespertino. Alzo el rostro hacia el cielo. Los rayos de sol me arañan la piel de las mejillas, y el sudor que me baja por la frente se me mete en los ojos. Los pies apenas pueden sostenerme, y siento fuertes calambres en las piernas. Durante unos segundos ojeo las caras que me rodean; en ellas se suceden las expresiones de lástima, miedo, incredulidad, maldad y dolor. Mucho dolor.*

*Al fondo, majestuosamente envuelto en una tenebrosidad hiriente, el Gólgota vibra impaciente en todo su macabro esplendor, esperando mi llegada junto a una multitud vociferante. Mientras avanzo pesadamente percibo el frío que provoca el miedo en mi interior, y un sudor gélido me desciende por el rostro. La muchedumbre me lanza piedras que golpean la carne desollada. Lanzo un grito y sollozo miserablemente, aunque nadie me escucha. El bullicio apaga mi lamento, que se pierde entre los confines de la nada. Un estremecimiento me encoge las entrañas cuando veo a las mujeres que se arrodillan a mi paso y lloran desconsoladas. Sé que lo peor está por llegar.*

*Mi carne, carcomida por las heridas, se inflama al roce del lastre que traslado sin fuerzas. La piel de la espalda se resquebraja. Una sensación de sequedad envicia mi boca; la tortuosa sed me quema la lengua y la pega al paladar.*

*—Agua... —gimo.*

*Alguien se acerca con un cuenco de barro y me lo acerca a los labios. Doy un trago, pero lo escupo inmediatamente al percibir su sabor agrio. Es vinagre.*

*Agotada, al borde de la extenuación, tropiezo y caigo sobre la rodilla izquierda. El enorme madero se desploma sobre mi espalda. Me castigan por la caída con varios latigazos. El dolor licuado recorre, veloz, cada una de mis venas. En ese instante, mientras boqueo intentando respirar, oigo una voz grave, gutural, que ordena con firmeza a un hombre que cargue mi cruz y me acompañe en el camino hasta el Calvario. El alivio es inmediato.*

*Las notas tristes de las plegarias y el llanto de las mujeres aglutinadas, fluyen en rededor y se pierden en el manto estriado de las tinieblas que comienzan a teñir el azul del cielo, mientras un rumor resuena en mi cabeza.*

*Siento el aire denso y cargado. Me arden los pulmones y la garganta. La poca luz que queda me taladra los ojos. Cuando mi mirada, angustiada y abatida, recorre la horda que se amontona a mi alrededor, un golpe seco e inesperado en las corvas me precipita de bruces contra el suelo. Echada en la arena, varios soldados me arrancan lo*



*que queda de la túnica, adherida a las llagas reseca que cubren mi cuerpo escarnecido. Una infinidad de pinchazos me invade dolorosamente el cuerpo. Mi piel es una enorme costra agrietada.*

*Inmóvil por el dolor y el miedo, percibo un ruido de metal y madera que se mete, tortuoso, por los rincones de mi cabeza, a la vez que unos cuantos soldados me levantan sin consideración, abriendo aún más las heridas, y me colocan diligentemente los brazos sobre el patibulum de la futura cruz.*

*Boca arriba, tendida en el suelo, respiro profundamente y miro atormentada al cielo, implorando una ayuda que sé que no llegará por más que suplique. Así está escrito.*

*Percibo los pasos de un soldado que se aproxima, se detiene y se inclina hacia mí, tan cerca que puedo sentir su aliento en el rostro. Viene acompañado de un desagradable olor a óxido que me inunda los pulmones hasta provocarme náuseas. Su mirada es fría, desdeñosa. Se tiñe de mezquindad cuando aprieta más la cuerda que me une al madero maldito para asegurarse de que quedo bien sujeta. Con indiferencia, estira mi mano y coloca el primer clavo en la muñeca derecha. Su punta es afilada. Giro la cara hacia el otro lado para no presenciar mi propia tragedia. El martillazo restriñe violentamente en el hierro, abriéndose paso sin consenso y hundiéndose en la carne. Un dolor infame recorre fulgurante cada uno de mis dedos*

*y danza por el brazo hasta llegar a la espalda. El cerebro tañe zumbidos que golpean indómitos la cabeza, una vez y otra. Exhalo un agudo grito que me araña las cuerdas vocales hasta agrietar el sonido dolorido de mi voz. Un segundo martillazo desgarrar la carne, destroza el nervio y detiene durante un momento los latidos de mi corazón. Instantes después noto que me preparan la muñeca izquierda para el asalto. De nuevo, un golpe brutal y seco descarga el segundo clavo, que irrumpe bruscamente y destroza músculos, huesos y tendones a su paso. El dolor escoge un camino igual al anterior. Un recorrido largo, aterrador y lacerante que sobrepasa el límite de lo tolerable.*

*Mis incesantes gritos de dolor se malgastan entre los martillazos huecos que me sujetan firmemente las muñecas al travesaño. A continuación me alzan al stipes, elevando mi cuerpo y enalteciendo mi dolor frente a las miradas de los concurridos. El peso del cuerpo tira de los hombros hasta dislocarlos brutalmente. Todo da vueltas. Mientras el cielo parece volcarse sobre mis ojos, anegándolos en una consternación angustiosa, me llega el lúgubre arrullo de las desoladas letanías que susurran las mujeres.*

*Unas manos frías me colocan metódicamente los pies, uno sobre el otro. Mientras, otras los apuntalan atrocemente a la madera. Siento la longitud del hierro que los penetra, la frialdad del metal que destroza la carne, el hueso, los*

*nervios. Los martillazos me estremecen todo el cuerpo y el dolor se concentra en la cabeza.*

*Un paulatino ahogo me atenaza el pecho, estrangulando los pulmones y quemando unas venas que siento en carne viva. Una sensación sombría, punteada por los latidos débiles pero acelerados del corazón, parece marcar el ritmo mortecino de una dantesca ceremonia cuyo final presagio ya. Intento erguir el cuerpo para aliviar la presión de los pulmones, pero el dolor desgarrador que provoca el clavo de pies hace que me desplome de nuevo sobre mí misma. La sensación de ahogo vuelve a mí, inexorable, coagulando mi sangre y oprimiendo mi cerebro. Mis porfiados y frustrados movimientos hacen que las heridas de la espalda rocen sañudamente la áspera madera, y me transportan a las máximas profundidades del sufrimiento. La muerte se me presenta como una buena amiga. La deseo.*

*Elevo el rostro al cielo con el propósito de solicitar el beneplácito de mi padre. Una espesa masa de nubes negras se cierne sobre el paraje, sumiéndolo en una oscuridad insondable. El cielo y la tierra parecen querer hacerse pedazos y arrastrar las miserables almas de los congregados. Una ráfaga de viento húmedo sacude sin clemencia el monte Calvario. Siento su frialdad en la piel desnuda y escariada mientras las nubes comienzan a descargar un aguacero que acelera el sorteo de mi túnica*

*entre los soldados. Mientras, a lo lejos, se oye el rugir de un trueno. El cielo, airado, parece haber entrado en erupción bajo las órdenes incuestionables de un Dios encolerizado, que clama por el atroz dolor al que someten a quien envió para redimir a aquellos que me crucifican.*

Cuando me desperté, Álex recitaba el Evangelio de Lucas junto a mi cama.

—«Se repartieron sus vestidos, echándolos a suertes. Estaba el pueblo mirando; los magistrados decían: “A otros salvó; sálvese, pues, a sí mismo si es el Cristo de Dios, el elegido”».

Cobré consciencia de la realidad mientras Álex proseguía su lectura. Sonreí débilmente a medida que su voz me devolvía a este mundo.

—«Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. El velo del santuario se rasgó por medio».

Al ver que había despertado cerró la Biblia y la dejó a un lado. Me miró y sonrió melancólicamente, incapaz de contener la tristeza ponzoñosa que arrastraba por dentro y asomaba a su rostro demacrado. Hice un esfuerzo y volví a sonreír, con el único anhelo de levantarle el ánimo, aunque fuera de forma momentánea. Alargó los dedos y me acarició la mejilla.

Sentía el cuerpo pesado, exhausto y dolorido. Una mascarilla de oxígeno cubría parte de mi rostro. Tenía la boca seca, correosa. Me pasé la lengua por los labios agrietados. Me escocían. Cerré los ojos y noté una intensa punzada en el cráneo, como si unas finas agujas me atravesaran el cerebro. Advertí aterrada que la presión del pecho se prolongaba más allá de la pesadilla y me impedía respirar con normalidad. Entonces comprendí lo que estaba sucediendo. Bajé la mirada a mis muñecas, con los ojos entrecerrados por el horrible dolor que me taladraba la cabeza. Las tenía vendadas, al igual que los pies. No me atreví a preguntar.

—Te han brotado las llagas del Calvario en las extremidades —explicó Álex al advertir que había reparado en ellas.

Asentí levemente, y volví hacia él unos ojos vidriosos y cansados.

—Álex —dije a través de la máscara de oxígeno—. Me queda poco tiempo...

—Shhh... —Me silenció posando el dedo índice en mis labios—. Todo saldrá bien, ya lo verás, mi niña, mi *petit trésor* —dijo con un nudo en la garganta.

Sus clarísimos ojos brillaban velados por las lágrimas contenidas. La expresión de mi rostro delató el escepticismo con que acogí sus palabras de ánimo. Sin saber qué decir, me estreché contra sí en silencio, durante largo rato,

meciéndome entre sus brazos mientras hacía un esfuerzo por retener las lágrimas en mi presencia, hasta que el doctor Fortier se personó en la habitación.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó por mi estado.

—El dolor me impide moverme —dije con voz lánguida—. Noto el cuerpo lacerado hasta las entrañas. Me cuesta respirar, y mi corazón soporta una angustia que he suplicado a Dios que aparte ya de mí.

Álex deambulaba nervioso por la habitación. El médico se acercó a la cama y me palpó la frente. Sudaba con profusión.

—No le voy a mentir, señorita Darey. Tiene el cuerpo muy mortificado. Ha perdido mucha sangre, lo que ha provocado la liberación de hormonas renales y una disminución de otras funciones fundamentales. También muestra una insuficiencia respiratoria aguda, y el corazón debilitado —explicó en tono profesional—. Las muñecas y los pies exhiben profundas perforaciones que parecen realizadas con clavos —me dirigió una mirada confusa— de algo más de medio centímetro de grosor —continuó con su exposición—. La incisión de las muñecas le ha desgarrado el nervio mediano, el más largo de los que salen de la mano. En los pies ha afectado sobre todo a los huesos tarsianos. Tiene los dos hombros dislocados y los músculos manifiestan una tensión por la incómoda y fatigosa postura que está obligado a mantener un cuerpo clavado en la cruz.

—Voy a tener una muerte lenta y agónica, ¿no es cierto? — dije simplemente.

Françoise Fortier dirigió una mirada entristecida a Álex y volvió a posar los ojos en mí. Ninguno de los tres pudo romper el silencio mortal que instaló mi promisoría afirmación en la estancia. El rostro de Álex esbozaba un luto sobrio, una desolación inconsolable.

—Voy a buscar un calmante —dijo el médico mientras se dirigía a la puerta.

—Te prometí que no dejaría nunca que te sucediese nada malo, Loane —expresó Álex con gesto declamatorio cuando nos quedamos a solas—. Y lo cumpliré. ¡Tiene que haber algo en este maldito libro que te devuelva a la realidad! — exclamó cogiendo la Biblia para lanzarla al suelo, furioso—. Maldita sea, ¡tiene que haber algo!

Incapaz de ofrecerme ningún alivio cierto, viéndome atrapada en el camino del inexorable destino que Dios hubiera trazado para mí, Álex trataba de tranquilizarme por medio de aquellas palabras envueltas en desesperación, con la impotencia de no poder influir de ninguna manera en el transcurso de los acontecimientos. Cada minuto que pasaba constituía para él un calvario de incertidumbre y angustia.

—Esto es lo que desea Dios para mí —dije con un hilo de voz y los ojos lánguidos.

—Si Dios te ha elegido para tan honorable cometido — dijo sardónico—, más vale que cambie de deseo —alegó

con los ojos azules anegados en lágrimas, contemplando impotente como la muerte me arrastraba inevitablemente.

—En estos momentos, Dios es mi amo. Mi entrega ha de ser para él. Mi voluntad se doblaba a la suya, porque ese es su deseo. La elaborada estructura lógica del hombre no alcanza a comprenderlo en su plenitud. El sentido común tampoco, ya que la manifestación de Dios solo viene dada a través del alma. Pero al aceptar el dolor, el sufrimiento, la tristeza y las adversidades que nos asigna en este mundo, superamos la prueba de la sumisión a su voluntad. Tú mismo dijiste que, aunque yo no creía en Dios, él sí creía en mí.

Sus ojos parecían maldecir en silencio. Álex tenía miedo; lo advertía en su rostro.

Me quedaba un solo estigma para alcanzar la perfecta correspondencia con las cinco llagas sagradas del Mesías. El último se convertiría en la huella decisiva que me identificaría con Cristo y me acercaría a mi nuevo amo. Pensar en aquello me hacía experimentar un íntimo alivio, pese a la enloquecedora agonía que sufría. Aunque el dolor me rompía el cuerpo en pedazos, no podía evitar que una extraña serenidad llenara cada rincón de mi ser.

—Me niego a aceptar que Dios te haya elegido como intercesora para renovar los votos redentores de un Cristo que no cumplió la profecía. —Su voz estaba colmada de angustia, y su rostro traslucía una desesperada sensación de impotencia—. A ti no; no ahora que te he encontrado.



—Yo siempre estaré contigo —afirmé a la vez que alzaba la mano para que la tomase entre las suyas—. Allá donde tú vayas, yo iré. Allá donde tú estés, yo estaré. Que no se te olvide nunca.

Álex acarició y besó con vehemencia mi mano.

—Pero yo quiero disfrutar de ti, mi niña —alegó abatido—. De tu sonrisa, de tus besos, de tus caricias, de tu voz, de tu entrega...

El claro azul de sus ojos se veló, y una triste sonrisa apenas perceptible cruzó sus labios mientras su mirada me rozaba con una devoción y un respeto que me llegaron al alma.

—Se te ve tan serena a pesar del sufrimiento que estás soportando... Tan apacible, tan solemne y noble al mando de tu misión, tan resignada, tan dulce... —Suspiró al aire—. Te vuelves majestuosa ante la vulgaridad de mis ojos, Loane.

Le puse el dedo índice en los labios para silenciar sus palabras.

—Abrázame fuerte, Álex —le pedí en tono suplicante.

Extendí los brazos hacia él y me refugié en los suyos.

—Sí, mi niña, sí —me susurró al oído con una sonrisa melancólica, apretándome con fuerza mientras acunaba mi cuerpo tembloroso contra el pecho.

Hipnotizada por los latidos rítmicos y rápidos de su corazón, pensé que aquel abrazo tenía todos los visos de ser un adiós para siempre.

Eso, junto con el pitido ensordecedor que comenzó a sonar en el monitor, fue lo último que oí antes de que se produjera en mis oídos un vacío hermético, que me impermeabilizó al exterior mientras me sumergía de nuevo en las tinieblas inmensurables.

*Abro los ojos. El Gólgota se ha llenado de lágrimas y lamentos. Todo está anegado de ruido y oscuridad. De pronto, un trueno ensordecedor ahoga los numerosos llantos que se esparcen por el lugar. El cielo, enfurecido, sigue arreciando con la ira desatada de Dios, a través de una tormenta despiadada que lo devasta todo sin clemencia. La muchedumbre se ha disipado como llevada por el diablo, y la luz rechaza el papel de testigo en mi suplicio. La sangre mana de mis múltiples heridas; resbala por la piel lacerada y provoca un intenso escozor en cada poro que atraviesa hasta llegar al suelo, donde forma charcos escarlatas que centellean bajo la luminiscencia de las convulsiones que descarga el cielo.*

*Con las escasas fuerzas que me quedan, paseo la mirada por el pequeño mar de rostros levantados hacia mí. Me llega un lejano tumulto y alguna que otra risa desdeñosa. Entre los pocos asistentes que, pese a las inclemencias, siguen atentos al dantesco espectáculo, destaca un hombre sencillo de elevada estatura y complexión delgada, ataviado con una larga túnica marrón. Tiene el pelo*

oscuro, cortado a la altura de los hombros, y una espesa barba bien recortada. Sus ojos, de un negro azabache, me contemplan desde la lejanía con un brillo venerable y melancólico. Su cabello, hostigado por el viento, enmarca un rostro que trasluce un extraño sufrimiento. Entorno los ojos, intentando reconocer al hombre que veo erguido frente a mí, inmóvil, triste, que muestra en el desasosegado semblante una pena anclada profundamente en el alma.

—¡Maestro, debemos partir! —dice, a sus espaldas, uno de los siete hombres que lo acompañan. El hombre al que aquel otro ha llamado «maestro» parece reticente a abandonar el lugar.

—¡Jesús, hemos de marcharnos! —insiste mientras lo agarra por el brazo para arrastrarlo hacia el resto del grupo.

De repente, cuando mi mente comienza a concebir la identidad de ese hombre a la vez extraño y familiar, un dolor lacerante me atraviesa el costado derecho. El envite de una lanza me desgarró el pulmón y, tras atravesar inmisericorde músculos, tendones y huesos, penetra profundamente el corazón. Las convulsiones sacuden contra la cruz mi cuerpo, clavado firmemente a ella. El violento ataque hace brotar de la herida un chorro de líquido claro, seguido de un borbotón de sangre. Todo da vueltas.

*La mirada que cruzaba con aquel hombre se pierde en la densa cortina de lluvia y, al fin, con serenidad, mis párpados se cierran para acudir al encuentro de la inevitable muerte, de la oscuridad infinita, mientras encomiendo mi espíritu al Señor para cumplir la última voluntad profetizada.*

Uno de los soldados, con la lanza, le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua.

SAN JUAN 19, 34

## CAPÍTULO XXIX

Abrió los ojos envuelta en un aroma dulzón e indefinido que se filtraba por la ventana entreabierta. La luz del sol me invadió la línea de visión y me hizo parpadear varias veces seguidas, deslumbrada. Instintivamente, respiré a fondo. La mascarilla de oxígeno había desaparecido de mi boca. De forma mecánica, mis pulmones inhalaban tanto aire como les permitió su capacidad. Una sonrisa de satisfacción se prolongó en mis labios. La opresión del pecho había desaparecido.

De pronto, la realidad tomó forma a través de las facciones de Álex.

—Mi niña —llamó mi atención, haciendo un bello mohín con el rostro—. Al fin te despiertas. —Me aguardaba con una tenue sonrisa en la mirada—. ¿Te encuentras bien? —preguntó, y me dio un fugaz beso en los labios.

—Muy bien —murmuré vagamente—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos a ciencia cierta. Después de que perdieras el conocimiento entre mis brazos, el doctor Fortier y su equipo te practicaron todo tipo de reanimaciones, sin ningún éxito. Has pasado cerca de setenta y dos horas en

coma, y durante ese tiempo, milagrosamente, han cicatrizado todos los estigmas.

El silencio cayó sobre la habitación.

Levanté las manos y me llevé la vista a las muñecas. Apenas se distinguían unas marcas rosáceas. Me quedé mirándolas fijamente, con las pupilas clavadas en la singularidad de su contorno, hasta que por fin me atreví a pasar los dedos por ellas. Un flujo de calor me ascendió a las yemas, concentrado en las terminaciones nerviosas, cuando acaricié temblorosamente su relieve. La piel parecía vibrar bajo un palpito de vida. La sensación era agradable. Mucho. Lancé una mirada furtiva a Álex. Seguía sonriendo. Me incorporé lentamente con la ayuda de sus manos, lancé las sábanas a un lado y eché un vistazo a los pies. Unas tenues cicatrices apenas perceptibles, como las de las muñecas, conmemoraban la simbología profética y testimoniaban mi sagrado cometido en aquella extraordinaria historia. La incertidumbre desapareció de repente de mi cabeza, y con la calma llegó el asombro.

Álex permaneció largo rato siguiendo cada uno de mis movimientos y observando en silencio las expresiones que iban asomando a mi rostro. Mis insólitas reacciones le inspiraban una devota ternura, ligeramente compasiva, que introdujo entre nosotros un mudo diálogo de afecto.

—¿Te encuentras bien? —insistió.

—Perfectamente —contesté con una amplia sonrisa—. No alcanzarías a comprender la plenitud que siente mi alma, Álex. La paz y la tranquilidad que alberga en estos momentos. Mi espíritu parece haberse renovado —expliqué en tono íntimo.

—Sí lo sé —me dijo, cogiendo mi rostro entre las manos para acariciarlo suavemente con los pulgares—. Lo veo en la serenidad de tu cara, en el extraordinario brillo de tus ojos, en la amplitud de tu sonrisa. Estás llena de luz, mi niña —observó con fascinación—. Y la irradias a tu alrededor. Estás increíblemente guapa. —Acercó su boca a la mía y me besó de nuevo en los labios.

Calló unos instantes.

—Todos somos siervos de Dios —continuó mientras una sonrisa se extendía por su rostro—, pero sólo unos pocos afortunados tenéis el privilegio de conocer sus designios. Ha tenido a bien otorgarte su bendición y su gracia, Loane.

Prolongó los brazos hacia mi espalda y me estrechó entre ellos como si quisiera retenerme así durante toda la eternidad. Cerré los ojos, me acurruqué contra su pecho y me impregné hasta la médula de la sensación de plenitud que parecían destilar nuestros cuerpos.

—Álex —llamé su atención cuando me hubo soltado.

—¿Sí?

—Ví a Jesús en mi última incursión al Gólgota.

—¿Crucificado? —me preguntó con intriga.

—No —respondí—. Me contemplaba desde el suelo.

—¿A ti?

—A la persona crucificada.

—¿Y qué puede significar eso? —preguntó con voz difusa.

—Solo una cosa —respondí—. Que no fue a Jesús a quien crucificaron —dije sin más rodeos—. No fue él quien se hizo fiador de los pecados de la humanidad, ni quien llevó hasta el Calvario todas las cargas del hombre. —Álex me miró incrédulo—. Él se encontraba frente a la cruz y miraba, con los ojos colmados de culpa, a la persona que habían clavado en ella. Su expresión delataba una terrible falta mientras contemplaba aquel suplicio ajeno.

—No dudo de ti, Loane. Nunca dudaría, pero ¿cómo sabes que se trataba de Jesús?

—Porque un hombre... Porque Simón Pedro lo nombró así, y también lo llamó «maestro» —apunté con énfasis—. Esto puede parecer una locura. —Preparé mis palabras—. Suena paranoico y quizá me esté precipitando en las conclusiones, pero creo que a quién crucificaron realmente fue al hermano de Jesús.

—A su hermano gemelo... —cayó en la cuenta Álex.

Articulé la afirmación en silencio.

—Acércame la Biblia, por favor —le solicité.

Álex recogió la Biblia y me la cedió.

—El Nuevo Testamento nos revelará la identidad de ese discípulo que, además de apóstol, era hermano de Jesús.



—¿Tú crees? —dijo con escepticismo.

—La Biblia tiene multitud de interpretaciones. Igual que una sola palabra puede tener muchas acepciones, las Sagradas Escrituras manifiestan una polisemia subjetiva que lleva, la mayor parte de las veces, a una ambigüedad que permite extraer varios razonamientos de un mismo contenido. Solo hay que saber escoger el correcto en cada momento — argumenté con cierta satisfacción reflejada en la voz.

No nos demoramos mucho en encontrar respuestas. Álex y yo nos alternábamos en la lectura de los diferentes pasajes evangélicos, hasta que estos hablaron para nosotros y nos revelaron lo que tanto ansiábamos saber en esos momentos.

—Fíjate en este texto de san Juan —dijo Álex con tono de curiosidad—: «Y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, a fin de que creáis. Pero vamos a él. Entonces, Tomás, por otro nombre Dídimos, dijo a sus discípulos: Vamos también nosotros y muramos con él». *Dídimo* —destacó de entre las frases que había leído— significa «gemelo» en griego —señaló.

—Creía que no se te daban bien las lenguas muertas —apunté con una sonrisa burlona.

—Últimamente me estoy aficionando —dijo devolviéndome el gesto.

El silencio descendió entre nosotros, hasta que Álex lo rompió con otro pasaje del Evangelio según san Juan.

Teníamos la absoluta seguridad de que aquella no sería la única referencia que hallaríamos acerca del apóstol Tomás.

—«Tomás, uno de los doce, llamado Dídimos, no estaba con ellos cuando vino Jesús». San Juan, veinte, veinticuatro.

Avanzó un poco más hasta encontrar otro pasaje:

—«Hallábanse juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimos, y Natanael, el cual era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos». San Juan, veintiuno, dos.

—¿Por qué tiene ese apodo el apóstol Tomás? —planteó.

—Quizá porque lo era —respondí—. Además, *dídimo* no es la única palabra que significa gemelo... ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —dije con cierto autorreproche—. *Tomás* significa «gemelo» en arameo. María y José pusieron el nombre de Jesús, tal como había indicado el Espíritu Santo, al primero de los dos niños que dio a luz, y supongo que Tomás, el gemelo, fue el segundo en nacer.

—¿Es posible que Tomás suplantara a Jesús en la cruz? —me preguntó atónito Álex.

—Estoy convencida —aseguré—. ¿Quién mejor que alguien idéntico físicamente?

—¿Y si se trata de una disociación de las dos naturalezas de Jesús, la divina y la humana, tal como revela la tradición gnóstica? La esencia del cristianismo es precisamente la comunión entre lo divino y lo humano.

—Tiene que serlo, en parte, ya que Dios se hace hombre y, además, lo crucifican. El cristianismo es una creencia que mata a su dios, pero no creo que se trate de un desdoblamiento de personalidad ni de un misterio mayor. De hecho, eso también lo declaró herético la Iglesia. Solo ella sabe por qué impugnó el Evangelio de san Felipe como apócrifo.

—Probablemente temía que se sacaran conclusiones peligrosas de algunos pasajes —respondió Álex—. Las mentes inteligentes pueden poner en un brete incluso las creencias más arraigadas.

—La Iglesia parece tener miedo de muchas cosas —añadí—. Con la explicación de que la fe no viene incitada por la razón, ya que esta castra las convicciones, se ha encargado de soterrar bajo mentiras cualquier esfuerzo por racionalizar la figura de Jesús como un gran hombre, un ilustrado de la época o, simplemente, un profeta.

—La fe coarta la razón.

—Exacto. Pero la Iglesia olvida que fue ella misma la que lo divinizó en el Concilio de Nicea, y exigió un esfuerzo de fe para aceptar esa improvisada divinidad. Sin duda, a lo largo de todos estos siglos se ha propuesto imponer por sugestión colectiva una serie de cuentos que nada tienen que ver con la historia real. De ahí que todos los textos que contradecían su tradición hayan sido perseguidos con el fin de hacerlos desaparecer de la faz de la Tierra.

De nuevo se hizo el silencio.

—¿Crees que Jesús tuvo miedo de no superar la muerte?

—preguntó Álex.

—Quizá... —dije—. Resulta difícil saber qué pasaba por su cabeza. Era un hombre enigmático, reservado, sabio, erudito, espiritual, ciertamente fascinante... Se dice que nunca se lo vio reír, aunque lloró en multitud de ocasiones. La muerte es justa y ecuánime con el ser humano, algo para lo que nunca se está del todo preparado, y menos aún cuando no se es dueño del propio sufrimiento. —Hice una pequeña pausa—. O quizá todo fue una pantomima orquestada por Poncio Pilatos para evitar su muerte...

—¿Qué crees que encontraremos en la tumba de Jesús?

—No lo sé —expresé dubitativa, moviendo ligeramente la cabeza de un lado a otro—. Te aseguro que a estas alturas ignoro qué podemos encontrarnos en ella. Por cierto, tenemos que regresar cuanto antes a Rennes-le-Château; su iglesia todavía tiene algo que contarnos.

—No iremos a ningún sitio hasta que estés restablecida totalmente —aseveró.

—Ya estoy restablecida totalmente —afirmé con una enorme sonrisa.

En el preciso instante en que concluía mi frase se abrió la puerta, y el doctor Fortier entró en la habitación. Su expresión recobró la luz cuando me vio despierta y animada.

—Señorita Darey, me alegro mucho de que esté... tan bien —me dijo de forma jovial—. Seguro que nadie se lo ha preguntado últimamente, así que ¿cómo se encuentra?

—Muy bien —contesté con voz tranquila—. ¡Míreme! —añadí levantando los brazos.

—Es un milagro. Todo cuanto la rodea es un milagro —sentenció con una expresión de asombro que bailaba en sus grandes ojos índigo—. Nunca había visto, ni como médico ni como parapsicólogo, nada semejante a lo que le ha sucedido a usted estos días pasados. Solo un puñado de personajes santificados, como san Francisco de Asís, recibieron en su cuerpo ese don de Dios. Únicamente él, y ahora usted, han llegado a recibir el estigma del costado. —Suspiró—. Gracias por devolverme la fe que creía perdida.

Durante unos segundos hizo una pausa en su discurso. Mudó el semblante y adquirió un viso reflexivo, como si su mente registrara siglos de sabiduría.

—Los estigmas tienen un valor simbólico —retomó la palabra—, pero también muestran una misión por desempeñar a aquellos que los reciben en su cuerpo. Ignoro cuál es su cometido en este mundo, pero desde luego, señorita Darey, usted cuenta con la gracia de Dios.

Sonreí complacida y orgullosa.

—¿Cuándo me dará el alta? —dije con voz anhelante.

—Si no hay ningún contratiempo, y no lo habrá, mañana mismo.

—Muchas gracias, doctor Fortier. Gracias por todo cuanto ha hecho por mí estos días, y por su discreción.

—Gracias a usted —respondió con expresión satisfecha—. Procure descansar esta noche para que mañana podamos darle el alta.

Indiqué mi conformidad con un asentimiento.

## CAPÍTULO XXX

Estaba deseando volver a Rennes-le-Château para visitar de nuevo la iglesia de Santa María Magdalena. Lo necesitaba, más bien. Como el prodigioso canto de una sirena, aquel templo solemne y conmovedor ejercía sobre mí una atracción inevitable, que me impulsaba a arrancar de sus paredes los secretos más oscuros que escondiera el cristianismo. Cuando llegamos, avanzamos por el pasillo hasta el fondo de la iglesia, iluminada por la luz enfermiza de las decenas de velas rojas dispuestas metódicamente al pie del altar. Aunque en las primeras visitas habíamos pasado de puntillas por algunas de las decoraciones, varando la atención en estatuas demoniacas e insurrectos vía crucis, hubo algo, aquella mañana en que la luz otoñal se arrastraba perezosa por las montañas, que retuvo nuestro interés. Se trataba del gigantesco tablero de ajedrez que formaba el enlosado. A esas horas se encontraba tenuemente iluminado por los rayos de sol que entraban por el enorme vitral situado en la pared sur de la iglesia.

—¿Por qué crees que Saunière hizo un ajedrezado en el suelo? —me preguntó Álex, observando el firme con aire

desdeñoso.

—Lo ignoro, pero te aseguro que tendrá su porqué.

—Es curioso —dijo.

—¿Qué te resulta curioso?

—Que lo situara enfrente de una vidriera —observó elevando el brazo para señalarla. Seguí su dedo con la vista—. Aunque la radiación ultravioleta se debilita al traspasar los cristales coloreados, sigue siendo suficiente para decolorar las baldosas a la larga.

—Tienes razón —subrayé—. De hecho, el color de algunas de ellas presenta un deterioro considerable. Están roídas por la luz.

Álex se encogió de hombros, al tiempo que paseaba los ojos por la envejecida cuadrícula.

—¿Qué hora es? —le pregunté de pronto.

—Las doce pasadas —contestó tras consultar el reloj.

—Todavía estamos a tiempo —expresé con una leve sonrisa.

—A tiempo, ¿de qué? —preguntó desconcertado.

—¡La frase de uno de los pergaminos! ¡En esa frase está la clave! «Solo la Mano de Dios, mediada la décima segunda hora del ciclo del sol, traerá la luz de la verdad consigo».

—¿De qué clave hablas, Loane?

—Ya sé por qué Bérenger Saunière decidió situar este ajedrez enfrente de la vidriera —afirmé, intentando mantener



la calma ante aquel nuevo descubrimiento—. «Solo la Mano de Dios, mediada la décima segunda hora del ciclo solar...» —repetí—. La frase hace referencia a las doce y media del mediodía. La mitad de la décima segunda hora del ciclo solar... son las doce y media. Que corresponden aproximadamente a la una y poco más durante el horario de invierno.

—¿Pero...?

—La iglesia está orientada hacia el sol del mediodía. El trazo luminoso que se filtrará por la vidriera a las doce y media solares revelará el último secreto. Es un milagro de luz, como el de la Virgen del Pórtico Real de Chartres o el vitral de san Apolinar. —Miré al suelo—. Hay algo debajo de las baldosas, Álex —apunté ausente, sumida en mis pensamientos.

—Pero es imposible saber en cuál está. El cristal es demasiado grande para señalar un único punto en el enorme tablero —observó con una mueca de decepción—. La dilatación del haz solar acaparará prácticamente la vidriera, y no podemos permitirnos el lujo de levantar todo el embaldosado.

Estaba en lo cierto. Reflexioné durante unos minutos sin apartar los ojos del suelo.

«Pon el cerebro a funcionar», me dije.

Levanté la vista, enarqué las cejas y entorné los ojos hasta convertir su forma almendrada en dos finas líneas de color

negro con las que observé detenida y meticulosamente el vitral. Estudié a conciencia su estructura y cada uno de los detalles que lo componían, prestando especial atención al colorido mosaico que constituía la escena, sin pasar por alto la composición general.

—¡El color! —exclamé pasados unos minutos—. Uno de los pergaminos que encontró Saunière tenía escrito un texto inconexo. Me lo aprendí de memoria: «Pastora sin tentación que Poussin, Teniers tienen la llave paz 681. Por la cruz y este caballo de Dios destruí este demonio guardián. A mediodía manzanas azules». A mediodía manzanas azules —hice hincapié en esa parte de la cita—. Eso es... El lugar exacto donde incida la luz del fragmento azul nos proporcionará la clave para dar con la tumba de Jesús.

Álex me miró con los ojos envueltos en certeza.

—Eres jodidamente increíble —dijo.

Sonreí tímida a su halago y le di un beso fugaz en los labios.

La espera fue desesperante. Los minutos se resistían a avanzar por una esfera temporal lenta y parsimoniosa. Mientras aguardábamos a que la luz nos revelara finalmente la verdad, no hacíamos otra cosa sino contemplar impacientes como los biselados rayos de sol progresaban de manera lánguida por el ajedrezado. Cuando el minuterero

pasaba cauteloso de la una, que anunciaba las ya inminentes doce y media solares, los rayos de sol que debutaron sobre el tablero colocado estratégicamente por Saunière comenzaron a sugerir poco a poco el contorno de unas extrañas sombras de colores. En pocos minutos, un árbol tomó forma milagrosamente ante nuestros ojos. Álex y yo nos miramos sin mediar palabra, sin saber qué decir en medio del silencio expectante, sin atrevernos a profanar el momento de magia que tenía lugar delante de nosotros en aquel recinto sagrado. La sensación era fascinante y turbadora.

Un abanico de luz fue desplegándose lenta e inexorablemente por la vidriera, y penetró sus espacios policromados para entrar en la iglesia a través de ellos, desesperada por señalarnos la verdad. Del esbozo multicolor de aquel árbol etéreo, para mayor asombro, emergieron unos frutos pequeños y redondeados con forma de manzanas; manzanas azules que irrumpían en el tablero de ajedrez de Saunière en todo su esplendor. Mientras la imagen ganaba consistencia y nitidez al progreso de la luz del sol, las frutas, sorprendentemente, fueron madurando hasta adquirir un matiz rojo, todas menos tres de ellas, que mantuvieron el tono añil.

—Ahí lo tienes —dijo Álex, fascinado.

Di unos cuantos pasos hasta alcanzar la baldosa que señalaba el haz de luz azul y me volví hacia Álex, expectante. En sus labios surgió una leve sonrisa mientras

me contemplaba con orgullo. Bajo su atenta mirada me incliné y, con suavidad, pasé los dedos por la superficie del suelo. Las juntas estaban mal selladas y el cemento era inexistente entre las ranuras. Di un par de toques con los nudillos en el pequeño cuadrado. Una llamada a la verdad. Sonaba hueco. Un calor inexplicable comenzó a recorrer mi cuerpo.

La baldosa se levantó sin problemas cuando hicimos palanca en una esquina. Mis pupilas se dilataron asombrosamente cuando vi una grieta en la zona que abarcaba. Hundí las manos en ella y saqué una cajita de madera, con unas extrañas muescas labradas en la superficie. El secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles exhalaba su último suspiro ante mí. Con los dedos temblorosos, como si tuviera entre ellos una bomba, la dejé en el suelo y la abrí. Contenía un pergamino de pequeñas dimensiones, enrollado con una cinta raída que parecía haber sido negra. Lo desenrollé cuidadosamente.

—Es un mapa de Rennes-le-Château dibujado por el abad Henri Boudet —dije con voz danzarina—, pero está incompleto. Falta más de la mitad.

Alargué el brazo y se lo tendí a Álex, que lo cogió con precaución y lo observó detenidamente. Al cabo de un rato, alzó la mirada y giró la cabeza hacia la estatua de Asmodeo. Sus ojos azules se detuvieron en ella. Los rayos de sol

incidían en la imagen enmarcando el rostro en un rectángulo que acentuaba la ferocidad caricaturesca de sus rasgos.

—Creo que sé dónde se encuentra la otra mitad de este mapa —dijo de pronto—. Ven.

Me incorporé y lo seguí por el templo mientras se dirigía con paso firme hacia la entrada.

—Fíjate en las esculturas del fondo de aquella pared.

—¿Las que forman la escena del bautismo de Jesús?

—Sí —respondió—. La postura de Jesús coincide exactamente con la de Asmodeo.

—Es verdad —confirmé con sorpresa.

—Y las dos miran al mismo punto del suelo —añadió.

—Dios mío... —susurré.

Con el índice extendido y los ojos entornados, trazó una línea imaginaria desde la figura de Jesús, siguiendo fielmente la dirección de su mirada hasta una baldosa de color negro. Repitió la operación con la imagen de Asmodeo, y comprobamos que convergía en el mismo escaque. Álex se inclinó, seguro de lo que hacía, y logró vencer la resistencia tras un par de intentos. Se asomó con curiosidad a la grieta que se abría debajo y, sin pensárselo dos veces, metió la mano en su interior y extrajo otra cajita idéntica a la primera. Cuando la tuvo entre las manos me la brindó.

—Es toda tuya, mi *petit trésor* —apuntó.

Con expectación en los ojos, levanté la tapa y saqué el contenido. Efectivamente, guardaba un viejo pergamino, amarilleado por el tiempo, con la otra parte del mapa. Miré a Álex; tenía una enorme sonrisa en los labios.

—*Hic est Manus Dei*. —Era la voz monocorde del siempre imprevisto René Auguiot—. Nunca pensé que la leyenda de la Mano de Dios fuera cierta, y menos aún, que mis ojos vivirían para comprobarlo.

—¡Señor Auguiot! —Me giré sorprendida.

—Aquí está la Mano de Dios —tradujo en un susurro, mirándome como si tuviera ante sí una criatura fascinante.

De inmediato dirigió la mirada hacia mis muñecas. Aunque las cicatrices que habían dejado los estigmas ya eran leves, aún resultaban suficientemente visibles para que las apreciara de un vistazo.

—Usted es..., es... —tartamudeaba— la Mano de Dios en la Tierra.

Su rostro adquirió una palidez extrema, secundada por una expresión de terror puro que le subió a los ojos, como si estuviera viendo un fantasma.

—¿La leyenda de la Mano de Dios? —pregunté con un torbellino en la cabeza.

Me acerqué un par de pasos y alargué el brazo para estrecharle la mano, pero rechazó el gesto de plano y se apartó con un respingo.

—No soy digno de que me toque —soltó con precipitación.

—¿Cómo dice? —pregunté sorprendida.

—Él mora en este mundo a través de usted... —musitaba ausente—. No soy merecedor de su gracia —proseguía con su extraña letanía.

Miré a Álex desconcertada, sin alcanzar a entender qué mascullaba aquel hombre que durante el primer encuentro se había mostrado receloso con nuestra presencia y reticente a creer en lo que se decía sobre el misterio y la leyenda que envolvían a Rennes-le-Château.

—Usted es... —continuaba susurrando.

—Señor Auguiot, no pasa nada. No ocurre nada malo. Tranquilícese, por favor —le pedí—. Todo está bien.

Con ayuda de Álex lo senté en uno de los primeros bancos que encabezaban el lugar, y esperamos a que se sosegara para poder hablar con él. Pasados unos minutos en los que su respiración se percibía entrecortada y jadeante, y en los que a duras penas conseguía calmar los nervios, se rehízo en cierta medida.

—Señor Auguiot —repetí con insistencia—, ¿qué quiere decir con su alusión la leyenda de la Mano de Dios?

—Los libros sagrados de las religiones más importantes que coexisten con el cristianismo, como son el Islam y el judaísmo —comenzó a explicar—, recogen en sus textos la idea de que Jesús fue suplantado en la Cruz. La cuarta sura

del Corán, en su versículo ciento cincuenta y seis, dice: «Hemos condenado a muerte al Mesías, a Jesús, hijo de María... No, no lo han matado, no lo han crucificado. Un hombre que se le parecía fue puesto en su lugar, y los que disputaban sobre esto han estado ellos mismos en la duda...» —recitó—. Por otro lado, el Talmud judío afirma: «El relato de nuestro Señor es falso: el impostor es el hermano de nuestro Señor».

—Tomás —señalé al oír aquello.

—¿Santo Tomás? —Auguiot ahogó una exclamación—. ¿El incrédulo? ¿El mismo que pidió meter la mano en el costado de Jesús para dar fe de su resurrección?

—La historia es muy distinta... —dije.

El señor Auguiot respiró a fondo haciendo gala de una templanza que, desde luego, en esos momentos estaba muy lejos de poseer.

—Tomás era el hermano gemelo de Jesús —afirmé con solemnidad—. Y fue él quien lo suplantó en la Cruz, quien sufrió realmente el tormento de la Pasión.

—Entonces es cierto: usted lo ha visto, tal como se profetizaba... —dijo con asombro, dejando traslucir en el tono cierta vergüenza por su escepticismo—. El mito de que Jesús tenía un hermano gemelo cuenta con más antigüedad que las propias raíces teológicas de la cristología. Resulta extraordinario pensar que la profecía se ha cumplido con usted.



—¿Qué profecía? —interrogué, curiosa.

—Al mismo tiempo que entre algunos grupos cristianos se extendía con sigilo y como una herejía la leyenda de la Alianza de los Siete Arcángeles y la tumba de Jesús, le iba a la zaga el auspicio de que la gracia de Dios anidaría en un ser excelso y admirable, elevado sobre el resto de los mortales para dar luz a la verdad. La profecía apuntaba que ese ser extraordinario sufriría con el sufrimiento, lloraría con el llanto, penaría con el pesar y se sacrificaría con el sacrificio hasta estar en perfecta comunión con el hombre y ver la verdad a través de Dios —explicó en tono didáctico mientras contemplaba las llagas de mis muñecas. Volvió a respirar profundamente—. Usted ha sentido la gracia de Dios por medio de esos estigmas que porta en su cuerpo, señorita Darey —afirmó cabizbajo—. Usted es ese ser alado al que Dios ha elegido para ser su mano en la Tierra, para despertar esa verdad dormida durante más de dos mil años...

—Señor Auguiot, ¿usted sabía dónde se encontraba la tumba de Jesús? —preguntó Álex.

—Nunca he querido dar pábulo a esa historia, igual que tampoco se lo daba a la leyenda de la Mano de Dios ni a la de un supuesto hermano gemelo de Cristo... También me había negado siempre a prestar oídos a aquellos que hablaban de un pacto formado por siete de los apóstoles de Jesús —afirmó con los ojos vidriosos—. La mera mención

de la Alianza de los Siete Arcángeles suponía para mí una blasfemia. Pero al ver las señales que el Señor ha dejado en su cuerpo... —me miró conmovido—. Al conocer la misión que le ha sido encomendada... Usted es la heredera de la verdad.

En esos momentos se le quebró la voz. Enternecida, le enjuagué las lágrimas que surcaban sus ajadas mejillas. Apenas se atrevió a rozar ligeramente mis dedos con los suyos. Esbocé entonces una sonrisa afable cuando levantó la cara para mirarme, inexpresivo.

—Todo está bien —afirmé de nuevo mientras ampliaba la sonrisa.

Bajó la vista ante mí, humilde. Me senté a su lado, en el banco al que lo habíamos conducido unos minutos antes.

—Yo ya no sé qué creer... —comenzó a decir cuando recuperó la serenidad—. En algún tiempo indeterminado existió un texto apócrifo sobre Horus y su homólogo Jesús, que la Iglesia se encargó de destruir.

—¿Homólogo? —enfaticé el tono de mi voz en esa palabra.

—Sí —respondió—. La Iglesia parece haber moldeado un Cristo a semejanza de los de otras creencias. Las religiones originarias —explicó ante la mirada perpleja de Álex y mía— presentan a un mesías, a un salvador crucificado, mucho antes de que surgiera el cristianismo. Las semejanzas entre Horus y Jesús son tan numerosas que echarían por tierra

cualquier singularidad que pretendiera presentar el cristianismo. Horus es el hijo del dios egipcio Osiris. Igual que Jesús nació de María, Horus nació de la virgen Isis. Entre las muchas semejanzas que existen entre ambos redentores podrían destacar algunas, como que Jesús fue tentado en el desierto por Satanás y Horus por Set, dios del desierto en la mitología egipcia.

Tras escuchar solemnemente aquellas palabras recordé un cuadro del escultor y pintor francés Ary Scheffer, titulado *La tentación de Jesús*, en el que, con trazo limpio y descriptivo, representa a un Jesús envuelto en una túnica rosada, sobre la que lleva un manto ponderadamente blanco, con expresión serena y conciliadora, mientras la figura de un demonio lo incita, con los brazos extendidos, a dejarse tentar.

—Jesús era el Cristo —continuó René Auguiot—, y Horus, el Keristo, como era conocido en Roma. La Virgen María aparece en multitud de cuadros y esculturas con el niño Jesús en brazos. Pero muchos siglos antes ya se representaba a Isis sosteniendo al niño Horus. Como Jesús, Horus fue designado en muchas ocasiones como el hijo de Dios, Dios convertido en hombre, el verbo hecho carne, el camino de la verdad y de la luz...

—Está claro que el cristianismo debe mucho a la simbología de otras creencias —intervino Álex—. Es indiscutible que la tradición cristiana es heredera de los secretos del país de las pirámides, entre otros muchos. —

Meneó ligeramente la cabeza—. Albert Churchward dijo: «Se puede demostrar que los Evangelios canónicos no pasan de ser una colección de proverbios del mito y la escatología egipcios». Según parece, no le faltaba razón.

—Pero, ¿entonces...? —musité confundida.

—Sí, soy consciente de las dudas que la asaltan, señorita Darey —se adelantó a decir Auguiot—. Usted es poseedora del ojo de Horus. Él se ha manifestado a través de usted. —Carraspeó para aclararse la voz—. Podría enumerarle muchas más de las similitudes entre estas dos divinidades, incluso con otras, pero con los ejemplos que le he puesto entenderá adónde quiero llegar...

—Perfectamente —afirmé con un movimiento de cabeza—. Que la mayor parte de los hechos que se narran sobre la vida de Jesús tengan un sorprendente paralelismo con los de otros dioses anteriores hace pensar que los Evangelios se escribieron a semejanza de historias ya relatadas.

—Hay quienes sostienen que la figura de Jesús es solamente un mito, que ni tan siquiera existió un Jesús histórico.

—Pero eso no es cierto —alegué—. Jesús existió, por lo menos como hombre.

—Lo sé —confirmó René Auguiot—. Usted ha sido testigo de ello. —Sonrió levemente—. También hay quien afirma que se trató de un revolucionario dispuesto a establecer un régimen teocrático en Israel. La manera en que

fue ejecutado estaba reservada a los condenados por sedición, lo que alimenta las hipótesis que lo relacionan con el movimiento político de los zelotes, la fracción más violenta del judaísmo vigente en la época, o lo sitúan como líder de la secta judía de los esenios. Tal vez nos encontramos el legado de un guerrillero judío al mando de un grupo nacionalista. ¿Quién sabe? Hay eruditos que son más benévolos con la figura de Jesús de Nazaret y lo identifican simplemente como un mago o un guía espiritual. En definitiva, existe un sinfín de teorías, cábalas y supuestos contemplados desde distintos ángulos, que nadie logra esclarecer y que siguen sin dejar claro su propósito. ¿Puedo preguntarle quiénes fueron esos siete apóstoles que juraron ocultar y guardar el mayor secreto de la cristiandad? ¿Quiénes formaron la Alianza de los Siete Arcángeles?

—Simón Pedro; Andrés, hermano de Pedro; Felipe; Juan y su hermano Santiago el Mayor; Santiago el Menor, y Judas Tadeo —respondí sin dilación.

—Todo se aviene de forma asombrosa con su visión —expresó René Auguiot con semblante afligido—. Todo encaja magistralmente...

—¿A qué se refiere? —preguntó Álex.

—Con motivo de la incesante persecución de los judíos en Jerusalén, José de Arimatea, hermano pequeño de Joaquín, padre de la Virgen María, emigró al sur de Francia, exactamente al Languedoc, tierra por aquel entonces

escéptica y pagana donde podrían pasar desapercibidos. Con él llegó un grupo de cristianos que se convertirían en los primeros evangelizadores de la época en esta zona. Entre otros, lo acompañaron en su viaje María Magdalena; María, la madre de Jacobo con sus hijos; Santiago el Menor y Judas Tadeo; Simón Pedro y su hermano Andrés; Felipe; María Salomé, con Juan y Santiago el Mayor, sus hijos, y Marta, Marcial y Lázaro.

—Y también los acompañaba Jesús vivo. Trajeron los huesos del crucificado Tomás y suscribieron un pacto de sangre para ocultar este secreto —teoricé, enlazando con lo narrado por René Auguiot.

—Pero no fue el único secreto que escondieron —se apresuró a señalar él—. A nadie se le ocurriría pensar que Judas Iscariote, cuya traición costó treinta monedas, murió en verdad por la mano de otros apóstoles. Sí —sentenció al observar nuestras caras de asombro—. La historia de Jesús de Nazaret nunca dejará de sorprendernos, se lo aseguro. Aquel cadáver que colgaba de un árbol, estigmatizado por la fría soledad que acompaña a los traidores, no era el de un suicida, sino el de un hombre asesinado por sus discípulos, que lo consideraron conspirador en la muerte de su maestro, su redentor y su rey, aunque luego fuera otro quien ocupó su lugar.

—La vida y la muerte de Jesús han dejado en la historia de la humanidad un ingente número de secretos que

probablemente nunca verán la luz —comentó Álex.

—Así es, señor Vanderbilt. Si quieren saber una cosa — se pronunció misterioso el señor Auguiot—, les diré que justamente el suelo del lugar de Rennes-le-Château que señala ese mapa que han encontrado suena hueco cuando se golpea —aseveró—. ¿Intuyen a qué es debido?

—La cueva. —Sonreí—. *Catin*, la pista que dejó Antoine Bigou en la lápida de Marie de Nègre de Ables, marquesa de Blanchefort.

—Una cantera —explicó—. Lo demás que encuentren allí corre de su cuenta.

## EPÍLOGO

Hace ya un año que mantuvimos aquella conversación con René Auguiot, inmersos en la magia y la intimidad que distinguían la pequeña iglesia de Santa María Magdalena, en Rennes-le-Château. Aquella misma tarde, Álex y yo, incitados por el requerimiento urgente de su presencia en Madrid, regresamos con la condición de volver días después al enigmático poblado y constatar así la información que habíamos recabado. Después de realizar sus trámites en la capital, Álex lo dispuso todo para viajar a la Ciudad Condal, sin que eso levantara en mí ningún tipo de desconfianza. Me prometió que regresaría cuanto antes.

Cuando sonó mi teléfono, al día siguiente de su partida, las manecillas del reloj acababan de superar las nueve de la mañana. Era Charlie quien me solicitaba.

—Hola, Charlie —saludé.

—Loane... ¿Has leído el periódico de hoy? —me preguntó con un tono de voz que no parecía el suyo.

—No. He estado deshaciendo la maleta y ordenando la casa —me excusé jovial—. ¿Por qué? ¿Han vuelto a hablar de Art Gallery en la prensa?



—No —respondió con voz enronquecida—. Se trata de Alexander Vanderbilt, Loane. —Un escalofrío recorrió mi cuerpo—. Ha aparecido muerto en las inmediaciones de Barcelona —dijo finalmente.

Mi garganta emitió un gemido, quebrado en un sollozo, por el impacto de la noticia.

—¿Qué pone? —acerté a decir después de unos segundos.

—Poco más... —explicó Charlie—. Se desconocen las circunstancias del asesinato, aunque las fuentes policiales apuntan a que podría tratarse de un ajuste de cuentas.

—¿Cómo ha sido?

—Un tiro... a bocajarro... en la sien.

—Gracias por darme la noticia —dije sin más.

—Loane, ¿cómo estás? ¿Quieres que vaya a verte?

—No, no te preocupes. Prefiero estar sola, de verdad. Gracias.

—Como quieras —respondió Charlie—. Pero si lo necesitas, no hace falta que te diga qué tienes que hacer.

—Gracias —reiteré.

Me senté en el sofá con el auricular aferrado fuertemente entre las manos, inmóvil en un pliegue indeterminado del tiempo, insensibilizada, confusa, acompañada del eco intermitente de la línea telefónica. La cabeza me daba vueltas vertiginosamente, y las náuseas comenzaron a oscilar por mi estómago hasta que al fin vomité el desayuno. Llamé a Álex, apoyada en el ingenuo resquicio de esperanza que me

hacía pensar que solo se había tratado de un error o una broma de mal gusto, confiada en oír su voz grave a través del auricular, aunque fuera para reprocharme la imprudencia de no dejarme proteger. Sin embargo, me contestó una grabación que informaba de que el terminal estaba apagado o fuera de cobertura. Insistí una y otra vez, en un sinfín de intentos estériles que me hundieron en la desesperación hasta que, desgarrada de dolor por aquel silencio que me imponía el teléfono, rompí a llorar en un lamento violento y doloroso que me quemó por dentro hasta despedazarme, mientras asimilaba la idea de que lo había perdido para siempre. Pasé el resto del día deambulando como un alma en pena entre las cuatro paredes del salón. Y caí, vacía y con un grito, en la soledad más profunda, sintiendo que una parte de mí se había ido con él.

A la mañana siguiente, enferma de realidad, recibía una carta de Álex escrita de su puño y letra, matasellada pocas horas antes de su muerte. Era su despedida. Consciente de la fatídica suerte que correría yo si se sabía que había dado con el secreto de la Alianza de los Siete Arcángeles, se adelantó a los planes del destino y se convirtió en la víctima cuando él mismo expuso a su verdugo, con una mentira impiadosa para él, mi irrevocable negativa a seguir en el asunto.

Mientras lo leía, sus palabras volaban alrededor de mi cabeza, carentes de sentido. Incongruentes en la miseria de mis pensamientos. Cada una de ellas inspiraba en mí un

sentimiento de impotencia que me hacía sentir un frío mortal, insinuando un vacío que amenazaba con romperme por dentro en mil pedazos y empapándome de un pesimismo inagotable. Tenía la sensación de que mi vida se había desvanecido de la noche a la mañana.

Entre las líneas de aquella misiva dolorosa y cruel, Álex me precavía acerca del inminente y constante peligro bajo el que me hallaría si en algún momento se descubría que era dueña de tan poderoso secreto. Así que decidí silenciar mis labios, aunque con ello traicionara a ese Dios que me había encomendado su misión.

A pesar de todo, en la más absoluta clandestinidad, mis investigaciones han seguido un curso continuo e imperecedero, y seguirán progresando hasta el día en que por fin vean la luz.

El Evangelio apócrifo de Bartolomé, uno de los doce apóstoles, también hace referencia al gemelo de Jesús. En un pasaje de su texto, Jesús se dirige a Tomás diciendo: «¡Salud a ti, gemelo mío, segundo Cristo!».

El libro de santo Tomás el Contendiente o Tomás el Atleta es el séptimo y último del segundo código de los manuscritos de Nag Hammadi, una recopilación de pasajes gnósticos pertenecientes a los primeros cristianos encontrada en el Alto Egipto en 1945. En él, Tomás cita una conversación mantenida entre Jesús y el apóstol llamado Dídimos: «Debido a que se ha dicho que tu eres mi gemelo y mi verdadera

compañía, examínate a ti mismo y aprende quién eres, de qué manera existes y cómo es que serás. Puesto que tú serás llamado mi hermano, no es adecuado que seas ignorante de ti mismo».

El Evangelio del apóstol Tomás se considera el más exacto en cuanto a fechas y hechos. Como no podía ser de otro modo, la Iglesia católica lo declaró apócrifo. Casualmente, coincide en algunos fragmentos con otros textos encontrados en 1898 en Oxirrinco, la actual El-Bahnasa, a 160 kilómetros de El Cairo. ¿Azar?

Nadie ha reparado en que en una vitrina del Museo Copto de la capital del país del Nilo se expone un viejo texto que dice: «Estas son las palabras secretas que Jesús vivo pronunció y que el mellizo, Judas Tomás, anotó».

Y es que, en realidad, el apóstol incrédulo no se llamaba Tomás, sino Judas, nombre que se da en la Biblia a uno de los hermanos de Jesús.

No hay mucho más que decir sobre este asunto, pero sí respecto a otros. Me he pasado los últimos doce meses rastreando los auténticos orígenes del cristianismo; desenterrando verdades que la Iglesia ha tratado como cadáveres protervos y descubriendo las legítimas revelaciones que Dios hizo a los hombres, mientras me voy congraciando con el vacío que dejó Álex. Son muchas las verdades que la Iglesia católica, apostólica y romana

esconde a sus devotos bajo la enorme estructura que sustenta sus supuestos sentimientos religiosos.

El asesinato de Arthur Blake sigue impune y sin resolver a día de hoy, aunque me decanto por atribuirlo a la Santa Alianza o, como la llamó Marco Rospigliosi, la Entidad. La muerte de Alexander Vanderbilt tampoco tiene visos de poder atribuirse y castigarse. Serán crímenes ocultados durante décadas, sin justicia que los condene, sin cárcel que los acrisole, sin un culpable que enmiende su pecado, aglutinados en una lista que se amplía a instancias de la enorme organización que dirige la Iglesia, porque son pocas las veces que quien maneja los hilos deja ver su rostro.

# MENCIONES Y AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a Sira Blázquez, de Artesiver Fotografía, por haber captado mi sueño en la imagen de la portada y haberle cedido su extraordinario toque artístico. Sin su visión plástica, la fachada de este libro no sería tan impactante.

Especial mención, por estricto orden alfabético, a Andrés, Angélica y Sebi, del espacio de artes escénicas salmantino \_almargen, por su paciencia y creatividad a la hora de dotar de vida la caracterización del personaje que pone rostro e ilusión a la fotografía.

Un reconocimiento personal a Mariana Lozano Ortiz y Víctor Miguel Gallardo Barragán, por su devoción y mano derecha. A Natalia Cervera de la Torre, por su paciencia y buen hacer.

Mi más sincera gratitud a todos los que, con su granito de arena, han hecho posible que este libro salga del mundo de los sueños y sea una realidad. También por estricto orden alfabético:

Ainoa Muñoyerro Pérez  
Ángel Álvarez  
Angélica Martín Casquero  
AngoLito  
Ana Andreu Arnalte  
Anna Gómez Gómez  
Antonio Sáez Martín  
Beatriz Alonso González  
Beatriz Martínez Molina  
Carlos Gustavo Citoler Delgado  
César Manso Cuesta  
Cristina Sanz Ajo  
Cristina Tejero Caraciolo  
Elia Manso Maestro  
Emma García González  
Esther Sánchez López  
Faustino Martín Herrero  
Fernando Pérez Martín  
Fernando Sanz Martín  
Fernando Pérez Pérez  
Flor Pérez Martín  
Fuencisla Manso Maestro  
Gema Manso Cuesta  
Henar Agüero Pérez  
Humberto Lázaro Sacristán  
Jaime y Dori

Jaime Sáez Martín  
Jacqueline Galindo Sacristán  
Javier Manso Gil  
Jesús Antonio Martínez Tejero  
Jesús Sanz Martín  
Jorge Juan Garrido Arroyo  
Josep Yudici  
José Antonio Rivero Mediavilla  
Lidia López García  
Lucía Martín Fernández  
María Ángeles Martín Manso  
María Esther Agüero Manso  
María Flor Martín Fernández  
María José Martín González  
María Norte Llamas  
Marta Sáez Vega  
Meli Martín Manso  
Miguel Ángel Agüero Manso  
Mónica Casado Torrego  
Nacho Guijarro María  
Nerea Diego Yagüe  
Nuria Pérez Martín  
Olga Fernández del Castillo  
Pablo Moreno Segovia  
Patricia Guijarro María  
Pilar Vega Fernández



Ramón Font Canadell  
Raquel Agüero Manso  
Roberto Zúñiga de Pablo  
Rocío Benavides Rocha  
Rocío Gómez López  
Rosa María González Craviotto  
Sandra Manso Cuesta  
Sebastián Trenado Plaza  
Silvia Gómez del Castillo  
Susana Manso Cuesta  
Teodoro Martín Sanz  
Teresa Huerta García  
Valeriana Gómez Masedo

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

© Mónica Martín Manso, 2014

© Ediciones Dauro, 2014

Primera edición, junio 2014

Segunda edición, julio 2014

EDICIONES DAURO

Plaza Boquerón, 4. Local 2. 18001 Granada

[www.edicionesdauro.com](http://www.edicionesdauro.com)

[edicionesdauro@edicionesdauro.com](mailto:edicionesdauro@edicionesdauro.com)

Edición a cargo de Mariana Lozano Ortiz y Natalia Cervera

Diseño de cubierta: Agata Lech Sobczak

Foto de cubierta: Sira Blázquez (Artesiver Fotografía)

Revisión: Azucena Enríquez Martín

ISBN ePub: 978-84-15940-68-5